INFORMATION TO USERS

This manuscript has been reproduced from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each original is also photographed in one exposure and is included in reduced form at the back of the book.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

UMI

A Bell & Howell Information Company
300 North Zeeb Road Ann Arbor MI 48106-1346 USA
313 761-4700 800 521-0600

Order Number 9521245

Las crónicas de Francisco Contreras en el "Mercure de France": Traduccion y edicion. (Volumes I and II)

Ahumada, Alfredo, Ph.D.

City University of New York, 1995

Copyright ©1995 by Ahumada, Alfredo. All rights reserved.

U·M·I

300 N. Zeeb Rd.
Ann Arbor, MI 48106

LAS CRONICAS DE FRANCISCO CONTRERAS EN EL MERCURE DE FRANCE: TRADUCCION Y EDICION

by

ALFREDO AHUMADA

VOLUME I

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy, The City University of New York

1995

© 1995

ALFREDO AHUMADA

All Rights Reserved

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

Date — Chair of Examining Committee

Date — Executive Officer

Professor Isaias Lerner

Professor Jose Olivio Jiménez

Professor Jose Muñoz-Millanes

Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

A mi madre y a la
memoria de mi padre

NOTA PRELIMINAR

Antes de la Introducción de este trabajo, deseo dar las gracias al profesor Isaías Lerner, director de mi disertación doctoral, por la meticulosa lectura del manuscrito, inestimables consejos y el aliento que siempre me ofreció para la consecución de la misma.

Agradezco al profesor José Muñoz Millanes su valiosa colaboración y el haberme sugerido este tema de trabajo.

Asimismo, va aquí mi gratitud al profesor y amigo José Olivio Jiménez, quien me enseñó, con las sabias palabras de José Martí, dignas siempre de recordar, que "la poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras aquélla les da el deseo y la fuerza de vivir."

Vaya también mi reconocimiento a las siguientes personas e instituciones, sin cuya cooperación esta labor no hubiera podido nunca materializarse. Al abogado y poeta Domingo Viviani Palma, sobrino-nieto de Francisco Contreras, por facilitarme el archivo personal de la viuda del escritor. Al psiquiatra y poeta Luis Weinstein, por ofrecerme valiosos datos y por su cuidado en mantener viva la memoria de Contreras. Al señor Justo Alarcón, encargado de la Sección de Referencia Críticas de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, por permitirme el acceso al archivo de Raúl Silva Castro. Al profesor de la Universidad de Osaka, Japón (Osaka Gaidai), Claudio Antonio Vásquez Solano, por ayudarme a completar la recopilación de las crónicas. Y, finalmente, a la Biblioteca del Convento de San Agustín en Santiago de Chile por permitirme reproducir algunas de las páginas que, con mucho celo, conservó hasta su muerte el sacerdote y estudioso de la literatura chilena P. Alfonso M. Escudero, O.S.A.

INDICE GENERAL

VOLUMEN I

NOTA PRELIMINAR v

INTRODUCCION 1
Trayectoria vital de Francisco Contreras 3
La etapa chilena 3
La etapa francesa 5
El París de Contreras 7
Paréntesis chileno y vuelta a Francia 17
Ultimos años de Francisco Contreras 24
El Mercure de France y los Mercurios 26
Trayectoria literaria 30
Francisco Contreras, crítico del Mercure de France 58
Los temas en las crónicas de Contreras 76
Los géneros y las escuelas literarias 89

CRONICAS 110

I 111
II 120
III 131
IV 141
V 149
VI 159
VII 171
VIII 183
IX 198
X 210
XI 227
XII 245
XIII 259
XIV 271
XV 283
XVI 293
XVII 302
XVIII 313
XIX 323
XX 330
XXI 340
XXII 351
XXIII 360
XXIV 372
XXV 381
XXVI 390

VOLUMEN II

XXVII 399
XXVIII 410
XXIX 422
XXX 435
XXXI 446
XXXII 455
XXXIII 463
XXXIV 473
XXXV 481
XXXVI 489
XXXVII 498
XXXVIII 508
XXXIX 518
XL 527
XLI 536
XLII 545
XLIII 556
XLIV 566
XLV 576
XLVI 586
XLVII 595
XLVIII 603
XLIX 611
L 619
LI 627
LII 634
LIII 641
LIV 648
LV 656
LVI 666
LVII 674
LVIII 683
LIX 693
LX 702
LXI 709
LXII 720
LXIII 729
LXIV 737
LXV 747

BIBLIOGRAFIAS 757

INDICE ONOMASTICO 763

INTRODUCCION

Es la finalidad de este trabajo dar a conocer por primera vez, en su totalidad, la labor crítica de Francisco Contreras, publicada en francés en el Mercure de France, y nunca antes traducida, salvo escasos fragmentos, al castellano. Luego de una nota biográfica, y de una reseña sobre la historia de esta publicación de artes y letras en la cual colaboró Contreras por más de veinte años, se pasa revista, sumariamente, a toda su obra, escrita y publicada tanto en Chile, su país natal, como en Francia. No obstante, el enfoque principal de esta investigación está orientado hacia la labor crítica de Francisco Contreras en la prestigiosa revista francesa mencionada.

Nos proponemos, también, completar los tres únicos acercamientos críticos a la labor divulgadora del escritor chileno en el Mercure de France publicados anteriormente: Les Lettres Hispano-Américaines au Mercure de France de Liliana Samurović-Pavlović; Modernismo in Chilean Literature: The second period de John M. Fein; y La Diffusion de la Litérature Hispano-Américaine en France au XXe Siècle de Sylvia Molloy. El primero abarca hasta el año 1913, o sea sólo 3 de los 22 años que duraron las colaboraciones de Contreras en el Mercure --comentando únicamente 7 de las 65 crónicas de nuestro crítico. El segundo se concentra principalmente en la etapa

chilena de Contreras, y pasa somera revista a su labor en Francia. El tercero, valioso trabajo de gran envergadura, se ocupa, sin embargo, de manera muy rápida de nuestro escritor, descuidando importantes aspectos e imponiendo, a veces, tendenciosos juicios valorativos. Nuestro móvil, en este acápite, será, pues, completar el primero y el segundo, y rectificar el tercero.

Trayectoria vital de Francisco Contreras.

La etapa chilena.

Francisco Manuel Antonio Contreras Valenzuela nació el 21 de enero de 1877 en la hacienda de su familia en el departamento de Itata, región del Sur de Chile cercana a Chillán. Su padre fue don Juan de Dios Contreras Araneda y su madre doña Francisca Valenzuela. Su niñez transcurrió en Quirihue donde residió hasta 1888, fecha de la muerte de su padre. Contreras descendía de una vieja familia española establecida en Chile desde fines de la Colonia. Fue su bisabuelo don Diego Contreras, militar e hidalgo español, quien contrajo nupcias con doña Eugenia de Astorga, de ascendencia vasca, dueña de la hacienda de Semita. Uno de sus hijos, don Rafael Contreras de Astorga, se casó en Santiago con doña Manuela Araneda. Tuvieron un solo hijo, don Juan de Dios Contreras Araneda.

En 1888 --fecha de la aparición de Azul... de Darío en Valparaíso-- doña Francisca, viuda, abandona el Sur de Chile para radicarse con su hijo en Santiago, y así el joven Contreras puede iniciar sus estudios secundarios en el prestigioso Instituto Nacional. Allí se familiariza con la

obra de los simbolistas franceses, aprendiendo de ellos, como también de Rémy de Gourmont en su L'Idéalisme, que la verdadera poesía no necesita ser comprendida, sino sólo basta sentirla. Luego lee a Darío, e inmediatamente se manifiesta atraído por los nuevos rumbos modernistas que en aquel entonces se abrían en la lírica de nuestra lengua. Poco sabemos de su vida de estudiante en el Santiago finisecular, pero su inclinación por el arte en general y las letras en particular se manifestó desde muy temprana edad. Recién terminada su educación secundaria, el joven Contreras se inicia en la vida literaria colaborando en diversos periódicos de Santiago y de su región natal. Su primera colección de poemas, Esmaltines, ve la luz en Santiago en 1898, y al año siguiente funda una publicación literaria, La Revista de Santiago, en la cual esboza sus primeras ideas de adhesión al "Arte Nuevo." En 1902 da a la imprenta su extenso poema narrativo Raúl, que va precedido de un ya elaborado manifiesto en favor del nuevo movimiento de renovación de nuestras letras.

La etapa francesa.

La segunda, y extraordinariamente productiva, etapa vital y literaria de Contreras comienza en 1905 cuando abandona su tierra natal y se radica en París. Su poemario Toisón, se publica en Francia en 1906, aunque había sido escrito en Chile. Un año más tarde da a la imprenta Romances de hoy, donde trata nuevamente de revivir el poema narrativo, intento que emprende por última vez, y con escaso éxito, en 1911, con La piedad sentimental. Este año de 1911 es el más significativo en la carrera literaria de Francisco Contreras pues marca el inicio de sus colaboraciones en el Mercure de France, influyente revista de artes y letras que distinguió a nuestro autor con la dirección de la sección de letras hispanoamericanas de la admirable "Revue de la Quinzaine," que publicaba en cada número. En París, Contreras se une sentimentalmente a Hélène Lallemand, con quien permanece por algunos años. Luego conoce a Andrée Alphonse, pintora y escritora nacida en Rébérac que le acompañará hasta el final de sus días. Instalado con ella en el Quartier Latin, cerca de los jardines de Luxemburgo, en el número 23 de la rue Le Verrier, "Au quatrième à gauche," comenzará a vivir una vida intensa y enriquecedora en medio de la atmósfera intelectual

y artística que marca un período de gran interés, como se irá viendo.

El París de Contreras.

No hay muchos datos biográficos de la etapa francesa de Francisco Contreras, ya que actualmente no existe un archivo con la documentación pertinente. En efecto, su viuda, Madame Andrée, avecindada en Chile luego de la muerte de su esposo, conservó en su poder, por muchos años, todos los papeles relacionados con la labor de Contreras en la capital francesa. Sin embargo, en la década de los sesenta los donó a la Sociedad de Escritores de Chile, organismo asociado al Instituto de Literatura Chilena. Lamentablemente, en la turbulencia política de la década siguiente --en la cual una gran mayoría de los miembros de estas instituciones debió salir al exilio--, todos estos documentos parecen haberse perdido. Madame Andrée, no obstante, mantenía un archivo personal en el cual guardaba copias manuscritas de su propia correspondencia, poemas, ensayos, reseñas, recuerdos, etc. Ha sido gracias a este archivo, hoy en poder del sobrino-nieto de don Francisco Contreras, el abogado y poeta Domingo Viviani Palma, y a un opúsculo (copia facsímil del manuscrito de Madame Andrée) publicado por el psiquiatra y escritor Luis Weinstein, que hemos podido reconstruir libremente esta etapa de la trayectoria vital de nuestro crítico en París. También

han sido valiosos para estos mismos fines los artículos publicados por León Bocquet, poeta y miembro de la Academie Française, en la revista que co-dirigía en Bruselas, La Renaissance d'Occident, luego traducidos y reproducidos en Chile. Pero antes de reconstruir el París de Contreras, detengámonos un momento en las notas de Madame Andrée para enterarnos del conocimiento que tenían sus coterráneos sobre Chile:

> El francés, en general, conoce mal la geografía. No hablo solamente del francés de cultura mediana, sino también del letrado. Se suele encontrar a un aspirante a la Academia que nos pregunta si el idioma que se habla en Chile es el portugués, o a un científico que puebla este país con hombres de color. Así, para la mayor parte de la gente, este país es una región vaga, casi mítica. El solo nombre de "Chile" tiene una sonoridad extraña, poco familiar y evoca un exotismo lleno de cosas sorprendentes, una nación ruda, casi salvaje.... En el París del primer cuarto de siglo, las canciones parisienses no vacilaban en ponerles anillos en la nariz a las bellas aborígenes...[1]

En páginas posteriores encontramos citada, in extenso, la canción a la cual hace referencia, de la que extraemos algunos versos:

---

[1]Archivo personal inédito de Andrée de Contreras.

Au Chili je me promenais dans une forêt
Quand je vis une ingenue toute nue
Qui sous le feuillage épais se reposait
En s'étirant les bras elle s'éveilla
Je lui dis si tu voulais je t'aimerais
La belle me répond mossieu (sic) fais comme tu veux
Oh, qu'elle était folle, ma petit Lélé
Avec ses cheveux légers frisés
Son petit anneau doré dans le nez...[2]

Según nos confiesa su esposa, Francisco Contreras no tenía nada de especialmente exótico. Su apariencia "podía ser la de cualquier europeo." Tenía el rostro "pálido, alargado, grandes ojos vivos vibrantes de vida interior; los cabellos rizados que llevaba a la manera de Ibsen; las manos finas de una delicadeza de príncipe. Sus gestos sosegados, la sobriedad y la elegancia de sus trajes, siempre obscuros...le hacían decir a Rubén Darío que tenía todo el carácter de un grande de España retratado por Goya."[3]

La vida literaria en París era, para esta joven pareja, muy absorbente, sobre todo en los inviernos, ya que la mayoría de los escritores acomodados tenía un salón de recepción para sus amigos. Las reuniones de la tarde eran seguidas, a menudo, de funciones de teatro, a las que Contreras debía asistir para luego enviar reseñas a la prensa hispanoamericana. Se asistía

---

[2]Ibid. Canción popularizada por Maurice Chevalier.

[3]Ibid.

a las premières de Lugné-Poe en el Théâtre de l'Oeuvre, a las de Jacques Copeau en el Vieux-Colombier, donde se daban a conocer a los principales autores del teatro moderno y contemporáneo: Ibsen, Pirandello, Claudel; y se podía admirar a actores y actrices de gran talento como Jean-Louis Barrault, Ludmilla y Georges Pitoëff, etc. Los amantes de la música podían disfrutar de Wagner, de Debussy y con el Pélléas et Melisande, de Maurice Maeterlinck, en conciertos y representaciones que llenaban de público el Odeón. Los martes se reunía el cenáculo en la Closerie de Lilas. En el año 1913 se encontraba este grupo en todo su apogeo. Las reuniones eran presididas por el director de la revista Verse et Prose, Paul Fort (1872-1960), conocido como el "Príncipe de los Poetas," a quien secundaba su secretario, el poeta Louis Mandin, futuro concuñado de Contreras. Mandin moriría trágicamente, sirviendo a la Resistencia en la Segunda Guerra mundial. Los artistas de Montparnasse venían en grupo a la Closerie de Lilas: los cubistas Fernand Léger (1881-1955), Albert Gleizes (1881-1953)[4], Pablo Picasso (1881-1973), Georges Braque (1882-1963) se codeaban con los poetas dadaístas y surrealistas, quienes ya comenzaban a hacer bullicio alrededor de periodistas, de directores de revistas, cada uno buscando la adhesión y un posible artículo en l'Intransigeant o, quizás, una mención de

---

[4]Albert Gleizes (1881-1953), figura menor y menos conocida, pero también importante en la gestación del movimiento cubista.

Thibaudet en el Journal des Débats.[5] Al muy cosmopolita Alexander Mercereau (1884-1945)[6], protector infatigable de las ideas de vanguardia, se le veía siempre pasearse por el medio del salón, e ir de mesa en mesa, sonriente en todo momento, conversando incansablemente, y sirviendo de nexo entre los artistas a quienes presentaba calurosamente. Las reuniones que ofrecía en su casa, junto a su compañera madame Ricou, eran las favoritas de los jóvenes que se iniciaban. Madame Ricou era gran admiradora de Constantin Brancusi, y a menudo compraba sus esculturas que muy pronto se harían famosas.

Había un orden moral bastante laxo en la Closerie de Lilas, los artistas aparecían con sus amigas, esposas o amantes, en toda libertad. La categoría de cocotte estaba reservada a los cafés de La Rotonde o del Dôme, o a los del boulevard Raspail. Allí, "Fernand Léger (1881-1955), Léonard Foujita (1886-1968), Ossip Zadkine (1890-1967), André Favory (1889-1937), podían sentirse a sus anchas, en medio de toda clase de 'modelos' que les prodigaban favores, y que luego, convertidas en obras de arte, serían admiradas en el Salon d'Automne y en el de los Indépendants."[7]

---

[5]Albert Thibaudet (1874-1936), crítico y ensayista francés. Dirigió durante dos décadas la sección de crítica literaria de la N. R. F. (Nouvelle Revue Française), publicación fundada en 1909.

[6]Alexander Mercereau (1884-1945), autor de una veintena de volúmenes (poemas, ensayos, novelas, etc.). Fue co-director de la revista Verse et Prose que tuvo gran influencia en los movimientos literarios de la pre-primera guerra.

[7]Andrée de Contreras, "Archivo."

La Closerie de Lilas era también el lugar de reunión donde afloraban los intelectuales revolucionarios de los cuatro puntos cardinales. Los bolcheviques venían a buscar refugio allí, como en un nido, alrededor de Lenin y de Trotsky. Estos, en un rincón del salón, siempre en la misma mesa, junto al periodista francés Henri Guilbeaux (1884-1938), quien acabó, según se cuenta, yéndose a Rusia con Lenin en un tren blindado en 1917.[8] También se veía en la Closerie al escritor italiano Giuseppe Ungaretti, con su nariz recta y su mentón puntiagudo, y a su amigo Filippo Tommaso Marinetti, lleno de ilusión, gastando sus energías en imponer su nueva creación: el Movimiento Futurista. En una de estas reuniones Marinetti reclutó a sus amigos para una conferencia que daría en el Théâtre de l'Oeuvre, y en la cual se revelarían las misteriosas, excitantes y gratas sensaciones que se obtenían utilizando sabiamente el tacto. Este singular movimiento se llamaba el "Tactilismo." Todo un grupo del Mercure de France, junto a la novelista Rachilde[9], esposa del director de la

---

[8]Henri Guilbeaux (1884-1938), escritor y periodista francés. Dirigió la revista Demain, la que fue prohibida en Francia por su extremismo socialista y pacifista. Debió exiliarse al ser condenado en Francia por contumancia. Representó a su país en los congresos de la Internacional celebrados en Moscú en 1920 y 1921. Rompió con el comunismo en 1922. Publicó diversos estudios sobre poesía francesa y alemana. En 1924 dio a la imprenta Portrait Authentique de Lénine y en 1937 La Fin des Soviets.

[9]Rachilde, seudónimo de la novelista y ensayista Marguerite Eymery (1860-1953) ligada al simbolismo y al Mercure de France. Fue esposa del director de esta publicación, Alfred Valette. El nombre de Rachilde no era desconocido para el público hispano ya que Darío incluyó una

revista, asistió a la conferencia. La velada fue memorable. De vez en cuando, el orador invitaba a los espectadores a subir al escenario para una demostración de la experiencia. Cuando le tocó el turno a Rachilde, conocida por su malicia y mordaz ironía, Marinetti le enseñó diferentes objetos que le hicieron emitir extraños sonidos; pero cuando vino el experimento con el terciopelo frotándole el dorso de la mano, Rachilde prorrumpió en una carcajada que se propagó por toda la sala. Y ése fue el "éxito" de Marinetti, quien, luego de un tumultuoso aplauso, desapareció como una estrella fugaz.[10]

La esposa de Contreras, Andrée, aún no había expuesto sus telas en ningún salón. Pero gracias al artista catalán Julio González, que le sirvió de padrino, pudo inscribirse en el Salon des Indépendants de 1913. Al año siguiente, el escultor, también catalán, José Clará --a quien el gobierno chileno le había comprado la imponente escultura Sérénité, para erigirla frente a la Biblioteca Nacional de Santiago--, y el pintor español Fermín Arango, que era también miembro del jurado, aceptaron cuatro de sus pinturas para el Salon d'Automne. El escritor Léon Bocquet le publicó una elogiosa reseña en su revista Le Beffroi de Lille.[11]

Así era el París de la primera pre-guerra del siglo.

---

semblanza de la escritora en Los raros [1896],Rubén Darío, Obras completas (Madrid: Afrodisio Aguado S. A., 1950) Vol II, 365-378.

[10]Andrée de Contreras, "Archivo."

[11]Ibid.

Henry Bergson agitaba La Sorbona con sus conferencias sobre la evolución y la intuición. Einstein realizaba sus experimentos que le llevarían a sus teorías de la relatividad, y nadie pensaba en el peligro que les acechaba.

Sin embargo, al poco tiempo, todos escucharían con estupor la invasión alemana de Bélgica y del Norte de Francia. Y el París de la abundancia comenzó a convertirse, poco a poco, en un lugar donde proliferaba el mercado negro de los alimentos más indispensables. Luego vino el racionamiento decretado por el gobierno y la instalación de barracas militares en la ciudad. La batalla del Marne, si bien les indicaba a los parisinos que tenían la guerra a las puertas de la capital, también les daba la momentánea tranquilidad de saber que la acción bélica se estabilizaba en el frente y se limitaba a las trincheras. Pero esta tranquilidad no duró mucho ya que los aviones alemanes comenzaron pronto a atacar la ciudad. El edificio donde vivía Contreras con su esposa fue requisado por el gobierno para servir de refugio durante los bombardeos. Cada vez que sonaban las sirenas todos los ocupantes descendían despavoridos a cobijarse en el sub-suelo. El último en bajar era siempre Contreras, quien aparecía luciendo sus mejores galas, sin olvidar su cuello falso almidonado y sus guantes.

Debido a la ocupación, el gobierno francés aconsejó a los habitantes de París abandonar la ciudad y buscar refugio en la provincia. Contreras, acompañado de su mujer, decidió irse por

algunos meses a Burdeos donde ya se había instalado la Legación de Chile. A la primavera siguiente, en vista de la aparente calma en las trincheras y extrañando la gran ciudad, regresaron a París, y el escritor se sumergió nuevamente en su trabajo para la prensa hispanoamericana y en la creación de sus novelas del terruño. La vida intelectual retomaba una intensa actividad. Henri Barbusse publicaba Le Feu (1916), que tuvo enorme resonancia; Georges Duhamel --futuro director del Mercure de France--, La Vie des Martyrs (1916); Romain Rolland daba a la imprenta Au-dessus de la Mêlée (1915); Apollinaire y Tristan Tzara aportaban fermentos nuevos a la poesía; Paul Fort enriquecía sus Ballades Françaises, y reaparecía en la Closerie des Lilas, donde pintores y escultores, principalmente extranjeros, se batían por el cubismo y el arte abstracto. Louis Mandin, el futuro concuñado de Francisco Contreras, publicaba emocionados poemas sobre la guerra en la prensa, que luego aparecieron en volumen bajo el nombre de Nôtre Passion. Y el pequeño grupo de revolucionarios rusos permanecía imperturbable esperando, estoica y convencidamente, la inevitable revolución...

Había también varios salones literarios de mucho renombre, especialmente el Salón Rachilde del Mercure de France, ubicado en la rue de Condé, donde los martes se reunían los intelectuales alrededor de Louis Dumur, jefe de redacción de la revista, quien escribía novelas sobre la guerra, como Nach Paris y Raspoutine entre otras. Allí se

podía encontrar igualmente a Georges Duhamel, quien era un amigo ferviente de Dumur, de Rachilde y de Alfred Valette, el director de la revista.

La guerra seguía su curso y la matanza de Verdun horrorizaba al mundo. Francisco Contreras, sumido en su labor, contrajo una grave neumonía. Su médico le aconsejó abandonar la ciudad e ir a pasar dos meses de convalecencia en el valle de Puy en la Haute-Loire, donde encontraría un ambiente fortificante. Por entonces escribía su novela La Ville Merveilleuse. Las montañas de esta región de Francia no dejaban de recordarle sus Andes natales. Los acontecimientos empezaron a mostrarse más favorables con el ingreso de Estados Unidos, junto a los aliados, en el conflicto. Con este clima propicio, regresa a París, y puede disfrutar muy pronto de la dicha colectiva del armisticio.

Paréntesis chileno y vuelta a Francia.

En 1919 nuestro escritor decide embarcarse hacia América para visitar su tierra natal, y así poder ocuparse personalmente de dos asuntos que le interesaban enormemente: la liquidación de sus bienes en Chile y la obtención de un posible cargo diplomático. A su llegada a Santiago tuvo una calurosa recepción de parte de los intelectuales y consiguió la publicación de dos libros: La varillita de virtud y Luna de la patria. Este último, una colección de poemas, tuvo muy buena acogida por la evocación nostálgica del terruño que transmitía. Contreras siempre se desinteresó por la política activa, de manera que contaba con muy pocos amigos en esa esfera. Sin embargo, tenía muy buenas relaciones con Luis Barros Borgoño, quien iba como candidato a la primera magistratura en la campaña de 1920, y que había ofrecido a nuestro escritor la Legación en España si era elegido. Desafortunadamente para Contreras, el contendor de Barros Borgoño, Arturo Alessandri Palma resultó electo presidente de la república. No obstante, don Francisco logró conseguir el minimísimo cargo de "Propagandista" de Chile en París.[12]

---

[12]Contreras estaba, en realidad, encargado de "la propaganda del salitre chileno" en Francia.

Desmoralizado por problemas familiares en Chile y por la insignificante misión oficial conseguida, regresa a Francia donde le espera su esposa.

Pronto recobra su optimismo, su entusiasmo, su alegría por la creación al encontrarse nuevamente en la atmósfera que le era tan querida, y le confiesa a su esposa que el medio intelectual de su país de origen era:

> terriblemente déprimant, la lutte très dure pour les artistes; les idées étroites faussées par une religion mal comprise, intolérante, et le plus souvent fanatique, politicarde. La culture, de fait, dans la soi-disant haute société, à part quelques excellents, mais rares exceptions, très artificielle et le plus souvent, inexistante ou pleine d'ignorances primitives... Puis règne un mercantilisme sordide dans une société de terrratenientes obscurantistes annéantissant les tentatives de surgissement chez les êtres humbles à leur service, dans le dessein de les accaparer pour la culture de leurs terres. Aussi, trouve-t-on des paysans dans une ignorance inimaginable, analphabètes pour la plupart..."[13]

El triste recuerdo de su decepcionante viaje a Chile comienza, poco a poco, a disiparse, y Contreras se dedica a

---

[13]Andrée de Contreras, "Evocation," Francisco Contreras (Santiago de Chile: Ediciones Minga, 1986) 53-54.

sus nuevas obligaciones como propagandista de Chile en la prensa francesa. Rápidamente termina su novela del terruño, La Ville Merveilleuse --primer libro de un ciclo de diez, pero cuya realización se detiene en el cuarto--, y retoma con ardor y tenacidad el libro que planea sobre su venerado maestro, Rubén Darío, su vida y su obra.

En 1922 don Francisco, junto a su esposa, decide pasar sus vacaciones en España, ya que deseaba encontrar un editor para la publicación en lengua castellana de su novela La Ville Merveilleuse (El pueblo maravilloso). El mes de julio lo pasan en Madrid, donde Contreras reencuentra a los amigos que había conocido en un viaje anterior a España (y el cual había dado origen a su libro Tierra de reliquias). Allí ve nuevamente a Enrique Díez Canedo, que había vivido en París y sentía una gran nostalgia por esa ciudad, y a Alfonso Reyes, quien era ministro plenipotenciario de México en Madrid. Luego pasan a Valladolid para conocer las obras de Pedro Berruguete, y a Barcelona, por una semana, donde Contreras quería establecer contacto con editores. En esta última ciudad, nuestro escritor se reencuentra con sus amigos catalanes Eugenio d'Ors y Alfonso Maseras.

De regreso a París, el escritor chileno vuelve a sumergirse en su infatigable labor, solamente interrumpida por ocasionales paseos a los bosques de Meudon o de Fontainebleau o por las visitas de escritores hispanoamericanos que iban a París y no dejaban de pasar a saludarlo. Entre ellos se

contaba al ya citado Alfonso Reyes, pero también Alcides Arguedas, Gabriela Mistral, Manuel Ugarte, para mencionar sólo a quienes don Francisco consideraba sus verdaderos amigos. Igualmente cada segundo y cuarto sábado del mes, los esposos Contreras abrían su salón a sus numerosas relaciones del mundo intelectual. León Bocquet nos relata el carácter de estas tertulias:

> La reunión es escogida. Allí se encuentra comúnmente alrededor de Paul Fort, el príncipe, un grupo de nobles poetas y prosistas: Victor-Emile Michelet, tan ferviente amigo de la juventud; Saint Georges de Bouhelier, que evoca los tiempos heroicos del Naturismo; Ernest Raynaud, el historiador del simbolismo, gracias al cual Baudelaire entra ya entre los grandes clásicos franceses; Louis Mandin, el tierno poeta de Ariel y de Nôtre Passion; Fernand Divoire, presidente de los "Courrieristes" literarios de París; el paradojal y elocuente Jean Royère; Georges Polti, que conoce "las treinta y seis situaciones dramáticas"; el cabelludo Charles de Saint-Cyr, inventor del "intensismo" poético; Nicolás Bauduin, en constante evolución; A. Shneeberger, que es un crítico de arte simpatizante con las innovaciones técnicas, otros aún. Allí se hallan también el doctor Henri Mazel, a quien escuchamos siempre con provecho y placer; Louis

Dumur, cuyas novelas sobre la guerra le han puesto en primer plano; Louis Richard Mounet, un cerebro bien organizado; Jean de Gourmont, hermano de Remy; Gaston Picard, el cuentista de La Confession du Chat y de la Bougie Bleu; algunas veces, también, Van Bever; el discreto Gahisto; directores de revistas como Maurice Landeau; escritores de paso, como Jean Francis-Boeuf, de vuelta del Cotonou.

No se recitan poemas en casa de Francisco Contreras, pero ciertos días se hace buena música y, entonces, compiten el compositor Carol Bérard y el escritor músico W. Bertheval. El elemento artista aparece representado por Robert Mortier, el pintor español Fermín Arango, el estatuario catalán José Clará, Madame Suzanne de Gourmont, escultora de calidad; Madame Van Bever de la Quintinie, pintora y miniaturista, sin omitir a la dueña de casa Madame Contreras, quien con su nombre de soltera, A. Alphonse, expone en los diversos salones de París, figuras y naturalezas muertas de bello colorido...

En el círculo de las señoras que vienen a la rue Le Verrier, sería imperdonable omitir a Madame Claude Lemaître, conocida por algunas buenas novelas, y a Madame Sourioux-Picard, para quien ha sido escrito Le Coeur se donne. Y luego, los poetas, cuando no son célibes endurecidos, llevan a sus

esposas, que componen un poco aparte, un amable decamerón."[14]

Uno de los amigos más cercanos de Contreras era José Vasconcelos, quien por aquel entonces, y luego del fracaso de su candidatura a la presidencia de México, se había radicado en París con su esposa, quien sufría de una seria psicopatía. Entre los chilenos, también llegaron a casa de Contreras el escritor y sacerdote Francisco Donoso, y el poeta Manuel Magallanes Moure, enfermo este último de las vías respiratorias, lo cual motivaba que la señora de Contreras le prodigase todos los cuidados.

La visita de memoria menos grata para los Contreras, sin embargo, fue la de Vicente Huidobro, quien solicitó a don Francisco que le acompañara a las tiendas para comprar mobiliario con motivo de la instalación de su residencia en París. Contreras se disculpó por falta de tiempo y le indicó la dirección de su amigo René Pérez Mascallane, quien se encargaba de gestiones menores en la Legación de Chile. Huidobro se sintió profundamente ofendido por la negativa de Contreras y guardó vivo este resentimiento, el cual se exteriorizó un domingo, en una reunión en casa del escritor chileno Leonardo Pena, donde se reencontraron. Según relató más tarde Pena, Huidobro le habría manifestado que lamentaba mucho no poder seguir visitándolo si continuaba recibiendo a

---

[14] Zig-Zag, Santiago de Chile, 29 de julio de 1922. Traducción y reproducción del artículo publicado originalmente en La Renaissance d'Occident, Bruselas, marzo de 1922.

Contreras.[15] Al parecer este resentimiento fue mutuo porque Contreras jamás escribió una línea en las páginas del Mercure sobre Huidobro. No obstante, los Contreras mantuvieron una amistad imperecedera con la hermana del poeta creacionista, Doña Mercedes. Esta se encontraba casada con el escritor Diego Dublé Urrutia, y siempre lamentaba la conducta "impropia" de su hermano[16], como el abandono de su familia, el rapto de la joven Amunátegui, sus extravagancias en París, su "secuestro" por agentes británicos luego de la publicación de Finis Britannia, y su incitación a los intelectuales de la Closerie de Lilas a quemar el Museo del Louvre...

Francisco Contreras continuaba trabajando en sus novelas "mundonovistas," la primera de las cuales fue publicada, en francés, por La Renaissance du Livre, en 1924, con el título de La Ville Merveilleuse. A pesar de las difíciles circunstancias económicas, el editor Fasquelle le saca a luz el segundo volumen del ciclo, La Montagne Ensorcelée. A continuación, el Mercure de France, le publica el tercer volumen, La Vallée qui Rêve, en folletos que acompañaban la revista. En el ínterin aparece, en 1927, El pueblo maravilloso, la edición en lengua española de la novela antes publicada en francés. Luego, en 1930, da a las prensas Rubén Darío, su vida y su obra.

---

[15]Andrée de Contreras, "Lettre à Maya," junio 1983.

[16]Ibid.

Ultimos años de Francisco Contreras.

No obstante, la vida en Francia se iba haciendo, día a día, más difícil para nuestro crítico: su precaria salud se agravaba y paralelamente los medios financieros se esfumaban penosamente, ya que, de la noche a la mañana, el gobierno chileno había decretado la prohibición de salida de fondos hacia el extranjero. Y sus bienes de Chile, cuya renta permitía al escritor una tranquilidad financiera relativa, permanecían congelados en el banco en Santiago.

Cuando cae gravemente enfermo, la esposa solicita ayuda a la Legación de Chile, implorando una autorización para obtener alguna suma de los intereses del capital depositado en el Banco Anglo-Sud-Americano de Santiago. Pero sólo consigue la negativa más absoluta. Sin tener ya dónde acudir, no le queda otro recurso que hipotecar la casita que tenía en Rébérac, habitada por su anciana madre y su hermana. Luego debe acudir a la generosidad de sus amigos franceses, quienes dan muestra de gran solidaridad: Valery Larbaud, Shelminski, Georges Yamati, Jean Lorédan, Sebastien Charles Leconte, presidente de la Sociedad de Escritores de Francia.

El 6 de mayo de 1933 muere Francisco Contreras en París de una meningitis tuberculosa. Sus restos reposan en el

pequeño cementerio de Rébérac, el pueblo natal de su esposa, esperando su última deseo: ser inhumado en su patria, en Quirihue, cerca de Chillán, donde creció, junto a los Andes majestuosos...

El Mercure de France y los Mercurios.

Si bien el decano de la prensa continental es el Mercurio de Valparaíso, Chile, el cual se publica ininterrumpidamente desde 1827, el uso de este nombre para publicaciones periódicas es muy anterior. Aunque en nuestros tiempos el dios Mercurio (el Hermes griego) se asocia principalmente con el mercantilismo, no debemos olvidar que esta divinidad cumplía también, en el sincretismo religioso greco-latino, las funciones de mensajero del Olimpo, guía y protector de los viajeros, dios de la elocuencia y de los ladrones, e igualmente se le atribuía la invención de la lira.

Desde el siglo XVI se ha venido dando sucesivamente este nombre a numerosos periódicos y revistas. El primero apareció en Londres en 1587, bajo el patrocinio de la reina Isabel I, con el título de Mercurius britannicus. Salía a luz dos veces por semana, y daba, como nuestros periódicos de hoy, todas las noticias del día, políticas, metereológicas y hasta literarias, y especialmente, en su primer año, las concernientes a la Armada española, que por aquellos días amenazaba a Inglaterra. Los primeros números de este curioso periódico se han perdido. La colección del Museo Británico comienza con el número 50º, cuya fecha corresponde al 23 de julio de 1588. Otras publicaciones no tardaron en aparecer en Inglaterra con títulos más o menos similares. Primeramente fue

el Mercurius aulicus (Mercurio de la corte), que empezó a publicarse en Oxford desde el 1º de enero de 1642; al año siguiente salieron a luz el Mercurius rusticus y el Mercurius civicus. Pero Francia tenía su Mercure desde hacía ya treinta años. En 1605 había comenzado la publicación del Mercure français, al cuidado del impresor Jean Riche, quien continuó su publicación hasta el tomo vigésimo, que corresponde a los años 1634 y 1635. Malingre lo retoma entonces, pero careciendo la revista de una orientación editorial precisa, debe abandonarla en 1644. Durante casi veinte años el Mercure deja de publicarse. Luego, en 1672 (año que da comienzo a lo que se conoce como la "serie antigua"), Dauneau de Visé lo saca a flote con el título de Mercure galant. Por aquel entonces, toda suerte de información podía encontrarse en esta publicación: noticias de política y de letras, nominaciones y promociones, espectáculos, artículos en defensa de las más diversas causas, sermones, poemas, enigmas, historias galantes, canciones con su música, etc. De Visé estaba solo para cumplir con esta múltiple tarea, y por eso mismo, en un principio, el Mercure galant salía a luz sin mucha regularidad. Solamente a partir de 1678 pudo lograr una periodicidad regular. En 1710, el Mercure comienza a ser dirigido por Dufresny, quien lo engrandece y perfecciona. Lefebvre de Fontenay se hace cargo de él en 1714 y lo dirige hasta octubre de 1716, con el título de Mercure de France, nombre que se cambia momentáneamente, desde 1717 a 1721, por

el de Nouveau Mercure, bajo la dirección del abate Buchet. Pero, a partir de 1721, vuelve a retomar el título de Mercure de France, hasta el final de la "serie antigua" en 1815, y hasta el fin de sus días en 1965. La "serie moderna" comenzó a publicarse en 1890 bajo la dirección de Alfred Valette, y con la colaboración de su grupo de amigos quienes se reunían en el Café de la Mère Clarisse ubicado en la rue Jacob del Quartier Latin. Formaban este cénaculo, entre otros, Albert Samain, Jean Moréas y Remy de Gourmont. El primer número de esta nueva serie apareció el 1º de enero de 1890. Aunque en un primer momento la revista se manifestó favorable al simbolismo, muy pronto se abrió a las tendencias más diversas. Entre sus colaboradores contaba, aparte del grupo de amigos de Valette antes mencionado, a escritores franceses de la talla de Paul Claudel, André Gide, Paul Valéry, Georges Duhamel, Henri de Regnier... Entre los extranjeros: Giovanni Papini, Maurice Maeterlinck, Enrique Gómez Carrillo, etc. Los primeros años se publicó mensualmente, mas a partir de 1905 comenzó a aparecer cada quincena. La revista fue prohibida durante la ocupación alemana (1940-1945), pero volvió a aparecer mensualmente desde el 1º de diciembre de 1946 en adelante. Fueron sus directores, S. de Sacy, entre 1946 y 1962, y Gaétan Picon, entre 1963 y 1965, fecha esta última en la cual, como se mencionó anteriormente, cierra sus puertas definitivamente

por falta de lectores.[11] También es preciso recordar que durante la dirección de Alfred Valette se funda la casa editorial con el mismo nombre de la revista. En ella se publica, además de la obra de la mayoría de los colaboradores ya mencionados, la de Arthur Rimbaud, Pierre Louÿs y Francis Jammes, como igualmente traducciones de autores que habían sido rechazadas por otros editores: Tolstoi, Gorki, Kipling, H. G. Wells, Lafcadio Hearn, Strindberg, Nietzsche...

---

[11]Véase Boyd G. Carter, Literatura hispanoamericana a través de revistas, 19-20.

Trayectoria literaria.

En 1897, cuando cumplía 20 años, Contreras se inicia en la vida literaria --aunque su madre sostenía que siempre había escrito, y que guardaba cuadernitos de versos y cuentos de este niño precoz, escritos alrededor de los nueve años--,[18] con la publicación de Lilas y Campánulas, bella revista cuyos colaboradores, avergonzados por su audacia, escondían sus nombres bajo seudónimos, los cuales aún no se han logrado identificar en su totalidad. Francisco Contreras escogió el de León Garcín, y esto ya es prueba de su familiaridad con la obra de Darío.[19] Tenemos certeza de que escribían en ella, además de Contreras, los chilenos Antonio Bórquez Solar, Alejandro Parra, Guillermo Labarca, el argentino Emilio Berisso, el costarricense Roberto Brenes Mesén, el peruano Francisco Mostajo... El primer número de la revista, rindiendo homenaje al Maestro, incluía unas "Estrofas inéditas" de Darío que comenzaban:

¡Ya Dionisio en su pollino

---

[18]La viuda del escritor, Andrée de Contreras, nos cuenta detalles biográficos de su esposo en la nota "Liminar" de Francisco Contreras, Rubén Darío, su vida y su obra, Ed. Ercilla, Santiago: 1937.

[19]Recuérdese el personaje de Garcín en el cuento "El pájaro azul" del libro Azul... de Rubén Darío.

no visita templos fálicos,

al son de sistros metálicos

y entre los cantos del vino![20]

Lilas y Campánulas tuvo una efímera vida; sólo publicó dos números, aunque hubo un tercero que apareció desfigurado al cambiarse la ortografía a Lilas y Kampánulas, el nombre de su director a León Garzín, y el de su editor a Karlos Kabezón. Todo se debió a este último, quien insistía en esta necia neografía. La revista salió a luz en los dos últimos meses de 1897 y en el primero de 1898, y según Raúl Silva Castro fue "uno de los primeros testimonios puros del modernismo" en Chile. Insiste Silva Castro en el calificativo de "puro," porque "es aquí donde, acaso por primera vez, no se mezcla el modernismo con el romanticismo."[21]

En 1898 Contreras publica su primera obra poética, Esmaltines, libro que refleja sincréticamente la influencia de los parnasianos y simbolistas franceses --como ocurrió en todo el modernismo--, especialmente de Gautier, Banville y Mallarmé (ya el título nos remite al cincelador de los Emaux et Camées), y también su adhesión a la nueva estética que había plasmado Darío. Esmaltines venía impreso en tinta azul[22] y

---

[20]Lilas y campánulas, Santiago de Chile, noviembre de 1897.

[21]Raúl Silva Castro, "Francisco Contreras, crítico literario," El Mercurio, 14 de mayo de 1933.

[22]Recuérdese que, siguiendo el gusto de la época, los dos primeros libros de Juan Ramón Jiménez también aparecieron impresos en tinta de color: Ninfeas (1900) en verde y Almas de

algunos poemas traían dedicatorias no acostumbradas en esa época: "A la princesa Zafirina", "Al príncipe Matiz", "A la señorita Primavera"... En el epígrafe del poema "Medalla" de esta colección, Contreras abiertamente nos señala su fuente de inspiración: "Traspaso al tono azul de un sonetito en tono blanco de Rubén Darío". El estilo novedoso --dado el retraso de Chile en interesarse por la nueva estética--, el cromatismo y la adjetivación insólita de este libro causaron un fuerte rechazo de parte de los críticos tradicionales y una calurosa acogida de los jóvenes.[23]

Por esos años Contreras colaboró tambien en periódicos y revistas de Chile como La Victoria, El Día de Chillán, Pluma y Lápiz, y fundó en 1899, como se mencionara anteriormente, una nueva revista encaminada a dar a conocer al gran público la tendencia modernista que le había subyugado: La Revista de Santiago. El primer número apareció el 1º de agosto de ese año y en su texto inicial se especificaba:

> En estos últimos diez años, cuando tan ardiente soplo de entusiasmo se ha apoderado de la intelectualidad latinoamericana, lanzándola en la senda de la innovación y del progreso, es verdaderamente lamentable que nuestro bello país de Chile haya permanecido como apartado, trabajando sí,

---

violeta (1900) en morado.

[23]Armando Donoso. "Francisco Contreras" Los nuevos. Valencia: n.p., 1912.

pero en un aislamiento que difícilmente podrá ser fecundo.

La publicación literaria ilustrada que hoy inauguramos está llamada a servir de seguro vínculo entre el pensamiento de América, para que de una vez, conocidos y unidos todos los intelectuales, podamos proseguir unánimemente la edificación del soberbio monumento de las modernas verdaderas letras americanas.

I.-- La Revista de Santiago, ante todo, servirá de órgano a la juventud literaria de nuestro país, que marcha valientemente a la conquista del Ideal.

II.-- La Revista de Santiago, además, se propone extender nuestras relaciones intelectuales a través de Latino-América y España, mediante la franca circulación de sus ediciones en tales países.

III.-- La Revista de Santiago, por fin, dará a conocer a nuestro público los más celebrados literatos de Europa y América, publicando colaboraciones suyas y fragmentos de sus hermosas obras, como también sus retratos, acompañados de notas biográficas y bibliógaficas. Empero, acaso alguien preguntara: ¿Y vuestra bandera literaria? ¡Oh! Ninguna. Lejos de nosotros tales ideas, convencidos como estamos de que el "individualismo" es la única teoría de que puede razonablemente

> tratarse en este tiempo en que hasta los más conservadores empiezan a confundir el arte absoluto con el "Arte Libre." Y ahora, ¡a la obra! ¡A la obra sin vacilaciones ni temor, pues no podemos menos de esperar (dados nuestros propósitos) favorable acogida en nuestra amada patria y en los demás países que tienen el honor de poseer la lengua de oro de Castilla!

Vemos en este manifiesto una estrecha relación con las "Palabras liminares" de Prosas profanas y otros poemas (1896) de Rubén Darío en lo que se refiere a la "proclama" de una "estética acrática." Dice Darío: "la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción."[24] En la enumeración de propósitos de La Revista de Santiago vuelve a plantear: "...acaso alguien preguntara: ¿Y vuestra bandera literaria? ¡Oh! Ninguna. Lejos de nosotros tales ideas..."[25]

Cinco años después, en 1902, Contreras publica Raúl, extenso poema narrativo (aunque con fuertes matices líricos) escrito en versos dodecasílabos que revela constantemente la influencia de Verlaine, de Baudelaire, y del Darío de Prosas profanas.

Lo más importante de Raúl, como lo ha señalado John M.

---

[24]Rubén Darío, Prosas profanas. Ed. José Olivio Jiménez. (Madrid: Alianza, 1992) 36.

[25]Para un estudio de las tendencias presentes en la estética modernista véase José Olivio Jiménez y Antonio R. de la Campa "Introducción," Antología crítica de la prosa modernista hispanoamericana (New York: Eliseo Torres, 1976)

Fein, es su prefacio,[26] el que suele considerarse en la literatura chilena como un verdadero manifiesto de toma de conciencia y adhesión al modernismo.[27] No es, como lo creyera Contreras, el primer y único manifiesto del modernismo. La defensa de los derechos absolutos del espíritu libre y de la libertad creativa sobre el determinismo positivista-realista de la etapa precedente había ya sido formulada --y desde una perspectiva más amplia--, en los ensayos El arte y el materialismo (1876) de Manuel Gutiérrez Nájera; El carácter de la "Revista venezolana" (1881) de José Martí --defensa del uso oportuno de neologismos y arcaísmos para dar elegancia al lenguaje, como también el valor (Martí dice "fuerza") de la sinceridad --; Catulle Mèndes. Parnasianos y decadentes (1888), Ricardo Palma (Fotograbado) (1890) --defensa de la libertad y el vuelo, el triunfo de lo bello sobre lo preceptivo en la prosa y la novedad en la poesía (flexibilizar el anquilosado verso castellano) y Los colores del estandarte (1896) de Rubén Darío; Decir las cosas bien... (1889) de José Enrique Rodó y "Decadentismo y americanismo" de El castillo de Elsinor (1901) de Pedro Emilio Coll. Sin embargo, Contreras fue el primero en señalar en Chile la existencia de una nueva literatura hispanoamericana "individual, original y

---

[26]John M. Fein, Modernismo in Chilean Literature. 94.

[27]Debemos dejar en claro que, a pesar de que Rubén Darío permaneció en Chile entre los años 1886-1889, y que su libro Azul... se publicó en Valparaíso en 1888, Darío no dejó escuela en ese país.

floreciente" y cómo esta corriente estaba transformando de manera profunda y compleja la "anémica y caduca" literatura precedente. A pesar de que el término "modernismo," ya de uso corriente, no aparece mencionado en el texto de Contreras, el empleo de las expresiones "arte moderno" y "arte libre" tienen en este texto el mismo significado. Contreras dará respuesta a cada una de las críticas de artificialidad, elitismo y decadencia que los detractores de la nueva estética habían expresado. La consigna "Arte libre=Arte sincero", que sirve de lema al manifiesto le lleva directamente a reconciliar la sinceridad con el principio rector del modernismo, la libertad de expresión. "El problema estético --escribe Contreras-- que tanto ha dividido las opiniones, queda reducido (en el Arte Libre) a esta expresión muy sencilla: libre desarrollo del espíritu creador." Para dar respuesta a la crítica de elitismo usa un argumento similar: "No existiendo ya el patrón del arquetipo ni el marco hecho del canon y, no quedando otro criterio o regulador que ése como tino del talento que se llama Gusto, los artistas mediocres, sin punto de apoyo exterior ni interior, se perderán irremisiblemente en las sombras insípidas de las extravagancias sin trascendencias.... Lo bello se impone, lo artificioso cae por su propia antipatía".[28] De esta manera, sin la protección de una escuela, sólo el buen gusto determinaría los criterios de aceptación o exclusión y una selección natural de los valores

---

[28]Francisco Contreras, "El arte nuevo," Raúl, iii-viii.

impondría orden en el posible caos creado por la absoluta libertad de expresión.

Al dar respuesta a la crítica de decadencia, nos dice finalmente que se debe culpar de ella a la sociedad y no a la poesía: "Ante este razonamiento la célebre Entartung de Max Nordau[29], como obra falta de base, cae. Pues si el furioso clínico austríaco percibe signos de insanía, de enfermedad, de degeneración en los artistas contemporáneos, no debe atacar a su arte, que no es más que un efecto, sino a la sociedad, el medio en que se desarrolla, que es la verdadera causa".[30]

El tono de advertencia con que concluye el prefacio es una clara indicación de la rareza que todavía comportaba en Chile cualquier intento serio de teorizar, con la justa amplitud que se requería, sobre el tema del modernismo en aquel momento. Nos dice Contreras: "Con lo cual ya podéis salir de vuestra estupefacción, jóvenes amigos, que esperábais que os hablara en este Preliminar del pájaro azul, del árbol que canta, o de la hija del rey de Thulé".

La labor de Contreras como difusor y propulsor del modernismo en Chile puede ser documentada a través de sus colaboraciones en las tres revistas literarias de la época que ya hemos mencionado: Lilas y campánulas (1897-1898), Revista de Santiago (1899), ambas de muy efímera vida y finalmente

---

[29]Entartung, publicado en español como Degeneración, fue muy atacado por los modernistas, en especial Silva, Casal y Darío.

[30]Contreras, Raúl, ix.

Pluma y lápiz con la que estuvo asociado entre 1900 y 1904. En esta última publicación colaboraba la mayoría de las figuras más destacadas del mundo literario del momento: chilenos como Manuel Magallanes Moure, Antonio Bórquez Solar, Carlos Pezoa Véliz, Miguel Luis Rocuant... Entre los extranjeros: Manuel Ugarte, Vargas Vila, Nervo, Silva, Palma, Santos Chocano, Tablada, Díaz Mirón, Blanco Fombona, Lugones, Rodó, González Martínez, Gómez Carrillo, Manuel Machado, casi todos ellos directamente asociados con el movimiento modernista en sus respectivos países. Igualmente la revista Pluma y lápiz incluía traducciones de autores en otras lenguas que reimprimía de diversas publicaciones; entre ellos podemos destacar a Wilde, Baudelaire, Gourmont, D'Annunzio, Heine, Ibsen, Poe, Catulle Mèndes, Turguenev, Anatole France... Sin embargo, dada la indiferencia del público lector hacia las nuevas corrientes estéticas, la revista debe cerrar sus puertas a los pocos años.[31]

Como ya se dijo, en 1905 Francisco Contreras abandona su tierra y se radica en Francia. Al año siguiente publica en París su tercer libro de poemas, Toisón. Esta obra recibe una calurosa acogida, especialmente de Salvador Rueda. En Chile, Armando Donoso lo llama "joyel magnífico de raras pedrerías, digno hermano de los líricos camafeos de Gautier y de las

---

[31]Véase "Pluma y lápiz, the Movement's Workshop" en Fein, Modernismo, 63-89.

flores baudelerianas."[32] Este libro trae, en sus páginas preliminares, un riguroso estudio sobre la "Evolución histórica del soneto." Este trabajo prologal de Contreras muestra, una vez más, su interés didáctico y su erudición, y nos da numerosos ejemplos del soneto, tomados de las más variadas literaturas. Toisón es una recopilación, principalmente de sonetos, en los cuales nuestro autor exterioriza sus estados de alma: melancolía, recogimiento, ternura. No son escasos en el libro los extremados desbordes líricos. Busca Contreras expresar lo inefable a través de un balbuceo, de una vaga evocación. Y ésta se deja, como ha dicho Donoso, "adivinar tras los vocablos."[33] La congoja y la melancolía del amor perdido quedan expresadas en estos "Estados de alma":

Negra nube de angustia y hastío
pasa lenta y tenaz por mi frente,
¡Ya no es mío el ensueño ferviente,
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Y en el "Encanto de la lluvias" cobran cuerpo las reminiscencias de sus amores de juventud:

Llueve, llueve, llueve, llueve sin quebranto.
Y del agua trémula a través del velo,
Se divisa el campo, se divisa el cielo,
Como un rostro pálido a través del llanto

---

[32]Armando Donoso, Los nuevos, 68.

[33]Ibid.

. . . . . .

Pienso en ti, graciosa rosa de inocencia,

Azulado ensueño de mi adolescencia,

Que encendiste en mi alma la ilusión del fuego.

. . . . . .

Mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

Podemos apreciar en estos poemas de Contreras un modernismo en "tono menor," de fondo romántico, pero sin aportar nada nuevo, debido a que todo --métrica, ritmo, léxico--, resultaba ya muy hecho. Conoce su difícil misión de vate, y busca poner su acento personal en cada uno de sus versos, pero desafortunadamente termina repitiendo los consabidos clichés de la época. Como botón de muestra léase la siguiente estrofa de "Suprema misión":

Amo el horror nefasto de mi misión. Quisiera
sobre el nefasto cáliz de trágica oblación,
en las terribles nupcias con mi ideal Quimera,
exprimir gota a gota mi ardiente corazón.

No obstante, Armando Donoso muy generosamente ha apuntado, que se podría decir de la obra lírica de Contreras los que nuestro propio autor ha mencionado de la de Verlaine: "Hondamente emotiva, brotada como de la raíz misma del ser, cantando las tribulaciones íntimas del poeta, ella sintetiza toda el alma actual con sus mórbidas complicaciones y su dolorosa vacilación entre los transportes del espíritu y los incentivos de la sensualidad. Sus creaciones son como espejos

mágicos en que se reconoce el hombre de hoy con todos sus delirios, con todas sus miserias."[34] En el poema "Las crisantemas" de esta colección, pieza generalmente reproducida en la mayoría de las antologías, encontramos elementos que inmediatamente asociamos con la estética simbolista/modernista. Nos referimos al preciosismo unido a lo exótico y a lo raro, o más bien, esto último como un corolario de la belleza:

Flores raras son emblemas
Del arte de nuevos ecos
Amante de orlas y flecos
Y de rarezas supremas

Exóticas y hieráticas,
Como princesas asiáticas,
Porque son raras, son bellas.

No obstante, este poema nos suena, hoy en día, a pastiche de toda la estética precedente, al encontrar en él la repetición de la expresión tópica de toda una línea de poetas que iría desde Casal a Herrera y Reissig.[35] En este poemario de Contreras, junto al poeta racional, encontramos también al

---

[34]Francisco Contreras, "Paul Verlaine" Los modernos. 27.

[35]Julián del Casal (Cuba, 1863-1893) y Julio Herrera y Reissig (Uruguay, 1875-1910), poetas destacados, respectivamente, de la primera y segunda generación modernista en Hispanoamérica. En algunas de las tendencias más características de ambos, se daban con frecuencia la evasión hacia temas exóticos y lejanos y el gusto por la palabra culta, rara y exquisita.

sensual, al apasionado, al torturado por la lubricidad. En "Este el bosque de sauces..." invita a la amada:

¡Sí, mujer! Este el bosque propicio a las ansias
Que soñara tu carne de ardientes fragancias
Hormigueante de raro sensual entusiasmo.
.....
Celebremos gloriosos el último espasmo.

Y en "Sensual," usando nuevamente un tono retórico, llama a su "cándida Ninfa" que ha rechazado a los "faunos lascivos":

Ven a mí. Yo te adoro. De deseo estoy lleno.
Y en la copa de nácar de tu lúbrico seno,
Dame el vino divino que ama el Sátiro agreste.

El apasionado poeta, burlado por la amada infiel, se venga de ella con "El puñal antiguo," en este poema con ribetes de farsa:

Sobre el tapiz oriental
De mi alcoba obscura y fría
Tengo tu fotografía
Clavada con un puñal
.....
Y cuando el día se pierde
Y el aciago ajenjo verde
Exalta mi hondo dolor,

¡Con qué perverso arrebato
Hundo sobre tu retrato

Aquel puñal vengador!

Quizás por lo que había de ficticio y exagerado en la estética parnasiano-simbolista/modernista, Contreras abandona esta poesía para volcar su mirada hacia el terruño, hacia su Nuevo Mundo, con resultados igualmente desalentadores. En 1907 publica Romances de hoy, en el cual trata nuevamente de exhumar el poema narrativo (su primer intento había sido con Raúl en 1902), ya casi totalmente desaparecido de la poesía moderna.[36] Esta altisonante poesía había muerto con la Mireille de Frédéric Mistral, y en nuestra lengua con los últimos poemas de Campoamor. Y le habían dado el pase de sepultura, en Francia, los iniciadores de la nueva estética, Baudelaire, Verlaine y Mallarmé; y en nuestra América, los primeros modernistas. De este modo quedaban relegadas, en los baúles del olvido, las formas que habían estado presentes por cuatro siglos consecutivos. Romances de hoy está compuesto por tres novelas rimadas: "Blanca Vargas," "Tulio Aguirre," y "Margarita Artigas." Las tres narran diversos capítulos de la vida chilena de la época, los cuales se desarrollan en el campo y en la ciudad. La primera, el conflicto en un hogar, entre una dulce y tierna muchacha, su padre atrabiliario y dos hermanos, el uno vicioso y el otro idealista; la segunda, un problema psicológico-social de la alta burguesía chilena; la tercera, una historia sentimental, de seducción y abandono. Es

---

[36]Recuérdese, no obstante, que Antonio Machado trata de hacer revivir el poema narrativo en 1912 con "La tierra de Alvar González," incluido en su libro Campos de Castilla.

esta última narración la única que, gracias a sus chisporroteos líricos, medianamente se salva. Cuatro años después, en 1911, Contreras hace un nuevo intento de historia rimada siguiendo el estilo de Romances de hoy, y publica La piedad sentimental. Aunque ambas obras muestran una cierta flexibilidad métrica --emplea alejandrinos sin cesura fija ni ritmo obligado, o sea hemistiquios asimétricos--, acercándose de esta manera a la modalidad discursiva de la prosa, su lectura nos resulta, hoy en día, muy fatigosa. La piedad sentimental nos relata la vida de un poeta hispanoamericano en París quien, a cada instante, evoca los campos dorados, el mar azul y las blancas cordilleras de su patria lejana. Al parecer, después de este tercero y último intento, Contreras comprendió que a él le era imposible revitalizar este género lírico. Todas sus narraciones posteriores serán en prosa.

En 1912, en aquel rápido viaje que hizo a su patria, regresa también a la poesía lírica con un nuevo volumen Luna de la Patria y otros poemas, que publica en Santiago de Chile. El poeta, que ha estado ausente por muchos años, contempla nuevamente la luna de su terruño, la "espuma del Pacífico," la "nieve de los Andes," y rememora toda su vida pasada:

Luna de la Patria, Luna
Unica, lánguida, grata,
Cuya luz bendita es una
Polvareda azul de plata.

Este poema, en concordancia con la reacción hacia la

sencillez lírica, resulta mejor logrado. Es claramente el reflejo del tono "posmodernista" de la década de 1910, señalado por Federico de Onís y que encontramos también en poetas como Leopoldo Lugones, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde, Luis Lloréns Torres... En este libro canta también, en un soneto, a Santiago de Chile "colonial y moderna, melancólica y leda"; e incluye el poema dialogado "Fatum vatis", entre un poeta y el demonio. Cierra el volumen un cuento, "La vuelta al solar," en el cual se narra la poco grata acogida que recibe el protagonista, Gracián, al regresar al hogar materno después de muchos años. No es difícil descubrir que Contreras, quien antes se ocultaba tras Garcín, ahora lo hace tras Gracián.

Como mencionáramos anteriormente, Francisco Contreras se inició en la prosa en la Revista de Santiago, publicando crónicas e impresiones sobre escritores extranjeros. Su primer intento ensayístico serio fue el manifiesto sobre el arte moderno que ya vimos aparecer a manera de prólogo en su poema Raúl. Posteriormente dio a la imprenta el minucioso estudio sobre la historia del soneto, también mencionado, en las palabras preliminares de Toisón. Luego en la introducción de Romances de hoy nos ofrece su estudio sobre "El arte de hoy," esbozo de su futura teoría mundonovista y propuesta de juventud. Su primer libro de crítica Los modernos, se publica en la capital francesa en 1909. Se trata de una colección de estudios que siguen el molde de Los raros de Darío, dedicada

a escritores como Verlaine, Huysmans, Heredia, Lorraine, Ibsen, Barrès, y también a artistas plásticos como Rodin y Carrière. En la introducción, Contreras da una mirada de conjunto al arte moderno, sus diversas etapas evolutivas y sus limitaciones; nos habla del romanticismo, el realismo-naturalismo, el simbolismo, el impresionismo, estableciendo paralelos entre literatura, música y artes plásticas, reflejando así su conocimiento de las tendencias finiseculares y la amplitud estética del creador modernista. El volumen se cierra con un recuento de la pintura del momento en Francia, expuesta en los diversos salones. Luego de enviar Contreras un ejemplar de esta obra a Remy de Gourmont, éste decide ofrecerle el cargo de redactor de la sección de letras hispanoamericanas en el Mercure de France, y nuestro crítico aconsejado por Darío, con quien también ya había establecido amistad, decide aceptarlo.

Paralelamente a su labor de crítico en el Mercure, Contreras publica varios libros inspirados en sus frecuentes viajes por Europa. En ellos encontramos sus impresiones sobre las diferentes ciudades y centros de arte que visita. Y nos entrega también siluetas de escritores y artistas: Almas y panoramas (1910), Tierra de reliquias (1912) y Los países grises (1916).

En el "ámbito" de preferencias modernistas las crónicas, notas o impresiones de viaje ocuparon un lugar de gran importancia. José Olivio Jiménez y Antonio R. de la Campa nos

dicen que era "para los hispanoamericanos, la ocasión de vivir en la realidad personal su inveterada vocación de cosmopolitismo, de hacer su apasionada experiencia del mundo."[37] Enrique Gómez Carrillo en El arte de trabajar la prosa hace la primera valoración de esta modalidad de escritura, teorizando sobre ella y sobre el relato de viajes. Baste el título de algunas de estas crónicas y artículos de viaje para indicarnos hacia donde iba encaminado el interés de nuestros escritores modernistas: José Martí, Nueva York bajo la nieve; Manuel Díaz Rodríguez, Alma de viajero, Venecia; Amado Nervo, ¿Por qué va uno a París?; José Juan Tablada, Alborada japonesa, El japón en Occidente; Enrique Gómez Carrillo, Danza de bayadera, En una fumería de opio anamita...

Contreras en el primer libro de viajes, Almas y panoramas, dedicado a Italia, comienza su periplo artístico recorriendo sus ciudades, Génova y Roma, Nápoles y Bolonia, Venecia y Milán; visitando sus monumentos, sus museos, sus catedrales, sus teatros, para luego rematar comentando la obra de algunos de sus artistas más representativos: Carducci, D'Annunzio, Bellini, Tintoreto, Matilde Serao, Fogazzaro y Bracco. Antes de presentar la ciudad que va a comentar, estampa un soneto inicial alusivo a cada una. Curiosamente, esto ha sido lo que más ha interesando a Darío cuando se detiene a comentar este libro en Todo al vuelo:

> ...fuera de cálidas pinceladas, de "manchas" justas,

---

[37]Jiménez y De la Campa, Antología crítica 27.

> de observaciones juiciosas, lo mejor son los sonetos que a modo de musical introducción hace resonar a la entrada de cada capítulo. De las principales ciudades de arte de la divina tierra itálica elige un alma y una visión; y antes, el soneto sintetiza armónicamente e inicia el tema ideológico...[38]

Darío lamenta que el libro de Contreras no incluyera estampas de otras urbes, como Pisa, Florencia y Turín, y espera que el chileno lo complete en el futuro.

El segundo, Tierra de reliquias, está consagrado a la tierra de sus ancestros, España, y vemos a través de sus páginas el gran cariño y admiración que siente por ella. Para Contreras, España no es el país exótico que vieron Théophile Gautier o Victor Hugo, sino una tierra de misticismo y energía, la patria de Góngora, Quevedo y Santa Teresa, de Goya y de Zurbarán. Notamos aquí no sólo interés en lo exótico fuera de las fronteras hispánicas, sino una vuelta a la propia España como lo habían practicado los mismos escritores del 98 español. Contreras se detiene en Burgos, cuyas campanas añoran épocas pasadas; en Toledo, mitad musulmana y mitad goda; en Valencia, la antigua capital sarracena, hoy "engastada en la esmeralda riente de su vegetación." Luego llega al alma de la península, a Madrid, donde se interesará en observar las costumbres de los variados grupos que la componen, para seguir

---

[38]Rubén Darío, "Letras chilenas, Francisco Contreras (Un libro sobre Italia)" en Obras completas, 637.

a Barcelona, siempre apuntando, aquí y allá, el antiguo espíritu místico, los rincones polvorientos, el encanto imperecedero. Contreras cierra este volumen con estudios sobre los autores que él considera más representativos del resurgimiento literario español: Villaespesa, Valle Inclán, Díez Canedo...

En el último libro de viajes, Los países grises, Francisco Contreras nos lleva hacia el norte, a Bélgica, a Holanda, a Inglaterra. Así hace desfilar ante nuestros ojos Amberes, Bruselas, Brujas, Amsterdam, Londres, precedidas nuevamente, cada una, de un soneto en el cual trata de caracterizar poéticamente sus rasgos más esenciales. Igualmente cada ciudad va seguida de un estudio sobre algunos de sus escritores, pintores y escultores. En Bruselas destaca al pintor Groux, al escultor Meunier, y a los escritores Verhaeren y Maeterlinck. En Amberes se detiene en el Museo de los Maestros Impresores. Allí están las viñetas y dibujos hechos por Rubens y la famosa Biblia regia de 1578. En Amsterdam nos recuerda las obras de Rembrandt y de Franz Hals. En Brujas, la ciudad conservada intacta "bajo la lava del atraso...de la lluvia sempiterna," lo que más le impacta, como siempre, es su arte, en especial las pinturas de Memling y de los artistas anónimos. Contreras, luego de recorrer la capital de Brabante, La Ciudad de los Esquilones, La Venecia del Norte y La Ciudad Muerta, termina su peregrinación artística en Londres, --"ciudad-monstruo, ciudad-foco, ciudad-venero, /

para cantarla no hay vocablo, no hay nota..."--, con un breve comentario sobre los pre-rafaelitas.

En un artículo publicado en 1917 con el título original de Le Mondonovisme, Contreras acuña el término mundonovismo, el que fue elaborado más ampliamente en 1920 y luego en 1926 en el proemio a su novela El pueblo maravilloso. Este término fue luego difundido por Arturo Torres Rioseco en sus varios manuales de historia literaria para designar la reacción interna que se creó en el modernismo a partir de Cantos de vida y esperanza (1905).[39] Si bien Contreras creyó no ver un cambio de orientación dentro del modernismo, sino la conclusión de este movimiento que muchos críticos datan del soneto de Enrique González Martínez "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje" (1910) y del último Lugones, esto será un error de óptica literaria que necesitaría del distanciamiento de la época para su corrección (y aludimos aquí a las contribuciones sobre esta problemática de Max Henríquez Ureña, Federico de Onís, Enrique Anderson Imbert, Ricardo Gullón, José Olivio Jiménez, Ivan Schulman, Rafael Gutiérrez Girardot y otros).[40] Volveremos sobre este tema al

---

[39]Arturo Torres Rioseco, Historia de la gran literatura iberoamericana, Buenos Aires: Emecé, 1945; otra ed. Nueva historia de la gran literatura iberoamericana, Buenos Aires: Emecé, 1960.

[40]Max Henríquez Ureña, Breve historia del modernismo, México: Fondo de Cultura Económica, 1954; Federico de Onís, Antología de la poesía española e hispanoamericana, Nueva York: Las Américas, 1961; Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana, México: Fondo de Cultura Económica, 1954; Ricardo Gullón, Direcciones del modernismo,

tratar la labor crítica de nuestro autor en el Mercure de France.

Contreras, en la etapa final de su trayectoria vital y literaria, entiende la literatura como una forma de interpretación del hombre a través de sus costumbres, de su vida recóndita y subconsciente, en una actitud cercana a la practicada por Unamuno en su concepción de la intrahistoria, enfatizando el regionalismo, el folklore y la mitología popular, como expresiones del inconsciente colectivo. En el proemio a su obra narrativa El pueblo maravilloso (1926) nos dice Contreras: "Por eso he considerado, con cierta preferencia, nuestra maravillosidad tradicional que es la simbolización subconsciente y, por tanto, más profunda de nuestro espíritu". Vemos en esta teoría de la autoctonía americana (de la originalidad de América) la formulación aún vaga de lo que más adelante será reformulado y ampliado por Alejo Carpentier en el "Prólogo" de su relato El reino de este mundo (1949) y en Tientos y diferencias (1964) bajo el término de "lo real maravilloso americano."[4] Su obra narrativa última: El pueblo maravilloso (1926) y El huallipén y La

---

Madrid: Gredos, 1963; José Olivio Jiménez, Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana, Madrid: Hiperión, 1985; Ivan A. Schulman, El modernismo hispanoamericano, Buenos Aires: CEAL, 1969; Rafael Gutiérrez Girardot, Modernismo, Barcelona: Montesinos, 1983.

[4]El interés de Alejo Carpentier por Francisco Contreras podemos advertirlo en la traducción que aquél realizó del cuento de Contreras titulado "El Mochuelo," escrito originalmente en francés. La traducción fue publicada en Social, La Habana, julio de 1925.

aojada (1945), publicados póstumamente, reflejan estos planteamientos. Ya hemos advertido que El pueblo maravilloso apareció primero en francés en 1924, con el título de La Ville Merveilleuse. Esta novela debía iniciar un ciclo de diez que interpretaría la vida en Hispanoamérica --particularmente en Chile--, pero la muerte no le permitió que pasara de la tercera. La edición en lengua francesa recibió elogiosas reseñas de críticos como Henri de Regnier, Jean Royère, Francis de Miomandre, Jean Cassou, Léon Bocquet, Manoel Gahisto, C. de Saint-Cyr, René Morand, etc. En la española se detuvieron en ella, entre otros, Gabriela Mistral y E. Gómez de Baquero. Es una novela escrita en una sucesión de cuadros, de los cuales cada uno tiene su propia acción. Lo interesante de esta narración es la forma en que asocia o combina la novela y el folklore. Todos los cuadros en el relato tienen un fondo folklórico, y cada uno tiene, individualmente, por motivo o tema, un cuento o superstición popular. Gómez de Baquero ha apuntado que "el título El pueblo maravilloso, ha de entenderse en sentido de sinécdoque, como alusión tropológica. No se trata de un pueblo especialmente maravilloso, sino del sentido de lo maravilloso en ese pueblo y de las consejas populares en que se conserva ese legado tradicional."[47] El crítico español asocia esta novela a las Empresas de Saavedra Fajardo, en las cuales aparece a la cabeza de cada episodio un dibujo alegórico. También relaciona

---

[47] El Sol, Madrid 2 de septiembre de 1927.

este libro de Contreras con la narrativa de Valle Inclán, citando las novelas Tirano Banderas y La corte de los milagros, en las cuales asistimos a una sucesión de cuadros que no impiden que haya una vigorosa unidad. Otro punto interesante de la novela de Contreras es que, en vez de ofrecer una versión narrativa literal de la conseja popular, la refunde en una especie de fábula moderna.

Para los estudiosos del folklore chileno, esta novela ofrece una valiosa contribución al rescate de la tradición popular. Gabriela Mistral ha dicho a este propósito: "He leído la obra, asombrándome de la fidelidad de memoria y de sentimiento que se goza en la novela. Ausente de Chile veinte años, él reproduce el objeto, la planta, el paisaje y la costumbre con asombrosa justeza y con una minuciosidad que yo, la olvidadora, le envidio."[43]

De publicación póstuma son la segunda edición del ya mencionado libro sobre su maestro, Rubén Darío, su vida y su obra (1937), prologado por la viuda de Contreras, y las dos novelitas "mundonovistas," El huallipén y La aojada (1945), publicadas ambas en un solo volumen. El mérito principal del primero es su valor testimonial. Contreras mantuvo una estrecha amistad con Darío y aporta detalles únicos del poeta que sólo pueden brotar del testigo presencial. Los capítulos que despiertan mayor interés son el VI y el VII de la primera parte, especialmente este último, titulado "El refugio en

---

[43]Antártica 17, Santiago de Chile, abril de 1946.

París, la vida íntima." El pie de la amistad queda establecido en las siguientes líneas de Contreras:

> En esos días Darío vino a habitar en el Barrio Latino, calle Corneille, número 9. Yo vivía a un paso, en la calle Casimir Delavigne. Casi todas la tardes iba, pues, a reunirme con él, en su salón decorado por una una gran reproducción del Verlaine de Carrière y por un excelente retrato suyo, que acababa de hacerle un pintor mejicano: Juan Téllez. Y cuando yo faltaba, venía él a buscarme a mi cuarto del Hotel Saint-Sulpice."

Darío era conocido por su afición a los oropeles, a las condecoraciones, al fausto oficial y académico, a todo lo que brillara y resplandeciera. En el año 1908 supo Contreras el regreso de Darío a París y fue a visitarlo a su departamento de la rue Corneille:

> Hallélo resplandeciente de satisfacción. Había conseguido el puesto que tanto deseaba y su amiga acababa de darle un nuevo hijo, no ya raquítico, sino lleno de vida, que había recibido el nombre de Rubén Darío... Expansivo como nunca, me refirió mil cosas de su viaje (a Nicaragua), particularmente las deferencias del Presidente Zelaya, que quería tenerlo siempre a su lado y la espontánea

---

"Francisco Contreras, Rubén Darío, su vida y su obra, 122.

> grandiosidad que revistiera su entrada a León... Enardecido con sus propias palabras, rogó a René Pérez (músico chileno amigo suyo) que tocara al piano cierta canción que oyera a bordo y para la cual hiciera unos versos, y, tomando el manuscrito, se puso con voz apagada y meliflua, ¡a cantar!
>
> Vuela la mágica ilusión
> En un ambiente de pasión
> Y nos arranca una canción
> Del corazón...
>
> Se le habría creído uno de esos jovencitos de nuestras tierras que entonan junto al piano endechas dedicadas a la novia. Yo sonreía con respeto.[45]

En marzo de 1910, en su viaje a Madrid, Contreras visita a Darío, con Manuel Machado que fue a buscarlo enviado por el poeta. Nos dice Contreras:

> Lo encontré muy cambiado, moral y físicamente. Estaba mustio y como desencantado, y habiéndose afeitado el bigote y perilla, mostraba, en su cara desnuda, algo del indio ancestral.[46]

Asistimos, a través de las páginas de Contreras, al tristísimo drama del deterioro físico y moral de Darío: abulia, desorden, amargura, neurastenia, dipsomanía incurable.., que en el caso del nicaragüense era más

---

[45]Contreras, Rubén Darío, 127.

[46]Ibid, 129.

lamentable aún, dada su afición a la vida opulenta y su deslumbramiento ante títulos y situaciones espectaculares. Es una lástima que Contreras no se hubiera extendido más en estas pequeñas viñetas que van sugiriendo el trágico desenlace, y que aporta datos que sólo la presencia real puede revelar.

La Sociedad de Escritores de Chile decidió en 1945 publicar dos novelitas de Contreras inéditas hasta ese momento: El huallipén y La aojada. La primera relata la tragedia de una joven madre obsesionada por "el huallipén," el cual es descrito como "un animal del diantre, horrible y muy bravo, que tiene cabeza de ternero, cuerpo de oveja y las patas todas torcidas." La tradición cuenta que este animal mitólogico nace de ovejas fecundadas por "toritos chúcaros y vive en las pozas que hay en los montes."[47]

La segunda, La aojada, narra la historia de una niñita víctima del "mal de ojo" (de ahí el título), que le impone una mujer siniestra, conocida por su "sangre pesada." El momento del conjuro es narrado por Contreras en los siguientes términos:

> ¡Horror! en medio del camino, la alfarera de Santa Rosa, con el semblante cárdeno, los ojos blancos desorbitados, los gruesos labios encrespados, por sonrisa atroz, miraba fijamente a la pequeña que

---

[47]Para mayor información sobre los animales mitológicos chilenos, véase las reseñas sobre la obra de Julio Vicuña Cifuentes en las crónicas XV y LIX del Mercure de France del 1º de noviembre de 1918 y del 1º de agosto de 1931 respectivamente.

temblaba de pies a cabeza y que la miraba, a su vez, atraída, subyugada."[48]

Estas escenas, a veces espeluznantes, dan ocasión a nuestro escritor de hacer despliegue de todo su saber del acervo folklórico de Chile. Las narraciones son, en general, de estilo rápido, suelto, fácil, que recrea detalles característicos, que da la pincelada esencial, sin detenerse en descripciones minuciosas.

Su mérito principal es hacer una contribución personal a la literatura campesina, sin llegar en ningún momento al "criollismo," del cual se horrorizaba por su relación con el realismo, tratando siempre de dejar flotando en el ambiente un vago halo de misterio.

---

[48] Aojada, 85.

Francisco Contreras, crítico del Mercure de France.

Debemos señalar que, antes de la aparición de la nueva serie de la revista francesa de artes y letras Mercure de France (1890), el interés por la literatura hispanoamericana había sido escasísimo en las publicaciones periódicas europeas. Solamente podemos citar la descollante figura del polígrafo francés Elisée Reclus (1830-1905) quien mostró interés por nuestra literatura escribiendo artículos en la Revue de Deux Mondes, publicación que databa de 1829. También colaboraron en esta revista Jean Jacques Ampère y Charles de Mazade, a pesar de que este último demostró siempre una actitud despreciativa hacia la civilización del Nuevo Mundo.

Sólo fue con la aparición de la nueva serie del Mercure de France que la literatura hispanoamericana comenzó a ser considerada de manera seria y en su justo mérito. Es por esto que antes de analizar la labor de Contreras en esta revista haremos un recuento de la relevancia de esta publicación para las letras hispánicas. En octubre de 1897, siete años después de inaugurada la "serie moderna" del Mercure de France (la antigua serie se publicaba desde 1672), la redacción de ésta, reconociendo la ignorancia casi completa en los medios literarios franceses de la literatura y de la cultura ya

existentes en Hispanoamérica, decide iniciar una sección dedicada a las letras de los países americanos de habla hispana. Esta sección fue confiada en primer término (1897-1898) al venezolano Pedro Emilio Coll y más adelante al argentino Eugenio Díaz Romero (1901-1908). Como ha señalado Liliana Samurović-Pavlović, las crónicas de ambos colaboradores aparecían de manera irregular en el Mercure y por lo general denotaban una despreocupación por la importancia y valoración artística intrínsecas de las obras que analizaban.[49] Hay una gran similitud, en la manera de abordar los problemas de la época, por parte de los dos críticos. Por igual les une el desprecio y la animosidad hacia España y todo lo que viniera de su cultura. A través de sus crónicas podemos ver que el interés de Coll, tanto como el de Díaz Romero, era hacer ver al público francés que ya no existía ningún lazo espiritual entre las nuevas repúblicas hispanoamericanas y la ex-metrópoli, salvo la lengua común. De esta manera querían también hacer creer a los lectores franceses que una vez perdido el poder político, España había perdido también toda influencia espiritual y artística sobre las jóvenes naciones, y que éstas se desarrollaban tanto en el plano político como en el literario de una manera totalmente libre e independiente. En cada ocasión propicia, juzgaban a

---

[49]Liliana Samurović-Pavlović, Les Lettres Hispano-Américaines au Mercure de France, 63.

España como la "triste momia peninsular"[50], negándole a la literatura de aquella época todo valor. En muchas de sus crónicas, tanto Coll como Díaz Romero, insistían en la importancia de la asimilación de la influencia francesa para el enriquecimiento de las letras hispanoamericanas, y cómo éstas habían escogido y adoptado la influencia gala librándose de la española que habían recibido por imposición.

En febrero de 1911, al comenzar la colaboración de Francisco Contreras como redactor de la sección hispanoamericana del Mercure, se abre una nueva etapa en esta publicación. Como ha señalado igualmente Samurović-Pavlović, esta sección deja de tener un carácter improvisado y superficial para convertirse en un aporte bien organizado y elaborado; ya que el proyecto de Contreras era seguir un plan determinado cuyo interés se centraría en el estudio serio y documentado de las corrientes literarias hispanoamericanas contemporáneas y de sus representantes más importantes.[51] Las crónicas heterogéneas de sus antecesores, compuestas de numerosas reseñas breves sobre libros variados, fueron reemplazadas por artículos homogéneos, consagrados a problemas determinados sobre un género literario o autor en particular. Contreras mencionaba en el título de cada crónica el tema que iba a tratar y no se limitaba a narrar o glosar el argumento de los libros presentados, como hacían generalmente sus

---

[50]Mercure de France, 1º de junio de 1905, 464.

[51]Samurović-Pavlović, 64.

antecesores, sino que trataba de juzgarlos, y de expresar su opinión sobre la calidad o los defectos literarios de cada obra analizada.

A pesar de que la sección de Letras hispanoamericanas existía desde 1897, Francisco Contreras fue el primero en explicar a los lectores franceses, si bien de manera breve debido a las limitaciones de espacio de la revista, pero bastante clara y exacta, en qué consistía el movimiento modernista del mundo hispánico. A este tema nos referiremos con mayor amplitud más adelante.

Antes de analizar una obra, Contreras escribía una pequeña introducción sobre el autor: bosquejaba su actividad literaria anterior e informaba sobre las características principales de sus obras. Al mismo tiempo indicaba el lugar que ocupaba cada autor en el conjunto de las corrientes literarias de la época. No nos cabe la menor duda de que Contreras consideraba su colaboración en el Mercure como una misión muy importante que debía ayudar a dar a conocer la vida intelectual de su continente en Francia.

Es importante destacar, para valorar el trabajo crítico de Contreras, cómo abordaba los temas de las letras hispano-americanas. En este punto Contreras se diferenciaba completamente del camino seguido por sus predecesores. Coll y Díaz Romero, imbuidos de un exagerado americanismo, sólo veían los aspectos positivos de las obras que reseñaban. Contreras, liberado de este chauvinismo, juzgaba las obras exclusivamente

desde el punto de vista literario, teniendo en cuenta tanto sus virtudes como sus defectos. Asimismo consideraba que las literaturas hispanoamericanas ya habían alcanzado su completa madurez y por lo tanto debían ser juzgadas de acuerdo a criterios artísticos universales.

Contreras estimaba de gran importancia el hecho de que en sus crónicas sobre las letras hispanoamericanas casi todos los géneros literarios estuvieran representados --demostrando, no obstante, siempre un mayor interés por la poesía. Y para dar sostén a esta proyección global de sus artículos escribió numerosos de ellos sobre los diversos géneros. Gracias a esto consiguió presentar un variadísimo panorama de las letras de nuestro continente. Ello demuestra claramente cómo Contreras supo sobrepasar los niveles del patriotismo local estrecho de sus predecesores. También representa Contreras la voz ecuánime y serena de la crítica, especialmente en lo que se refería al tema de las relaciones intelectuales entre España y el Nuevo Mundo hispánico. A diferencia de sus predecesores, no sólo no negaba que existieran lazos intelectuales entre la península y las jóvenes naciones de América, sino que hablaba de las letras hispanoamericanas como de una "rama de las letras hispánicas", pero reconociendo que éstas ocupaban, según él, un "lugar preponderante dentro de las letras en lengua castellana".

En cuanto a la influencia francesa en las letras hispanoamericanas, Contreras se diferenciaba también de sus

predecesores. Si bien era un admirador sincero de la cultura, y especialmente de la literatura francesa, y creía, al igual que Coll y Díaz Romero, que la influencia francesa era beneficiosa para el progreso de las letras hispanoamericanas, no coincidía con ellos en cuanto a considerar la asimilación de la influencia literaria francesa como un fin, sino como un medio para aprender el oficio literario. De ese modo, una vez adquiridas todas las técnicas, era necesario "inspirarse en las sugerencias de la raza, de la tierra, del ambiente, con el fin de crear una literatura autónoma, original". Así, recomendaba la utilización inteligente y moderada de la experiencia de los escritores franceses contemporáneos y no su trasplante artificial en suelo americano. Vemos en estos planteamientos concordancia con la obra del segundo Darío y del Lugones desde las Odas seculares (1910).

A este propósito nos detendremos en las cuatro primeras crónicas publicadas por Contreras en el Mercure. La primera (16 de febrero de 1911) estuvo íntegramente dedicada al modernismo hispanoamericano. Este era su título: "La nueva literatura. - Origen del movimiento. - Sus tendencias. Sus diversas etapas. - Su repercusión y su influencia en España." Allí comenzaba haciendo constatar que, por más de dos décadas --que en realidad eran tres--, ya existía una nueva literatura hispanoamericana "individual, original y floreciente," totalmente ignorada por los lectores franceses. En tono quejumbroso continuaba diciendo Contreras que "esta literatura

no había sido aún revelada al público francés, y que los pocos escritores que hasta la fecha se habían ocupado del tema, lo habían hecho con una superficialidad lamentable o con una falta completa de documentación". Esta era, evidentemente, una clara alusión a sus predecesores en el Mercure de France. El tono de Contreras en esta crónica parecía indicar que ella era el primer artículo sobre literatura hispanoamericana publicado en esa revista. Antes de entrar directamente en la materia anunciada, Contreras hace una breve reseña sobre la literatura de los países hispanoamericanos antes del modernismo. Según él, las letras hispanoamericanas se habían desarrollado a la sombra de las letras españolas antes y después de la independencia ("eran solamente una rama, y una rama secundaria de las letras españolas"). Los escritores de la América hispana habían sido sólo imitadores de los modelos castellanos, con la excepción de unos pocos que se habían distinguido por la originalidad o la fuerza artística de sus obras (y aquí nombra a Bello, Sarmiento, Olmedo, Montalvo...).

Entrando ya directamente en la materia de su crónica, nos dice Contreras --usando un lenguaje que refleja ese mismo preciosismo exterior que él pretendía denunciar--, que el primero en anunciar el renacimiento literario en Hispanoamérica fue el escritor mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, quien descontento con la estrechez de la poética tradicional castellana y con la pobreza de la lengua académica, encuentra sus modelos entre los poetas parnasianos

franceses. Al analizar la obra de Gutiérrez Nájera, nuestro autor no deja de lado en ningún momento los elementos personales de la poesía del mexicano. Así, no se contenta en considerarlo únicamente como un discípulo de la literatura francesa, sino en mostrar cómo la influencia francesa había ayudado a Nájera a desarrollar y a enriquecer su propia originalidad:

> Y asimilando el procedimiento plástico y pictórico de sus modelos, que había formulado Gautier en versos célebres, publica una serie de poemas extraordinarios para la época: poemas brillantes, fastuosos, donde se encuentran versos coloreados como guirnaldas, preciosos como collares o solemnes como arcos de triunfo. La lengua árida, sosa y vanamente pomposa de los versificadores españoles tomaba en estos versos, como por encanto, las purezas del cristal, los matices del crepúsculo, los esplendores de las pedrerías. Sin embargo, este poeta dotado de un verdadera temperamento, no se limita en su tentativa a una imitación servil. En más de un aspecto difiere de los maestros que había escogido. Así por ejemplo, evita la impasibilidad de los parnasianos, y derrama sobre sus creaciones un aroma sentimental, dulce, pero penetrante.

Es interesante ver en esta última frase cómo Contreras, sin aludir directamente al simbolismo, está sugiriéndolo.

Luego de mencionar a Julián del Casal, "cuyos sonetos recuerdan la perfección de aquellos de Heredia", a Guillermo Valencia, "evocador de leyendas doradas", a José Martí, "quien da a la prosa una fuerza y una riqueza singulares", a Leopoldo Lugones, a Francisco Gavidia, a Salvador Díaz Mirón..., Contreras se detiene en la obra de Rubén Darío. Este autor tenía, según él, la mayor responsabilidad en los cambios ocurridos en la poesía hispanoamericana de la época.

Al hablar de Darío, Contreras no se limita a dar los títulos de sus obras ni a decir de qué trataban, como lo habían hecho sus predecesores. Se propone mostrar en qué consistía la revolución que él creía iniciada por este escritor. (Contreras, haciéndose eco de aquellos que siguiendo al propio Darío consideraban a éste el "iniciador del modernismo" parece creer firmemente en las palabras de 1896 del propio poeta: "el movimiento de libertad que me tocó iniciar en América..."). Nuestro autor observaba que Darío, primero bajo la influencia de los parnasianos y después bajo la de los simbolistas franceses, había creado "una poesía aún no oída en castellano, poesía exquisita e indefinible, hecha de matices y de música". A continuación nos da explicaciones precisas sobre los elementos poéticos nuevos aportados por el poeta nicaragüense a las letras en lengua española: "Rompiendo con la tiranía de los acentos fijos, que encadenaban la métrica tradicional, sus versos se despliegan dúctiles, vibrantes, llenos de gracia y al igual que la vida, según el

ritmo interior de la "melodía ideal",[52] llegan a producir los efectos musicales de una armonía, de una suavidad de la cual no se hubiera creído jamás capaz la lengua áspera de Quintana".

Contreras podía ya juzgar casi la totalidad de la obra dariana, como también las fuentes utilizadas por el poeta para formar su propio estilo, puesto que lo más importante de la obra de Darío había ya sido publicado en la época en que nuestro crítico escribe su primera crónica para el Mercure. Con relación a las fuentes darianas, Contreras --que estudiaba con cuidado ejemplar--, se muestra mucho mejor informado que Coll y Díaz Romero. Al lado de la importancia y alcance de la influencia francesa, el chileno no ha dejado de identificar los elementos tradicionales de las letras castellanas utilizados por Darío, aspecto éste muy bien señalado por la crítica posterior a partir de Pedro Henríquez Ureña: "Guiado por su claro talento, este revolucionario busca también un apoyo, una base para sus reformas en la pura y verdadera tradición. De esta manera, él se remonta a las fuentes primitivas del arte greco-latino, regresa a la mina olvidada de la poesía castellana del siglo XV, aún virgen de neo-clasicismo o de academicismo de importación. He aquí que sus poemas, que suenan con una música completamente moderna,

---

[52]Contreras ha tomado esta cita de las "Palabras liminares" de Prosas profanas y otros poemas (1896). Allí escribe Darío: "Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la harmonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces."

tengan a veces el sabor del falerno de Virgilio y del "bon vino" de Berceo". En efecto, en "Dezires, layes y canciones," sección final de Prosas profanas y otros poemas, Darío moderniza formas de la poesía cancioneril del siglo XV, colocando entre paréntesis al frente de las piezas los nombres de los varios cultivadores de esa modalidad poética tradicional que recrea en cada una de ellas.

Continúa Contreras esta crónica mostrando la importancia de la influencia de Darío en la creación de la "nueva literatura". Como sus representantes más notables menciona a Leopoldo Lugones, Amado Nervo, José Santos Chocano, José Asunción Silva y Rufino Blanco-Fombona.

Una vez estudiados los elementos modernistas en la poesía hispanoamericana, Contreras se detiene a valorar la prosa y los cambios concernientes al estilo y a la lengua: "El estilo, luego de haberse enriquecido de efectos plásticos y coloridos, con la importación del gusto parnasiano, se hace flexible, vivo, matizado, renunciando al epíteto frondoso y vano, al período pomposo y vacío, de manera de hacerse apto a la expresión de las más sutiles elaboraciones del pensamiento moderno." Aquí Contreras repite los conceptos vertidos por Martí en El carácter de la "Revista Venezolana" (1881) y, más cercanamente, los de Enrique Gómez Carrillo en El arte de trabajar la prosa (1905), aunque lo más probable es que no conociera los del primero.

Un elemento muy importante que había contribuido a

flexibilizar y enriquecer la prosa hispanoamericana había sido, según Contreras, la asimilación de varias influencias extranjeras: "...siguiendo el ejemplo de la nueva prosa francesa, de la novela rusa, del teatro ibseniano, se modifica la factura de los géneros, depurándolos de procedimientos anticuados y de convencionalismos, para conducirlos a la interpretación sincera de la naturaleza, de la vida o de los problemas de la época".

Este interés por profundizar en el conocimiento de las literaturas extranjeras (que por cierto ya había sido formulado anteriormente por Martí en su ensayo Oscar Wilde (1882) y por Nájera en El cruzamiento en la literatura (1894) entre otros), va a ayudar, según Contreras, a los hispanoamericanos que cultivaban diversos géneros de prosa -- crónica, narración y poema en prosa--, poco conocidos hasta ese momento. Aquí enfatiza nuestro crítico el papel preponderante que tuvo el cultivo de la prosa artística en la génesis de la nueva estética. Al lado de numerosos novelistas, van a aparecer pronto cuentistas, críticos, cronistas... La prosa, menos estimada artísticamente que la poesía, comenzaba entonces a adquirir un lugar cada vez más importante en la literatura hispanoamericana. Junto a los poetas más importantes del modernismo que escribían también en prosa, como Martí, Casal, Darío y Lugones, aparecerán escritores cuya obra será enteramente en prosa. Entre ellos Contreras mencionaba al uruguayo José Enrique Rodó, al colombiano José

María Vargas Vila, al venezolano Manuel Díaz Rodríguez, al guatemalteco Enrique Gómez Carrillo --quien fue el primer valorador de la prosa modernista, teorizando sobre ella y sobre el relato de viajes en "El arte de trabajar la prosa" (1905)--, al chileno Luis Orrego Luco y al dominicano Tulio Cestero.

Todo el tiempo que ocupó como colaborador en esta revista, Contreras se esforzó en demostrar que la nueva corriente había transformado de manera profunda y compleja todos los géneros literarios hispanoamericanos: "Ha emancipado, ha renovado, ha modernizado, en una palabra, la literatura castellana contemporánea, caduca y anémica." Este último juicio había sido emitido anteriormente, y de manera muy similar, por Darío.

En el momento en que Contreras escribe su primera crónica, el modernismo contaba ya con más de treinta años de existencia. Es por esto que el crítico chileno tenía la posibilidad de hablar retrospectivamente y hasta de juzgar en cierta medida. No debemos olvidarnos de que Contreras fue uno de los primeros chilenos partidarios del modernismo y que conocía a fondo todas sus características. Al analizar algunos aspectos de esta estética que ciertamente ya pertenecían al pasado, se detiene sobre el fenómeno que algunos críticos apodaron parisianisme. Este consistía en la asimilación sistemática de todo aquello que fuera europeo, especialmente proveniente de París, por parte de los escritores modernistas

hispanoamericanos. Al lado de elementos puramente literarios, adoptaban a menudo la actitud desengañada y pesimista --decadente, en una palabra--, propia de un buen número de intelectuales y artistas franceses de fines del siglo XIX. Contreras trataba de justificar esta actitud entre sus coterráneos diciendo que no era de ninguna manera el resultado de una imitación literaria servil, sino la consecuencia de sus contactos estrechos con los escritores franceses y de sus estadas prolongadas en París. Nuestro crítico explicaba que este estado de espíritu pesimista de los medios intelectuales franceses, como también los de otros países europeos, representaba para los artistas hispanoamericanos una etapa pasajera --adelantándose a los planteamientos de Rufino Blanco-Fombona (1929). Poco a poco, ellos debían darse cuenta que esta atmósfera no era la suya: "Mas una vez superada la especie de desorientación inicial y la atmósfera depurada al avenimiento del nuevo siglo, nuestros poetas no se han tardado en entrar en el buen camino: el camino del arte original y autóctono, intérprete de la naturaleza y del alma nacional, o continuador de la tradición pura" --y podemos recordar que paralela reacción encontramos en el Antonio Machado de Campos de Castilla (1907-1917). Contreras deseaba demostrar esta nueva orientación del modernismo que le parecía mucho más próxima al alma americana. Para mostrar la diferencia que existía entre la nueva orientación y aquella de los primeros años de la época modernista, acuñará más tarde el término

mundonovismo. En esta primera crónica nos habla del libro Cantos de vida y esperanza (1905) de Darío, como del primer resultado de la nueva orientación. Mientras que Eugenio Díaz Romero había escrito en el Mercure a propósito del mismo libro que su característica principal era la asimilación de la influencia francesa[53], Francisco Contreras nos dice que por primera vez en la obra de Darío esta influencia se limitaba más bien al aspecto técnico. Contreras había descubierto también en esta colección la presencia de elementos nuevos -- aunque fuera sólo en una serie de poemas, de Cantos, y no en el conjunto--, y esos elementos hacían de Darío un poeta mucho más próximo a los problemas de su continente que a los de las letras europeas. No obstante, Contreras pasa por alto el fondo existencial y la proyección universal que hay en el nicaragüense.

En esta misma crónica, nuestro crítico había tratado de situar el modernismo hispanoamericano dentro de las ricas corrientes intelectuales y artísticas universales de la época en la que escribía: "El movimiento que nos ocupa no ha sido otra cosa que la gran corriente renovadora que se ha modernamente manifestado en casi todas las literaturas," anticipándose así a la posición de Federico de Onís en 1932 y de la crítica actual.

Para terminar su crónica, Contreras había bosquejado el rol que le correspondía al modernismo hispanoamericano en el

---

[53]Mercure de France, mayo de 1901, 570.

desarrollo de las letras castellanas declarando: "Una prueba evidente de su transcendencia es el hecho de que después de haber triunfado en América, ha ganado a España. En efecto, desde hace pocos años, ha comenzado en la Península, a pesar de la resistencia encarnizada de los incomprensivos, un movimiento análogo al de Hispanoamérica... dejemos constancia que la corriente fue preparada por un poeta español renovador instintivo de la poesía en decadencia: Salvador Rueda. Pero fueron Rubén Darío y las nuevas letras hispanoamericanas los verdaderos factores del movimiento".

Daremos un rápido vistazo a las tres crónicas siguientes de Contreras en el Mercure. La segunda está dedicada a la literatura patriótica, ya que por aquellos días se conmemoraba el primer centenario de la independencia de España en algunas repúblicas hispanoamericanas. En esta crónica se queja Contreras de esta literatura por su falta mínima de criterios estéticos: poesía declamatoria plagada de clichés. De las raras obras que eran a la vez patrióticas y artísticas cita Contreras el Canto a la Argentina (1914) de Darío. También en esta crónica tiene nuestro crítico palabras elogiosas para Manuel Ugarte y su libro, El porvenir de la América Latina (1911), que acababa de salir a luz.[54] Será aquí donde veremos

---

[54]Manuel Ugarte (1878-1951), escritor argentino que cultivó la poesía, siguiendo el influjo de las letras francesas, la novela, el ensayo, la crítica, el periodismo... En 1912 suspende sus actividades estrictamente literarias para entregarse a una campaña en favor de la unión de todas las repúblicas hispano-americanas. Se le considera uno de los más fervientes continuadores del arielismo.

por vez primera una de las mayores preocupaciones de Contreras: el arielismo. Sin nombrar en esta ocasión a José Enrique Rodó, Contreras se hace eco de los temores de este último sobre el expansionismo de los Estados Unidos. Allí nos menciona el caso de "California arrebatada a México, de Panamá desanexada de Colombia, de Cuba reducida a odioso protectorado." También en esta crónica, Contreras nos habla de la homogeneidad de la América latina, tratando de dejar en claro que existen menos diferencias entre nuestros pueblos entre sí que entre los pueblos que interiormente conviven en los distintos países europeos. Nos dice Contreras que "un chileno o un argentino muestran, con un colombiano o un mexicano, afinidades mucho más manifiestas que aquéllas que podemos verificar entre los habitantes de algunas naciones europeas, como por ejemplo, Francia y España, donde coexisten pueblos tan diferentes como los andaluces y los catalanes, los bretones y los provenzales."

La tercera crónica está dedicada a los escritores hispanoamericanos que vivían por aquel entonces en París. En ella nos habla principalmente de Leopoldo Lugones quien había llegado a establecerse en París, de su obra vasta y heterogénea, deteniéndose en Las limaduras de Hephaestos, que acababa de salir a luz. La cuarta, de gran interés para los estudiosos de la literatura chilena, está íntegramente dedicada a la novela en ese país. En ella, luego de hacer un recuento histórico de la novela en Chile desde Blest Gana

(1880), se detiene a analizar la obra de tres de los novelistas chilenos más relevantes del momento: Luis Orrego Luco (1866-1948), Guillermo Labarca Hubertson (1878-1954) y Leonardo Pena (1875-1935).[55]

Como se ve por los ejemplos dados, Contreras imprime a sus crónicas un fuerte tono documental y su crítica se esfuerza por contextualizar para sus lectores europeos las obras reseñadas. Trataremos, de aquí en adelante, de hacer un enfoque global de su trabajo, dividiéndolo en los diversos temas abordados y en los diferentes géneros literarios estudiados.

---

[55] Leonardo Pena, seudónimo de Ignacio Pérez Kallens.

Los temas en las crónicas de Contreras.

Para acercarnos a la variedad temática tratada por Contreras desde las páginas del Mercure nos resulta de gran utilidad, como punto de referencia, el ya mencionado libro de Sylvia Molloy, La Difussion de la Littérature Hispano-Américaine en France au XXe Siècle. Molloy simplifica toda la trayectoria crítica de Contreras en el Mercure, llamándola "su mundonovismo", el cual divide en seis puntos:

1. La critique violente de la "plutocratie impérialiste" des Etats-Unis contre laquelle doivent se prémunir tous les pays hispano-américains.

2. L'éloge du folklore et la critique des ouvrages qui ne tirent pas profit de l'élément autochtone.

3. Le retour à la terre, source de bontés, et la fuite de la grand ville cosmopolite.

4. L'accent fortement mis sur la tradition et sur le catholicisme romain.

5. L'éloge de la moralité et la soumission de la femme.

6. La critique d'une langue dite "corrompue" par

rapport à l'espagnol d'Espagne."[56]

Si bien debemos reconocer que el "mundonovismo" es un tema recurrente en la crítica de Contreras, ésta no se limita exclusivamente a esa nueva tendencia. Hay varios puntos que el acercamiento de Molloy ha pasado por alto o ha mal entendido: entre otros, el interés por la tradición pre-colombina de algunos de nuestros pueblos; el conocimiento de las religiones orientales; una moral que no siempre se ajusta a la ortodoxia católica; sus "nuevas" teorías virilistas --o (anti)-feministas--; su valoración creativa de la juventud... Volveremos a cada uno de estos puntos, haciendo también un cotejo con la esquematización de Molloy.

Nuestro punto de partida será tratar de explicar en qué consistía el "mundonovismo" de Contreras. Nuestro crítico trató en todo momento de dejar en claro que lo que él denominaba mundonovismo había sido erróneamente llamado americanismo. Para Contreras este último término presentaba confusión por la inclusión de los Estados Unidos, e implicaba igualmente la posibilidad de englobar una literatura hemisférica. (En realidad el nuevo término acuñado por Contreras no resuelve la dificultad señalada por él en la noción de americanismo). Su intención era que se creara, como mencionamos anteriormente, una literatura hispanoamericana autónoma y genuina que reflejara los valores que se desprenden de la tierra, de la raza, del ambiente. Dice el crítico

---

[56] Difussion, 81.

chileno:

"El mundonovismo tiende a adaptar a nuestro espíritu y a nuestro medio las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento precedente, el Modernismo. No se trata de instaurar un arte local, ni siquiera nacional, siempre limitado; sino de interpretar esas grandes sugestiones de la raza, de la tierra o del medio ambiente, que animan todas las literaturas superiores, sugestiones que, lejos de anular la universalidad primordial en toda creación artística verdadera, la refuerzan diferenciándola. Se trata simplemente de crear el arte del Nuevo Mundo, es decir de la tierra joven y del porvenir. Todas las modalidades, ya se entiende, caben en este movimiento y no importa que los poetas hagan lirismo de pensamiento o de sensación; eso es cuestión de temperamento. Lo importante es que todo artista se manifieste sinceramente, digámoslo de una vez, como hombre del Nuevo Mundo... Así, el Mundonovismo se impone en nuestras letras, imperiosamente, no, cierto, con la fascinación efímera de una escuela: con la fuerza sostenida, irresistible de los movimientos determinados por causas profundas, llamados a colmar necesidades superiores. Si no alcanzará la gloria del Modernismo, de vivificar una literatura secular, como la castellana, conseguirá

la alta honra de crear el Arte propio, verdadero del Nuevo Mundo latino."[57]

Volviendo al primer punto de la esquematización de Molloy, debemos reconocer que en la crítica de Contreras a la "plutocracia imperialista" de los Estados Unidos vemos a un continuador de las ideas de José Enrique Rodó y su "arielismo."[58] La crónica X, del 1º de octubre de 1916, será la primera de las varias que dedicará nuestro crítico al escritor uruguayo, a quien llama "el más eminente de nuestros pensadores." Aunque Contreras escribe esta crónica a propósito de la publicación de El mirador de Próspero, dándonos un largo análisis sobre este libro, hace también en ella un recuento de la trayectoria literaria de Rodó, deteniéndose en El que vendrá, en Ariel y en Motivos de Proteo. Será este último y Ariel los que recibirán los comentarios más elogiosos. De Ariel nos dice que Rodó, dirigiéndose a la juventud hispanoamericana, la "exhorta a desarrollar plenamente la flor suprema de la personalidad, advirtiéndola del peligro del utilitarismo anglo-americano que nos acecha." En la crónica

---

[57] La varillita de virtud, 101-115.

[58] Aunque el término arielismo se acuñó luego de la publicación de Ariel (1900) de José Enrique Rodó para designar el antagonismo entre la América anglo-sajona y la América latina y la amenaza expansionista de la primera, las ideas habían sido propuestas con mucha anterioridad. En 1856 el escritor chileno Francisco Bilbao publica América en peligro dando la voz de alarma sobre la agresiva política de los Estados Unidos orientada a apoderarse de Cuba, de la America Central y de parte de México. De este libro sólo es accesible una reedición muy tardía publicada en 1941 por Ediciones Ercilla, Santiago de Chile.

XII, del 16 de octubre de 1917, vuelve a hablarnos de Rodó con motivo de su muerte, y lo llama "el mayor prosista" de la letras hispanoamericanas. En la crónica XIX, del 1º de octubre de 1920, cita nuevamente a Rodó a propósito de la aparición de Rodó, su vida, su obra de Víctor Pérez Petit. Podríamos aseverar, sin temor a equivocarnos que, después de Darío, es Rodó el autor más citado en las crónicas de Contreras. En la crónica XXXIV, del 15 de abril de 1925, comentando el libro de Alberto Zum Felde, Crítica de la literatura uruguaya, nuestro autor expresa las palabras más agrias sobre este volumen por los mordaces reparos que tiene Zum Felde a la obra de Rodó. Contreras, haciendo una apología de Rodó nos dice: "es un hecho que este escritor ha sido el primero, después de la época de pesimismo suscitada entre nosotros por la admiración de la civilización sajona, en afirmar de una manera magistral los altos valores de la cultura latina, y en alumbrar la fe en los destinos de nuestra raza, y es igualmente un hecho que su obra ha sido un evangelio para toda una pléyade de jóvenes escritores tales como Francisco García Calderón, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, J. M. Chacón y Calvo, etc." Al hablarnos de Manuel Gálvez a propósito de la publicación de su libro El solar de la raza (1913), nos dice Contreras: "Ha entendido la palabra de luz del maestro de Ariel." [59] Vemos, pues, en los planteamientos críticos del chileno, a un propulsor y continuador de las ideas de Rodó, específicamente

[59]Crónica del 1º de octubre de 1916.

en: 1. Su desconfianza manifiesta de los Estados Unidos y 2. Su defensa de la tradición greco-latina. Ambos puntos aparecen mencionados en la esquematización de Molloy, pero no asociados a las propuestas de Rodó.

No obstante, Contreras va más lejos que Rodó y se convierte no sólo en el paladín de la "patria grande" hispanoamericana, sino también en el crítico más encarnizado de cualquier asociación con los Estados Unidos. "Nada de congresos pan-americanos --nos dice en la crónica dedicada a Manuel Ugarte--, nacidos del error más funesto, pues es evidente que no puede existir comunidad de intereses entre nuestros países y los Estados Unidos."[60] La historia le ha dado, en buena parte, la razón a Contreras. El pan-americanismo comienza a hacerse realidad,[61] y aun precaria, sólo en las postrimerías del siglo XX, y prueba fehaciente es el próximo ingreso al NAFTA de Chile, país que dado el

---

[60]Crónica del 1º de mayo de 1911.

[61]El primero que intentó la integración de las repúblicas americanas fue Simón Bolívar quien citó al "Primer Congreso Internacional" en la entonces provincia colombiana de Panamá en 1826. Sólo asistieron cuatro países a este encuentro (Colombia, México, Perú y las Provincias Unidas de Centro-Amérrica, las cuales en 1842 se dividieron en los cinco estados que conocemos hoy). Los Estados Unidos no concurrieron debido a que el Congreso no destinó los fondos necesarios para el viaje. La primera "Conferencia Panamericana" tuvo lugar en 1889 a instancias del Secretario de Estado James G. Blaine, quien buscaba un mayor acercamiento comercial, y a ella concurrieron diecisiete países. Aunque hubo pocos acuerdos, se logró crear la Unión Panamericana (PAU) con sede en Washington. Muchísimas conferencias sucedieron a este primer encuentro, siempre dirigidas por el correspondiente Secretario de Estado de los Estados Unidos quien tenía el cargo permanente de Presidente de la Unión Panamericana.

desarrollo económico alcanzado en los últimos años puede asociarse con la América anglosajona en condiciones de cierta equidad.

Como señala Molloy, el elogio del folklore y el regreso a la tierra, son proclamados por Contreras a ultranza. Sin embargo, deberíamos reconocer la atención prestada también por nuestro crítico al rescate de la tradición popular en Chile. La crítica de Contreras a la labor de Rodolfo Lenz y a la obra de Julio Vicuña Cifuentes, como también las acotaciones a las lagunas que ha encontrado en ella han ciertamente contribuido a preservar este valioso segmento de la cultura chilena. En su obra prosística última (la novela El pueblo maravilloso, los relatos El huallipén y La aojada, etc.) Contreras ha tratado de completar la labor de Vicuña Cifuentes rescatando mitos y supersticiones que habían quedado olvidados.

En cuanto a la defensa de la tradición y el catolicismo romano, nos parece que si bien Contreras insiste en sobrevalorar al catolicismo y a la herencia grecolatina como fuente de espiritualidad para nuestros pueblos poco cultivados, no por esto deja de reconocer el valor de la tradición precolombina, tanto en México y Colombia como en el altiplano andino. Nos dice Contreras: "Contrariamente a lo que se cree, hay una **cultura hispanoamericana** particular y tradicional. La civilización de España, floreciente en la época de la conquista, fue sin duda el factor principal, pero el saber de los pueblos aborígenes le otorga también

importantes contribuciones y la influencia del medio le pone su impronta. Tres de estos pueblos: el Azteca, el Inca y el Chibcha, quienes poseían una arquitectura monumental, nociones de astronomía y sobresalían en el trabajo del oro y de las piedras preciosas, eran realmente civilizados"[62]

También aparece abierto a aceptar las religiones orientales, en especial el hinduísmo y el budismo, tan presentes en la espiritualidad fin-de-siglo en todos los países occidentales.[63] A propósito de la publicación de Estudios indostánicos (1921) de José Vasconcelos, advierte Contreras:

> "(Vasconcelos) nos habla con tal precisión y tal ardor que los serios problemas de la existencia de Dios, del alma, de la supervivencia se nos imponen naturalmente, no ya como una explicación de los misterios del mundo, de la vida, del dolor, sino como una respuesta necesaria a la inquietud de lo Infinito, al deseo de perfección ilimitada, al instinto de lo Absoluto, que es lo que hay más de esencial en el animal sublime que es el hombre."[64]

Más adelante en la misma crónica, Contreras alaba el

---

[62]Crónica del 1º de marzo de 1918.

[63]Para este tema véanse "Sincretismo religioso," La originalidad de Rubén Darío de Enrique Anderson Imbert, y "Secularización, vida urbana, sustitutos de religión," en Modernismo de Rafael Gutiérrez Girardot.

[64]Crónica del 1º de abril de 1922.

método de "eclecticismo constructor" de Vasconcelos con el cual "trata de conciliar las doctrinas espirituales más puras: el budismo y el cristianismo."

Tenemos otra prueba de cómo se aparta Contreras de la ortodoxia católica romana en lo que respecta al elogio de la moralidad. A propósito de La tragedia de un hombre fuerte (1922) de Manuel Gálvez, y luego de presentarnos el papel que cree corresponder a la mujer en nuestra sociedad, justifica Contreras "que, en los casos extremos, se recurra al divorcio."[65] Es interesante esta mención del divorcio, anatema no sólo para el catolicismo romano, sino aún institución prohibida en la legislación de algunas repúblicas hispanoamericanas.[66] Para comentar el tema de la sumisión de la mujer en la crítica de Contreras y demostrar nuevamente cómo disentimos de los planteamientos de Molloy nos remontaremos a la reseña del libro de Carlos Baires, Teoría del amor (1913). Allí Contreras escribe con tanto fervor comentarios elogiosos para este libro que no podemos dejar de creer que compartía plenamente esta curiosa teoría.

---

[65]Crónica del 1º de octubre de 1922.

[66]Así, esta alusión al divorcio fue censurada en la traducción de un fragmento de esta crónica que apareció en la revista Zig-Zag de Santiago de Chile. Es interesante hacer presente también que en el momento que se escriben estas líneas (fines de 1994), una moción de ley de divorcio presentada al parlamente chileno ha recibido el rechazo de la mayoría de los sectores políticos, incluido hasta el de un diputado socialista. La Iglesia católica chilena ha dado instrucciones, a través de sus obispos, de exigir a todos los parlamentarios "creyentes" votar en contra de tal propuesta.

Hemos bautizado esta teoría como "virilista" --desestimando el término "machista" por sus connotaciones peyorativas--, y creemos que representa la polarización más absoluta del "feminismo" a ultranza. Nos dice Contreras que Baires distingue en el amor diversos fenómenos perfectamente diferenciados: "el amor conyugal, ya sea el sentimiento creado por el instinto de procreación o el deseo de la paternidad; el sensualismo, es decir, el sentimiento provocado por el amor físico, el placer y también la lujuria; el afecto, es decir, el sentimiento derivado de la sensibilidad afectivo-moral; la simpatía; la ternura; el amor propiamente tal, sea el sentimiento creado por la seducción estético-sexual, la obsesión, la pasión... Los hombres que, en general, poseen una rica afectividad sexual, nutren comúnmente, al mismo tiempo, varios de estos sentimientos como el amor conyugal y el sensualismo, o también el amor propiamente tal. En cambio, las mujeres, que por lo ordinario, son frías y a menudo insensibles, no experimentan generalmente más que uno de estos sentimientos: casi siempre el amor conyugal o el afecto, raramente la sensualidad y casi nunca el amor-pasión."[6] Claramente estamos frente a un discurso "virilista" excluyente de la noción de sexualidad, así entendida, en la mujer. Esta teoría, al parecer compartida por Contreras, está curiosamente más cerca del ideal clásico homoerótico que de un discurso patriarcal que busque la "sumisión" de la mujer. El considerar

---

[6]Crónica del 1º de septiembre de 1913.

"frías" e "insensibles" a las mujeres, no supone proponer su "sumisión." No obstante, no tenemos conocimiento de ninguna inclinación homoerótica en Contreras. El reparo que hace nuestro crítico a la teoría de Baires es que si bien la considera valiosa para el sabio que sólo busca la explicación de los fenómenos, resulta "desesperante para el poeta que ha encarnado en la mujer el ideal sentimental más tierno y más dulce."[68] Otra prueba de la percepción antagónica hombre/mujer en Contreras la encontramos en su juicio sobre las escritoras. En la crónica XLIV nos dice: "Lo censurable en las poetisas, no es la sensibilidad, sino el narcisismo, más común entre ellas que entre los hombres."[69] Para terminar nuestro cotejo de los planteamientos de Sylvia Molloy, debemos reconocer con ella que Contreras lleva la exigencia de su deseado purismo del español de América hasta la exageración. En repetidas ocasiones tiene duras palabras para el "castellano corrupto" de Hispanoamérica, especialmente el de Argentina que recibe sus mayores críticas. Curiosamente, cuando leemos sus textos escritos después de pasar una decena de años en París, encontramos que, plagados de galicismos, están muy lejos del más leve ideal purista.

Tema recurrente en Contreras --al igual que en Vicente Huidobro--, y que la crítica ha pasado por alto es su

---

[68]Ibid.

[69]Crónica del 1 de noviembre de 1927.

propuesta de juventud.[70] En la crónica VI, comentando el libro de Valdés Cange, Sinceridad, Chile íntimo (1913), escribe don Francisco: "(Valdés Cange) cree que la regeneración debe venir desde lo alto. ¡Gran error! Si de algún lado debe llegar la salvación, será de la juventud, de la juventud estudiosa y fuerte."[71] Anteriormente, proponiendo el latinoamericanismo en vez del panamericanismo para contener la expansión de los Estados Unidos había escrito nuestro crítico: "Una propaganda tenaz y bien dirigida, encabezada por los hombres superiores, y, sobre todo, por la juventud, haría lo restante."[72] Y cuando tuvo que defender a intelectuales hispanoamericanos encarcelados por motivos políticos --principalmente cubanos, peruanos y bolivianos--, escribió en las páginas del Mercure: "Protestamos aquí contra tales atentados a los derechos del pensamiento y de sus representantes más sinceros, los jóvenes"[73] En la última crónica que escribe en el Mercure, y ya muy cercano a la muerte, Contreras intenta dar una receta concreta a nuestros pueblos, uniendo al arielismo su propuesta de juventud: "fundar para eso un nuevo partido a base de ibero-americanismo con los elementos jóvenes y sanos, el PARTIDO NACIONAL CONTINENTAL, el cual se extendería por todos

---

[70]Este tema es también muy "arielista." Recuérdese el discurso final del Maestro Próspero en Ariel de Rodó.

[71]Crónica del 16 de enero de 1913.

[72]Crónica del 1º de mayo de 1911.

[73]Crónica del 1º de noviembre de 1927.

los países..."[74]

[74]Crónica del 15 de enero de 1933.

Los géneros y las escuelas literarias.

Como mencionáramos anteriormente, Contreras tenía el convencimiento de que la literatura hispanoamericana había alcanzado su completa madurez y de que todos los géneros literarios estaban bien representados en ella. Es por esto que al comienzo de cada crónica insiste en dejar bien definido el género que va a tratar y, a continuación, en dar ejemplos concretos del mismo en las particulares reseñas de libros que le siguen dentro de la misma crónica. Sin embargo, su predilección por la poesía queda claramente establecida por el abundante número de crónicas que dedica a este género. En la crónica VIII del 1º de abril de 1914, Contreras trata de justificar esta preferencia haciéndonos ver que la América hispana ha sido "extremadamente fecunda en poetas." Para racionalizar este hecho, nuestro crítico acude a una suerte de determinismo, al que recurre en más de una ocasión. En el caso específico de esta crónica acude a la aplicación del determinismo geográfico y racial. Esta "fecundidad" se debe, según Contreras, a "la tierra virgen de grandiosa belleza y a la raza mediterránea tan profundamente artista de sus pueblos." Vuelve sobre este mismo tema en la crónica XXIX del 1º de marzo de 1924, en la cual, luego de repetir términos

similares a la anterior, llega a escribir, tal vez hiperbólicamente, que "los poetas son mucho más numerosos que los prosistas, al punto que se puede contar veinte poetas por dos novelistas y un crítico." En la primera de estas dos crónicas que acabamos de citar, después de comentar la independencia artística de Hispanoamérica y la idiosincrasia americana en todos sus matices, pasa revista a los últimos libros publicados. En la reseña que escribe sobre Juan Ramón Molina nos presenta viñetas en claro-oscuros, dejando establecido lo positivo y lo ya "demodé" de este escritor. A continuación se detiene a comentar la obra de una de las figuras más descollantes de la literatura chilena de la época: el poeta Carlos Pezoa Véliz. Podemos apreciar aquí la sensibilidad por parte de Contreras para captar lo social, sin desdeñar la preocupación artística, como también el interés de señalar lo "autóctono sin ser regional" de este poeta. Esta crónica es un buen ejemplo de la habilidad de Contreras para dar en pocas líneas y de un modo sintético

a) La imagen total del poeta que estudia.

b) Las notas particulares que lo definen o caracterizan (su estilo y su mundo poético) y las influencias que puede exhibir.

c) La posible evolución del poeta (incluido lo social, estético, político...)

Todo lo anterior sin censuras o "apriorismos"; exhibiendo siempre una voluntad de entender al poeta en su totalidad.

Vemos también en Contreras su extraordinaria capacidad para la expresión plástica de sus intuiciones críticas, actuando aquí en conformidad con la recreación de tipo "impresionista" que, sin embargo, él mismo trataba de denunciar. En general su análisis es generoso, pero rigurosamente crítico; esto es, no vacila en censurar cuando cree tener que hacerlo. En esta misma crónica, a propósito de la poesía del argentino Enrique Banchs, Contreras hace una valoración de nuestro modernismo, utilizando una vez más el lenguaje plástico que le es tan caro:

> Nuestro movimiento renovador, que ha buscado menos abolir que modernizar, ha modernizado igualmente el soneto, dándole todas las medidas, a veces dos al mismo tiempo, desplazando las rimas, tornándolo extremadamente variado y flexible: como un vaso hecho de una materia elástica y cristalina, susceptible de tomar, sin romperse, todas las formas y todas las transparencias.

Al final de la mayoría de las crónicas, Contreras escribe un "memento," en el cual da noticias de otras revistas dedicadas a la literatura y al arte en Hispanoamérica. A través de estos "mementos" nos enteramos de la aparición y cese de publicaciones, de los cambios de directores y colaboradores, de los problemas políticos que afectan a nuestros escritores, y es aquí donde aparecen también las notas necrológicas.

Antes de comentar la preocupación de Contreras por la crítica, nos detendremos brevemente en la crónica que dedicó a la literatura de ideas, a propósito de la publicación de El mirador de Próspero de José Enrique Rodó.[75] Luego de manifestar la necesidad de la literatura de ideas en las repúblicas hispanoamericanas, Contreras ofrece la visión integral de América por parte de Rodó, quien siempre trataba de eludir la estrechez de la "pequeña patria." Ya hemos mencionado el gran interés que despertaba en Contreras la obra del pensador uruguayo. En esta crónica ensaya un buen resumen inicial del pensamiento de Rodó en sus diferentes obras, para luego detenerse en El mirador, que glosa temáticamente, y al cual reprocha la faltar de cierta "armonía," producto de su riqueza excesiva. En esta misma crónica incluye comentarios sobre el historiador chileno Gonzalo Bulnes y el escritor argentino Manuel Gálvez. Podemos observar en estas piezas la gran capacidad de síntesis de Contreras. Nuestro crítico escribe en un tono objetivo, informativo, pero ameno, con valoraciones personales, y en un leguaje con frecuencia lírico, pero sin llegar nunca a la cursilería.

En orden de prioridades, será la crítica la que ocupará, inmediatamente después de la poesía, el segundo lugar en las páginas de Contreras. Nos dice el chileno que "cuando la producción literaria de los pueblos llega a cierto grado de desarrollo y de excelencia, la crítica aparece

---

[75]Crónica X, del 1º de octubre de 1916.

espontáneamente."[76] Como para Contreras nuestra literatura había alcanzado un nivel de "florecimiento," ésta contaba ya, a su parecer, con un número considerable de escritores que se dedicaban al cultivo de la crítica. En esta crónica (la número VII), vemos el interés en poner de manifiesto que Darío no sólo es un poeta de renombre, sino "igualmente un prosista distinguido... quizás el primero de entre los nuestros que ha cultivado la crítica a la moderna." Contreras ve la crítica de Darío más interesada en "exponer las bellezas" que en censurar, y cree que por este motivo alcanza a dar mayor estímulo a la producción intelectual en vez de detenerla. En esta misma crónica hace mención también de Marcelino Menéndez y Pelayo, a propósito de la publicación de un libro del sacerdote y crítico chileno Armando Donoso sobre el polígrafo español. No obstante, Contreras muestra menos entusiasmo que Donoso al referirse a Menéndez y Pelayo, a quien considera un "humanista a la antigua, docto y dogmático...un hombre de prejuicios más que de juicios." No por esto deja de reconocer Contreras al "investigador inteligente" que hay en el español y su labor encomiable en haber rescatado "trabajos casi perdidos de la cultura española." En estas páginas podemos apreciar ya un esbozo de su propuesta de una "nueva crítica" que desarrollará más adelante.

En las crónicas XIII y XIV, del 1º de marzo y 1º de julio de 1918 respectivamente, Contreras hace un recuento de lo que

---

[76]Crónica VII, del 1º de septiembre de 1913.

considera la "crítica moderna" y luego propone todo un programa de lo que debe ser la "crítica nueva." Dice don Francisco a propósito de la primera:

> A la crítica caduca, de espíritu dogmático, docta o ligera, pero siempre insensible y mezquina, que reinaba en todas nuestras letras a pesar de la revolución romántica, le ha seguido la crítica moderna de espíritu libre y equitativo, sensible a todo género de belleza y estimuladora de todo esfuerzo sincero.[11]

Esta "crítica moderna" consistía, la mayoría de las veces, en divagaciones regidas por el sentimiento y expresadas en "frases seductoras." Para mejor ilustrar lo que se entendía por esta crítica, que conocemos como "impresionista," Contreras cita las palabras de Enrique Gómez Carrillo, quien la define como la aspiración de "escribir una bella página con ocasión de un libro admirable." El mejor ejemplo de esta crítica imaginativa o lírica, según el chileno, serían los capítulos de Los raros de Darío.

No obstante, Contreras nos ofrece todo un programa orientado hacia la necesidad de rebasar esta crítica impresionista, proponiendo lo que debe ser la "crítica nueva." Para él, esta nueva orientación debe buscar la "interpretación sentida, pero profundizada," cuyo fin último es "estimar cabalmente, crear valores." En esta primera crónica consagrada

---

[11]Crónica XIII, del 1º de marzo de 1918.

a la "crítica nueva," Contreras dedica elogiosos comentarios a dos escritores a quienes él considera sus mejores representantes en ese momento: el dominicano Federico García Godoy y el argentino Roberto Giusti.[78] La crónica siguiente (número XIV), es una continuación de la anterior, y en ella empieza por comentar la labor del conocido crítico dominicano Max Henríque Ureña. Para Contreras el dominicano representa la plasmación de lo que nuestro crítico había propuesto en el prefacio de su libro Los modernos: "que la crítica debía ser algo más que una impresión en frases brillantes." Vemos nuevamente el afán armonizador en Contreras al decirnos cómo Max Henríquez Ureña representa la unión de España y América, a través de una formación que sigue parcialmente el modelo de Menéndez y Pelayo. También don Francisco ve en Max Henríquez Ureña al escritor total; no sólo enumera sus títulos de crítica literaria sino que se detiene más ampliamente en la obra de creación del mismo autor, particularmente la tragedia El nacimiento de Dionisos, y lo que esto aporta a la literatura clásica. En esta misma crónica Contreras reseña igualmente una obra del crítico uruguayo Pérez y Curis. Es interesante observar los acertados juicios de Contreras con relación a estos dos críticos. Del dominicano nos dice que es

---

[78]Federico García Godoy (1857-1924), ensayista y novelista dominicano conocido por su trilogía sobre episodios de la historia nacional, Rufinito (1908), Alma dominicana (1911) y Guanuma (1914). Roberto Fernando Giusti (1887-1978), crítico literario argentino, fundador y co-director, con Alfredo A. Bianchi, de la revista Nosotros.

"reflexivo y sagaz" y que "une a la erudición y al respeto del patrimonio clásico el conocimiento y el amor del pensamiento y de las formas modernas." Hacia el uruguayo tiene palabras de censura, aunque siempre desde su talante clásico, mesurado y armonizador. Entre los reparos hacia Pérez y Curis, Contreras menciona su exageración, su vehemencia, su antipatriotismo. Y vemos aquí, una vez más, cómo nuestro crítico está siempre pronto a defender su "Patria grande americana" --no sólo por fervor, sino por justicia. El tiempo ha dado la razón a Contreras ya que los ensayos críticos de Henríquez Ureña se mantienen hasta nuestros días vigentes, a diferencia de los de Pérez y Curis, hoy olvidados.

Años después, en 1924, Contreras vuelve a detenerse en la obra crítica de otros autores hispanoamericanos. Esta vez en cuatro crónicas dedicadas, las dos primeras, a los críticos de las "letras de ayer" y las dos siguientes, a los de las "letras actuales." La primera está íntegramente consagrada al crítico cubano José María Chacón y Calvo. Para Contreras el cubano "si bien de los más jóvenes, es uno de los más interesantes. Entre sus cualidades, menciona el "gusto por las letras tradicionales y el respeto por los métodos científicos, la sensibilidad estética personal y la comprensión del arte moderno, sin caer nunca en el siempre falso esnobismo."[79] Demostrando una vez más su actitud fundamentalmente conciliatoria, nos dice Contreras cómo Chacón y Calvo insiste

---

[79]Crónica XXXII, del 15 de octubre de 1924.

en prestar atención a lo nacional pero sin demoler el fundamento de la tradición española. Apoyándose nuevamente en razones deterministas, el chileno nos manifiesta que las posibles causas del gran desarrollo de la poesía en Cuba se deban al "esplendor de la naturaleza y al ardor del clima." Más adelante analiza el contenido de Literatura cubana, libro que acababa de publicar Chacón y Calvo. Pasa revista primeramente a los siglos coloniales y su dependencia de España, para luego detenerse en el criterio moderno del análisis crítico del cubano. Allí menciona su interés de investigar en el lirismo popular y en el folklore nacional, tratando de darnos una síntesis del escritor total que hay en Chacón hasta ese momento. Es interesante hacer presente que cuando Contreras se detiene a comentar la antología de Chacón y Calvo, Las cien mejores poesías cubanas, aunque hace un resumen rápido de su contenido, señala algunas divergencias de opinión respecto al cubano, lo que prueba una vez más su afán crítico puntualizador. Contreras no olvida, tampoco, hacer alusión al "creador lírico" que hay en Chacón al hablarnos de su libro Ensayos sentimentales (1922), cuyas páginas son "verdaderos poemas en prosa," ni de mencionar, en una rápida nota, la tragedia de Cuba en ese momento, país "oprimido por la fuerza y deslumbrado por el oro de los Estados Unidos." Esta doble conciencia social e histórico-cívica está siempre presente en los comentarios de Contreras.

En la segunda crónica de las "letras de ayer" se ocupa

integramente de Jorge Max Rodhe y su libro Las ideas estéticas en la literatura argentina.[80] Contreras nos dice que Rodhe, apartándose del nacionalismo "un tanto estrecho" de sus connacionales, se distingue por su simpatía hacia "los valores literarios de todos los pueblos hispanoamericanos." Luego de señalarnos que el crítico argentino ha encontrado en Menéndez y Pelayo "el método y la inspiración," nos manifiesta cómo Rodhe estudia los diferentes movimientos literarios europeos y su reflejo en las letras de su país, al mismo tiempo que analiza la de los que siguen la corriente autóctona desde sus orígenes en el folklore nacional. Estos últimos, según Rodhe, han llegado a crear obras más o menos originales, "impregnadas del carácter de la naturaleza y del alma indígena."

En las crónicas siguientes, dedicadas a las "letras actuales," Contreras hace una rápida síntesis de la labor de varios críticos del momento, entre otros, el uruguayo Alberto Zum Felde, los argentinos Julio Noé y Roberto Giusti, y el chileno Armando Donoso.

Contreras dedica dos crónicas a la novela lírica. En la primera (crónica XXVI del 15 de enero de 1923), que escribe con la intención de comentar la novela Alsino de Pedro Prado, nuestro crítico lamenta, desde una perspectiva netamente modernista, que "la mayoría de los novelistas modernos, impregnados del espíritu positivista del siglo XIX" hayan aplicado criterios "científicos" al género narrativo, y que la

---

[80]Crónica XXXIII, del 15 de enero de 1925.

"bella historia" de otrora haya ido muriendo "poco a poco, ahogada por la ciencia y asfixiada por el prosaísmo." No obstante, nos dice Contreras, "desde hace algunos años ha comenzado una reacción tendiente a restituir a la novela su finalidad artística." Para el chileno, esto sólo se logra reconciliándola con la poesía, "otorgándole los elementos de vida esencial, de fantasía, de sueño, que le son indispensables," lo cual parecería todo un "programa" de la narración modernista más característica. A continuación, luego de citar el ejemplo de Ramón del Valle Inclán como cultivador de esta forma en nuestra lengua, pasa a comentar la obra de Pedro Prado. Para Contreras este escritor es un "poeta en verso y en prosa," y nos da ejemplos de todo el lirismo que encierra su obra. De más sustancia nos parece, sin embargo, la crónica que sobre este mismo tema escribe a propósito de la publicación de la novela de Eduardo Barrios, <u>El hermano asno</u> (crónica XXXVI, del 15 de octubre de 1925). En ésta nos ofrece un diagnóstico del estado de la novela en ese momento en Hispanoamérica, que podríamos resumir de la siguiente manera:

1). Censura de la novela naturalista/positivista.

2). Anuncio de una <u>novela nueva</u>, descrita en términos cercanos a los necesarios para caracterizar la novela simbolista/decadentista de fin de siglo, cercana a la poesía.

3). Declaración de una novela pura (equivalente a lo que hoy

entenderíamos por novela lírica o poemática).[81]

Contreras demuestra estar muy al día en los movimientos literarios de la época, hablándonos en esta crónica desde el surrealismo a la poesía pura.

Al entrar directamente en el análisis de la narrativa de Eduardo Barrios, Contreras ofrece un buen resumen de sus obras, no limitándose a la sinopsis del argumento, sino insistiendo en las características y tensiones interiores que acercan esas obras al ambiente simbolista/decadentista de la época. Al comentar Un perdido, nos dice que se trata sobre todo de una "novela de atmósfera," que no se limita a brindarnos una "pintura impersonal del mundo." A continuación precisa que encontramos en ella una "psicología" muy bien llevada, la cual por momentos nos da la impresión de la vida "subconsciente," y nos transmite la emoción del mundo "invisible" en páginas "impregnadas de poesía." Refiriéndose a El hermano asno, nos presenta el ambiente simbolista del "claustro venerable," su "jardín humilde," y toda la atmósfera religiosa del convento. Para Contreras, Eduardo Barrios se muestra en esta novela como "un psicólogo muy fino" y, sobre

---

[81]Para este tema véase Ralph Freedman, La novela lírica, Barcelona: Barral, 1971. (Edición original: The Lyrical Novel / Studies in Hermann Hesse, André Gide and Virginia Wolf, Princeton: U of Princeton P, 1963). Encontramos allí también planteamientos similares a los que Contreras estaba propugnando: "Introduciendo elementos líricos en un género basado en la causalidad y el tiempo, los escritores han revelado nuevas posibilidades para la novela. Su conducta les ha conducido a una interpretación de la mente, y al descubrimiento de campos de sugerencia metafórica imposible de alcanzar por medios puramente narrativos," 7.

todo, como "un intérprete penetrante de la vida de las cosas." Termina Contreras esta crónica diciéndonos que su único reproche hacia la novela de Barrios es el no haberle sacado más partido al vetusto convento de San Francisco en Santiago de Chile, y se pregunta si esto ha sido por temor a emular a Huysmans.[82] En suma, podríamos decir que las sugerencias simbolistas que Contreras descubre en Barrios, y sobre todo en El hermano asno, son la impregnación de la poesía, el psicologismo, lo religioso como ambiente, el "alma de las cosas," a las que habría que añadir la visión subconsciente. Es claro, pues, que la crítica de Contreras no se limita a resumir los argumentos de las obras, sino que las sitúa estéticamente, al señalar los parámetros artísticos dentro de los cuales se mueve la voz narrativa.

Nuestro crítico dedica sólo dos crónicas a la literatura vanguardista. En la primera, subtitulada "La literatura de vanguardia," nos ofrece una síntesis de las características de esta nueva literatura que él divide en "transcendentes y ocasionales."[83] Entre las primeras sitúa:

a) el primitivismo (tendencia a abandonar la tradición renacentista, clasicista, academicista, para retomar la de la antigüedad primitiva, de la Edad Media, del arte popular).

---

[82]Joris Karl Huysmans (Francia 1848-1907). Para conocer las diversas etapas de la trayectoria novelística de este escritor véase el libro del propio Francisco Contreras, Los modernos, (París: Ollendorff, 1909). 119-140.

[83]Crónica XLII, del 15 de abril de 1927.

b) la psicología integral (tendencia a traducir, junto a los sentimientos y las ideas, los fenómenos del inconsciente; a interpretar simultáneamente el mundo visible y el oculto).
c) la fantasía (gusto por lo extraordinario, lo fantástico, la sorpresa, los colores enteros).
d) el humorismo y la ironía (la afirmación de que frente al misterio del mundo, que la ciencia no puede esclarecer, no queda más que reír o sonreír).
e) la técnica del "horror de la literatura," de la imagen inédita y de la velocidad.
f) el internacionalismo o cosmopolitismo.

Las características ocasionales serían, para Contreras, ya la exageración de las mismas consideradas por él como trascendentes, ya el resultado de las novedades del instante: gusto por los objetos y actividades mecánicas, las máquinas, el cinematógrafo, el automovilismo, la aviación, etc.; la técnica de las formas geométricas cubistas, del estilo artificialmente obscuro; el deseo de convertir el arte en un simple juego de conceptos, de palabras o de tipografía; el exhibicionismo, el mercantilismo, etc. Tal enumeración no hace sino resumir las notas del "vanguardismo" extremo que invadía las revistas literarias de América en la tercera década del siglo y que son las mismas contra las que reaccionaría uno de los nombres señeros de la vanguardia hispanoamericana: César

Vallejo, por esos años.[84]

Curiosamente, el único eco de esta nueva estética que Contreras cree encontrar en Hispanoamérica --hasta el momento en que escribe esta crónica--, sería la obra de Ricardo Güiraldes. Para nuestro crítico, el argentino ha sabido adoptar las nuevas modalidades con "talento y discreción," desechando el "cosmopolitismo" y volcando su mirada hacia "la tierra y la raza." Es interesante mencionar aquí que hay, en esta misma crónica, al parecer, una alusión tácita a Vicente Huidobro. Nos dice Contreras que este "cosmopolitismo" ha empujado a uno de nuestros escritores a publicar sus libros en "español y en francés." Esto parece indicar una velada referencia al poeta creacionista chileno. Pero, como ya dijimos páginas atrás, Contreras nunca menciona el nombre de Huidobro, ni tampoco lo hará en ningún artículo posterior.

En la segunda crónica que escribe Contreras sobre el mismo tema, subtitulada "La poesía nueva," expresa juicios muy similares a la anterior.[85] No obstante, nos dice que en esta "poesía nueva," a diferencia de la de "vanguardia," prima sobre todo la fantasía. Para el chileno, esta poesía, como reacción contra el lirismo de comienzos de siglo, es "el reino de la imaginación, del sueño, de lo extraño." Según él, ha sido Guillaume Apollinaire quien le ha "dado como base la

---

[84]Véase César Vallejo "Contra el secreto profesional" en Literatura y arte (Textos Escogidos) (Buenos Aires: Ediciones del Mediodía, 1966). 33-39.

[85]Crónica XLVI, del 15 de mayo de 1928.

sorpresa," y ha fijado su orientación que sería, tambíen, "la de todo el arte moderno." Contreras ve, además, dos características especiales en esta nueva tendencia, la primera relacionada con el fondo, la segunda con la forma:

1). El lirismo puro, esto es, desnudar a la poesía de "la anécdota, de la reflexión, del concepto," con el fin de de interpretar las intuiciones, las emociones, las sensaciones en "toda su pureza," lo cual parecería una sintética descripción de la "poesía desnuda" de Juan Ramón Jiménez.[86]

2). La libertad, la cual no debe tener otro límite que la armonía. O sea, preferir, en vez de la formas melódicas, tan estrechas, las formas armónicas más amplias y más matizadas (aunque el propio Contreras no explica las diferencias que él mismo sugiere).

Sin embargo, puntualiza nuestro crítico, quienes siguen estas "nuevas tendencias," no hacen sino adoptar "las dos normas primordiales del simbolismo." En cierto modo, si excluimos lo que hemos llamado "vanguardismo extremo," no le faltaba razón a Contreras: cada día se ve con mayor claridad

---

[86]Para una definición de la estética de este poeta véase Juan Ramón Jiménez, "Síntesis ideal" y el poema Vino, primero, pura, en cuyos versos finales se lee "Y se quitó la túnica / y apareció desnuda toda... / ¡Oh pasión de mi vida, poesía / desnuda, mía para siempre!," en Gerardo Diego, Poesía española contemporánea, (Madrid: Taurus Ediciones, 1979) 581 y 594. También en "Poética," en la segunda parte de dicha antología (1959), Gerardo Diego apunta que la poesía para J. R. Jiménez es "la esencia misma del espíritu...la desnudez libre y perfecta de la idea en su forma justa y única, la diosa a quien sacrifica todos sus impulsos vitales." 175.

lo que la poesía contemporánea debió al simbolismo.[87]

Para nuestro crítico, sólo algunos poetas han sabido utilizar con tacto las nuevas formas de la poesía. Los demás, que han abusado de ellas, deben ser excluidos de la literatura de vanguardia. Vemos en las apreciaciones de Contreras una renuencia a aceptar cualquier innovación vanguardista que vaya más allá de lo que él considera mesurado, que pueda caer en la exageración. Tampoco está Contreras dispuesto a admitir ninguna orientación estética que se aparte radicalmente de la fidelidad que se debe tener, según él, a las sugestiones de la raza, de la tierra y del medio, o sea de su "mundonovismo." En esta crónica, el chileno se detiene en la obra de quienes él cree han sabido conciliar estas dos dos tendencias: el peruano Alberto Hidalgo y el mexicano Jaime Torres Bodet.[88]

En resumen, podemos decir que si bien Contreras estaba muy enterado de los planteamientos teóricos que sostenían la estética vanguardista, nunca llegó a comprenderla y asumirla

---

[87]Para este tema consúltese El Simbolismo, ed. José Olivio Jiménez, (Madrid: Taurus, 1979), especialmente los artículos de Ricardo Gullón ("Simbolismo y modernismo") y de José Olivio Jiménez ("La conciencia del simbolismo en los modernistas hispánicos"). También, Anna Balakian, El movimiento simbolista, (Madrid: Gredos, 1977).

[88]Alberto Hidalgo (Perú 1897-1967), creador del Simplismo (1925), fue el primero, junto a Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, en compilar una antología sobre la vanguardia hispanoamericana bajo el título de Indice de la nueva poesía americana, Buenos Aires: Sociedad de Publicaciones El Inca, 1926. Jaime Torres Bodet (México, 1902-1974), una de las grandes figuras del grupo de Los Contemporáneos, autor de Fervor (1918), Poesías (1926) y de varias colecciones de ensayos y relatos.

plenamente. Esto, quizás, por estar demasiado imbuido en las estéticas precedentes, que eran las dominantes en sus años de formación. Se repetía el caso, años antes, de Gómez Carrillo, tan fervoroso defensor de las "novedades" que se integraron en el modernismo, pero que reaccionó furiosamente ante el cubismo que de modo tan radical rompía con la sensibilidad finisecular.[89]

El 15 de enero de 1931, dos años antes de su muerte, escribe Contreras "Veinte años de estas crónicas," donde hace un recuento total de su actividad como redactor de la sección de letras hispanoamericanas del Mercure. Comienza recordando, como lo mencionáramos anteriormente, que Remy de Gourmont, director de la revista en ese momento, luego de leer su libro Los modernos decidió ofrecerle el cargo. Haciéndonos entrever, una vez más, la estrecha amistad que le unía a Darío, nos dice Contreras que fue este último quien le impulsó a aceptar la oferta "con sus palabras de estímulo." Contreras creía que su labor en la revista no tenía que limitarse al "simple comentario de los libros nuevos," y por ello se decidió a presentar a los escritores y tratar las varias "corrientes de las letras del continente." Vemos, pues, que el crítico chileno estaba completamente consciente de la importancia de sus colaboraciones, especialmente en lo que concernía a la

---

[89]Enrique Gómez Carrillo (Guatemala 1873-1968) coleccionó crónicas sobre temas literarios en los siguientes volúmenes: Primeros estudios cosmopolitas (Madrid: Mundo Latino, 1920) y Literaturas exóticas (Madrid: Mundo Latino, 1920).

divulgación de nuestra literatura en el Viejo Mundo y se sentía orgulloso de la obra realizada. No obstante, hay en estas páginas una actitud quejumbrosa y un tono que refleja mucha tristeza por la incompresión recibida. Dice Contreras: "Esta labor no ha sido sin dificultades, sin inconvenientes y aun sin enojos." Nuestro crítico era responsable del comentario sobre la producción literaria de casi todo un continente, disponiendo de un espacio muy limitado. Si bien la "Revue de la Quinzaine" se publicaba en cada número de la revista, la sección de "Lettres Hispano-Américaines" sólo aparecía, por lo general, trimestralmente. Por igual, los comentarios de Contreras tenían que limitarse, obviamente, a los libros que recibía. Algunos países, como Argentina, Uruguay y Chile, le hacían llegar numerosos libros; otros, como México, Cuba y las naciones de Centro-América, menos; y Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, República Dominicana y Paraguay, muy pocos. Esta sería una de las razones por la cual algunos países aparecían más representados que otros. También su crítica puntualizadora creaba, en muchas oportunidades, serias desavenencias y hasta "enemigos encarnizados."

El propio Contreras resume de la siguiente manera lo que cree ser los logros conseguidos por su labor a cargo de esta sección del Mercure de France:

A). Hacer conocer el nuevo movimiento que triunfa en Hispanoamérica, que es el que se inspira en el alma nacional y en la tierra.

B). Los escritores hispanoamericanos, casi desconocidos en Francia en 1911, son ya considerados por muchos críticos y diversas publicaciones se ocupan de su producción.

Con relación al primer punto, Contreras elabora aún más y señala que "muchos jóvenes, a quienes él había reprochado su actitud de desarraigo, han adherido en seguida a este "movimiento." Aunque nuestro crítico no especifica quiénes son estos "jóvenes," imaginamos que pudiera referirse, quizás, a Alcides Arguedas, Ricardo Güiraldes, Manuel Gálvez o José Eustasio Rivera, autores de quienes se ocupa en más de una oportunidad en la páginas del Mercure. La obra de estos narradores, que vuelcan su mirada hacia el terruño americano, hace ver a Contreras la realización práctica de su teoría mundonovista que hemos descrito en páginas anteriores. No obstante, el chileno no parece entender el desfase que se produce en la poesía, de signo experimental y cosmopolita, y cree, equivocadamente, que este género estaba siguiendo el mismo camino de la novela. En efecto, la lírica hispano-americana de la década del 20 tomó el camino del cosmopolitismo, que fue uno de los rasgos principales de la vanguardia internacional.

Frente al segundo punto, debemos reconocer que el gran mérito de la labor de Contreras es el hecho de que nuestros escritores, tan poco conocidos en Francia, y en Europa en general, cuando él se hace cargo de la sección del Mercure en 1911, comienzan a ser, a los pocos años, traducidos al

francés. Tal como sostiene el chileno, nuestros escritores empiezan a ser difundidos a través de diversas publicaciones y apreciados por conocidos críticos y hombres de letras. Entre otros, podemos citar a Remy de Gourmont, Francis de Miomandre, Jean Cassou, Valery Larbaud, Manoel Gahisto...[90]

Contreras hace una larga enumeración de todos los escritores hispanoamericanos de importancia de quienes él se ha ocupado en esos cuatro lustros. Podemos documentar la difusión de la gran mayoría de ellos en lengua francesa, así, antologías de Darío y colecciones de ensayos de Rodó comienzan a aparecer en 1918, traducciones de obras de Alcides Arguedas, en 1923; novelas de Manuel Gálvez en 1924 y de Mariano Azuela en 1930...[91]

Cierra Contreras esta crónica agradeciendo al Mercure de France y en especial a su director, Alfred Valette, el haberle otorgado la más absoluta libertad para ocuparse de nuestras letras por tanto tiempo. Francisco Contreras, desde el Mercure de France, se transformó a lo largo de más de veinte años en el gran difusor que logró sacar a la literatura del continente americano escrita en castellano del espacio marginal que ocupaba y la supo colocar en el nivel universal que, a través de Francia, podía obtener merecidamente.

---

[90]Las revistas Zig-Zag de Santiago de Chile y Repertorio Americano de San José de Costa Rica publicaban continuamente notas de estos escritores que reflejaban el conocimiento de los autores divulgados por Contreras.

[91]Véase Molloy, La Diffusion, 261-308.

Esta edición incluye la traducción de la totalidad de las crónicas (65) de Francisco Contreras publicadas en la sección "Lettres Hispano-Américaines" de la "Revue de la Quinzaine" del Mercure de France. No incluye la crónica del 1º de julio de 1915 por pertenecer a la "Revue du Mois" y su tema ser ajeno a la literatura.

I*

La nueva literatura. -- Origen del movimiento. --Sus tendencias. -- Sus diversas etapas. --Su repercusión y su influencia en España.

Desde hace casi veinte años ha comenzado en las repúblicas hispanoamericanas un movimiento literario que ha conseguido dotar a estas jóvenes naciones de una literatura individual, original y floreciente. Se puede decir que esta literatura no ha sido aún revelada al público francés y que los escasos escritores que se han ocupado hasta el momento, han tratado el tema con una superficialidad lamentable o con una falta completa de documentación. Llamados a redactar esta sección, hemos creído por lo tanto indispensable comenzar nuestro trabajo con una rápida ojeada de conjunto a las letras hispanoamericanas.

Durante la dominación española, los pueblos de América

---

*16 de febrero de 1911.

sobre los cuales se extendía esta hegemonía vieron aparecer a algunos escritores que lograron obtener a veces el sufragio de la metrópoli. Sin embargo, las manifestaciones del pensamiento escrito, raras y en general poco notables, no pudieron formar una literatura propiamente dicha: eran solamente una rama, y una rama secundaria, de las letras españolas. La constitución de los pueblos hispanoamericanos en naciones independientes no aportó ningún cambio a esta situación. Si políticamente ya no dependían de España, literariamente continuaban pagándole tributo de vasallaje: los maestros y los modelos de la Península fueron sus maestros y sus modelos.

Es cierto que los hombres de la Revolución hispanoamericana se nutrieron de las obras de los filósofos franceses del siglo XVIII. Es también cierto que a mediados del siglo pasado los grandes románticos europeos proyectaron sus reflejos sobre la mentalidad de las nacientes repúblicas. Pero estas influencias se circunscribieron más bien a la esfera de las ideas y de los sentimientos. La forma, es decir el estilo y el verso, siguió ajustándose al molde de los maestros castellanos del siglo XVIII reinante en España.

Este período continuó por largos años. Entre una multitud de imitadores, de escritores impersonales, se vio nacer a algunas figuras distinguidas, honor de las letras castellanas: al venezolano Bello, famoso por sus estudios gramaticales; al argentino Sarmiento, educador eminente; al chileno Bilbao,

propagador de las doctrinas de Quinet,[1] de quien había sido discípulo; al ecuatoriano Olmedo, poeta de cierta envergadura.

Pero a medida que el siglo XIX avanzaba, el entusiasmo por la belleza, la curiosidad científica, el espíritu crítico se hacían sentir más y más en las letras hispanoamericanas; en la misma proporción y a igual tiempo, la situación de la literatura española se hacía más y más precaria y carente de interés. El esplendor romántico que brilló un momento no había logrado revivir la llama extinta: salvo raras excepciones, poetas y prosistas se obstinaban en repetir las formas caducas o los clichés gastados, sin sacar ejemplos, sin siquiera notar el movimiento renovador que operaba en ese momento en los otros pueblos latinos.

Quizás dándose cuenta de la situación, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, abandona a los rimadores españoles y se entrega al estudio de los parnasianos franceses, entonces en su apogeo. Y asimilando el procedimiento plástico y pictórico de sus modelos, que había formulado Gautier en versos célebres, publica una serie de poemas extraordinarios para la época: poemas brillantes, fastuosos, donde se encuentran versos coloreados como guirnaldas, preciosos como collares o solemnes como arcos de triunfo. La lengua árida, sosa y vanamente pomposa de los versificadores españoles tomaba en

---

[1]Edgar Quinet (1803-1875), pensador e historiador francés. Sus ideas tuvieron gran influencia en los escritores hispanoamericanos, especialmente en el chileno Francisco Bilbao (1823-1865), autor de La América en peligro (1862) y El Evangelio Americano (1864).

estos versos, como por encanto, las purezas del cristal, los matices del crepúsculo, los esplendores de las pedrerías. Sin embargo, este poeta dotado de un verdadero temperamento, no se limita en su tentativa a una imitación servil. En más de un aspecto difiere de los maestros que había escogido. Así, por ejemplo, evita la impasibilidad de los parnasianos, y derrama sobre sus creaciones un aroma sentimental, dulce, pero penetrante.

Su voz tuvo rápido eco. En diversos países hispano-americanos aparecieron poetas-artistas, de cultura refinada, cinceladores minuciosos, que darían a la frase un esplendor extraño y a la estrofa una sonoridad desconocida: el mexicano Díaz Mirón, quien no obstante su acento inspirado, es ante todo un artista exquisito de la forma; el cubano Julián del Casal, cuyos sonetos recuerdan la perfección de aquellos de Heredia; el salvadoreño Francisco Gavidia; el argentino Leopoldo Díaz.

Pero este movimiento se concentra, más que sobre la poética misma, sobre lo que podríamos llamar el estilo poético. El verso seguía, en general, rigiéndose por los cánones inflexibles, terriblemente limitados, formulados por los maestros españoles de comienzos del siglo XIX. El paso que se había dado no era sino solamente un primer paso.

Un artista extraordinario, que luego de haber sido un parnasiano notable, en un primer libro sensacional, Azul..., había revelado una manera completamente nueva, más allá de la

exterioridad brillante, vino entonces a acabar el movimiento con una obra sin par entre las de los poetas españoles contemporáneos.

Era Rubén Darío. Al inspirarse en el Simbolismo francés, es decir en lo que había de transcendente en este movimiento, se hizo intérprete de una poesía aún no oída en castellano, poesía exquisita e indefinible, hecha de matices y de música. Rompiendo con la tiranía de los acentos fijos, que encadenaban la métrica tradicional, sus versos se despliegan dúctiles, vibrantes, llenos de gracia y al igual que la vida, según el ritmo interior de la "melodía ideal," llegan a producir los efectos musicales de una armonía, de una suavidad de la cual no se hubiera creído nunca capaz la lengua áspera de Quintana. Así, se puede decir que su segundo libro, Prosas Profanas, ha abierto un nuevo ciclo en la poesía castellana.

Guiado por su claro talento, este revolucionario busca también un apoyo, una base para sus reformas en la pura y verdadera tradición. De esta manera, se remonta a las fuentes primitivas del arte greco-latino, regresa a la mina olvidada de la poesía castellana del siglo XV, aún virgen de neo-clasicismo o de academicismo de importación. He aquí que sus poemas, que suenan con una música completamente moderna, tengan a veces el sabor del falerno de Virgilio y del "bon vino" de Berceo.

La actitud del joven maestro recibe por todas partes la adhesión de los intelectuales. En la mayoría de las nuevas

repúblicas se revelaron nuevos poetas, preocupados por hacer un arte fino y puro, y de ser, sobre todo, personales. Actualmente casi todas estas repúblicas cuentan con un grupo de poetas preferidos, y la mayor parte de ellos han ya realizado una obra verdaderamente bella. Citamos, en Argentina, a Leopoldo Lugones, artista excepcional, a la vez vigoroso y refinado; en México, a Amado Nervo, delicado y armonioso; en Chile, a Pedro A. González, profundo y brillante; en Bolivia, a Ricardo Jaimes Freyre, introductor del verso libre; en el Perú, a J. Santos Chocano, robusto y vibrante; en Colombia, a José Asunción Silva; en Venezuela, a R. Blanco Fombona; en Cuba, a Manuel S. Pichardo, para nombrar a solo uno por país.

Como se ve, el movimiento se ha concentrado en la poesía. Cosa lógica en una literatura joven, que atraviesa su primer período: el lírico.

Sin embargo, el espíritu libertador no ha podido hacer menos que ganar también la prosa. El estilo, luego de haberse enriquecido de efectos plásticos y coloridos, con la importación del gusto parnasiano, se hace flexible, vivo, matizado, renunciando al epíteto frondoso y vano, al período pomposo y vacío, de manera de hacerse apto a la expresión de las más sutiles elaboraciones del pensamiento moderno. Al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de la nueva prosa francesa, de la novela rusa, del teatro ibseniano, se modifica la factura de los géneros, depurándolos de procedimientos

anticuados y de convencionalismos, para conducirlos a la interpretación sincera de la naturaleza, de la vida o de los problemas de la época.

Prosistas de élite, verdaderos artistas de la forma, aparecieron entonces en todos los pueblos hispanoamericanos. Entre ellos, hay primeramente que contar a la mayoría de los poetas, que han igualmente escrito excelentes prosas; después, un cierto número de novelistas, de cuentistas, de críticos, de periodistas. Mencionemos al cubano José Martí, notable estilista; al uruguayo J. Enrique Rodó, crítico y filósofo eminente; al colombiano Vargas Vila, de rara imaginación; al venezolano Díaz Rodríguez, novelista; al guatemalteco E. Gómez Carrillo; al argentino Manuel Ugarte; al chileno L. Orrego Luco; al dominicano Tulio Cestero.

También el movimiento de las nuevas letras hispanoamericanas ha sido un fenómeno de orden superior. Ha emancipado, ha renovado, ha modernizado, en una palabra, la caduca y anémica literatura castellana contemporánea. No ha sido, por otra parte, el parisianisme pedante y de imitación servil, aspecto bajo el cual algunos críticos mal informados han pretendido presentarlo. Es verdad que al principio algunos poetas jóvenes dieron muestras de un pesimismo, de una neurosis poco acorde con el medio americano. Pero, más que la manifestación de un parisianisme imposible, fue el efecto del contagio con el ambiente artístico general de Europa, corrompido en ese momento por lo que a veces se ha denominado

el "mal del fin de siglo." Mas superada la especie de desorientación inicial y con la atmósfera intelectual purificada por la llegada del nuevo siglo, nuestros poetas no han tardado en ponerse en el buen camino: el camino del arte original y autóctono, intérprete de la naturaleza y del alma nacional o continuador de la tradición pura. Es así como Rubén Darío ha hecho versos donde se percibe, como a través de una esmeralda, la suntuosa flora del Trópico, donde él exhuma ciertas formas de los trovadores castellanos del siglo XV, o lanza su famoso poema "A Roosevelt," donde se hace intérprete de las protestas de un continente; como J. S. Chocano canta en rimas de bronce la belleza y las aspiraciones del Nuevo Mundo; como L. Lugones, en odas potentes, nos habla de la salvaje melancolía de las pampas; como nosotros mismos publicamos un libro de poemas en el cual, según Frédéric Mistral, se siente "la vida grandiosa y libre de la América hispana." De modo que, entre los jóvenes escritores que acaban de darse a conocer, vemos al argentino Banchs ofrecer un florilegio todo impregnado del aroma de la antigua poesía castellana, y al chileno Pezoa Véliz develarnos la áspera belleza del país cordillerano.

El movimiento del que nos ocupamos no ha sido otra cosa que la gran corriente renovadora que se ha manifestado modernamente en casi todas las literaturas. Una prueba evidente de su transcendencia es el hecho de que después de haber triunfado en América, ha ganado a España. En efecto,

desde hace pocos años, ha comenzado en la Península, a pesar de la resistencia encarnizada de los incomprensivos, un movimiento análogo al de Hispanoamérica, y que reconoce como iniciador a Rubén Darío. Dejemos constancia que la corriente fue preparada por un poeta español, renovador instintivo de la poesía en decadencia: Salvador Rueda. Pero fueron Rubén Darío y las nuevas letras hispanoamericanas los verdaderos factores del movimiento. "La influencia de Darío sobre la poesía española --dice el escritor español E. Carrere--, es evidente. Su obra ha engendrado en España toda una generación de poetas. Sus estrofas son recitadas de memoria en los pequeños cenáculos, sus ritmos son admirados, sus versos y sus frases son imitados." Mas ulteriormente, al igual que en América, estos poetas han encontrado el buen camino del arte sincero, original o autóctono. Son ellos, hoy en día, los verdaderos representantes de la poesía de España.

Las letras hispanoamericanas atraviesan actualmente por un período fecundo de desarrollo, de florecimiento. A lo largo de estas crónicas nos esforzaremos en presentar las figuras más sobresalientes, con ocasión de la publicación de sus obras. Se podrá entonces notar el verdadero interés que presenta esta literatura. Y se podrá quizás deducir el grado de desarrollo que ya han alcanzado los pueblos del Nuevo Mundo hispano.

II*

Los homenajes al Centenario: Rubén Darío: Canto a la Argentina, Buenos Aires, La Nación. -- Manuel Ugarte: El porvenir de la América latina, Valencia, Sempere y Cia.

Como es sabido, las principales repúblicas hispano-americanas acaban de celebrar solemnemente el primer centenario de su independencia, de su vida de pueblos libres. Con esta ocasión, nuestros escritores más renombrados han publicado diferentes obras como homenaje o tributo al feliz acontecimiento. Vamos a ocuparnos hoy de dos de ellas, entre las más significativas.

Con el título de Canto a la Argentina, Rubén Darío ha dedicado al Centenario de la República del Plata una obra lírica de gran aliento, la que ha aparecido en el número de La Nación de Buenos Aires publicado en la época de las festividades, número colosal, verdadera enciclopedia del país, de alrededor de ochocientas páginas. En nuestra crónica precedente habíamos bosquejado a grandes trazos la personalidad literaria de Rubén Darío. Esta obra nos permitirá presentar un ejemplo de su poesía.

Nada más difícil que este género poético de celebración nacional, del cual se ha abusado tanto últimamente, sobre todo

---

*1º de mayo de 1911.

en nuestros países donde el menor aniversario patriótico ha provocado innumerables odas o himnos alusivos. Lo limitado o invariable del asunto ha llegado a constituir un cliché en que se barajan expresiones e imágenes obligadas: "el nombre inmaculado de la patria," el "sol feliz" de la fecha solemnizada; "los colores sagrados" del pabellón nacional; cliché que, a causa de esa misma limitación e invariabilidad, se hace difícil esquivar.

Rubén Darío, gracias a su poderoso temperamento, que le permite poner un sello inconfundible, en cuanto tema trata, ha logrado hacer de su Canto una obra profundamente original, solemne como la Pampa ilimitada, exuberante como las selvas vírgenes, áspera como esas esculturas rudas que la naturaleza ha cincelado en las cimas de los Andes. No celebra a la patria guerrera armada hasta los dientes, de las apoteosis oficiales: canta a la tierra joven y hospitalaria, abierta como "una granada," henchida "como una ubre," erguida "como una espiga," "a toda raza congojada, a toda la humanidad triste":

¡Argentina! región de la aurora,
¡Oh, tierra abierta al sediento
de libertad y de vida,
dinámica y creadora!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el Vellocino de Oro,

he aquí Canaán la preñada,
la Atlántida resucitada;
he aquí los campos del Toro
y del becerro simbólicos;
he aquí el existir que en sueños
miraron los melancólicos,
los clamorosos, los dolientes
poetas y visionarios
que en sus olimpos o calvarios
amaron a todas las gentes...

Anuncia la buena nueva, el Centenario, a los hombres de la "Policolonia": judíos de "ruda estampa," españoles "como hechos de antiguas raíces," franceses "hijos del gallo de Galia," italianos, suizos, rusos. Se dirige a los desheredados del mundo, a los parias de todas partes, y exclama:

.....¡Llegad!
Os espera el reino oloroso
al trébol que pisa el ganado,
océano de tierra sagrado
al agricultor, laborioso
que rige el timón del arado.
¡La Pampa! La estepa sin nieve,
el desierto sin sed cruenta,
en donde benéfico llueve
riego fecundador que aumenta
las demetéricas savias.

Bella de honda poesía,
Suave de inmensidad serena
de extensa melancolía
y de grave silencio plena;
o bajo el escudo del sol
y la gracia matutina,
sonora de la pastoral
diana de cuerno, caracol
y tuba de la vacada...
¡Oh, Pampa! ¡Oh, entraña robusta,
mina del oro supremo!

Luego canta el gran acontecimiento, se inclina ante la patria fuerte y prolífica, saluda la sombra venerada de los héroes:

¡Salud, Patria, que eres también mía,
puesto que eres de la Humanidad:
salud, en nombre de la Poesía,
salud, en nombre de la Libertad!...
¡Y Gloria! ¡Gloria a los patricios,
bordeadores de precipicios,
y escaladores de montañas,
como el abuelo secular (San Martín)
que, fatigado de triunfar
y cansado de padecer,
se fue a morir de cara al mar,
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer!

Héroes de la guerra gaucha,
lanceros, infantes, soldados
todos, héroes mil consagrados,
centauros de fábula cierta,
sacrificados del terruño,
granaderos el rayo al puño,
locos de gloria, despierta
al sol la mente! La Fama
a todos ilustres proclama,
sus hechos ínclitos nombra,
constela con ellos la sombra
y forma un halo en el azur,
a la dantesca Cruz del Sur.

En seguida celebra a la "Venus criolla," "con savias diversas creada" y exalta a la juventud, "la generación en flor, acorazada de audacia y empenachada de ilusión." Finalmente, envía sus votos de paz y grandeza al pueblo que lleva "por su sangre el hierro y rubí de los cuatro puntos del globo":

Heroica nación bendecida,
ármate para defenderte;
sé centinela de la Vida
y no ayudante de la Muerte...
Paz, para que el pensamiento
domine el globo, y vaya luego,
cual bíblico carro de fuego,

de firmamento en firmamento...
¡Al pueblo que busca ideal
ofrezca una nueva Academia
sus enseñanzas contra el mal,
su filosofía de luz;
que no más el odio emponzoñe,
y un ramaje de paz retoñe
del madero de la Cruz!
¡Y yo, por fin, qué he de decirte
en voto cordial, Argentina!
Que tu bajel no encuentre sirte,
que sea inexhausta tu mina,
inacabables tus rebaños
y que los pueblos extraños
coman el pan de tu harina.
¡Cómalo yo en postreros años
de mi carrera peregrina,
sintiendo las brisas del Plata!

Rubén Darío es originario de Nicaragua, pero podría decirse que su patria es la América hispana entera. Antes de celebrar a la Argentina, él había cantado a Chile con el mismo acento filial en una pieza lírica: Canto a las glorias de Chile, la que hay que contar entre las obras más sólidas de su primera juventud.

Manuel Ugarte nos ofrece un libro de alta transcendencia, El porvenir de la América latina, que es un homenaje, no a una

república determinada, sino a todos los pueblos latinoamericanos. Este fecundo publicista, colaborador asiduo de la prensa de América y de Europa, ha publicado ya una infinidad de volúmenes. Desgraciadamente, ellos están formados por retazos de su producción periodística, con excepción de tres colecciones de novelas cortas: Cuentos argentinos, Una tarde de otoño (Garnier, París) y Cuentos de la pampa (Rodríguez Serra, Madrid). El libro que acaba de publicar nos parece, al contrario, una obra homogénea y sólida, bien pensada, suficientemente documentada, argumentada con fuerza, y escrita con simplicidad y calor persuasivo. Es un estudio sintetizado de la personalidad étnica y moral de la América latina; de los peligros que acechan a este continente, en su vida de pueblo libre, y de la obra que se impone para darle un empuje definitivo que le permitirá cumplir su fin histórico. De ahí sus tres partes: "La raza," "La integridad territorial y moral," "La organización interior."

La América latina está poblada por una raza más o menos homogénea, formada en su parte más considerable, por hombres blancos descendientes puros o mezclados de los colonizadores españoles. El Brasil, colonizado por los portugueses, constituye una variante sin importancia, dada la proximidad étnica del español y el portugués. La corriente inmigratoria europea y, en su mayoría, latina, no puede tampoco formar una diversidad apreciable. Y los indios aborígenes, que subsisten en todos los países, y los negros, antiguos esclavos, que

vegetan en algunos de ellos, forman grupos inferiores destinados a perecer o a incorporarse en la población blanca. Se puede decir, pues, que la América latina está poblada por una raza única. Un chileno o un argentino presentan, con un colombiano o un mexicano, patentes afinidades, más que las que comprobamos entre los habitantes de ciertas naciones europeas, así España y Francia, donde coexisten poblaciones tan diferentes, como los andaluces y los catalanes, los bretones y los provenzales. Esa raza se caracteriza por las cualidades de hidalguía y de terquedad, heredadas del español; por el espíritu de libertad y de aventura, desarrollados por el medio primitivo o por las gotas de sangre india y por el amor al progreso, al libre examen y al buen gusto determinados por la cultura y el arte francés que tanto han influido en la política y en la literatura. En cuanto a la pereza y a la incapacidad para gobernarse que en Europa suele atribuírsenos, baste citar el ejemplo de la Argentina y el Brasil, que han llegado a una perfecta estabilidad gubernamental. Agreguemos el caso de Chile que, desde el comienzo de su vida independiente, ha ofrecido el espectáculo de un orden interior ininterrumpido.

Sobre un territorio dos veces más grande que Europa, la América latina forma un conjunto de ochenta millones de hombres, unificado por la raza, por la historia, por la lengua, pero fraccionado en varias repúblicas independientes, alejadas entre sí por la escasez de comunicaciones rápidas y

por el egoísmo de los patriotismos regionales. Frente a ella, la América anglosajona, sobre una superficie algo más reducida, constituye una masa de cien millones de habitantes, reunida en un sólo estado y vigorizada por el gran progreso y la enorme riqueza. Son dos mundos apartes, perfectamente diferenciados, que todo, la raza, la religión, las costumbres, tiende a separar. Ahora bien, devorados por la avidez imperialista, los Estados Unidos, so pretexto de proteger sus intereses o de salvaguardar el orden, vienen, desde hace algún tiempo, empujando sus fronteras hacia el sur, absorbiendo o regenteando territorios que forman parte de la América latina. Ahí está el caso de California arrebatada a México, de Panamá desanexada a Colombia, de Cuba reducida a odioso protectorado. Para alcanzar sus fines, este país de la libertad estima buenos todos los medios. Es sabido cómo auxilia las revoluciones hispanoamericanas alzadas contra mandatarios que no le son simpáticos; cómo exagera ante Europa nuestras perturbaciones interiores, para desprestigiarnos, y cómo entre nosotros, agita el fantasma de una quimérica asechanza europea, para hacérsenos interesante. Es un peligro cierto, inminente, que si no alcanza a todos los pueblos latino-americanos con la misma intensidad, no puede menos de inquietarlos a todos. Las Repúblicas del sur, que por su situación lejana y por su gran desarrollo, parecen estar inmunes a la avalancha, no pueden ver con indiferencia el progreso del invasor, el avance de la "frontera en marcha." En

tal caso, ¿qué hacer? Lo que aconsejaron los fundadores de la independencia, Bolívar y San Martín: unirse. Aún cuando esto parece difícil por el desigual grado de progreso de las diversas Repúblicas, nada autoriza para creerlo imposible. Además, no se trata de la constitución de un Estado único, sino de una unidad de miras y de fuerzas capaz de salvaguardar la hegemonía. Las Repúblicas más avanzadas, como la Argentina, Chile, el Brasil, deben tomar la iniciativa, mediante medidas discretas y prácticas. Nada de congresos panamericanos, nacidos del error más funesto, pues es evidente que no puede existir comunidad de intereses entre nuestros países y los Estados Unidos. En cambio, los congresos latino-americanos serían un excelente primer paso de acercamiento. Luego la construcción de telégrafos y ferrocarriles internacionales, con capitales propios o europeos, jamás con oro yanqui, proseguirían la unificación con el intercambio de ideas y producciones. Una propaganda tenaz y bien dirigida, encabezada por los hombres superiores, y, sobre todo, por la juventud, haría lo restante.

Para realizar esta obra, las Repúblicas latino-americanas deben pensar en vigorizarse, depurándose interiormente. En gran parte de ellas urgentes reformas se imponen, en las costumbres políticas, en la administración, en la educación. "Pero si puede decirse que nuestros países están mal encaminados, no se puede decir que estén corrompidos. En el fondo de la raza existen las energías capaces de transformar

el medio." El progreso extraordinario realizado en corto tiempo por la Argentina, el Brasil, Chile, el Uruguay, lo prueban elocuentemente. No hay duda, pues, que la América latina unida y bien encaminada logrará contrarrestar el empuje imperialista de los Estados Unidos y llegará a ser un gran pueblo capaz de cumplir su alto fin histórico: prolongar en el porvenir el triunfo de la raza y de la tradición latinas.

Manuel Ugarte ha sido siempre un polemista ardiente. Le deseamos que su espíritu combativo continúe empleándose en causa tan elevada como es el asunto de su presente libro.

III*

Nuestros escritores en Europa. -- Leopoldo Lugones: Las limaduras de Hephaestos, Moen Hno, Buenos Aires. -- R. Errázuriz Urmeneta: Florencia y el arte, Imprenta de la Unión de Edición, Roma. -- Luis Rodríguez Embil: La insurrección, Ollendorff, París. -- Alejandro Sux: Cantos de revuelta, Granada y Cía., Barcelona. -- Memento.

Europa, patria de nuestros ancestros y origen de nuestra cultura, ejerce sobre nuestros intelectuales una atracción fascinadora. De ahí que haya continuamente, entre los pueblos europeos, una multitud de escritores hispanoamericanos; algunos, de los que se han establecido, ocupan funciones diplomáticas o son corresponsales de periódicos de sus países; otros, en viajes más o menos rápidos, vienen comisionados por sus gobiernos, o en jiras privadas de estudio o de peregrinación artística.

Leopoldo Lugones, el distinguido poeta argentino, llegado últimamente, viene a engrosar el grupo de nuestros escritores residentes en París. Lugones es una de las figuras más sobresalientes no sólo de la literatura de su país, sino de toda la literatura hispanoamericana. Escritor singular, a la vez vigoroso y selecto, es uno de esos espíritus integrales,

---

*16 de agosto de 1911.

de facultades múltiples, de cultura enciclopédica, y uno de esos artistas raros, a quienes la voluntad creadora y el orgullo intelectual llevan a una búsqueda continua de vistas y de imágenes nuevas. Así, él ha cultivado todos los géneros: la poesía, la novela, la historia, la crítica, el periodismo, y en todos se ha distinguido por la intensidad o la finura del pensamiento y por la riqueza o la novedad del estilo o del verso. Su obra es, pues, vasta y heterogénea. Es autor de tres colecciones de poesías: Las montañas del oro, Los crepúsculos del jardín, Lunario sentimental; de un volumen de análisis histórico: El imperio jesuítico; de un episodio novelesco: La guerra gaucha; y ha hecho aparecer recientemente, a cortos intervalos, cuatro libros que constituyen su homenaje al centenario de la independencia de su patria: Las limaduras de Hephaestos, Odas seculares, Prometeo y Didáctica cuyos solos títulos muestran la diversidad de sus temas.

Las limaduras de Hephaestos es una obra de estética y de crítica de arte, compuesta de tres ensayos "destinados a ilustrar la conmemoración monumental del centenario argentino," trabajo sólido y sutil donde la erudición no excluye la novedad, formado con un estilo maravilloso, con esplendores de camafeo, con relieve de medalla. En el primer ensayo, Lugones nos presenta el proyecto de un monumento conmemorativo, concebido por su fantasía de poeta. Al recordar que en las grandes épocas del arte, la arquitectura ha marchado en concierto con la poesía, escoge como inspiración

y regla de su obra el poema argentino por excelencia: el himno nacional, "verbo de la República," que "la Gloria lo ha dorado como a un Andes matinal y que la esperanza lo reverdece como a un cedro que ha visto encanecer familias." Sin embargo, "cristalización en piedra de una canción sublime," este proyecto es un sueño irrealizable. Constituye un ideal. "Y todo ideal, nos dice el autor, intelectualmente considerado, es, en efecto, una ambición irrealizada; y, desde el punto de vista sentimental, conlleva la necesidad de excederse a sí mismo." En otro ensayo, Lugones, descendiendo a la realidad, nos habla del concurso monumental abierto por el gobierno de su país para glorificar el centenario, y pasando revista a los proyectos presentados a este concurso, hace una crítica de una ciencia y de una sagacidad admirables, pero también de una dureza que llega hasta la crueldad. "Y será el caso, dice al terminar, de compadecer una vez más a la libertad, por los monumentos que se cometen en su nombre..." En el último ensayo, Lugones comenta la tentativa de adaptar a la Pampa la arquitectura gótica, tentativa infelizmente realizada en la catedral de Lugano en construcción. Con esta ocasión nos traza un cuadro conciso, pero completo, de la arquitectura enorme y delicada, como la edad media de Verlaine. Estudia los orígenes que cree encontrar en la primitiva construcción de madera de los países septentrionales, aquella que sugería las formas puntiagudas; en la iglesia románica que, de hecho, facilitaba la disposición y el ensamblaje, y en el arte bizantino, tanto

en sus elementos propios como aquellos prestados del Oriente, arte que transmite la ojiva, el vidrial y ciertos motivos ornamentales. Analiza los caracteres: las líneas verticales, símbolos del misticismo unánime que hace de esta arquitectura un fenómeno eminentemente espiritualista y social; el empleo de la sombra "no sólo en los interiores, sino en las fachadas, donde alternó con estatuas y relieves, sugiriendo las profundas masas del bosque progenitor"; la asimetría simbólica, es decir la armonía formada por la concordancia de elementos dispares, principio común hoy en día con la pintura y con la música; la ornamentación vegetal o quimérica, reproducción de la flora nacional o simbolización de las pesadillas populares... Pero el autor va todavía más lejos. Sobreexcitado por la asociación de ideas, nos habla, al pasar, de todas las artes que pertenecen al ciclo gótico o que tienen relación con él: la escultura, el vitral, el mosaico, la orfebrería, el esmalte, la miniatura, la caligrafía y hasta la música. Cuadro maravilloso, sabio y brillante, que no se podría comparar sino con ciertas páginas de Huysmans, no por los juicios y las apreciaciones, sino por la delectación casi sentimental en el despliegue de erudición.

Sin embargo, tenemos una observación que hacer. Nos parece que el autor, cuando trata los orígenes, no atribuye al arte románico la importancia que tiene, y diríamos que a veces confunde este arte con el romano. Esto se debe a que da a uno y otro el mismo nombre "romano," aun cuando hay en castellano,

como en francés, una palabra diferente para designar cada uno de ellos.

Rafael Errázuriz Urmeneta, escritor chileno distinguido, está radicado en Roma donde cumple las funciones de Ministro Plenipotenciario de su país ante la Santa Sede. Es un espíritu profundamente cultivado, enamorado del arte y de las cosas de los viejos tiempos, y que emplea los tiempos de ocio que le deja su labor diplomática al estudio y a la producción: tal como un gentilhombre humanista del Renacimiento. Ha publicado diversas obras de viajes, de historia, de crítica de arte, que indican una gran erudición y un buen gusto auténtico, obras que le han valido la acogida de diferentes corporaciones científicas o literarias, como la Academia Española, la Real de Ciencias de Lisboa, la Pontificia Romana de Arqueología, etc...

Su último libro, Florencia y el arte, es la tercera parte de una trilogía sobre la culta capital de la Toscana. Las dos primeras partes: Florencia y la Edad Media y Florencia y los Médicis, nos ofrecen un análisis vivo y preciso de la historia florentina en sus grandes siglos, trabajo enriquecido por numerosos elementos nuevos, oro viejo y pedrerías antiguas extraídos de la mina inagotable de las crónicas y de los archivos. Florencia y el arte nos hace ver el milagroso florecimiento de las obras artísticas que la ilustre ciudad vio nacer de su suelo fecundo en la época de su esplendor. Todos los tesoros del arte florentino pasan delante de

nuestros ojos deslumbrados: las Madonas hieráticas de Cimabue, los frescos celestiales de Fra Angélico, las bellas terracotas de Luca della Robbia, las deliciosas esculturas de Donatello, las cautivantes figuras de Botticelli. Mas el autor nos habla también de los creadores de estas obras, nos cuenta su vida, siguiéndoles paso a paso en su carrera artística. Delante nuestro desfilan todos los artistas florentinos, desde Giotto el ingenuo hasta Miguel Angel el formidable, pasando por el seductor Filippo Lippi y el delicado Andrea del Sarto. Así, este libro resulta un estudio vasto e integral, interesante para todo tipo de lector; para los profanos, porque su estilo claro y preciso les hará comprenderlo fácilmente; para los eruditos, porque su rica documentación les ofrecerá, sin duda, algo nuevo. Esta obra acredita una vez más a su autor como un crítico hábil, de intachable conciencia artística.

Luis Rodríguez Embil reside en Viena, donde ocupa el puesto de cónsul de Cuba. Es un joven escritor que sólo había publicado una colección de cuentos. Con su nuevo libro La insurrección, nos ofrece una novela. Es un episodio de la guerra de la última sublevación de Cuba contra España, cuyo resultado fue la separación de la "perla de las Antillas" del poder de la metrópoli. Historia vigorosa, bien concebida, encarnada en tipos de gente llena de vida y de color, y llevada a veces por un movimiento realmente épico. Desafortunadamente, esta bella obra está escrita en un estilo torpe y envejecido, inaceptable. ¿Inexperiencia de debutante?

¿Prurito de imitar a los maestros clásicos? Tal vez lo uno y lo otro. El autor nos advierte en el prólogo que este libro había sido escrito, hacía muchos años, durante su adolescencia. Esperemos por lo tanto que nos dará de su fuerte talento otras producciones moldeadas en el estilo que merecen sus bellas concepciones.

No terminaremos esta revista sin hablar de Alejandro Sux, un joven escritor argentino que lucha en Europa desde hace dos años sin otra arma que su pluma. Después de haber publicado algunos ensayos y haber dirigido en su país una revista de letras, acaba de hacer aparecer en Barcelona un libro de versos: Cantos de revuelta. Es una obra de juventud donde se sienten aún las dudas de forma de todo artista que se esfuerza, pero donde se manifiesta un talento vigoroso, inquieto de belleza y de justicia, lleno de vida y de espontaneidad. Cuando aparezca un nuevo libro, actualmente en prensa, nos ocuparemos más ampliamente de este joven escritor.

Memento. -- Otros libros: Salvador L. Erazo: Internacionalistas latinoamericanos, Imprenta Meléndez, San Salvador. Siluetas rápidas pero precisas de algunos de nuestros intelectuales antiguos y modernos, en las cuales el autor nos deja ver un espíritu culto y un loable entusiasmo por la fraternidad mental de nuestras repúblicas.-- Julio Raúl Mendilahassu: Deshojando el silencio, Imprenta Paul Dupont, París. Colección de poesías que denota un real progreso sobre

el primer libro de este joven y activo poeta.-- Miguel de Toro Gisbert: Ortología castellana de nombres propios, Ollendorff, París.-- Manuel Cervera, Luis C. López, A. Z. López Penha: Diversos a diversos, Librería de Pueyo, Madrid. Obra poética en colaboración, donde se revela un poeta sólido y fino: M. Cervera. -- N. A. González: El último hidalgo, novela, Garnier, París. -- Dr. E. Fraga: Radioactividad de las fuentes sanitarias de Chile, Imprenta Franco-Chilena, Santiago. -- R. Cúneo Vidal: España, impresiones de un sudamericano, Garnier, París.-- Felipe Sassone: Un errante, Imprenta de J. Ratés Martín, Madrid.

Revistas. En casi todas las capitales de la América latina existe alguna revista de letras y artes que, entre la multitud incontable de publicaciones efímeras, llega a mantenerse, a pesar del medio refractario y es algo así como el hogar donde converge la producción intelectual del país.

El Fígaro de La Habana es una de nuestras revistas más importantes. Es una publicación hebdomadaria ilustrada de letras, ciencias y actualidades. Fue fundada, hace veinte y cinco años, por el distinguido poeta Manuel S. Pichardo y por el muy conocido periodista M. A. Catalá; el primero la dirigió hasta 1910, época en la que vino a establecerse en España como secretario de la Legación cubana; el señor Catalá es actualmente su director. Esta revista cuenta como colaboradores no solamente a los más notables intelectuales de Cuba, sino también a la mayoría de los escritores

hispanoamericanos; es así que en sus páginas se podría seguir la marcha de nuestro pensamiento en el curso de estos últimos veinte años. En los números que hemos recibido encontramos algunos trabajos notables: en el número del 2 de abril, un artículo de Rubén Darío "Chile intelectual"; en el número del 16 del mismo mes, un artículo necrológico de Manuel Sanguily sobre el eminente escritor Enrique Pineyro y también los bellos versos de M. Pichardo; en el número del 7 de mayo, una silueta del joven escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña por el inteligente crítico Jesús Castellanos; en fin, en el número del 21 de mayo, algunos bellos sonetos del delicado poeta cubano Federico Uhurbach.

Con el título de Boletín de la biblioteca americana (América latina) la agrupación de universidades y escuelas superiores de Francia está en vías de publicar desde el mes de junio del año pasado un boletín mensual muy interesante sobre ciencias, letras, pedagogía y bibliografía latinoamericana. Las personas que encabezan esta publicación, muy competentes en los asuntos de nuestros países, son una garantía de su buena marcha y de su progreso. Los números hasta ahora aparecidos, y que hemos recibido, forman ya una excelente recolección de material sobre las manifestaciones más diversas de nuestra vida intelectual. Señalamos, en los últimos boletines, algunos buenos trabajos: en el del mes de abril, un artículo de F. García Calderón sobre el nuevo libro de M. Ugarte "El porvenir de la América latina" y un estudio notable

sobre "La antropología, la flora y la fauna chilenas," por C. E. Porter; en el del mes de junio, un artículo sobre "El sentimiento de la naturaleza en la poesía hispanoamericana," por Jules Supervielle.

IV*

Ignacio Silva: La novela en Chile, Santiago, Imprenta Barcelona. -- Luis Orrego Luco: Casa grande, Santiago, Sociedad Zig-Zag. -- Guillermo Labarca Hubertson: Mirando al océano, Santiago, Imprenta Universitaria. -- Leonardo Pena: Los héroes moribundos, Santiago, Imprenta Santiago. -- Luis Roberto Boza: El cilicio, Santiago, Tipografía Franklin.

A la inversa de lo que se ha producido en los otros países hispanoamericanos, donde la primera época ha visto florecer de preferencia la literatura de imaginación, en Chile se ha desarrollado principalmente, en la misma época, la literatura histórica y didáctica. La razón es que, en este país, el único donde no ha habido revoluciones y que siempre ha tenido un gobierno regular, los intelectuales, gozando de la libertad de pensar, han escogido naturalmente los géneros más propicios para poder formular sus ideas políticas y sociales; mientras que, en los pueblos trastornados por las insurrecciones, o mantenidos en esclavitud por gobiernos tiránicos, los escritores, impedidos de discutir, han abordado las formas imaginativas como un refugio sentimental donde desviar la vehemencia de sus espíritus. Esto es tan cierto que, pasado el primer período, que podríamos llamar de

---

*16 de marzo de 1912.

formación de la nacionalidad, obra en la cual todo el mundo creía deber colaborar, Chile ha visto desarrollarse, en prosa y en verso, un movimiento artístico de una notable intensidad, que lo ha puesto en el rango de los primeros pueblos literarios del Nuevo Mundo.

No debería creerse, después de esto, que Chile no haya tenido, desde su infancia, una literatura de imaginación. La tuvo también en la prosa. Ignacio Silva nos da la prueba con su obra La novela en Chile. Es un trabajo bibliográfico bastante completo, donde encontramos la enumeración de los libros chilenos que tienen este carácter: novelas, cuentos, artículos de costumbre; seguidos, algunos, de los estudios o críticas que admitan. Vemos aquí que, durante casi todo el siglo pasado, hubo en Chile numerosos novelistas y cuentistas, aunque todos, con pocas excepciones, estén desprovistos de mérito artístico. La mayoría de sus producciones son o bien novelas históricas, imitaciones infelices de W. Scott o de Fernández y González, o bien obras tendenciosas orientadas hacia la crítica social o política de eventos contemporáneos. Apenas podríamos citar tres o cuatro nombres de valor, entre ellos, a Alberto Blest Gana, autor de una multitud de novelas de costumbres muy disfrutadas por sus compatriotas. Pero desde 1890 hasta nuestros días, encontramos a un grupo de novelistas que se distinguen no por la cantidad, sino por un mérito evidente; sus obras son creaciones verdaderamente artísticas donde la psicología y el medio son estudiados y presentados de

una manera seria y distinguida. Algunos, admiradores de los autores franceses modernos, tratan de preferencia los dramas de la vida elegante de la capital o cuadros con un análisis refinado o frívolo; otros, fascinados por los maestros rusos, buscan, con un noble deseo de arte autóctono, sus temas en el terror, o en la gleba, pero todos revelan una preparación sólida y un buen gusto auténtico.

Luis Orrego Luco es, sin duda alguna, uno de los mejores de nuestros jóvenes novelistas. Espíritu fino y culto, analizador de almas complejas, de las cuales sabe poner al desnudo al aspiraciones con un relieve singular, gracias a un sentido de observación potente y a un estilo lleno de imágenes, muy vivo y flexible. Ya ha producido varios volúmenes que le han dado un justo renombre: un libro de cuentos, Páginas americanas; una colección de impresiones de viaje por España, Pandereta; dos novelas, Un idilio nuevo y 1810, episodios de la época de nuestra revolución. No hablamos de sus libros ensayísticos: tres o cuatro volúmenes que tratan nuestros problemas internacionales.

Recientemente ha publicado una nueva novela, que ha tenido gran éxito: Casa grande. Es la historia de un matrimonio de nuestro pequeño gran mundo, pactado sin verdadera conciencia, solo por conveniencia social, y donde, poco a poco, debido a la diferencia de caracteres y de ideas de los esposos, el sentimiento inicial cambia en indiferencia, luego en hostilidad, hasta llegar al momento crítico donde la

unión se hace insoportable y la vida en común imposible. Caso frecuente en nuestras jóvenes sociedades donde el matrimonio ya ha perdido la pasividad patriarcal que tenía entre los pueblos primitivos sin llegar todavía a la independencia adulterina que posee en los grandes centros europeos: esto es lo que hace de esta novela una obra verdaderamente hispanoamericana. La marcha del terrible conflicto se sigue con una penetración y una minucia extraordinarias; los movimientos psíquicos aparecen tomados con sagacidad; no hay gesto psicológico que no sea escrupulosamente anotado. Es éste, quizás, el principal mérito de la obra. Infelizmente, el drama se desarrolla en el pequeño círculo de nuestra sociedad a la moda, círculo falso y pretencioso de dilettantes y de snobs de imitación, en el cual es imposible encontrar los rasgos verdaderos de la vida nacional. De este modo, si el lector del país ve, en este libro, con complacencia, ciertos tipos que parecen fotografías de personajes conocidos; el lector extranjero asistirá con pena a escenas sin carácter, tal vez ridículas, donde se ha copiado malamente el ceremonial y las extravagancias mismas de la sociedad dorada europea. En suma, el caso social que presenta y el estilo con el cual ha sido tratado, hacen de esta novela una obra bella y representativa.

Guillermo Labarca Hubertson toma sus temas de la vida pintoresca del pueblo o de la clase media, porque ella es local y sincera, porque es espontánea. Su primer libro: Al

amor de la tierra, es una serie de cuadros recortados del corazón del terruño. Llenos de colorido y de animación, estas narraciones sufren por lo tanto de defectos de estilo: el autor abusa de giros y de locuciones nacionales, no solo en los diálogos, sino también en la narración misma.

Su última obra, Mirando al océano, tiene sus cualidades sin tener sus defectos. Son las impresiones de un conscripto que nos cuenta su vida militar en un fuerte lejano, perdido en un rincón del país, entre las montañas salvajes y el mar. Sin embargo, en un marco tan limitado, el autor encuentra modo de hacernos ver en toda su rudeza y aspereza la naturaleza de esta tierra lejana: la vida de sus compañeros reclutas que, luego de pleitos furiosos, cuando llega el momento de la separación, se despiden todos con lágrimas; de hacernos asistir al drama mudo del círculo de los jefes: el comandante ebrio y brutal; su esposa resignada y silenciosa; el capitán triste y soñador que, exasperado, parte hacia otra guarnición, seguido por los ojos de la dama, azules y misteriosos... Es una obra de poca extensión, sin pretensiones, pero con una notable seguridad de toque, de una gran pureza de líneas y llena de ese perfume evocador de las cosas que se adivinan sin verse.

Leonardo Pena prefiere, en lugar del estudio de las clases superiores o del pueblo, la contemplación de su propia individualidad. Es un egoísta sentimental cuyo método consiste en "no dejar pasar ningún sentimiento, sin fijar la atención

en él, sin forzarlo a producirse." "Al escribir mis libros, dice él, no tengo otro fin que acumular belleza. El arte es la realización de todo lo que no osamos probar en nuestra vida fugitiva." Con el título general de Biblia profana, está en vías de publicar una serie de libros que son algo así como un diario psicológico, donde "quedarán grabadas hasta las menores sensaciones de la belleza" que, día a día, él experimentara. Han aparecido: Yo, prólogo de la obra; Las siete locuras del amor, primer libro; El alma perdida de la princesa, segundo libro.

El tercer libro acaba de aparecer: Los héroes moribundos. Aquí el autor nos narra una aventura galante con una dama excepcional, artista y apasionada, quien, desde el primer instante, cae en sus brazos, vencida por su seducción intelectual y que, luego de un idilio extraordinario, abandona con igual prontitud, reconquistado por el sentimiento religioso atávico. Mas, en el curso de esta aventura, el escritor descubre continuamente motivos para explicarnos, con un tono más o menos declamatorio, sus opiniones sobre los asuntos más diversos: estética, moral, educación, concepción de la vida; dejándose quizás arrastrar, muy lejos a veces, por la asociación de ideas. "Tengo, confiesa él, una manera especial de hacer mis libros; en la inconsciencia que se apodera de mí cuando escribo, anoto sin reflexionar todo lo que la imaginación me dicta; y es solamente algún tiempo después que encuentro las razones que he tenido para decirlo."

El individualismo intransigente y hasta agresivo de Pena, unido a su forma desmesurada e imprecisa, ha sido la causa de que sus libros sean muy discutidos. Algunos han provocado críticas mordaces, otros han sido víctimas de la odiosa conspiración del silencio. Nada más injusto. Este escritor tiene evidentemente verdadero carácter y es un artista poco común. Sus defectos, su pasión y su falta de mesura resultan precisamente de su abundancia misma, de su riqueza interior; de ahí esos frutos demasiado sabrosos, esas flores demasiado perfumadas de los paraísos tropicales.

Luis Roberto Boza busca para sus creaciones los temas dolorosos que ofrece el mundo de los humildes y de los desheredados. Su primer libro, Rosa de pasión, obra de adolescencia, encerraba ya páginas tiernas, meritorias. Su segundo volumen, El cilicio, encierra cuentos llenos de sentimiento y delicadeza, colmados de piedad por aquellos que sufren y de indignación por los opresores. Es una pena que estas obritas, un poco abstractas, parezcan como faltas de fondo, se muevan en lo indeciso, sin los encantos que comunica un medio característico, bien estudiado y definido.

Memento. -- Otros libros. "Biblioteca de escritores de Chile": tomo primero, introducción: Jorge Huneeus Gana: Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile; tomo segundo: Justo y Domingo Arteaga Alemparte: Los constituyentes de 1870; tomo III: Vicente Pérez Rosales: Recuerdos del pasado (1814-

1860); tomos IV y V: Isidoro Errázuriz: Discursos parlamentarios; tomo VI: José Joaquín Vallejo (Jotabeche): Obras; Imprenta Barcelona, Santiago. Estos son los volúmenes, aparecidos hasta el presente, de esta biblioteca oficial, creada por el gobierno con ocasión del centenario de la independencia. -- Senén Palacios: Hogar chileno, Imprenta Lathrop Hnos., Santiago. Novela de costumbres, en la cual algunos capítulos son cuadros fieles de la vida nacional. -- Luis Rodríguez Gamboa: Los sueños se disipan, Imprenta de la Ilustración, Santiago. Es la primera obra de este autor, posee loables cualidades de fuerza y de finura que prometen en Gamboa un buen novelista futuro. -- Francisco Contreras: La piedad sentimental, novela rimada, prefacio de Rubén Darío, Garnier, París. "El autor de este libro, dice el escritor del prefacio, quien intelectualmente, da hoy resonancia a la nueva literatura chilena, y abre corrientes de simpatía, es un poeta, que escribe en verso y en prosa, alejado de vanos ruidos, orgulloso de su honor mental, sensitivo, enamorado de la aristocracia y del refinamiento, respetuoso de lo que hay de respetable en el pasado y entusiasta de lo que hay de deseable en el porvenir. Creo que en nuestra América hay pocos que tengan como él un fervor por el arte tan sincero y tan profundo. Además, en medio de este fervor, es equilibrado y reflexivo. No violenta ni la idea ni el lenguaje. Hay en él dualidad: es un intelectual-sentimental que dirige bien sus decisiones entre las exageraciones naturales del talento..."

V*

Angel C. Espejo: Ironía y sentimiento, Imprenta La Ilustración, Santiago. -- Tulio M. Cestero: Ciudad romántica, Paul Ollendorff, París. -- Fernando Santiván: Ansia, Imprenta Universitaria, Santiago. -- Roberto Brenes Mesén: El canto de las horas, A. Alsina, San José de Costa Rica. -- Memento.

Hasta estos últimos tiempos, la mayoría de los prosistas hispanoamericanos, apremiados por las exigencias del medio primitivo, eran simultáneamente periodistas y artistas y cultivaban paralelamente los géneros más diversos. Hoy, por lo general, cada escritor se dedica a un género exclusivo, como sucede con toda literatura que ha evolucionado. De este modo, tenemos ahora verdaderos novelistas, cuentistas, ensayistas, críticos, ironistas, etc. Sin embargo, falta aún cierto número de escritores multiformes que hayan hecho en todos los terrenos cosechas loables.

El chileno Angel C. Espejo es, dentro de este grupo, uno de los más meritorios. Ha cultivado con el mismo éxito la polémica política y el comentario de actualidad, la crítica humorística y el cuento sentimental. Es un temperamento complejo donde entran, quizás en proporciones iguales, una ironía muy cruel y una sensibilidad muy delicada. También ha

---

*1º de junio de 1912.

publicado varios volúmenes de un carácter diferente. El Primero, Cuentos de alcoba, es una colección de narraciones mundanas y refinadas, en las cuales la frivolidad moderna se encuentra temperada por el dulce frescor de una lágrima o el esplendor deslumbrante de una sonrisa. Por la forma, este libro hace pensar en ciertos narradores franceses modernos, sobre todo en Maupassant; pero, por el fondo, es absolutamente de su medio. Es digno de toda nuestra estima, ya que emprende con éxito una obra bastante difícil, aquella de hacer entrar en la literatura la vida de nuestro gran mundo tan poco interesante y tan poco característico. Buen humor es, como su título lo indica, la obra del ironista que encierra este escritor complejo. Son una serie de comentarios, de pronósticos, de siluetas de nuestro mundo político, generalmente compuestos en forma de diálogos; los interlocutores son el autor, algunos personajes conocidos, y hasta algunos objetos como los árboles de la plaza principal. Obra viva y sabrosa, de una perspicacia y de una ironía de las más profundas y de las más finas, regalo incomparable para el que conoce a los personajes de que trata y puede apreciar las numerosas alusiones; deliciosa, en todo caso, para aquellos que, como nosotros, poseen la clave de la explicación y solos pueden leer entre líneas.

El último libro de Espejo, Ironía y sentimiento, da la impresión de un ramillete de flores de tonos delicadamente matizados como el espíritu mismo del escritor. Es una especie

de divagación grata y melancólica donde el autor aborda una multitud de temas diferentes, con la seguridad del hombre que conoce, a través de una experiencia dolorosa, los secretos del mundo y los misterios del corazón. En la primera parte, nos habla de la vida de Santiago, vida ceremoniosa y frívola, con algo de reflejo europeo y mucho de restos coloniales. En la segunda parte, nos da sus impresiones de Valparaíso, el puerto espléndido e infortunado, mutilado por los terremotos y alucinado por la fiebre del oro. En la última parte nos cuenta del Extremo Oriente. Espejo ha permanecido algunos años en Japón como cónsul de Chile y ha estudiado este interesante país con un verdadero amor, hasta llegar a dominar su extraño idioma. Durante la guerra ruso-japonesa, enviaba a un periódico de Santiago una serie de correspondencias valiosas que, infelizmente, no han sido aún reunidas en volumen. En este último libro, nos narra cosas curiosas de la tierra de las geishas y de los crisantemos. Nos presenta al famoso marqués Ito, nos refiere una amable entrevista con el mariscal Iamagata; nos confiesa la tristeza de su partida, cuando escuchó conmovido la palabra de adiós: ¡Sayonara! Son páginas de un exotismo encantador, confidenciales, melancólicas.

El dominicano Tulio M. Cestero se ha ubicado entre los principales prosistas de su país con la publicación de su reciente libro: Ciudad romántica. Hasta ese momento, este escritor se había mostrado como un aficionado del arte más que un verdadero artista; diplomático y turista, iba de país en

país, coleccionando los efectos de la belleza en seres u objetos que, a su paso, le embriagaban. Es así como sus primeros libros (Notas y excursiones, El jardín de los sueños, Citera, Sangre de primavera) son mosaicos de impresiones recibidas al pasar, páginas arrancadas a su álbum de turista sentimental.

Ciudad romántica es, por el contrario, una obra sólida, autóctona, característica, llena de los perfumes embriagadores de la tierra tropical y del esplendor alucinante de la sangre criolla. Es la novela de la vida en Santo Domingo, patria del autor, o más exactamente, es la novela de esta ciudad misma, a la cual, en tiempos mejores, se la llamó la Atenas del Nuevo Mundo. La historia, simple y trágica, está tomada de los anales políticos de la localidad. Mas el verdadero protagonista no es el poeta bohemio, que muere asesinado, héroe de esta historia, sino la ciudad ilustre, Santo Domingo de Guzmán la Primada. Es ésta la que, por debajo de la pálida figura de él, se levanta altiva y romántica, como un fantasma de la época de los conquistadores. Bajo el fuego del mediodía que vierte torrentes de fuego, nos aparece silenciosa, casi muerta, en la tristeza de su realidad actual, con su vieja Plaza Mayor donde "algunos rosales marchitos imploran en vano una gota de agua," con su monótona calle del Conde, "bordeada por una doble línea de casitas uniformes, amarillas, rojas, azules"; la que sólo cruza algún vendedor de pan a horcajadas sobre un asno lamentable, o un gallo que se lanza desde un

patio a la persecución de una gallina, o un perro arrastrando su traílla, desgarrado por los dientes rivales." Pero la noche, bajo la luna tropical, nos presenta su antiguo esplendor, como en los tiempos del buen rey católico; sus vestigios históricos, envueltos en la gasa azul de las sombras, se levantan, animados, por así decirlo, de su vida primitiva: a la entrada del estuario se encuentra la Torre del Homenaje, edificada por el viejo comendador Don Nicolás de Ovando; un poco más lejos, la casa de Colón, flanqueada por torrecillas, donde la fastuosa Doña María de Toledo estableció la primera corte hispanoamericana; en la calle del Conde, la catedral gótica, del siglo XVI, bajo cuyas bóvedas "imploraron a Dios por el éxito de sus ambiciones los Pizarro, los Ponce de León, los Narváez y los Cortés"; más allá, el fuerte de la Concepción y el viejo monasterio de San Francisco, donde fue fraile un hermano del rey Jacobo IV de Escocia; en fin, sobre la orilla apartada del Ozama, el noble árbol secular en el cual, aseguran, amarró Colón sus carabelas en su tercer viaje a la isla...

Y toda esta evocación surge de una manera tumultuosa, más bien, de una manera arbitraria, con largas digresiones o con transportes líricos del autor, y no accidentalmente, al paso o en el cerebro de los personajes, como debiera naturalmente producirse; por esto Ciudad romántica es una novela muy mal hecha. Ese es el defecto más grave de la obra; su cualidad más loable es el estilo cálido y brillante, con esplendores de

pedrerías, con relieves de filigrana de oro; estilo maravillosamente apropiado a la interpretación de la naturaleza del Trópico, donde los pájaros revisten "una clámide de perlas" y donde el mismo polvo de la ruta ostenta "su tapiz de oro."

"Sangre solar," cuento que completa el volumen, es una obra más limitada, pero más perfecta que la precedente. Contemplamos en ella el cuadro característico de las operaciones de un grupo revolucionario a través de un medio muy lógico: por los ojos del protagonista, un muchacho delicado y temerario, mitad artista, mitad aventurero, que abandona su existencia mundana y empuña un fusil, en busca de más fuerza para su espíritu y más hierro para su sangre.

En suma, Ciudad romántica nos muestra, como lo hemos dicho, un prosista notable, pero no nos revela un verdadero novelista.

He aquí un novelista poco común: el chileno Fernando Santiván. Aún muy joven, ya ha publicado dos volúmenes seductores, donde manifiesta cualidades de primer orden: una percepción profunda e integral, una intuición potente, una forma abundante y espontánea; en una palabra, una incontestable fuerza creadora. El primero de estos libros, Palpitaciones de vida, es una colección de cuentos que son, en realidad, tajadas palpitantes de vida: tan cálida es la humanidad que vibra en sus páginas. Es la vida chilena (la vida humilde pero sincera de las clases menos afortunadas),

expresada con una veracidad sorprendente y con esa rara amplitud de espíritu que acostumbra escandalizar a los fariseos de la moral.

Ansia, segundo volumen de este escritor, recientemente aparecida, es una novela de gran aliento. El joven novelista desarrolla un caso pasional curioso y conmovedor, con ese acento de veracidad y esa libertad de ver las cosas, que dan a todas sus creaciones la grata simpatía de lo sincero y natural. Un joven estudiante de provincia, abandonado por su padre quien no le perdona haberse hecho expulsar, se refugia en el hogar de un viejo músico amigo; éste vive con su hija y su sobrina, dos jovencitas de la misma edad, pero de caracteres opuestos: la una, dulce y silenciosa; la otra, altanera y enigmática. En tan amable compañía, Ricardo se siente conmovido, sin darse cuenta, por tanto, de la dirección de sus sentimientos: Magdalena le atrae con su belleza rubia y delicada, Elisa le fascina con sus "ojos cargados de fluidos." Finalmente cae a los pies de esta última, conquistado, vencido. Ella, sin embargo, responde a su amor de una manera tibia y distraída que comienza por desconcertar al fervoroso amante y termina por verter en él el veneno de los celos y de la angustia creciente. Una noche de tempestad, luego de una escena violenta, abandona la casa y se marcha bajo la lluvia. Llega a una avenida vecina donde pasa el ferrocarril, y en su desesperación, al ver un tren que se acerca, se lanza sobre la vía, decidido a terminar de un golpe

con todo. Pero en ese momento dos brazos afectuosos se echan sobre su cuello y una cabecita rubia toca sus labios, llorando dulcemente. Es Magdalena quien, con este acto heroico, le confiesa su pasión secreta y devoradora. El se enternece, se deja arrancar de la muerte y se reconcilia con la vida en los brazos de la joven tierna y silenciosa. Pasa algún tiempo. El viejo músico cae enfermo. Ricardo va a verle por la última vez. En presencia de Elisa siente renacer su antigua pasión; ella, por su lado, manifiesta la emoción. El idilio de ayer se renueva de un modo adorable. Los enamorados flotan en la atmósfera de oro de los éxtasis supremos. Magdalena, sin embargo, presa de sospechas, se inquieta, y luego de una explicación en el curso de la cual Ricardo exasperado la brutaliza, ella encuentra fuerzas para correr hacia su prima y exigirle con lágrimas que le devuelva la paz perdida. Esta, incapaz de substraerse a una súplica tan legítima, escribe a su amante el último adiós: "Adiós, Ricardo, y no hagas locuras... No nos queda más que encorvar la cabeza y continuar el camino..."

Así es la emotiva historia. Ahora bien, hay en su desarrollo una psicología conducida con tanta sagacidad, una evocación del medio tan fiel y tan sugestiva, una forma tan rica y tan espontánea, que hacen una novela muy característica de la vida chilena y un libro de un arte fresco y exquisito. Si se le puede encontrar algún defecto, es precisamente en el exceso de cualidades, como el extremo de abundancia

descriptiva de algunos capítulos y la fluidez tal vez exagerada del estilo. ¿Quién duda que el autor de tales obras no sea ya un novelista excelente y que no llegue rápidamente a ser una de las primeras figuras de la literatura hispanoamericana?

Roberto Brenes Mesén se cuenta entre los escritores más considerados de la América Central. Literato y periodista, se entrega a la noble tarea de educador público. En compañía de otros jóvenes de Costa Rica, su patria, mantiene, desde hace un tiempo, una revista, Vida y verdad, en la cual cumple desinteresadamente una obra política de integridad, en un medio donde la libertad de pensar es una palabra vana. Poeta, además, ha publicado un volumen de versos que tiene caracteres de belleza verdadera y elevada. Acaba ahora de hacer aparecer un folleto muy interesante: El canto de las Horas. Es un pequeño ensayo de estética donde se debaten los temas más elevados y curiosos: el Amor de la Creación, el Poder creador del Pensamiento, la Conciencia cósmica, la Soledad y el silencio... Como se puede suponer, las ideas no son siempre originales: a la larga, se nota la huella de ciertos maestros. Pero el acento es personal, grande, elevado, y a veces exquisito. Este libro añade una nota a la obra de Brenes Mesén: completa, en efecto, felizmente, el trabajo educador del escritor.

Memento. -- Isaac I. Barrera: Rocafuerte, Imprenta

Nacional, Quito. Estudio histórico y biográfico de este gran señor de la independencia ecuatoriana, en el curso del cual el autor muestra verdaderos dotes de historiador. -- I. Gómez (Juan Ignacio Gálvez): Domingueras, Casa Editorial de J. Gálvez, Quito. Crónicas de costumbres ecuatorianas. -- I. M. Cavián Zavala: Emocionario en versos, Imprenta de Rosada Vega, Mérida, México. Primeras poesías sentidas, pero no siempre escogidas, de este joven poeta. -- Tiberio Hormechea: Jardines lusitanos, Tipografía San Mateo Churubusco, México. -- Manuel Gutiérrez Nájera: Amor y lágrimas; Antonio Zambrana: El secreto del oro; R. Baumbach: Cuentos de verano, traducción de F. Fonseca; "Colección Ariel". A. Alsina, San José de Costa Rica. Tres folletos publicados por esta interesante biblioteca que se ha consagrado a la tarea benefactora de hacer accesible al gran público, en fragmentos escogidos, las principales obras nacionales o extranjeras.

VI*

Jorge Huneeus Gana: Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile, Imprenta Barcelona, Santiago. -- Alcides Arguedas: Pueblo enfermo, Viuda de Louis Tasso, Barcelona. -- J. Valdés Cange: Sinceridad, Chile íntimo, Imprenta Universitaria, Santiago. -- José A. Alfonso: Educación, Imprenta Universitaria, Santiago. -- Memento.

La literatura hispanoamericana, habiendo llegado al término del primer período que es todo lírico, comienza a producir un número bastante grande de obras de reflexión y de estudio verdaderamente interesantes. Hay, en cada una de estas jóvenes repúblicas, historiadores, sociólogos, divulgadores, escritores científicos de mérito. Ciertamente existían antes; pero los de hoy son dignos de mayor consideración debido al método estrictamente científico y a la amplitud de vista de sus trabajos.

Jorge Huneeus Gana es uno de los divulgadores chilenos más distinguidos. Ha cultivado con éxito los estudios de sociología, de política y de legislación y se ha entregado a la crítica literaria y también a la novela corta. Incursionó muy joven en la literatura con un volumen, Plumadas, serie de cuentos sentimentales en los cuales, a pesar de las

---

*16 de enero de 1913.

vacilaciones de todo principiante, aparecen, sin embargo, una certera imaginación y una fluidez notables. Poco después, publicó un libro que, más de acuerdo con sus aptitudes intelectuales, fue un verdadero triunfo. Son sus Estudios sobre España, consideraciones sobre la sociabilidad, la política, la administración y la literatura contemporáneas de la noble nación que nos legó su sangre y su lengua, consideraciones formuladas con una certeza de juicio y una amplitud de espíritu tanto más admirables puesto que el autor no había visitado el país sobre el cual escribía. Uno de los escritores españoles más perspicaces, el catalán Pompeyo Gener, seducido por este libro, ha dedicado a Huneeus su famosa obra, Literatura malsana, como un homenaje al autor del estudio "más completo" sobre la España contemporánea. Después, Huneeus ha escrito un cierto número de folletos sobre diversos temas políticos o jurídicos que no son de nuestra competencia.

Nos ofrece actualmente una obra crítica, presentada bajo una forma que le da una verdadera transcendencia social. Es el Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile, que sirve de introducción a la Biblioteca de escritores de esta república, creada por el gobierno con ocasión del centenario. Es un vasto resumen crítico-histórico de la literatura, de las ciencias, de las artes plásticas, de la música producidas en este país desde la lejana época de los conquistadores hasta nuestros días. Trabajo formidable debido al número creciente de obras de carácter tan diferente, las que naturalmente han

debido ver la luz en un lapso de tiempo tan considerable. Como es de suponer, Huneeus no puede consagrar a cada autor estudiado una monografía integral. Por eso prefiere a menudo hablar en general, sintéticamente, de una materia, de un período, de un grupo de autores; método excelente que, al dejarlo entrar en consideraciones de todo orden, le permite determinar la mayor o menor transcendencia de una tendencia o el espíritu de una época. He aquí lo que hace de este libro, no una mera lista vana de nombres y títulos, sino una obra viva y significativa. Sin embargo, este mismo método, a razón de su criterio liberal, ha sido la causa de que los críticos reaccionarios, enemigos políticos del autor, creyendo atacar sus ideas, han censurado furiosamente la obra con una insistencia malévola sobre ciertas faltas de detalle sin importancia. No es un trabajo completo y no puede, por lo mismo, ser perfecto. Su autor no lo considera más que "la primera tentativa de una obra de síntesis ordenada y metódica, capaz de bosquejar aproximadamente el valor de conjunto de nuestra producción intelectual." "La vida de diez hombres, dice él, no serían suficientes para hacer una obra acabada y perfecta sobre el tema enorme que yo he abordado."

En suma, este Cuadro es un trabajo de un mérito verdadero, excelente para el lector del propio país que hallará en él un medio fácil de recordar la historia del progreso mental de su patria, precioso para el lector extranjero que encontrará en sus páginas una guía segura para

estudiar a fondo la materia. Lo único que se podría reprochar a su autor es no otorgar a las letras contemporáneas la atención que consagra a aquellas de épocas anteriores: este cuidado del presente entra en el plan de la obra que va hasta la fecha reciente del centenario.

He aquí un joven escritor que considera con un atrevimiento singular los problemas más íntimos, los más delicados de su país y de su raza: el boliviano Alcides Arguedas. Su libro, Pueblo enfermo, del cual ha aparecido la segunda edición, ha tenido en América una resonancia sentimental. Hemos conocido a Arguedas en París, cuando preparaba este libro, y en nuestras largas conversaciones en el Luxemburgo, hemos podido apreciar el vigor original de su espíritu cultivado y audaz. Hambriento de verdad y armado de ciencia, él nos habla de su obra con una precisión y una claridad inusitadas en nuestro medio, donde el patriotismo estrecho de los pueblos primitivos impide ver los defectos y los males que nos acosan. En una serie de capítulos llenos de observaciones y de datos incontestables, nos presenta a un pueblo, su pueblo, Bolivia, en combate con las inclemencias de un clima de temperaturas extremas, enervado por la fatalidad de la sangre indígena predominante en sus venas; desmoralizado por un gobierno despótico y una prensa cortesana; grave, orgulloso, pedante en ciertas regiones donde domina la herencia "aymara"; imaginativo, locuaz, sentimental donde prima el atavismo "quechua"; por doquier megalómano,

intolerante, poco moral e indolente. De allí su espíritu político corrupto del que hacen presa incesantemente los tiranos o las revoluciones; de la decadencia física, acelerada por los prejuicios, el horror a la higiene y el alcoholismo; de allí su esterilidad intelectual que lo lleva a desdeñar el arte y le hace demoler los últimos vestigios de los templos incas... Sin embargo, este estado, tan grave como sea, no es desesperado: todos sus males pueden ser curados, o por lo menos refrenados. Más bien, a juicio del notable crítico uruguayo J. Enrique Rodó, la enfermedad de Bolivia es una de esas inclinaciones de la infancia que se curan con la edad. También, al terminar su obra, Arguedas tiene consoladoras palabras de optimismo. En el capítulo final bosqueja un programa de reformas donde aconseja atraer una inmigración selectiva a fin de modificar el fatalismo étnico e implantar una instrucción científica e integral, capaz de formar hombres de pensamiento y de carácter, base verdadera de toda nacionalidad.

Arguedas ha tenido razón. Su país reaccionó; dando una prueba de buen sentido increíble, ha acogido este libro severo con entusiasmo y ha recompensado a su autor al nombrarlo secretario de la Legación de su país en París, puesto que ocupa actualmente.

El chileno J. Valdés Cange no ha encontrado entre los suyos la misma simpatía. Ha realizado en su país un trabajo análogo al de Arguedas. Con ocasión de las fiestas del

centenario, cuando la mayoría de los escritores nacionales consagraban a la patria ditirambos en prosa y en verso y celebraban una prosperidad falsa, este valiente divulgador lanzó, bajo el título de Sinceridad, Chile íntimo, un volumen en el que estudia con una audaz severidad el estado de desmoralización por el que atraviesa el país. Y, a fe mía, su libro fue el más bello homenaje que se ha ofrecido a la patria en el centenario.

Chile, que en los últimos veinte años había sido la república modelo de la América latina, por la integridad política, la honestidad administrativa y el espíritu de orden y de progreso, presenta, hoy en día, en efecto, el triste cuadro de un relajamiento general y creciente. Después de haber perdido toda concepción de civismo, la política se ha convertido en un negocio donde el primero que llega busca su interés personal: los partidos no tienen otro ideal que alcanzar el poder aun pagando el precio de las concesiones más humillantes. Al estar la administración desmoralizada, los servicios gubernamentales y hasta la justicia se corrompen día a día; no es raro el caso de intendentes rapaces y de jueces prevaricadores y son comunes los empleados de toda categoría que no cumplen en absoluto con su deber. Bajo el régimen funesto del billete incambiable, la moneda se ve más y más depreciada, lo que favorece a algunos capitalistas, pero hunde en la miseria a la gran masa de los desposeídos. Supervisada como cualquier otra institución pública, la enseñanza no da

por lo tanto los frutos que se podrían esperar: instruye, pero no educa; ya que los profesores, aun cuando sean regularmente competentes desde el punto de vista de la instrucción, no se demuestran jamás como verdaderos educadores. Las causas de esta decadencia son exclusivamente políticas. Antes de la revolución de 1891, Chile estaba gobernado por una élite liberal y progresista, cuyos miembros se transmitían el poder que ninguno tenía por voluntad popular, pero que conducían el país por la vía del orden y del desarrollo. Aquella revolución se hizo para romper con esta oligarquía y hacer efectivo el sufragio popular. La libertad electoral hizo que los antiguos revolucionarios, propietarios de la tierra y, por esa razón, amos de sus servidores inconscientes, se apoderaran del gobierno. Y la reforma municipal, que puso las elecciones en manos de los municipios, fue la causa de que personajes sin escrúpulos, elegidos por conveniencia de los partidos, avasallaran las instituciones. Desde entonces, el Congreso y el poder ejecutivo descuidan los verdaderos intereses del país, y no hacen más que favorecer, por toda suerte de medios, a los grandes propietarios, es decir a sus miembros mismos. Y las municipalidades, al desinteresarse de los servicios locales, no se ocupan sino de asegurarse las elecciones con los fraudes más desvergonzados. Es así como hemos visto al Congreso, aun cuando pudiera operar la conversión metálica de la moneda, obstinarse en conservar el billete que facilita los negocios de los grandes agricultores, los cuales venden en el

extranjero sus productos en oro y pagan a sus obreros en papel depreciado. Y hemos visto a la Municipalidad de Santiago que, en vez de mejorar la situación de la metrópolis, se pasa el tiempo falsificando las actas electorales y repartiéndose los dineros públicos, lo que le ha valido ser procesada, y a algunos de sus miembros ser encarcelados.

Valdés Cange habla de todo esto con gran abundancia de datos estadísticos y de hechos que pueden probarse. Solamente a la revolución del 91 le atribuye, como buen partidario del gobierno actual, otras causas diferentes de las que nosotros hemos notado. Después de haber lanzado el anatema sobre una situación tan crítica, propone una serie de reformas de toda clase: constitucionales, administrativas, económicas y pedagógicas que, al restablecer el orden, devolverán al país la antigua moral y el vigor perdidos. Desgraciadamente, este libro está redactado bajo la forma absurda y pueril de cartas dirigidas al presidente de la república. Valdés Cange cree que la regeneración debe venir desde lo alto. ¡Gran error! Si de algún lado debe llegar la salvación, será de la juventud, de la juventud estudiosa y fuerte, de la que es parte el mismo Valdés Cange. Como se podía esperar, el escritor no ha sido escuchado por el gobierno. Aún más, poco ha faltado para que perdiera el puesto que ocupa en un liceo de provincia, ya que bajo el seudónimo de Valdés Cange se esconde el nombre de un profesor de estado. Por su lado, la prensa, que es en gran parte reaccionaria, ha envuelto el libro en un silencio

hostil, y un personaje, que se dice liberal, ha pretendido refutar sus aseveraciones en un panfleto cuyo título no merece ser señalado.

Mientras los escritores de la repúblicas del Sur se preocupan de los problemas interiores, los del Norte discuten, sobre todo, los asuntos internacionales. El cubano J. Carrera Justiz, profesor de la Universidad de la Habana, acaba de publicar un volumen, Orientación necesaria, Cuba y Panamá, sobre la interesante materia del canal interoceánico que están en vías de construir los Estados Unidos; analiza los antecedentes, los trabajos y las consecuencias probables de esta empresa, con una gran profusión de datos jurídicos e históricos. En el curso de su estudio, el autor habla de la actitud de los Estados Unidos con un tono de deferencia, si no de alabanza; lo que podrá sorprender al lector extranjero, pero no a nosotros, ya que sabemos que hay en América, con relación a este tema, dos corrientes de opinión: los unos, que censuran y rechazan esta actitud y la consideran simplemente como una invasión; los otros, que la aprueban o la aceptan, creyéndola civilizadora y, en todo caso, inevitable. Es así como Carrera Justiz trata la separación de Panamá, deseando visiblemente justificar un hecho injustificable; analiza los trabajos del canal y colma de elogios una obra cuyo sistema de esclusas no es nada más que una medida de economía, e imagina los resultados de la empresa y aplaude al pueblo que, al realizarla, no hace sino servir a sus propios intereses. ¡Cosa

extraña! Carrera Justiz actúa así por patriotismo. El se figura, en verdad muy justamente, que la apertura del canal inaugurará para su patria una era espléndida de prosperidad y de grandeza. Pero no considera bastante que se deberá única y exclusivamente a la situación privilegiada de Cuba entre dos océanos y tres continentes. Si alcanza el escritor a mostrar la severidad deseada, es cuando reivindica para su país la invención del sistema empleado en la obra de saneamiento de Panamá. Fue, en efecto, el médico cubano Carlos Finlay quien inventó este feliz sistema: los Estados Unidos no han hecho otra cosa que ponerlo en práctica con esa prontitud y esa inteligencia que el anglosajón manifiesta en la explotación del talento extranjero.

Entre los problemas locales que absorben la atención de las repúblicas del Sur, la pedagogía es el que despierta mayor interés. El chileno José A. Alfonso, conocido divulgador, autor de diversos estudios de política o de legislación, acaba de ofrecernos un volumen sobre Educación, donde trata los aspectos más variados de esta interesante materia: la educación del niño, la educación de la mujer, la educación y las carreras profesionales, la educación y la fraternidad, etc. Es un estudio metódico y agradable, y por otro lado, rápido y comprometido desde un punto de vista nacional; el autor da pruebas de conocimientos precisos y de ideas avanzadas. Solamente al tratar algún tema que no sea de su competencia, cae con frecuencia en errores de consideración.

Así, al hablar de la educación literaria, propone como ejemplos y modelos los poemas de Núñez de Arce, poeta español, que ya no lee ningún letrado, y los versos de Andrés Bello, gramático hispanoamericano, que nunca fue poeta. En suma este libro es, para la cultura de su país, una contribución de verdadera importancia.

Memento. -- La literatura hispanoamericana acaba de sufrir dos pérdidas sensibles por la muerte de dos escritores distinguidos que desaparecieron en la flor de la edad: el chileno Marcial Cabrera Guerra y el cubano Jesús Castellanos.

Cabrera Guerra era un espíritu grande y fino, periodista combativo, escritor y poeta delicado. Fue, además, algo así como un mentor intelectual de la juventud literaria de su país, a la que él supo agrupar en una especie de "Arcadia," en su simpática revista Pluma y lápiz, la cual reveló o hizo conocer a la mayor parte de nuestros jóvenes escritores. Puede ser a causa de esta actitud generosa que este escritor descuidara su obra personal: habiendo producido enormemente no ha dejado libros. Se trata ahora de publicar sus poesías en un volumen. La nueva revista Pluma y lápiz, así llamada en memoria de la famosa publicación de Cabrera Guerra y que acaba de fundar Fernando Santiván, consagra al infortunado escritor, en su primer número, un bello artículo del joven crítico Armando Donoso y una serie de opiniones sobre su personalidad, opiniones vertidas por algunos de nuestros intelectuales.

Jesús Castellanos era, dentro de la actual generación, uno de los escritores más sólidos de su país, crítico literario, novelista vigoroso y fino. El Fígaro de la Habana, en el cual era colaborador asiduo, le consagra en su número de junio, un artículo lleno de belleza y de sentimiento, obra del inteligente escritor dominicano Max Henríquez Ureña, amigo y admirador de Castellanos. "Todos los que se interesan por el movimiento literario de Cuba, escribe él, conocen la personalidad fuerte y cautivante de Jesús Castellanos. Sus comienzos, ya hará tres lustros, fueron modestos. Imberbe y jovial, no tenía aún veinte años cuando ingresó al periodismo con las funciones de reportero de La Discusión. Dotado de una fina y sutil ironía, de un gran amor al saber, de un talento positivo y claro, su ascensión no se hizo esperar... A su primer libro, Cabezas de estadistas, obra de sátira política correspondiente a su época de iniciación, sucede, algunos años más tarde, De tierra adentro, libro de cuentos del campo cubano. Finalmente La conjura, novela coronada en los Juegos Florales de 1908, consagra su vigorosa capacidad de novelista apto para llevar a cabo felizmente la verdadera novela nacional, hecha del alma y de los paisajes de la vida cubana... Muy potente es, además, su trabajo de crítico bajo la forma de artículos o conferencias como aquella tan admirable que dedicó al libro de J. E. Rodó, Motivos de Proteo, y su reciente disertación sobre el poeta imperialista Rudyard Kipling..."

VII*

Rubén Darío: Todo al vuelo, Madrid, Sociedad Editorial Renacimiento. -- Carlos Baires: Teoría del amor, Buenos Aires, Casa Editorial Juan A. Alsina. -- A. Bórquez Solar: Dilectos decires, París, Paul Ollendorff. -- Eduardo Acevedo Díaz (hijo): La compraventa del trabajo, Buenos Aires, Librería Martín García. -- Armando Donoso: Menéndez y Pelayo y su obra, Santiago, Imprenta Universitaria. -- Memento.

Cuando la producción literaria de los pueblos llega a cierto grado de desarrollo y de excelencia, la crítica aparece espontáneamente; si la primera es la flor del esfuerzo intelectual, esta última es el efluvio de aquella flor. La literatura hispanoamericana, que ha llegado a cierto grado de florecimiento, cuenta, hoy en día, con un buen número de escritores que cultivan la crítica y sus diversas manifestaciones: literatura, artes, ciencias. Muchos de ellos son, al mismo tiempo, novelistas y poetas conocidos, pero hay otros también que no son sino críticos.

Rubén Darío, el poeta reputado, que es igualmente un prosista distinguido, ha sido, quizás, el primero de entre los nuestros que ha cultivado la crítica a la moderna, es decir la crítica comprensiva y artística, con más sentimiento que

---

*1º de septiembre de 1913.

razón, que se adscribe menos a poner en relieve los defectos que a exponer las bellezas, y que estimula así, en vez de detener, la producción intelectual.

El segundo de sus libros famosos, Los raros, es una obra de este género. Se ocupa de los escritores modernos extranjeros, sobre todo de los franceses, los más grandes, los más personales, o los más extraños, como Leconte de Lisle, Verlaine, Ibsen, Poe, Moréas, Rachilde, con una penetración y un gusto tanto más extraordinarios, ya que muchos de estos escritores no eran entonces sino apenas conocidos entre ellos. Y en su entusiasmo por los artistas selectos y raros, se ocupa aun de otros escritores que hasta ese entonces no habían llegado a salir de la intimidad de su círculo o de la barrera del cénaculo, como Edouard Dubus, Théodore Hannon y el seudo-vizconde de Lautréamont. Son siluetas finas y sabias, en un estilo cincelado, pulido, perfumado, donde nos hace ver a las personalidades como creaciones de un cuento azul y nos habla líricamente de las obras como un canto sutil y lejano. De este modo, quizás, no da a conocer de una vez a los autores que estudia: despierta la curiosidad por conocerlos. Ha podido decir con justa razón "que él es el menos pedagogo de los hombres." No es un crítico de la poesía, sino un poeta de la crítica. Sus juicio, a veces, no son exactos, pero siempre tienen finura y encanto. En libros posteriores, Darío ha continuado su trabajo de crítico de letras y también de arte, de una manera más amplia, ocupándose de personalidades más

accesibles y moviéndose en una esfera menos limitada de selección refinada. En Peregrinaciones y en Opiniones, ha estudiado diversos artistas distinguidos o ya consagrados como Zola, Gourmont, Wilde, Henry de Groux. En Tierras solares y Letras, se ocupa de numerosos escritores en lengua castellana de la nueva generación: Juan R. Jiménez, L. Bonafoux, Blanco-Fombona, M. S. Pichardo, etc. No obstante, estos estudios no alcanzan la excelencia de aquellos que forman Los raros; son, en general, siluetas bien hechas, pero breves; bellas, pero ligeras.

En su último volumen, Todo al vuelo, Darío nos da nuevamente algunas bellas páginas críticas, en las que nos habla de cierto número de jóvenes escritores de nuestra lengua: R. del Valle Inclán, el delicioso escritor español de gran imaginación; de Amado Nervo, el delicado poeta mexicano; del costarricense Aquileo Echeverría, del colombiano C. Mallarino, y de cierto poeta chileno.[1] Son igualmente retratos ligeros o fragmentarios, pero no por eso, sin importancia: la palabra de Darío tiene, para nuestros jóvenes escritores, la significación de la consagración.

El argentino Carlos Baires nos presenta, en su Teoría del amor, un libro de psicología que es al mismo tiempo una obra de crítica científica. Baires es autor de algunos ensayos y artículos publicados en diarios y revistas. Adquirió, por eso,

---

[1]Se trata del propio Contreras, a quien Darío había dedicado un estudio en este libro.

un justo renombre, y llegó a ocupar durante varios años el puesto de Presidente del Círculo de la Prensa de Buenos Aires. Su libro es un trabajo extenso y sólido, bien estudiado y bien pensado: una contribución considerable a las investigaciones de la psicología sexual.

La mayor parte de los psicólogos han tratado esta interesante materia considerando el amor como un sentimiento único, aunque complejo; algunos lo reducen al instinto de procreación, otros lo engrandecen hasta el "platonismo"; casi todos lo desembarazan de lo que consideran como indigno de su fin elevado, la lujuria y también el sensualismo. Baires ve en el amor muchos fenómenos variados; distingue diversos sentimientos perfectamente diferenciados: el amor conyugal, ya sea el sentimiento creado por el instinto de procreación o el deseo de la paternidad; el sensualismo, es decir, el sentimiento provocado por el amor físico, el placer y también la lujuria; el afecto, es decir, el sentimiento derivado de la sensibilidad afectivo-moral; la simpatía; la ternura; el amor propiamente tal, sea el sentimiento creado por la seducción estético-sexual, la obsesión, la pasión... Los hombres que, en general, poseen una rica afectividad sexual, nutren comúnmente, al mismo tiempo, varios de estos sentimientos como el amor conyugal y el sensualismo, o también el amor propiamente tal. En cambio, las mujeres, que por lo ordinario, son frías y a menudo insensibles, no experimentan generalmente más que uno de estos sentimientos: casi siempre el amor

conyugal o el afecto, raramente la sensualidad y casi nunca el amor-pasión. De ahí viene que el hombre sea frecuentemente polígamo, es decir que busque en varias mujeres lo que una sola mujer no puede darle en conjunto. De ahí también, que la mujer se contente en general con un hombre, ya que él puede satisfacer abundantemente la afectividad de la que ella es capaz.

Así esta nueva Teoría realza el amor, ya que sentimentaliza o bien eleva a la categoría de sentimiento sus estados más diversos; pero destruye los bellos preconceptos de la armonía conyugal y de la felicidad de la pareja enamorada. Valiosa para el erudito que busca únicamente la explicación de los fenómenos, es desesperante para el poeta que ha encarnado en la mujer el ideal sentimental más tierno y más dulce. Si se pudiera, en una obra de esta importancia, censurar algo, sería la forma demasiado técnica que limita el número de lectores a un círculo de especialistas, y también el castellano demasiado "argentinizado" en el que escribe, lo que es tanto más lamentable ya que el autor es un verdadero escritor.

Antonio Bórquez Solar publica en su último libro, Dilectos decires, una obra de crítica literaria y social. Pero Bórquez es, ante todo, un poeta. Hace muchos años, cuando nuestras letras oponían resistencia a su condición de literatura colonial de España, en un bello esfuerzo de libertad, de renovación, de personalidad, Bórquez fue, en su país, uno de los más bravos paladines de las nuevas ideas. De

allí su inquietud y su sed de lo nuevo que lo han hecho adolecer de todas las influencias; de allí también su deseo de ser personal, que lo ha hecho buscarse a sí mismo con constancia y éxito. De este modo en su primer libro, Campo lírico, muestra, a menudo, una bizarría y un refinamiento tomados de sus maestros y también de sus colegas. Pero en el volumen siguiente, La floresta de los leones, y en sus últimos poemas, encontramos el vigor y el vibrar de un alma atormentada, reflejos de su tierra erizada de colinas y montañas.

En Dilectos decires, nos ofrece, al lado de pequeños ensayos más o menos interesantes, pero que no llegan a esconder completamente su origen periodístico, dos largos ensayos de crítica literaria: "La epopeya de Chile," "Del dolor del Quijote." El primero, más que un trabajo crítico, es un elogio vibrante y entusiasta de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el poeta paladín de la conquista de Arauco, y de su obra famosa, La araucana, epopeya donde no se canta "amor ni gentileza," sino heroísmo y batallas, en endecasílabos "rudos y sobrios," y en estrofas "apretadas y masivas." En su entusiasmo, el autor le disculpa al poeta los reproches que la crítica acostumbra hacerle; explica su mutismo delante de la belleza de la naturaleza virgen, por la impresión grandiosa, absorbente del espectáculo guerrero, y por el hecho de escribir en la inestabilidad del campamento; las digresiones de episodios cambiados, las atribuye a la legítima aspiración

de recordar "las glorias de la patria lejana y el caballeresco carácter español." Para él, La araucana, es una de esas obras que, aun "sin ajustarse a las reglas clásicas, encarnan el espíritu de una raza y son como el estuche de todas sus excelencias guerreras y pacíficas"; definitivamente, "un real y verdadero poema épico, fruto espontáneo y natural de una época nueva, de una raza nueva y de una manera nueva." Del mismo modo, no puede él hacer menos que felicitar al país cuya aparición en la historia "se marca por este monumento y por esta pirámide de granito" del genio humano. El segundo ensayo es, igualmente, un elogio, un elogio del inmortal caballero del famoso libro de Cervantes. Desafortunadamente, el escritor no hace sino repetir la concepción de la crítica alemana que cree ver el más doloroso drama humano en la obra cuyo autor asegura no ser más que una sátira de la literatura caballeresca. Don Quijote es uno de aquellos libros universales, gloriosos, indiscutibles. No es posible, por lo tanto, ocuparse de él sino de una manera nueva, personal. También comprendemos que Darío cante al Triste Caballero un rosario de Letanías amargas y un poquitín irónicas, pero no comprendemos que Bórquez Solar repita, en alabanza de éste, un elogio del cual ya ha sido objeto, y en un estilo de un arcaísmo afectado, a la manera abominable de todos los cervantófilos españoles de tiempos pasados. Estimamos profundamente a Bórquez: hemos sido su amigo y compañero desde el principio de su carrera literaria. Nos permitimos, por

tanto, darle el consejo de dejar las vanas actitudes y de continuar siendo únicamente lo que él es: un poeta sólido y delicado.

El argentino Eduardo Acevedo Díaz, hijo del conocido escritor uruguayo del mismo nombre, acaba de publicar una obra, por así decirlo, de crítica social: La compraventa del trabajo. Diserta y trata sobre el trabajo desde el punto de vista psicológico, sociológico y jurídico, de una manera inteligente, concienzuda, con un criterio sagaz y sereno.

En su volumen precedente, Los nuestros, Acevedo había mostrado verdaderas cualidades de crítico literario. Es una colección de estudios críticos sobre algunos escritores o sociólogos argentinos: José M. Ramos Mejía, Rodolfo Rivarola, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Enrique Banchs; estudios escritos con ocasión de la aparición de alguna de sus obras. Estos son metódicos, reflexivos, más científicos que literarios, concebidos dentro de un espíritu psicológico o sociológico. El autor es un convencido de "la utilidad que confiere la aplicación de métodos científicos al arte literario." "Toda producción intelectual, dice él en el prefacio, tiene por objeto el hombre y los actos del hombre. Para conocer el espíritu de éste, se necesita recurrir a la psicología, y no hay más que las ciencias sociales para podernos procurar el medio para estudiar sus actos, es decir su obra." No obstante, a pesar de la severidad de este método, el crítico comete a veces errores y omisiones lamentables.

Cuando, por ejemplo, habla de la evolución del ideal literario, afirma "que al mismo tiempo que caía la cabeza de André Chénier, la leyenda griega se desvanecía para siempre"; y olvida por lo mismo el brillante movimiento llevado a cabo por el Parnaso contemporáneo francés. Podemos censurar también en este escritor un vicio común a la gente de su país: el empleo de un lenguaje bárbaro, intolerable en la obra de un artista de la palabra.

Acevedo Díaz es, por consiguiente, un crítico más científico que literario. El chileno Armando Donoso es, en cambio, un crítico única y exclusivamente literario. Muy joven aún, une, al entusiasmo de su edad, un gran amor por el estudio que le hace interesarse por las manifestaciones más diversas del arte y de la ciencia. También ha realizado, en muy poco tiempo, en periódicos o revistas, un trabajo considerable de crítica literaria nacional y extranjera. Ha sacado un volumen sobre nuestra joven literatura, volumen actualmente en prensa en España; ha dado a conocer a nuestros escritores jóvenes. Ha hecho también un estudio sobre el gran polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, que ha leído, con ocasión de la muerte de éste, en el Ateneo de Santiago. De seguro, sus trabajos no son definitivos, sus juicios no sin apelación; el arrebato tumultuoso le hace, a veces, descuidar el estilo, y su vehemencia juvenil le empuja igualmente a formular juicios demasiado apasionados para ser exactos.

Su conferencia sobre Menéndez y Pelayo y su obra, que

acaba de aparecer en volumen, es un trabajo estimable que revela en el joven crítico un fervor y un brío poco comunes. Para él, el famoso polígrafo es un hombre cuyo "talento estuvo siempre abierto a todos los vientos del espíritu," y un crítico cuya curiosidad "no tenía límites": "su existencia fecunda es el símbolo de la inteligencia en marcha, de un nuevo Proteo, que busca a través de los siglos el milagro del saber y de la belleza." Sin embargo, para un crítico menos entusiasta, Menéndez y Pelayo tiene probablemente un porte más limitado. Fue en realidad un humanista a la antigua, docto y dogmático, y por eso, un hombre de prejuicios más que de juicios. Su principal mérito es haber sido un investigador inteligente y haber podido llamar la atención sobre ángulos y trabajos casi perdidos, de la cultura española. Donoso percibe también algo de eso. Cuando trata "La ciencia española" modera su entusiasmo hasta separarse de la opinión del famoso crítico, y cuando habla de "Los romances viejos," nota que este es un trabajo profundamente característico en la obra del gran polígrafo. En suma, Menéndez y Pelayo y su obra, es un trabajo serio, concienzudo, que presagia a su autor el más bello porvenir literario. Nos complace decirlo.

Memento. -- Revistas. La Revista de Historia y Geografía, que publica trimestralmente en Santiago la sociedad literaria de este nombre en Chile, en tomos de 300 a 500 páginas, es, sin duda alguna, la primera publicación de América en su

género. Su director es el muy conocido bibliógrafo y folklorista Ramón Laval, y sus redactores y colaboradores, los escritores más distinguidos del país en estas materias. En sus últimos volúmenes, publica numerosos trabajos, tan importantes como interesantes: en el que corresponde al primer trimestre de 1912, hay un erudito artículo del notable historiador Fray Crescente Errázuriz sobre "La vida en Chile a los doce o catorce años de la fundación de Santiago"; en el número correspondiente al segundo trimestre del mismo año, un curioso trabajo de Walter Knoche sobre las "Pinturas primitivas, el folklore y el tatuaje en la Isla de Pascua"; en el del tercer trimestre, un buen estudio de "Geografía sísmica de Chile," por de Ballore; y en el del último trimestre del año, un curioso cuadro de la "Vida y costumbres de los indios araucanos," del profesor L. Matus Zapata.

La bella revista Nosotros, de Buenos Aires, publicada por una sociedad de escritores, es el verdadero órgano de los nuevos intelectuales argentinos: allí escriben o colaboran los jóvenes prosistas y poetas nacionales más conocidos. En los números del presente año, encontramos una provisión de lecturas interesantes y variadas, en el del mes de enero, un buen estudio sobre J. Enrique Rodó por el inteligente crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, y una revista, o más bien un folleto de la literatura, el teatro, la música y la política argentinas durante el año transcurrido, en cuatro artículos firmados respectivamente por Lafinur, Lugones, Calón y Giusti;

en el de marzo, un notable trabajo sobre Juan Montalvo, del eminente ensayista uruguayo J. Enrique Rodó, una bella "Balada" de Rubén Darío, en honor del poeta Díaz Romero, y un buen estudio sobre la "Filosofía de Heráclito," de Jorge Cabral.

La revista literaria que, con el título de Mundial, aparece en París, dirigida por Rubén Darío, es evidentemente una de las más bellas publicaciones en lengua castellana que ven la luz en Europa. En sus últimos números, mantiene el prestigio artístico que ha sabido conquistar desde su aparición. En el de enero, ofrece un precioso "Cuento de Reyes," del poeta mexicano Amado Nervo, y una deliciosa visión de Constantinopla, de Gómez Carrillo; en el de febrero, un curioso poema inédito del raro e infortunado poeta uruguayo J. Herrera y Reissig; en el de marzo, una sabrosa impresión de Semana Santa, "Mi domingo de ramos," de Darío.

Bajo el título Cuba Contemporánea, ha comenzado a aparecer en la Habana una interesante revista literaria y científica, dirigida por el distinguido divulgador Carlos de Velasco, y con el concurso de inteligentes redactores y colaboradores. Entre los números aparecidos, señalamos: en enero, un sólido ensayo crítico sobre Rudyard Kipling, de Jesús Castellanos; en febrero, un buen trabajo sobre "El problema negro" cubano, de Carlos de Velasco, y en el de marzo, un estudio concienzudo sobre las "Especialidades en las ciencias" del doctor J. F. Fernández.

VIII*

Juan Ramón Molina: Tierras, mares y cielos, Tipografía Nacional, Tegucigalpa. -- Carlos Pezoa Véliz: Alma chilena, Imprenta Moderna, Valparaíso. -- Jorge González Bastías: Misas de primavera, Imprenta Bellavista, Santiago. -- Edmundo Montagne: Versos de una juventud, Imprenta "El Alba", Buenos Aires. -- Enrique Banchs: La urna, Otero y Cía, Impresores, Buenos Aires. -- Pedro Prado: El llamado del mundo, Imprenta Universitaria, Santiago. -- Arturo Capdevila: Melpómene, Imprenta Argentina, Córdoba. -- Rafael Alberto Arrieta: El espejo de la fuente, Edición de la Revista Nosotros, Buenos Aires.

Desde la lejana época de la conquista, la América hispana ha sido extremadamente fecunda en poetas, tal vez a causa de la tierra virgen de grandiosa belleza y de la raza mediterránea tan profundamente artista de sus pueblos. Sin embargo, durante los siglos de dominación española, la poesía no tuvo un carácter propio que la diferenciara de aquélla de la metrópoli, y entre sus cultivadores, no se manifestó ningún temperamento de primer orden.

Ya desde la época de la República, desde mediados del siglo pasado, el Romanticismo europeo inoculó la savia rica de

---

*1º de abril de 1914.

una vida nueva y robusta; numerosos poetas, cantores elocuentes de la Libertad o de sus corazones exaltados, hicieron su aparición en todas las jóvenes repúblicas. Pero este impulso, circunscrito principalmente a las ideas y a los sentimientos, no tuvo la fuerza necesaria para emanciparlos de su condición, por así decirlo, colonial, y de hacerlos encontrar su verdadera idiosincrasia. No obstante, con la cultura creciente y el conocimiento de las letras extranjeras, día a día se preparaba el ambiente.

Fue de este modo cómo a fines de siglo tuvo nacimiento un movimiento fecundo de reacción contra la literatura caduca, impersonal, de segunda mano, en pos de un arte puro, renovado y libre, en pos del arte auténtico, en una palabra, que debia dotarnos, por fin, de una poesía propia e idiosincrática. Estaba inspirado por las nuevas corrientes literarias francesas que comenzaban a triunfar en toda Europa. Primeramente apareció un grupo de poetas-artistas que, siguiendo el ejemplo de los Parnasianos, se entregaron al culto acabado de la forma, renovando las imágenes, enriqueciendo las rimas, aumentando el vocabulario, dando, por fin, al verso un lustre nuevo y seductor. Luego, sin la larga transición que hubo en Francia, vinieron otros poetas, encabezados por Rubén Darío, los que inspirándose en el Simbolismo, se hicieron intérpretes de una poesía nueva, exquisita, inefable, liberando al verso de la tiranía de los acentos fijos, hasta darle una suavidad, una "musicalidad"

desconocidas en lengua castellana. Por sus tendencias hacia el ideal común de renovación, estos dos grupos se entremezclaron, se confundieron, y dieron nacimiento a una poética compleja donde la perfección vino a conciliarse con la libertad y la suntuosidad con la vaguedad. Es lo que se ha llamado Modernismo. Este movimiento ha producido toda una revolución en la poética en lengua castellana, ya que se ha impuesto también en España, pero ha sido menos radical que el que tuvo lugar en Francia, quizás porque nuestra poética era más libre que la francesa. El verso sin rima, la asonancia y también una especie de verso libre, la silva, eran conocidos entre nosotros y muy usados desde el Siglo de Oro. De este modo, hemos liberado el verso clásico por la supresión de los acentos fijos y el desplazamiento de la cesura; hemos restaurado ciertos versos arcaicos y ensayado combinaciones métricas nuevas; hemos adoptado el verso libre dándole diversas formas; pero no hemos rechazado la rima consonante ni hemos aprobado esta especie de repugnancia al verso que encontramos en ciertos poetas franceses nuevos. Por tanto el Modernismo, desarrollado en un ambiente mental viciado, "fin de siglo," adoptó también la sentimentalidad malsana y el estilo generalmente artificial de los maestros europeos del momento; tuvo una actitud de refinamiento, de exotismo, de morbosidad poco en armonía con la virginidad de nuestra tierra y con la juventud y el arrebato de nuestro corazón: llevaba por consiguiente en sí el principio de descomposición de todas

las cosas ilógicas. También, cuando la atmósfera intelectual se purificó, al alba del nuevo siglo, comenzó un nuevo movimiento con tal impetuosidad que conquistó de inmediato a la juventud, y que luego influyó, más o menos, sobre casi todos los paladines del Modernismo. Conservando las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento anterior, reaccionó contra sus ideales evidentemente falsos o impropios, y regresando a la sinceridad y a la vida, se puso a celebrar la tierra virgen y bella, y a exaltar el alma autóctona fuerte y pura, en una forma tan libre como espontánea. Ese fue el origen de una poesía nueva, característica, verdaderamente hispanoamericana, fina sin refinamientos, emancipada sin extravagancia, autóctona sin nacionalismo, tal cual los paraísos suntuosos, los cielos espléndidos, las montañas monstruosas del Mundo Nuevo y Magnífico.

Entre los poetas modernistas, o aquellos que se iniciaron dentro de este movimiento, el hondureño Juan Ramón Molina merece un lugar entre los más sólidos. Su vida fue infeliz y corta, y habiendo publicado poco, su nombre era casi desconocido; la selección póstuma de su obra en verso y en prosa, bajo el vasto título de Tierras, mares y cielos, lo ha impuesto triunfalmente. Es un poeta vigoroso y muy artista, cantor de su alma tumultuosa y de su país de belleza tropical. Ama "todo lo que es soberbio, grandioso o viril," pero sabe también amar lo que es delicado, fino, exquisito. Así canta con tono grandilocuente al águila "del corazón atrevido" y de

garras "hechas con el hierro de las armaduras y las lanzas"; el gran río de olas "verde-obscuro," los "islotes cubiertos de espinos," o todo el continente americano, "dragón en cuyo dorso se erizan cien volcanes." Pero canta también, en un tono menor, a la amada muerta cuyos párpados son "hostias de una harina inmaculada," al hijo de Dios en la fiesta rosa de Navidad, a los bueyes melancólicos, o bien acuña sonetos sonoros y finos como medallas de plata. Es una pena que el gusto modernista donde se formó el poeta le haya confinado dentro de una forma algo amanerada y de un estilo erudito, recargado de reminiscencias de la Mitología y la Leyenda. Es por esto que sus versos, que hace diez años hubieran parecido encantadores, no pueden seguir cautivándonos ahora que nos complacemos en tomar la poesía directamente de la naturaleza o de la vida, como se coge una flor o se recoge una piedrecilla azul. También preferimos, antes que sus poemas solemnes, sus versos íntimos más verdaderos y más espontáneos.

El chileno Carlos Pezoa Véliz es uno de los más representativos de nuestros nuevos poetas. Muerto en plena juventud, luego de una vida desgraciada, dejó un puñado de versos admirables; se nos presenta, pues, de una manera doblemente interesante, ya por la aureola espléndida de su poesía, ya por la sombra misteriosa de una leyenda amarga. Nacido del pueblo, de origen dudoso, llevaba en su sangre el sentimiento de la amargura y de la adversidad de los desheredados; en tanto que dotado de un temperamento sensible

y muy delicado, tenía en su alma el gusto por lo bello y lo raro de los artistas refinados. Al comienzo de su carrera literaria, deslumbrado por nuestros maestros modernistas, se hizo artesano de una poesía cincelada y sensual, toda esplendor, toda voluptuosidad. Así, de una manera no demasiado personal, canta a la pecadora amada de los poetas bohemios, a la que arregla con bellas acuarelas modernas o dibuja con suntuosas viñetas arcaicas. Pero luego, herido por la vida y perseguido por sus recuerdos, se entrega a un arte autóctono, rudo y doloroso, lleno de la amargura del alma proletaria. Celebra también, con sinceridad y profundidad, la madre tierra "siempre fecunda," canta la áspera labor de las minas o interpreta la melodía lamentosa de los hombres del arrabal. Naturalmente estas dos maneras aparecen a menudo mezcladas o entrelazadas: en sus versos más "preciosos," encontramos a veces sombríos toques de tristeza o rebelión, y en sus poemas más intensos encontramos continuamente la preocupación por la rima audaz o por la estrofa de lance original. No obstante, el poeta tiene también otro estilo que es como el resultado de sus cualidades combinadas: una poesía fina y fresca, autóctona sin ser regional, fiel intérprete de la vida ambiente, sin comentario amargo ni pretensión nacionalista. La crítica chilena ha celebrado en Pezoa sobre todo al poeta nacional; algunos jóvenes tal vez aman en él al aedo simbolista. En cuanto a nosotros, optamos por el cantor simplemente vital que crea sus piezas con un frescor delicioso, en las que desfilan

el campo, los animales enamorados o las jovencitas "de ojos verde uva," como amortiguados por el polvo cristalino de un día primaveral. Un grupo de admiradores ha editado las obras escogidas de este poeta bajo el título de uno de sus poemas: Alma chilena.

Otro chileno, Jorge González Bastías, es un bello poeta también, poeta bucólico y sentimental, enamorado de la naturaleza apacible y de los sentimientos tímidos y ardientes. Como el dulce cantor de "Claridad en el cielo," él vive en el campo y, en los intervalos de las labores agrícolas, canta a la sombra de los sauces azules el largor del viejo camino que va a lo desconocido. Canta la melancolía de los amores infelices, la nostalgia de la infancia lejana, la paz bajo el techo familiar, el encanto del bosque adormecido, la sugestión del camino polvoriento. Técnicamente es un puro verleneano: se apega a una poesía sentida y vaga, que no se explica, pero que se percibe como una melodía nostálgica y lejana. Su evangelio, el divino consejo del Maestro Enorme y Delicado "De la Musique..." En sus primeros poemas, tradujo sus sentimientos en versos simplemente emotivos, que enmarcan visiones precisas, pero que respiran un perfume profundo de melancolía. Es de esta manera que ha compuesto su "Balada de otoño," su elogio a la guitarra, su canto al pueblo natal. Pero en sus creaciones posteriores, deslía sus devaneos en forma vaga y sugestiva, en versos alados y estribillos cantantes, con una tendencia a atenuar el sentimiento como en una bruma musical.

De este modo son su "Egloga del camino," sus "Simples elegías," sus pequeños sonetos sentimentales. González se reveló hace algunos años en pleno período modernista, pero no ha sido sino hasta la publicación reciente de su obra en una colección, Misas de primavera, que ha dado ocasión a la crítica de su país de saludar en él a un poeta auténtico y encantador.

El uruguayo Edmundo Montagne es un poeta inquieto, nervioso, excesivo, lleno de esa impetuosidad verbal y de esa curiosidad por lo bello de todo verdadero artista de la palabra. Siempre ha estado también a la vanguardia de nuestros diversos movimientos literarios. En la época de la lucha modernista, fue en Buenos Aires, su lugar de residencia, uno de los paladines más entusiastas y más adelantados de la poesía nueva; hoy, curado del "veneno de la literatura," es simplemente un cantor apasionado de su alma pura y ferviente. Su primer libro, Frases rítmicas, es un breviario de arte revolucionario y quintaesencial, formado, en gran parte, de versos libres, raros y vigorosos; sus últimos poemas, por el contrario, son cantos del corazón compuestos en una forma tan sincera como espontánea. Aparte de eso, su gusto por una indudable poesía social, vibrante y viva, que ha tenido algunos adeptos en América, gusto que se ha manifestado en su primer libro, llevaba en germen las cualidades de su manera actual. Su reciente libro, Versos de una juventud, nos da una síntesis de su obra lírica donde abundan los trazos vigorosos

o delicados; nos proporciona, por otro lado, el placer de seguir el desarrollo de esta bella alma de soñador.

Entre los poetas que se han dado a conocer recientemente, dentro del movimiento actual de nuestra poesía, el argentino Enrique Banchs merece uno de los primeros lugares. Publicó, hace algún tiempo, un libro de una belleza insólita, donde deja de lado todos los exotismos más o menos a la moda, para retomar la inspiración simple e intensa de la poesía castellana de la Edad Media: tal es El cascabel del halcón. Al ejemplo de los poetas anónimos del Romancero, de Berceo, del "dulce Arcipreste," canta las cosas heroicas o familiares de los buenos tiempos de la aurora de la raza y de la lengua, en un tono encantador, algunas veces ingenuo, otras ingenioso, otras balbuciente. Es una poesía vigorosa y cristalina, donde destella el velo dorado de un sol de gloria y corre el soplo saludable de los vientos primitivos. Sin embargo, ni en sus evocaciones, ni en sus arcaísmos, procede el autor como un erudito pedante o frío, sino como un poeta que pone la vida y la gracia en todo lo que toca, y que no olvida nunca que el arte, hasta el más fino, necesita de lo nuevo, si no quiere ser una mera repetición.

Banchs nos ofrece hoy un nuevo libro, La urna, que es una colección de sonetos. La forma fija tradicional no da a la obra, como pudiera creerse, líneas rígidas y un aire caduco. Nuestro movimiento renovador, que ha buscado menos abolir que modernizar, ha modernizado igualmente el soneto, dándole todas

las medidas, a veces dos al mismo tiempo, desplazando las rimas, tornándolo extremadamente variado y flexible: como un vaso hecho de una materia elástica y cristalina, susceptible de tomar, sin romperse, todas las formas y todas las transparencias. Los sonetos de Banchs son de este tipo: formas variadas hasta el capricho, donde el poeta derrama la esencia de su corazón amante y desolado, tomando frecuentemente el tono a la vez cándido e ingenioso de los viejos maestros castellanos. Sin alcanzar, quizás, el valor de su primer libro, su colección es de verdad una urna donde beberán deliciosamente las almas frágiles y meditativas.

Contrariamente al que precede, el chileno Pedro Prado es un artista netamente revolucionario y un soñador ingenuo liberado de todo prejuicio. Atormentado por lo que Verlaine llama "el horror de la literatura," él ha desembarazado su alma de toda ciencia, de todo arte, y la ha puesto completamente desnuda frente a la Vida, como Eva, antes del pecado, en medio del paraíso terrenal. En la opinión, quizás, de que la experiencia es una lente falsa que desfigura la visión, él contempla el mundo con una mirada pura a fin de sentirlo profundamente y traducirlo directamente. De ahí su poesía al mismo tiempo profunda e ingenua, transcendental y pueril, misteriosa y simple, llena del encanto de las cosa naturales e inefables: los parque solitarios, las dunas estériles, el mar, la juventud, la muerte... Así su primera colección de poemas, Flores de cardo, así su volumen de poemas

en prosa, La casa abandonada, así su último libro, El llamado del mundo. En este último se manifiesta por otro lado una loable tendencia a cantar el suelo natal, exaltando el valor de la tierra virgen "limpia de ese silencio grave de ruinas que turba los vuelos de la audacia." Desafortunadamente, el cuidado por explicar lo inexplicable lleva, a veces, al poeta a emplear una sintaxis caótica, imposible, y su sed de libertad le hace adoptar un pretendido verso libre de un efecto dudoso. Creemos que la única definición del verso sería: una frase que tiene alas; alas externas, rítmicas, o internas, ideales; no importa: pero alas. Luego, las frases poéticas de Pedro Prado carecen del soplo y de la plenitud que constituye ese organismo verbal alado, esa voz que se eleva y no cae, el verso. Para crear esta pequeña maravilla, solo se necesita una condición, pero una condición que no se adquiere: tener innato el sentimiento del verso. Y con mayor razón cuando se trata del verso libre que no tiene otra regla que esa especie de tacto particular del temperamento; de ahí la razón de que este verso, en vez de ser una forma confinada al simbolismo, sea un instrumento siempre nuevo, al que cada poeta puede hacer producir efectos inéditos.

En fin, entre los poetas que acaban de darse a conocer, el argentino Arturo Capdevila es, sin duda alguna, uno de los más interesantes. Tiene verdadero temperamento y es un artista delicado. Vigoroso y dolorido, ha implorado la inspiración de Melpómene, la musa fatídica de la tragedia de "mejillas

pálidas" y ojos "más tristes que todas las estrellas." Pero no lo ha hecho para resucitar un neoclasicismo imposible de máscara y coturno, en el que aún se obstinan algunos poetas europeos; lo ha hecho espontáneamente para traducir la angustia de su alma poseída por el Dolor y obsesa por la Muerte. Es así como, en su "soledad de estoico," canta las tinieblas espirituales del "propio abismo," la muerte inexorable de sus ancestros, el horror de los "cielos negros," esos "mundos muertos," el advenimiento del Cristo Rojo y vengador; o como descifra los augurios fatales de su extraño destino o lanza la oda de su amor magnífico, como se vierte contra el cielo una urna de pedrerías. Ciertamente, se siente en sus cantos la influencia fascinadora de los maestros de la Sombra (sobre todo de Baudelaire y del argentino Almafuerte), pero hay en el acento esa vibración que solo da la sinceridad, y la versificación revela la perfección de los cánones duraderos: nuestro alejandrino, que no tiene el aire conocido del francés, ya que ha quedado en el olvido por cuatro siglos, toma en la manos del poeta una flexibilidad, una ligereza y una pureza raras en un artista que comienza: esta cualidad solo bastaría para saludarlo como un verdadero poeta.

Otro argentino, Rafael Alberto Arrieta, es un soñador ferviente e ingenuo que siente la vida con el "corazón ilusionado" de un adolescente, y que la traduce con la simplicidad exquisita de un pintor primitivo. Su colección <u>El espejo de la fuente</u> hace pensar en un rincón de un parque

primaveral, que el sol empolva de oro, donde el agua canta, los niños juegan y los jóvenes mendicantes reciben la limosna del cielo azul. Es una pequeña obra de una delicadeza y de una pureza solo comparables a las flores campestres que nacen con la aurora y mueren con el crepúsculo; si no nos recordara un poco a cierto joven maestro, sería simplemente una pequeña obra maestra.

Memento.-- El bello "Magazine" Cosmos, de México, es una de las publicaciones más importantes en su género en América latina; se ocupa de todo tipo de actualidades nacionales y extranjeras, en artículos cortos pero concienzudos, abundantemente ilustrados. Su director, el distinguido periodista Manuel León Sánchez, ya ha comenzado en varios números la publicación de una serie de artículos bajo el título genérico de "La política del dólar." Estudia la actitud de los Estados Unidos frente a México con una claridad persuasiva y una valentía que le honra. En el número de octubre, habla de la nota del presidente Wilson, presentada por el señor Lind, y de la valerosa respuesta del presidente Huerta; en la de noviembre, aclara el "delito" de México contra los Estados Unidos, el que solo consiste en el hecho de "tener un istmo capaz de ser ocupado por un canal y de poseer una enorme riqueza petrolífera"; en el de diciembre, comenta la conducta del "Presidente puritano" y del pueblo "civilizador" que lincha a los negros y que profesa la teoría

de "que no hay mejor indio que el indio muerto."

Bajo el título de Páginas Escogidas, ha comenzado en Sucre, capital de Bolivia, la publicación de una revista de tamaño reducido, pero verdaderamente selecta. Sus redactores, el conocido escritor Emilio Finot y los señores A. Gehain, J. Bustillos y J. Espada Aguirre, son garantía de la buena marcha de la publicación. En el número de octubre, encontramos un excelente bagaje: bellos versos inéditos del poeta R. Jaimes Freyre, una curiosa disertación, "Al margen del bergsonismo," de Bustillos, y algunos graciosos sonetos de Finot.

La Revista Nacional de Quito (Ecuador) es, como la precedente, una publicación de apariencia modesta, pero de una importancia cultural evidente; está enteramente redactada por su director, el distinguido escritor Alejandro Andrade Coello. En el número de agosto, ofrece algunas consideraciones felices sobre "La evolución de la enseñanza" en el país y una exposición de las bases del "Tercer congreso internacional de estudiantes de la Gran Colombia," que tendrá lugar en Quito.

El Mundo Ilustrado de México es una buena publicación de actualidades, llena de bellas ilustraciones; dirigida por Ernesto Chavero, cuenta con colaboradores y corresponsales inteligentes. En el número de agosto, publica una interesante página de una filosofía sutil y melancólica del conocido poeta Amado Nervo; en la de octubre, algunos versos agradables del joven poeta Alfonso Cravioto.

La antigua e importante revista cubana El Fígaro, de la

cual ya nos hemos ocupado en esta sección, ha nombrado corresponsales literarios en las diferentes repúblicas hispanoamericanas que se ocuparán del movimiento de las letras en sus respectivos países; excelente medio para permitirles presentar en sus páginas un cuadro integral de la literatura continental. He aquí a la personas designadas: en Colombia, Ismael E. Arciniegas; en México, P. Henríquez Ureña; en Argentina, J. Mas y Pi; en Perú, C. Palma; en Uruguay, Montero Bustamante; en Ecuador, Andrade Coello; en Bolivia, E. Díez de Medina; en Nicaragua, S. Argüello; en Paraguay, Fariña Núñez; en Honduras y Guatemala, R. Durón; en Panamá, R. Miró; en Salvador, A. Ambrogi, y en Chile, nosotros.

IX*

Martín Aldao: La novela de Torcuato Méndez, Madrid, Victoriano Suárez. -- Eduardo Barrios: El niño que enloqueció de amor, Santiago, Imprenta Nueva York. -- Alcides Arguedas: Vida criolla, París, Ollendorff. -- Hernán Díaz Arrieta: La sombra inquieta, Santiago, Imprenta Nueva York. -- Edmundo Montagne: El fin del mundo, Buenos Aires, Matalou.

A pesar de la profunda repercusión que la guerra ha tenido en América, podemos decir que las letras hispanoamericanas han seguido su curso normal; prosistas y poetas han continuado publicando, con mayor regularidad, quizás, que en los países neutrales de Europa. Recientemente, nuestras letras han sufrido una perdida dolorosa por la muerte de nuestro gran poeta Rubén Darío. Hemos sido uno de los admiradores y de los amigos íntimos del maestro. Próximamente, publicaremos un estudio detallado en el cual nos esforzaremos por revelar su obra a la nación que ha sido para él como su patria intelectual. Hoy, hablaremos de algunos novelistas a propósito de sus recientes obras.

Con igual vigor ardiente y espontáneo que la poesía lírica de hace algunos diez años, la prosa de imaginación, el cuento, la novela florecen hoy en día en la literatura

---

*16 de julio de 1916.

hispanoamericana. Numerosos escritores jóvenes se entregan a este género con un singular entusiasmo, mientras que por muchos años el acercamiento al mismo fue esporádico. Es que nuestra literatura, habiendo ya cumplido su primer período, el lírico, ha entrado en su segundo ciclo.

En verdad, la prosa imaginativa ha sido cultivada en América desde los tiempos remotos de la civilización española. En aquella época más de un misionero o de un capitán letrado contaba en narraciones fantásticas sus aventuras o sus conquistas imaginarias. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, la novela alcanzaba un cierto desarrollo, un cierto esplendor pasajero causado por el deslumbramiento producido por los modelos románticos; sin embargo, sus manifestaciones, inspiradas directamente en aquellos modelos, no podían traducir la verdadera vida hispanoamericana en una forma apropiada y personal. No obstante, entre estas innumerables tentativas hubo algunas bellas obras, como la famosa novela María, del colombiano Jorge Isaacs, el idilio histórico Amalia, del argentino José Mármol, y algunas novelas de costumbres del chileno A. Blest Gana.

La novela moderna, es decir la narración de un fragmento de la vida en el cual los personajes vivos y humanos se mueven en un ambiente moral definido, sobre un fondo material bien descrito, la novela verista y psicológica, ha sido solamente dada a conocer entre nosotros hace una quincena de años, con el movimiento modernista. Aunque los poetas fueron entonces

los principales actores de este movimiento, algunos novelistas se manifestaron también bajo su influencia, con tentativas tan novedosas como exitosas; pronto estos últimos aumentaron de año en año hasta formar la pléyade compacta y entusiasta de hoy.

Compartiendo todos el mismo ideal de hacer la novela moderna, nuestros nuevos novelistas se diferencian por la selección del tema y por la mayor o menor significación nacional que pretenden dar a su obra. Así unos, entre ellos la mayoría de los que se iniciaron hace una quincena de años, se propusieron contar la existencia dorada de las capitales, escogiendo como protagonistas tipos refinados, excepcionales, y tomando por ornato los lugares frecuentados por el mundo elegante, lo que les permitió tejer sutiles psicologías, pintar vivas y picantes mundanerías. Otros, entre ellos muchos jóvenes, llegados más tarde, se consagraron a interpretar la vida de los campos, o aquella de la clase media de las ciudades, representante del hombre autóctono, no aún desnaturalizado por el cosmopolitismo invasor, lo que les hizo realizar en sus libros cuadros tan vivos como característicos de la vida hispanoamericana. Pero todos, en conjunto, muestran en sus esfuerzos una preparación sólida y un buen gusto auténtico, de suerte que podemos decir con razón que poseemos un grupo de verdaderos novelistas que han creado la novela del Nuevo Mundo hispano.

Martín Aldao, argentino, se ha ubicado entre los mejores

novelistas de su país con la publicación de La novela de Torcuato Méndez. Hace algunos años, había hecho aparecer una colección de cuentos e impresiones de viaje, Perfiles y escenas, de un giro fácil y delicado. Su novela de hoy es una obra de una dimensión y de una firmeza de factura que señalan una maestría consumada; los personajes se dan a conocer sin presentación artificial, en el curso mismo de la narración, los paisajes se destacan por trazos tan sobrios como característicos, los diálogos se entrelazan espontáneos y concisos, el estilo corre fluido y transparente, como si buscara no hacerse sentir. La historia es la de muchos argentinos ricos y sin ocupación que vienen a Europa en viaje de agrado sin duración limitada y que, de regreso a su patria varios años después, se encuentran descontentos de todo, sin que eso les impida prendarse de alguna de sus bellas compatriotas de miradas de fuego y sonrisas de rosa. Torcuato Méndez ha viajado de este modo por Europa, alegremente, por mucho tiempo; en París, ha vivido un amor oculto con una mujer de su país; luego, en Buenos Aires, laso y melancólico, se enamora de una jovencita, hermana menor de su antigua amante. Entonces ocurre un idilio rápido que se termina dolorosamente: la amante, celosa, habla; la inocente novia se retira desconcertada y la amante, escondiendo el dolor bajo su compostura mundana, parte de nuevo hacia la Europa fascinante. Sin embargo, con este tema común y banal, Aldao ha sabido hacer un cuadro de la vida argentina vivo y delicado; del

cosmopolitismo vulgar y ostentoso como del "criollismo" excesivo y grosero de su país ha tomado solamente los rasgos característicos y finos; igualmente, del castellano no muy puro que hablan sus compatriotas no ha empleado más que lo indispensable para dar color local a la conversación. Es cierto que los personajes principales no se destacan suficientemente en el curso de la acción; pero hay algunos tipos secundarios de una vida y de un carácter admirables, como Pedernal, filósofo formado por la enfermedad y las tristes experiencias, y Fernández Vieyles, personificación del poeta "criollo" presuntuoso y vano; debemos confesar, en cambio, que Mortaquito es un "farrero" inocente al lado del verdadero juerguista argentino. También es verdad que a través de la novela no vemos sino muy vagamente levantarse la gran metrópolis hispanoamericana con su agitación extraordinaria de vida nueva y cosmopolita, exacerbada por la fiebre del oro. El gusto refinado del autor le ha hecho, quizás, excluir esto voluntariamente; como un prurito de discreción le ha llevado a cercarse en un estilo fino y ligero, pero que no nos priva nunca de admirar una imagen nueva.

Eduardo Barrios, chileno, uno de los más notables en el brillante grupo de novelistas de su país, acaba de publicar una obra tan bella como singular: <u>El niño que enloqueció de amor</u>. Hacía pocos años, Barrios se había hecho conocer por una colección de novelas cortas donde ya se notaban sus cualidades en germen. Luego dio a la escena algunas piezas de una

psicología profunda, bien observada y de un efecto poderoso obtenido a través de los medios más naturales; primeramente un drama, Mercaderes en el templo, luego una comedia, Por el decoro, y recientemente otro drama, Lo que niega la vida, que ha tenido un éxito brillante.

Hoy, Eduardo Barrios nos ofrece una novela sobre un niño, pero una novela sobre un niño poco común. La mayoría de los escritores que han tratado este género de narración, han representado al niño corriente, vivo o soñador, a quien todo le interesa y no se inquieta por nada, que ama el juego o que se asombra con los cuentos azules, como el dulce David Copperfield de Dickens y el divertido Poil de Carotte de Jules Renard; algunos pintan al niño sentimental, que se enamora de una jovencita, y a veces, de alguien de su misma edad, con un amor muy ideal pero enajenado y pasional, como el extraño Nétochka de Dostoievski y el tierno Nicolas Pécolas de Louis Dumur. Qué pocos han tratado convenientemente al niño, no muy raro en la realidad empero, quien, por una fatal precocidad, se consume en los tormentos de la pasión o de las ideas en las que el espíritu de los hombres se desasosiega.

El niño que enloqueció de amor es uno de esos extraños pequeños infelices. Extremadamente sensible y tímido, no disfruta con los juegos infantiles, habla poco y se sonroja a la menor emoción. La fatalidad ha despertado su pequeña alma antes de tiempo. Ama con un amor apasionado, absurdo, no a alguien de su edad, sino a una chica en edad de merecer. Es un

sentimiento delicioso y angustiante que le obliga, cuando ve a la amada, a huir y esconderse en lo más profundo de la casa, y cuando la siente ausente, a soñar con ella, representándose hasta los menores detalles de sus hechizos y atavíos. Comprendiendo la simpatía que le inspira a él, la chica le corresponde con el cariño que se puede sentir por un niño, le abraza, le lleva de paseo y una vez hasta le pide, riendo, si quiere ser su marido. Mas una tarde, al pasar él frente a la casa de ella, sorprendido, la ve conversar con un joven desconocido. Sin poder contenerse, entra, y al ver que el desconocido le habla con un tono protector, estalla en furor y responde con insultos. El encanto se rompe para siempre. Sin embargo, para el cumpleaños de la joven, él la va a visitar. La ve pasar con su novio por el salón de fiesta y nota que el mismo que se la ha robado, la besa en la mejilla. Entonces no puede más, sale corriendo, y sin saber qué hacer, se lanza sobre la mesa del comedor llorando y gritando.

El carácter de este extraño niño sentimental nos parece, a través de este emocionante relato, no solamente vivo, sino desbordante de vida y de pasión. Su pequeña alma dulce y ferviente, que al principio sueña y vibra mecida por la ilusión, luego trastornada por los celos se irrita y se subleva hasta estallar, es capturada y seguida en sus tribulaciones de una manera admirable. Su cambio un poco brusco, que podría parecer inverosímil en un hombre, es perfectamente natural. Los niños, aun los más tímidos,

privados tiránicamente de lo que desean con vehemencia, gritan, o al menos lloran; y cuando sienten envidia, por despecho, destrozarán el objeto, muñeco o libro de imágenes, que les había sido negado. Pero, quizás, lo más admirable de esta obra es la forma. No la forma de diario íntimo en la que está escrita, poco adecuada, por cierto, a una obra sobre la infancia. Queremos hablar del estilo, de una transparencia tal que, a veces, se hace imperceptible, como esos lances extremadamente delicados a través de los cuales se ven las cosas al desnudo, y de una manera tan natural que nos da la ilusión de escuchar al protagonista confiarnos de viva voz su extraña historia. Es que el autor, sin duda, para dar verosimilitud a la forma de diario de su libro, ha realizado el prodigio de escribir como habla, descartando las imágenes más o menos artificiales de la literatura y empleando esos escorzos y esos giros de frase ingenuos que los primitivos de la lengua no desdeñaban poner en sus escritos, pero que hoy en día solo se emplean en la lengua hablada.

Alcides Arguedas, boliviano, quien se hizo notar hace poco tiempo como divulgador y sociólogo erudito y atrevido con su valeroso libro Un pueblo enfermo, se demuestra con su nueva obra, Vida criolla, como un novelista vigoroso y sagaz, dotado de un gran poder de observación y de un estilo enérgico y lleno de imágenes que no se podía prever luego de la forma ciertamente incolora de su primer volumen. Vida criolla, más que la novela de un individuo o de un caso personal, es la

novela de la vida boliviana o al menos de la ciudad de La Paz, vida a la vez desahogada y mezquina, asombrada por la tradición colonial, ignorante y legendaria, tanto como iluminada por las ideas modernas y el medio soberbio y nuevo. Los personajes principales, la intriga sentimental y política en la cual se desenvuelven nos interesan menos que ciertos cuadros muy pintorescos de la vida local y algunas vibrantes descripciones del paisaje boliviano. Es verdad que hay tipos muy bien caracterizados, como el de Isabel, la doncellueca pretenciosa y viperina, escenas muy bien trazadas como la escapada amorosa de Ramírez y Elena a través del campo florido; pero todo eso se esfuma ante la impresión que nos produce, por ejemplo, la curiosa descripción de la fiesta tradicional de "alacitas" o la brillante pintura del lecho profundo y peligroso de los ríos Luribay y Caracato... El autor, que es un nacionalista, tan firme y generoso como sincero y ferviente, puede estar satisfecho del resultado de su obra. Nos ha dado una sorpresa con este libro; no cabe duda que su talento múltiple y fecundo nos tiene en reserva otras.

Hernán Díaz Arrieta, chileno, acaba de obtener un merecido éxito con su primer libro, La sombra inquieta. Anteriormente, habíamos leído de él algunos cuentos o artículos de crítica publicados en la prensa, los que mostraban un espíritu perspicaz y un gusto delicado. Su libro es una obrita de un arte fino y de una observación penetrante del medio ambiente. El cuidado de la forma rivaliza con el

deseo de dar la impresión de la vida y el afán de hacer una crítica social a veces despiadada. Es el diario íntimo de un joven escritor vehemente aunque equilibrado, en el cual se anotan las diversas impresiones de su vida cotidiana; donde habla de su apasionada amistad con una joven mujer letrada, extraña, que une al encanto de su silueta de cisne y de su voz distante la seducción de su espíritu desconcertante y de su pobre alma doliente. Así, de estas páginas confidenciales, escritas día a día, sin plan preestablecido, se alza vibrante de vida la figura de esta mujer excepcional quien, con igual desenvoltura, publica en los periódicos artículos singulares, interpreta al piano Grieg o Mendelssohn o diserta sobre los problemas intelectuales mas arduos, y, como Madame de Récamier,[1] encanta a todo el mundo sin que nadie la perturbe. No menos animada se destaca la silueta del joven escritor que, en presencia de la amada, permanece como encantado, con la impresión de "quien encuentra algo perdido que ha sido ansiosamente buscado," pero que, delante del mundo que le rodea, observa e ironiza con una clarividencia poco común. Alrededor de estas dos figuras centrales se yerguen numerosos personajes de la literatura o del mundo elegante: mujeres de letras que se jactan de su cultura francesa y que no conocen ni siquiera de nombre a Mallarmé, críticos de veinte años que

---

[1] Madame de Récamier. Célebre dama francesa (1777-1849), famosa por su talento y su belleza, en cuyos salones se reunía, durante la Restauración, lo más selecto de la sociedad de su tiempo.

se precian de gustar en el arte todo lo que es "venerable" y de despreciar todo lo que es joven, damas de un orgullo cómico, que consideran a las personas de la clase baja como a seres de una especie distinta...

Como conviene a una obra íntima, este libro es de una forma simple, discreta, donde las imágenes y las manchas de color, diseminadas parsimoniosamente, brillan con el fuego mismo de las pedrerías; forma toda en escorzos, tan concisa como sugestiva, donde cuatro trazos felices evocan fielmente un carácter, o dos manchas brillante sugieren admirablemente un paisaje. Desgraciadamente, Díaz Arrieta emplea a veces palabras usadas solamente en su país, cosa censurable a nuestro entender, no porque sea contraria a la preocupación del purismo, sino porque se opone al ideal de universalidad al que debe tender toda obra artística.

Hemos conocido a Díaz Arrieta en nuestro último viaje a América. El había dejado, desde hacía poco, el Colegio de los padres del Sagrado Corazón, y comenzado a seguir la carrera de las letras. Sufría todavía de fanatismo religioso y literario; luego escandalizado por el éxito en las letras de ciertas mediocridades audaces, vacilaba por el camino que iba a seguir. Nosotros le aconsejamos armarse de desdén, de buscar libremente "su" verdad y de cultivar al artista que había en él. Estamos satisfechos de haberle hablado así.

No acabaremos esta crónica sin decir dos palabras del delicado escritor uruguayo Edmundo Montagne y de su último

libro El fin del mundo. En sus obras anteriores, Montagne se había revelado como un poeta fino y vibrante; nosotros lo hemos presentado bajo este aspecto. Hoy, nos parece un novelista vigoroso y delicado. El fin del mundo es una colección de novelas cortas tomadas de la vida real, llenas de colorido, no exentas de talento y de humor; es un libro muy grato.

X*

José Enrique Rodó: El mirador de Próspero, José María Serrano, Montevideo. -- Gonzalo Bulnes: Historia de la Guerra del Pacífico, 2do. Vol., Imprenta del Universo, Valparaíso. -- José Emilio Coll: El castillo de Elsinor, Editorial América, Madrid.-- Manuel Gálvez: El solar de la raza, Sociedad Cooperativa "Nosotros", Buenos Aires. -- Carlos de Velasco: Aspectos nacionales, Jesús Montero, La Habana. -- Memento.

La literatura de ideas y sus diferentes manifestaciones, desde la filosofía y la historia hasta la sociología y la elocuencia, se han desarrollado con cierto vigor en las repúblicas hispanoamericanas, después de la época de la revolución, como un factor necesario en la obra de afirmación de las instituciones democráticas y de formación de la nacionalidad. Ella florece hoy con la fuerza de la aceleración adquirida y progresa día a día en un sentido de radio de acción más amplio, de un espíritu más científico y de una forma más artística. Por lo tanto, hay actualmente en nuestras repúblicas pensadores, historiadores, sociólogos, escritores de ideas, cultos, metódicos, sutiles.

José Enrique Rodó, uruguayo, es el más eminente de nuestros pensadores por la amplitud de sus ideas y la virtud

---

*1º de octubre de 1916.

sugestiva de su palabra. Espíritu elevado y delicado, nutrido de una sólida cultura, dotado de una clarividencia poco frecuente y de esa gracia intelectual que da brillo a la verdad con una luz de belleza, él es al mismo tiempo un ideólogo profundo y sutil, un escritor vigoroso y personal. Al darse cuenta de las verdaderas aspiraciones del Nuevo Mudo latino, ha sabido decir la palabra suprema del idealismo y de la fraternidad esperada por nuestras jóvenes democracias, que en la incertidumbre de sus personalidades en formación, se agitan en el aislamiento y en el egoísmo utilitario proveniente del desarrollo de su riqueza material. Eludiendo la estrechez de un nacionalismo de pequeña patria y, por otro lado, rechazando la norma de un progreso puramente exterior, él ha venido así a precisar el verdadero ideal común al que deben tender nuestros pueblos, hermanos por la raza y por la tradición liberal. El es para nosotros, por lo tanto, un maestro representativo, sembrador de ideas fecundas, revelador de rumbos propicios, anunciador del anhelado apogeo futuro.

Llegado a la letras en el momento en que nuestro movimiento de renovación literaria trastocaba los valores estéticos con miras a un arte refinado y personal, Rodó se ha hecho el intérprete de las jóvenes aspiraciones y, en su ensayo <u>El que vendrá</u>, brillante estudio crítico sobre Rubén Darío, ha preparado el triunfo del nuevo ideal, ha impuesto la obra de belleza insólita de nuestro gran poeta a la admiración de la élite del continente. Luego, tomando la actitud de un

maestro verdadero, Rodó publicó un libro que se ha vuelto famoso, Ariel, en el cual se dirige a la juventud hispanoamericana que va a pasar "bajo el pórtico del nuevo siglo." El la conjura a exaltar las "cualidades del espíritu joven, el entusiasmo y la esperanza," la exhorta a desarrollar plenamente la flor suprema de la personalidad y, advirtiéndola del peligro del utilitarismo anglo-americano que nos sitia, la incita a cultivar el sentido de la belleza y, en general, todas las energías superiores del espíritu, como norma segura para la conquista de nuestro verdadero porvenir. Ariel, este "símbolo de la razón y el sentimiento por encima de los bajos aguijones de la irracionalidad," es el genio que nos debe inspirar. En su libro siguiente, Motivos de Proteo, el maestro se dirige más particularmente a la conciencia individual. Habla de la educación que, como cultura del espíritu sometida a la evolución infinita y creadora, debe asegurar una persistencia indefinida. Diserta sobre la vocación, esa aptitud personal que no está siempre manifiesta, y que debemos buscar con firmeza si queremos realizarnos plenamente. Medita sobre el amor, profundo estimulante de la conciencia individual, que debemos desear sincero y fuerte, ya que "lo que importa no es la calidad del objeto (amado) sino la calidad del amor." El espíritu humano es como Proteo, lleva en sí la potencia de un desarrollo infinito.

En su último libro, El mirador de Próspero, Rodó nos entrega, en un manojo generoso y matizado, las diversas

contemplaciones de la vida y de las ideas que él efectúa desde su balcón ideal. Así, en este libro voluminoso y rico, hay en realidad diversos libros. Primeramente, encontramos algunos ensayos sociales, políticos, literarios, sobre ciertas figuras representativas de la historia hispanoamericana. Son estudios vastos, complejos, integrales, unidos por una reflexión vigorosa y aguda, fundados por una síntesis amplia y sugestiva, en los cuales las personalidades estudiadas surgen palpitantes sobre el fondo del medio social e ideológico, como las orquídeas púrpuras de la trabazón de la selva virgen. De este modo, en el medio americano incendiado por la fuerza libertaria de la Revolución vemos alzarse la figura de "agitado heroísmo" de Simón Bolívar, este hombre extraordinario en quien se diría se concretan, "por un cambio instantáneo, toda la luz y todo el color cercenados a diez generaciones sometidas al yugo colonial"; en el ambiente de tiranía y de fanatismo de la joven república del Ecuador, vemos surgir la vigorosa personalidad de Juan Montalvo, luchador ardiente, escritor intenso y singular; entre la "floración espontánea" de la literatura argentina primitiva, "ingenua y precoz," vemos delinearse la simpática figura de Juan María Gutiérrez, crítico concienzudo y entusiasta, apasionado, en una época de tormentas políticas, de "la pura belleza literaria..." Por otro lado, hay en este libro diferentes trabajos de reflexión creadora, de comentario crítico, o simplemente de impresiones sugeridas generalmente

por tal o cual libro o evento de la vida intelectual, en los que la riqueza ideológica rivaliza con la sagacidad del razonamiento y la elegancia de la forma. Así encontramos una interesante disertación donde se bosqueja una armonía posible de la fe y del escepticismo, armonía que sería "el más alto grado de perfección que se pudiera alcanzar en la obra de formar y de emancipar la personalidad propia, sin la doble relación de la inteligencia y del carácter"; una delicada impresión de la fisonomía mental del poeta argentino Ricardo Gutiérrez, este aedo sentimental y apasionado que "fue el poeta de todos sin dejar de ser intensamente y sobre todo el poeta de sí mismo"; un curioso proyecto de restauración de la enseñanza de la literatura, enseñanza hoy infructuosa --basada sobre la reducción de "la parte convencional y estrechamente retórica de la reglas" y sobre el refuerzo de la parte que "responde sobre cualquiera de estos dos certeros fundamentos: la ciencia estética y la historia de las literaturas..." Y como si todo aquello no fuera suficiente, encontramos igualmente, en este libro de una riqueza poco común, diversos pequeños trabajos estéticos o simbólicos, flores de ideas o de belleza cogidas en esa zona del espíritu que está entre la inteligencia y la fantasía. Una encantadora comparación entre el divino Apóstol de Galilea, que la plebe "no quería reconocer como Mesías," y el divino Hidalgo de la Mancha, que el sentido común rehúsa saludar como "caballero errante"; un delicado homenaje al Arte Libre en el que hay que agradecer,

ora que ponga en nuestro corazón la conmoción ardiente del sentimiento, ora que "deje solamente en nuestro espíritu la caricia helada de la forma"; y ese delicioso cuento de Navidad, en el que el lobo famélico se transforma en una lluvia de flores, al reconocer en el caminante el espectro celestial de Cristo.

Si este libro opulento mereciera algún reproche, éste sería el de cierta falta de armonía resultado de su misma excesiva riqueza. Pero su autor es uno de esos escritores de trabajo tan precioso y tan preciso, a los cuales no es posible reprocharles conservar en sus libros hasta las más pequeñas partes de su producción.

Entre nuestros historiadores actuales, Gonzalo Bulnes, chileno, se destaca en primer rango. Concienzudo y metódico, une a la sagacidad y a la obstinación del investigador que amasa elementos para la reconstitución del pasado, el discernimiento y la facultad sintética del crítico que da a estos elementos la consistencia de la realidad y la significación de la acción humana. Soldado y letrado, se ha consagrado especialmente a la historia militar, cultivando de este modo un terreno que él domina por la ciencia y la experiencia. Ha publicado varios gruesos volúmenes de este género, como la Historia de la campaña del Perú en 1838, la Historia de la expedición libertadora del Perú, etc.; actualmente publica la Historia de la Guerra del Pacífico.

En esta última obra, que es su trabajo más importante,

Bulnes evoca el mayor conflicto armado que ha visto la América del Sur, en un gran marco minucioso, integral, en el que se precisan paralelamente la maniobra de los ejércitos en campaña, la labor de los gobiernos y la acción de los pueblos. En el primer volumen de la obra, el historiador rememora los motivos del conflicto y el comienzo de la lucha. El recuerda la polémica entre Chile y Bolivia a propósito de sus derechos sobre la región de los nitratos; el combate naval de Iquique donde el capitán chileno Arturo Prat prefirió perecer con todos sus hombres a rendirse; la sangrienta batalla de Tarapacá donde los ejércitos rivales se disputaron obstinadamente la victoria; igualmente, se ocupa del tratado secreto peruano-boliviano que produjo la ruptura de las hostilidades; del entusiasmo efervescente del pueblo chileno con las noticias de los primeros triunfos; del desorden político en el Perú y en Bolivia a continuación de las primeras derrotas. En el volumen últimamente aparecido, Bulnes evoca la segunda etapa de la guerra. Narra la penosa marcha del ejército chileno a través del desierto implacable donde se debía llevar de todo, incluso agua; el temerario asalto al peñón fortificado de Arica, valerosamente defendido, y las dos batallas encarnizadas que abrieron al enemigo las puertas de la capital peruana; también habla de la prodigiosa actividad del pueblo chileno para formar, o más bien, improvisar su ejército; de la extraordinaria energía del presidente del Perú, Piérola, quien reorganiza la defensiva en medio de la

inevitable desmoralización producida por las frecuentes derrotas; de la noble actitud de la Convención boliviana que acogió la adversidad con firmeza y renovó su confianza en su desdichado jefe, Campero...

De este modo, Bulnes procede como un historiador erudito y sagaz, verdaderamente moderno, que expone y desarrolla la serie de acontecimientos, por así decirlo, exteriores, muy vivos en la memoria de los pueblos, y que paralelamente investiga y anota la sucesión de hechos menos visibles, y por eso mismo casi olvidados, que han sido, no obstante, la verdadera causa de estos sucesos. "La reconstitución del pasado, dice él, sería un pasatiempo agradable, pero nada más, si no penetrara con su luz hasta las minucias que explican los hechos."

A lo largo de las páginas de su libro, Bulnes mantiene un tono serio, elevado, índice seguro de veracidad. Así, nos habla con igual franqueza de los bravos soldados chilenos que supieron vencer todos los obstáculos y su enérgico general Baquedano, de las intrépidas tropas bolivianas, y su valeroso general Cáceres, y de los tenaces cuerpos de ejército peruanos, y su heroico jefe Bolognesi. La Historia de la guerra del Pacífico se nos impone, por consiguiente, como una obra grandiosa y sugestiva. Lejos de ser un motivo apropiado para reanimar las disputas de ayer entre pueblos hermanos, ella es para las naciones que tomaron parte en la guerra, y en general, para toda la América latina, lo que su autor deseaba

que fuera: un ejemplo de patriotismo y una lección de energía.

Pedro Emilio Coll, venezolano, es un letrado inquieto y refinado que tiene gusto por las ideas y fervor por la belleza, al mismo tiempo que amor por el estilo colorido y musical, como la flor que canta del cuento de hadas. De este modo, él es crítico, cuentista, escritor de imaginación, todo a la vez. Adolescente en la época de nuestra lucha por la renovación de las letras castellanas, él fue en su país el paladín más decidido de la bella causa. Venido a París, ingresó en el Mercure de France como redactor de la sección que nosotros dirigimos hoy, y durante un cierto tiempo cumplió su tarea divulgadora con una inteligencia y un entusiasmo que la intelectualidad hispanoamericana debe reconocerle. Publicó entonces su primer libro, Palabras, que le valió ser señalado por Rubén Darío en sus correspondencias literarias de La Nación de Buenos Aires, correspondencias que dictaban la norma del gusto nuevo en nuestro ambiente intelectual del momento.

Luego de algunos años de silencio, Coll acaba de publicar un segundo libro: El castillo de Elsinor. En realidad, tal es el libro: un castillo de sueño en el cual un Hamlet moderno, menos filósofo pero más artista que el otro, estiliza sus meditaciones, sus impresiones, sus ensoñaciones. Primero, nos traduce sus sensaciones literarias en páginas vibrantes y delicadas, de juicio certero y gusto exquisito. Nos habla de ciertos pensadores que despertaron su simpatía o su curiosidad, como Renan, Spencer, Ramón Campos, ideólogo

español del siglo XVIII, que él ha tenido el honor de exhumar del olvido, o de diferentes escritores franceses o hispanoamericanos que prefiere, como los Goncourt, Bourget, M. Díaz Rodríguez, R. Blanco-Fombona. A continuación, nos confía sus fantasías, en cuentos delicados y apasionados en los que se respira, ya la atmósfera espiritual de París, ya el perfume embriagador de la América tropical. Nos narra el viaje maravilloso al castillo simbólico donde reside el sombrío Príncipe shakespeareano; el triste idilio del escritor extranjero y de la tortuosa joven parisiense que se hace llamar Opoponax; el caso curioso del imbécil que, a fuerza de callarse, previene de ser tenido por un hombre extraordinario. Luego nos da impresiones de la vida en pequeños cuadros delicados y sugestivos, que tienen la melancolía de las flores marchitas y los finos matices aguados de las acuarelas. Algunas páginas bellas de diario íntimo, diversas siluetas características, como aquella del "bebedor de ajenjo," diferentes manchas de colores palpitantes, como ese "crepúsculo sobre el mar..."

Naturalmente, se nota en este libro la influencia de las lecturas que han nutrido al autor, lo que le da el aire de literatura quintaesenciada del momento a la mayoría de la páginas que ha escrito; pero se siente también en él la conmoción interior de un alma de artista ferviente y lejana, a lo que se añade el encanto de la emoción y la poesía de la tierra donde "crecen la lánguidas palmeras y florece el café."

Manuel Gálvez, argentino, es un poeta fino a quien el entusiasmo por la ideas hace dejar a menudo el dominio de la belleza desinteresada por la arena de las lucha humanas. Ha ingresado a las letras con dos colecciones de poemas autóctonos: El enigma interior y Sendero de humildad, frescos y sinceros como esas grandes flores simples que nuestros antepasados cultivaban con amor en los patios verdes de nuestras moradas de provincia. Estos libros han dado una de las primeras y más puras notas en el movimiento actual de nuestra poesía hacia la interpretación del verdadero espíritu joven, vigoroso del Nuevo Mundo. Luego ha publicado un libro de ideas, el Diario de Gabriel Quiroga, en el cual señala, con un sentido idealista ciertamente loable, reflexiones de todo orden que le sugiere la vida de su país, agitado por la pasión del oro.

En su reciente libro, El solar de la raza, Gálvez expone sus apreciaciones del peregrinaje ilusionado a través de la tierra que es, en realidad, para los hispanoamericanos, como la casa solariega de sus antepasados: España. Pero más que imágenes pintorescas de las viejas ciudades ilustres que visita, él evoca las sugestiones "de poesía, de austeridad, de idealismo" que estos "nobles arcos de recuerdos y de sueños" han comunicado a su alma de poeta y de ideólogo. Al tratar a la melancólica Toledo, nos hablará, por ejemplo, del dolor inmenso de sus viejas piedras al ver su antiguo ideal de ardiente misticismo vencido por el espíritu moderno utilitario

y sensual; y al describir a la sabia Salamanca, nos dirá de la espiritualidad purificadora que persiste en su atmósfera que es como un agua de salud para la "peste materialista" del hombre de hoy. De este modo el autor nos comunica en su momento un soplo penetrante de misticismo, que nos envuelve en una gasa de sueño o de bruma. Es lo que se ha propuesto. Ha entendido la palabra de luz del maestro de Ariel. Y con un fervor de apóstol, se ha entregado a la noble tarea de avivar en el espíritu de su patria abatida por las luchas materiales la llama del ideal purificante. Por eso, él suscita el ejemplo del viejo misticismo católico que persiste en la España arqueológica. Pero si un tal misticismo, como credo, es hoy en día cosa imposible en la élite corrompida por la ciencia y lo será luego en el pueblo desnaturalizado por la instrucción. ¿Por qué pretender restaurarlo en nuestras jóvenes naciones como norma de ideal social? Los pueblos hispanoamericanos dirigidos hacia el porvenir deben, por cierto, desarrollar sus dones intelectuales, tanto o más que su riqueza material, pero no pueden para eso exaltar los credos religiosos del pasado que no corresponden ni a su época ni a sus espíritus. Es bueno desconfiar de las conversiones resonantes de Europa, que nos impresionan tanto, porque, cuando no obedecen a ocultos móviles utilitarios, son el efecto del medio caduco que gusta de cosas ingenuas, a la manera de los viejos que se complacen con los juegos de niños.

Carlos de Velasco, cubano, es un escritor experimentado

y activo, que cultiva la historia, la sociología, la crítica como medios propicios de acción social. Ha publicado diferentes trabajos históricos de mérito, como su estudio sobre Estrada Palma, el eminente hombre público cubano, lo que le ha valido ser miembro de la Academia de Historia de su país. Igualmente, en la revista Cuba Contemporánea que él dirige con tanto talento como entusiasmo, cumple día a día una labor abundante y fecunda de cultura social.

En el libro Aspectos nacionales que acaba de publicar, de Velasco ofrece a su patria una importante contribución a la obra de afirmación de la nacionalidad. "En vez de americanizar o de deshispanizar Cuba, dice él en el prefacio, es bueno, o mejor, es indispensable, si queremos salvarnos como entidad étnica, cubanizarla." A lo largo del libro estudia, con sagacidad y elevación de miras, diferentes problemas políticos o sociales, como el cumplimiento del programa de la revolución, la reglamentación de la enseñanza privada, la cuestión de la población negra, etc.; problemas que es urgente resolver para fortificar la personalidad nacional, asunto de suprema importancia en el momento actual ya que la rica isla está, por así decirlo, bajo la mirada de un tutor sospechoso, los Estados Unidos. Felicitamos sinceramente a Carlos de Velasco por su bello libro y esperamos que continúe con el mismo entusiasmo su noble labor, por el bien de su país y el honor de nuestra común patria continental.

Memento. -- Señalamos algunos libros de los que no nos hemos podido ocupar en detalle debido al gran número de volúmenes acumulados a consecuencia de la suspensión de nuestra rúbrica al comienzo de la guerra. Juana Inés de la Cruz: Lo que me dijo el silencio, Horas de sol; Imprenta Nueva York, Santiago. Dos bellos libros, uno de versos, el otro de prosa, donde se anuncia una poetisa delicada. Daniel F. O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sudamérica, Biblioteca Ayacucho, Madrid, reimpresión de las memorias del famoso general inglés, con un interesante estudio preliminar de R. Blanco-Fombona. Pedro Henríquez Ureña: El maestro Hernán Pérez de Oliva, edición de "Cuba Contemporánea," La Habana. Excelente estudio de este crítico notable, del que hablaremos próximamente. Alejandro Andrade Coello: Algunas ideas sobre educación, Imprenta Municipal, Quito. Nueva contribución ofrecida por este fecundo escritor a la cultura intelectual de su país. Tancredo Pinochet: Un año de empleado público en Chile, Biblioteca Americana, Santiago. Libro atrevido de este vigoroso escritor que presentaremos si da ocasión. Bernardo G. Barros: La senda nueva, La Novela Cubana, La Habana. Pequeña novela de este delicado escritor cubano, llena de vida y de frescor. Januario Espinosa: La vida humilde, Meza Hermanos, Santiago. Novela de la vida chilena observada con atención pero escrita de una manera un poco sumaria. Diego Carbonell: Psicopatología de Bolívar, Librería Franco-Española, París.

La Revista de bibliografía chilena y extranjera, órgano

de la Biblioteca Nacional de Santiago, es la primera publicación de este género que ha aparecido en América latina. Dirigida por el distinguido polígrafo francés Emilio Vaïsse, ella consigna a la vez el movimiento bibliográfico chileno, hispanoamericano, angloamericano y extranjero; publica también regularmente diferentes trabajos bibliográficos nacionales; mencionaremos un interesante estudio de Carlos Silva Cruz, director de la Biblioteca Nacional de Santiago: "La Asociación Bibliográfica Panamericana por medio de la unión panamericana de bibliotecas nacionales," aparecido en el número de septiembre-octubre de 1915. Nosotros, la bella revista de Buenos Aires que es el órgano de la joven intelectualidad argentina, ha publicado en el primer mes de la guerra una interesante encuesta sobre el conflicto europeo, encuesta que ya hemos comentado; posteriormente, con ocasión de la muerte de Rubén Darío, ha consagrado al gran poeta un número especial (febrero de 1916) que incluye alrededor de cincuenta artículos, estudios, impresiones, poemas, de escritores conocidos, como José E. Rodó, Angel Estrada, C. Correa Luna, A. Melián Lafinur, E. Fariña Núñez, etc. Magnífico homenaje del que la dirección de esta revista puede enorgullecerse. Cuba Contemporánea, la notable revista de C. de Velasco, alcanza su tercer año con el mismo interés. En el número de mayo del año en curso se encuentra un sagaz estudio de Bernardo G. Barros sobre el poeta argentino Alberto Ghiraldo, y en el de junio un ferviente artículo en honor de la causa

francesa del coronel Serafín Espinosa: "El alma nacional de Francia." Hispania, la interesante revista hispanoamericana de Londres, ha tenido la desdicha de perder a su director, Santiago Pérez Triana, muerto recientemente. En su número del 27 de julio, publica una serie de homenajes de renombrados hombres de letras ingleses y españoles, Fitzmaurice-Kelly, Cunninghame Graham, Luis Bonafoux, R. de Maeztu, etc., al distinguido escritor y diplomático colombiano. La Colección Ariel, esta simpática publicación de San José de Costa Rica, ha entregado recientemente diversos fascículos muy interesantes, por ejemplo uno en homenaje a Cervantes con ocasión de un nuevo centenario del Quijote, y otro que reproduce un notable discurso de Leopoldo Lugones sobre la personalidad de Rubén Darío.

Hace poco tiempo que han comenzado a aparecer dos revistas de letras y de cultura general verdaderamente interesantes: Revista Moderna, publicada en Bogotá, dirigida por los distinguidos letrados E. Cuervo Márquez y A. Ramos Urdaneta, y Letras que ha visto la luz en Quito bajo la dirección del muy conocido escritor Isaac Barrera. Señalaremos en el primer número un buen artículo de política hispanoamericana de Cuervo Márquez: "Al margen del A.B.C." (número de diciembre de 1915) y una exposición ardientemente francófila de Luis Perrier: "La filosofía del ejército alemán" (número del 15 de febrero) y un estudio detallado sobre el poeta ecuatoriano Crespo Toral por C. Dávila Córdoba (números

de abril, mayo y junio). Acaban de nacer también dos revistas notables: la Revista Nueva, de Panamá, dirigida por I. D. Moscote, cuyo primer número lleno de trabajos interesantes es una bella promesa; Los Anales de la Academia de Artes y Letras de Cuba, órgano de esta sociedad que, a juzgar por su primer número, no será un boletín especial, sino una publicación general de cultura nacional y extranjera. Finalmente, en Buenos Aires se ha iniciado una buena publicación de cuadernos mensuales de ciencias y letras, dirigida por los señores Morales y Durán: Ediciones Mínimas.

XI*

Amado Nervo: Serenidad, "Renacimiento," Madrid -- E. Mario Barreda: La canción de un hombre que pasa, Edición de la Revista "Nosotros," Buenos Aires. -- Ernesto Guzmán: El árbol ilusionado, Imprenta Universitaria, Santiago. -- E. Bustamante Vallivián: Arias de silencio (sin indicación tipográfica), Lima. -- Max Henríquez Ureña: Anforas, Biblioteca Studium, La Habana. -- Regino Boti: Arabescos mentales, R. Zobella, Barcelona. -- Wenceslao Pareja: Voces lejanas, Librería Española, Guayaquil. -- J. Lagos Lisboa: Yo iba solo, Imprenta Universitaria, Santiago. -- Emilio Oribe: Las letanías extrañas, Librería Meremiro, Montevideo. -- Montiel Ballesteros: Emoción, Casa Editorial "Renacimiento, " Montevideo. -- Alberto Ureta: Rumor de almas, "La Revista," Lima. -- P. González Castellu: De la ciudad y del campo, Edición de la Revista "Nosotros," Buenos Aires. -- Memento.

Después de la muerte de nuestro gran poeta Rubén Darío, nos hemos propuesto, como ya lo hemos dicho, presentar como es debido su figura literaria en el país que fue en cierto modo para él su patria intelectual. Pero para eso, no nos hemos podido limitar a un estudio sintético, rápido, a grandes trazos. Hemos debido emprender un trabajo analítico, hábil,

---

*16 de febrero de 1917.

integral; trabajo que, con el título de "Rubén Darío et les Nouvelles Lettres Hispano-américaines," aparecerá en volumen lo más próximamente posible. Si un estudio explicativo es necesario para presentar a todo escritor extranjero, es indispensable para dar una justa idea de Rubén Darío. Este poeta ha sido a la vez un creador intenso y complejo y un innovador vigoroso y fecundo. Ha producido una obra múltiple, bella y rara, y ha animado un movimiento literario que ha revolucionado las letras en lengua castellana de América y de España, y ha revelado una pléyade de escritores nuevos y escogidos. Tal movimiento no ha sido otra cosa que esa gran corriente artística liberadora y renovadora que, a fines del siglo pasado, agitó a casi todas las literaturas europeas en un justo deseo de emancipación de las normas académicas caducas y de búsqueda de modos nuevos de expresión, más amplios y más variados. Gracias a Rubén Darío, sobre todo, esta corriente de salvación penetró entonces en las letras en lengua castellana por América y no por España, como hubiese sido lógico que ocurriera. Inspirado principalmente por las nuevas letras francesas, este movimiento, conocido bajo el nombre de Modernismo, ha liberado, depurado, afinado, flexibilizado, modernizado, en una palabra, nuestra literatura, haciéndola apta para expresar todos los matices de la sensibilidad contemporánea, todas las ideas del espíritu nuevo. Pero no queremos hablar hoy del Modernismo, del que ya nos hemos ocupado más de una vez: queremos tratar el

movimiento que le ha seguido luego del comienzo del presente siglo.

Este movimiento tiende simplemente a adaptar al medio hispanoamericano las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento anterior. Ha reaccionado, en consecuencia, contra todo lo que había en el Modernismo de exótico, de artificial, de mórbido, mientras que ha empleado todo lo que hay en él de nuevo, de amplio, de purificado en la interpretación del espíritu ambiente y en la estilización de la naturaleza local. Si no tendrá la gloria del Modernismo, la de haber vivificado toda una literatura, tendrá el honor de crear las verdaderas letras hispanoamericanas. De ahí viene que se le haya llamado Americanismo, aunque su justa denominación sea "Mundonovismo." Rubén Darío, que vivió siempre en plena evolución creadora, se adhirió a la corriente nueva y le prestó su ayuda desde los primeros momentos. Como él había dado al Modernismo un evangelio brillante y refinado en Prosas profanas, se apresuró a dar al "Mundonovismo" una obra iniciadora elevada, impregnada de emoción íntima y de sentimiento racial y autóctono: Cantos de vida y esperanza. Luego, los mejores poetas modernistas se han plegado más o menos al movimiento nuevo, impulsados sin duda por esa atracción irresistible de las corrientes intelectuales que responden a una verdadera necesidad del alma colectiva.

Esto podríamos decir del conocido poeta mexicano Amado Nervo quien, luego de haber sido uno de los más bellos aedos

modernistas, permanece hoy en día simplemente como uno de los más eminentes poetas hispanoamericanos. Surgido en el momento en que el Modernismo comenzaba su cruzada de liberación y de renovación estética, él se dio a conocer como un lírico muy delicado y como un muy ferviente entusiasta del nuevo ideal. Más emotivo que visual, sus poemas matizados y musicales debieron sorprender en su país, donde en esta época, el precursor del Modernismo, M. Gutiérrez Nájera, imponía una poesía brillante y melancólica mitad parnasiana, mitad romántica. El es en realidad un cantor de la vida interior intensa y sutil, un artista del verso moderno audaz y fino. Sus maestros más caros fueron el dulce poeta de Sagesse y el santo cantor de Fioretti.[1] Así, en sus primeros libros, Místicas, Perlas negras, dice sus sensaciones juveniles o sus transportes religiosos, en piezas tenues, a veces raras, siempre delicadas; en sus volúmenes siguientes, Poemas, Lira heroica, interpreta su deslumbramiento con los siglos caballerescos o galantes no como evocaciones objetivas, a la manera parnasiana, sino como recuerdos de avatares lejanos de su propia alma; y en sus últimas obras, Jardines interiores, En voz baja, exterioriza sus emociones más hondas, sus sueños más vagos en poemas de tono menor, susurrantes y evocadores como músicas lejanas. Y he aquí que, en el vigor de su sinceridad emotiva, deje de lado sus paraísos ignotos y sus

---

[1]Alusión a los poetas Paul Verlaine (1844-1896) y San Francisco de Asís (1182-1226) respectivamente.

nostalgias antiguas para atender a la sugestiones de la vida, para escuchar la voz de los viejos objetos familiares que evocan en él su suelo natal, el lejano hogar mexicano, y entonces cree piezas como esa "Vieja llave," que son modelos de poesía nueva hispanoamericana. Así pues, Amado Nervo ha sido un lírico puro que ha condensado la esencia de sus sensaciones, el extracto de sus sueños, en versos vibrantes y alados, de ninguna manera balbucientes como aquellos de Romances sans Paroles, pero suaves, penetrantes como aquellos de Chariot d'or.[2] Rubén Darío, ya fallecido, es quizás el que cuenta con la obra lírica, verdaderamente lírica, más considerable en la poesía castellana actual.

En su último libro, Serenidad, Amado Nervo ha llegado a ese estado de quietud intelectual que los antiguos consideraban como el último grado de la sabiduría. El poeta se ha encontrado éticamente (¿cuántos artistas han llegado a encontrarse en este sentido?) y gravita con un paso firme la "montaña augusta de la serenidad." La vida se muestra a sus ojos en "amplias y claras perspectivas"; "la esfinge ayer sombría tiene hoy sus ojos serenos." Y por eso sus labios "antes pródigos de versos y de canciones, intentan ahora el deseo de animar a aquellos que desfallecen, de derramar bendiciones." Canta pues la Esperanza eterna "ruta del instinto que nos muestra una estrella interior"; alaba la

---

[2]Referencias a los poetas franceses Paul Verlaine (1844-1896), autor de Romances sans Paroles (1874); y a Albert Samain (1859-1900), autor de Chariot d'Or (1908).

Renuncia, ese bello gesto moral que nos libera de la tiranía del deseo insaciable; exalta a Nuestra Señora la Muerte, "pálida, pero serena," cuya "tierna boca" nos dará "en voz baja las respuestas a los por qué angustiantes que torturan la existencia." Pero, por momentos, el sabio tempera su acento demasiado austero con finas inflexiones de ironía o suaves frisones de ternura. Así, dirigiéndose a un escritor amigo (uno de esos intelectuales españoles formados en la cultura francesa que hacen hoy gala de germanofilia), dice con un encantador aire desenfadado: "A pesar de todo," "el oro de tus libros es buen oro de Francia, y lo que es tuyo...no es más que ingratitud." Y así, al recordar a la amable compañera de su vida en viaje sin retorno, modula una serie de elegías de un dolor tanto más amargo cuanto ella se muestra ahogada por una resignación contenida. Son las verdaderas perlas de poesía, de emoción, de amargura, que ponen en esta colección, bastante intelectual, y por eso un poco fría, un suave calor sentimental y un dulce esplendor de lágrimas.

El nuevo movimiento de nuestras letras ha encontrado en todas las repúblicas hispanoamericanas ardientes adeptos entre los jóvenes poetas. En Argentina, uno de sus más bellos paladines es Ernesto Mario Barreda. Simple, pero profundamente expresivo, este poeta es como una buena planta silvestre que florece por su propia virtud y por la virtud de la tierra y del cielo. Con acentos espontáneos, canta las sugestiones de su país primitivo y heroico o las emociones de su alma herida,

pero no vencida por la existencia, con la firmeza y la sinceridad de un hombre que ama la vida "hasta la muerte," con la simplicidad y el desdén del artificio de un artista que aspira a realizarse en conformidad con su corazón y con su conciencia estética. De este modo, en su primera colección, Talismanes, celebra la bella barbarie de los malones indígenas, o habla de la inquietud de su pena cotidiana. Solo a veces, se aventura también en "viajes" exóticos, fuera de sus dominios, o ensaya cantos en los que no se reconoce su acento individual. En cambio, en su último libro, La canción de un hombre que pasa, maestro de su inspiración y de su ritmo, saca constantemente sus motivos de la tierra natal y de su propia vida y siempre acorde su verso con la palpitación sana de su sangre o con el tono color de rosa de su espíritu. Así, celebra la elevada majestad del ombú legendario, la gran rusticidad de la Pampa materna, o nos habla de la alegría de su vergel dorado por el sol, y resonante de cantos de gallos, los azares de su camino por la vida, punto siempre fácil, mas siempre bello. Es una poesía cristalina y sabrosa que interpreta los sentimientos simples y profundos y estiliza las menudas cosas de la vida cotidiana. Nos gusta este género de poesía y lejos de creerla prosaica, como los críticos académicos, la concebimos como molde apropiado a la sensibilidad moderna; en su forma simple hemos escrito uno de nuestros libros, Romances de hoy, que todavía queremos.

En Chile, la nueva tendencia literaria cuenta con

numerosos prosélitos. Ernesto Guzmán se distingue entre ellos. Es un soñador sereno, meditativo, que inclinado sobre su corazón, sigue en su propio ser las voliciones de la vida universal, como un niño que, sentado al borde de un lago, contempla en el agua el estremecimiento de los árboles y la marcha de las nubes. Su introspección no es por lo tanto ese narcisismo irritante del contagio nietzscheano que se exterioriza en gestos egoístas y rebeldes; es una suerte de panteísmo universal que se exhala en imágenes apacibles, humildes, humanas. En su primera colección, Vida interna, sus poemas demasiado cargados de ideas parecen un poco pesados, de soplo lírico corto. Pero en sus Poemas de la serenidad y en su reciente colección, El árbol ilusionado, el pensamiento y la gracia poética se equilibran más, sus poemas cantan, sus versos baten las alas suficientemente. En su último libro, Guzmán celebra, como siempre, los seres o las cosas de la naturaleza reflejados en los pozos azules de su alma. Y he aquí que en sus poemas los árboles ofrecen su sombra con una dulzura humana, los cerezos se cubren de pétalos precoces con una coquetería femenina, mientras los hombres, en la gloria del día, ponen su sensibilidad al ritmo de la luz, y los muertos, devueltos a la tierra, exhalan "su bondad en el perfume" de las rosas. Sin duda, este poeta ha aprendido a ser elevado, a ser profundo, a ser humilde, al contemplar a través de su alma, sus montañas, su mar, su tierra. Sí, los libros pueden haberle prestado algo, pero la tierra le ha dado mucho

más. De ahí, que haya llegado a dar con su obra una nota potente y original en el concierto de la nueva poesía hispanoamericana. Desafortunadamente, para hacer quizás gala de austeridad ornamental, Guzmán se ha encerrado, en lo que concierne a la forma métrica, en nuestro "verso blanco" (verso de once sílabas sin rima), es decir en la forma más fácil y más monótona de nuestra poética; ésta da a sus poemas una uniformidad y una monotonía verdaderamente lamentables. Sin embargo, Don Miguel de Unamuno, en el prefacio de Poemas de la serenidad, alaba la forma del poeta y preconiza el verso blanco como la moda más rica de la versificación castellana. ¿Pero el ex-rector de Salamanca no ve que esta forma, limitada a una sola medida, es ciertamente menos variada que cualquier combinación de dos o de varios tipos de verso, como nuestra silva clásica o el versilibrismo moderno? En cuanto a la rima, creemos que ella es una nota de armonía cromática, por así decirlo, que matiza el verso. Guzmán debe sentir algo, ya que en sus versos blancos a menudo recurre al encabalgamiento, y en su última colección emplea a veces hasta el verso libre con ritmo uniforme y rimas poco frecuentes, pero que por lo tanto no dejan de matizar la melodía rítmica. A pesar del maestro, el discípulo ha encontrado luego el buen camino...

En el Perú, donde el Modernismo ha hecho escuchar una gran voz, pero no ese coro de voces que constituye un movimiento literario, algunos jóvenes poetas respetan todavía la estética modernista tanto como, por momentos, persiguen

igualmente el ideal mundonovista. De este modo Enrique Bustamante Vallivián es un soñador enamorado de las vieja civilizaciones fastuosas y feéricas, pero que siente también su tierra ruda y simple. En su primera colección, Elogios, alaba el Pasado de "rostro austero," la Mujer "divinamente adornada y pálida," la Lujuria, hermana del saber, en una serie de sonetos sutiles, a menudo exquisitos, impregnados del perfume de todas las literaturas, y a veces, compuestos extrañamente, a la manera de orquestaciones caprichosas. Pero en su pequeño libro Arias de silençio, que acaba de aparecer, expresa el sentimiento profundo de su alma delicada y ondulante, en piezas breves, vagas, extrañas, pero puras y sugestivas como frases musicales. Tal vez se sientan resonancias exóticas, arietas inefables de Verlaine o romances lunares de J. R. Jiménez; pero son ecos dispersos, fundidos en la armonía personal dominante. Además, Bustamante ha publicado en revistas de su país algunos poemas llenos de emoción autóctona o racial, vigorosos como los árboles de la tierra natal, libres como los pájaros de su cielo: formarán su próximo volumen, Odas vulgares. En cuanto recibamos este libro, nos ocuparemos más ampliamente de este poeta; por el momento, nos complace señalarlo como uno de nuestros jóvenes aedos de más bello porvenir.

La República Dominicana ha dado a nuestro movimiento modernista varios hombres de letras delicados, y ahora este pequeño país, que los Estados Unidos acaban de atropellar

impunemente, nos ofrece en Max Henríquez Ureña un escritor selecto. Muy culto e inquieto, al mismo tiempo que equilibrado, se ha manifestado al principio como un crítico de letras y de artes que sabe admirar la belleza y comentarla armoniosamente. Durante algún tiempo ha redactado con talento la crítica de libros en la revista cubana Cuba Contemporánea, y ha entregado últimamente un volumen de crítica musical, Tres poetas de la música, tan concienzudo como delicado. Pero Henríquez Ureña es igualmente un poeta refinado y puro, y esto no es un mínimo elogio, ya que entre nosotros se es fácilmente brillante pero difícilmente puro. En la colección Anforas, que acaba de publicar, habla con gracia y emoción de las penas de su infancia, de sus angustias sentimentales, de sus ansias de ideal, en piezas de corte nuevo, pero bien equilibradas, armoniosas. Desafortunadamente, sus versos muestran a menudo reminiscencias de ese modernismo de "sensaciones raras," de ese romanticismo "escala de Romeo" que ya no nos puede conmover. Sus "ánforas" están bien, pero nos gustarían más siempre llenas del buen vino de nuestra tierra. No dudamos que este poeta, que es un crítico sagaz, no tardará en darnos la razón.

Entre los jóvenes poetas de Cuba se distingue Regino Boti. Muy ferviente de la belleza y de las ideas, él se busca con entusiasmo y tacto, ya directamente, creando, ya indirectamente, discutiendo la técnica. De este modo, en su interesante colección Arabescos mentales, ensaya todas las

formas poéticas, y alcanza a menudo notas realmente bellas o delicadas; y en el estudio preliminar del volumen, revisa todos los procedimientos literarios y a menudo emite juicios perspicaces. Pero también, a veces, en sus poemas, se pierde en el verbalismo desmesurado o ñoño, y en su ideología cae en extraños errores de apreciación. Así, por ejemplo, osa decir en cierta página que envidia la lengua inglesa como expresión poética. ¡Podría envidiar el francés por su flexibilidad y sus matices, pero el inglés, esa lengua de clichés y de tan pobre vocabulario...! Es necesario creer que la obra de seducción del yanqui en la Bella Isla, después de haber tenido éxito en política, comienza a insinuarse en la cultura, para poder explicar semejante aberración. ¡Atención amigos de Cuba! La lengua es la expresión más fuerte de la personalidad nacional, ustedes bien lo saben...

En Ecuador, donde el movimiento modernista no tuvo representantes, hoy en día hay diversos jóvenes poetas de los cuales algunos siguen sus tendencias y otros se inclinan por el nuevo ideal. Uno de ellos es Wenceslao Pareja, que acaba de asegurarse en una pequeña colección, Voces lejanas, buen cantor de la naturaleza y de sus propios sentimientos. Ciertamente, él orquesta sus poemas a la moderna y no deja en sus versos de evocar a Manón o de soñar con "góndolas venecianas." Pero celebra sobre todo las grandes y bellas formas de la naturaleza, la selva, el río, el viento, las nubes, y sus elogios encuentran acentos profundos y tiernos.

Al bosque que abrigó su infancia, le dice: "Dame la armonía de tu exuberancia y el ritmo solemne de las grandes voces." Y tal vez se diría que ha sido escuchado. Sus "voces" no son entonces tan "lejanas" como su jactancia juvenil nos lo quisiera hacer creer, y en eso reside precisamente el mérito de su pequeña colección.

Entre los nuevos poetas chilenos, se distingue J. Lagos Lisboa, quien se inició en la época modernista. Es en general un poeta sincero, emotivo, lleno del sentimiento de la vida, nutrido con la savia del terruño. Bajo el título, Yo iba solo, acaba de entregarnos una selección de toda su obra. Repertorio de sus estados sentimentales y de sus vicisitudes, es forzosamente una colección compleja y desigual. Así, en ciertas páginas nuestro poeta hace "evocaciones románticas" o pronuncia "oraciones sacrílegas"; su inspiración parece bastante artificial y su voz se confunde con la de algunos mayores, como el gran Pedro A. González o el mínimo Juan de D. Peza. Mientras que en otra páginas, interpreta las "voces del terruño" o traza los "perfiles de la sierra" americana; y entonces sus versos exhalan el áspero perfume de la flora regional, y su acento puro y distinto nos revela un alma profunda y delicada de poeta. Lagos ha encontrado por lo tanto su camino y no lo sigue solo; con él avanza el espíritu de su tierra y de su raza.

En Uruguay, donde el Modernismo no ha encontrado partidarios vigorosos sino hasta estos últimos años, varios

jóvenes poetas parecen oscilar entre la estética de ayer, rebuscada y lejana, y el gusto de hoy, autóctono o simplemente vital. Así es el de Emilio Oribe. En su primera colección, Alucinaciones de belleza, y en su reciente libro, Las letanías extrañas, celebra los jardines exóticos donde exalta las sensaciones quintaesenciadas, pero interpreta también los sentimientos profundos y canta los soberbios pinos de las cordilleras. Todo eso en piezas tal vez no aún bastante puras, fluidas (a veces sus versos se adornan con ornamentos artificiales, la rima de los sonetos se fuerza) y de tono no del todo sincero, personal (a menudo, su fantasía flota en "sueños bizantinos," sus sentidos buscan la "vida enfermiza"); pero todo aquello también en armoniosa fuga imaginativa y vibrante expansión sentimental. Nos permitiríamos aconsejar a este joven poeta cerrar sus libros favoritos, olvidar sus sueños "literarios" preferidos, y concentrarse en profundizar en su alma. No dudamos que él no encuentra allí esa flor de la belleza que busca con ardor, flor simple y sin embargo única, como el lirio silvestre y magnífico de su tierra generosa.

Otro joven poeta uruguayo, Montiel Ballesteros, canta de manera espontánea, pura, cual ruiseñor primaveral. En su delicada colección, Emoción, nos habla, con una gracia ligera, de sus mañanas llenas de oro celestial y de sus horas familiares saturadas de ternura íntima. Es cierto que, además, presa de sugerencias foráneas, cede a la tentación de cantar a la "Dame Bohème" y a las modistillas que "atraviesan el

boulevard." Es que, novicio aún, presta un oído demasiado atento a ciertos nuevos poetas españoles, que reflejan ese parisianisme de cabellos largos del que los poetas parisienses ya no se acuerdan más. Pero Ballesteros es joven y tiene un alma de verdadero lírico. ¿Quién dudará pues que él no sepa reaccionar contra esas malas sugerencias y se mantenga en la sinceridad bella con la cual brillan la mayoría de sus poemas?

Entre los poetas peruanos más jóvenes, mencionaremos a Alberto Ureta. Bajo el título de Rumor de almas, acaba de publicar un pequeño conjunto de poemas en general delicados y sentidos. Pero quizás este poeta muestra igualmente las influencias que sufrió Ballesteros. Le comprometemos a leer un artículo de su compatriota J. de la Riva Agüero, sobre los jóvenes poetas de su país, artículo publicado en La Habana alrededor de 1914. No hablaremos plenamente como el prudente crítico peruano, ya que hay en España algunos poetas que son mejores que los imitadores, pero aconsejaremos a nuestros jóvenes poetas leer de preferencia una selección de nuestros líricos modernos y de los nuevos maestros extranjeros, puros, como Francis Jammes, o vigorosos como ese gran Verhaeren, a los que nunca dejaremos de echar suficientemente de menos, nosotros que hemos sido sus admiradores o sus amigos.

Mencionamos todavía a un joven poeta chileno, J. Munizaga Ossandón. En su primera colección, Las rutas ilusorias, busca con tacto y a menudo con éxito su tesoro interior, prefiriendo como guías a los nuevos maestros hispanoamericanos. Munizaga

acaba de obtener el primer premio en los Juegos Florales de Santiago. Nos permitimos sugerirle no intentar más los triunfos fáciles. Eso no es para él. Nombramos finalmente a P. González Castellu, joven poeta argentino que ha ingresado en las letras con una colección de poemas delicados y sinceros, De la ciudad y del campo. "Es la revelación de un espíritu lírico, escribe de este libro, en el prefacio, Roberto Giusti, la revelación de un espíritu lírico excelentemente dotado." Nosotros compartimos el parecer del autorizado crítico argentino.

Memento. -- He aquí algunas revistas nuevas. En Santiago de Chile, donde no había últimamente como publicación literaria más que una revista al gusto del vulgo que paga, acaba de aparecer una revista literaria selecta, Los Diez. Ella reúne las colaboraciones de los mejores escritores nuevos e incluye una sección de crítica literaria y de arte bien tenida; publica, además, en tomos suplementarios, obras de jóvenes escritores. En el primer número (septiembre) encontramos una especie de programa imaginativo muy personal de Pedro Prado, y de bellos poemas de Magallanes Moure y C. Mondaca. Su fundador es P. Prado, escritor joven pero ya conocido; nosotros lo hemos presentado como poeta: en nuestra próxima crónica hablaremos de él como prosista. En Guayaquil (Ecuador) ha comenzado la publicación de una joven revista literaria digna de todo elogio, Renacimiento. Dirigida por los

jóvenes poetas A. Falconi Villagómez y J. M. Egas, ella cuenta por colaboradores a la mayoría de los jóvenes escritores del país y trata de las letras hispanoamericanas en general. En el segundo número (agosto) vemos un interesante artículo sobre la "Nueva poesía en Guayaquil" de J. C. Endara, y algunas traducciones de Albert Samain por A. Falconi Villagómez; en el número 3 (septiembre), un curioso artículo sobre la joven poesía de Costa Rica, por M. A. Silva. En Buenos Aires aparece desde cerca de un año un hebdomadario muy interesante, de todo tipo de actualidad, dirigido por E. Emin Arslan, La Nota, que publica prosa y verso de buenos escritores nuevos y comenta día a día los acontecimientos intelectuales. Señalamos en el número 57 (9 de septiembre) un buen poema de Eduardo Talero, en el número 59 (23 de septiembre) un artículo sobre "El aniversario de la Marne" de J. de Vedia. En Montevideo se ha iniciado una revista pequeña, pero delicada, La Hoja, dirigida por los jóvenes escritores M. Ballesteros y S. C. Abella. Es una publicación de letras y de ideas de vanguardia y, por consiguiente, digna de toda simpatía. En el primer número (abril) se menciona el programa preciso y atrevido de la Dirección; en el segundo (junio) un bello articulito de Abella sobre Cervantes. En Cartagena (Colombia) ha nacido una buena revista de letras y ciencias bajo la dirección de G. Porras Troconis, Revista Contemporánea. Señalamos en el segundo número (agosto) un largo trabajo sobre "la lealtad y el honor castellanos en la literatura clásica" del Director, y un

artículo relativo a la guerra; "Como Byron," del distinguido escritor cubano E. J. Varona. Finalmente, en Caracas apareció hace poco una buena revista de carácter literario, Multicolor, dirigida por A. Fernández. El número 9 (11 de agosto), el único que hemos recibido, contiene buenas lecturas variadas y bellas ilustraciones.

XII*

La muerte de J. E. Rodó. -- Carlos Reyles: El terruño, "Renacimiento," Montevideo. -- Federico Gana: Días de campo, Ediciones de "Los Diez," Santiago (Chile). -- Angel Estrada: Las tres gracias (sin indicación tipográfica), Buenos Aires. -- Pedro Prado: Los Diez, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile).

Las letras hispanoamericanas, que sufrieron el año pasado con la muerte de Rubén Darío la pérdida de su mayor poeta, acaban de experimentar con la desaparición de José Enrique Rodó la pérdida de su mayor prosista. Pensador intenso al mismo tiempo que escritor muy delicado, Rodó era en nuestra literatura una figura sobresaliente, tan fuerte como atrayente; sus libros singulares han sido para la nueva generación algo así como un evangelio del pensamiento, de la estética, del idealismo personal y nacional. Su inesperada muerte sobrevino en el curso de un reciente viaje por Europa, en un rincón de Italia, y ha producido por consiguiente en su país, el Uruguay, y en toda América, una profunda impresión. La prensa, los centros literarios, la juventud intelectual, han pagado a su memoria el tributo de los homenajes más altos y más sentidos, mientras sus compatriotas reciben sus nobles

---

*16 de octubre de 1917.

despojos con honores manifiestos. Una larga y buena amistad nos unía a J. Enrique Rodó. Al comienzo de nuestra carrera literaria, nos escribió una bella página para servir de prefacio a nuestra colección Toisón, página que desgraciadamente no pudo encabezar el volumen. Hace un año, con ocasión de su último libro, El mirador de Próspero, hemos presentado en el Mercure (número del 1º de octubre), la labor de conjunto del ilustre escritor, con la admiración y simpatía que él nos infunde. Cuando aparezcan las obras que ha dejado inéditas, completaremos el estudio de su personalidad excepcional. Hoy, vamos a hablar de nuestros nuevos novelistas, dando cuenta de sus últimos libros.

Como ya lo hemos dicho, la novela se cultiva actualmente en nuestras letras por numerosos y entusiastas escritores. Tal como era la historia hace algunos años, este género es, hoy en día, objeto de una dilección ferviente. Es que, si la historia es la narración de la vida exterior, por así decirlo, de los pueblos, la novela es, en general, la interpretación de su vida íntima, profunda. De ahí viene que nuestros nuevos novelistas traten de preferencia el tema representativo, nacional o autóctono, esforzándose de manera de crear la verdadera novela hispanoamericana.

De este modo, Carlos Reyles, uruguayo, que es uno de nuestros mejores novelistas, se ha manifestado como un intérprete vigoroso y fiel del medio social de su país, distinguiéndose en la pintura de caracteres y en la crítica de

las costumbres tradicionales. Después de algunas intentos, bosquejos de personajes, escritos para "ejercitar la mano y para introducir una nueva técnica en la novela castellana," como él mismo nos lo decía por carta, publica una novela, Beba, bien ejecutada y bien escrita, la que fue la revelación de un novelista poco común. En seguida, escribió Raza de Caín, que se debe contar entre nuestras mejores novelas modernas; cuadro vasto y profundo de la vida social uruguaya, donde la intensidad psicológica se une a la sagacidad crítica y al transcendentalismo ideológico. Dejándose llevar por el entusiasmo de sus ideas filosóficas, publica a continuación una obra que se podría calificar de moral social, en la cual, desdeñoso de postulados ilusorios y de sueños inútiles, generadores de muchos de nuestros vicios colectivos, preconiza el egoísmo fortificante y el utilitarismo fecundo, llegando hasta a proclamar, como Zaratustra, la muerte de Dios, la debacle de todos los idealismos: La muerte del cisne.

En su último libro, El terruño, Reyles, volviendo al género en el cual ha triunfado, nos da una obra tan vigorosa como representativa: la novela de la tierra uruguaya, esta tierra rica y generosa que los habitantes sanos del campo se esfuerzan en fecundar, mientras que los hombres falsos de la ciudad se obstinan en devastarla con sus eternas revoluciones. Dos espíritus y dos actitudes sociales cuyo antagonismo constituye la trama de la novela, y que aparecen encarnados en los dos personajes principales: Mamagela, valiente mujer del

terruño, laboriosa y optimista que, guiada por el buen sentido natural y aguijoneada por el deseo de prosperar, logra hacer su fortuna y la de los suyos, esparciendo a su alrededor la alegría y el bienestar; Tocles, su yerno, pobre hombre de la ciudad, iluso y vanidoso quien, equivocado por la semi-ciencia universitaria, pierde su tiempo entre sueños vanos y proyectos descabellados y, aun cambiando bruscamente de ideas, no llega a hacer nada útil para sí o para la sociedad a la que pertenece. Alrededor de ellos se agitan diversos personajes secundarios más o menos representativos: Primitivo, el otro yerno de Mamagela, encarnación del gaucho bueno, hombre honrado y laborioso, quien no regresa a la ferocidad primitiva sino hasta después de la fatal desgracia; Amabilia, la mujer de Tocles, prototipo de la maestra de escuela altanera y presuntuosa, desorientada por su saber limitado; Pantaleón, representante del caudillo tradicional, producto de la barbarie ancestral y de la desastrosa política del país, que vive con la lanza en la mano, taciturno los días de paz, radiante en los momentos de lucha. En general, estos personajes sobresaltan, actúan, hablan con una notable vivacidad, con una evidente calidez humana. El excelente pintor de caracteres que hay en Reyles logra exteriorizar en ellos, no solamente los grandes rasgos que caracterizan el tipo genérico, sino también los matices íntimos que determinan el tipo individual existente hasta en los seres más anodinos. Ese es el mérito notable de la obra. Sin embargo, todos estos

personajes no tienen el mismo valor humano. Así, mientras Mamagela, esta excelente mujer que trabaja con animación, que bebe mate toda la santa jornada, que habla con un buen humor inalterable, nos parece llena de verdad, desbordante de vida; Tocles, ese hombre iluso y sin talento que, impregnado de filosofía abstracta y consagrado al apostolado idealista, por una causa de poca importancia, el fracaso de su candidatura a la diputación, cambia radicalmente de ideas, diserta sobre el idealismo vano y la mala política de su país con una lucidez y una sagacidad de la que es naturalmente incapaz; quien caído finalmente en el escepticismo y el disgusto por todo, en el momento en el cual se dispone a renunciar al mundo, se reconcilia con la vida y le vuelve el ánimo por obrar, porque una vieja mujer, su suegra, le dice con lágrimas en los ojos que lo quiere y lo comprende; esto último nos parece poco verosímil y menos vivo. Igualmente, Amabilia, la seudo-erudita que abandona sin pena su "apostolado" para sumergirse en el campo, a la zaga de un marido de quien está desilusionada, nos parece falsamente humano. Por el contrario, cuán profundamente real se muestra Primitivo quien, trastornado por la infidelidad de su esposa, se precipita en el vicio y la barbarie hasta suprimir al autor de su infortunio y perecer él mismo en el incendio de su granja; y cuán típico se nos presenta Pantaleón quien, en su fiebre belicosa, ataca al enemigo con una loca temeridad y, al verse perdido, se deja arrastrar por su caballo desbocado para no ser aprehendido

vivo. Es que Reyles, conducido ya por su instinto de artista, ya por sus ideas filosóficas, ha creado algunos de sus personajes con los elementos de la pura realidad, y ha tendenciosamente fraguado los otros para demostrar sus principios. Al observar con atención, se ve en esta obra una tesis que responde a las ideas filosóficas del autor: la bancarrota del idealismo desinteresado y el triunfo del utilitarismo dominador, proclamado en La muerte del cisne. ¿Se necesita refutar tales ideas? Si en el hombre existe el instinto de conquista y de dominación, fuente de progreso material, es evidente que existe en él igualmente el deseo de pureza y altruismo, origen de la superación de su naturaleza. ¿Y por otra parte, la norma de todo utilitarismo lícito, es decir verdaderamente útil, no es en definitiva el idealismo desinteresado? Los vicios políticos de su país, que tanto deplora el autor, tienen precisamente por origen el deseo excesivo de conquista y la ausencia de ese necesario idealismo. Sin embargo, esta tesis dudosa se muestra atenuada, sojuzgada (al punto que ninguno de los críticos de la obra ha hablado de ella) por los raudales generosos de verdad bien señalada, de realidad bien establecida, que envuelve la acción como una vegetación espontánea, exuberante. Por desdicha, tal calidad no reina con el mismo vigor en el fondo del cuadro, ni en ciertos detalles. Las descripciones del medio material son breves y poco características; los paisajes raros y nada sugestivos; además el lenguaje de los personajes resulta poco

natural debido a la longitud de las tiradas, y descolorido por falta de giros populares.

Federico Gana, chileno, se ha mostrado desde hace algunos años como un cuentista muy intenso y muy delicado, pintor de la vida rural de su país. Cuando nuestro movimiento modernista renovaba y desarrollaba todos los géneros literarios, Gana se consagra con tanto entusiasmo como tacto a estilizar nuestra vida campesina. Ciertamente, nuestros antiguos novelistas, Jotabeche, Blest Gana, Barros Grez habían tratado ya la materia, pero, preocupados por fotografiar las costumbres, en general no habían llegado a dar a los caracteres y al paisaje más que imágenes indecisas, manchadas de irritante vulgaridad. Gana, guiado por su gusto refinado formado en la lectura de los grandes novelistas rusos, ha venido a liberar de esta vida primitiva y extraña lo que hay en ella de profundamente humano, típico, original, en cuentos tan animados y pintorescos como puros de factura; estos relatos publicados en revistas han sido el punto de partida de todos los jóvenes que luego han cultivado este género, los cuales, si no se han inspirado siempre en ellos, han por lo menos tomado el impulso inicial. Desafortunadamente este bello escritor, desalentado por el ambiente refractario y envuelto en la desastrosa bohemia de las letras del momento, ha producido poco y no había publicado libros, ocupando su tiempo en proyectos y en sueños más que en labor.

En fin, bajo el título Días de campo, acaba de darnos una

colección de sus mejores cuentos. Estos son, en efecto, escenas observadas o impresiones vividas por el autor durante los días que pasó en la hacienda de su familia, en una región pintoresca del campo chileno. Impulsado por el deseo de estricta verdad, Gana se contenta con narrarnos directamente lo que ha visto o sentido; mas su mirada ha sido tan penetrante, su manera de sentir tan profunda, que él llega, en estos simples croquis de la realidad, a darnos casos de la vida potentes y característicos, a presentarnos personajes llenos de humanidad y de color local, a ofrecernos paisajes que se sienten impregnados del perfume áspero de la flora autóctona. Obsérvese la historia de esa pobre chica que, precipitada en la deshonra por un padre sórdido, desdeñada a causa de eso por el huaso[1] que ella ama, muere de pena; la vida de ese campesino rudo y generoso que, habiendo llegado a hacerse de una pequeña fortuna, recoge en su casa, como a una reina, a su antigua propietaria caída en la miseria. Véase a ese peón pobre y despreciado que, bajo su aspecto tímido y su poncho gastado, esconde el alma de un héroe anónimo, defensor devoto de su patria; ese mendigo asesino que confiesa con jactancia lo que ha hecho y que "Dios mismo no podría deshacer," matar como un perro al caballero que le ha muerto a su perro. Mírense esos verdes pastizales, esos cercos llenos de ganado, sombreados a veces por grupos de añosos árboles donde florecen plantas parásitas; esa montañas acorazadas con

---

[1]huaso. Variante de guaso 'campesino de Chile'.

nieves eternas en cuyos senderos abruptos los pastores luchan con los pumas. Así es la vida, los hombres, la tierra de esa región primitiva y vigorosa, en su realidad palpable y en su lejana sugestión. Es que este escritor une a la fuerza de la percepción un arte consumado. De este modo, no solamente determina en las situaciones el verdadero interés humano, y acentúa en los personajes los rasgos exteriores y psíquicos característicos, sino que, además, pone igualmente en las descripciones el color local justo en el toque preciso; desarrolla la psicología en el curso mismo de la acción sin hacerlo sentir; en fin, hace hablar a los campesinos su lengua propia, sin abusar de barbarismos ni emplear el medio anti-literario de la traducción fonética, anotando sus maneras ingenuas, sus exclamaciones particulares, sus giros sabrosos. Su libro, de apariencia ligera, fácil, es en realidad una obrita perfecta en su género.

Angel Estrada (hijo), argentino, se ha hecho notar como un hombre de letras muy diestro y delicado, cultivando todos los géneros de imaginación desde el poema hasta la novela. Aguijoneado por lo que él llama "la inmortal inquietud," ha vivido en viaje continuo por el viejo mundo, en perpetuo estudio de las letras y del arte, en eterna búsqueda de la belleza y del ideal, interpretando sus sensaciones, sus meditaciones, sus estados de alma bajo diferentes formas y con tanta ciencia como arte y sentimiento, ya que él es la vez un estudioso, un estilista exquisito y un sentimental apasionado.

De este modo, ha publicado dos gruesas colecciones de poemas, Alma nómada, El huerto armonioso, impresiones líricas brillantes o delicadas, aunque a veces, un poco frías o amaneradas, debido, quizás, al molde métrico del cual no llega siempre a convertirse en maestro. Ha escrito dos novelas, Redención, La ilusión, historias de amor y de exaltación artística, en las cuales la psicología excepcional se alía con un esteticismo refinado y místico. Ha publicado también numerosos libros de ese género tan moderno de impresiones paralelas de viaje, de arte, de vida: Del color y la piedra, Formas y espíritus, Calidoscopio, etc., páginas deliciosas, seductoras y sugestivas, llenas de matices, de gusto, de emoción. Este escritor artista, enamorado de todos los esplendores, no podía dejar de buscar motivos en las épocas antiguas de refinamiento y de arte. Ha hecho, en una pieza dramática, evocación de la edad azul de los trovadores provenzales, Cadoreto, y acaba de lograr, en una obra novelesca, la reconstitución de los días purpúreos del Renacimiento italiano, Las tres Gracias. Esta última es verdaderamente una visión integral, deslumbradora, de esta época incomparable, bella e inspirada, como exaltada por el esplendor de la estatuaria antigua entregada a la admiración de los hombres por la antigua tierra ilustre. ¿Las tres Gracias? Pellinetta, Milantia, Novella, las tres heroínas del libro. Buscando un loable plan original, Estrada nos hace ver, en el prólogo, a un viejo artista y humanista nutrido de

cultura antigua y de filosofía platónica, que toma a estas tres bellezas como modelos para pintar un cuadro de las tres Gracias. Luego nos narra, en tres largos capítulos, la historia de cada una de ellas. Historias ardientes y fatales, iluminadas por todos los dones de la vida espléndida y finalmente ensombrecidas por todos los rigores del destino adverso. Pero, a través de estas vidas, al lado de estas figuras, el autor hace actuar a una multitud de personajes, los príncipes, los artistas, los humanistas de la época; describe numerosas fiestas o diversiones públicas, banquetes, entradas triunfales, cortejos, representaciones de alegorías o de misterios; cuenta diferentes hechos políticos o guerreros, los ardides diplomáticos de Julio II, su campaña fulminante contra Bolonia; pinta, en fin, ciudades, regiones, monumentos, obras de arte, Roma, Siena, Rávena, la campaña de Albano, los mármoles antiguos exhumados, las pinturas de Rafael en el Vaticano... Y todo aquello en una serie de cuadros brillantes, prismáticos y minuciosos, como pinturas boticellianas en un estilo vibrante, irisado, y sutil, como una red de gemas, con un vocabulario opulento apenas acrecentado de neologismos, donde hay la palabra adecuada para los accesorios menos importantes. Pero también todo aquello con un desfile de personajes, con una serie de escenas, con una prodigalidad de suntuosidades, con una tumultuosa, vertiginosa, excesiva profusión de detalles. Sin duda, hay personajes muy bien trazados, como Novella, Miguel Angel,

Julio II; hay cuadros muy vivos, como la fiesta en los jardines de la Farnesina; hay descripciones muy firmes, como aquella de la obra de Rafael; pero la mayoría de esos personajes que aparecen sin preparación, de esas escenas que se acumulan sin orden, de esas descripciones de un impresionismo fogoso, en manchas flotantes, sin apoyo de dibujo, parecen indecisos y algo artificiales, dando más que la impresión de la vida, la sensación de un enorme lienzo decorativo en el cual las figuras, las guirnaldas, las flores, se agrupan, se estrechan, se entrelazan brillantemente, pero de ningún modo naturalmente. Es una lástima, ya que con más orden, selección, mesura, este bello libro hubiese sido una obra perfecta.

Pedro Prado, chileno, se ha dado a conocer sobre todo como un poeta singular, pero él se ha manifestado también como un prosista y novelista poco común. Desdeñoso de todo juicio retórico o filosófico anticipado, se ha esforzado en interpretar la belleza visible del mundo al mismo tiempo que esa belleza oculta que está en la esencia de las cosas y que los hombres llaman verdad, libremente, a veces torpemente, ya en versos de la mayor libertad, no siempre logrados, ya en una prosa rara, muy sabrosa, aunque a veces algo forzada. Nos hemos ocupado anteriormente de su obra en verso. En prosa, ha publicado una colección de poemas <u>La casa abandonada</u>, pequeñas piezas intensas y extrañas en las cuales el poeta pensador que hay en Prado logra darnos la sensación del "paso de las cosas

invisibles." A continuación, nos ha ofrecido en La Reina de Rapa Nui, una pequeña novela que une a la extrañeza de la fantasía y a la fuerza del pensamiento habituales del autor, un equilibrio de ideas y una pureza de factura raras en él. Esa viene a ser, según nuestro parecer, su mejor obra. Es la historia de un viaje a la Isla de Pascua, esa colonia chilena perdida en la inmensidad del Pacífico, en la cual el protagonista nos pinta la vida dichosa, aunque amoral, de los indígenas, sus costumbres libres y pintorescas, al mismo tiempo que nos narra sus amores con la encantadora pequeña reina de ese país misterioso lleno de ruinas de templos prehistóricos. Sin duda, se trata de un cuadro imaginario y hasta algo simbólico, pero hay en la narración un colorido tan verdadero y un sentimiento tan profundo de la existencia primitiva y del medio lejano, que todo en él nos resulta, por arte de magia, realidad de vida y de belleza, y que la obra nos parece así una novela exótica concienzudamente ejecutada, un idilio de amor y de muerte vivido con intensidad.

El último libro de Prado, Los Diez, es una narración francamente imaginativa y simbólica. Se trata de un grupo de artistas que viven en un viejo claustro, en comunidad de trabajo y meditación, haciéndose partícipes de sus pensamientos en largas discusiones líricas. Hay en la obra páginas muy bellas, llenas de ideas curiosas y de imágenes extrañas; sin embargo la historia permanece sin emoción, sin vibración humana: su simbolismo no es el de la vida, sino el

de las ideas éticas o estéticas del autor. Es cierto que la descripción del claustro con su campanario melodioso y su pozo poblado de sapos centenarios dan una impresión penetrante de vida misteriosa, así como los discursos de los artistas alcanzan a veces notas del más elevado lirismo. Pero el relato del Padre Errante, que constituye el núcleo temático, parece frío, descolorido, artificial: se diría que éste declama una fábula moral y algo sarcástica, callando sus aventuras verdaderas. Felizmente, hay en el libro una imagen final que es un hallazgo de belleza y de <u>verdad</u>: esa Barca de los Diez, cuando estos la ocupan, comienza a ascender, a ascender por el cielo azul y, a medida que se eleva, se inflama poco a poco al punto que, "si hubiese sido posible que los poetas y los niños de la tierra hubiesen venido a verla, la hubiesen visto pasar como un pájaro luminoso." La Barca Estrella, el esquife de los sueños de todos los artistas. ¿No es un símbolo digno de la imaginación de un gran poeta?

XIII*

La crítica nueva. -- F. García Godoy: De aquí y allá, Santo Domingo, Tipografía del Progreso. -- Roberto Giusti: Crítica y polémica, Buenos Aires, "Nosotros." -- Memento.

El movimiento modernista que anima y renueva tan profundamente nuestra poesía y nuestra prosa de imaginación no podía dejar de fortalecer y de modernizar el género que es como la consecuencia o la emanación: la crítica. A la crítica caduca, de espíritu dogmático, docta o ligera, pero siempre insensible y mezquina, que reinaba en todas nuestras letras a pesar de la revolución romántica, le ha seguido la crítica moderna de espíritu libre y equitativo, sensible a todo género de belleza y estimuladora de todo esfuerzo sincero. Fueron divagaciones, más o menos sentimentales en frases seductoras, de la crítica impresionista, cuya aspiración era, de acuerdo a uno de sus mejores representantes, Gómez Carrillo, "escribir una bella página con ocasión de un libro admirable." Y éste ha sido el comentario delicado y refinado, bajo una forma a veces imaginativa o lírica, de lo que podría llamarse la crítica artística, de la cual los exquisitos capítulos de Los raros de Rubén Darío han sido la expresión más elevada. El movimiento mundonovista actual, al mismo tiempo que ha adaptado las

---

*1º de marzo de 1918.

conquistas modernistas, las ha flexibilizado de acuerdo a las exigencias presentes, y ha orientado nuestra crítica hacia la verdadera crítica nueva, es decir hacia la interpretación sentida, pero profundizada, el comentario integral, pero directo, cuyo fin supremo es estimar cabalmente, crear valores. Por consiguiente, nosotros que hemos sido, salvo raras excepciones, críticos improvisados, ocasionales, tenemos hoy en día críticos verdaderos, que trabajan concienzudamente, de acuerdo con la nueva concepción de su rol. Naturalmente, hay aún ciertos críticos que se obstinan en contarnos su alma, en confiarnos el fruto de sus lecturas o en echar mano a ese viejo instrumento que de ningún modo nos conmueve, la publicidad mutua.

F. García Godoy, de la República Dominicana, es uno de los más autorizados entre nuestros críticos actuales. Hombre de estudio y de acción, meditativo y fervoroso, se ha demostrado como un comentador sagaz de las letras y de las ideas modernas al mismo tiempo que un paladín ardiente de un nacionalismo tan elevado como favorable a los intereses de su patria y en general a toda la América latina. Muy letrado, al corriente de la producción literaria nacional y extranjera, al mismo tiempo que enemigo de la crítica que se atribuye el rol de "policía intelectual," se complace en dar a conocer, con ocasión de libros o acontecimientos transcendentales, sus impresiones o sus reflexiones, su emoción o su pensamiento, con un espíritu elevado y sereno, en un lenguaje vibrante y

persuasivo donde se transparenta esa virtud "expansiva de comunicación emocional" característica de todo "verdadero artista" de la palabra. Por lo tanto, él se interesa menos en analizar, en estudiar la técnica, en clasificar, que en interpretar la impresión, en desarrollar las ideas o discutir los principios, cultivando la síntesis, cara a su espíritu de pensador. Por consiguiente, su crítica tiene todavía un poco de la manera impresionista, pero tiene igualmente, y mucho, de ese género eminentemente moderno, el ensayo. De este modo, García Godoy ha formado varios volúmenes de crítica de letras y de ideas, Recuerdos y opiniones, Impresiones, Perfiles y relieves, La hora que pasa, Páginas efímeras, La literatura americana de nuestros días, de los cuales el último es una serie notable de capítulos consagrados a nuestros escritores modernos, bastante incompleto, no obstante, para un título tal. Por otro lado, hijo de un pequeño país convulsionado por disputas intestinas continuas y amenazado por el poder imperialista al acecho, que ha absorbido a Puerto Rico, ha debido consagrarse a una acción nacionalista intensa para sublevar e inspirar el espíritu colectivo, con vista a conjurar el peligro exterior e interior. Ha publicado con este fin diferentes opúsculos políticos e históricos, La patria y el héroe, Bajo la dictadura, etc. Y pensando que el arte, "sin desprenderse de su finalidad estética," "atesora un verdadero valor pragmático," ha escrito tres novelas, Rufinito, Alma dominicana, Guanuma, que son cuadros vibrantes y sugestivos de

la antigua vida nacional heroica y gloriosa. El año último, cuando el invasor ocupó impunemente la Isla sagrada en la que yacen los restos del hijo del Descubridor, García Godoy publicó un libro "de psicología nacional y de vibrante protesta" contra el incalificable atentado. Pero este libro no pudo circular, el gobierno extranjero lo había confiscado...

Poco tiempo antes, había publicado una recopilación de crítica, De aquí y allá, que viene a ser su último libro. Al igual que todas sus obras de este género, se trata de una serie de meditaciones e impresiones acerca de diversas figuras, de actualidades literarias o sociales de América y de Europa. Encontramos allí capítulos consagrados a diversos escritores hispanoamericanos nuevos, como el gran pensador uruguayo J. E. Rodó, el poeta dominicano G. Deligne, el historiador peruano de la Riva Agüero, o bien a diferentes divulgadores y políticos de la Antillas, como el sociólogo puertorriqueño E. M. de Hostos, el hombre público dominicano Duarte, el historiador Moya, de la misma nacionalidad; igualmente se encuentran otros capítulos consagrados a diversos libros de autores europeos, como La locura de Jesús, del Dr. Binet-Sanglé, Mafarka el Futurista, de F. T. Marinetti, El diario de Bucaramanga, escrito por L. Péru de la Croy, militar francés del Imperio que combatió bajo las órdenes de Bolívar, y publicado por C. Hispano, o bien diversos acontecimientos sensacionales, nacionales o extranjeros, como el cincuentenario de la independencia de

Santo Domingo, la triste suerte de Bélgica en la guerra europea... García Godoy nos habla de estos temas heterogéneos con tanto conocimiento como sagacidad y elevación; pero nos habla sobre todo de las ideas o de los sentimientos que tales temas le han sugerido, exponiendo sus puntos de vista o desarrollando sus opiniones en lo tocante a los más importantes asuntos ideológicos o literarios. Es así como, al tratar la obra de Moya, él da la concepción del verdadero historiador, que "debe poseer el poder de evocar un hecho sin falsear en nada su realidad desnuda"; "el historiador artista, sin alterar la verdad, transforma el bloque de espeso granito de un acontecimiento en bello mármol esculpido." De este modo, al hablar del joven escritor R. Sánchez, fuertemente influido por Nietzsche, libera el alcance de este filósofo, cuya doctrina, exteriormente fascinadora, es en el fondo "una concepción de una artificialidad patente," ya que, como todo lo anti-humano, está desprovisto de "ese poder de simpatía comunicativa," "que se substancia en los más prolíficos elementos de la excelencia de nuestro espíritu." El verdadero superhombre sería el ser de visión tan "amplia y tan luminosa," que haría brotar "a su paso a través de la vida" las "flores divinas" "del amor, del entusiasmo, de la caridad y de la fe." (¿No es precisamente lo que nos ha dicho Louis Mandin en un poema admirable de su última colección?) Y es que al considerar la violación de Bélgica, él descubre la causa oculta de la guerra actual en la fe insensata de Alemania y en

la Fuerza "absolutamente desligada de todo vínculo sano de estética." Error evidente sostenido, sin embargo, por sus intelectuales, ya que "los ejércitos formidables, los cañones monstruosos, todos los medios de destrucción que ha inventado o que podrá inventar el hombre se estrellarán al fin contra el muro formidable de las ideas de renovación social cada día más esparcidas y más consistentes." Este libro heterogéneo, fragmentario, muestra por consecuencia la unidad más intensa, aquella del pensamiento que le da la vida; ya que allí se ve reflejada la "manera personal de contemplar y de sentir las cosas del mundo intelectual y del mundo afectivo" de ese espíritu tan elevado como generoso.

Roberto Giusti, argentino, es un buen representante de nuestra verdadera crítica nueva. Experimentado y equilibrado, se preocupa principalmente en sus trabajos de fijar los valores y establecer las clasificaciones, aunque se complace igualmente en el análisis comentado y no desdeña la interpretación emotiva. El cree que la crítica debe ante todo "clasificar y definir con claridad y precisión." Además, ferviente y cultivado, se entrega a una campaña activa en favor de esas reglas eternas indispensables a todo arte literario, la corrección, la mesura, la armonía, con un rigor y una transparencia que alcanzan a veces el sarcasmo y el vapuleo. Según su opinión, el crítico debe señalar el bien y censurar el mal "con igual rectitud, y debiera hasta herir la vanidad de un amigo." Es también nuestra opinión y, si bien

algo más moderadamente, no hacemos otra cosa, sin temer el rencor implacable de las vanidades ofendidas.

Guiado por tal fervor, con veinte años, Giusti concibió la audaz idea de publicar una gran revista literaria en un medio donde prosperaban solo los diarios informativos y las revistas de cubierta de colores. Fundó entonces con un delicado letrado, A. Bianchi, la revista Nosotros, que se convirtió muy pronto en el órgano de la joven literatura argentina y que es hoy día la publicación literaria más notable de toda la América hispana. Giusti ha dado a esta obra sus mejores esfuerzos; al mismo tiempo que compartía la ruda tarea de la dirección, ha colaborado frecuentemente en ella, y ha dirigido las rúbricas críticas de "Poesía" y de "Letras argentinas." Utilizando este trabajo, ha publicado un libro sobre el movimiento poético argentino de hoy: Nuestros poetas jóvenes. Es un estudio completo, concienzudo y sugestivo, en el cual presenta con tanta sagacidad como imparcialidad a todos los nuevos poetas de su país, deteniéndose en los más notables, Lugones, Banchs, Estrada, Montagne, etc. Ha dado de este modo a la joven poesía nacional un servicio valioso, positivo. Sin embargo, este libro ha sido discutido con violencia. Los descontentos han acusado a su autor de hacer crítica de profesor: Giusti lo es. Acusación grave. Esta crítica, muy meticulosa en lo que hay de exterioridad, es en general ciega a lo que concierne al espíritu de las obras. Tenemos un ejemplo alarmante. Un profesor francés más o menos

hispanófilo, haciendo una reseña de nuestro poema La piedad sentimental, señala como signo de incapacidad lo que hay en la manera ensayada y se detiene largamente a comentar las notas finales que habíamos incluido solo para alcanzar el número de páginas exigidas por el editor. Es que los profesores, que generalmente no son artistas, no sienten el arte, y por consiguiente solo tienen éxito al ocuparse de autores antiguos cuyos valores ya están establecidos. Este no es el caso de Giusti. La mayor parte de sus juicios muestra una perspicacia capaz de comprender la belleza, lo que prueba una muy fina sensibilidad de artista. Naturalmente hay sus errores u omisiones. Pero eso es el resultado de su educación demasiado exclusivista, de su entusiasmo sin medida por los clásicos y de su conocimiento incompleto de la poesía francesa moderna. Es por esto que busca ante todo en la poesía "las ideas," que desdeña el versolibrismo y califica de decadentes a los versificadores de formas contorneadas, flotantes o arbitrarias. Así pues, lo esencial del lirismo es el sentimiento o la sensación; las ideas no pueden entrar sino bajo la condición de ser transmitidas a través del corazón, sensibilizadas. El error de la mayoría de los clásicos, y que convierte a su poesía en simple elocuencia versificada, es precisamente el empleo de las ideas como conceptos filosóficos, históricos o políticos. El sobrenombre de decadentes fue dado particularmente en Francia a ciertos poetas de inspiración mórbida, pero que no se aventuraron

mucho en las innovaciones rítmicas. Estos poetas no han tenido entre nosotros más que raros partidarios, y en una parte reducida de su obra, como Julián del Casal, y Leopoldo Lugones en dos o tres piezas de su primer libro. En cuanto al verso libre, hay que distinguir dos formas, la que está constituida por versos más o menos amorfos, de ritmo poco perceptible o nulo, y aquella que está formada por verdaderos versos clásicos o nuevos, de ritmos diferentes, pero entremezclados con tacto. Si la primera es censurable porque es evidentemente anárquica, esta última tiene la métrica más propicia para la compleja sensibilidad actual, ya que ella se adapta mejor que ninguna otra al desarrollo natural del pensamiento.

En su último libro, Crítica y polémica, alternan el crítico y el paladín de la cultura que hay en Giusti. Encontramos allí vibrantes páginas combativas en la cuales, ya incisivo, ya irónico, pero siempre razonable y fino, él responde a los censores de su primer libro, con tanta lógica como desenvoltura; pone a punto o ridiculiza algunas obras mediocres o mal intencionadas que la crítica "normal" ha exaltado a pesar de todo, como cierto drama histórico de un orador con pretensiones de poesía y ciertos Elementos de historia contemporánea que son un "alegato en favor de las causas más indefendibles"; o bien señala y condena algunos vicios literarios que se propagan de manera alarmante en la elocuencia, los escritos políticos, y hasta en la enseñanza, como "el frenesí de la metáfora" y los atentados contra la

lengua. Sabemos que en Argentina se habla un castellano muy defectuoso, no solamente por el pueblo, sino también por los medios cultivados, donde hay un divorcio absoluto entre la lengua hablada y la que escriben los buenos autores. Giusti aboga por la ortografía impunemente ultrajada por los estudiantes de los liceos y hasta de la Facultad de Letras. Es de esperar que extienda su campaña a la lengua hablada conjurando a la élite a expresarse correctamente, sin temer imitar a los "gallegos..."

Además, hay en este libro bellas páginas de crítica serena, y a veces, ferviente. Muy buen conocedor de la literatura italiana, Giusti consagra capítulos notables a dos de los mayores poetas italianos modernos: Carducci y Pascoli. Admirando sin reservas al autor de las Odas bárbaras, desea ver extenderse en América la influencia de su obra, de su poesía elevada y también de su forma métrica adaptada de la antigua. Yo comparto su admiración por el ilustre poeta, habiendo sido el primero en consagrarle un estudio en nuestra lengua, pero creo fuera de lugar su entusiasmo por la adaptación del hexámetro, estando dada la diferencia básica de las métricas antiguas y moderna. No es posible dar a tal adaptación una forma fija, rigurosa; también aquellos que lo han intentado entre nosotros no han podido en realidad hacer otra cosa que versos libres sin rima, como ya lo ha hecho notar Henríquez Ureña. Pascoli, ese poeta encantador de la naturaleza, merece ser considerado, y si se quiere, seguido en

su forma viva y singular, con sus audaces onomatopeyas, aunque no en sus temas de evocación antigua. Debemos huir de las exhumaciones mitológicas tanto como de las reconstrucciones versallescas. Seamos mundonovistas. Naturalmente, Giusti se ocupa de algunos escritores modernos hispanoamericanos. Habla extensamente, entre otros, de J. E. Rodó que él designa como el maestro único y verdadero, de E. M. Barreda, de cuya obra poética da un juicio definitivo, al mismo tiempo que consagra páginas conmovedoras a tres jóvenes escritores muertos recientemente: al uruguayo F. Sánchez, al argentino Mas y Pi, al boliviano Ipiña. Finalmente el joven poeta argentino Fernández Moreno es objeto de un capítulo que es un modelo de análisis y de interpretación emotiva, mostrando plenamente en su autor las cualidades que sus censores le niegan.

Memento .-- Con el título de Cultura, ha aparecido en Bogotá (Colombia) una revista de letras y de ciencias que es la publicación más importante del país en este género; dirigida por los muy conocidos letrados A. Nieto Caballero y Gustavo Santos, reúne la colaboración de los mejores escritores colombianos; publica curiosas ilustraciones de los antiguos monumentos nacionales. En el número de mayo señalamos un interesante artículo de Grillo: "Teatro de razón y teatro exótico"; en el de septiembre-octubre, un notable trabajo sobre Bolívar, por Cornelio Hispano.

Ha comenzado a aparecer en Londres una edición en lengua

española de la casa Marconi, el Marconigrama, bajo la dirección del distinguido escritor colombiano Enrique Pérez; publica numerosos e interesantes trabajos literarios. En el fascículo de julio, señalamos un curioso artículo de P. C. Dominici, denunciando el plagio hecho por P. Gener de su novela Dionisios; en el de noviembre, un interesante artículo de E. Vallenilla Sanz, "Refutación a un libro argentino (La Argentinida, de R. Rojas). En Buenos Aires se publica una revista bi-mensual de política y de literatura, Nueva Era, que reúne la colaboración de la mayor parte de los jóvenes escritores de valor; está dirigida por el conocido divulgador J. F. Mantecón. Señalamos allí un excelente estudio de E. Montagne, distinguido poeta y crítico, sobre "La nueva poesía argentina" (números del 10 de abril, del 1º, 10 y 25 de mayo) y una interesante nota sobre "La causa de los aliados en Argentina" (número de octubre).

XIV*

La crítica nueva. -- Pedro Henríquez Ureña: El nacimiento de Dionisos, New York, Imprenta Las Novedades. -- Pérez y Curis: El marqués de Santillana, Iñigo López de Mendoza, Montevideo, "Renacimiento." -- J. D. Moscote: Páginas idealistas, Panamá, Tipografía Moderna. -- Memento.

Tal como lo hemos mencionado en nuestra crónica anterior (número del 1º de marzo) hay actualmente en las letras hispanoamericanas un movimiento de crítica que corresponde a aquél de la poesía y de la prosa de imaginación, es decir de acuerdo con el espíritu moderno y con nuestro medio literario, en el cual todo está aún en creación; es lo que hemos llamado la crítica nueva.

Pedro Henríquez Ureña, de la República Dominicana, ha sido uno de sus primeros paladines. Cuando la crítica impresionista y aquella que nosotros hemos denominado artista reinaba en nuestras letras, al mismo tiempo en que nosotros declarábamos en el prefacio de nuestro libro, Los modernos, que la crítica debía ser algo más que una impresión en frases brillantes, él se entregaba a cultivar este género con una profundidad y una precisión de forma insólitas en ese momento entre nosotros. Es un crítico de literatura y de ideas,

---

*1º de julio de 1918.

reflexivo y sagaz, que une a la erudición y al respeto del patrimonio clásico el conocimiento y el amor del pensamiento y de las formas modernas. De ahí su criterio amplio, su gusto matizado, y esa "gravedad" alabada por Menéndez y Pelayo, que le hicieron ocuparse con igual interés del humanismo del maestro Pérez de Oliva y del pragmatismo de William James, del teatro de Alarcón y de la métrica de Rubén Darío. El cree que "el estudio de los grandes autores" puede constituir una "disciplina," pero piensa que todas "las reglas" son inútiles, porque cada obra de arte auténtico, siendo "la plena revelación de una personalidad," es en realidad "una invención." Es de esta manera un profesor poco común, de pensamiento amplio, de sensibilidad refinada. Formado en la admiración del ilustre Menéndez y Pelayo, que vino a esclarecer tantos rincones obscuros de la cultura española, le gustan los trabajos de especialización y también el método directo, complaciéndose, más que en tratar los asuntos en su totalidad, en considerar un aspecto con la mayor profundidad, y con una concisión que llega a veces a la esencia. Así, ha estudiado nuestro verso de once sílabas o ha hecho la crítica del positivismo de manera definitiva en páginas relativamente poco numerosas. Sin embargo, hay que reconocer que este crítico, muy perspicaz en la apreciación de los "elementos externos" de los autores o de las obras, se extravía a veces en el juicio de sus "elementos internos." Por ejemplo, él que ha tratado con tanta sagacidad la forma métrica de Rubén Darío

y la manera dramática de Alarcón, nos dirá que Prosas profanas no es más que una "diversión momentánea, divagación juvenil," y nos presentará al español Gabriel y Galán como un poeta singular por la razón de ser "clásico por temperamento y por educación"; cuando el lirismo refinado de ese libro famoso ha sido una modalidad propicia, necesaria a nuestra poesía demasiado espontánea, casi de improvisación, por su refinamiento, por su iniciación al arte; mientras que en América hay poetas a la manera de Gabriel y Galán, tantos como queramos: todos los que salen de los semilleros de los jesuitas y que están predestinados a ser miembros correspondientes de la Academia española; baste citar al argentino Calixto Oyuela y al chileno F. Concha Castillo.

Henríquez Ureña ha producido ya una obra tan concienzuda como interesante. Primeramente dos volúmenes de crítica de letras o de ideas: Ensayos críticos, estudios sobre diferentes escritores europeos o americanos; Horas de estudio, recopilación de trabajos diversos, filosóficos o literarios; luego algunos opúsculos de crítica erudita: El Maestro Hernán Pérez de Oliva, Don Juan Ruiz de Alarcón, etc.; en fin, ciertos trabajos profesionales: La enseñanza de la literatura, Tablas cronológicas de la literatura española... Pero Henríquez Ureña ha cultivado igualmente las letras de imaginación. Adolescente, hizo versos; hoy, acaba de entregarnos una tragedia, El nacimiento de Dionisos; aunque en tales obras de inteligencia prime la fantasía, esto sobre todo

en la última. Al escribirla (nos lo dice en el prefacio, a manera de "justificación"), se ha propuesto hacer un "ensayo de la tragedia antigua," "imitar la forma trágica en uso durante el período inmediatamente anterior a Esquilo," reconstituyendo así ese modelo olvidado que es, sin embargo, la forma originaria del teatro griego. Con tanto sabor como gusto, evoca así el radiante hecho mitológico del advenimiento del dios efebo cuya corona es de pámpanos y de serpientes, bajo la antigua forma característica, concienzudamente reconstituida; forma simple y de un rigor de ritual, compuesta de episodios en los cuales actúa un solo personaje y el coro, precedidos de Parode, entrada del coro, separados por los Estema, cantos corales, y terminados por el Exodo a la manera primitiva de voces alternadas del coro y del actor; hay en esta obra hasta el Crommos, lamentación del coro y del actor; parte no obligatoria, pero muy empleada. Luego restaura la forma poética característica de estrofas, antistrofas y epodas, al mismo tiempo que imita el estilo de lirismo o evocación solemne, llegando hasta conservar, "entre otros detalles, el empleo variable (arbitrario en apariencia, pero psicológico en realidad) del singular y el plural en el coro." Sin embargo no se sirve del verso debido a "la dificultad, dice él con razón, de emplear los metros castellanos que sugieren las formas poéticas de los griegos," contentándose con una prosa escorzada, más o menos rítmica, muy apropiada. El desenlace triunfal de la obra no es, como se pudiera creer

a la primera impresión, impropio a la tragedia. Las Euménides de Esquilo, el Filoctetes de Sófocles, la Helena de Eurípides terminan serena o triunfalmente con la exaltación de un culto nuevo. Igualmente El nacimiento de Dionisos. Henríquez Ureña despliega en esta obra, al mismo tiempo que loables dones de erudito, de investigador, de exhumador, verdaderas cualidades de artista: gusto, poder evocador, aliento lírico. De modo que este "ensayo de tragedia antigua" es una reconstitución sabia, inmaculada y una bella creación artística.

Pérez y Curis, uruguayo, es un letrado inquieto y vehemente, de una fuerza que llega a veces a la improvisación y de un ardor que confina a menudo a la violencia. Se ha manifestado como un poeta vibrante y fluido aunque, por momentos, poco intenso y descolorido; y como comentarista de la producción literaria, entusiasta y bien intencionado aunque, a menudo, apasionado y poco justo. Enemigo del clasicismo, ha dicho que "el culto de la tradición" es "absurdo" y que, por consiguiente, "no se debe aconsejar a nuestros jóvenes escritores que necesiten de un campo ilimitado donde desplegar sus facultades"; mientras que, adversario de toda crítica severa, ha escrito que nadie tiene el derecho de censurar, porque eso significa "matar en su flor las más nobles aspiraciones de la juventud que sueña." Muy laborioso, ha sostenido durante varios años una revista pequeña, pero selecta, Apolo, publicación de vanguardia que defiende la noble causa de la libertad del arte y del

pensamiento. Al mismo tiempo, ha publicado algunas colecciones de poemas, La canción de las crisálidas, El poema de la carne, Heliotropos, Alma de idilio, efusiones líricas fáciles, armoniosas, de su alma tierna y violenta o, como él lo diría, de su "corazón de pájaro zahareño." Ha formado una recopilación de impresiones críticas, Por jardines lejanos, diatribas fulminantes contra aquellos que él llama "los neo-críticos' de su país, y elogios entusiastas de algunos nuevos escritores sudamericanos o españoles de méritos relativos y muy diferentes.

Pero este escritor revolucionario y apasionado acaba de publicar un libro sobre una de las más importantes figuras de la vieja literatura castellana, trabajo sólido, concienzudo, que lo ha ubicado de un golpe en la primera fila de nuestros verdaderos críticos nuevos. Esto no nos ha sorprendido, ya que si este escritor de real talento ha caído en excesos, ha sido por horror de todo lo que estorba, y por fervor de todo lo que es estimulante para los esfuerzos sinceros de los jóvenes. Su nuevo libro, El Marqués de Santillana, Iñigo López de Mendoza, es un estudio profundo y completo en el cual nos presenta al gran poeta castellano del siglo XV como hombre, en su vida individual (biografía), en sus relaciones con la sociedad (medio y época), y como escritor, bajo el triple aspecto de creador (poeta original), de renovador (adaptador de nuevas formas para la poesía castellana) y reproductor (imitador del alegorismo italiano). Y todo esto con un método riguroso

extendido hacia los aspectos más sutiles y con una minuciosidad escrupulosa llevada a los más mínimos detalles. Pero va más lejos aún. Al mismo tiempo que juzga por su propia cuenta, comenta los juicios de todos los críticos que han escrito sobre su autor: A. de los Ríos, B. Sanvicente, Menéndez y Pelayo, J. Cejador, Fitzmaurice-Kelly, Ticknor, etc. De manera que su obra es, además de un estudio acabado sobre el ilustre autor de las Serranillas, un comentario completo de su vasta bibliografía; lo que lo hace muy preciado para quien quiera hoy ocuparse de este tema. Desafortunadamente su temperamento apasionado a veces hace incurrir a Pérez y Curis, no diremos en errores, en exageraciones de juicio que lesionan sus conclusiones generales. De este modo él se esfuerza en demostrarnos que López de Mendoza ha introducido el endecasílabo en nuestra literatura y que ha sido un sonetista hábil, si no extraordinario. Es verdad que fue el primero en hacer este verso en castellano, pero si el título de iniciador debe darse a aquél que ha sabido adaptar y generalizar una forma nueva, éste cabe a Boscán. Es igualmente exacto que ha dejado algunos bellos sonetos, pero lo ha hecho todavía burdamente, al introducir, además de versos imperfectos, los endecasílabos llamados provenzales considerados con razón o sin ella impropios, y los dactílicos que el mismo Pérez y Curis considera como tales, o rimando separadamente dos versos del segundo cuarteto según el esquema ABBA - ACCA, que no

constituye ciertamente una innovación, sino una flaqueza. Igualmente Pérez y Curis emplea en el comentario de los críticos de su autor un tono violento, mordaz o al menos descortés, fuera de lugar en un trabajo que debería ser naturalmente sereno. Además, hace ostentación, entre otras ideas extremas, de un antipatriotismo que le induce al error. Si él cultivara un poco este nacionalismo que es indispensable en un país nuevo y en una joven literatura, no nos diría solamente, citando a Azorín, que el nuevo lirismo español sufrió la influencia de los escritores nacionales de la Edad Media, sino añadiría que esa corriente ha sido determinada por Rubén Darío, mostrando así el juego del crítico español que se esfuerza en arrebatar al modernismo hispanoamericano el mérito incontestable de haber suscitado las nuevas tendencias de las letras peninsulares. Esperamos hacerlo en nuestro libro sobre nuestro gran lírico y nuestras letras nuevas.

J. D. Moscote, colombiano residente en Panamá, es un letrado consagrado a la enseñanza, dotado de un verdadero espíritu crítico, compenetrado de su rol, y por eso, inquieto por todas las ideas nuevas y fecundas y siempre pronto a comentarlas o a difundirlas. Deseoso de cultura y animado por un idealismo ferviente, se ha dedicado, con un ardor digno de todo elogio, a esclarecer los diferentes problemas de las ideas o de los métodos relacionados con la enseñanza, que aún hay por resolver en el joven país donde él es profesor. Al mismo tiempo, convencido de la eficacia de la palabra, este

"admirable medio de progreso," publica con otro profesor de talento, Méndez Pereira, una revista de ciencias y de letras que es la mejor publicación de este género en América Central: La Revista Nueva.

Con el título de Páginas idealistas, Moscote acaba de darnos una recopilación de sus estudios selectos. Encontramos allí, al lado de varios interesantes trabajos de pedagogía, como una notable "Introducción al programa de Filosofía" del Colegio Nacional y una delicada crítica al "Bachillerato clásico," otros de opiniones más generales, no menos interesantes, como un bello elogio al "Valor de la Palabra" y una ferviente exaltación del "Idealismo en la enseñanza y en la vida." Es una defensa razonada y persuasiva en favor de la verdadera cultura, del progreso intelectual y moral, con fines superiores, desinteresados, que no dejará de dar los mejores resultados. Moscote se excusa de ser escritor. Lo es y de los buenos, de aquellos que tienen ideas justas y elevadas que decir.

Memento. -- Martín Aldao: Durante la tragedia, Roma, Tipografía Caggiani. Interesante relato tan vivo como delicado, de la vida del autor durante la guerra, en París, en Londres, en España, en Italia. Pequeña antología de poetas chilenos, Santiago (Chile), "Los Diez." Cuadro bien hecho de los verdaderos poetas chilenos, queremos decir de los modernos; precedido de un pequeño estudio bastante justo de

Armando Donoso; desafortunadamente falta un poeta selecto que ha sido precisamente uno de aquellos que iniciaron el movimiento actual: Gustavo Valledor, autor de dos bellos libros, Versos sencillos, En la colonia. Ricardo Urbaneja: Prosas efímeras, Caracas, Tipografía del Comercio. Recopilación de artículos y de cuentos bien escritos y mejor pensados que revela a un escritor de talento. A. Andrade Coello: Rodó, Quito, Imprenta Nacional. Interesante estudio sobre el gran escritor uruguayo de este activo crítico y divulgador del Ecuador. F. Zapata Lillo: De mi tierra, Santiago (Chile), Imprenta Universitaria. Cuentos de costumbres redactados con poco arte, pero llenos de sabor local. Carlos Préndez Saldías: Paisajes de mi corazón, Santiago (Chile), Imprenta Universo. Colección de poemas de este joven poeta chileno en la cual hay piezas sentidas; demuestra un verdadero progreso sobre los libros anteriores del autor.

Ha comenzado a aparecer en La Plata (República Argentina) una revista de letras dirigida por el fino poeta Rafael Alberto Arrieta, Ateneo. A juzgar por el primer número, ésta será una publicación que honrará nuestras letras. Vemos en ella secciones de bibliografía y de actualidades literarias muy útiles, colaboraciones debidas a buenos escritores, como un bello poema de E. Banchs, "Del Buenos Aires Colonial," y un artículo delicado de J. Noé, "Las rutas del mundo." La revista Los Diez, de Santiago de Chile, se ha convertido en la Revista

de Artes y Letras. Ayer órgano de un grupo de jóvenes, recoge hoy también el concurso de los mayores; está dirigida por el muy conocido poeta Miguel Luis Rocuant. En el primer número (1º de enero) se encuentran, además de trabajos de escritores nuevos, tal como un bello cuento de Orrego Luco y una sutil disertación sobre "El desnudo en la pintura" de Rocuant, producciones de las letras de ayer, como un poema de Concha Castillo y un soneto de Vicuña Cifuentes. Bajo el título de Revistas de Revistas, aparece en México una buena publicación ilustrada de literatura y de actualidades; su director es el fino letrado Núñez y Domínguez. En los números del 17 y del 24 de marzo notamos, además de diferentes crónicas mundiales, los gratos poemas en prosa de Efrén Rebolledo y una sugestiva página, "El monasterio del Paular," de Goy de Silva; En Valverde (República Dominicana) se publica una interesante revista de letras y de política, La Pluma, bajo la dirección del talentoso divulgador M. Jiménez Herrera. Señalamos en el último número (agosto y noviembre de 1917) un capítulo de un libro cercano a aparecer de Jiménez Herrera "Los pactos internacionales ante el Derecho del Pueblo," muy interesante, y bellos versos del poeta venezolano A. Mata. En Cádiz (España) ha visto la luz una revista comercial de carácter hispanoamericano, que publica un buen suplemento literario, España y América; su director es el conocido poeta español E. de Ory, que acaba de publicar un pequeño volumen sobre Rubén Darío, bien documentado. Señalamos un curioso artículo de A.

Nervo, "Nuestro Tirano el Adjetivo" (septiembre de 1917), y un notable trabajo del crítico cubano, A. de Carricarte sobre "La unión de América" (noviembre). La revista Iberia, que aparece en Barcelona, merece la atención del lector francés, ya que ella apoya la causa de los aliados en el país de habla española; publica bellos dibujos sobre la guerra y una crónica bien mantenida sobre libros de todas partes, particularmente de Francia. Acaba de dedicar un número a París, con ocasión del ataque alemán sobre esta ciudad, con buenos textos de Rovira y Virgili, Francisco Carbonell, A. Maseras, etc. y bellos dibujos de Apa, Inglada, Colom, etc. Ediciones mínimas, la notable publicación en cuadernos mensuales, que dirige en Buenos Aires L. Durán, ha publicado durante su segundo año fascículos muy interesantes, entre ellos Canciones y poemas de R. A. Arrieta, Parábolas de J. E. Rodó, Cuentos de Fray Mocho. Cultura de México, publicación análoga a la precedente, ha hecho aparecer últimamente dos cuadernos, Tres grandes poetas belgas, Cuentos de Voltaire, con hermosos prefacios del bello poeta mexicano E. González Martínez.

XV*

Estudios de Historia y de Folklore. -- José de la Riva Agüero: Elogio del Inca Garcilaso, Revista Universitaria, número especial, Lima. -- Julio Vicuña Cifuentes: Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). -- Memento.

La historia es para los pueblos nuevos de hoy lo que la epopeya era para los de ayer: un medio valioso de perpetuar sus tradiciones y de exaltar sus glorias nacionales. Así, en los jóvenes países sudamericanos, este género ha sido siempre cultivado con fervor. En la época de la dominación española, hubo entre sus pueblos muchos autores de crónicas, y durante el primer siglo de la República ha habido una legión de historiógrafos que han cumplido una labor de proporciones monumentales. Actualmente, numerosos historiadores unen al entusiasmo de los mayores un espíritu más científico y una concepción de la forma más artística. Entre ellos, algunos se especializan, se consagran, más que a la historia misma, a los estudios de este género; mientras que otros apartándose, se dedican a trabajos más o menos relacionados con la historia, como aquellos del folklore. Hablamos por tanto, a propósito de ciertos libros, de algunos autores de los Estudios de Historia

---

*1º de noviembre de 1918.

y de Folklore.

Entre nuestros escritores nuevos que cultivan los estudios históricos, José de la Riva Agüero, peruano, está en primera fila. Espíritu superior, amplio y culto, posee las cualidades del historiador como lo concebimos hoy en día: juicio claro, libre de dogmatismo, poder evocador, opiniones sintéticas, y el don del escritor artista: intuición creadora, perfección de estilo. Por su temperamento equilibrado y su cuidado de corrección, se vincula con el clasicismo eterno, mas por su gusto matizado y por su amor a la frase brillante entra en nuestro movimiento moderno. Inquieto por todas las ideas, se ha entregado, tanto a los estudios históricos, como a la crítica filosófica y literaria. De este modo, en su primer libro, La historia en el Perú, si bien una simple tesis para el doctorado en letras, es una obra de inspiración y de valor, él realiza un trabajo de crítica histórica y literaria en el cual, según F. García Godoy, muestra tanto conocimiento y sagacidad como "serena imparcialidad," salvo quizás en lo que concierne al rol jugado por Bolívar en la independencia peruana. En El concepto del derecho, ofrece luego un ensayo de "filosofía jurídica" lleno, de acuerdo al mismo crítico, "de sabor y observaciones penetrantes," en el cual estudia la evolución de esta ciencia "en sus aspectos variados y naturales." Al mismo tiempo, ha publicado en revistas diferentes estudios o artículos críticos substanciosos y bellos. Al hablar de los jóvenes poetas peruanos, hemos citado

sus juicios clarividentes.

El Elogio del Inca Garcilaso, que De la Riva Agüero ha escrito con ocasión del tercer centenario del antiguo escritor peruano, es un trabajo vigoroso y sugestivo, vestido de una forma resplandeciente, digna del autor épico del que trata. Hijo de uno de los conquistadores y de una princesa inca, Garcilaso de la Vega ha sido el primero de los peruanos representativos y el primer escritor característico de esta nacionalidad. Nacido y criado en el Cuzco, la ciudad sagrada de los incas, lazo de unión entre la raza de los triunfadores y la de los vencidos, y conducido por su origen en las clases elevadas, Garcilaso vivió la existencia agitada y espléndida de los conquistadores altaneros; asistió a acontecimientos memorables: la guerra civil entre el virrey Núñez Vela y Gonzalo Pizarro, la tenebrosa conspiración de Francisco Hernández; vio fiestas solemnes: la celebración magnífica del triunfo del virrey, la fastuosa recepción hecha a Francisco de Miranda, donde se llevaban adornos de pedrerías por un valor de 360.000 ducados; conoció de cerca a hombres eminentes: el turbulento hermano del descubridor, el siniestro vejete Carvajal que "no dejaba de concertar preparativos belicosos y ejecuciones capitales"; al mismo tiempo, él conocía la vida misteriosa y doliente de los incas avasallados; asistía a los incidentes íntimos y a las ceremonias tradicionales, a las eternas lamentaciones por la supremacía perdida, a los cortejos cantantes, "adornados con plumajes y chapas de oro y

de plata"; se iniciaba en las tradiciones y en los mitos, en las hazañas del "invencible Huayna Cápac," en "la suave y radiante leyenda" de los Hijos del Sol, fundadores del Cuzco; oía de los jefes sobrevivientes recuerdos inolvidables: el cuadro de esplendor de la corte de Atahualpa, o "los misteriosos presagios que anunciaban la caída del imperio." El estaba por lo tanto designado a escribir la epopeya de esta época de oro y de hierro. Así, en su madurez, encontrándose en España, consagrándose a la piedad y a las letras, desilusionado de los favores de la corte y nostálgico, quizás, de su lejano país, su obra famosa, los Comentarios reales, surgió bajo su pluma, espontáneamente como los árboles de su tierra virgen, aunque, como estos mismos, necesitaba de largos años para llegar a su fin. Sin embargo esta obra ha sido juzgada duramente por la crítica del siglo XIX. Como Heródoto, su autor ha sido calificado de ingenuo y hasta de artificial. Sin duda, al igual que el historiador griego, Garcilaso, imbuido de las ideas de su tiempo, no pudo siempre juzgar con claridad y, engañado por la memoria o la imaginación, cae a veces en el error o en la exageración. Pero su relato contiene esas "verdades generales," núcleo de la historia viviente, verídica. Es uno de esos "historiadores con alma de poeta que se equivocan y se extravían en lo accesorio, pero que saben y traducen lo esencial." Los Comentarios reales exteriorizan admirablemente el espíritu de los acontecimientos que relatan y están impregnados del sentimiento del país y de la raza

peruana. La primera parte de este elogio, la parte biográfica e histórica, es tan sugestiva como completa. De la Riva Agüero muestra un profundo conocimiento del tema; incluso por momentos parece demasiado cargada de datos; su documentación habría exigido la amplitud de un libro. No podemos decir lo mismo de la parte crítica. Sin duda, el juicio es certero, las conclusiones son en general justas. Pero falta aquí un verdadero planteamiento de la obra, lo que, hasta en un discurso conmemorativo constituye un vacío, y en la apreciación final en relación con la literatura hispanoamericana, hay ideas que nos parecen inexactas. Impulsado por su amor por las letras clásicas, alabando el clasicismo de su autor, De la Riva Agüero afirma que esta modalidad es la que conviene al espíritu de la América hispana, y parece querer decir que, como el gongorismo, el modernismo no ha sido fecundo entre nosotros. Ahora bien, es un hecho que nuestros viejos letrados formados en la disciplina clásica, aun los de gran talento, han llegado raramente a ser personales, sin embargo muchos de nuestros escritores modernos han llegado a mostrar una personalidad singular. Para verlo baste comparar a Bello con Rubén Darío, a Olmedo con J. A. Silva. Sí, nuestro espíritu (el peruano incluido naturalmente), con todo su lastre de latinismo, puede también coger frutos "en las regiones inciertas de la penumbra."

Entre los escritores que se han consagrado a los estudios

del folklore, Julio Vicuña Cifuentes, chileno, se distingue particularmente. Amante de las bellas letras, él ha escrito algunos trabajos literarios: un pequeño drama heroico, Lautaro, una traducción en verso de los poemas del brasileño Gonçalves Dias, Poesías americanas. Pero es en los estudios del folklore de su país donde ha desplegado sus mejores esfuerzos. Dentro de este género, ha publicado un curioso vocabulario de los delincuentes chilenos, Coa, y una recopilación de Romances populares y vulgares corrientes en Chile, en el cual hay numerosos fragmentos de estos poemas tan típicamente castellanos, cerca de cien arcaicos, españoles; y alrededor de sesenta modernos o nacionales; obra de elevada importancia, la primera de este género concluida en América latina.

En Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena, Vicuña Cifuentes nos ofrece un verdadero tratado del folklore de Chile, copioso, metódico y, lo que es raro en este género de libros, bien escrito. Existen en Chile muchos mitos y creencias supersticiosas, algunos de procedencia española, un poco modificados por el medio; otros de origen araucano. Es toda una mitología profundamente curiosa y sugestiva, desafortunadamente poco estudiada hasta ahora. Encontramos junto a mitos conocidos, como el basilisco, los duendes, los aparecidos, otros que son originales, como el chonchón, pájaro embrujado, invisible; el pihuchén, especie de dragón que mata con la mirada; el colocolo, bestia maléfica que, cuando entra

en una casa, extermina a toda la familia, y al lado de las supersticiones generalizadas, como aquella de la fascinación, o la del embrujo, otras regionales, como aquella del "espanto," mal misterioso que tiene como principio ver "cosas del otro mundo," o la de los "entierros," tesoros sepultados por antepasados y cuidados por seres embrujados. La literatura chilena no ha utilizado todavía estos valiosos elementos de la imaginación, o mejor, del don de lo maravilloso y de la psicología del pueblo, ya que lo que se ha hecho con este fin no se puede considerar sino como ensayos. Nosotros que conocemos bien esta materia por haber pasado siempre vacaciones en el campo, en la hacienda de nuestra familia, preparamos en este momento una serie de novelas autóctonas, la primera de ellas, El pueblo maravilloso, de pronta aparición, donde utilizamos los tesoros inéditos de nuestro folklore. Podemos, por lo tanto, juzgar el trabajo de Vicuña Cifuentes. Pues bien, esta obra es un acopio muy amplio de nuestros mitos y de nuestras supersticiones, presentados en relatos populares pintorescos, siempre característicos. Sin embargo, se encuentran lagunas. Diversos mitos regionales no aparecen: el zorro brujo, muy esparcido en el departamento de Itata; el "Culpeo," animal híbrido de zorro y león; la varita "de virtud" familiar a los niños; la "Ciudad Deleitosa," nuestro Pays de Cocagne, y uno muy generalizado que Vicuña debe conocer, el "Cuco," nuestro Croquemitaine. Ciertas supersticiones ni siquiera figuran: las del "Pequén," pájaro

nocturno, aquellas del murciélago, de la lechuza, similares a las del "Chuncho." Ciertamente, no le estamos haciendo reproche a Vicuña Cifuentes; sabemos que en este género de trabajo es casi imposible ser completo; lo decimos simplemente por deseo de ayudarle a completar su admirable cuadro en una nueva edición de su libro; él puede verificar fácilmente nuestras observaciones. Vicuña merece todos los elogios por su libro, más aún ya que ha ejecutado su bella tarea, comparable con la de un botánico, sin conciencia de su transcendencia: como los profesores racionalistas de ayer, él cree que los mitos y las supersticiones son producto de la ignorancia popular, y que, por consecuencia, en las épocas de cultura, estos no deben desarrollarse; así lo dice en el prefacio de su libro. Nosotros pensamos, por el contrario, que estos fenómenos de la psicología colectiva son manifestaciones del espíritu religioso, en el verdadero sentido de esta palabra; que surgen en todos los tiempos y en todos los medios y que, si bien no constituyen verdades concretas más que para un cierto número de personas, son para todos verdades simbólicas, claves del secreto de la vida; así lo decimos en la introducción de El pueblo maravilloso.

Memento. -- Rubén Darío: Canto épico a las glorias de Chile, Imprenta del Globo, Santiago (Chile). Obra de juventud del gran poeta, llena de fuerza y de frescor, que S. Ossa Borne tuvo la feliz idea de exhumar de las prensas de la

época. Cuarto Congreso Científico: (Primero Panamericano), informe completo publicado por el secretario general, Eduardo Poirier, escritor y diplomático chileno, autor de diversas obras importantes sobre América latina.

La revista América Latina, que aparece simultáneamente en Londres y en París bajo la dirección de Benjamín Barrios, cumple admirablemente su noble fin de sostener la causa de los Aliados en las repúblicas hispanoamericanas. Publica los documentos oficiales más importantes y, además, interesantes colaboraciones. En el número del 1º de junio, encontramos la reproducción de una elocuente carta de Renato Sánchez, distinguido político chileno, dirigida al Ministro de Alemania en Santiago para devolver al Imperio alemán la condecoración del Aguila Roja que Guillermo II le había otorgado sin que el la hubiera "solicitado," "queriendo con eso, dice él, hacer una manifestación de abierta reprobación a la política inhumana y contra el Derecho, que practica el gobierno alemán en la espantosa guerra empeñada en Europa, y que revela el más cínico desprecio por las leyes morales y por la decencia humana." -- Cervantes, revista literaria hispanoamericana fundada en Madrid hace algún tiempo, acaba de reaparecer bajo la dirección del conocido crítico español A. González Blanco, y del escritor ecuatoriano César Arroyo. González Blanco dirige la sección bibliográfica, lo que da a esta revista un interés particular. En los números que hemos recibido hay abundantes y buenas colaboraciones; señalamos un interesante

artículo de Edmundo González Blanco: "Aspecto social de la neutralidad española" (julio), una serie de siluetas sólidas de los "modernos poetas mexicanos," por C. Arroyo (julio-agosto), y bellos poemas, "Floraciones espirituales," de B. Lasso de la Verga (agosto). -- La revista España, que aparece en Madrid bajo la dirección del conocido escritor Luis Araquistain, y que hace campaña para la renovación nacional, está también al servicio de la causa de los Aliados en España y en América latina donde es muy leída. Publica estudios de interés nacional, artículos literarios y valientes comentarios sobre la guerra. En el número de agosto, encontramos una conmovedora correspondencia del frente francés, "Los relojes de la Francia devastada," por Araquistain, en el del 12 de septiembre, una curiosa silueta de Maximilien Harden, por Pedroso, y un bello artículo de E. Díez Canedo sobre los "Cantos del pueblo búlgaro."

XVI*

Cornelio Hispano: Bolívar, Juan Casís, Bogotá. -- José Otero: La revolución argentina, Editions Bossard, París. -- Memento.

Como lo hemos dicho en nuestra última crónica (número del 1º de julio), numerosos escritores hispanoamericanos cultivan actualmente la historia en general y, en particular, los estudios históricos. Cornelio Hispano, colombiano, es uno de los más destacados. Pero él es, ante todo, un escritor de imaginación, un poeta. Enamorado de la cultura antigua, al mismo tiempo que impregnado del amor de su tierra, ha renovado el himno del mundo armonioso de los dioses risueños de los jardines de manzanas de oro. En poemas, clásicos por el número y la rima, pero nuevos por el estilo matizado y la imagen impresionista, él ha modulado la canción de la tierra joven de ríos gigantescos, de crepúsculos acariciadores, ya que si el espíritu de este poeta es antiguo, como él lo dice, su sensibilidad es moderna. Así en el Jardín de las Hespérides, retomando la inspiración de los sueños antiguos, ha celebrado las sombras luminosas de la Hélade inmortal, exaltadas por el Placer y divinizadas por la Harmonía. En la Leyenda de oro, continuando la labor de los hagiógrafos antiguos, ha evocado

---

*1º de febrero de 1919.

las figuras turbadas de los cenobitas de otro tiempo, enardecidas, alternativamente, por el Dios de la cruz y por la diosa de las Palomas.[1] Ciertamente, muchos de nuestros poetas actuales, siguiendo a los maestros del Parnaso, han tratado estos temas inmarcesibles; pero Hispano, inspirándose directamente en la poesía de la antigüedad, aunque guiado por Chénier, Maurice de Guérin, France, Flaubert, ha sabido llenarlos de vida, darles el perfume antiguo. Sin embargo. al comprender pronto, sin duda, la anomalía viviente que constituye un poeta de un país nuevo que desvía la vista de la poesía ambiente para maravillarse con el encanto de los viejos libros, celebra, en las Elegías caucanas, la belleza rústica de su tierra natal, donde la opulencia de la selva y la majestad del río se unen a la melancolía de las campanas y a la dulzura de la vida patriarcal; es una poesía apacible, en ocasiones familiar, empañada aquí y allá de prosaísmos, transcrita a veces en versos rudos, pero sincera, conmovedora, animada del noble deseo, del cual Jammes nos ha dado la norma, de fijar las cosas de nuestra época y de nuestro ambiente en el oro dulce del verso. Un escritor tan experimentado no podía dejar de cultivar igualmente la prosa. Nos ha dado, por consiguiente, un bello libro de viajes y de impresiones de la naturaleza: De París al Amazonas, y ha publicado un volumen de historia y de polémica histórica nacional, Colombia en la

---

[1] la diosa de las Palomas. Alusión a Venus, a quien se representa, a menudo, rodeada de estas aves.

guerra de la independencia. Anteriormente, había hecho aparecer El diario de Bucaramanga, escrito por L. Péru de la Croy, militar francés que combatió bajo las órdenes de Bolívar. Esta obra, que dormía en manuscrito en la biblioteca de Caracas, encierra datos curiosos sobre el Libertador.

La figura heroica y romántica de Bolívar ha despertado siempre la simpatía de los poetas. Ayer, Hugo, Byron, Casimir Delavigne le consagraron fervientes elogios. Hoy, numerosos escritores de nuestros países le rinden un culto constante. Hispano es uno de estos. Con el nombre del héroe como título, Bolívar, acaba de publicar un estudio sobre el gran hombre el cual, más que una silueta entera, es un retrato parcial hecho de lo que hay más de íntimo en el este personaje. Además del alma heroica y del genio guerrero, Bolívar poseía otras cualidades menos ostensibles, pero que le sirvieron para imponerse a sus contemporáneos y que contribuyeron a sus éxitos ininterrumpidos. Había en su persona una seducción irresistible: su mirada de un "esplendor casi divino," su palabra calurosa y brillante, y hasta sus actitudes que presentaban por momentos la nobleza de las estatuas antiguas, imponiéndose, seduciendo, entusiasmando. Su sola presencia decidía, a veces, las situaciones; su palabra enardecía a sus fieles hasta el delirio, su mirada confundía a sus enemigos más encarnizados. Era de un desasimiento, de un pundonor, de una generosidad extraordinarios. Rechazó "dos veces un millón de piastras que le otorgara el Perú en pago de sus servicios";

empleaba su sueldo en socorrer a las viudas de sus oficiales, en regalos para sus camaradas, y no vaciló en liquidar su patrimonio para cumplir con compromisos de los que "él no era responsable." Su desprecio a la muerte iba hasta la temeridad, su tenacidad hasta el sacrificio. Si llegaba el caso, él se lanzaba, el primero contra el enemigo para entrenar a sus soldados; tres veces traicionado, perseguido, arruinado, tres veces retomó la lucha al seno de las dificultades más terribles. Y este hombre heroico era también de naturaleza tierna, casi cándido, lleno de amor por los suyos y por su país natal. Con qué dulzor, en sus cartas, recuerda a su madre, su "buena madre," y habla de la hacienda familiar, teatro de su "inocencia," de sus "primeras sensaciones." Era además un triste, un melancólico, un desconsolado. Sus desdichas íntimas, la pérdida de sus padres, la muerte de su joven esposa; y las lecturas de Rousseau, su autor favorito, contribuyeron sin duda a este estado de ánimo. "Sus discursos, sus mensajes, más que cantar victorias, lloran desdichas"; sus cartas "parecen húmedas de lágrimas." Se diría que, como Byron, Lamartine, Leopardi, llevaba en sí el mal exquisito del siglo. Sin embargo Bolívar fue más de una vez acusado de inmoralidad. Hispano, que nos muestra con tanto fervor como minucia las virtudes íntimas del gran hombre, no podía menos que justificarlo. Para eso sostiene que las "reglas morales," "no pueden aplicarse a los hombres superiores"; estos "no son ni buenos ni malos," siguen "la estética más que la moral," y

llega a enunciar que el lugar del Libertador está entre esos "caballeros del Renacimiento italiano," "sin igual en fiereza y en espíritu belicoso." Nosotros no compartimos esta opinión. A pesar de Nietzsche y de todos sus discípulos, ningún ser humano puede lícitamente colocarse "mas allá del bien y del mal," y menos aún los hombres superiores, quienes, como idealistas, deben ser elevados, puros. La verdad es que no se debe juzgar a los hombres, grandes o desconocidos, de acuerdo a la moral convencional que proviene del fanatismo religioso o de la hipocresía social, sino según las bases de esa moral eterna que se nutre de lo que hay más de inmutable en el espíritu humano. Ahora bien, esta moral nos sugiere que, para apreciar las acciones, se necesita tomar en cuenta las circunstancias coadyuvantes y para dictar sentencia, como el hombre no es nunca perfecto, hay que comparar las virtudes con los defectos. Si juzgamos con ese criterio a Bolívar, el héroe libertador de un mundo, el hombre generoso y tierno que, si usó sin piedad la violencia, lo hizo porque el rigor era indispensable para su gran obra, y que, si amó el placer, lo hizo porque su corazón desbordaba de amor y su cuerpo de vida. ¿Cómo no considerarlo virtuoso, vaya? Su lugar no está por lo tanto entre un César Borgia o un Benvenuto Cellini, cuya aptitud estética o talento artístico no pueden hacer olvidar las abominaciones; está al lado de Leónidas, de Rodrigo de Vivar, de Juana de Arco.

No terminaremos sin señalar al escritor argentino José

Otero, que acaba de revelarse como un buen historiador. Recientemente había publicado una colección de crónicas sobre la guerra: La Francia que sangra, llena de fervor por la causa de la civilización. Hoy nos ofrece un volumen de historia de su país, La Revolución argentina, obra de vigor y de juicio, destinada a dar a conocer, en Francia, el desarrollo histórico de la República de la Plata.

Memento. -- Márquez Sterling: Los últimos días del presidente Madero, Imprenta del Siglo XX, La Habana. Relato interesante de este escritor y diplomático cubano, a propósito de los trágicos acontecimientos de México que siguieron a la caída del gran jefe de la revolución. -- Obras de la Avellaneda, "poesías, obras dramáticas," Imprenta A. Miranda, La Habana. Los dos primeros volúmenes de las obras completas de esta notable poetisa cubana, la más grande en lengua española, editados por el comité constituido para la celebración de su primer centenario. -- Rafael Pombo: Poesías, fábulas, verdades, traducciones poéticas, Imprenta Nacional, Bogotá. Edición oficial de la obra de este ilustre poeta colombiano, bajo la inteligente dirección de A. Gómez Restrepo, quien ha publicado (al comienzo del primer volumen) un bello "Estudio preliminar." -- D. Figarola Caneda: Bibliografía de Luz y Caballero, Imprenta del Siglo XX, La Habana. Trabajo concienzudamente metódico, de una presentación espléndida, seguido de una iconografía y adornado con

numerosas ilustraciones, que honra al distinguido director de la Biblioteca Nacional de La Habana. -- Luis José de Tejeda: Coronas líricas, Imprenta de B. Cubas, Córdoba, (Argentina). Obra del primer poeta que se da a conocer en Argentina, precedida de una "nota histórica y crítica" por Martínez Paz, profesor de la universidad y anotada por P. Cabrera, jefe de la sección de manuscritos de la misma. -- J. F. Garnier: Pasa el ideal, Imprenta Lehmann, San José de Costa Rica. Bello poema en prosa dialogado de este joven crítico y dramaturgo de Costa Rica.

Bajo el título de Dante, ha comenzado a aparecer en Bogotá (Colombia), una revista literaria adornada de bellas ilustraciones, destinada a servir a la cultura italiana y a la cultura latina en general; la dirige Francisco Bruno y los mejores escritores colombianos colaboran en ella. Destacamos un interesante estudio de Pío Rajna sobre los "Orígenes de la lengua italiana" (números de abril y mayo); una excelente traducción de "Los Vencidos" de Ada Negri, por Guillermo Valencia, y un bello soneto, "El baptisterio de Pisa" de A. Gómez Restrepo (número de mayo). En Buenos Aires ha comenzado a aparecer Biblioqrafía, una revista muy interesante, bien informada y metódicamente dispuesta. Ella señala los nuevos libros de América y de Europa, como también los mejores trabajos de las revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Está dirigida por Francisco Cabello Navas. Hemos recibido el primer número (enero). La revista Nosotros de

Buenos Aires, que consagró a Rubén Darío y a José Enrique Rodó, con ocasión de su muerte, números extraordinarios muy interesantes, acaba de dedicar a C. O. Bunge y a Guido Spano, fallecidos recientemente, números de este género (julio y octubre respectivamente) no menos interesantes, donde colaboran los escritores argentinos más conocidos y algunos de otras repúblicas. Revista Americana, que dirige Araujo Jorge, es una publicación internacional de letras y ciencias que ve la luz en Río de Janeiro; en ella se publican colaboraciones hispanoamericanas en español. Luego de haber sido suspendida durante algún tiempo, acaba de reaparecer. En el número que hemos recibido (junio), se destaca un discurso de L. de Mendoça, que él ha pronunciado a su ingreso a la Academia Brasileña, y algunos bellos sonetos de P. Brandão. Bajo el título de Cultura Venezolana, ha comenzado a aparecer en Caracas una revista literaria y científica que sin duda contribuirá a estimular el movimiento intelectual en Venezuela donde no hay revistas de este género. Dirigida por J. Tagliaferro, reúne la colaboración de los escritores nacionales más notables. Encontramos en el primer número (junio), un muy buen artículo de M. Díaz Rodríguez, "Sangre de Hispania fecunda," y un delicado poema de Andrés Mata. Athenea, órgano del Ateneo de Costa Rica, es una de las mejores revistas literarias de la América Central; en sus páginas escriben los letrados más notables de las repúblicas de esa región. Vemos en ella notas críticas justas sobre el

novelista E. Zamacois, por Valverde León (abril), y un curioso poemita "Radiografía," de Ricardo Miró. En Montevideo aparece una revista nueva, joven, llena de interés, Pegaso; dirigida por P. de Grecia y J. M. Delgado, tiene como redactores a Saavedra, W. Pi, Ballestero. Señalamos, en el número de octubre, un buen trabajo de Pérez y Curis, "Del concepto en poesía"; en el de noviembre, una silueta del poeta brasileño O. Bilac, por Manacorda. La revista Iberia de Barcelona, que ha hecho una tan bella campaña francófila, ha publicado un número extraordinario (23 de noviembre) consagrado al "triunfo del Derecho y de la Justicia," donde se encuentran bellos artículos de Rovira, Sánchez Rojas, etc., y bellas ilustraciones de Apa. Cultura, la excelente publicación mexicana, dirigida por Loera y Chávez, ha hecho aparecer varios cuadernos interesantes, selecciones de obras de Justo Sierra, Ignacio Ramírez, Selma Lagerlöf, etc., con bellos prefacios de L. y Chávez. Finalmente, la colección El Convivio, de Costa Rica, acaba de publicar un bello cuaderno: "Cuatro sermones líricos," por M. Díaz Rodríguez.

XVII*

El mundonovismo. -- Amado Nervo: Elevación, Tipografía Artística, Madrid. -- Edmundo Montagne: Pordiosero de amor, Lectura, Buenos Aires. -- E. M. Barreda: Un camino en la selva, Nosotros, Buenos Aires. -- A. Bórquez Solar: Laudatorias heroicas, Minerva, Santiago, (Chile). -- R. Alberto Arrieta: Las noches de oro, Nosotros, Buenos Aires. -- Emilio Oribe: El castillo interior, Renacimiento, Montevideo. -- Alberto Ureta: El dolor pensativo, Sanmarti, Lima. -- Montiel Ballesteros: Savia, Renacimiento, Montevideo. -- Enrique González Martínez: Parábolas y otros poemas, Cultura, México. -- M. Magallanes Moure: La casa junto al mar, Imprenta Universo, Santiago (Chile). -- Memento.

Como ya lo hemos dicho, el movimiento que triunfa hoy en nuestra literatura, el **mundonovismo**, tiende a adaptar a nuestro espíritu y a nuestro medio las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento precedente, el Modernismo. No se trata de instaurar un arte local, ni siquiera nacional, siempre limitado; sino de interpretar esas grandes sugestiones de la raza, de la tierra o del medio ambiente, que animan todas las literaturas superiores, sugestiones que, lejos de anular la universalidad primordial en toda creación artística

---

*16 de julio de 1919.

verdadera, la refuerzan diferenciándola. Se trata simplemente de crear el arte del Nuevo Mundo, es decir de la tierra joven y del porvenir. Todas las modalidades, ya se entiende, caben en este movimiento y no importa que los poetas hagan lirismo de pensamiento o de sensación; eso es cuestión de temperamento. Lo importante es que todo artista se manifieste sinceramente, digámoslo de una vez, como hombre del Nuevo Mundo. Este movimiento ha estado determinado por la madurez relativa de nuestro espíritu y también por el ambiente de fuerza y de sinceridad inaugurado con el nuevo siglo. Cuando recién comenzaba a aparecer, nosotros que hemos sido uno de los más fervientes paladines del Modernismo, hemos saludado su advenimiento en el prefacio de nuestro libro Romances de hoy: "El ambiente es como el perfume -- decíamos--, sin que nos apercibamos, nos circunda, nos penetra y acaba por embriagarnos. Y si el ambiente de hoy se nos presenta tan claro, tan fresco, tan benéfico, ¿por qué no dejarnos llevar por su suave soplo hacia el horizonte en que una aurora de vida y de belleza irradia dulcemente su oro inmaculado?" Todos nuestros escritores verdaderamente nuevos se han dejado conducir por este suave soplo.

Un impulso como éste ha sido, en poesía, tan propicio como fecundo. Nuestros poetas producen continuamente y cada vez con mayor intensidad o con una maestría más marcada en su arte. Es así cómo últimamente varios de los de más edad o de los que ya han alcanzado renombre, han publicado libros

notables: Amado Nervo, una colección de poemas vigorosos y austeros como diamantes negros, Elevación; Edmundo Montagne, un librito de una ternura y una sinceridad encantadoras, Pordiosero de amor; E. M. Barreda, un ramillete de versos saturados del perfume de la floresta ancestral, Un camino en la selva; Bórquez Solar, una colección de piezas de diferentes épocas, en la que hay notas vigorosas, Laudatorias heroicas; R. A. Arrieta, un puñado de rimas delicadas, como el terciopelo del cielo en sus horas serenas, Las noches de oro. Igualmente varios jóvenes nos han ofrecido obras realmente interesantes: Emilio Oribe, un libro bastante sólido y puro, El castillo interior; Alberto Ureta, una recopilación delicada, aunque aún no muy personal, El dolor pensativo; Montiel Ballesteros, un volumen vigoroso, lleno de buenas intenciones, Savia. Habiendo ya presentado a estos poetas, no podemos hoy ocuparnos en detalle de sus libros, puesto que tenemos que tratar otras obras de autores de los que todavía no hemos hablado; ya volveremos a ellos.

Enrique González Martínez, mexicano, es uno de los mayores representantes de nuestra poesía nueva. Es un lírico nato que tiene esa eterna "aspiración" por cantar de la que nos habla Sully-Prudhomme, y un artista mesurado dotado de esa especie de tacto que crea obras impecables; por otro lado, es un espíritu inquieto, inflamado de ese deseo de superarse que conduce a las plenitudes. De este modo, ha cantado todo lo que ha vivido o pensado, ha logrado una técnica de matices y de

mesura, compuesta de lo más fino y de lo más sólido que hay en las tentativas modernistas, y ha seguido una evolución de espíritu que ha hecho decir con razón que su obra es una ascensión constante. Primeramente, conquistado por los maestros del Modernismo, cultiva en sus primeras colecciones, Preludios, Lirismos, La hora inútil, una poesía brillante y voluptuosa, toda sensación y fantasía; evoca el mito griego eterno; pone en versos castellanos las contribuciones del Parnaso o del simbolismo francés. Pero luego, en Silenter, se concentra en la meditación, busca una emoción más profunda; traduce "las voces de la soledad"; desea "escuchar el silencio y ver las tinieblas." Y en Los senderos ocultos, reencuentra el camino que le lleva al descubrimiento de la naturaleza y de su propia alma; entonces, en su panteísmo sentimental, escucha "los gemidos que exhala el árbol herido" y le gustaría despojarse de sus sandalias "para no herir las piedras del camino." Y he aquí que en La muerte del cisne, nos aconseja retorcerle el cuello al pájaro olímpico. ¿Al igual que Carlos Reyles? No. El no quiere matar el idealismo; lo que desea exterminar es la poesía pomposa, no siempre significativa, de la que nuestros poetas modernistas han usado y abusado. El quiere que el lirismo sea la plegaria del espíritu y de las cosas: "la oración que surge en la fuente que corre." E iniciado así en la belleza interior, él canta finalmente, en El libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño, el himno de idealismo y de piedad de la sabiduría eterna. González

Martínez es principalmente un poeta del pensamiento. Algunos de nuestros románticos lo han sido también, pero él lo es verdaderamente, quiero decir un lírico puro, despojado de toda elocuencia, que sabe dar a la idea el estremecimiento de la emoción: es eso lo que le caracteriza y le enaltece de manera singular. Similar actitud le ha valido al poeta la adhesión entusiasta de los jóvenes de su país. P. Henríquez Ureña, que ha vivido por algún tiempo en México, ve en él a nuestro poeta representativo actual, y, en su forma, el evangelio de nuestro lirismo nuevo. Sin duda, él es uno de los mayores representantes del Mundonovismo por su excelsitud, su inquietud, su fuerza, su sinceridad, pero él se resiente aún de nuestro lirismo de ayer por ciertos detalles de retórica (empleo de vocablos poéticos caducos o de rimas demasiado usadas), por su recelo de la versificación libre, y sobre todo, por su tendencia al lirismo abstracto, desdeñando así toda sugestión racial o autóctona. En cuanto a que su manera sea la de nuestros nuevos poetas, no lo creemos, como tampoco creemos que ella sea la de todos los simbolistas franceses: entre estos y aquellos hay muchos que son simplemente poetas del sentimiento o de la sensación.

¿Pero cómo emitir un juicio definitivo sobre un poeta como González Martínez que vive en plena evolución creadora? En su último libro, Parábolas y otros poemas, él se nos presenta bajo un nuevo aspecto. Nos ofrece ahora su emoción en el sugestivo molde evangélico, caro a nuestro gran Rodó. Solo

que sus parábolas son más que alegorías aforísticas; son estados de alma personales simbolizados. Véase al anciano que lleva en el corazón "una nota del viento, una lejana trepidación del mar unidas a una ensoñación lunar"; mírese a esa doncella ciega que siente penetrar en su alma el encanto del crepúsculo y del mar, con "el espíritu maravilloso del sonido"; considérese a aquel "huésped sin nombre" que camina noche y día sin saber de dónde viene ni adónde va. ¿No son aspectos de la propia personalidad del poeta, acuñados en símbolos transcendentes? Pero González Martínez nos habla también directamente, en otros poemas, de las impresiones o de las meditaciones de su alma insatisfecha: su nostalgia de la vida natural, suscitada por el dulzor de la mañana; sus recuerdos de amor evocados por el "verde milagroso" del esplendor del bosque; su obsesión con el dolor o con lo desconocido despertada por el "tropel de nubes" o por la puerta cerrada. El quisiera cantar todo, "sentir todo, a la manera de un vasto corazón en el medio del universo." Nos da, finalmente, algunas traducciones del divino miniaturista de Au flanc du Vase.[1] Se dedica constantemente a traducir a los poetas franceses modernos de su agrado, buscando, quizás, un modo de empleo a su excedente de savia lírica. Así ha publicado bajo el título de Jardines de Francia, una recopilación de traducciones de Heredia, Verlaine, Verhaeren, Vielé-Griffin, Régnier, Paul Fort, Reynaud, etc., versiones

[1]Colección de poemas publicada por Albert Samain en 1898.

excelentes que expresan con igual calidad la idea, la imagen y el verso. En cuanto a la forma de su nuevo libro, González Martínez nos ofrece igualmente algo de nuevo. Abandonando la estrofa regular, mezcla a veces a los versos uniformes, versos menores diferentes, los cuales matizan la armonía y ayudan a la pureza de la expresión; en tanto que descendiendo de sus sueños abstractos, crea ciertas piezas de esa poesía de impresión directa que colorea la estrofa con tonos de la tierra y del cielo circundantes. Es todo un camino nuevo. ¿Lo continuará nuestro poeta?

En oposición a González Martínez, M. Magallanes Moure, chileno, es un poeta inmanente, muy sentimental. Lírico puro, aunque poco imaginativo, él persigue lo esencial de las sensaciones, pero no canta sino sus emociones vividas. De allí su tendencia tan loable de interpretar a través de su alma la vida y el paisaje de su medio. Así pues, él ha podido decir con razón que su ideal artístico es una especie de poesía realista. No hay que creer por eso que él sea un atrasado. Del modernismo no ha tomado ni el lujo decorativo ni el amor por lo raro, pero sí ha sacado el gusto por la forma depurada y renovada y por el verso liberado y personal. ¿Es él un pintor de la poesía como lo afirma J. Gamboa en el prefacio de uno de sus libros? A veces es un dibujante que anima su boceto con una insinuación azul o con una sospecha rosa. Sus poemas hablan de las ilusiones de la adolescencia, de los espectáculos de la campiña natal, de las impresiones de la

vida cotidiana, de los cantos del amor, sobre todo esto último: él es principalmente un poeta del amor. Y todo eso en una forma simple, con imágenes espontáneas, y en versos cristalinos, de rimas discretas. Sin embargo hay que reconocer que este poeta parece a veces un poco ingenuo, hasta pueril, pero la mayor parte del tiempo se muestra intenso y fino, y es siempre delicado y sincero. Así, en sus dos primeras colecciones: Facetas, matices, se hallan algunos muy bellos poemas de inspiración autóctona, y en su libro siguiente, La jornada, se encuentran muchas piezas sentimentales de gran belleza.

En el último volumen que acaba de publicar, La casa junto al mar, Magallanes Moure se ha excedido a sí mismo. Vemos, en efecto, todas sus cualidades exaltadas. ¡Qué cálida sinceridad en las confidencias de amor: esa evocación de la amada cuya ilusión está tan viva que el amante busca "a tientas" en la obscuridad la mano adorada; esa "reconciliación" calurosa, como un apretón, en la cual se recuerdan, al intercambiarlas, las caricias olvidadas! ¡Qué pureza exquisita en las visiones: esa "luna de medianoche," que aparece "cuando todo duerme," "como un espejismo de sueño"; esos roqueríos erguidos en el mar, donde va a posarse todo lo que es alado, "pájaro, luz y mirada"! ¡Qué tacto delicado en la estilización de la vida local; esos "paseos a caballo" por el sendero que huye bajo el crepúsculo cómplice, ese pequeño cuadro de hogar honesto de tan tierna sugestión! ¡Qué arte delicado en la renovación de

la forma: esas estrofas desembarazadas de toda escoria de retórica, esos versos reducidos a su concreción adamantina! Es, de la poesía amorosa, la más fina y la más espontánea. Magallanes ha pasado ya la cuarentena. Pero, como verdadero poeta, sigue siendo niño; persigue, pues, la eterna mariposa rosa. ¿Cómo no excusarlo, si con eso él ha venido a reanimar un género que muchos de los líricos jóvenes consideran como enterrado? A un poeta de esta categoría le falta naturalmente la ironía y hasta el espíritu. Tampoco ha tenido éxito completo en la comedia y en el poema humorístico: sus piezas La batalla, Lluvia de primavera, al igual que sus poemas "Los pájaros," "Maese Salomón" no llegan a convencer. En cambio, ha escrito con éxito el cuento sentimental: su pequeño libro ¿Qué es amor? es una colección de narraciones encantadoras. Pero es en el género lírico donde tiene los mejores logros; su última recopilación es una de las obras más puras que haya producido nuestra poesía nueva. Este cantor sentimental es uno de nuestros mejores poetas mundonovistas. No obstante, Magallanes Moure no tiene el renombre que merece. Es chileno, y en Chile los escritores no gozan de la alta consideración que se les otorga en las otras repúblicas hispanoamericanas; la plutocracia que gobierna no reconoce a los intelectuales y se priva así de la ayuda de los hombres más cultos.

Memento. -- A. Gómez Restrepo: En la región del ensueño, Arboleva y Valencia, Bogotá. Fantasía dialogada, fluida y

armoniosa, de este notable escritor colombiano que se distingue sobre todo como crítico; esperamos un libro suyo de este género para presentarlo en nuestras crónicas. -- Arturo Ambrogi: Crónicas marchitas, El Centro Americano, San Salvador. Impresiones de viaje pintorescas, cautivantes; el autor es uno de los mejores escritores de la América Central; cuando conozcamos sus libros anteriores, nos ocuparemos de la totalidad de sus obras. -- Juan B. Delgado: París y otros poemas, J. Escalante, México. Nueva colección de poemas de este fervoroso poeta mexicano, sobre quien escritores distinguidos como Urbina, González Martínez, Carricarte, etc., han publicado juicios elocuentes. -- O. Méndez Pereira: Notas y bocetos, La Lectura Popular, Panamá. Estudios o artículos de un alto valor educativo; Méndez es un crítico culto e inquieto de quien se debe esperar mucho, volveremos a hablar de él cuando haya ocasión. -- Alfredo Martínez: Paisajes sentimentales, Mercurio, Montevideo. Versos tiernos y delicados de este joven poeta uruguayo que es al mismo tiempo un crítico reflexivo. -- Eduardo Poirier: El fin de la guerra mundial, La Ilustración, Santiago (Chile). Elocuente discurso de este conocido escritor chileno, ministro plenipotenciario de Guatemala en Chile, pronunciado en un banquete ofrecido al representante diplomático de Bélgica en Santiago. El autor recuerda allí las notas de felicitaciones que él enviara a los ministros del Entente con ocasión de la victoria; en la dirigida al ministro de Francia dice entre otras bellas cosas:

"Como se trataba de una lucha de justicia, ella tuvo necesariamente que agrupar bajo el lábaro reivindicatorio a todos los hombres y a todas las razas. De este modo se efectuó de nuevo el maravilloso fenómeno psíquico de la transfusión del alma francesa al alma del universo entero, comprometida esta vez en la cruzada más grandiosa de los tiempos modernos..." -- Alberto Mackenna: Por el derecho y por el honor, Imprenta Barcelona, Santiago (Chile). Nueva recopilación de este infatigable paladín de la causa de los Aliados: nótese su conferencia "El Chile desconocido en Francia, la Francia mal conocida en Chile."

XVIII*

La muerte de Amado Nervo. -- José Núñez y Domínguez: Holocaustos, Ediciones Literarias de la "Revista de Revistas," México. -- B. Fernández Moreno: Antología, Ediciones Mínimas, Buenos Aires. -- José M. Eguren, La canción de las figuras, Tipografía de la Penitenciaría, Lima. -- A. Marasso Rocca: Presentimientos, Biblioteca de Escritores Argentinos, Buenos Aires. -- Carlos Acuña: Vaso de arcilla, Imprenta Zig-Zag, Santiago (Chile). -- Alfonsina Storni: La inquietud del rosal, Juan Roldán, Buenos Aires. -- Luisa Luisi: Sentir, Renacimiento, Montevideo. -- Memento.

Un nuevo duelo aflige nuestra literatura. El gran poeta mexicano Amado Nervo ha muerto en Uruguay, donde estaba desde hacía poco como ministro plenipotenciario de su país. Luego de la desaparición de Rubén Darío, Amado Nervo era el primer lírico de nuestra literatura, y, en general, de las letras castellanas. Nosotros habíamos presentado a este poeta en el Mercure (número del 16 de febrero de 1917), estudiando toda su obra a propósito de su libro Serenidad. Volveremos a hablar de él cuando sus libros póstumos aparezcan. Un duelo tan imprevisto nos golpea doblemente: Nervo era para nosotros, además de un compañero admirado, un amigo querido. Desde hacía

---

*16 de octubre de 1919

muchos años manteníamos con él una correspondencia ininterrumpida, y no podemos olvidar las frases amables que dedicó a uno de nuestros libros, hasta el presente mal comprendido por la crítica.

Si la mayoría de nuestros amigos, Amado Nervo entre ellos, han adherido al ideal mundonovista, casi todos los jóvenes poetas le siguen, algunos inconscientemente, con el entusiasmo más grande. José Núñez y Domínguez, mexicano, que aún deja ver la influencia del modernismo, pertenece en realidad a la corriente nueva. Es un poeta sentimental, aún más, romántico en el sentido eterno de este vocablo, pero al mismo tiempo es visual y es un hombre del Nuevo Mundo que sabe expresarnos sus sensaciones ligeramente azuladas de fantasía. En versos delicados, con vocabulario escogido e imágenes brillantes, celebra a las bien amadas, las mujeres dulces, melancólicas o felinas, que le entregan con sus besos, el encanto de la vida; o bosqueja sus impresiones de la existencia cotidiana: la suavidad de los "crepúsculos íntimos," el alborozo de los jardines públicos, el humilde dulzor de los barrios populares. Su libro, Holocausto, que encierra la selección de su labor lírica, sugiere en general la imagen de uno de esos parques de nuestras antiguas ciudades, que acogen "a los niños con la misma sonrisa crepuscular de un abuelo." Aquí el sentimental ve pasar a la mujer indoamericana de "ojos líquidos donde se refleja una ilusión lunar," y el soñador cree percibir el "serafín de la

tarde," que pasa "a lo largo de las flores" del Jardín de la Infanta.[1] En uno de estos poemas, nuestro autor se queja del "terrible mal," que aflige a la poesía lírica moderna: la imitación. ¡Ah! ¿Cómo librarnos de eso después de tantos siglos de creación, perteneciendo a una civilización que cuenta con tan grandes poetas? Domínguez lo comprende. Repite pues, a veces, las cadencias de los maestros, pero sin dejar de hacer dominar su acento personal. Este poeta es además un crítico y un hombre de acción: dirige una publicación de actualidades, Revista de Revistas, la cual otorga un lugar preponderante a las letras, prestando así un servicio positivo a nuestro desarrollo intelectual.

B. Fernández Moreno, argentino, es uno de nuestros jóvenes poetas que representan el ideal mundonovista con el mayor fervor. Idealista y realista, sentimental e irónico, él interpreta líricamente la vida de su época y de su medio, a través de su corazón, algunas veces tierno como el de un niño; otras, amargo como el de un paria. De ahí la profunda sugestión benevolente que emana de sus libros. Sus poemas son bosquejos de la realidad desdibujados y apenas armonizados, los cuales, bajo su aparente trivialidad, extraen un zumo abundante de poesía y ofrecen, a veces, en un solo verso, ese elemento que Guillaume Apollinaire reclamaba como indispensable al arte moderno: la sorpresa. En su primer

---

[1]Alusión a la primera colección de poemas de Albert Samain publicada en 1893.

libro, Las iniciales del misal, nos habla de sus recuerdos de infancia o nos traduce sus sensaciones cotidianas con una sinceridad transparente y una emoción contenida, y por eso mismo más penetrante. Mientras que en Intermedio provinciano él anota sus visiones de la pequeña ciudad de su país en cuadros una veces tiernos, otras irónicos, pero siempre sugestivos. En su última colección, Ciudad, estiliza sus impresiones de la gran ciudad hispanoamericana. No conocemos ese libro, pero por los fragmentos que hemos encontrado en una pequeña Antología del autor, recientemente aparecida, creemos que el poeta es aquí más feliz que nunca. Cómo habla de la alegría artificial de los cafés a "la una de la mañana," cómo explica la angustia en los amaneceres de tormenta donde el cielo y los rostros se tiñen de verde, cómo revela su "sueño de ciudad." ("Quisiera tener una pequeña recámara -- misteriosa, en penumbra --. No te faltará, poeta, tendrás tu bello féretro"). Nos parece siempre un cantor de la realidad, intenso y delicado, que sabe fijar las líneas esenciales de las cosas y mezclar con las visiones la emoción de su alma. Naturalmente, Fernández Moreno, muy joven aún, no está libre de defectos. A veces cae en la trivialidad, no hace más que improvisaciones, se pierde en la falta de armonía.

José María Eguren es, al contrario del precedente, imaginativo y desarraigado, amante de todas las quimeras y de todos los procedimientos extraños. En la literatura de su país, que no ha cumplido de una manera total la etapa del

modernismo, él es lo que eran, hace quince años, J. Herrera y Reissig en la del Uruguay, y anteriormente, nosotros mismos en la de Chile: el intérprete exaltado de lo que hay, en esta tendencia, de más refinado, de más lejano. En su primera colección, Simbólicas, canta los "reyes rojos," las walkirias, las "diosas de ámbar," las mujeres del Norte, las marionetas, en poemas de disonancia deseada y de vocabulario extravagante. En su último libro, La canción de las figuras, mantiene su gusto y su técnica, pero expresa dos tendencias que ya se le notaban en Simbólicas: una, interpretar la emoción sincera; la otra, inspirarse en lo maravilloso de su propio medio. Esto, sobre todo en uno de sus poemas, "Antigua," en el cual celebra a la vez la magia del tiempo de la dominación española y el encanto de la campiña primaveral. Sin embargo, el autor del prefacio de la Canción de las figuras saluda a Eguren como un poeta único en América latina, ya que él sería nuestro primer simbolista. Es necesario terminar de una vez por todas con la cuestión de prioridad sobre este punto. Todos nuestros principales aedos modernistas, Darío, J. A. Silva, Lugones, Herrera y Reissig, etc., han sido, en una buena parte de su obra, verdaderos simbolistas, y uno de ellos, Jaimes Freyre, lo ha sido en toda su obra lírica. Nosotros podemos decirlo: conocemos a los simbolistas franceses.

Eguren muestra influencias de casi todos estos poetas, particularmente de Darío: su "Niña de la lámpara azul" no es sino una variación de "La hembra del pavo real." No obstante,

debemos reconocer que este joven poeta parece en general diferente de todos. Es porque ha ido más lejos que nadie, empleando una métrica de disonancia irritante; una sintaxis llena de elipses y de transposiciones complicadas, un léxico henchido de términos de su invención o de vocablos extranjeros para explicar las cosa más simples (¿No dice nez en francés y fancciulla en italiano?); y que además han dado a sus creaciones cierto aspecto pueril y extraño de juegos fantásticos --que no tiene entre nosotros antecedentes, como no sean los "cuentos" para niños de Rafael Pombo--, lo cual, a nuestro parecer, es lo que el poeta ha hecho de más bello. Pero es sobre todo porque Eguren es un poeta auténtico y raro que tiene la intuición de lo fantástico y el sentimiento de la vida misteriosa de las cosas.

A pesar de sus defectos, siento una verdadera simpatía hacia él --quizás porque me recuerda al artista alucinado de Esmaltines, que yo era a los dieciocho años. Me permito pues aconsejarle que olvide sus sílfides y sus princesas nórdicas, y se deje conducir por esas dos sotas de copas que, en uno de sus poemas, preparan un licor diabólico; ellos le conducirán al cuarto azul de su casa, el desván donde se amontonan las bellas cosas viejas de los abuelos; allí hallará la salvación, allí yo encontré la mía.

A. Marasso Rocca, argentino, se ha revelado últimamente como un poeta tan sólido como culto, aunque con más pensamiento que emoción, con más voluntad que intuición. Sus

poemas reunidos bajo el título de Presentimientos son meditaciones líricas sobre los asuntos más elevados: el misterio de la vida, el enigma del más allá, el deseo infinito del ideal y de la pureza, escritos en forma dialogada, propicia a tales motivos, y en versos plenos, armoniosos.

Sin duda, ha asimilado bastantes poetas antiguos y algunos modernos, como Hugo y el maestro del "Coloquio de los centauros" (¿Cejador no lo ha notado...?). Pero yo creo que antes ha aprendido de su tierra natal, la provincia de La Rioja, llena de montañas y de precipicios. Es verdad que a veces su tono parece un poco pesado, porque sus ideas no están bien impregnadas de sensibilidad, su verso poco expresivo a causa de la regularidad sostenida, pero en general su acento es suficientemente lírico, su estrofa bastante alada. Su libro hace pensar, hace sentir, y en cuanto a la forma, nos consuela de esa versificación amorfa que ciertos nuevos poetas españoles han puesto de moda.

Carlos Acuña, chileno, acaba de manifestarse como un lírico emotivo y delicado, entusiasta del nuevo ideal. En su libro, Vaso de arcilla, interpreta las sugestiones del terruño, en visiones que muestran todo el frescor silvestre de la campiña de Chile, o en canciones sentimentales, que tienen todo el fervor bravío del alma juvenil. Por desdicha este joven poeta parece adoptar la actitud de algunos otros jóvenes poetas de su país: aquella de confiar enteramente en la intuición, desdeñando la cultura. Excelente método para los

genios, pero para los simples mortales... Así, en ciertos casos, no descubre los rasgos eternos, y en otros cae en lo pintoresco vulgar, al punto de recurrir a términos regionales para encontrar la rima. E. Barrios, en el prefacio de Vaso de arcilla, aprueba al autor sin reservas, no hace crítica, él mismo nos lo dice; aquí nosotros no hacemos más que eso.

Alfonsina Storni, de la Argentina, se nos presenta como una poetisa de una sinceridad deliciosa. En una pequeña colección, La inquietud del rosal, ella nos revela todo su corazón, todo su pensamiento, con una franqueza que algunos podrán creer temeraria, pero que nos parece encantadora. Es verdaderamente la inquietud del arbusto florido, echando a todos los vientos la belleza de sus pétalos. Eso nos hace excusar los numerosos defectos de esta joven poetisa: defectos de concepción, de versificación, de vocabulario, ¡oh!, sobre todo de vocabulario...

Otra poetisa, Luisa Luisi, uruguaya, acaba de entregar una colección, Sentir, de una simplicidad escogida y de una emoción muy sincera. Desgraciadamente esta poeta pura cede a la tentación de ofrecernos algunas piezas en francés. ¿Cuándo terminaremos con ese esnobismo tan ingenuo?

Memento. -- F. Alejandro Lanza: El cuento de Pedro Corazón, L. y M. Pérez, Montevideo. Poemas correctos y delicados en los cuales notamos, sin embargo, las influencias de maestros caducos, como el desdichado Campoamor; prefacio

del vigoroso crítico uruguayo D. Martínez Vigil. -- Octavio Hernández: Cristo y la mujer de Sichar, Esto y Aquello, Panamá. Muy bello poemita que deja ver un sólido poeta del pensamiento conmovido. -- Julio Casal: Nuevos horizontes, J. Pueyo, Madrid. Ultima colección de este ferviente poeta uruguayo a quien debemos ya diversos libros líricos. -- Rogiero Sotela: La senda de Damasco, Imprenta Alsina, San José de Costa Rica. Bellos versos que muestran a un poeta ferviente, lleno del amor de la raza. -- A. Méndez Bravo: Senderos, Santiago (Chile). Poemas delicados, a veces, muy vivos; se puede esperar mucho de su joven autor. -- A. Vásquez Cey: La doble angustia, Martín García, Buenos Aires. Tercer libro de este poeta argentino experimentado, lleno de vigor y de sentimiento. -- P. Leandro Ipuche: Engarce, Renacimiento, Montevideo. Poemas del terruño o simplemente del corazón que no pueden sino merecer una franca aprobación. -- R. Brenes Mesén: Pastorales y jacintos, El Convivio, San José de Costa Rica. Ultima recopilación lírica de este interesante poeta y prosista de quien ya hemos hablado en estas crónicas. -- F. Silva Valdés: Humo de incienso, Renacimiento, Montevideo. Poemas vibrantes que anuncian un poeta de una bella fantasía. Arvède Barine: Una santa española, Imprenta Lahure, París. Estudio psicológico de Santa Teresa, muy curioso, traducido con gran fervor por Renato Sánchez, descendiente de uno de los hermanos de la célebre santa. -- A. G. Araujo Jorge: Ensaios de historia e critica, Imprenta Nacional, Rio de Janeiro.

Notables estudios críticos sobre diplomáticos o escritores nacionales o extranjeros, como A. de Gusmão, P. Groussac, G. Ferrero. -- Francisco Amunátegui: Un obus sur la ville, París. Pequeño cuadro delicado de los días de la guerra de este joven escritor, hijo del Cónsul general de Chile en Francia. -- José Martí: Granos de oro (pensamientos). -- Estrada Palma: Desde el castillo de Figueras (cartas). -- C. Loveira: Los inmortales (novela). -- C. de Velasco: A la mujeres cubanas. Interesantes volúmenes de la Biblioteca de Autores Cubanos que ha fundado la revista Cuba Contemporánea.

XIX*

La revolución modernista. -- Víctor Pérez Petit: Rodó, su vida, su obra, Imprenta Latina, Montevideo. -- Gonzalo Zaldumbide: José Enrique Rodó, Revue Hispanique, New York, Paris. -- Max Henríquez Ureña: Rodó y Rubén Darío, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana.

Los escritores de nuestras repúblicas que han tomado parte en la lucha modernista merecen un lugar de honor en la historia de nuestra literatura. Se necesita conocer el estado en que se encontraban las letras hispanoamericanas y, en general, las en lengua castellana, hacia 1880, para darse cuenta del valor de su esfuerzo y de la importancia de su obra. El romanticismo, que había dado nacimiento a un movimiento de renovación en casi todas las literaturas, había influido solamente un poco sobre la nuestra en la actitud sentimental o ideológica, y la corriente realista inaugurada por Dickens y Balzac, que había casi por doquier adaptado el espíritu de observación moderno, no había despertado entre nosotros más que una vaga aspiración de verdad. Las formas, es decir el verso, el estilo, la factura de los géneros, que es todo en la evolución literaria, no había cambiado. Podemos decir por lo tanto que nos encontrábamos en el mismo estado

---

*1º de octubre de 1920.

que en el siglo XVIII, o sea en plena decadencia, condenados a imitar a los modelos clásicos sin llegar a establecer lo que era verdaderamente actual y, menos aún, personal. Nuestra Revolución Modernista debía por consecuencia ejecutar, aparte de la tarea del Simbolismo francés, con el cual a veces se le puede identificar, el trabajo hecho por todos los movimientos literarios modernos, incluido el romanticismo. Inspirándose en los maestros modernos extranjeros, principalmente franceses, los paladines de modernismo (ya que si Rubén Darío se impuso como su jefe, hubo, en cada república, diversos campeones) les tomaron lo que había en su obra de verdaderamente progresivo y fecundo: de algunos románticos, la imagen inédita y los primeros intentos de liberación del verso; de los naturalistas, el culto de la verdad y la anotación de las sensaciones personales; de los parnasianos, el gusto por el color y por la plástica, y el ensanchamiento del vocabulario poético y de la rima; de los simbolistas, en fin, el lirismo puro y la métrica que podríamos llamar armónica. Ese fue un trabajo de asimilación, de adaptación, al mismo tiempo que de creación, penoso y tenaz. Nosotros, que tomamos parte de la lucha, en Chile, podemos decirlo. Sin duda, se ha caído a veces en exageraciones: en la imitación, en el preciosismo, en el desarraigo, pero el resultado no ha podido ser mejor: la modernización de toda una literatura, ya que el movimiento triunfante se impuso también en España.

Víctor Pérez Petit ha sido, en su país, el Uruguay, uno

de los primeros paladines de la bella causa. Junto a Roberto de las Carreras y a J. Enrique Rodó ha desplegado una acción tan intensa como inteligente a través del periódico, la conferencia, el libro, y una revista que fundó con Rodó mismo y con los hermanos Martínez Vigil, revista que fue, en un momento, una de las primeras de América: la Revista Nacional. Preocupado por la cultura, con el espíritu abierto a todo soplo nuevo, se consagró a la crítica, a la novela, y también a la poesía, con un gusto certero, un fervor sostenido y un entusiasmo comunicativo. Sin duda, influido por los nuevos maestros extranjeros, como novelista ha dado testimonio de un refinamiento poco genuino al punto que se diría que algunas de sus novelas han sido escritas por autores franceses modernos; mientras que al ocuparse de asuntos literarios europeos demasiado actuales y forzado por su temperamento realista, como crítico se ha demostrado a veces poco experimentado, insuficientemente informado, y, como poeta, poco lírico, limitándose a un ideal de belleza deslumbrante y frío, semejante al de los parnasianos. Pero, a pesar de todo, ha llegado a ser un escritor refinado y variado, divulgador inteligente de las novedades literarias europeas, narrador delicado de complicaciones sentimentales y, sobre todo, estilista diestro y personal, que anima la frase de ductilidad rara y pinta la imagen del color preciso. Como resultado de esa labor, Pérez Petit ha publicado una serie de libros de diversos géneros que tienen significación en la evolución de

nuestras letras. Primeramente nos ha dado un volumen de crítica, Los modernistas, monografías sobre escritores contemporáneos europeos, principalmente franceses, escritas con brillo y fervor, aunque sin certeza de juicio ni perfecto conocimiento del tema. De este modo al tratar autores conocidos o poco complicados, como Hugo o Banville, nos dará apreciaciones sensatas, mientras que al hablar de poetas nuevos o sutiles como Verlaine o Mallarmé, no logrará juzgarlos bien. A eso, quizás, ha contribuido su inclinación al realismo, que le ha hecho escribir estudios bien logrados sobre Zola y sobre Cervantes, publicados en plaquettes y que le hará protestar hasta hoy día contra lo que él llama "andrajos y tiritones decadentes." Luego nos ha ofrecido una recopilación de cuentos, Gil, obra variada y encantadora, en la cual practica las modalidades más diversas con un éxito incontestable. Hay allí un cuento, bastante largo, y que le da el título al volumen, que es una transcripción de la realidad viviente y amarga, tratada con una veracidad y una minucia naturalistas; pero hay también numerosos cuentos galantes o de fantasía, que son obritas de un refinamiento exquisito. Hace unos veinte años, leímos uno en una revista, Heroísmo, y aún guardamos el recuerdo de su encanto penetrante.

Pérez Petit es un buen narrador. Eso no le impedirá ofrecernos en seguida una colección de poemas: Joyeles bárbaros. Es un conjunto de sonetos plásticos, que encuadran escenas de la Historia y de la Leyenda en versos pulidos como

collares. Vemos allí reminiscencias del orfebre de los Trophées,[1] de Hugo y hasta de nuestro Julián del Casal (primer soneto), pero la forma es de un fausto raro en español y, si no personal, singular. Sin embargo, la pintura de la realidad que prima en nuestro autor retorna luego a la interpretación de la vida ambiente. Solamente que él no se sirve más de la novela, sino del teatro. Escribe una serie de dramas o de comedias representadas con éxito en Montevideo y en Buenos Aires, y que luego formarán cuatro volúmenes de este género. Son cuadros de costumbres o de conflictos pasionales, vivos o punzantes, bien comprendidos, aunque a veces un poco exagerados como para forzar la emoción de los espectadores. Eso se ve claramente en La Rodalla, donde, un poco a expensas de la verosimilitud psicológica, estalla un conflicto sentimental de una crudeza desgarradora.

Durante todo ese tiempo, el crítico no ha renunciado a su laboriosa tarea. Y he aquí que con motivo de la muerte de José Enrique Rodó, él nos entrega un libro notable sobre el ilustre pensador uruguayo: Rodó, su vida, su obra. El había sido amigo y confidente íntimo del maestro, habiendo tenido con él una comunidad de vida y de ideas. Con la seguridad que da el conocimiento del tema y el calor que suscita la estima, él expone así lo que fue la existencia de este pobre gran hombre. Evoca su infancia silenciosa de niño grave, su juventud

---

[1]Se refiere al poeta francés de origen cubano, José María de Heredia (1842-1905).

recogida de hombre de estudio; recuerda su actitud pasajera de político, su constante mal humor de solitario; cuenta, en fin, numerosas anécdotas que ponen en relieve el carácter grave pero no sombrío de este idealista exento de toda sensualidad, enteramente absorbido por la magia de las ideas. Luego habla del escritor con no menos sagacidad que fervor, esforzándose por elucidar el significado de su obra y de fijar su valor literario. Intenta la crítica de sus libros famosos: Ariel, ese grito de espiritualidad que aún repercute en el corazón de la intelectualidad continental, Motivos de Proteo, ese breviario de "moral teórica" de resultados tan bienhechores, El mirador de Próspero, ese ramillete de ideas luminosas y de frases delicadas, de una sugestión tan penetrante. No obstante, si la primera parte del libro es del mayor interés, hay que confesar que la parte crítica no está a la misma altura. Hay demasiadas frases brillantes que no son más que follaje inútil, y aquí y allá surgen apreciaciones que no nos parecen de ningún modo exactas. A pesar de eso, este libro es una obra valiosa que encierra un tesoro documental sobre el gran pensador uruguayo y, en todo caso, es la obra crítica más notable de nuestro autor.

En nuestros países donde la literatura no sostiene a nadie, Pérez Petit constituye un ejemplo de labor y de fervor tan raro como encomiable. Al pasar a Montevideo, en nuestro reciente viaje por América, lo hemos visitado. Este escritor es abogado y vive del ejercicio de su profesión. Empero, su

escritorio lleno de libros y de objetos de arte es más bien el gabinete de trabajo de un letrado y él un artista cabal lleno de entusiasmo por la belleza. Nos ha contado cómo, a despecho del medio refractario, ha perseverado en su labor literaria, sin hacer otra concesión que la de volcar su preferencia hacia el teatro que comienza a ser, en su país, un medio más certero de éxito material. El estudio sobre Rodó se le imponía como un deber. Este tema se imponía más o menos de la misma manera a otros críticos nuestros. Es así cómo Gonzalo Zaldumbide ha publicado un opúsculo, José Enrique Rodó, y Max Henríquez Ureña otro, Rodó y Rubén Darío, que son trabajos sobre el ilustre pensador tan fervientes como el de Pérez Petit. Zaldumbide es un crítico ecuatoriano concienzudo y justo, que ya ha hecho una labor sólida, y Henríquez Ureña un crítico de la República Dominicana laborioso e inteligente a quien debemos una obra bella y provechosa. Hablaremos de cada uno de ellos en otra ocasión, con la atención que merecen.

XX*

Los innovadores. -- Leopoldo Lugones: El libro de los paisajes, Otero y García, Buenos Aires. -- Memento.

Casi todos los grandes escritores han sido, en su época, revolucionarios: desde la antigüedad, las preocupaciones retóricas han sido un obstáculo al desarrollo del genio, de modo que éste ha debido combatirlas para manifestarse. Sin embargo, todos los escritores revolucionarios no han sido grandes escritores. Hay dos clases de innovadores: los que adoptan las formas para realizarse como les es necesario; los que forjan nuevos sistemas para concretizar o para crear tendencias; o en otros términos, los que innovan para sí mismos, y los que innovan para los demás. Los primeros raramente se equivocan; por el contrario, los segundos lo hacen a menudo: sus innovaciones a veces no son otra cosa que regresiones. Y que ocasiona, en realidad, la manía del conceptismo o del primitivismo testimoniado por ciertos innovadores de ayer y de hoy. Pero, en general, todos cumplen una tarea importante, ya que todos contribuyen más o menos a hacer avanzar las letras en su evolución natural, hacia más sinceridad, más vida, más finura, más perfección.

Leopoldo Lugones, el muy conocido poeta argentino, ha

---

*1º de febrero de 1921.

sido en nuestras letras un innovador fecundo. Lugones es un lírico de gran voz y un artista original, al mismo tiempo que un creador vigoroso de facultades múltiples, y un espíritu audaz y culto, siempre en busca de miras y formas nuevas. De este modo, él ha realizado una obra de creación y de innovación tan vasta como interesante, en todos los géneros, pero principalmente en poesía.

Principiante en el momento en que nuestra revolución modernista comenzaba a ganar el continente, él se puso naturalmente del lado de los avanzados, conducidos por Rubén Darío, por entonces en Buenos Aires. En su primer libro, Las montañas del oro, verdadero Eldorado de poesía, se afirma como creador de belleza nueva al mismo tiempo que celebrador de ideas nuevas. Con un verbo magnífico de imágenes grandiosas o deslumbrantes como flores monstruosas o gemas fantásticas, canta la redención del hombre moderno, el triunfo de "la Voz sobre la Roca"; interpreta las grandes fuerzas de la naturaleza o simboliza los delirios de su neurosis sentimental. Son cantos apocalípticos o atormentados, que traicionan ciertas influencias: las de Hugo, Poe, Baudelaire, Walt Whitman, Lautréamont, pero que denotan un acento vigoroso, una imaginación opulenta, singular. No obstante, el poeta hace uso del verso clásico o bien de un verso libre mono-rítmico apenas rimado. Se diría que habiéndolo dado todo a la idea y a la imagen, se contenta con las formas más amplias o más fáciles. Pero luego, tomando conciencia de su

rol de paladín del movimiento que tendía principalmente a relevar nuestra poética del estado miserable al que la había reducido el seudo-clasicismo español del siglo XVIII, y que el romanticismo no había sabido hacer, él se entrega a una labor amplia y minuciosa de renovación y de innovación de las formas. De este modo, en Los crepúsculos del jardín y Lunario sentimental, se demuestra como un artista del estilo y del verso a la vez concienzudo y audaz. En el prefacio de su último libro, encarece el mérito del poeta innovador que, rechazando el lugar común y enriqueciendo la rima --que Lugones cree indispensable a la versificación moderna--, ayuda al desarrollo natural del lenguaje y del verso. Remoza, pues, la elocución con el fin de ponerla de acuerdo con la sensibilidad moderna: utiliza nuevos giros sintácticos, estiliza la realidad actual y la vida cotidiana, adapta el procedimiento simbolista de la transposición sentimental que consiste en dar a las cosas de la naturaleza los sentimientos humanos y a los estados de alma la exterioridad de la materia. (La prioridad concedida sobre este punto al poeta J. Herrera y Reissig es un error, como lo ha demostrado el excelente crítico uruguayo Lauxar). Labra el verso con miras a darle nuevos recursos: emplea numerosos vocablos e innumerables rimas inusitadas, tomados del léxico científico y de la lengua corriente; ensaya el verso libre con ritmo cambiante, sostenido por rimas perfectas. Y he aquí como el autor, transformado en poeta mundano, canta, en Los crepúsculos del

jardín, las femineidades modernas exquisitas y frágiles, en sonetos o madrigales de un sentimentalismo frívolo y de una ejecución impecable, que hacen pensar a veces en el suntuoso lírico del Chariot d'Or,[1] o bien, convertido en rimador ironista, denuesta, en el Lunario sentimental, el lirismo romántico simbolizado por la luna, en poemas equívocos de un humorismo raro y de un tono desconcertante que recuerda al extraño cantor de Nôtre-Dame-la-Lune.[2] Muchos críticos se han perdido buscando el significado de estas colecciones. La pieza liminar de la primera y el prefacio de la segunda autorizan a creer que son, sobre todo, pasatiempos espirituales y ejercicios de técnica poética nueva. Por lo demás, se nota mucho que lo que interesa al poeta es menos el motivo que la forma. Sin duda, el innovador no es siempre feliz; a veces, cae en el manierismo o el prosaísmo, abusa de la terminología científica o de la palabra vulgar, no llegando a equilibrar la escala del verso libre. Pero, en general, sus libros aportan una contribución de gran importancia a nuestra reforma poética. ¿Y qué fue del poeta vigoroso y ferviente de Las montañas del oro? El poeta ferviente y vigoroso reaparece en un pequeño poema heroico, "Gesta magna," y en algunas piezas de Los crepúsculos y hasta en el Lunario. Se manifiesta completamente en una colección dedicada al Centenario

---

[1]Vid. X, nota 2.

[2]Se refiere al poeta francés, nacido en Montevideo, Jules Laforgue (1860-1887).

nacional, Odas seculares. Liberado de influencias lejanas, se inspira para presentar las sugestiones profundas de la Raza, de la Tradición, del Terruño. En un tono elevado, aunque purgado de las exageraciones juveniles, alaba a "Los hombres" representativos y "Las cosas útiles y magníficas" de su país; los próceres, los gauchos, los granaderos de la Revolución; el Plata, las Cordilleras, las ciudades históricas, y consagra "A los ganados y a las mieses" de la pampa un largo poema descriptivo, especie de nueva geórgica, lleno del sentimiento del esfuerzo humano y del perfume áspero de la tierra virgen. Es una poesía copiosa y viviente, en la cual se siente toda el alma del poeta prendado de heroísmo y de amor por la naturaleza, donde se ve todo su arte hecho de vigor natural y de búsqueda apasionada; nacional por las raíces tradicionales y la intención conmemorativa, es universal, eterna, por la amplitud del sentimiento y la excelencia de la forma. El extraño cantor revolucionario de anteayer, el artista desconcertantemente frívolo o irónico de ayer se muestra hoy, simplemente, como un gran poeta mundonovista. Este continuo cambio de modalidades que ha desconcertado a la crítica es la cualidad primordial de nuestro poeta: el proteísmo intelectual que le permite abordar con éxito todos los géneros, todas las maneras, todos los tonos. Lugones es una personalidad múltiple tan singular como poderosa. A pesar de las diversas modalidades que ha cultivado y las influencias que ha debido acoger, como todos los paladines de nuestra revolución

modernista, él es siempre el mismo. En todas sus obras, es perfectamente reconocible por la grandeza o la rareza de la imagen, por la singularidad del estilo o del verso, por el vigor inagotable del lirismo, por la inquietud extraordinaria del pensamiento siempre en busca de formas o de conceptos nuevos. Sin duda, son las diferentes actitudes del creador las que determinan los cambios de su manera. A veces, en efecto, él se manifiesta directamente, se entrega de una manera completa; mientras que en otras se expresa con ambigüedad, sarcásticamente, como si cubriera su sentimiento con una especie de pudor mental. Procede de ese modo, indudablemente, por despecho de la incomprensión de su medio, y quizás también, por divertimiento artístico. Todos los poetas innovadores se han complacido con juegos similares que les permiten poner en práctica sus hallazgos técnicos. ¿Y qué hacen los jóvenes de hoy, cuando buscan un arte inédito, sino eso?

En la últimas recopilaciones que ha publicado: El libro fiel, El libro de los paisajes, Lugones se expresa directamente, confiándonos sus sentimientos más íntimos o sus sensaciones más intensas, con una bella espontaneidad. el primero es un ramillete de rimas dedicado a la dulce compañera de su vida. Allí canta sus recuerdos sentimentales, sus horas de amor, sus cuitas de pasión, en un tono menor, conmovido y simple, que llenan a veces las cadencias de las antiguas canciones de su país. En El libro de los paisajes, resumiendo

la inspiración de la oda "A los ganados y a las mieses," el poeta, en profunda comunión con la naturaleza, nos dice sus impresiones líricas del campo, del mar, de la estación y de la hora en poemas rápidos, melodiosos y ligeros, a pesar del arreo a veces pesado, de la rima rica. Así, aboceta paisajes del terruño, en que silba el zorzal y florece "como una niña," el durazno; marinas de aguas luminosas, que cruzan las gaviotas en vuelo hacia las estrellas; tardes estivales arrulladas por los tordos y aromadas por las retamas; auroras en que el sol oriental "dilata un temblor de oro,--como un guijarro sonoro-- en un árbol de cristal..." Ciertamente, el cosmopolita sentimental que hay en Lugones dibuja también paisajes lejanos que azulan la nieve polar o que calcinan el sol ecuatorial, pero la nota autóctona predomina. Naturalmente, no son pinturas objetivas, ni visiones impasibles; son imágenes atildadas, de estilización prolija, pero sugestivas, cargadas de ensueños y de inmensidad; a menudo estados de alma. Y he aquí que en su amor de lo natural, el poeta celebra a los músicos alados del bosque, que se columpian en las altas ramas, a riesgo de teñirse de azul. Ved la calandria que canta "cielo adentro, -- y su canto es el centro -- palpitante del orbe"; el federal "que infla el pecho en que sangra la tarde, -- con el brío de un húsar del sol"; el maestro carpintero -- de la boina colorada: (va desde la madrugada -- taladrando su madero") Oíd a los tordos cuyo trino "evoca las mañanas de oro" en la gloria de la primavera;

al tero que grita, "erguido el negro penacho, -- pronto el espolín del codo"; al pito-juán que "pide a Juan: ¡Pito, Juan! ¡Pito, Juan!"; al loro que "sabe cantar un tango entero," "y según llamen a la puerta, -- grita: ¡la leche! o ¡el cartero!" Regocijaos con el hornero que tan lindamente trabaja su casita en paja y barro, "que en el barro y en la paja es arquitecto bizarro"; o con el chingolo que "no abandona el contorno -- de la casa solariega, -- donde un chico juega -- sobre el mortero y el horno..." "Chingolito de mi vida" le dice el poeta con emoción, "chingolito de mi vida, -- que fuiste mi compañero -- en el tiempo placentero -- de la inocencia florida. -- Quién me diera, sin retardo, -- volver a aquella delicia, -- como en la estación propicia -- le vuelve la flor al cardo." Son los pájaros de la campiña argentina, como los ve la imaginación popular o la inocencia de los niños. Son notas de gracia y de espontaneidad realmente originales en nuestra poesía. Así, Lugones afirma en este libro su actitud de poeta mundonovista, iniciada con Odas seculares, en su modalidad más directa: la estilización de la naturaleza del Nuevo Mundo, dominio aún virgen para el arte. ¿Cómo no felicitarlo yo, que desde mi rincón lejano, hago todo lo posible para fomentar el benéfico movimiento que empieza a triunfar en nuestras letras?

Memento. -- Carlos Ibarguren: La literatura y la gran guerra, Cooperativa Buenos Aires, Buenos Aires. El distinguido escritor, a quien debemos otros volúmenes interesantes no

entrega aquí un análisis de las obras literarias que la guerra ha hecho surgir sobre todo en Francia, notable por su fidelidad y por el espíritu idealista que lo anima; creemos que un libro de esta naturaleza, en traducción, interesaría al público francés. -- Julio Vicuña Cifuentes: Las cosechas del otoño, Minerva, Santiago (Chile). V. Cifuentes que se ha distinguido como crítico y escritor de folklore, se da a conocer en esta colección de versos como un poeta intenso y un artista encantador. -- J. Torrendell: El año literario, Tor, Buenos Aires. Recopilación de artículos de crítica que este conocido escritor ha publicado durante el año pasado, en la revista Atlántida; Torrendell es un crítico perspicaz y delicado, cuyas opiniones tienen autoridad justificada.

Bajo el título México Moderno, una revista mensual de letras y de arte tan interesante como bien presentada ha comenzado a aparecer en México. Dirigida por el excelente poeta E. González Martínez, encierra diferentes secciones críticas dedicadas a la producción literaria, musical y artística nacional y extranjera, de las cuales la de libros franceses está redactada por autores competentes o conocidos, como Loera y Chávez, Torres Bodet, Toussaint, etc. Reúne además la colaboración de los mejores escritores de México, y hasta de otras repúblicas hispanoamericanas. En los primeros números que hemos recibido, destacamos un excelente trabajo sobre el "Concepto de Historia Universal," de Antonio Caso; bellos sonetos de González Martínez: "El poema de los Siete

Pecados" (número del 1º de agosto); un interesante cuento, "Olga Vanof," de María Enriqueta, y versos muy delicados de Alfonso Reyes (número del 1º de octubre). En el último número Estrada rehúsa comentar mi libro Les Ecrivains contemporaines de l'Amérique Espagnole, porque yo no hablo mucho de los escritores mexicanos; ¿Pero él no ha podido ver que este libro está formado por mis crónicas en el Mercure, donde no puedo ocuparme sino de los autores que me envían sus obras? En la excelente revista argentina Nosotros se han producido cambios de dirección y de redacción. Roberto Giusti quien, junto a Alfredo Bianchi, dirigía con tanto talento esta publicación, se ha retirado de sus funciones por razones políticas. Ha sido reemplazado por Julio Noé, escritor joven pero muy culto, que se ha hecho notar por sus brillantes trabajos críticos. Nosotros prosigue su bella tarea de revista de vanguardia a la vez atrevida y ponderada. Desafortunadamente, su sección de Letras Hispanoamericanas, que hasta el presente había estado a cargo de autores jóvenes pero competentes, ha sido confiada a un escritor, Luis Pascarella, novelista y sociólogo distinguido, pero que de ninguna manera es un crítico literario. Señalaremos en el próximo número (septiembre) un interesante artículo de Paul Groussac sobre el "Teatro de Dumas y de Musset," un buen estudio de Manuel Gálvez sobre "Eça de Queiroz novelista" y bellos poemas de Alfonsina Storni.

XXI*

El gran poeta. -- Rubén Darío en Costa Rica (Primera y segunda parte), Sarmiento, San José de Costa Rica. -- Rubén Darío: Páginas olvidadas, América, Buenos Aires. -- Memento

Me parece que el Gran Poeta es la encarnación suprema del genio: posee la visión de lo absoluto en lo que es su esplendor: la Belleza; y la facultad de la expresión en lo que es su esencia: el Ritmo. Así, es la manifestación más alta del espíritu humano, y la realización más vasta de sus posibilidades infinitas. También, mientras que la labor del sabio envejece, su obra aparece siempre actual. Cuando el Gran Poeta se revela ante su pueblo, exalta la conciencia unánime al ampliar su zona de luz, aclara el medio al revelar su esplendor mal percibido, fecunda la literatura al hacerla avanzar impetuosamente en su lento desarrollo. El es de esta modo, como se le ha reconocido, el mejor civilizador.

Tal ha sido Rubén Darío para la América hispana. Nacido en el medio ambiente de la naturaleza lujuriante del Trópico, descendiente de español y de indio, hijo de un mundo nuevo, estaba dotado de una imaginación prodigiosa, de un gusto variado, de un alma abierta a todos los vientos de la vida. Ha sido, al mismo tiempo, un lírico múltiple, un artista refinado

---

*1º de mayo de 1921.

y un innovador instintivo. Su poesía, de una complejidad extraña, en la cual parecen entremezclarse la luz de Grecia, el oro del Oriente, el azul del Trópico, la sangre de España, las rosas de Francia, produce por tanto una impresión de originalidad cautivante; hay en sus poemas una espontaneidad en lo raro que le da el aspecto de hallazgos de belleza; alrededor de ellos flota ese halo de esplendor fascinante que se siente en algunas obras magistrales, y que se ve junto a las "flores" de Baudelaire. Como todos los grandes poetas, Rubén Darío comenzó a hacer versos muy niño, de manera que, aún adolescente, ya era famoso en la América Central. En su primera colección, Primeras notas, que no es otra cosa que intentos fuertemente influidos por los maestros españoles del momento, muestra ya, a través de ciertos rasgos, su temperamento excepcional. Pero fue hacia sus veinte años, cuando abandona su pequeño país, toma contacto con la vida moderna y conoce la nueva literatura francesa, que descubre su tesoro interior y encuentra el camino que debía conducirle a la renovación de nuestras Letras. Desde ese momento, publica una colección de poemas humorísticos, pero extraños, Abrojos; una serie de Rimas al estilo de las del español Bécquer, pero en las que se nota un lujo de imágenes y un perfume de sueños singulares; luego nos da un libro en el que todo, desde el título, Azul..., es de una fantasía y de un arte sin paralelos. Son poemas, cuentos o simples bocetos de la realidad, en los cuales la imaginación se despliega en

regiones desconocidas, y donde la naturaleza es vista por vez primera entre nosotros de manera directa, pura, y cómo decirlo... artista. Nuestra prosa vanamente pomposa, descolorida y desgastada, aparece aquí delicadamente purificada y deliciosamente adornada con imágenes, dando a la vez la impresión de un encaje de perlas y de "una rama de melocotonero en flor." Los poemas participan naturalmente de la excelencia del estilo y muestran a veces giros inusitados, de manera que no solamente hubieran podido ser firmados por un romántico de Madrid, como se ha dicho, sino que parecían tan nuevos que el maestro español Juan Valera debía declarar que su autor no podía "ser comparado con ningún poeta español de ayer ni de hoy." No obstante, el verso continúa a someterse, en estos poemas, a las reglas inflexibles de la poética consagrada. Pero algunos años después, habiéndose embebido de los designios del Simbolismo francés, Darío publica un libro que se ha hecho famoso, en el cual nuestra reforma poética se mostraba consumada. Tal es Prosas profanas, colección de poemas brillantes y delicados, donde armonizan los esplendores de la mitología griega, las elegantes fiestas del siglo XVIII y los refinamientos de la fantasía moderna. El verso, liberado de los clichés y los apremios tradicionales, se despliega, lleno de gracia y como de vida, labrado al mismo tiempo que agitado, consiguiendo efectos de matices y de música nunca antes vistos en la poesía en lengua castellana. El poeta se representa como un monje artista que ilumina las iniciales de

su breviario, sin inquietarse "por el viento que sopla afuera." Pero por mucho que haya renunciado al lirismo sentimental para reaccionar contra la poesía de improvisación y de declamación de nuestros románticos, no nos parece, como se ha afirmado, extraño, ni a la vida, ni tampoco a la emoción. Las figura de sus poemas, frívolas en apariencia, son poderosos símbolos humanos: bajo su máscara de oro corre la sangre de la vida. Pues he aquí que en el otoño de su existencia, este poeta mago nos entrega una colección en la cual nos desnuda su alma, su corazón palpitante: Cantos de vida y esperanza. Son poemas dolorosos, ecos de su espíritu ávido y angustiado, o bien cantos ardientes a la gloria o al porvenir de su raza y de su tierra. Así, él, que se complacía en mostrarse como un artista encerrado en sí mismo, y que había declarado no ser "un poeta para las multitudes," nos traduce en su "Nocturnos," la aflicción de sus noches atormentadas por el horror a la muerte, o interpreta en su oda "A Roosevelt," el sentimiento indignado de su patria continental ante la agresión angloamericana. Es que el soñador conoce ya la amargura de vivir y se da cuenta de que el poeta debe ser el intérprete del alma de su país, sobre todo si ese país es un mundo nuevo donde todo es aún materia virgen para el arte. Estos poemas de tono ya balbuciente, ya firme, logran a menudo una forma de una pureza transparente; no muestran, por lo tanto, esa perfección, acabada, invulnerable al tiempo, que brilla en Prosas profanas, y que es característica de

nuestro poeta tan profundamente artista. Luego, retomando su verbo deslumbrador, pero sin abandonar la emoción conquistada, nos ofrece en "El canto errante" y en "El poema de otoño" una poesía brillante o quimérica al mismo tiempo que emotiva o representativa, en la cual canta la "letanías de N. S. don Quijote" o habla de las meditaciones de su edad madura, así como traza "la evocación" feérica de su ilusión más asombrosa o fija las visiones alucinantes de su tierra tropical. En fin, con ocasión del centenario de nuestra independencia, consagra a la Argentina un canto magnífico y delicado, enorme y sutil, que hace pensar en una cumbre de la cordillera labrada por un artista refinado; un poema así cierra con un arco monumental el jardín encantado de su obra lírica. Este poeta múltiple tenía, como Shakespeare, numerosas almas. Presentarlo como un cantor semi-pagano, semi-cristiano no es presentarlo. Junto a su alma antigua y a su alma evangélica, hay un alma primitiva, producto de su tierra, que pone en sus versos la policromía infinita del cielo tropical y el misterio floral de la selva virgen; su alma moderna, resultado de su cosmopolitismo, que vierte en sus prosas la elegancia y la complicación de la vida ultra-refinada, y sobre todo, su alma oriental nacida de su atavismo hispano-morisco, que derrama en toda su obra el esplendor de una fantasía de las Mil y una noches: no sin razón, desde su infancia, estos cuentos maravillosos habían sido su libro preferido. Este creador tan poderoso tenía la facultad de poner su sello a todo lo que hacía y de renovar

todo lo que tocaba. Si bien se inspiró en el Parnaso y en el Simbolismo, no fue precisamente ni un parnasiano ni un simbolista: en sus poemas más cincelados, hay una sugestión inquietante, y en sus piezas más inmateriales se siente un espíritu ponderado. Su arte refinado e intuitivo hace pensar en el verismo místico de las esculturas góticas que modelan sus obras con la tierra y el cielo, o bien en la preciosidad ingenua de los pintores primitivos que revestían a la Esposa del Carpintero con la púrpura y las gemas de sus sueños. Así, Rubén Darío ha renovado o más bien ha modificado nuestras letras en todos los puntos: vocabulario, sintaxis, elocución, prosodia. En poética, lejos de limitarse al marco de los "Poemas saturnianos," de las "Fiestas galantes," de Verlaine y de las "Estancias" de Moréas, como se ha escrito, fue desde la exhumación de ciertos moldes olvidados hasta la adaptación del verso libre y del versículo, yendo hasta proclamar por encima de todas las leyes rítmicas el principio que le era tan caro de la "melodía ideal." Así pues, ha asentado en nuestras letras una personalidad extraordinaria, al mismo tiempo que ha inaugurado un arte nuevo, puro y libre, ubicándose naturalmente a la cabeza del movimiento conocido bajo el nombre de Modernismo, que ha regenerado la literatura en lengua castellana de América y de España. Se puede decir que este admirable poeta no ha sido aún presentado al público francés, ya que los trabajos de cierta extensión que le han sido dedicados, viniendo de críticos que no son poetas, dan

una idea vaga y a veces errónea de su obra, y las traducciones que se han hecho de sus poemas, salvo raras excepciones, son inexactas cuando no son verdaderas traiciones. Yo tomé parte, junto al maestro, en nuestra lucha modernista, y fui en París su amigo íntimo; escribo actualmente un libro en el cual me esfuerzo en dar a la luz los rasgos de su personalidad. Por desgracia, las condiciones actuales de las editoriales francesas no me permitirán publicar esta obra en seguida. ¡Qué importa! Rubén Darío es uno de esos poetas que no envejecerán jamás.

Darío vivió un poco en todas partes de la América hispana: en Nicaragua, donde nació, en El Salvador, en Chile, en Costa Rica, en Guatemala, en Argentina. Siempre sometido al yugo del periodismo, publicó en la prensa toda su obra. Numerosas páginas suyas, en prosa o en verso, no recogidas en volúmenes, permanecen en los periódicos de esos países. Se impone, por tanto, el trabajo de encontrarlas. En Chile, el concienzudo crítico Armando Donoso se ha encargado de eso, llegando a formar un pequeño volumen para el cual ha preparado un bello estudio introductorio; infelizmente, el original enviado a un editor europeo parece haberse extraviado. Teodoro Picado ha hecho lo mismo en Costa Rica, donde Darío, durante su juventud, vivió algún tiempo y dirigió un periódico. Bajo el título de: Rubén Darío en Costa Rica, acaba de entregarnos el resultado de sus investigaciones en dos cuadernos publicados por el infatigable García Monge. Encierran

numerosos trabajos de todo género del maestro que manejaba con igual brío el verso y la prosa. Del poeta pródigo en rimas encontramos, además de ciertas piezas de circunstancia y de otras incluidas en sus colecciones, dos poemas que habrían podido figurar en Prosas profanas: "Los regalos de Puck," versos de año nuevo, alegres y feéricos que recuerdan la "Canción del Carnaval" de ese libro, y "Donde estás," madrigal fresco y raro como una flor del Trópico. Del poeta en prosa que crea la maravilla de la "Romanza a una estrella," vemos tres piezas: "La canción de la luna de miel," "Mayo florido," "De sobremesa," de un lirismo alado y risueño constelado de imágenes suntuosas. ¿Y del cuentista semi-feérico, semi-moderno, tan característico, que escribía las mejores páginas de Azul...? Algunas narraciones azuladas de fantasía y envueltas de espiritualidad: "La muerte de Salomé," "Febea," y "Arbol del rey David," "La resurrección de la rosa."

Encontramos poco del crítico de literatura y de arte que cincela las preciosas máscaras de Los raros: solamente impresiones sobre las obras de Richepin, de Detaille, de Ranvier, y algunas curiosas apreciaciones del arte plástico de los antiguos indígenas de Costa Rica, que poseían "el sentido de la caricatura, de lo monstruoso y deforme, como los artistas del Japón." Por el contrario, del periodista lírico que imagina las páginas sin igual sobre León XIII de Peregrinaciones, encontramos dos artículos admirables: "La risa," desarrollos espirituales y eruditos sobre ese "claro

esplendor de la alegría", que es "la sal de la vida," y "Un sermón," en el cual escuchamos, sorprendidos, la palabra iluminadora y atronadora de un monje español que acaba de entrar en las órdenes y que se llamaba en el mundo Emilio Castelar. En fin, del cronista encantador que ha firmado tantos artículos inolvidables, hay numerosos comentarios de la vida o de la política del continente, de los cuales algunos no han perdido nada de su brillo, como aquellos que consagra a don Pedro de Brasil o al escritor ecuatoriano Juan Montalvo. Sin duda, todo lo que Rubén Darío escribió en Costa Rica no tiene igual valor. Pero Picado ha hecho bien en conservarlo todo: las perlas, hasta las deformes, son preciosas. No obstante, es en la prensa argentina donde Rubén Darío ha dejado las más bellas páginas perdidas. Se encuentran allí algunos cuentos maravillosos, como "Las lágrimas del centauro," "Un cuento para Janette," tan perfectos como aquellos de Azul... Samuel Glusberg ha tenido la buena idea de publicar en el último de sus cuadernos bimestrales algunas de estas Páginas olvidadas precedidas de unas palabras delicadas y conmovedoras de R. Jaimes Freyre, quien fuera uno de los más fieles adeptos y amigos del maestro. Hay un cuento extraño y macabro, "Thanathopia," y dos crónicas, "Psicologías carnavalescas," "Valcher o el loco de amor," llenas de puntos de vista personales y de trazos deslumbrantes. Sería deseable que un ejemplo como éste fuera seguido, y que se nos diera en volumen toda la producción de Rubén Darío perdida en las hojas

de la prensa argentina.

Memento. -- Carlos Reyles: Diálogos olímpicos. Dos volúmenes, ilustraciones de López Naguil, Peuser, Buenos Aires. Dialoques Olympiques, traduction de A. de Bengoechea, Bernard Grasset, Paris. Este vigoroso escritor, de quien nos hemos ocupado en nuestras crónicas, nos entrega en estos libros el original y la traducción de una importante obra de ideas que muestra una evolución muy interesante en su pensamiento filosófico. Volveremos a sus libros. -- Fabio Fiallo: Canciones de la tarde, Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo. Este conocidísimo poeta, a quien debemos poemas y cuentos delicados, nos da aquí una colección de poesías llena de sentimiento, en versos de una pureza adamantina. El ejemplar que nos ha enviado está fechado en la prisión donde lo han lanzado los ocupantes de su país, simplemente a causa de su actitud patriótica. ¡Y nos encontramos en el siglo de la "Sociedad de las Naciones"! -- Roberto Giusti: Enrique Federico Amiel en su diario íntimo, Ediciones de "Nosotros," Buenos Aires; Florencio Sánchez, su vida y su obra, Agencia Sudamericana de Libros, Buenos Aires. Este excelente crítico nos ofrece en estos libros dos obras donde nos muestra sus cualidades de juicio prudente y de dialéctica firme y directa; el segundo es una valiosa contribución al estudio de nuestra literatura moderna. -- V. García Calderón: Cantilenas, preludio de Carol Bérard, retrato por Foujita. Recopilación de

impresiones en prosa y en verso de este brillante escritor peruano, donde hay páginas muy delicadas. -- Enrique Planchart: Primeros poemas, Imprenta Bolívar, Caracas. Poemas finos y sinceros que anuncian a un buen poeta mundonovista.

XXII*

El espíritu crítico. -- Alfonso Reyes: El cazador, Biblioteca Nueva, Madrid. -- Alfredo Bianchi: Teatro nacional, Imprenta Cúneo, Buenos Aires. -- Memento.

Una de las características de la literatura moderna es ciertamente el desarrollo extraordinario del espíritu crítico. Es que este espíritu es precisamente la manifestación de la inquietud, de la sutileza, de la emoción, es decir de las cualidades esenciales del alma moderna. Así, ningún género literario ofrece una diferencia tan grande como la crítica entre su estado actual y aquél en que se encontraba en los siglos llamados clásicos. De estrecha, dogmática y rígida se ha vuelto en infinitamente compleja, libre, flexible, reuniendo juicio e impresión, análisis y lirismo, de manera que se nos presenta sucesivamente y, a veces, simultáneamente objetiva y subjetiva, racional y emotiva, instructiva y artística.

Con el florecimiento ocasionado por nuestro movimiento mundonovista, el espíritu crítico nuevo ha aparecido en nuestras letras en toda su amplitud. Alfonso Reyes, mexicano, es uno de sus representantes más sobresalientes. Escritor vigoroso y sutil, de una cultura sólida y de una inquietud

---

*1º de noviembre de 1921.

siempre alerta. Tiene un conocimiento profundo de las literaturas antiguas y de las letras clásicas castellanas, como también de las literaturas extranjeras actuales, lo que le distingue de la mayoría de los críticos hispanoamericanos. Ha tratado los más diferentes asuntos tanto antiguos como los modernos, en todas las formas de la crítica contemporánea desde el ensayo hasta esa modalidad subjetiva y compleja que podría llamarse divagación, y esta última con una riqueza de pensamiento, una novedad de miras y una finura de razonamiento singulares, y en un estilo vigoroso y delicado, que une a la pureza de la lengua tradicional el matiz de la expresión moderna. Muy joven, nos ha entregado un primer libro verdaderamente notable: Cuestiones estéticas, en el cual nos habla "de las tres Electras del teatro ateniense," del valor estético de Góngora, de la "simetría en la obra de Goethe" o del método ideológico de Stéphane Mallarmé, con un igual nivel de conocimiento y una misma seguridad de apreciación. Luego ha cumplido una labor interesante, intensa y diversa, de la cual han nacido varios volúmenes: El suicida, ensayos de literatura y de psicología; Simpatías y diferencias, disertaciones sobre los temas de actualidad más diferentes; Retratos reales e imaginarios, siluetas de personalidades de la letras o de la historia; Cartones de Madrid, reflexiones sobre la vida madrileña. Obras ricas y llenas de vida, donde el talento del autor en plena madurez prodiga su vigor y su sutileza, recurriendo a veces a la paradoja y usando a menudo la ironía.

El escritor concentrado, reflexivo, de las Cuestiones estéticas se ha vuelto expansivo, espiritual, Hay que reconocer, empero, que en este sentido él va, a veces, algo demasiado lejos: su gusto por la paradoja y su amor por la novedad le extravían. No sería por lo tanto difícil refutar algunas de sus ideas, como su aprobación del método de la pintura cubista porque éste ya habría sido empleado por los antiguos escritores castellanos, ya que lo que es natural en un arte no lo es siempre en otro; o bien su desdén del color en el estilo, porque "buscamos presentar la realidad un poco más allá de los ojos," ya que la anotación de las sensaciones es precisamente lo que más caracteriza la escritura moderna, sin contar que el color tiene además un valor simbólico, como lo hacía notar Oscar Wilde en una frase que el mismo Reyes cita en su primer libro. Yo no lo haría. Veo claro que, a veces, se expresa más como poeta que como crítico: no nos habla para hacernos partícipe de algo; se habla a sí mismo para desahogar el tumulto de sus pensamientos o de sus sensaciones, como un lírico.

Porque este autor está revestido de un artista creador. Nos ha dado numerosos poemas que unen a la intensidad del sentimiento la armonía muy moderna de la forma. Genaro Estrada ha hecho muy bien en concederle un extenso lugar en su excelente antología de los Poetas nuevos mexicanos. Ha publicado últimamente un volumen de cuentos y de diálogos tan delicado como personal: El plano oblicuo. Uno de estos

cuentos, "La cena," es una prueba perentoria de los dones creadores de Reyes. Es una historia desconcertante que parece desarrollarse en un mundo fantástico y que, sin embargo, sentimos real. Aunque el autor no nos lo dice, adivinamos que es simplemente la transcripción de un sueño tal como ha sido soñado, cosa banal en apariencia y sin embargo muy importante, por ser tan rara en literatura. Al mismo tiempo que Reyes, yo he hecho lo mismo en un episodio de mi novela inédita La Ville Merveilleuse, aparecida el año pasado en el Mercure.

El último libro de Alfonso Reyes, El cazador, es una brillante manifestación de su vasta cultura, de su curiosidad incesante y de las diversas formas de crítica de las cuales se sirve. En estas páginas sutiliza sobre los temas más variados: nos habla de "las grullas, el tiempo y la política," diserta sobre "Sir Edward Grey y la tragedia del símbolo," eleva un "lamento" a la muerte de Otfried Müller, al mismo tiempo que expresa opiniones muy sagaces sobre numerosos escritores de ayer y de hoy, como Montaigne, Mistral, José E. Rodó, Anatole France, Remy de Gourmont... Y todo eso en capítulos rápidos, vigorosos, chispeantes de espíritu y sazonados de ironía, en los cuales las ideas parecen desbordarse. Es que esta labor, como la mayor parte de su producción reciente, ha sido hecha con la preocupación de actualidad y de espacio mesurado, quiero decir ha sido escrita para los periódicos. Nos gusta su riqueza y su ductilidad, pero recordamos con cierta nostalgia algunos estudios del primer libro del autor, menos brillantes

pero más profundos, destinados a estudiar cuestiones estéticas o a determinar valores literarios. Desearíamos que Reyes llegara a emanciparse del trabajo periodístico. Es lástima que un talento como el suyo se disperse, se malgaste en chispas, en vez de elevarse en llama serena hacia el azur.

Alfredo Bianchi, argentino, es un crítico cuidadoso y bien inspirado, que ha consagrado toda su actividad a servir a la cultura de su país. Conjuntamente con Roberto Giusti, ha fundado y dirigido la revista Nosotros, que es hoy en día el verdadero órgano de la intelectualidad argentina. Durante largos años, ha redactado en esta revista, la crítica de la producción dramática nacional, con tanta sagacidad como firmeza.

Ultimamente, nos ha entregado una selección de sus crónicas bajo el título de Teatro nacional. Contrariamente a lo que sucede en la mayoría de nuestras repúblicas, en Argentina la literatura dramática está en pleno desarrollo. Cerca de cien autores en ese país producen continuamente y se hacen representar. Entre ellos hay algunos de real valor, que han creado obras vigorosas y bellas, como E. García Velloso, Emilio Berisso, Alberto Ghiraldo, V. Martínez Cuitiño, quien el año pasado se ha hecho aplaudir en París, Iglesias Paz, González Castillo, Folco Testena, etc. Pero como en todo movimiento nuevo, la producción deja ver, en general, ciertas vacilaciones, y a veces (como es nefasto en el teatro), manifiesta la tendencia a subordinar la perfección artística

al gusto del público. Bianchi se ocupa de este interesante florecimiento, hablándonos de autores y de obras con un gusto certero y un criterio elevado que le llevan a exaltar la delicadeza y a condenar la licencia, no en nombre de la moralidad, sino en nombre del arte, porque cuando el arte es verdadero, no es jamás inmoral. Sin duda, su libro no constituye un estudio completo ni suficientemente extenso. Pero no ha tenido otra intención que darnos un conjunto de sus crónicas de Nosotros, y no es permitido juzgar una obra, sin considerar lo que su autor se ha propuesto. Por otra parte su libro alcanza ampliamente su fin, que es hacernos conocer el nuevo teatro argentino.

Memento. -- Revista Chilena es una excelente publicación de letras y de ciencias, que aparece en Santiago de Chile. Está dirigida por el conocido escritor Enrique Matta Vial y reúne la colaboración de los mejores autores de ese país. Otorga un amplio espacio a la Bibliografía que está redactada por escritores competentes, pero, desgraciadamente, también por ciertas personas sin preparación ni imparcialidad. En el último número que hemos recibido, el de marzo, hemos observado un curioso artículo de Vicente Pérez Rosales sobre nuestras antiguas costumbres, y bellos versos de Enrique Banchs. Con el título de Mercurio Peruano aparece, en Lima, una revista de literatura y de ideas, muy interesante, dirigida por el muy conocido divulgador V. Belaúnde. Es la expresión más completa

de la intelectualidad peruana. El número de junio-julio, consagrado al Centenario de la Independencia nacional, encierra diversos buenos artículos sobre la evolución de la cultura del país; sobre la historia, la arqueología, el derecho, la filosofía, la enseñanza, etc. Infelizmente, falta un estudio dedicado a la evolución de la literatura. Studium, revista que aparece igualmente en Lima, es una "publicación universitaria de ciencias sociales, políticas y económicas," pero publica igualmente un suplemento de literatura y de reproducciones de arte. Está dirigida por Daniel Ruzo, que acaba de publicar una bella colección de poemas: Así ha cantado la naturaleza, y por Alfredo Herrera. En el último número (junio) encontramos un curioso estudio sobre la "Organización del virreinato del Perú," de P. Ugarteche Tizón, y un buen artículo sobre "El ilustre maestro Javier Prado," por V. Borja y Urrutia. La Federación de Estudiantes de Chile publica en Santiago una revista de ideas y de letras, Juventud, en la que colaboran los mejores escritores jóvenes de ese país. Está dirigida por R. Meza Fuentes, quien es el poeta mejor dotado de la generación joven; acaba de publicar, en un libro pequeño, un poema: Elogio de la fiesta de la primavera, que muestra una bella imaginación y un sentido innato del verso. Suspendida durante algún tiempo, porque, a causa de sus ideas de avanzada, su redacción había sido asaltada y saqueada, esta revista ha reaparecido con más vigor que nunca. El primer número de su nueva serie está consagrado

al joven poeta Domingo Gómez Rojas encarcelado por el "delito de opinión" y luego muerto en prisión a consecuencia de los malos tratos recibidos. Vemos allí diversos poemas suyos, conmovedores y puros; y artículos sobre su obra, su ideal y su triste fin. La importante revista de La Habana, Cuba Contemporánea, ha cambiado de director. En lugar de Carlos de Velasco, de quien podríamos decir que la fundara, está dirigida hoy por Guiral Moreno, quien es un espíritu muy culto y un escritor conocido. Esta revista, que concedía un gran lugar a la literatura en los primeros años de su existencia, se ha vuelto un tanto demasiado sociológica y política. Vemos con satisfacción en sus últimos números, una buena cantidad de colaboraciones literarias: en julio, un estudio de A. Andrade Coello sobre la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, y un curioso artículo de L. Acevedo: "Descripciones de La Habana antigua"; en agosto, un notable artículo, muy bien documentado, del poeta y crítico Regino Boti: "Dilucidaciones métricas." Revista de Revistas, la excelente publicación de actualidades y de letras de México, continúa apareciendo, tan interesante y tan bella como de costumbre, con colaboraciones muy variadas y cubiertas muy artísticas, dibujadas por García Cabral. Su director, J. Núñez y Domínguez, acaba de publicar una nueva colección de poemas, Música suave, de la que hablaremos próximamente. Destacamos poemas inéditos de Rubén Darío: "Soneto Pascual," "A Margarita de Lacaye" (número del 7 de agosto); un bello poema del notable poeta colombiano

Guillermo Valencia: "La tristeza de Goethe" (número del 23 de agosto). En el último número del Bulletin de l'Amérique latine, un joven colaborador me ataca en un tono insultante, hecho insólito de parte de los críticos franceses aun entre los que lo son en cierne, porque yo he dicho en mi crónica del 1º de mayo de 1921 que los estudios sobre Rubén Darío que se han publicado en Francia no eran del todo exactos, y que las traducciones de sus poemas eran, salvo raras excepciones, poco fieles cuando no traiciones. No me gusta perder mi tiempo en polemizar, y menos aún en responder a groserías; diré solamente que he traído a colación la primera de estas opiniones en mi artículo, al señalar y al rectificar los errores cometidos sobre la obra de Darío, particularmente sobre su técnica poética; la segunda podría confirmarse por la simple confrontación de los textos, lo que haría ver que no exagero y que fuera de las versiones de "El reino interior," "El coloquio de los centauros," "La cartuja," "Los cisnes" y algunas otras, las traducciones de los poemas del maestro que han sido publicadas no son fieles y que algunas, como aquellas de "Era un aire suave," Responso a Verlaine" (en prosa), "Yo persigo una forma," etc., son verdaderas traiciones.

XXIII*

Armando Donoso: La senda clara, Cooperativa Buenos Aires, Buenos Aires. -- José Vasconcelos: Estudios indostánicos, Ediciones México Moderno, México. -- Mariano A. Barrenechea: Un idealismo estético, Cooperativa Buenos Aires, Buenos Aires. -- M. Vicenzi: Crítica transcendental, Imprenta V. de Linez, San José de Costa Rica. -- Alberto Hidalgo: Muertos, heridos y contusos, Imprenta Mercantali, Buenos Aires. -- Memento.

Tal como lo hemos manifestado en nuestra crónica precedente, con la adopción del espíritu crítico nuevo la crítica ha alcanzado en nuestras letras un verdadero florecimiento. Gran número de escritores se dedican en el presente a este género de manera exclusiva; otros lo cultivan ocasionalmente, pero todos con un criterio realmente moderno. Entre los primeros, Armando Donoso, chileno, ocupa uno de los lugares más destacados. Es un escritor inquieto y ferviente, que une al entusiasmo por todas las ideas el culto a la belleza literaria. Desde su temprana juventud, se ha entregado con un ardor apasionado al estudio de las letras y de las ciencias, al mismo tiempo que se ha consagrado con no menos ardor al género que convenía mejor a su curiosidad ilimitada: la crítica. Leopoldo Lugones ha podido, por consiguiente,

---

*1º de abril de 1922.

alabar con razón en este escritor "el apacible discipulado donde se afirma el carácter." Convencido de la necesidad de renovación y del beneficio del estímulo en una literatura nueva pero obsesa aún por el atavismo retórico español, como la nuestra, se ha dedicado primeramente a comentar la producción literaria contemporánea de su país, con un espíritu muy moderno y una voluntad decidida. En ocasión de la muerte del gran crítico español Marcelino Menéndez y Pelayo, da una conferencia sobre el ilustre maestro, que publica a continuación bajo el título de Menéndez y Pelayo y su obra. Yo he señalado este libro, en mis crónicas, como un trabajo serio, concienzudo, que prometía a su autor el más bello porvenir literario. No me equivocaba. Poco tiempo después, Donoso formaba, con sus estudios relacionados con las letras actuales de su país, un volumen: Los nuevos, que contiene una serie de siluetas de los nuevos escritores chilenos, trabajos amplios y fervientes, donde ciertos errores de detalle, que a veces son simples erratas, no deforman las grandes líneas esenciales. Con un libro como éste, Donoso ha prestado un servicio positivo a la joven literatura chilena, al darla a conocer en todo el mundo de lengua castellana. Sin embargo, este crítico tan entusiasta y tan bien inspirado ha sido a veces objeto de ataques de incomprensión y de envidia. No se presta impunemente el servicio de la crítica de divulgación. Yo lo sé muy bien, ¡ay de mí!, yo que quizás, aquí, peque de benevolencia y me esfuerce en comentar o en reseñar, en el

corto espacio del que dispongo, todos los libros más o menos interesantes que recibo. No sé si semejante resultado ha inducido a Donoso a buscar un nuevo campo de acción o si lo ha hecho espontáneamente atraído por su inquietud intelectual. El hecho es que en seguida ha abordado los estudios histórico-filosóficos, y la crítica de letras extranjeras. De este modo, nos ha entregado un libro consagrado a uno de los pensadores más notables que ha habido en su país: Francisco Bilbao y su tiempo. El espíritu libre e idealista de nuestro crítico no podía menos que admirar al ardiente divulgador de las ideas de Michelet[1] y de Quinet[2] en América latina. Presenta, sin embargo, su juicio sobre él con serenidad. Reconoce que Bilbao no ha sido un pensador original, sino un espíritu supremo de ideal y de bondad, algo así como un santo laico. Donoso estudió por algún tiempo en Alemania en su adolescencia. En un sólido volumen, La sombra de Goethe, nos entrega el resultado de sus estudios sobre las letras de ayer y las de hoy en ese país. Alrededor del gigante de Weimar, eleva las figuras de los grandes autores románticos o modernos: Novalis, Hauptmann, Nietzsche, Peter Attenberg; pero presenta también a algunos escritores de antaño poco conocidos entre nosotros, como Wackenroder, Tieck, Kleist, y traza un cuadro de los principales líricos actuales. De modo que su libro constituye

---

[1]Jules Michelet (1798-1874), pensador e historiador francés.

[2]Véase crónica I, nota 1.

una importante contribución al estudio de las letras alemanas en nuestra lengua. Mas Donoso es también tan entusiasta del arte como curioso por la ciencia. En el último volumen que ha publicado, La senda clara, se entrega, en efecto, sobre todo a la crítica de las ideas científicas y filosóficas. Es naturalmente partidario de todo lo que signifique avance o esclarecimiento en el domino del conocimiento. Así, comenta severamente las ideas de Brunetière,[3] refutando su famosa paradoja de la bancarrota de la ciencia. Para él, Brunetière no fue jamás, ni siquiera en sus comienzos, "un hombre de ciencia, sino un moralista y un moralista cristiano que vivía torturado por las profundas tragedias cotidianas de la conciencia." Por el contrario, analiza con admiración la obra de Félix Le Dantec,[4] celebrando, no solamente sus investigaciones biológicas, sino también sus especulaciones filosóficas. Le Dantec, según él, es un "filósofo de la biología," que ha enunciado las bases de una filosofía nueva. Pero este crítico, tan enamorado del arte, no podía dejar de hablar igualmente de literatura. Ha estudiado a Walt Whitman, esforzándose en determinar su significación en la poesía contemporánea. El vigoroso crítico que ha sabido ante todo ser un hombre, suscita por él la mayor admiración. Se ocupa

---

[3]Ferdinand Brunetière (1849-1906), literato y crítico francés, miembro de la Academia y campeón del catolicismo a ultranza. Puso toda su cultura y su talento al servicio de una campaña violenta contra los librepensadores.

[4]Felix Le Dantec (1809-1906). Notable fisiólogo y pensador francés, colaborador de Pasteur.

también de Jules Lemaître,[5] analizando su vasta labor. Pero este escritor, que no comprendió el simbolismo y que cae en el dogmatismo religioso y político, no podía despertar su simpatía. Nos lo presenta, pues, como "un espíritu bien dotado, fino, amable y crítico, pero sin ningún trazo de genialidad." Donoso muestra generalmente en su producción una vehemencia, una fuga que le hace a menudo descuidar la escritura y a veces juzgar un poco precipitadamente. En el prefacio de La senda clara, Leopoldo Lugones dice que el autor manifiesta "una madurez sabia y precoz," "que no parece la de un joven hispanoamericano." Yo comparto la misma opinión del eminente escritor argentino. Eso no quiere decir, no obstante, que yo esté de acuerdo con Donoso en todos los juicios que enuncia en su libro. A mi entender, Le Dantec no tiene la misma importancia como biólogo que como filósofo. La moral biológica que él preconiza, si es aquella de los animales inferiores, no puede convenir al hombre cuya tendencia esencial es la de alejarse de la animalidad, humanizándose cada día más. Creo también que Walt Whitman no tiene el valor que se le concede comúnmente. Si su obra nos entusiasma, es menos por su aporte de poesía o de lirismo que por su forma ruda, desembarazada de los oropeles de la literatura, debido precisamente a su cultura sumaria. Sin duda, Donoso tiene razón en ocuparse de cuestiones de ideas: en nuestras

---

[5]Jules Lemaître (1853-1914). Crítico literario y dramaturgo francés.

sociedades jóvenes se necesita buscar en este dominio el "sendero claro." Sin embargo, yo desearía que él desplegara sobre todo su actividad crítica en el terreno donde ya ha recogido bellos frutos, terreno virgen, donde hay tanto por hacer: aquél de la literatura de su país y de toda la América hispana. Desearía, además, que en el dominio de las ideas, él salga del círculo del intelectualismo racionalista en el que persisten aún los profesores de nuestros países, sobre todo aquellos de Chile y de Argentina; un espíritu como el suyo no puede permanecer indiferente al renacimiento del idealismo filosófico que comienza a iluminar el pensamiento occidental.

Algunos de nuestros pensadores ya han adherido a este renacimiento magnífico. José Vasconcelos, mexicano, es un ejemplo elocuente. Este escritor se ha consagrado a la crítica de las ideas filosóficas y religiosas con tanto fervor como cordura. Luego de estudios profundos sobre esta materia y una producción intensa, acaba de entregarnos un libro sobre la filosofía religiosa de la India, que es un trabajo notable de crítica y de exégesis, al mismo tiempo que una obra de la más elevada espiritualidad: Estudios indostánicos. La literatura religiosa de la India, sin duda la más antigua y la más alta expresión espiritualista de la humanidad, ha sido en su mayor parte estudiada y comentada por numerosos eruditos europeos, particularmente alemanes, franceses e ingleses. Sirviéndose de esas investigaciones, Vasconcelos nos habla en su libro de las elucubraciones metafísicas del pueblo hindú, desde los Vedas,

los Brahamanes y los Upanishads primitivos hasta la doctrina Vedática, las prácticas Yogas, las enseñanzas de Buda y el Vedantismo moderno, iluminando sus tesoros de espiritualidad y "muy particularmente a los descendientes que sirven de lazo a la maravillosa pedrería del pensamiento hindú." Pero no sólo se contenta con compilar y con explicar metódicamente: comenta, critica, y a veces alaba con un ardor que nos penetra. Tomando como base esa "síntesis que todo ser posee a propósito de los problemas fundamentales del mundo," se sirve para juzgar lo que él llama "criterio absoluto," es decir, "aquello que más se aparta de las modalidades finitas de la existencia y que más se acerca a la intuición absoluta." Así, nos habla de la esencia de Brahma,[6] del poder del Atman[7] y de la sublimidad del Nirvana[8] con tal precisión y tal ardor que los serios problemas de la existencia de Dios, del alma, de la supervivencia se nos imponen naturalmente, no ya como una explicación de los misterios del mundo, de la vida, del dolor, sino como una respuesta necesaria a la inquietud de lo Infinito, al deseo de perfección ilimitada, al instinto de lo Absoluto, que es lo que hay más de esencial en el animal sublime que es el hombre. Empleando un método "de eclecticismo

---

[6]Brahma. Dios supremo del antiguo hinduísmo, creador del mundo, de los dioses y de los seres.

[7]La realización de "sí mismo" a través de la vida eremítica.

[8]En el budismo, anonadamiento supremo y final del individuo en la esencia divina.

constructor," intenta finalmente una síntesis de las manifestaciones religiosas en la cual trata de conciliar las doctrinas espirituales más puras: el budismo y el cristianismo, emitiendo la tesis que el Buda Maitreya, el Profeta de la Bondad anunciado por Sakiamuni, ha sido el Cristo conjurador de la fatalidad del Karma en el medio de la Gracia divina. Conclusión, a mi parecer, tan valiosa como oportuna para nuestra época, la cual, no teniendo más la orientación religiosa ancestral, se debate en la agitación vana y fatal del intelectualismo utilitario. No obstante, Vasconcelos no se expresa ni con el dogmatismo del sectario ni con la incoherencia del iluminado: él escribe con una cordura y una perspicacia sorprendentes. De este modo, desaprueba ciertas prácticas Yogas, deja en suspenso su juicio en cuanto a los milagros de las fakires, sonríe de la Sociedad Teosófica moderna y denuncia a su fundadora como impostora.[9] Luego, por asociación de ideas, nos menciona al paso las cosas admirables del mundo moderno. Al hablar del pueblo y del medio físico de la India, nos rememora que las razas que han elaborado las culturas más elevadas, como la griega, la hindú, la romana, la árabe, han estado mezcladas y han vivido en los países "más bien cálidos"; los hombres del norte, más o menos puros, que tienen hoy el dominio del mundo, no han hecho más que vivir, "en todas las formas más elevadas de la vida," de las ideas

---

[9]Referencia a Helena P. Blavatsky, quien fundara en 1875 la Sociedad Teosófica.

nacidas alrededor del Mediterráneo o en Asia. Y al considerar la cultura hindú, nos habla de la terrible impostura que es nuestra civilización occidental, puramente material y utilitaria, ya que la verdadera civilización consiste en "el mayor aprovechamiento de las energías" "en beneficio de una vida espiritual más intensa y más elevada." De manera que este libro, además de constituir un trabajo sintético del pensamiento hindú, que hasta el presente no se había hecho en ninguna lengua, es la afirmación de una personalidad de una elevación y de una pureza singulares, y una alta expresión de nuestro espíritu mundonovista.

No menos inquieto de ideas que Vasconcelos, Mariano Barrenechea, argentino, se dedica a la crítica de filosofía y de letras extranjeras. Ha publicado varios volúmenes consagrados a diferentes pensadores o artistas europeos, como Remy de Gourmont, Nietzsche, Wagner, Dostoievski, de los cuales no podemos hablar por no haberlos recibido. En el libro que acaba de publicar: Un idealismo estético, estudia la obra tan sutil y tan seria de Jules Gaultier con un método perfecto y una penetración poco común. Este libro se completa con una excelente disertación sobre el "Método en Estética," el cual, según la opinión del autor, como la de B. Croce, debería basarse en "la historia científica del arte." M. Vincenzi, de Costa Rica, cultiva por su parte la crítica filosófica y estética en las formas más variadas. Le debemos algunos diálogos filosóficos, en el estilo de los de Platón y una

recopilación de pensamientos: Paulino y Suetonio, Aticismos tropicales, obritas sutiles e intensas, aunque un poco teñidas de literatura. Hoy, nos ofrece un ensayo estético: Crítica transcendental, que sorprende por la minucia del análisis y a veces por la profundidad de los conceptos; infelizmente, la escritura, demasiado abstracta y demasiado cargada de términos técnicos, hace de lectura un poco difícil a este libro notable. Alberto Hidalgo, peruano, poeta y prosista de real talento, se complace en esa crítica de letras que se confunde a veces con el panfleto, cara a León Bloy. Luego de habernos dado dos colecciones de poemas: Panoplia lírica y Las voces de colores, y dos de crítica: Hombres y bestias y Jardín zoológico, nos ofrece ahora un volumen de este último género: Muertos, heridos y contusos, en el cual, como de costumbre, expresa juicios muy perspicaces y denuncia ciertos procedimientos literarios censurables, al mismo tiempo que se entrega a invectivas sin finura y a ataques violentos en contra de la conducta privada de algunos de nuestros escritores. Hablaremos más en detalle de estos críticos en otra ocasión.

Memento. -- Alejandro Castiñeiras: Máximo Gorki, Cooperativa Buenos Aires. Castiñeiras, joven escritor argentino, nos ofrece en este libro, un estudio concienzudo y entusiasta sobre la obra y la vida del gran escritor ruso, estudio enfocado sobre todo desde el punto de vista de las

ideas sociológicas. -- Aliro Carrasco: Letras hispanoamericanas, Imprenta Chile, Santiago. Este joven profesor chileno nos da en su primer libro un trabajo sintético sobre la literatura de la América hispana, que es incompleto y a veces inexacto, ya que un asunto de esta naturaleza exige una documentación muy difícil, pero que encierra datos valiosos y que constituye un esfuerzo muy meritorio. -- Alberto Ureta: Carlos Augusto Salaverry, Sanmarti, Lima. Ureta, a quien ya hemos presentado como poeta, publica ahora una monografía crítica, que es una importante contribución al estudio de la poesía romántica del Perú.

Con el título de El Maestro, ha comenzado a aparecer en México, bajo los auspicios de la Universidad, una excelente revista ilustrada de educación y de letras, la que se distribuye obsequiosamente. Dirigida por E. Monteverde y A. Loera y Chávez, reúne la colaboración de los principales escritores mexicanos. En los primeros volúmenes que hemos recibido, encontramos un notable artículo-programa de J. Vasconcelos, rector de la Universidad, una delicada disertación sobre "el arte nacional," de Loera y Chávez (primer número) y dos poemas llenos del sentimiento del viejo México, de Alfonso Cravioto (segundo número). Cultura Venezolana, que es la fiel expresión de los escritores de Venezuela, continúa apareciendo tan interesante como siempre; en ese país donde no se publican muchos libros (yo he recibido muy pocos), esta revista cumple un rol de una gran

importancia. En sus últimos números notamos un trabajo muy interesante sobre la poesía popular venezolana por E. Planchart (números de agosto y septiembre), un bello artículo de J. Tagliaferro a propósito del "Sexto centenario de Dante" (núm. de septiembre) y una excelente crónica bibliográfica de L. Alvarado (núm. de octubre).

XXIV*

La novela mundonovista. -- Eduardo Barrios: Un perdido, Bindle y Cía., Santiago (Chile). -- Alcides Arguedas: Raza de bronce, González y Medina, La Paz. -- Joaquín García Monge: La mala sombra y otros sucesos, Ediciones de Autores Costarricenses, San José de Costa Rica. -- Carlos Acuña: A flor de tierra, Imprenta Zig-Zag, Santiago (Chile). -- Memento.

Contrariamente a lo que han creído algunos críticos franceses que han tenido la amabilidad de analizar mi libro sobre Les Ecrivains Contemporains de l'Amérique Espagnole, nuestro movimiento mundonovista no se circunscribe solamente a la poesía. Incluye igualmente la prosa. Tiene precisamente antecedentes en la novela de costumbres, que fue otrora objeto de un favor entusiasta. Pero las obras de este género, debidas a escritores sin verdadera iniciación artística, en general no son más que el relato de lo que hay de exterior en nuestra vida; de lo que ella encierra de anecdótico, de pintoresco, y hasta de cómico. Tal es nuestra literatura llamada "criolla." Nuestros reformadores modernistas por tanto han encontrado, en este terreno, todo por hacer. No obstante, enamorados de lo que es extraño o lejano, entonces de moda, estos se han

---

*15 de junio de 1922.

entregado al cuento más o menos fantástico o a la novela de nuestras clases altas de costumbres cosmopolitas. Nuestros novelistas actuales, imbuidos del espíritu mundonovista, se han dedicado, por el contrario, a interpretar, con toda la habilidad artística ya conquistada, nuestra vida profunda, innata, característica, deseando construir con elementos propios, de manera de afirmar una personalidad nacional y a crear una literatura realmente autónoma. Sin duda, la tarea es difícil, pero seductora, porque la materia es virgen: Es como cultivar un terreno que no haya sido jamás sembrado, es como iniciar a una doncella en el amor. Nuestros autores nuevos lo han comprendido, y se esfuerzan en el júbilo de crear la Novela Mundonovista.

Así, Eduardo Barrios, de quien ya nos hemos ocupado en estas crónicas, nos ha dado con Un perdido una novela de la vida de su país en la cual estiliza sus aspectos más diversos, desde la costumbres de provincia hasta los hábitos de la casas de lenocinio, con un arte muy personal que logra entregar a todo la singularidad y la delicadeza de su propia alma. Por la amplitud del tema, por la sutileza de la psicología, por el cuidado de la escritura, esta obra es, no me cabe la menor duda, una de las mejores novelas publicadas en nuestro continente. Pero Barrios parece trabajar instintivamente, sin plan definido. De este modo nos describe a veces la escenas, como ese carnaval de niños, por otro lado lleno de encanto, que pueden ser auténticas, pero que nada tienen que ver con

nuestras verdaderas costumbres. En una labor como ésta, al igual que en todo trabajo artístico, lo principal es saber escoger.

Alcides Arguedas actúa, por el contrario, como un mundonovista consciente y ferviente. Convencido de que en nuestros países jóvenes y sobre todo en el suyo, en Bolivia, los intelectuales deben aportar su contribución de luz en todos los dominios, se ha dedicado a los géneros más diversos. Ha comenzado por publicar un trabajo de crítica político-social sobre su país, Un pueblo enfermo, que ha podido aparecer duro a algunos de sus compatriotas, pero que es en realidad una obra justiciera y educativa, animada de las más puras intenciones. Mas luego el artista nato que hay en él nos ha entregado una novela sobre la vida boliviana: Vida criolla, en la cual cierta intención sociológica no perjudica la interpretación del medio ambiente y el brillante cuadro de costumbres. Ha hecho en éste la novela de la clases dirigentes de su país. En Raza de bronce, que acaba de publicar, nos ofrece la novela de la raza aborigen que constituye la mayoría de la clase obrera. Esta raza, que antiguamente colaboró en la civilización incaica, motivo de admiración para el conquistador español, vegeta hoy en día como en estado de degeneración, casi olvidada de sus antiguas tradiciones, envilecida por el alcohol y la servidumbre. La tierra que le pertenecía constituye ahora "la hacienda" de la raza dominadora, y en el lugar del palacio de sus reyes se alza

ahora la residencia del patrón. Arguedas nos traza un cuadro conmovedor de la situación de estos indígenas reducidos a una especie de esclavitud y tiranizados sin piedad por el mestizo prepotente. No obstante, lo que más nos interesa en la obra es ciertamente el relato de la vida del campo boliviano, del indio o del mestizo, y la pintura de la naturaleza de las diversas regiones del país. El autor les otorga además una notable importancia. En la primera parte, nos hace seguir a cuatro indios de la hacienda, entre ellos Agustín quien parece ser el protagonista, mientras van desde el altiplano árido y desolado al valle fecundo regado por el gran río Calacoto, guiando a los asnos cargados de mercancías para trocar por granos para sembrar. El viaje es penoso, lleno de peripecias, pero espléndido. Luego de haber alcanzado un pueblo medio destruido por el desborde de los aluviones del río, los viajeros encuentran una tierra de una fecundidad extraordinaria, verdeciente de jardines y de cañaverales, poblada de pájaros de plumaje lujoso que se diría cubiertos de pedrerías. Los nativos del Altiplano, encantados, no ven el peligro que les amenaza, y uno de ellos contrae una fiebre mortal por haber comido demasiada caña de azúcar, mientras que otro perece al cruzar el río. Los sobrevivientes continúan, a pesar de todo, a través de este edén maligno, y, creyendo que les conviene más, toman la ruta de las altas montañas. Es una región vecina a las nubes, dominada por la blancura

desmesurada del Illimani,[1] que "quizás no haya pisado jamás el pie de un hombre," donde "solo los cóndores parecen vivir sin la angustia de lo magnánimo." Nuestros viajeros "sienten el terror de ser hombres." En la espantosa soledad, no encuentran sino a un pastor idiota quien dice llamarse Malleu (cóndor viejo), porque él ha hecho la caza más feroz de estos pájaros y está convencido de ser su igual. Al leer esta parte de Raza de bronce yo he experimentado la sensación de plenitud que da la obra maestra. El fondo, la psicología, el estilo, todo en esta novela es superior. Desafortunadamente, la segunda parte causa una impresión diferente. La acción dividida en los mil incidentes de la vida de la hacienda se arrastra aquí sin unidad, ni vigor; los personajes que se han hecho demasiado numerosos a penas se destacan, cuando no se confunden: Choquechuanka, especie de patriarca indígena, no tiene suficiente relieve, y aquél que creíamos que era el protagonista no reaparece sino en cortos intervalos; hasta el estilo, como constreñido para tantos hechos por relatar, parece un tanto descuidado (he constatado numerosas erratas), apagado por las repeticiones y las impropiedades del lenguaje. Sin duda, se encuentran todavía muchos pasajes característicos, admirables, como el cuadro de la boda de Agustín y sobre todo el del entierro del pobre calenturiento; la última escena, el asalto de la casa del amo por los indios,

---

[1] Illimani o Ilimani, montaña de la cordillera de los Andes, en Bolivia, a orillas del lago Titicaca.

es de una verdadera grandeza, y la frase final, esa aparición del sol sobre la hecatombe, parece ser un hallazgo intuitivo de este autor quien dice tener sangre indígena. Pero todo esto no quita la impresión de un trabajo no suficientemente cuidadoso que da esta segunda parte. Lo que más choca, es la falta de lo natural y de lo pintoresco en el habla de los personajes rústicos. Arguedas, que ha observado tan bien el paisaje y las costumbres, no parece haber hecho lo mismo en lo que concierne a este punto capital de la novela. Es que (él mismo nos lo ha dicho), ha escrito esta obra con largas interrupciones, estando ocupado al mismo tiempo en otros trabajos de orden diferente. Paralelamente, ha reunido los documentos de una Historia de Bolivia, de la cual acaba de entregarnos una parte: La fundación de la República. Establecida sobre un plan científico y escrita con rigor, esta obra constituirá la primera historia verídica de este país; el tomo que ha aparecido muestra, al mismo tiempo que una documentación precisa, un razonamiento claro y justo. Parece increíble que los compatriotas del autor, como él nos ha hecho partícipes, hayan acogido con la mayor indiferencia un esfuerzo como éste de verdadero interés nacional.

Joaquín García Monge, quien ocupa desde hace cierto tiempo un lugar destacado en nuestra literatura, se ha mostrado como cuentista muy perspicaz y muy artista en un pequeño libro: La mala sombra y otros sucesos, que ha publicado últimamente. Hasta ahora este escritor se había

distinguido como un letrado activo y bien inspirado, consagrado a la lucha por la cultura literaria en su país. Ha tenido la excelente idea de difundir en diversas series de cuadernos periódicos: Colección Ariel, El Convivio, etc, los mejores fragmentos de escritores de ayer y de hoy, nacionales y extranjeros. Y la prueba de la excelencia de esta idea, es que ha sido seguida en otras de nuestras repúblicas. Yo me he ocupado muy a menudo en estas páginas de esas publicaciones escogidas y animadas. Publica, además, un hebdomadario: Repertorio Americano, del mayor interés. Imbuido del espíritu tradicional de nuestro pueblo, tanto como maestro de sus medios de expresión, García Monge traza en su pequeño libro una serie de bocetos de la vida de Costa Rica, en lo que tiene de más característico, con una intensidad de colorido y una pureza de líneas que le otorgan un sabor y una belleza singulares. La lengua de los personajes rústicos, sin llegar hasta la expresión anti-artística de la traducción fonética, es de una espontaneidad y de un color tales que nos da la impresión de escuchar a esos simples hijos de la naturaleza. Yo me permitiría, por lo tanto, sugerir a García Monge entregarse menos y producir más, con la certeza de que así servirá mejor a nuestra cultura. Carlos Acuña, joven escritor chileno que ya hemos presentado como poeta, no ha entregado, él también, una recopilación de cuentos autóctonos: A flor de tierra, muy animados y muy delicados. Estos breves relatos se distinguen de aquellos del mismo género que se han publicado

en su país, en que nos dan, más que la descripción de las costumbres, la impresión de la vida rústica y tradicional. Su autor cumple de este modo, espontáneamente, con el verdadero programa del ideal mundonovista. Numerosos escritores de nuestros países, además de los mencionados, se dedican hoy en día con éxito al cuento o a la novela corta, como los argentinos Manuel Gálvez, quien es uno de nuestros mejores narradores, Horacio Quiroga, Edmundo Montagne y Hugo Wast; los chilenos Inés Echeverría, Pedro Prado y Joaquín Edwards; los uruguayos Vicente Salaverri y Montiel Ballesteros. Hablaremos de sus últimas obras en una de nuestras próximas crónicas donde trataremos la novela.

Memento. -- Con el título de Prisma acaba de comenzar la publicación de una revista internacional de poesía y de estética, consagrada a mostrar "toda la gama de la poesía lírica," como el "prisma hace ver los colores del espectro" solar. Dirigida por el joven poeta mexicano Rafael Lozano, tiene numerosos colaboradores, entre los cuales algunos, como G. de Torres, T. de Pascoaes, G. Turpin, están a cargo de las secciones de sus respectivas literaturas. En el primer número hemos notado un buen trabajo sobre "la poesía lírica," por F. Maristany, y en el segundo un interesante artículo sobre el "Sincronismo de Marcello Fabri," por R. Lozano; en ambos, maderos muy expresivos de P. Gallien. La revista Nueva Era de Buenos Aires se ha transformado en un periódico hebdomadario

del mismo título, que como la anterior, defiende los ideales socialistas al mismo tiempo que consagra un importante lugar a la literatura. Sería deseable que la sección "Bibliografía" fuera en adelante dirigida por un escritor serio, concienzudo. Señalamos en el número del 24 de enero, un interesante artículo sobre el novelista Martínez Zuviría, y en el del 21 de febrero otro no menos interesante sobre el novelista Manuel Gálvez. -- La nueva dirección de Nosotros, de Buenos Aires, ha introducido en esta revista modificaciones importantes. Al presente, notables escritores extranjeros colaboran periódicamente u ocasionalmente: Francis de Miomandre, a cargo de las letras francesas, G. Prezzolini, de las letras italianas. Además hay una nueva sección: "Las revistas," donde se reproducen los artículos más importantes de la prensa literaria del mundo entero. Destacamos en el número de diciembre un excelente trabajo de Luis Araquistain: "Las columnas de Hércules," en el de enero un pequeño estudio de L. Luisi sobre el novelista uruguayo V. Salaverri. México Moderno ha consagrado un número (noviembre) al poeta nacional R. López Velarde, quien acaba de morir y que ha sido un mundonovista de los más característicos, número en el cual han participado A. Cravioto, González Martínez, Fernando Ledesma, y donde se han insertado diversos bellos poemas del fallecido escritor.

XXV*

La novela realista. -- Manuel Gálvez: La tragedia de un hombre fuerte, Biblioteca de Novelistas Americanos, Buenos Aires. -- Joaquín Edwards Bello: El roto, Editorial Chilena, Santiago (Chile). -- Guillermo Bianchi: El cura sentimental, Imprenta Otero, Santiago (Chile). -- Memento.

Si bien el naturalismo tuvo una vida efímera, su influencia se hace sentir hasta hoy. Es verdad que su gusto por los casos patológicos y por el detalle brutal o insignificante ha envejecido, mas su intento por abarcar las masas humanas y de considerar la acciones bajo su aspecto sociológico se ha transformado en la norma de la novela realista. Nuestros novelistas de la realidad, como sus colegas por todas partes, sufrieron, pues, en este sentido la influencia naturalista; sus obras son grandes cuadros productos de la observación y de la documentación, considerados desde un punto de vista más o menos sociológico.

Manuel Gálvez es el principal novelista de la Argentina y uno de los representantes más característicos de esta tendencia. Es un escritor vigoroso, dotado de un gran don de observación y de un poder creador raro, duplicado de un

---

*1º de octubre de 1922. La traducción de un fragmento de esta crónica se publicó en Zig-Zag de Santiago de Chile el 28 de abril de 1923.

idealismo ferviente, lleno de ideas generosas y de una simpatía humana que comprende todas las miserias y se apiada de todos los dolores. Como casi todos los escritores natos, es un entusiasta, un sentimental, un poeta. En su primera juventud, fundó una revista: Ideas, que reunió el esfuerzo de los escritores nuevos y que ha sido algo así como el hogar de las actuales letras argentinas. Entonces publicó dos volúmenes de poemas: El enigma interior y Sendero de humildad, delicados, y, a veces, ingenuos hasta la torpeza; en que hay algo del Verlaine cándido y voluntarioso. Aunque la crítica de su país no haya sido muy favorable a estas colecciones, yo encuentro en ellas un gran encanto de sencillez escogida, y en ellas reconozco una de las primeras manifestaciones de nuestra poesía mundonovista. Mas, este escritor tan vigoroso debía buscar formas más amplias. Después de darnos un volumen de impresiones, o más bien, meditaciones sobre España: El solar de la raza, impregnado de idealismo, y un ensayo romancesco: El diario de Gabriel Quiroga, saturado de inquietud religiosa, se ha dedicado a la novela, y nos ha dado una serie de grandes frescos de la vida argentina: La maestra normal, El mal metafísico, La sombra del convento, Nacha Regules, llenos de realidad bien captada y de humanidad bien sentida, sobre las cuales gravita un idealismo que parece a veces pesimista, pero que es siempre tierno y piadoso. Son novelas de un plan muy vasto y de una atmósfera muy bien interpretada: el cuadro comprende una ciudad o al menos una clase social y aparece

dibujado con toques precisos, patentes; los personajes son innumerables y se muestran tan bien caracterizados, que jamás llegan a confundirse. En la Maestra normal, es la existencia monótona de la ciudad provinciana, La Rioja, arrullada por las "vidalitas"[1] y embalsamada por los azahares; en El mal metafísico, es la agitación febril y precaria del Buenos Aires literario; en La sombra del convento, es el medio tradicional de Córdoba, la antigua ciudad universitaria y clerical; en Nacha Regules, es la vida miserable de los bajos fondos de la metrópoli. Pero, en la acción, hay siempre un problema, un conflicto o simplemente un caso social doloroso y sugestivo: la fatalidad del amor en la mujer desvalida, la terrible lucha de los intelectuales en el ambiente refractario; la rivalidad entre el espíritu conservador y las aspiraciones modernas, la miseria de la vida galante en la gran urbe. Los protagonistas son idealistas que encarnan un sentimiento o una idea con ardor inquebrantable, y algunas de las heroínas, como Raselda y esa María del Rosario, de una colección de novelas: Luna de miel y otros sucesos, seres de una espiritualidad casi angelical. Diríase que el autor les ha dado toda la ternura y toda la piedad de su corazón. Además de la interpretación fiel de la realidad, hay, pues, en estas novelas un gran fondo ideológico o sentimental. Sin duda, por la pintura de la vida múltiple y por la significación sociológica, pueden ser

---

[1] vidalitas, 'canciones melancólicas del folklore argentino', es diminutivo de vidala, un híbrido formado por vida y por el sufijo hipocorístico quechua -la (Moliner).

clasificadas de naturalistas, pero por lo que hay en ellas de subjetivo, y por su composición armoniosa, en que lo real y lo ideal se equilibran, no pueden serlo. Sin embargo, la crítica se ha empeñado en darles tal clasificación, y Gálvez se ha propuesto escapar a una modalidad caduca. Para ello ha querido abandonar la interpretación de la atmósfera, en lo cual es maestro, y darse al análisis psicológico, que considera procedimiento nuevo. En sus últimas obras se nota algo de esta aspiración, aunque en Nacha Regules haya una descripción de los bajos fondos de Buenos Aires, que se cuenta entre las mejores páginas del volumen. En una novela que acaba de publicar: La tragedia de un hombre fuerte, Gálvez pone en práctica abiertamente sus designios. Es una obra de documentación rica y de composición extraña, en que el análisis de psicología social o individual alterna con intrigas sentimentales rápidas y tendenciosas. Gálvez se ha propuesto presentarnos aquí el espíritu del argentino de hoy, a la vez que estudiar la transformación del amor en Buenos Aires. El protagonista es, pues, un tipo representativo. Nacido de una antigua familia, se siente, sin embargo, conquistado por las ideas nuevas. Encarna el espíritu de la metrópoli, que denomina "dinámico," en lucha con el espíritu de las provincias, que llama "estático"; abomina de la herencia española, el pasado nacional, la tradición; adora el progreso, la acción, la conquista y no desdeña la actividad "mecánica" de los angloamericanos. Mas, como lleva el atavismo

"romántico" de sus progenitores, busca con ansiedad febril el amor que no ha hallado en el matrimonio. Con gran facilidad, encuentra sucesivamente varias amantes que, casadas o no, por lo general le aceptan sin mayor vacilación. Lejos de escandalizarse, él ve en esto una lógica evolución del amor. Es el espíritu dinámico que ha ganado también a la mujer, que dará por resultado la implantación de una moral nueva, en la cual los dos sexos tendrán igual libertad. El análisis psicológico está desarrollado en esta novela con una perspicacia y un minuciosidad extraordinarias, aunque la forma de disertación o de conversación con un personaje cómodo, parezca algo monótona y artificiosa. Las figuras femeninas son atrayentes y, a veces, interesantes, aunque en general sus actos se asemejen a los de las heroínas de ciertas novelas francesas, hoy desacreditadas. Pero las ideas pretendidamente nuevas de que se trata, no resisten la más ligera crítica. Sin duda, nuestros pueblos, como todas las naciones jóvenes, deben tender al desarrollo, al progreso, a la adaptación a la vida moderna, pero para ello deben apoyarse en la verdadera tradición, es decir en lo que hay en el pasado de grande y de característico, y en esto, sobre todo la Argentina, cuya enorme corriente inmigratoria necesita ser nacionalizada, la cuestión no es solamente tornarse un pueblo grande y rico sino, además, un pueblo con un espíritu, una cultura y un carácter propios. Sin duda, también, las relaciones sentimentales no pueden seguir rigiéndose, entre nosotros,

según la norma demasiado injusta de ayer. Pero de ahí a conceder igual libertad en el amor a la mujer que al hombre, hay un abismo. En el peor libertinaje el hombre puede cumplir la misión de procrear; la mujer no lo puede hacer en condiciones semejantes: el pudor es un escudo que la naturaleza da a la maternidad. Sublevarse contra esto es corrupción, y, en el caso de las mujeres que nos presenta Manuel Gálvez, inquietud malsana producida por la cultura mal asimilada y por el súbito enriquecimiento. Sería de desear que esas damas olvidaran la fórmula ya vieja en Francia: "vivir su vida"; y que aprendieran la fórmula nueva, engendrada por la gran guerra: "hacer su deber," y que, en los casos extremos, se recurra al divorcio, pero no al adulterio, como comienza a hacerlo aquí la generación joven y culta.[2] Gálvez se queja, en el prefacio, de que le atribuyan las ideas de sus personajes. Esperaremos, pues, que en otra novela nos presente al argentino de hoy verdaderamente tal, y que nos hable del amor realmente moderno, todo lo cual ha de existir también en Buenos Aires. Desearía, además, que volviera a la forma armoniosa en la cual la interpretación de la realidad ambiente se equilibra con la psicología y con la intención ideológica, como en La maestra normal, que es, a mi parecer, su obra maestra; el análisis psicológico exagerado, como la descripción minuciosa, es una desproporción, y el arte actual

---

[2]Este último párrafo fue suprimido en la traducción publicada en Chile, país cuya legislación, no contempla el divorcio. Véase crónica XXV nota *.

tiende a la armonía sintética.

Joaquín Edwards Bello, chileno, es un escritor de un talento muy vivo y muy atrevido, que cultiva con éxito la novela realista tendiente a la sociología o, más bien, a la crítica social. Se inició con una novela tan violenta como bella: El inútil, que era una sátira mordaz contra la estrechez de ideas de la sociedad de su país, pero sobre todo una serie de cuadros de la vida chilena muy animados y muy sabrosos. Era el anuncio de un polemista y de un artista poco común. Empero, en los libros que han seguido: Tres meses en Río, La cuna de Esmeraldo, nos parece más interesante como crítico de costumbres que como escritor artista. En el último de estos libros se encuentran algunos capítulos de una nueva novela que prometía ser una obra definitiva. Esta obra ha aparecido últimamente bajo el título de El roto, nombre que suele usarse para el proletario chileno. Es en efecto la novela del jornalero de ese país, mestizo de español y de araucano, valeroso y resistidor, pero descuidado y fatalista, quien, oprimido por la clase dirigente y entorpecido por el vicio y por la falta de higiene, arrastra una existencia miserable y atormentada. El perfil de este tipo y la pintura de los barrios bajos de Santiago están ejecutados con una violencia que parece quizás excesiva, pero también con un sentimiento altruista evidente. Una obra como ésta ha sido vivamente discutida por la opinión pública en Chile. A mi parecer, el retrato del roto es verídico en sus trazos

esenciales; solamente hay predominio de los tintes sombríos y siniestros sobre los claros y plácidos. Infelizmente, esta novela está escrita en un estilo de una truculencia exagerada y en un lenguaje incorrecto, recargado de neologismos y de términos regionales. El autor cree que nuestra literatura debe ser "eminentemente criolla" y que debemos escribir en un español "republicano, emancipado." Pero el arte es precisamente labor de selección y de búsqueda de lo perdurable: el exceso no es más que folklore. No obstante, el libro se lee con interés, ya que Edwards es uno de esos autores que tienen puntos de vista personales en sus reflexiones. Este activo escritor ha publicado a continuación otra obra: La muerte de Vanderbilt, en la que relata, con mucho vigor, el naufragio del Titanic, donde, al parecer, él mismo se encontraba. Guillermo Bianchi, chileno, es un joven autor que tiene cualidades que podrían prometerle llegar a ser un excelente novelista. Se ha demostrado como un narrador de la realidad, delicado y emotivo, en un pequeño libro: El cura sentimental, que es una colección de cuentos llenos de verdad y saturados del más puro idealismo.

Memento. -- Con el título de Ateneo de Honduras aparece en Tegucigalpa una revista, órgano de este centro intelectual, muy vivaz y muy selecta, en la cual colaboran la mayoría de los escritores de América Central. Su director es el muy conocido poeta hondureño, Froilán Turcios, quien ha dirigido

poco antes otra revista escogida: Esfinge. En el último número que hemos recibido (mayo), encontramos un interesante artículo sobre J. R. Molina, por Turcios, una bella "Oda a Centro América," por Salomón de la Selva, y un excelente estudio sobre "Las escuelas literarias," de Garcia Godoy. La revista Pegaso, de Montevideo, de la cual ya hemos hablado, ha unido a sus secciones una rúbrica sobre "La educación" que redactan F. Copete y Riqué, el Dr. S. C. Rossi, M. Espínola. Uno de sus directores, J. M. Delgado, ha publicado últimamente un poema dramático: "La Princesa Perla Clara," del cual nos ocuparemos en nuestra próxima crónica consagrada a los poemas. Señalamos algunos bellos sonetos de P. de Grecia (número de febrero) y un buen artículo de V. Salaverri sobre un libro de E. Barrios (número de abril).

XXVI*

La novela lírica. -- Pedro Prado: Alsino, Minerva, Santiago (Chile). -- Edmundo Montaigne: El cerco de Pitas, Cooperativa Buenos Aires, Buenos Aires. -- Vicente Salaverri: El hijo del león, Cooperativa Buenos Aires, Buenos Aires. -- Memento.

La mayoría de los novelistas modernos, impregnados del espíritu positivista del siglo XIX, ha aplicado a la novela los criterios científicos, y ha hecho entrar en ella la vulgaridad de la vida cotidiana, usando y abusando de puntos de vista sociológicos o patológicos, al mismo tiempo que subscribiendo las minucias de la existencia. La "bella historia" de otrora ha ido así muriendo, poco a poco, ahogada por la ciencia y asfixiada por el prosaísmo. Pero desde hace algunos años ha comenzado una reacción tendiente a restituir a la novela su finalidad artística, a reconciliarla con la poesía otorgándole los elementos de vida esencial, de fantasía, de sueño, que le son indispensables. Nada de consideraciones científicas ni de descripciones superfluas; interpretación de la vida en lo que tiene de eterno, de inesperado o de misterioso; presentación del hombre en lo que tiene de extraño, de profundo o de inefable. Así ha nacido una

---

*15 de enero de 1923.

forma nueva, que podría llamarse **novela lírica**, y que no tiene nada que ver con la novela cinética o de aventuras. Gran número de nuevos novelistas se ha entregado a este género, adoptando maneras diferentes, de acuerdo con su temperamento. El primero en Francia ha sido John Antonio Nau; en España, Ramón del Valle-Inclán. En la América hispana, algunos jóvenes escritores cultivan hoy esta forma o al menos se le acercan.

Pedro Prado es, a mi parecer, el más representativo. Prado es un poeta en verso y en prosa, y yo he tenido ya la ocasión de presentarlo bajo este doble aspecto. Nos ha dado, en la Reina de Rapa Nui y en Los Diez, dos pequeñas novelas llenas de colorido, de imprevisto, hasta de misterio, aunque en ellas se encuentre todavía una intención tendenciosa. Pero en una obra que ha publicado últimamente: Alsino, nada o casi nada de esa intención permanece. Alsino es simplemente una fábula de belleza esencial y de vida profunda: una novela lírica. Sabiendo que el arte es la realización de nuestras aspiraciones más elevadas, Prado nos ofrece aquí, realizada, la antigua aspiración de la humanidad por testimoniar por encima de todo su origen non terrestre: tener alas, pero no alas mecánicas, inventadas, como las del curioso Mafarka de Marinetti; alas naturales, nacidas de nuestra propia carne. Se trata de un pobre niño campesino, Alsino, quien, perseguido en sus sueños y en sus vigilias por esa grandiosa aspiración, siente de repente que le crecen alas, y que, en su alegría, abandona a su vieja abuela y se lanza al cielo. Presa de una

embriaguez extraordinaria, rompe el espacio ilimitado, contempla la naturaleza en toda su amplitud, observa al hombre en toda su pequeñez, y de su labios, la voz se desborda en himnos maravillosos. Por desgracia, cae en manos de los hombres, quienes, desconcertados, contrariados en sus prejuicios, le cubren de insultos y mutilan sus alas. ¿Se siente él más allá de los sentimientos humanos? En vano los campesinos le molestan, en vano la dulce hija del patrón se muere de amor por él. Permanece impasible, y tan pronto como puede, se escapa. Refugiado en los bosques de la Cordillera, la hija de un cazador de pumas se prenda de él y, para retenerlo, le da un filtro que le hace perder la vista. Ciego, Alsino, cuyas alas han vuelto a crecer, recobra la facultad de volar y gana de nuevo el cielo azul; pero su cuerpo choca a veces con las montañas, se magulla contra los árboles, y luego, un día de tormenta, el fuego del cielo ultrajado se apodera del temerario y "lo consume." Sin duda, un personaje como éste es un símbolo: es el poeta, o más bien la poesía misma. Sus cantos, de los cuales el libro está lleno, renuevan los motivos del lirismo panteísta, eterno; algunos tienen esa intensidad y esa amplitud de aliento que ya hemos admirado en los poemas de Prado. No obstante el autor, por el más feliz designio mundonovista, no ha situado la acción en las brumas de algún país de ensueño, sino en el seno de la naturaleza y de la vida de su propio país. Vemos, en efecto, en esta extraña historia, la majestad adusta de la Cordillera, el

verdor perpetuo de los bosques, el aspecto huraño de los campesinos chilenos, y aprendemos hasta el nombre pintoresco de cada lugar, como en las novelas de Valle-Inclán. Por desdicha, la dificultad de semejante empresa: la unión de la quimera con la realidad, no está siempre bien dominada. El milagro del nacimiento de las alas no aparece claramente atribuido al poder del deseo obstinado, única causa plausible. Además, ciertos tipos muy idealizados, como el anciano de la montaña, contrastan violentamente con otros muy regionales, como aquellos guardias que arrestan a Alsino. Pero la verdadera falla de la obra está en el lenguaje de los personajes: la mayoría de ellos hablan de una manera convencional, sin colorido ni carácter, mientras que algunos se expresan en un castellano incorrecto, regional. Todo esto no es más que detalles. Alsino es una obra impregnada de la esencia de la vida, de la savia virgen, del lirismo de lo eterno, la que podría ser comparada igualmente con una flor silvestre, con un fruto fragante a miel, con un poema primitivo. Obra rara de ensueño y de vida, la cual, si bien a veces hace pensar un poco en Nils Holgersson,[1] está construida con nuestros propios materiales más sólidos y más intactos.

Edmundo Montagne es asimismo poeta, y también he hablado de él en estas crónicas. Pero, muy recientemente, ha publicado algunos libros que añaden nuevos rasgos a su personalidad.

---

[1] Nils Holgersson, novela de la escritora sueca Selma Lagerlöf (1858-1940), premio Nobel de literatura de 1909.

Este poeta, que se había manifestado como un artista del verso, enamorado de todas las innovaciones, se ha revelado en dos colecciones recientes: Pordiosero de amor, El bazar del iluso, como un lírico muy puro con un acento amargo, desconsolado, empero ingenuo y a veces risueño; mientras que en una tercera colección, La guitarra del pueblo, se ha mostrado como un intérprete delicado del alma ancestral de la Pampa. En prosa, Montagne nos había entregado ya una serie de novelas cortas: El fin del mundo, llenas de colorido y de animación, y he aquí cómo acaba de continuar con un libro del mismo género, el cual, por su búsqueda de la vida profunda, se aproxima a las aspiraciones de la novela lírica: El cerco de Pitas. Son pequeñas historias de la realidad, en las cuales se trata todo lo que hay de ingenuo, de tierno, de divino en el alma de los hombres, pero donde se trata también, y cuán profundamente, de esa fatalidad de los destinos humanos que es la causa de las amarguras de la existencia. Algunas, como aquélla del "abuelito León," quien se desconsuela por no poder dar a sus pequeñuelos los juguetes de Navidad, o aquélla de la "novia ciega," que toca en la guitarra la vieja melodía que antiguamente bailaba su abuelo, son obritas magistrales de espiritualidad, de gracia, de ingenuo encanto. Un libro como éste es el mejor testimonio del lírico dulce y del hombre puro y generoso que hay en Edmundo Montagne. Este soñador inveterado es al mismo tiempo un escritor de acción lleno de entusiasmo por todas las manifestaciones de la belleza y de

simpatía, por todos los esfuerzos de sus colegas. Ha realizado así, en la prensa de su país, una labor de esteta, de crítico, de animador tan sagaz como benévolo, con la cual podría formar varios volúmenes de real interés. Entre sus trabajos de este género, hay que mencionar especialmente sus retratos de los "jóvenes poetas" de la Argentina y sus estudios sobre la rítmica moderna, publicados en Nueva Era. Estos últimos acaban de aparecer en volumen bajo el título de Poética nueva. Constituyen una exposición metódica y profunda de un tema tan complejo, completada con nuevos datos personales. Los capítulos dedicados al "veroritmo," a la estrofa, donde se trata el verso libre, y a la rima son particularmente interesantes y serán de provecho, no solamente para nuestros poetas, sino también para los poetas de todo el mundo. Edmundo Montagne no ocupa en su país, sin embargo, el lugar que merece: no escribe en los grandes diarios y ni siquiera tiene un cátedra oficial. Pero algunos de sus poemas y de sus cuentos permanecerán en las antologías, y los argentinos de mañana se asombrarán de la ceguera de los de hoy.

Vicente Salaverri es un escritor de un vigor, de un soplo, de un ímpetu poco comunes; español de nacimiento, ha sido periodista en Buenos Aires y es hoy en Uruguay, su patria adoptiva, uno de los mejores novelistas del país. Se le debe una serie de novelas de la vida uruguaya muy animadas y muy pintorescas, en las cuales la acción es siempre de un interés creciente y el desenlace inesperado o sorprendente.

Ciertamente, no son novelas líricas, pero se aproximan a esta forma. Salaverri tiene el don del verdadero novelista, de percibir igualmente lo que hay de trágico y de cómico en la existencia. Sin embargo, impulsado por su inquietud natural, procede a menudo, en sus novelas, por escorzos exagerados que debilitan el relato, y se entrega, a veces, a salidas de tono humorísticas o literarias, que desconciertan. Sin duda, la literatura moderna tiende hacia la síntesis y busca la sorpresa, pero tenemos entre nosotros tanto de cosas vírgenes aún para el arte que vale la pena considerarlas con algo de holgura, y es evidente que para producir un buen efecto, la sorpresa debe ser provocada por medios naturales, oportunos. Algunas novelas de este autor, como El pecado de la virtud, La mujer inmolada, tratan de la vida de Montevideo; otras, como Este era un país, El corazón de María, interpretan la existencia rústica; igualmente sus cuentos, cuya recopilación más importante es Cuentos del Río de la Plata. Como el campo en nuestros países es mucho más característico que la ciudad, sus narraciones campesinas nos parecen naturalmente las más interesantes. La última novela de Salaverri: El hijo del león, es de este género. Es la historia de un joven que, luego de haber acabado sus estudios, regresa a la hacienda natal, donde sostiene una lucha ruda en contra de los colonos indígenas hipócritas y malévolos, le hace la corte a una de sus primas y se casa con la otra sin preocuparse de saber a cuál de las dos ama. El carácter del protagonista, en quien se mezclan la

sangre criolla y la sangre extranjera, está bien delineado y sostenido. Pero los colonos gauchos son los personajes que nos parecen los más cautivantes. Apenas bosquejados, se muestran sin embargo llenos de vida y de carácter; hablan con una naturalidad y una desenvoltura muy propias. La traducción fonética de su lenguaje, que el autor ha creído deber hacer, a mi parecer, no aporta gran cosa al resultado: basta pronunciar correctamente conservando los arcaísmos para convencer. Por desdicha, la intriga sentimental se muestra violentamente cercenada --¡Y qué cambio de tono!--, expresada por una cita de Stendhal. En cambio, la narración está llena de escenas bien ejecutadas, y algunas son verdaderos hallazgos. Tal es el final. Cuando el joven amo cae en la trampa que le han tendido sus antiguos subordinados, y, atado, amordazado, espera la muerte en la sombra, una ventana se abre en la casa vecina. ¿Es su mujer? No; es su primera novia que suspira a la estrellas.

Memento. -- En la Revista de Revistas, de México, encontramos un artículo de Pedro Prado: "A los poetas de México," a propósito del viaje que la eminente poetisa chilena Gabriela Mistral a hecho por ese país (número del 30 de julio), algunos bellos poemas inéditos y una caricatura de la poetisa por García Cabral (número del 10 de septiembre). En el último número de France Amérique Latine, revista que ya había dado cuenta de mi libro sobre Les Ecrivains contemporaines de

l'Amérique Espagnole, un antiguo colaborador se ocupa una vez más de este libro para reprocharme en términos injuriosos no haber hablado de un escritor hispanoamericano que es su amigo; reconoce, sin embargo, que en el primer capítulo, yo declaro que este libro está compuesto por mis crónicas del Mercure, donde naturalmente yo no puedo ocuparme más que de los autores que me envían sus libros. No responderé a groserías sin fundamento. ¿Es necesario decir que si yo no he hablado de ese escritor en mi obra, donde se tratan más de cien autores, es simplemente porque yo no he recibido sus libros? Pero recordaré aquí un artículo del escritor boliviano Alcides Arguedas, aparecido en La Ilustración de La Paz (número del 10 de abril de 1921). Arguedas, quien se encontraba en París hacia 1911 como secretario de la Legación de su país, cuenta que cuando yo comencé a redactar estas crónicas, algunos colegas hispanoamericanos residentes en Francia, descontentos, "juraron, dice él, no enviar sus libros al Mercure para que Contreras se encontrara como aislado en su acción".

LAS CRONICAS DE FRANCISCO CONTRERAS EN EL MERCURE DE FRANCE: TRADUCCION Y EDICION

by

ALFREDO AHUMADA

VOLUME II

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy, The City University of New York

1995

XXVII*

El Problema del Nuevo Mundo latino. -- Carlos Vicuña: La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica, Imprenta Selecta, Santiago (Chile). -- José Ingenieros: Por la Unión Latino-Americana, Rosso y Cía., Buenos Aires. -- Manuel Ugarte: Mi campaña hispanoamericana, Ediciones Cervantes, Barcelona. -- Isidro Fabela: Los Estados Unidos contra la Libertad, Tipografía Lux, Barcelona. -- Max Henríquez Ureña: Los Estados Unidos y la República Dominicana, Imprenta El Siglo XX, La Habana. -- J. García Godoy: El plan Peynado, Tipografía El Progreso, La Vega (República Dominicana). -- Jacinto López: La traición en Guatemala, Ediciones La Reforma, New York. -- Memento.

Las condiciones en las cuales se debe efectuar el desarrollo de los pueblos latinos de América, la relaciones de éstos entre sí, la actitud que ellos deberán adoptar frente a los grandes países extranjeros y particularmente los Estados Unidos, todos estos asuntos, en suma, que constituyen el **problema del Nuevo Mundo latino** han sido siempre objeto de consideración y de estudio de parte de nuestros mayores escritores. José Enrique Rodó ha tratado estos temas con predilección y con clarividencia, lo que contribuyó

---

*15 de mayo de 1923.

grandemente a su prestigio en el continente. El mismo Rubén Darío, que sólo fue un lírico, dio una nota alta en el debate con su famosa oda "A Roosevelt." Hoy en día, nuestros mejores autores se ocupan de estos asuntos tan interesantes cada vez que la actualidad de la vida nacional les da ocasión. Un escritor de la América Central, M. Vicenzi, acaba de comenzar una encuesta en el Repertorio Americano de San José de Costa Rica, la cual trata del problema del Nuevo Mundo latino bajo sus aspectos más diversos. Pero esta encuesta se funda sobre ciertos puntos, como la existencia de una raza común, la realidad del peligro yanqui, etc., sobre los cuales no todos los hispanoamericanos están de acuerdo. Es evidente que hay que comenzar, cuanto antes mejor, por dilucidar estas importantes cuestiones para estudiar convenientemente este transcendental problema.

El aislamiento en el cual viven los países de la América hispana es la causa, sin duda, de que algunos de sus hijos no crean en la existencia de una raza común. Pero si nosotros tomamos esta palabra en el sentido único que puede tener cuando se habla de los pueblos occidentales, es decir el de unidad de origen, de tradición, de lengua, de cultura, de religión, está fuera de duda que existe una raza hispanoamericana. Es cierto que la inmigración extranjera en algunas repúblicas agrega día a día elementos nuevos a la personalidad nacional, pero es igualmente cierto que ésta asimila completamente esos elementos al punto de volverlos

casi imperceptibles a la primera generación. Sabemos que los hijos de extranjeros, en Argentina, se sienten honrados de tener apariencia de criollos por el habla y las maneras. Esa es la mejor prueba, no solamente de la existencia, pero también del vigor de nuestra raza. Si, por consiguiente, nuestro continente está poblado por una raza común, debemos trabajar para que ésta se conserve y se desarrolle según sus normas, unificando, tanto como sea posible, la instrucción o más bien la educación, según claros designios raciales. Abramos nuestra puerta a la humanidad, y hasta estimulemos la inmigración hacia nuestra tierra, pero conservemos, el culto por la verdadera tradición, es decir por todo lo que hay en el pasado de excelente y de característico. La cuestión, ya lo hemos dicho, no es solamente llegar a ser un pueblo grande y rico, sino, además, un pueblo con un espíritu, una cultura y un carácter propios. Los héroes de nuestra Independencia, y, en general, todos nuestros grandes hombres han creído en la raza, y, por este motivo, se han preocupado de la unidad continental. La iniciativa de Bolívar tendiente a la confederación de nuestros pueblos es bien conocida: un gran hombre como él, tenía que ser el promotor de una idea igualmente grande. Pero ha habido después muchas otras tentativas en el mismo sentido realizadas por algunas de nuestras repúblicas. Así, por ejemplo, el tratado de Confederación que firmaron, en 1848, Chile, Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia frente a la amenaza de una expedición de

reconquista española. La confederación hispanoamericana es pues un ideal que data del momento de nuestra emancipación y que siempre ha estado presente en el espíritu de nuestros grandes dirigentes. Sin duda, su realización no es todavía posible. No se ha logrado realmente unificar las constituciones de nuestras repúblicas. Pero debemos hacer todo lo posible para mantener la paz y reforzar los lazos fraternales entre nuestros pueblos, preparando así la unión política deseada. La intelectualidad de nuestras repúblicas debe ser, ciertamente, la expresión de estas ideas y de estos proyectos. Es necesario que todos nuestros escritores pongan el interés general de la América latina por encima de los intereses particulares del gobierno de sus países respectivos. Debemos darnos cuenta, finalmente, que nuestras querellas son disentimientos fraternales, rivalidades de aldeas que no pueden durar, ya que todo tiende a unirnos y nada a separarnos. Así debe pensar el profesor chileno Carlos Vicuña, quien ha consagrado un largo estudio al asunto pendiente entre Chile y Perú: La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica, en el cual no vacila en sostener, con o sin razón, ideas contrarias a las del gobierno de su país, con el deseo de conciliación, de paz y del olvido de todo resentimiento. Pero muchos de nuestros intelectuales son diplomáticos, es decir servidores de la política de sus gobiernos, y por eso, algunos se dedican a la nefasta tarea de difamar en el extranjero a los pueblos hermanos, ya de una manera indirecta,

ya directamente, y aun invadiendo el dominio de la literatura. Sería conveniente que nuestra crítica distinguiera y señalara a aquellos escritores que se muestran de espíritu amplio, continental, y a aquellos que sólo trabajan para intereses particulares. La crítica, la verdadera crítica (no el "panfleto" ni el "elogio" tan de moda hoy entre nosotros) podría formar así una conciencia literaria hispanoamericana. En un discurso dirigido al ministro mexicano José Vasconcelos, publicado en separata bajo el título de Por la Unión Latino-Americana, José Ingenieros, divulgador y científico argentino, al tratar los problemas que nuestros pueblos deben resolver, hace un llamado a las fuerzas morales del continente, a la conciencia de los intelectuales, incitándolos a "actuar en el sentido de una compenetración progresiva de los pueblos latino-americanos que sirva de premisas para una futura confederación política y económica, capaz de resistir en su conjunto las coacciones de todo imperialismo extranjero."

El principal deber de nuestros pueblos es, ciertamente, la defensa de la autonomía y de la integridad territorial. Desde hace algún tiempo la gran república angloamericana, bajo pretexto de la aplicación de la doctrina Monroe, ha empezado a intervenir en nuestros asuntos de una manera alarmante. El escritor argentino Manuel Ugarte, compenetrado de la gravedad de un hecho semejante, ha consagrado gran parte de su actividad literaria a comentarlo, y a denunciar entre nosotros el peligro que nos amenaza. Luego de haber realizado una jira

de conferencias a través del continente en favor de la causa del Nuevo Mundo latino, nos ofrece hoy en un volumen: Mi campaña hispanoamericana, algunas de estas conferencias, llenas de clarividencia e impregnadas del patriotismo más lícito. En un libro muy documentado: Los Estados Unidos contra la libertad, el periodista mexicano Isidro Fabela estudia la intervención de la república angloamericana en los asuntos de Cuba, de Panamá, de Nicaragua, de Santo Domingo, cuyo resultado ha sido el protectorado más o menos disfrazado o la ocupación militar. El escritor dominicano Max Henríquez Ureña nos da a conocer en detalle, a través de un libro no menos documentado y redactado con una gran moderación, el problema de Los Estados Unidos y la República Dominicana, que ha causado la ocupación de esta república por las tropas anglo-americanas. Por su lado, García Godoy comenta en un folleto, El Plan Peynado, el tratado que pondrá fin a semejante medida contraria al derecho internacional. ¿Pero son los Estados Unidos los únicos factores de este movimiento de invasión? No. Lo son igualmente algunos hombres de nuestros propios países: los signatarios de tales tratados en detrimento de los intereses nacionales, los caudillos que demandan ayuda o protección de Washington, los tiranos o malos gobernantes que arruinan y deshonran a sus pueblos. Al hablarnos de la última revolución que se ha llevado a cabo en América Central, en La traición en Guatemala, el periodista colombiano Jacinto López, director de la importante revista La Reforma Social, pone en

evidencia los funestos factores de nuestra propia raza en la desdicha que nos acecha. De ahí que ciertos hombres ilustres de la repúblicas del Sur, avergonzados, disgustados, no quieran creer más en la raza y se encierren en un patriotismo que no rebasa sus fronteras. ¿Qué hacer frente a esta catástrofe? En primer lugar castigar a nuestros hermanos culpables, con la justicia del pueblo si es posible, linchándolos en la plaza pública. A continuación, no contratar nuevos compromisos con una nación que crea que el hecho de no recibir pago puntualmente da derecho a invadir una república soberana. Luego, acercarnos a los Estados Unidos. Sí, acercarnos. Ya que no hay que confundir al gobierno de Washington y a los banqueros de Nueva York con el pueblo anglo-americano. Establecer en este mismo país una propaganda tendiente a dar a conocer no solamente nuestros recursos naturales, sino también y sobre todo nuestra cultura, nuestra lengua, nuestra historia, nuestro progreso, nuestra literatura; es necesario convencer a ese pueblo que nosotros no somos "españoles descendientes de africanos." Aprender de la gran república lo que hay en ella de pujante, de diligente y de conveniente para nosotros: su actividad, sus formas de progreso material, su sano optimismo. Pero no sus rasgos característicos en discordancia con nuestra idiosincrasia, como su amor desmesurado por el oro, su mecanicismo intelectual, su hipocresía protestante. El Pan-americanismo es ilógico, y por eso mismo irrealizable. Sería hoy desastroso,

ya que la unión de un fuerte con un débil no puede llegar a ser equitativa; José Ingenieros nos demuestra, en el folleto mencionado, que la doctrina Monroe ha servido hasta hoy nada más que a los intereses de los Estados Unidos. Mañana no se cuestionará más. La razón geográfica, el hecho de la proximidad, no llegarán jamás a fundir la América sajona y la América latina al punto de formar ese mundo ideal que engendraría una civilización común, según el sueño de los panamericanistas, al igual que no se ha llegado a amalgamar los diversos estados de Europa. ¿Qué digo? Ni siquiera dos estados limítrofes, tales como Francia y Alemania. Sin duda, llegaremos a entendernos, a estimarnos, a ayudarnos, y debemos trabajar en este sentido sin aversión, con ardor. Aun cuando hasta el socialismo triunfara universalmente, dos mundos tan diferentes como el anglo-americano y el latino-americano conservarían su espíritu propio, al igual que bajo el régimen más igualitario dos hombres de temple conservan su individualidad. Si nuestros destinos se cumplen, América será mañana la patria de dos grandes pueblos, dos grandes pueblos amigos, pero diferentes.

Nosotros debemos ser y continuar siendo nosotros mismos. Y eso primeramente en literatura. Luego de haber estudiado, aprendido, imitado el arte europeo, nos es indispensable crear con nuestra propia alma, construir con nuestros propios materiales. Aún sin estar claramente definidas, las nuevas generaciones acarrean tales ideas. El movimiento modernista

nos ha enseñado a ser artistas, y eso ya es mucho. ¿Pero Rubén Darío mismo no nos ha indicado la nueva orientación en ciertos poemas de Cantos de vida y esperanza? Actualmente nuestros más vigorosos escritores trabajan para crear un arte autóctono representativo de nuestro espíritu y de nuestra tierra. Este arte no debe ser, sin embargo, el viejo criollismo que, a pesar de todo, aún dispara nuevos tiros: la simple pintura de costumbres constituye una modalidad subalterna. Deberá ser la interpretación de la vida y del hombre según las sugestiones de la raza y del medio ambiente, en la forma esencial e integral del arte moderno. Algunos han denominado a este movimiento Americanismo, yo lo he llamado Mundonovismo porque el primer término incluye la idea de la actividad yanqui, mientras que con este último deseo designar a la vez el arte de nuestro Nuevo Mundo y el arte del Mundo nuevo, ya que todo eso debe ser nuestro arte. Y no es el aspecto menos importante del problema hispanoamericano, ya que la literatura es la afirmación más evidente de la personalidad de un pueblo, y, por consecuencia, de su derecho a una vida libre y soberana.

Memento. -- La sección de Ediciones de la Universidad de México, creada en 1921 por J. Vasconcelos, entonces rector, publica una serie de libros de cultura general, entre los cuales se cuentan los clásicos de todas las literaturas. Hemos recibido varios volúmenes de clásicos griegos traducidos especialmente o bien en la mejor traducción conocida, muy bien

impresos y encuadernados. La Ilíada (dos tomos) con una nota preliminar de Vasconcelos y dos estudios sobre Homero, uno de A. Lang, el otro de Binning Monro; La Odisea, con un fragmento del estudio sobre Homero de Croiset; Tragedias de Eurípides (selección) con un fragmento de la "Historia de la literatura griega" de Croiset; Tragedias de Esquilo (selección) traducidas del griego por F. S. Brieva Salvatierra. Son quizás las mejores ediciones de estas obras que haya en español. Bajo el título de Estudios, ha comenzado a aparecer en Panamá una revista de letras y ciencias, órgano del Instituto Nacional de esta ciudad. Está dirigida por Octavio Méndez Pereira, crítico e historiador de mérito, quien ha publicado últimamente un libro: Justo Arosemena, del cual nos ocuparemos en nuestra próxima crónica sobre las obras históricas. En el primer número, se destaca un estudio sintético sobre "El canal de Panamá" de Méndez Pereira, que ha sido grabado sobre diez piedras grandes en el monumento erigido a los franceses iniciadores del canal. El Centro Editor Intelectual de San José de Costa Rica publica una revista de cultura general, muy brillante y muy bien orientada: Sparti, dirigida por el conocido escritor Marco Zumbado. En los últimos números que hemos recibido notamos un pequeño artículo sobre los poemas inéditos de Arévalo Martínez y una interesante página editorial: "Orientación." En México, con el título de El Libro del Pueblo, aparece un excelente periódico de bibliografía y de difusión literaria, destinado a "orientar al público en la

selección y la lectura de los libros." Organo de la sección de bibliotecas del Ministerio de Instrucción Pública, este periódico está dirigido por R. Heliodoro Valle, delicado escritor y poeta de la América Central. Notamos en el último número un buen informe sobre "Bibliografía Mexicana" de F. Gómez de Orozco y un interesante artículo sobre "El intercambio hispanoamericano de libros," de S. Jiménez.

XXVIII*

El sentido del folklore. -- Rodolfo Lenz: Un grupo de consejas chilenas, Imprenta Universo, Santiago. -- J. Vicuña Cifuentes: Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades, Imprenta Universo, Santiago. -- Ramón Laval: Contribución al folklore de Carahue (Chile), primer volumen, V. Suárez, Madrid; segundo volumen, Imprenta Universitaria, Santiago. -- Carmen Lira: Los cuentos de mi tía Panchita, García Monge, San José de Costa Rica. -- Alfonso Reyes: Visión de Anáhuac, Biblioteca de Indice, Madrid. -- Memento.

Si bien el folklore se dedica a buscar los materiales para la ciencia etnológica, recoge al mismo tiempo motivos valiosos para la literatura y el arte. Las manifestaciones del alma popular que reúne y clasifica contienen tesoros inéditos de poesía y de inspiración, casi siempre de orden estético o religioso, siendo hasta tal punto verdad que la acción de la humanidad tiende a la belleza y a lo absoluto. No es pues extraño que los folkloristas se consagren a su tarea con una verdadera pasión; ellos exhuman el arte o la intuición religiosa del alma colectiva de las razas. La literatura se ha inspirado siempre en ese "saber popular que constituye el

*15 de octubre de 1923.

folklore." Las epopeyas primitivas, desde los poemas hindúes hasta la Divina Comedia, están llenos de esa savia tradicional, y los grandes escritores modernos, como Cervantes, Goethe, Barbey d'Aurevilly, han encontrado en sus profundidades el secreto de la belleza transcendente. Pero sin salir de nuestra época y de Francia, tenemos el ejemplo de Paul Fort cuya obra es como un árbol que se sustenta de toda el alma francesa ancestral, lo que le hace destacarse entre los otros poetas de su generación. **El sentido del folklore** parece ser la norma de la grandeza literaria. Las literaturas caducas necesitan buscar en él su renovación, mientras que las jóvenes literaturas deben tomar de allí su orientación. Los pueblos hispanoamericanos comienzan a darse cuenta de esto. Escritores, profesores o simples espíritus curiosos se consagran desde ahora a exhumar los tesoros de nuestro folklore que darán vigor y carácter a nuestras letras y a nuestro arte. Estos tesoros son considerables, ya que son el producto de tres civilizaciones: la de los indígenas, la de los españoles y la de hoy.

En Chile, donde el gusto por todas las investigaciones de carácter nacional está muy vivo, los estudios de folklore han alcanzado un desarrollo considerable. La "Sociedad de Folklore," fundada en 1909, ha tomado la iniciativa con tanto ardor como éxito. Rodolfo Lenz,[1] su fundador y presidente, es

---

[1]Rodolfo Lenz (1863-1938), notable filólogo nacido en Halle, Sajonia. Llegó a Chile en 1890 contratado por el gobierno para enseñar gramática y filología en la Universidad

un etnólogo y un filólogo erudito y activo, que une a su gran sabiduría una disciplina severa. Ha comenzado el trabajo por lo que es la base de las manifestaciones humanas: la lengua, y ha elaborado un Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas, que es una obra de gran importancia. Si faltan algunos vocablos y si todas las etimologías no son aceptables, cosa inevitable en este género de trabajos, encierra numerosas palabras no catalogadas hasta este momento, e innumerables datos de folklore. La obra está precedida de un largo y sensato estudio sobre las relaciones del castellano con las lenguas indígenas. Es uno de los más importantes diccionarios de americanismos, tanto por su riqueza como por su método. Luego, Lenz ha abordado el estudio de las manifestaciones de la imaginación popular, y, en diversos folletos: Un grupo de consejas chilenas, Cuentos de adivinanzas corrientes en Chile, Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile, ha tratado los cuentos y la poesía tradicional del pueblo chileno. El primero es un estudio muy curioso de literatura comparada. En una introducción extensa y erudita, el autor discute los arduos planteamientos sobre el origen y la transmisión de los cuentos populares. Nadie ignora el carácter internacional de esos relatos imaginarios. Sorprendidos por este hecho los hermanos Grimm creyeron que los cuentos eran las últimas reminiscencias

---

de Chile. Luego de nacionalizarse en ese país, fue miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

de los mitos arios, mientras que Benfey, maravillado por las revelaciones del Panchatantra,[1] quiso mostrar que su origen estaba en la India. Pero Joseph Bédier, en su notable libro sobre las Fábulas, ha demostrado la falsedad de tales hipótesis. Lenz, siguiendo en esto a Wilhelm Wundt, se inclina a creer que los cuentos populares se remontan a la edad prehistórica, que algunos temas han podido ser inventados en diferentes países, pero que la mayoría ha debido transmitirse gracias a la magia que tales relatos ejercían sobre los hombres primitivos. El último autor que se ocupa de este tema, Gédéon Huet, en su curioso libro sobre Los cuentos populares, parece llegar al mismo resultado. Los cuentos chilenos han debido ser importados de España, la que transmitió a Europa la colección árabe de Calila e Dimna, entre el siglo XVI y el XVIII. Lenz nos presenta un ramillete de estos cuentos cuyos temas se parecen o se aproximan; y él los somete a un minucioso cotejo con sus similares europeos, poniendo en evidencia la comunidad de temas. Yo había escuchado hablar de Lenz como de un genio sistemático y poco sensible a la belleza. He visto con placer cómo refuta, en su introducción, la idea falsa de que no conviene dar a leer a los niños cuentos de hadas, al mismo tiempo que recomienda cultivar la imaginación, la que "no es una aberración del raciocinio lógico, sino una facultad primordial del alma humana."

---

[1] Panchatantra o Pan-sha-tantra, uno de los libros más notables y característicos de la literatura sánscrita, aunque no de los más antiguos pues data del siglo V después de J.C.

Julio Vicuña Cifuentes, letrado y poeta, es igualmente un folklorista entusiasta y metódico. Ya nos ha ofrecido dos obras de la mayor importancia: Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena, y Mitos y supersticiones, tomados de la misma fuente, y de los cuales ya me he ocupado. Prepara una recopilación de poesías populares con su música, que constituirá una digna continuación de sus trabajos. Vicuña, que conoce a fondo el folklore de su país, sabe ver sus características y diferenciar sus modalidades. En dos discursos académicos: "Discurso leído en la Academia Chilena" y "Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades," ha tratado la poesía y las narraciones en prosa tradicionales con precisión y sagacidad. Quizás él se muestre un poco exclusivista al atribuir a la poesía chilena la característica de malicia y de ironía, ya que la nota sentimental y tierna abunda igualmente, como se puede ver en los fragmentos publicados por R. Laval. Pero habla con mucha competencia sobre la narraciones en prosa, que ha clasificado en: tradiciones, leyendas, cuentos, casos (relatos cortos con intención moralizante) y chascarros (anécdotas mordaces o espirituales de hoy). Estas narraciones, con excepción de los cuentos, son por lo regular nacionales o locales. Por desdicha, las tradiciones parecen poco abundantes: la investigación histórica, muy activa en Chile, las ha disipado o relegado en el olvido. Pero la leyendas son innumerables, debido, en parte, al aspecto del país, de una

belleza impresionante y variada. Vicuña desea que estos relatos "fraguados por la imaginación colectiva de la raza, en conformidad con su naturaleza," sean recogidos y conservados, y hay palabras de justa ironía dirigidas a nuestros pequeños historiadores que han arruinado la belleza tradicional a nombre de "la verdad histórica sujeta a constantes rectificaciones." El cree en "la inmutable verdad simbólica de la tradición" y se da cuenta de que el folklore reúne materiales principalmente para el arte. ¡Ah! ¡Si todos los folkloristas, como él, fueran poetas!

Ramón Laval no es poeta, pero tiene el alma; es sensible al encanto de los recuerdos de la infancia y siente la atracción de lo maravilloso. Así, luego de haber estudiado diversas manifestaciones de nuestra alma tradicional en varias publicaciones muy interesantes (Oraciones, ensalmos y conjuros, Cuentos chilenos de nunca acabar, Del latín en el folklore chileno), nos entrega una obra: Contribución al folklore de Carahue, que es en realidad un aporte muy importante al estudio del folklore de todo Chile. En el primer volumen nos habla de las diversas creencias o supersticiones: mitos, conjuros, ceremonias y medicinas tradicionales, dándonos de esta manera un complemento valioso de la obra de Vicuña Cifuentes y de sus propios trabajos. Pero nos habla también de la poesía popular que no había sido suficientemente sacada a la luz. Todas sus formas: arrullos de nodrizas, versos repetidos por los niños, fórmulas de juegos infantiles,

coplas, canciones, serenatas, cogollos, cuecas, payas, logas, etc., son indicadas e ilustradas con numerosos ejemplos. Las siete primeras formas, nacidas de la poesía española, conservan en general su giro rítmico y a veces su fondo. Pero las últimas son originales. El cogollo es una estrofa final, como el envoi de la balada, que sirve para dedicar la canción, bajo la invocación, por así decirlo, de una flor, de donde proviene su nombre: retoño. La cueca, que es el baile popular de Chile, se canta en grupos de dos estrofas menores acentuadas con palabras o frases exclamativas, muy ingeniosas. La paya consiste en un diálogo improvisado entre dos cantantes, y que se transforma a veces en juego de réplicas bastante picantes. Las logas, finalmente, son poemas que se recitan en las fiestas, que comienzan y acaban por una fórmula por la cual los que las recitan piden una copa de vino, lo que hace pensar en los versos famosos del antiguo poeta español Gonzalo de Berceo. Su nombre es la corrupción de loa, que designaba, en la época colonial, algunos espectáculos de celebración. Laval nos entrega algunas que son restos de antiguos romances, pero existen otras que parecen derivaciones de la letrilla clásica. He escuchado las que tratan de diversos temas locales, y sé que en la fiesta de la Cruz de mayo se invita a cada concurrente a improvisar una loga. El segundo volumen de esta importante obra, dedicado a las narraciones en prosa, encierra una colección de cuentos populares. Esta manifestación del alma tradicional es para mí

de la mayor importancia. Ya que si la canción o el poema traducen sobre todo los sentimientos (el amor o la valentía), en el cuento es principalmente la intuición de lo maravilloso lo que se exterioriza. Y esta intuición no es otra cosa que la facultad de descubrir los lazos más o menos figurados con lo desconocido, con el misterio, con lo infinito, es decir una manifestación subconsciente del espíritu religioso: todas la religiones están llenas de lo maravilloso. De ahí que los temas de estos cuentos sean universales y que, sin duda, hayan podido ser inventados simultáneamente en diversos países. Los cuentos que circulan en Chile, en general contienen los temas internacionales estudiados por los folkloristas: "el muerto agradecido" (El pájaro Malverde); "los dotados" (Los tres varones de la viuda); "el desencantamiento" (El príncipe loco); "la novia substituida" (Las tres toronjas del mundo), etc. No están, sin embargo, desprovistos de toda originalidad. Abundan en episodios que los diferencian hasta de los cuentos españoles y poseen algunos rasgos que les son característicos. Las hadas, los ogros, los duendes, los dragones son reemplazados por ancianos o por animales que en realidad son la Virgen u otros personajes celestiales, o por brujos, gigantes, pigmeos o serpientes. Además, se encuentran numerosos préstamos de los tipos, de las costumbres, de la flora, de la fauna y de la topografía nacionales. Estos cuentos son muy numerosos en Chile y presentan diversas versiones. La obra de la cual hablo no los incluye todos. Pero

Laval posee una colección completa. Desearíamos, pues, que él pudiera pronto darnos un nuevo volumen sobre estas importantes manifestaciones de la intuición religiosa del pueblo.

Otros folkloristas chilenos han publicado trabajos de valor, como F. Cavada, quien nos ha entregado un excelente volumen sobre el folklore de la isla de Chiloé, T. Guevara, quien ha estudiado en dos volúmenes el folklore del pueblo araucano, etc. Hablaremos de ellos con ocasión de sus nuevos libros. En un volumen, Rapa Nui, J. Vives Solar nos ha hecho conocer los cuentos tradicionales de una colonia chilena, la Isla de Pascua, la cual no ha desaparecido, contrariamente a lo que se ha dicho. Son relatos muy originales que, en general, no versan sobre los temas conocidos: tratan principalmente de alguna belleza (doncella o mancebo) deseada por los hombres, los genios o los animales, y donde tienen un rol preponderante los diablos y las diablesas que vuelan o caminan sobre la escala del arco iris. Hace algunos meses, he traducido uno: "La tortuga enamorada" y lo he enviado al suplemento literario de un periódico. ¿Debo añadir que hasta el presente no tengo noticias?

Pero la afición por los trabajos sobre el folklore no se ha desarrollado solamente en Chile. En casi todos los países hay escritores que se entregan a la bella tarea de recoger las manifestaciones de la imaginación tradicional, aunque a veces sin método científico. Así, en Costa Rica, una joven letrada, Carmen Lira, ha publicado una pequeña recopilación de cuentos

populares que circulan en su país, y que ella ha aprendido en su infancia de una tía anciana: Los cuentos de mi tía Panchita. Como los cuentos chilenos, estos desarrollan los motivos tradicionales, pero poseen muchos rasgos originales, y están impregnados de la atmósfera costarricense. La autora ha tenido el buen gusto de transmitirnos estas narraciones en un lenguaje que no está cargado de términos locales, y en un estilo ingenuo e imaginativo, que nos da la ilusión de escucharlos contar por la vieja tía que ha llenado de encanto su infancia. En México reina actualmente una gran curiosidad por la arqueología y por la arquitectura de la época colonial. La Universidad Nacional publica una serie de monografías históricas, dirigida por J. Enciso, donde se tratan estas materias. He recibido una: Carabasco Huizilopochco, por R. Mena y N. Rangel, muy documentada y muy bien ilustrada. No obstante, no conozco otro estudio de folklore relacionado con este país aparte de un artículo de Rubén Campos, "Las fuentes del folklore mexicano," publicado en la Revista Musical. Pero he aquí que el erudito y poeta Alfonso Reyes, cuya obra ya he estudiado, nos ofrece un pequeño libro: Visión de Anáhuac, en el cual se encuentran valiosos elementos del folklore. Ciertamente, es una obra de erudición y de evocación donde el autor despliega su saber y su don lírico, pero que abunda en detalles sobre las costumbres y las artes de los antiguos aztecas. Herederos de la refinada civilización tolteca, los aztecas eran artistas muy hábiles en orfebrería, cerámica y

fabricación de verdaderas joyas de plumas. Su literatura se ha perdido, pero lo poco que queda testimonia su valor. Reyes nos da un poema en el cual no se canta ni al amor ni al heroísmo, sino a las flores. Lo que nos hace ver que este pueblo sanguinario sabía igualmente ser delicado. México es una mina para el folklore. Sería bueno que se fundara una sociedad de este género que se encargara de exhumarnos esos tesoros. ¿No podría Reyes tomar la iniciativa? En Cuba acaba de constituirse, bajo la iniciativa del crítico Chacón y Calvo, una sociedad del folklore, donde figuran personalidades científicas o literarias como F. Ortiz, A. Aguayo, Leuchsenring, etc. Espero poder analizar pronto sus trabajos.

Memento. -- Carlos de Velasco, antiguo director de Cuba Contemporánea, ha muerto recientemente en París. Letrado y divulgador, él se consagró a la historia, a la sociología y a la política con una firmeza y un idealismo cívico poco comunes. Ya me he ocupado de su obra, pero recordaré que publicó, entre otras obras, dos volúmenes históricos sobre el presidente Estrada Palma, una serie de estudios sobre los problemas de la nación cubana: Aspectos nacionales, y una silueta de José Martí, que ha sido traducida al francés. Publicó igualmente las Cartas amatorias de la Avellaneda y una traducción de Eça de Queiroz: Cartas familiares y billetes de París. Mas tuvo también un gran lugar en la prensa y fundó, con otros jóvenes escritores, la revista Cuba Contemporánea,

que dirigió hasta 1922 y que llegó a convertir en una de las mejores publicaciones de América. He sido uno de los amigos de Velasco, y, respondiendo a su invitación, he colaborado en la revista desde su fundación. Cuba Contemporánea ha consagrado su número de marzo a su antiguo director; Guiral Moreno, M. Henríquez Ureña, R. Sarabosa, Gay Calvo, J. A. Ramos, etc., han reunido en este número bellos artículos en su memoria. (En el mismo número destacamos un artículo de R. Boti: "Versos inéditos y desconocidos de Rubén Darío.") Bajo el título de Rodó ha comenzado a aparecer en Santiago (Chile) una joven revista literaria selecta y muy bien orientada. Se propone ser el órgano de la juventud mundonovista y ya se ha asegurado la colaboración de los mejores escritores del país. Fundada por V. Jiménez Rueda, tiene por directores a dos nuevos escritores de talento, Agustín Castelblanco y Emilio Courbet. En los dos primeros números, notamos un poema de Meza Fuentes, "Grito," un estudio de T. Lerdo de Tejada sobre la "Evolución de la educación pública en México," otro de Courbet sobre las "Letras femeninas de la América hispana," y dibujos expresivos de Estrada Gómez y de Emma Garaz. Esta revista aparece en un momento oportuno, ya que después de la muerte de Matta Vial, director de la Revista Chilena, no había en Chile ninguna publicación verdaderamente literaria.

XXIX*

La fecundidad poética. -- Francisco A. de Icaza: Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva, Talleres Poligráficos, Madrid. -- Fabio Fiallo: Canciones de la tarde, La Cuna de América, Santo Domingo. -- E. González Martínez: El romero alucinado, Ediciones Babel, Buenos Aires. -- Rafael Alberto Arrieta: Fugacidad, Ediciones América, Buenos Aires. -- J. Núñez y Domínguez: Música suave, Librería Española, México. -- Julio Casal: Humildad, J. Pueyo, Madrid. -- Memento.

Entre los escritores hispanoamericanos, los poetas son mucho más numerosos que los prosistas, al punto que se puede contar veinte poetas por dos novelistas y un crítico. Tal desproporción ha existido en todos los tiempos, de manera que se podría afirmar que una de la características de nuestras letras es la **fecundidad poética**. Esto proviene sin duda de la raza mediterránea tan profundamente artista, la cual constituye el núcleo de nuestra población, y de la naturaleza de belleza grandiosa de nuestros países; pero esto nos viene también de nuestro carácter de niños grandes dominados por la vanidad y por el deseo intenso de figurar. Ya que, alrededor de nuestros verdaderos poetas, hay una multitud de rimadores

---

*1º de marzo de 1924.

falsos, impersonales. Jóvenes que hacen versitos para su novia, hombres de negocios que se distraen haciendo literatura, profesores o diplomáticos que desean adornar sus títulos con laureles académicos, publican sin cesar colecciones de versos. El santo y seña que ha sido lanzado últimamente en Francia: Destronemos a nuestros artistas, debería ser retomado por nosotros y aplicado a los versificadores. Una situación semejante es, en efecto, perjudicial a nuestros poetas auténticos. Y estos últimos son dignos de toda consideración: baste recordar que entre ellos, en Rubén Darío, se ha manifestado un lírico genial de tal magnitud como raramente se ha encontrado en la literatura en lengua castellana de todos los tiempos. Ya me he ocupado de muchos de nuestros poetas en estas crónicas y en mi libro Les Ecrivains Contemporains de l'Amérique Espagnole. Hoy quiero hablar nuevamente de algunos de ellos a propósito de sus libros recientes. En una próxima crónica trataré a los jóvenes poetas que se han dado a conocer en estos últimos años.

Comenzaré, sin embargo, por un poeta mexicano que aún no había tenido ocasión de presentar, pero que es un maestro conocido en todos los países de lengua española: Francisco A. de Icaza. Habiéndose iniciado en el alba de nuestro movimiento modernista, ha seguido las nuevas direcciones con discreción; guardando el sentido de la tradición y la pureza de la lengua. Muy bien dotado, es un soñador sentimental que traduce sus estados de alma con la claridad y la elegancia de nuestros

maestros del Siglo de Oro; muy culto también, es un artista moderno que expresa sus sensaciones en imágenes brillantes y combina los versos en estrofas delicadas. Su poesía, a la vez emocionada y colorida, selecta y fluida, permanece en el oído como una melodía, persiste en la retina como una policromía crepuscular. Su inspiración que se apega poco a la tierra americana, y sobre todo el hecho de que ha vivido casi siempre en Europa, han llevado a considerarlo como a uno de esos autores que no tienen otra patria que la de su lengua. Pero con la aparición de una de sus primeras colecciones, Rubén Darío le saludaba ya como a un lírico que "haciendo uso del elemento nacional y tradicional, llega a ser un poeta muy moderno y demuestra a los peninsulares que quedan a la orilla del mar de América numerosas tortugas de oro..." Y Alfonso Reyes ha creído encontrar en sus poemas "esos tonos suaves y esas emociones directas por las cuales se puede definir el carácter de la poesía mexicana." Es evidente que, por su inquietud y por su afición a la novedad que le ha hecho añadir al fondo tradicional las finuras de la poesía extranjera moderna, él es un poeta hispanoamericano. Bajo el título de Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva, Icaza acaba de darnos una reedición de sus dos libros famosos: Lejanías y La canción del camino, aumentada con un cierto número de poemas inéditos. Son confidencias sentimentales o madrigales galantes de una emoción discreta la que se hace, a veces, ingeniosa o sentenciosa, no a la manera anecdótica de

Campoamor, sino al modo un poco conceptuoso de nuestros antiguos líricos. Son todavía visiones de la naturaleza o de las cosas, plásticas y coloridas, pero no siguiendo la fórmula objetiva de los parnasianos; con la emoción de un paisajista de estados de alma, y a veces con el lujo simple de un Calderón quien, si se daba el caso, cubría el frágil hilo del octosílabo con perlas y cabujones. Así son: "Estados de alma," "Poesía de las cosas," "Paisajes vistos y paisajes soñados," y esos suntuosos "Tonos del paisaje." Icaza ama nuestras letras clásicas y las conoce profundamente. Es también un erudito que ha estudiado apasionadamente a nuestros viejos autores. Pero hablaremos en otra ocasión de este aspecto de su personalidad.

Fabio Fiallo, dominicano, a quien ya he mencionado, se inició también en los comienzos de Modernismo, pero se puede decir que ha permanecido fiel a los maestros románticos, particularmente a Bécquer y a Heine, aunque ha sabido apropiarse de un cierto afinamiento expresivo muy moderno. Es un poeta del amor cuyo único motivo es el Eterno Femenino y cuya expresión es el acento de la pasión o el suave murmullo de la galantería. Sus versos no se hacen notar por la novedad, y menos aún por la singularidad, pero son siempre emotivos y delicados, aunque Rubén Darío, quien tuvo una gran amistad por él, ha podido decir que "piensa a través de su corazón." Es autor de dos colecciones de poemas: Primavera sentimental y Cantaba el ruiseñor, y de un pequeño libro de cuentos: Cuentos

frágiles, dentro del gusto fino, pero un tanto artificial del autor del Zo'Har.[1] Con motivo de la aparición de su segunda colección, el escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez lo ha presentado, en un brillante artículo, como un lírico de una singular espontaneidad, cuya voz debiera dominar el bullicio de todas las escuelas. Díaz Rodríguez, que es un estilista exquisito, no es poeta. Por lo tanto, ha exagerado con toda buena fe, pero ha tenido razón en señalar a Fiallo como un poeta muy delicado. En una nueva colección recientemente aparecida: Canciones de la tarde, Fiallo nos ha ofrecido un puñado de poemas sentimentales que hacen pensar a veces en canciones ya escuchadas, pero que son sentidos, finos, espontáneos; la mujer aparece bajo el símbolo de la sirena o de la estatua, caro a los románticos; pero el poeta la alaba a menudo con acentos de una sinceridad cautivante. He recibido este libro con un autógrafo fechado en una prisión de Santo Domingo. Los usurpadores de la soberanía de este país han encarcelado al poeta por el crimen de ser patriota. La gran República anglo-sajona, que comienza a ser verdugo de nuestras libertades, ¿llegará a ser también verdugo de nuestra inteligencia?

Ya he presentado a Enrique González Martínez, mexicano, como a un lírico de pensamiento sensible, singular entre

---

[1] Zohar. "El libro del esplendor," una de las obras más importantes de la mística judía, atribuida a Simeón bar-Yohai, pero escrita en su mayor parte hacia el siglo XII por Moisés de León.

nosotros a causa del rumbo de su poesía y de la riqueza, de la fuerza de su inspiración. Al analizar su colección, Parábolas y otros poemas, yo señalaba una tendencia, nueva en este poeta, a descender del lirismo abstracto en el cual se cierne constantemente, y a abandonar la versificación regular de la cual habitualmente se sirve. Y yo me preguntaba si el poeta seguiría esta nueva orientación. Parece haberla seguido en dos volúmenes que ha publicado últimamente: La palabra del viento y El romero alucinado. El poeta ha dejado su país y ha ido como diplomático a Chile, luego a Argentina, y este hecho quizás ha contribuido: el cambio de horizontes abre los ojos hasta a los soñadores más encerrados en sí mismos. Es cierto que en La palabra del viento nos ofrece aún algunos poemas simbólicos, en los cuales los aspectos de la vida real o de la naturaleza no aparecen más que como elementos metafóricos. Pero, al acercarse al cielo donde brilla la Cruz del Sur, la belleza del paisaje o el recuerdo de su "infancia inquieta" inspiran directamente sus cantos. En El romero alucinado el poeta se nos presenta como un peregrino de la ilusión, que va por el mundo cantando sus impresiones del momento, "sin saber nada." Algunas veces, traduce su pensamiento conmovido en poemas más o menos simbólicos, pero más a menudo nos dice simplemente sus impresiones del camino en versos concretos que se tiñen del color de las cosas circundantes. Entrega así sus visiones de la cordillera que le recuerda sus montañas natales, erguidas entre "dos mares"; de la "noche austral,"

que "hiela el viento del polo cercano"; de la selva fría de la lejana Araucanía, del "cóndor prisionero" en cuyos ojos brilla "una visión de abismos," y de ese "lago verde" (el lago de Todos los Santos) en el cual el bosque vecino "parece detenerse en sus aguas." Todo eso, naturalmente, en cuadros subjetivos, envueltos por la emoción y el ensueño. Además, este poeta, generalmente grave, nos traduce también sus "sonrisas al pasar" en poemitas deliciosamente ligeros, como si, en sus instantes de reposo, se divirtiera dibujando sobre la arena. En cuanto a la técnica, a menudo rompe la estrofa clásica y emplea a veces un verso libre, discreto, armonioso. Se puede decir por consiguiente que con este libro González Martínez ha descubierto la tierra americana. No ha visto, empero, al hombre de esta tierra, a su hermano. Se ha publicado recientemente una antología de nuestro poeta: Los cien mejores poemas de Enrique González Martínez, con un notable estudio preliminar de Manuel Toussaint. Luego de haber analizado muy bien la obra del poeta, el crítico nos dice que éste ha escapado de "la estrechez del regionalismo en el arte" y que no tiene "otra patria que la poesía." Pero González Martínez sabe sin duda que al hacerse eco de las grandes sugestiones de la tierra o de la raza, lejos de caer en el regionalismo, se refuerza la universalidad indispensable a todo arte verdadero, diferenciándolo. El es hoy la voz más potente de nuestra poesía; puede en consecuencia, como Rubén Darío, emplear todas las modalidades. Pienso que nos tiene en

reserva otras bellas sorpresas. Esperemos.

Cuando el poeta argentino Rafael Alberto Arrieta publicó su segundo libro, yo lo señalé aquí como un soñador ferviente e ingenuo, que siente la vida con un corazón ilusionado y la traduce con una exquisita simplicidad. Es en efecto un lírico puro, penetrante y tierno, que canta sus asombros de la realidad y del sueño en versos simples, transparentes, a menudo vagos, fugaces, donde el pensamiento y las imágenes se perciben como a través de una agua límpida o de una bruma matinal. Su estirpe, es aquella de los soñadores dulces y melancólicos, como Keats, Albert Samain, Juan R. Jiménez; pero él tiene una ingenuidad en la dulzura y una serenidad en la melancolía, muy propias. Sus poemas breves y ligeros, como copos de espuma, toman las formas más delicadas del lirismo. Hay tres grandes modalidades líricas: <u>la directa</u> o <u>vocativa</u>,que comprende el himno, la oda, la plegaria; <u>la íntima</u>, que interpreta los estados de alma y las visiones del mundo como estados de alma; <u>la indirecta</u> o <u>figurada</u>, que encierra la canción, el <u>lied</u>, la balada. (¡Ah! Estas no son cosas de retórica. Es una clasificación que yo propongo porque me parece justa). Arrieta, como todos los líricos modernos, emplea la segunda, pero también hace uso de la tercera, lo que es raro en nuestros poetas. Ha escrito algunos <u>lieder</u> en baladas muy delicadas y tan bien adaptadas que no revelan ningún rasgo de poesía nórdica. Philéas Lébesgue ha traducido algunos al francés, con mucha finura. En sus dos primeras

recopilaciones: Alma y momento y El espejo de la fuente, Arrieta nos canta las emociones momentáneas de su alma ferviente. Impresiones de la realidad o sueños de una ternura continua y de una fugacidad encantadora. En Las noches de oro y Fugacidad, aparecidas hace poco tiempo, procede de la misma manera. Pero aquí, menos influido por los maestros que ama, su voz suena más pura, y, más maestro de su técnica, su verso es más cristalino, más evanescente. Esto sobre todo en Las noches de oro, el más bello de sus libros. Se encuentran algunos poemas, como "Canción de los días serenos," "Lied," "La voz," de una sugestión en la imprecisión y de una densidad en la ligereza, singulares. Su última colección está a la altura de su lirismo, pero el vuelo nos parece menos ligero, quizás debido a la pesadez de la rima consonante, y el encanto menos penetrante. Y por lo tanto hay poemas como "Nocturno" o aquellos "Retratos" inacabados u obscuros, que hay que contar entre sus obras más personales. Este poeta no se hace eco directamente de esas grandes sugestiones de la tierra y de la raza de las cuales he hablado, pero se hace eco indirectamente. ¿Su poesía vaga y tierna, no es en realidad aquella que inspiran nuestros países del Sur, donde la melancolía de la naturaleza y del alma aborigen se prolonga en la canción y en la música popular? En Argentina, hay otros poetas más brillantes, más ricos; pero no hay un lírico más puro. Arrieta nos ha dado últimamente un libro de retratos femeninos: Las hermanas tutelares, delicado, pero hecho con

libras europeas. ¿Por qué perder así su tiempo? ¡Hay entre nosotros tanta materia virgen esperando al autor que la sepa estilizar!

He mencionado a J. Núñez y Domínguez, mexicano, como a un poeta romántico en el sentido eterno de esta expresión. Tiene igualmente gran percepción visual y es un artista, cualidades que van siempre juntas; así lo ha notado De Gourmont. Lo que le caracteriza, precisamente, es su arte extraño, fuertemente colorido, que embellece la emoción y hermosea el verso con imágenes adornadas de gemas parecidas a esas raras figuras de los antiguos manuscritos mexicanos. En su colección Holocaustos, el poeta expresa sus sueños sentimentales o anota sus sensaciones de la existencia cotidiana con un sentimiento palpitante y una fantasía encantadora. En su último libro: Música suave, modula canciones apasionadas o melancólicas en versos quizás algo torcidos, pero llenos de emoción y de esplendor; al mismo tiempo que traza las visiones de su país, de ayer y de hoy, en cuadros apenas esbozados, pero vibrantes de colorido y de profunda sugestión. Escúchese esa balada de los "Paseantes solitarios" en la cual la bella desconocida pasa, entre las flores, "con una melancólica elegancia." Véase esa evocación de "la misa de una hora durante la época colonial," o las muchachas, a la salida de la iglesia, que pasan "dejando un perfume de rosas entreabiertas y de incienso." Y nótese, en el jardín público, la fuente que abre al sol su "penacho de pedrerías," como "un gran pavo real su

cola de cien ojos de cristal," y en la vieja plaza, el surtidor que lanza a los árboles, como un dragón azteca, "su lengua de diamantes." No me he equivocado al ver en este soñador romántico un poeta mundonovista. Sus cuadros de la vida mexicana son flores fastuosas y languidecientes abiertas bajo el sol de la América tropical.

Solamente había yo mencionado a Julio Casal, uruguayo, aunque ya ha publicado diversos libros, porque aún parecía demasiado influido por algunos de sus mayores, a pesar de encontrarse en su colección Nuevos horizontes, poemas bastante puros. Pero este ferviente poeta nos ha entregado hace poco tiempo una nueva colección: Humildad, donde se muestra finalmente maestro de su ritmo interior y de su expresión. Compenetrado de una concepción de la vida y de la poesía, muy humana, o más bien muy cristiana, busca "la humildad en todo aquello -- que apenas brilla." Nos hace, pues, participar de sus impresiones de las cosas melancólicas: el árbol solitario, las campanas, el sendero, el crepúsculo, o bien de seres tristes, el encendedor de farolas, el emigrante, el mercader de brazaletes, con una emoción intensa y un arte simple, un poco primitivo, que toma a veces la cadencia ingenua de la canción popular. Hay algunos poemas bordados alrededor de viejas canciones, de un efecto encantador, que nos descubren todo un filón de poesía muy inexplorado para nosotros. Su colección, llevada por un mismo sentimiento, forma algo así como una sinfonía en gris menor de una dulzura y de una

sugestión comparables a esos paisajes "de seda húmeda" que él ama. De ahora en adelante, por lo tanto, habrá que contar a Julio Casal entre nuestros mejores poetas nuevos.

Memento. -- El poeta hondureño, Froilán Turcios, publica en Tegucigalpa, bajo el título de Hispano América, un excelente periódico de literatura y de política americana, destinado principalmente a defender los intereses hispano-americanos y, en particular, aquellos que tienen relación con la unión de las repúblicas de América Central. En el último número que hemos recibido, hacemos notar un bello poema poco conocido de Rubén Darío: "Unión Centro-Americana" y un buen artículo de J. Ingenieros: "El tiempo." Bajo el título de Valoraciones, ha comenzado en La Plata (Argentina) la publicación de una revista de crítica y de polémica, órgano de un grupo de estudiantes universitarios; su actitud es "de rebelión contra los valores en decadencia que aún perduran y de afirmación de los valores nuevos." Está dirigida por C. Américo Amaya. En el primer número (septiembre), señalamos un interesante artículo de José Gabriel, "Una rebeldía," y un curioso trabajo de T. Herrero Dueloux, "La alquimia en Las mil y una noches." Renovación es un periódico mensual de letras y de ideas que ha comenzado a aparecer en Buenos Aires y que se propone servir los intereses hispanoamericanos en general. Sus directores son Gabriel Moreau, J. Barreda Lynch y Campos Aguirre. Notamos, en el primer número, un vigoroso artículo de

Barreda Lynch: "Las industrias de la muerte," y numerosas informaciones literarias. Revista de Revistas, la interesante revista ilustrada de México, ha publicado un artículo de V. García Calderón, muy bien ilustrado: "Chez Rachilde" (23 de septiembre), y una página sugestiva de Antonio Caso: "El máximo común divisor" (2 de diciembre).

XXX*

Jóvenes poetas. -- E. Carrasquilla Mallarino: Las mejores poesías de los mejores poetas, (cuaderno XXIV), Cervantes, Barcelona. -- Juana de Ibarbourou: Raíz salvaje, M. García, Montevideo. -- Ataliva Herrera: Las vírgenes del sol, Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires. -- Alfonso Reyes: Huellas, Biblioteca Nueva España, México. -- María Monvel: Así fue, Nascimento, Santiago (Chile). -- J. Torres Bodet: Canciones, Cultura, México. -- Memento.

He dicho que uno de los rasgos característicos de nuestras letras era la fecundidad poética, y he añadido que las causas eran la raza mediterránea tan profundamente artista que constituye el núcleo de nuestra población, y nuestro carácter de niños grandes. Habría que agregar esa indolencia arraigada entre nosotros, que siempre ha hecho que nos contentemos con el menor esfuerzo.

De hecho, para la gente más o menos dotada, escribir versos no es verdaderamente un trabajo, y los libros de este género se hacen, por así decirlo, solos. De ahí resulta que entre los innumerables volúmenes de poemas que recibo, la gran mayoría sea palabrería vana; se encuentra en ellos mucho menos poesía que en algunos libros de prosa, como por ejemplo las

---

*15 de abril de 1924.

novelas de Eduardo Barrios o esas admirables fábulas de M. Ballesteros de las que hablaré pronto. Yo sólo dispongo aquí de un espacio muy limitado. Por lo tanto, no me es posible mencionar ni ocuparme de esa producción activa, sin significación; solamente puedo hablar de los libros en que se destaca o se anuncia un verdadero lírico. Y estos últimos son también numerosos. Ya que en todas nuestras repúblicas, además de los poetas conocidos, hay una cantidad de **jóvenes poetas**, que cumplen una labor interesante. Compenetrados por los deseos de sinceridad sentimental y de pureza de expresión, estos trabajan generalmente siguiendo la norma mundonovista, es decir, con el designio de manifestar sinceramente su espíritu de hombres de nuestro Nuevo Mundo. Algunos se mueven en un plan más o menos indeterminado, otros reflejan las sugestiones de la raza o del medio ambiente. En cuanto a la forma, tienden a abandonar los moldes clásicos, adoptando el verso liberado o la versificación libre, pero conservando un cierto cuidado en la construcción y en la armonía. Las nuevas tendencias poéticas europeas, de espíritu más o menos iconoclasta, no pueden arraigarse entre nosotros, porque estas tendencias, que responden a algo en las literaturas antiguas, no tienen objeto en la nuestra: habiendo creado aún muy poco, no tenemos que destruir, tenemos que construir.

Entre nuestros jóvenes poetas que se han hecho conocer desde hace algunos años, se distingue E. Carrasquilla Mallarino, colombiano. Es un lírico vigoroso y delicado, que

ama la vida y adora la aventura. Habiendo dejado su patria muy joven, ha llevado una existencia inquieta, en viaje continuo por América y Europa. Le gusta presentarse como "un loco errante --que da la vuelta al mundo para contemplar una estrella," "La vida es tan corta --que más vale consagrarla al vuelo y al canto." Nos hace, pues, partícipes de sus sensaciones del camino eterno: las "noches del mar abiertas al sueño," los crepúsculos en las riberas del Sena, los cielos grises del exilio... Pero algunas veces se abandona al recuerdo, evoca las visiones de su país, el encanto de su infancia, y modula sus "Evocaciones Andinas." No obstante, a este poeta que se complace en situarse "más allá del bien y del mal," le gusta también cultivar sus rosas "con humildad de corazón." Y, cosa rara en nuestros líricos actuales, él siente la presencia divina en la naturaleza: ve a Dios en "las múltiples eflorescencias del cielo," y su "espíritu hasta Dios se eleva." Su inspiración es de este modo variada y elevada; su verso suficientemente puro. Ha publicado dos colecciones: Visiones del sendero y El jardín de cristal, y dos o tres volúmenes de cuentos y de crónicas. Las ediciones Cervantes nos han dado últimamente una selección de sus poemas en su colección: Las mejores poesías de los mejores poetas (fascículo XXIV), que constituye una pequeña recopilación fina y fresca. En el prefacio, firmado por los editores, se lee que "habiendo desaparecido J. A. Silva, Rubén Darío y Amado Nervo, Carrasquilla Mallarino figura, a pesar de su juventud, junto

a un pequeño número de otros poetas, a la cabeza de la poesía hispanoamericana actual." La exageración de tal elogio ha hecho protestar a ciertos críticos; eso no impedirá, por mi parte, reconocer el mérito de este libro y señalar a su autor como uno de nuestros buenos poetas nuevos.

En Uruguay, estos últimos años, se ha dado a conocer una poetisa, Delmira Agustini, quien ha sido la primera en representar en nuestras letras el lirismo verdaderamente femenino. Existe actualmente en este país otra poetisa, Juana de Ibarbourou, quien es igualmente una lírica muy sincera y admirablemente dotada. Nacida en una pequeña ciudad en el corazón del país, de temperamento ardiente y simple, ella es la verdadera mujer hispanoamericana, a la vez apasionada y soñadora, impulsiva e ingenua, y gracias a su admirable facultad de espontaneidad, se muestra en su obra tal cual es. Ha comenzado con una recopilación: Lenguas de diamante, llena de pasión y de sentimiento de la naturaleza. Como embriagada con el ardor de su sangre, exalta allí el amor y se dirige al amado con palabras abrasadoras. "Tómame ahora que aún es temprano, le dice ella, ahora que aún es sombría esta taciturna cabellera mía. -- ahora, que tengo la carne olorosa, -- y los ojos limpios y la piel de rosa..." Ella se le muestra "desnuda como el puro impudor -- de un fruto, de una estrella o una flor." Y le promete que después de su muerte se vestirá de tierra para mirarle "en los lirios morados." Pero su pasión va más allá del ser amado y se reencuentra con la naturaleza.

Ama la vida con un "amor de salvaje"; canta el rayo de sol, el agua, los bosques, los campos, la hierba humilde del camino con una ternura y una delicadeza icomparables. Ella es, de este modo, verdaderamente "libre, sana, alegre, juvenil," "cual si fuera la diosa del trigo y de la avena." Y como ella, su poesía tiene la sensación de "la hierba clara nacida en la mañana." Ante tal desborde de pasión, los críticos han hablado de actitudes paganas y hasta de orientalismo. Para mí, se trata simplemente del verdadero temperamento de la mujer hispanoamericana, y una actitud tal no admite otro calificativo que el de primitiva. No obstante, esta poetisa tan impulsiva es igualmente una artista muy fina. Tiene el don del verso cristalino que desaparece bajo la imagen, y el de la palabra justa, sabrosa, única. De manera que, sin rechazar ni la versificación regular ni la rima, ella da a la estrofa un aire de novedad y de cosa natural que la hace parecer ya como gota de rocío, ya como llama vibrante, ya como hoja temblorosa. Tan cierto es cómo el verdadero poeta puede con todos los medios realizar el milagro de la poesía.

En otra colección que acaba de aparecer: Raíz salvaje, Juana de Ibarbourou continúa su elogio apasionado del amor y de la naturaleza. Descendiendo hasta la raíz primitiva de su ser, ella nos habla de la impresiones maravillosas de su propio corazón y del corazón de las cosas. Así, nos traduce sus transportes sentimentales, su ardor en la noche que llueve, su deseo de amor en pleno campo, o bien nos confía su

impresión de los aspectos de la naturaleza: del agua que le parece "un ser vivo," de las "voces del estío," de la laguna "que de noche se llena con estrellas partidas por las ramas que tiemblan." Sin embargo, este libro no nos da la impresión de plenitud de su primera colección. Creo que la causa es la forma. La poeta abandona aquí la rima y emplea a menudo el verso disonante, de modo que sus poemas toman a veces ese aspecto de esbozo ya tan común entre nuestros jóvenes poetas. Luego, emplea algunos neologismos faltos de gracia, como ese "quinceabrileño" que nada significa, ya que para nosotros abril es un mes del otoño. Me permito sugerir a Juana de Ibarbourou cultivar el arte, pero desatender la moda. El arte es eterno, la moda pasa. Le sugeriría además dejar a los poetas menos dotados que ella los procedimientos nuevos que no son muy difíciles...

Si Juana de Ibarbourou realiza inconscientemente las aspiraciones mundonovistas, Ataliva Herrera, argentino, persigue estas aspiraciones a sabiendas, aún más, metódicamente. Originario de la provincia y sin una gota de sangre extranjera, ama la tierra donde ha nacido y tiene el culto por la tradición de su raza. Bajo el título de <u>El poema nativo</u>, ha publicado una serie de sonetos en los cuales alaba las diversas fases de la tradición nacional: el descubrimiento, la colonización, la guerra de los gauchos, la de los montoneros, etc., y los diversos aspectos de la naturaleza y de las costumbres: la fauna, la flora, la

cordillera, la pampa, el rancho, etc. Son sonetos plásticos, coloridos, llenos de sentimiento autóctono, aunque apagados a veces por un lenguaje impuro y una visión de las cosas un poco impersonal. Pero este ferviente poeta nos ha dado últimamente un gran poema dramático: Las vírgenes del sol, donde evoca el mirífico imperio de los incas ancestrales. La acción se desarrolla en la ciudad sagrada del imperio, el Cuzco, en el ambiente misterioso de las vírgenes y de los sacerdotes consagrados al culto del sol, y en el momento de la entrada del conquistador europeo. Uno de los capitanes españoles, Hernando de Soto, llega a introducirse secretamente en el Cuzco, se enamora de una de las sacerdotisas y se fuga con ella. La impura vestal sería castigada, pero el fuego sagrado se ha extinguido, y las siniestras predicciones que han anunciado la caída del imperio se deben cumplir. La atmósfera extraña, primitiva, sacerdotal e implacable aparece bien definida. Las voces augurales de los mamacunas, guardianes de las vírgenes, resuenan solemnes, significativas; las ceremonias religiosas se desarrollan bellas e imponentes. Pero la intriga sentimental, sin amplitud ni vigor psicológico, no constituye un nudo suficiente para dar unidad a la acción. Además, las maravillas del mundo incaico no son evocadas con bastante fuerza. Este mundo misterioso sugiere las cosas más fastuosas, más mirificas; para evocarlas hay que desplegar una imaginación extraordinaria. La versificación es generalmente vigorosa y pintoresca; las imágenes, tomadas de la fauna o de

la flora regionales, apropiadas y frescas; la lengua, finalmente, parece más pura que en el primer libro del autor. ¡Ah! Sin duda hay en los versos prosaísmo y ripios. Pero se encuentran más o menos en todo drama o poema dramático en verso. Por eso yo creo que convendría renunciar a dar a estas obras la forma demasiado limitada de la versificación. No obstante, Las vírgenes del sol, es una bella obra y constituye un esfuerzo digno de elogio en la tarea de estilizar nuestras tradiciones más prestigiosas.

Alfonso Reyes, mexicano, a quien ya he presentado como un crítico culto y vivaz, es también un poeta muy delicado. Primero él se ha dado a conocer, precisamente, por poemas publicados en revistas, y ha continuado escribiendo versos en los intervalos de su trabajo de prosista. Ha podido así darnos una selección de sus poemas: Huellas, que forma un volumen tan bello como interesante. Este ferviente escritor ama las letras por sobre todas las cosas, y cree que "los libros son lo que mejor hace el hombre." En sus versos, él alaba o refleja a sus autores de predilección: ajusta su canción a la música extraña de Góngora, vierte su sentimiento en la famosa estrofa de Fray Luis de León o celebra líricamente a André Chénier. Pero eso le impide hacer sentir su propio acento fino y versátil, que sabe ser ya grave, ya íntimo, ya humorístico, de una manera muy personal. Por lo demás, su verso puro, que a menudo fluye de un solo golpe, muestra en él a un poeta nato. Tiene, pues, razón en permitirse continuar haciendo versos: el don lírico

es una de las fases de su talento múltiple y no es sino cultivándolo que llegará a realizarse integralmente.

María Monvel, chilena, es, como Juana de Ibarbourou, una lírica verdaderamente femenina, es decir sentimental y apasionada, sin vanas declamaciones. Ha publicado recientemente una colección: Así fue, muy delicada y muy conmovedora, de un arte algo sumario, aunque fino, diestro. Pero en oposición a la bella poetisa uruguaya, sana y optimista, ésta se muestra amarga, sombría, casi desesperada, actitud que contrasta con su juventud y que da a sus versos un tinte de romanticismo un tanto literario. Espero que en su obra de madurez ella nos parezca diferente. J. Torres Bodet, mexicano, acaba de manifestarse como un poeta muy sincero, lleno del sentimiento de su país y de su raza. Luego de haber publicado una colección un poco incierta, El corazón delirante, nos ha dado un pequeño libro: Canciones, en el cual expresa su emoción pura bajo la forma ingenua y cautivante de nuestra canción tradicional; hay allí más poesía que en muchos de los libros de forma rebuscada que quieren parecer ultra modernos. El poeta ha encontrado el buen camino.

Memento. -- Varios otros poetas jóvenes han publicado últimamente colecciones interesantes: Carlos Obligado, un libro: Poemas, Virtus, Buenos Aires, fresco y delicado; Miriam Elim: un puñado de versos, Los ojos extasiados, Juventud, Santiago de Chile, saturados de sincera emoción; Miguel

Camino, una recopilación: Chacayaleras, Martino, Buenos Aires, de un arte un poco indeciso, pero lleno del sentimiento de la tierra; J. Cifuentes Sepúlveda, un libro: La torre, Juventud, Santiago de Chile, bien sentido y bien versificado; E. Martínez Estrada, una colección: Nefalibar, Tor, Buenos Aires, colorido y armonioso; J. Guzmán Cruchaga, un librito: La fiesta del corazón, Luz y Arte, Río Gallegos, sentido y fino; J. M. Benítez, una pequeña colección: Cristo de hierro, Imp. del Hospicio, Guadalupe, vigorosa y prismática; Salvador Reyes, un ramillete de poemas: El barco ebrio, Nascimento, Santiago, delicado y nuevo; J. Esquivel Pren, un librito: Simpliciter, Imp. del Comercio, México, lleno del viejo aroma regional; Hurtado Baquedano, una colección: Cristales, fresca y con el perfume de los senderos silvestres; C. Préndez Saldías, una serie de poemas: El alma en los cristales, Universo, Santiago, de una emoción muy sincera; Francisco Donoso, una recopilación: Las manos de Jesús, impregnada de un suave misticismo; Sady Zañartu, un libro, Santiago antiguo, Tip. Universitaria, Santiago, lleno del encanto del lejano tiempo de la colonia. Pero el espacio ya nos falta, presentaremos a estos poetas con ocasión de sus nuevos libros.

Con el título de Social, aparece en La Habana (Cuba) una revista ilustrada de letras y actualidades, muy interesante y muy bien presentada. Su director es el excelente dibujante Conrado W. Massaguer, su director literario, el conocido escritor E. Roig de Leuchsenring. En los últimos números

notamos una bella "Página inédita de José Enrique Rodó," algunas curiosas "Tradiciones indo-americanas," por Adrián del Valle, un dibujo expresivo de Massaguer: "La señorita de 1924" (enero), un interesante artículo de Alfonso Reyes: "Vermeer y la novela de Proust" y una cubierta muy pintoresca de Massaguer inspirada en la invasión rusa (febrero). Massaguer ha publicado últimamente, bajo el título de Guignol, Instituto de Artes Gráfica, La Habana, un magnífico álbum de caricaturas de un arte simplificado y expresivo, muy moderno y muy personal. Entre estas caricaturas se destacan las de Bernard Shaw, T. Roosevelt, Valle-Inclán y sobre todo la de W. Wilson. El artista ha puesto, como prefacio, una página sobre la caricatura y sobre los caricaturistas modernos, muy perspicaz y muy documentada.

XXXI*

Algunos otros poetas. -- Luis F. Contardo: Cantos del camino, Universo, Santiago (Chile). -- Juan Delgado: El cancionero nómade, Matamoros, Managua. -- Miguel L. Rocuant: Cenizas de horizontes, Rivadeneyra, Madrid. -- Ernesto M. Barreda: El himno de mi trabajo (sin indicación de editor), Buenos Aires. -- Emilio Oribe: El nunca usado mar, M. García, Montevideo. -- Alberto Hidalgo: Tu libro, Mercantali, Buenos Aires. -- A. Martínez Mutiz: Mármol, Universo, Santiago. -- Rafael Lozano: La alondra encandilada, Biblioteca Ariel, Madrid. -- Daniel Ruzo: El atrio de las lámparas, Mundo Latino, Madrid. -- Francisco Bernárdez: Bazar, Rivadeneyra, Madrid. -- Memento.

Hay en este momento tantos poetas en las repúblicas sud-americanas que, aunque dos crónicas seguidas les han sido dedicadas, aún quedan algunos de interés de los cuales no he podido ocuparme. Quisiera que mis crónicas fueran el reflejo más o menos fiel del movimiento actual de nuestras letras; por eso, cuando ya he presentado a un escritor, me dilato en volver a mencionarlo, de manera de disponer del espacio necesario para ocuparme de otros que aún no he tratado. Método, a mi parecer, mejor que ocuparse únicamente de los

---

*15 de julio de 1924.

escritores que más se destacan, ya que al tratar a aquellos autores cuyas obras están en plena gestación, no es posible saber cuáles llegarán a convertirse en los más importantes. ¿Cuántos autores comienzan con brío para detenerse a medio camino? ¿Y cuántos autores que comienzan torpemente no llegan luego a producir obras importantes? Sin duda, a pesar de mis esfuerzos, yo no podría trazar un cuadro completamente acabado. Ya que hay en nuestros países autores que, por negligencia o por suficiencia pueril, no envían sus libros a los críticos. Pero eso es raro, y las lagunas que resultan en nuestra labor no son considerables. Quiero por lo tanto hablar ahora de **algunos otros poetas**, viejos o jóvenes, que han publicado recientemente libros interesantes.

Luis F. Contardo ha comenzado a escribir hace una veintena de años, en la época del movimiento modernista que echó las bases a nuestro verdadero lirismo. Pero este poeta, que está bajo las órdenes sacerdotales se ha mantenido un poco alejado de la vida literaria. Una colección de sus poemas publicada hace poco: Cantos del camino, lo revela como un lírico ferviente y delicado, que sobresale en la efusión íntima y sobre todo en el transporte místico. Tradicionalista por su educación y por su temperamento religioso, es igualmente moderno por su inquietud y por su gusto por las formas renovadas. Su libro, que es una selección de sus poemas, nos da ejemplo de esta doble actitud. Encontramos, en efecto, algunas largas piezas laudatorias y un poema

narrativo, que derivan de la poesía española neo-clásica pomposa y convencional, aunque en una de estas piezas se ve una tentativa bastante feliz de renovación de la antigua oda conmemorativa. Pero encontramos igualmente numerosos poemas íntimos o religiosos llenos de la sinceridad y de la delicadeza del lirismo contemporáneo; si, en las primeras, el poeta no llega a ser bastante intenso, en las segundas, llega a veces a alcanzar la plenitud de la inspiración mística. Los sonetos : "La huella de Jesús," "Horas sombrías," donde transmite como el temblor de los "sonetos teologales" de Verlaine, y su serie de piezas: el "Refugio franciscano" donde se siente la brisa del "Angelus del alba," son poemas religiosos de toda belleza y que solo podrían ser comparados, en nuestra poesía, con algunas creaciones de Rubén Darío, como "Canto de esperanza" o "Los motivos del lobo."

Juan Delgado, mexicano, se ha manifestado desde hace algún tiempo como un poeta de una fecundidad impetuosa y de una voluntad de belleza que le llevan hacia una producción interesante. Ha publicado diversas recopilaciones que le han valido los elogios de la crítica de su país: <u>París y otros poemas</u>, <u>Bajo el haya de Títiro</u>, <u>El país de Rubén Darío</u>. Gran admirador del maestro de <u>Prosas profanas</u>, le sigue de cerca. En uno de sus libros, canta la bella tierra donde ha nacido Rubén Darío y donde le ha conocido, y en una colección que acaba de publicar: <u>El cancionero nómade</u>, retoma la bella actitud del poeta de <u>El canto errante</u>; aquella de peregrino

ilusionado con el ideal y con el sueño. Un culto tan elevado indica bien el talante de su alma y de su inspiración.

Miguel Luis Rocuant, chileno, se ha iniciado en los comienzos del movimiento modernista con una colección: Brumas, en la cual, siguiendo al iniciador de este movimiento en Chile, Pedro Antonio González, refleja bien el gusto nuevo, al mismo tiempo que manifiesta una cierta inclinación por el lirismo de ideas transcendentales. Luego de un silencio de cerca de veinte años, Rocuant nos ha dado una nueva colección: Cenizas de horizontes, donde reafirma sus antiguas cualidades de artista del verso, pero donde parece menos preocupado por las ideas y más sentimental. Bello libro que añade así una nota nueva a la obra de este lírico que ha sido uno de los paladines del modernismo en Chile. Rocuant ha publicado, al mismo tiempo, diversos libros en prosa: una recopilación de estudios sobre escritores de su país: Los líricos y los épicos, y otros dos, de artículos sobre escultores o pintores, también compatriotas suyos: Las blancuras sagradas y Tierras y cromos.

Ernesto M. Barreda figura, desde hace varios años, entre los mejores poetas argentinos, y ya lo he presentado como un lírico vigoroso y espontáneo, que procede por impulso natural, tal como una buena planta de nuestro suelo florece por virtud de la tierra y del cielo. Este activo poeta nos ha entregado últimamente una colección: El himno de mi trabajo, llena del estremecimiento de la vida libre y del perfume de la flora

indígena. Sobresalen algunos poemas dedicados a ciertos tipos locales, como "El padrecito" y "La tísica," muy sentidos y bien versificados. Me gustaría ver a Barreda volver a la estrofa regular, la forma que me parece le conviene. Los intentos de ritmo entrecortado o de versos nuevos que encierra su libro no me parecen felices.

Entre los poetas que se han dado a conocer desde hace poco, Emilio Oribe, uruguayo, es uno de los más interesantes. Al examinar sus primeras recopilaciones, bastante artificiales, me había permitido aconsejarle buscar sus motivos de inspiración en su propia tierra, virgen aún para el arte. El se los ha exigido sobre todo al mar. En su libro reciente: El nunca usado mar, expresa sus emocionadas sensaciones de la travesía del Atlántico, pero le canta también al gran viento de su tierra, el pampero, y nos confía sus impresiones sentimentales. Son poemas curiosos, vigorosos o delicados, bastante personales. Sin embargo, este poeta no parece dominar bien la expresión, y sus intentos de versolibrismo no son más que eso: intentos.

Alberto Hidalgo, peruano, a quien ya he presentado como crítico y libelista, se ha manifestado también como poeta. Al mismo tiempo que sus libros de prosa, ha publicado algunas colecciones de poemas: Panoplia lírica, Las voces de colores, de un lirismo fogoso, audaz, un poco excesivo. Pero en una recopilación que nos ha entregado últimamente: Tu libro, ha realizado, por el contrario, una obra de mesura y de estricta

selección. En su deseo de sinceridad, ha renunciado a toda ornamentación verbal o metafórica, abandonando la rima y hasta la imagen para darnos la esencia lírica pura. Y, cosa admirable, ha llegado de esta manera a crear algunos poemas llenos de vibración y de justa emoción. Su libro constituye así un esfuerzo digno de todo elogio. Pero Hidalgo acaba de publicar una nueva colección: Química del espíritu, en la cual exagera su actitud innovadora. Se ven, es cierto, algunos poemas como "Idilio salvaje," que son hallazgos, pero hay otros donde sigue ciertas fórmulas europeas que ayer estaban de moda, pero que hoy han sido abandonadas: el estarcido científico-técnico o el caligrama que Apollinaire extrajo de antiguos libros. Hidalgo es joven y rico. Tiene, pues, derecho a malgastar un poco su tiempo y su talento.

Aurelio Martínez Mutiz, colombiano, en oposición al anterior, es fiel a la tradición clásica, y se deleita en temas heroicos, de verso claro y pulido. En una colección publicada recientemente, Mármol, nos ofrece un largo poema narrativo: La esfera conquistada, junto a numerosos fragmentos líricos inspirados por su país o por los recuerdos de su vida ferviente. La forma a veces adolece de los defectos de nuestra antigua poética: el empleo de la transposición y de la imagen manoseada, pero en general se muestra renovada, y el verso es armonioso, la lengua pura; ciertas piezas, desde este punto de vista, son admirables.

Rafael Lozano, mexicano, es un poeta lleno de fervor y de

ímpetu quien, muy joven aún, ha abandonado su país en busca de impresiones. El se entrega como un "flautista azteca que la luna ha embrujado." Y en sus poemas, a veces, evoca las magnificencias de la antigua raza aborigen. Pero en su primera colección: El libro de los cabellos de oro, de los ojos celestes y de las manos blancas, canta principalmente sus amores con una bella de los Estados Unidos, y en su reciente libro: La alondra encandilada, nos habla especialmente de las impresiones de sus viajes: sus visiones de ciudades de los Estados Unidos o de los jardines de Francia; también nos entrega en su libro una serie de haikus. Todo aquello en una forma delicada pero un tanto vacilante, donde se siente la influencia de ciertos poetas mayores de su país, como González Martínez y J. J. Tablada, quien ha sido el primero en adaptar el haiku a nuestra poesía. La labor de este joven lírico, como lo ha dicho el autor del prefacio de su libro, L. Urbina, es una bella anunciación.

Daniel Ruzo, peruano, se ha revelado como un buen poeta de la naturaleza en una recopilación: Así cantaba la naturaleza, la que tiene el frescor del campo y la serenidad del cielo azul. En una nueva recopilación: El atrio de la lámparas, nos entrega una selección de su primer libro y algunos nuevos fragmentos que se recomiendan igualmente por sus cualidades de sincera emoción de la naturaleza. Finalmente, Francisco Bernárdez, lírico lleno del sentimiento de su raza y de su tierra, en un primer libro: Orto, acaba de

publicar una colección: Bazar, fina y delicadamente artificiosa como un juguete de Navidad. Se puede esperar mucho de este joven poeta.

Memento. -- La deportación de Don Miguel de Unamuno, declarada por el gobierno español, ha producido una profunda impresión en los medios literarios de la América hispana. En casi todas las repúblicas, los intelectuales han publicado manifiestos de protesta en contra de este acto incalificable, y de adhesión a las ideas del maestro de Salamanca. La revista Nosotros de Buenos Aires, ha publicado la protesta de los intelectuales argentinos, con las firmas de los mejores escritores de ese país. Cuando una hoja literaria de París lanzó un llamado a los intelectuales para protestar contra la medida del gobierno de Madrid, yo me apresuré en enviar mi adhesión, pero, por una negligencia inexcusable, esta hoja ni siquiera mencionó mi nombre. ¡Que estas líneas sean la expresión de mi enérgica protesta!

Bajo el título de El camino, una bella joven revista, de letras y artes, ha comenzado a aparecer en Montevideo. Su director es N. Fusco Sansone, y la ilustra Federico Lanau. En el primer número, hemos notado un bello poema de Juana de Ibarbourou; en el segundo, curiosos versos de Leandro Ipuche. Inicial es una revista de letras y de ideas que acaba de ser fundada en Buenos Aires. Cuatro escritores la redactan: R. Ortelli, B. Carafta, Q. Smith, H. Guglielmini. Es una revista

de combate en favor de los nuevos valores literarios y sociales. Es lamentable que no incluya esa sección indispensable en toda revista moderna: la bibliografía. Señalamos, en el primer número, un buen estudio de crítica de arte: "Jorge Bermúdez, pintor de la raza," por R. Cugini y, en el segundo, un sugestivo artículo sobre "Un aspecto de la política yanqui en América," por S. Ganduglia. Bajo el título Riel y Fomento, aparece en Buenos Aires una revista de turismo muy bien presentada, que concede un extenso espacio a las letras y al folklore nacionales; publica además muy bellos dibujos y fotografías de sitios pintorescos del país. En los últimos números, hemos notado un bello cuento, "La esclavitud del miedo," por Julio Aramburu (enero) y una narración pintoresca, "La bendición del santo." de A. Garzón Roldán (febrero). Es una publicación más interesante que ciertas revistas literarias.

XXXII*

Críticos de las letras de ayer. J. M. Chacón y Calvo: Literatura Cubana, Calleja, Madrid.

Con el desarrollo cada vez más considerable de las letras en el Nuevo Mundo hispano, la crítica se afirma y se fortifica día a día, tendiendo a tornarse en lo que Ernest Hello[1] le asignaba como ideal supremo y a abarcar todos los dominios de la literatura. Así, entre los escritores que hoy se entregan a este género, podemos distinguir a los **críticos de las letras de ayer**, a los críticos de las letras actuales, y a los críticos de las letras extranjeras; aunque es verdad que algunos cultivan al mismo tiempo dos de esas modalidades y hasta las tres. Entre los primeros, hay que contar a los viejos maestros quienes, fieles a las antiguas disciplinas, se ocupan principalmente de trabajos de pura erudición. Pero también es necesario situar a algunos jóvenes quienes, conservando el sentido de las letras antiguas, trabajan según el espíritu y el gusto modernos, habiendo abierto así la ventana de las bibliotecas al calor de la vida y a los vientos del momento.

J. M. Chacón y Calvo, cubano, si bien de los más jóvenes,

---

*15 de noviembre de 1924.

[1]Ernest Hello (1828-1885), escritor místico francés.

es uno de los más interesantes. Muy culto y muy prudente, une, al gusto por las letras tradicionales y al respeto por los métodos científicos, la sensibilidad estética personal y la comprensión del arte moderno, sin llegar hasta la aprobación del siempre falso esnobismo. El cree que "la formación de una literatura nacional" es uno de los objetivos más altos y necesarios para "los pueblos jóvenes que empiezan a vivir vida propia y libertad política", como las naciones hispanoamericanas, pues la literatura, siendo una de las formas del "ideal estético" colectivo, del "genio metafísico de la raza", constituye la expresión más alta de la individualidad de un pueblo. Pero piensa que para alcanzar este objetivo, nosotros no necesitamos socavar el cimiento de la tradición española, ni modificar nuestro "propio y natural medio de expresión": la lengua castellana. Al contrario, parécele que hay que conservar esa base firme y cuidar ese precioso medio. Así, él se ha dado a estudiar las letras primitivas de su país, con tanto método y discernimiento como minuciosidad y entusiasmo. Después de darnos un trabajo sobre Cervantes y el Romancero, como homenaje al genio de la raza, ha publicado con el título de Literatura Cubana una serie de ensayos en los cuales estudia la expresión primordial del espíritu literario: la poesía en Cuba. Tal vez a causa del esplendor de la naturaleza o del ardor del clima, este país ha tenido numerosos poetas líricos descollantes, y antes que los otros pueblos hispanoamericanos. Y ha dado aun a Francia un

poeta que, no por no estar ya de moda, deja de ser una figura eminente: José María de Heredia. El florecimiento poético en Cuba ha tenido su origen, como en los otros países de la América hispana, en la poesía española importada por los colonizadores. La poesía cubana no es, pues, durante los siglos XVII y XVIII, más que un reflejo de la poesía de España; y como ésta seguía entonces las normas del clasicismo degenerado o del pseudo-clasicismo tomado prestado de Francia, aquélla emplea temas obligados y se adorna con el oropel mitológico, sin reflejar ni la vida ni la naturaleza nacionales. Así, en la obra más antigua que se conserva, un largo poema narrativo, El espejo de paciencia, de Silvestre de Balboa, vemos intervenir en un suceso local a las divinidades del Olimpo; y en las obras del siglo XVIII, que se reducen a fábulas o epigramas, notamos la tendencia al prosaísmo o al filosofismo en boga en el momento. Los cultivadores de la poesía son versificadores improvisados sin temperamento ni verdadera cultura. Pero a principios del siglo XIX, aparece con Manuel de Zequeira, un poeta auténtico, y luego surge todo un grupo de líricos, entre los cuales dos que hay que poner al lado de los grandes poetas de lengua española. Empero, guiado por un criterio verdaderamente moderno, Chacón y Calvo busca también los orígenes de la poesía cubana en el lirismo popular o tradicional, explorando la selva virgen del folklore de su país. Según él, como poesía popular no había en Cuba más que escasas coplas relativamente modernas que, por su preciosismo

rebuscado, se aproximaban a la poesía artística pseudo-clásica. Pero las famosas canciones cubanas, las "habaneras", las "guajiras", que se cantan en todo el continente, tienen a menudo un cierto giro popular exigido por la música. ¿No hubiera sido interesante examinar esta poesía, sin duda vulgar o artísticamente vulgarizada, en que se notan restos de poesía popular? De la poesía tradicional de España, en cambio, hay en Cuba como en toda la América hispana, un importante filón en diferentes piezas del Romancero conservadas por la tradición oral. Pero, cosa curiosa, en este país que ha estado hasta últimamente bajo la dominación de España, Chacón y Calvo ha encontrado menos romances que los que ha hallado Vicuña Cifuentes en Chile. Prueba evidente de que el Romancero fue importado en tiempos de la conquista. Luego, estos poemas son únicamente de carácter "novelesco" y no son recitados más que por los niños en ciertos juegos; en tanto que en Chile se encuentran además algunos de carácter "heroico o histórico", como los del Cid o de Bernardo del Carpio, y los ancianos o los mendigos son quienes los cantan o los recitan. También, ciertos romances, como el de "Delgadina", que en este país se conservan casi intactos, aparecen en Cuba "contaminados" o desfigurados hasta el punto de que los protagonistas han perdido el nombre. Chacón y Calvo acompaña a cada pieza un largo comentario metódico y sagaz sobre su origen en la tradición escrita y en la tradición oral. Hubiese sido útil agregar algunas notas comparativas con piezas similares

recogidas en otros países hispanoamericanos. La importancia de esta parte de su libro es muy considerable. El Romancero, expresión de una poesía nacional en que la energía se une al lirismo, forma, como lo ha dicho Hegel, "una corona tan bella y tan graciosa que podría ponerse al lado de lo que la antigüedad tiene de más hermoso". He dicho lirismo porque los poemas del Romancero son manifestaciones de una modalidad lírica, la que yo he llamado "lirismo indirecto o figurado" (Crónica del 1º de marzo de 1924), y en la cual entran la balada del Norte y el lai de Francia, porque en todas estas formas se encuentran el elemento esencial y el estilo en escorzo característicos de la poesía lírica. La literatura española, que a veces ha sido calificada de antilírica, posee, pues, en el Romancero, un gran tesoro tradicional lírico, en tanto que muchas otras literaturas no cuentan, como poesía primitiva, más que con crónicas rimadas impropiamente llamadas Canciones. Y tal tesoro es para los hispanoamericanos, como lo ha comprendido nuestro autor, un lazo de solidaridad y una base para la afirmación de "nuestro tipo propio de cultura". Esta poesía no ha sido aún traducida convenientemente al francés (las traducciones, como la de Alexandre Arnoux, hechas en prosa, no pueden dar una idea justa). En una novela, La Ville Merveilleuse, que acaba de aparecer, yo me he esforzado en traducir un romance, el de "Delgadina", en la forma del original: el octosílabo con una misma asonancia en los versos impares. Como complemento de estos estudios, Chacón y Calvo

nos da, en fin, dos siluetas tan acabadas como perspicaces de los dos poetas más famosos de su país: José María de Heredia, pariente del francés de este apellido, y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aparecido en la época de la formación de nuestras nacionalidades y educado en el gusto por las letras clásicas y por las de la escuela neoclásica española, llamada de Salamanca, Heredia se manifestó como un poeta nacional de acento elocuente y ampuloso, y como tal es generalmente conocido y estimado. Pero este poeta, que era emotivo y visual, fue también un pintor de la naturaleza americana y un intérprete de su propia alma atormentada, vinculándose así a la poesía romántica. Descartando con mucha perspicacia cuanto hay de ocasional y antilírico en su obra, nuestro crítico alaba en él al cantor de la naturaleza y al "poeta cívico interior", esto es al intérprete del sentimiento nacional, elevado por encima de las contingencias exteriores, autor de la oda al "Niágara" y del "Teocalli de Cholula". A mí me parece que habría que alabar también, no por cierto al poeta erótico pseudo-clásico adorador de Lesbia,[2] pero sí al lírico sentimental que dejara en "Desamor" y en la misma oda al "Niágara", un eco tan profundo de su alma desolada, nostálgica de ternura. Gertrudis Gómez de Avellaneda, que llenó con su voz la poesía castellana de promedios del siglo pasado, y que fue saludada por Menéndez y Pelayo como una gran poetisa, no

---

[2]Lesbia, la amada del poeta, es la misma Isabel Rueda y Ponce de León, quien aparece por lo general en sus poemas con el nombre de Belisa.

solamente de la América hispana, sino del mundo entero, se afianzó como una "lírica apasionada e impetuosa" de una gravedad y un vigor que han hecho ver en ella un temperamento varonil. Chacón y Calvo rebate esta última aserción, probándonos que, por el contrario, esta alma "llena de tumulto" es eminentemente femenina. A pesar de las influencias de los poetas españoles Quintana y Gallego, ella aparece, según nuestro crítico, verdaderamente personal por la esencia de su poesía, extraída de su corazón y de su vida, y en algunos de sus poemas ("A él", "Consagración de la Lira a Dios", "Cántico") en que hay una perfecta compenetración entre "el pensamiento y la palabra", muy artista. Tal vez. Pero yo he de confesar que esta poetisa razonadora y verbosa, que no sintió la naturaleza y que parece algo teatral, aun en sus transportes místicos (el sólo título: "Consagración de la Lira a Dios" lo prueba), no es de mi simpatía.

Chacón y Calvo ha completado sus estudios sobre la poesía de su país con una antología: Las cien mejores poesías cubanas, la cual, por las siluetas minuciosas y muy acertadas que acompañan los poemas de cada autor, constituye una verdadera historia de la poesía de Cuba. En ella vemos destacarse a algunos otros poetas de verdadero mérito, como los románticos G. de la Concepción Valdés, Juan Clemente Zenea, y los modernos José Martí, poeta singular que no hay manera de clasificar, Julián del Casal, Juana Borrero. Casal, introductor del modernismo en su país, no ha sido aún bien

estudiado. Chacón y Calvo le hace justicia, pero no traza su biografía ni define suficientemente su lirismo. Lo mismo podría decirse de Juana Borrero, esta poetisa tan fina que murió muy joven. Nuestro crítico nos dice que "su poesía, no es por el estilo, completamente moderna". Pero su poema "Ultima rima", cuya estrofa final es un hallazgo de forma, ¿no es una de las notas más exquisitas que ha producido nuestra poesía modernista, y que podría ponerse al lado del "Nocturno" famoso de J. A. Silva? Chacón y Calvo debería darnos el estudio profundizado que merece cada uno de estos dos poetas excepcionales. Este escritor, que despliega en sus estudios críticos una sensibilidad tan aguda, es también, como era de preverlo, un creador, más aún, un lírico. En un pequeño libro: Ensayos sentimentales (de bello título), evoca los recuerdos de su infancia, nos habla de la vieja casa de su familia con una finura y una emoción que hacen de esas páginas verdaderos poemas en prosa. Reconstruye, así, en su antigua majestad, la venerable casa solariega de sus antepasados. No otra cosa está haciendo en sus trabajos críticos. En Cuba, este país que oprimido por la fuerza y deslumbrado por el oro de los Estados Unidos, atraviesa hoy un período de vacilación, de desorientación, la obra de este escritor es de la mayor significación: ella descubre y consolida el núcleo de la personalidad que, en los pueblos como en los individuos, es el primero y más alto valor humano.

XXXIII*

Críticos de las letras de ayer. -- Jorge Max Rodhe: Las ideas estéticas en la literatura argentina (dos volúmenes), J. Roldán, Buenos Aires. -- Memento.

En mi crónica anterior decía que, entre los **críticos de las letras de ayer** existentes en las repúblicas de la América hispana, faltaba poner al lado de los viejos maestros fieles a las disciplinas de antaño, ciertos jóvenes que, conservando el gusto por las literaturas antiguas, trabajan siguiendo el espíritu y los métodos modernos.

Jorge Max Rodhe, argentino, es uno de estos. Cultivado y ponderado, enamorado de la cultura española tradicional y de los grandes maestros extranjeros modernos, se distingue por su claro sentido de las proporciones y por su simpatía hacia los valores literarios de todos los pueblos hispanoamericanos, cualidad rara en los críticos de su país, influidos por un nacionalismo bastante estrecho. Se distingue además, por su esfuerzo sostenido, por sus vastos proyectos que lo llevan a emprender obras de largo alcance, lo que no es común entre los críticos hispanoamericanos, quienes generalmente se contentan con publicar en volúmenes sus artículos ocasionales. Ha encontrado en Menéndez y Pelayo el método y la inspiración.

---

*15 de enero de 1925.

Después de la publicación de dos recopilaciones de poemas: Cantos y Nuevos cantos, en el estilo un tanto descolorido de nuestros neo-clásicos, y una colección de artículos: Estudios literarios, se ha dedicado a una obra, cuyo único plan, el estudio de las letras de su país desde el punto de vista genésico, requiere toda consideración: Las ideas estéticas en la literatura argentina.

En los dos primeros tomos aparecidos, ha realizado un trabajo muy documentado y bien desarrollado, en el cual da testimonio de un criterio reflexivo y de un juicio sagaz, solamente con puntos débiles cuando trata las letras contemporáneas. Al preferir el método de Carlyle al de Taine,[1] considera la literatura argentina, no en la producción general creada por una época, sino en la labor de los "héroes," de los escritores superiores que la representan. Sigue así "la génesis, el desarrollo ideológico" y estético, pero como juzga igualmente las tendencias y las obras, su trabajo llega a ser una verdadera historia sintética de las letras de su país. Considerados desde el punto de vista de nuestra crítica, los escritores argentinos, como todos los de la América hispana, no pueden aparecer realmente originales, porque han seguido las tendencias dominantes de la literatura española, y después

---

[1]Referencias a Thomas Carlyle (1795-1881), escritor escocés, famoso por sus trabajos de historiografía, y a Hippolyte Taine (1828-1893), pensador, historiador y crítico francés, conocido por su intento de aplicar el método de las ciencias naturales a las producciones más diversas del espíritu humano.

las que triunfaban en las principales literaturas europeas. Sin embargo, algunos de estos escritores, bebiendo en la fuente popular o tradicionalista, han llegado a crear obras más o menos originales, impregnadas del carácter de la naturaleza o del alma indígena. Rodhe estudia pues, los diferentes movimientos literarios europeos y su reflejo en las letras de su país, al mismo tiempo que sigue la corriente autóctona de estos desde su origen en el folklore nacional. En el primer tomo de su obra, se ocupa de los poetas, estos primeros intérpretes del espíritu literario. En la aurora de las letras argentinas, dominada por la estética pseudo-clásica de la España del siglo XVIII, se destaca la figura de Juan Cruz Varela, poeta nacional, declamatorio y rígido, que pone en verso los principios políticos liberales y permanece esclavo de las llamadas reglas aristotélicas codificadas por Luzán, el Boileau español. En el segundo período, se impone la tendencia romántica, con sus aspiraciones de libertad artística, subjetividad y color local, importada directamente de Francia por el joven poeta Esteban Echeverría, quien se encontraba en París en el momento de la "batalla de Hernani." José Mármol, poeta cívico censurador del tirano Rosas, Olegario Andrade, lírico de ideas elocuentes y enfáticas, quien ha dejado no obstante algunos fragmentos como "el Nido de cóndores," de una verdadera grandeza; Ricardo Gutiérrez, poeta elegíaco bastante monótono, pero a veces muy sensible, son las figuras representativas de esta época. Ellos se

inspiraban principalmente en Hugo, Byron, Lamartine, pero seguían también a los románticos españoles: Zorrilla y Espronceda. La poesía popular esparcida en los cantos de los gauchos payadores y en forma de canciones indígenas: el yaraví, el triste, busca en ese momento intérpretes en algunos poetas cultos: B. Hidalgo, H. Ascasubi, E. del Campo y sobre todo José Hernández que ha dejado, en su famoso poema Martín Fierro, una obra que los críticos nacionalistas han saludado como una epopeya nacional. Pero este poema que, como lo dice nuestro crítico, no es sino "semi-popular" y no expresa todos "los sentimientos y todas las penas" de la raza de los gauchos, no posee las características de la verdadera poesía épica. En el período siguiente domina la corriente neo-clásica que se ha impuesto en Francia con Leconte de Lisle y sus amigos, en Italia con Carducci y en Inglaterra con Shelley. Los principales representantes son Carlos Guido Spano, quizás el primero que ha interpretado entre nosotros la antigüedad de un modo vivo; Rafael Obligado, que mantiene la tradición nacional, y Calixto Oyuela. Estos líricos están ligados, más que a los maestros extranjeros del momento, a los neoclásicos españoles, como Núñez de Arce y también Meléndez Valdés, cosa que nuestro crítico ha olvidado mencionar. En la época contemporánea, el simbolismo francés y tendencias similares en Italia o en Inglaterra, conquistan las letras argentinas. Rubén Darío, el gran poeta nicaragüense que se encontraba por aquel entonces en Buenos Aires, será en ésa, como en toda la

América hispana, su verdadero importador y su más alto representante. Pero al juzgar los hechos de este período, Rodhe, muy sagaz hasta ese momento, cae en lamentables errores. Para él, el simbolismo es una tendencia mórbida y artificial, que ha producido resultados desastrosos en nuestras letras, y Rubén Darío, un poeta eminente sin duda, pero cuya producción encierra, al lado de una parte excelente, aquélla del lírico nacional y sentimental, otra execrable, aquélla del artista imaginativo, que se da a conocer sobre todo en su juventud. Sin embargo, desde el punto de vista de la estética, el simbolismo es la expresión lírica de subjetivismo hegeliano, y aquéllos que lo han constituido, han buscado sobre todo la afirmación de la personalidad en el arte "desinteresado", al mismo tiempo que matizado y sutil. Si algunos han sido arrastrados a hacerse eco de la sentimentalidad mórbida del fin del siglo pasado, o bien han caído en las extravagancias de la forma, otros, como Verlaine, Henri de Régnier, Francis Jammes, Paul Fort, han cultivado simplemente el lirismo puro, exento de conceptos tendenciosos, y el verso musical y sugestivo. Esta tendencia ha encontrado en nuestros países, junto a ciertos adeptos extravagantes, desarraigados, quienes no han reflejado sino el lado superficial, partidarios eminentes que se los debería considerar como nuestros primeros poetas verdaderamente líricos y artistas, y contarlos entre los más altos poetas de la lengua castellana, tales como Rubén Darío, J. A. Silva,

Julián del Casal, para solo nombrar a aquéllos que nuestro crítico da cabida. Rodhe no es el primero en hacer sobre Darío la crítica señalada; P. Henríquez Ureña y varios otros ya la habían hecho. Pero están en un error. Pues, el poeta personal extraordinario que hay en Darío, es precisamente el soñador raro y el artista exquisito, que se revela sobre todo en su primera fase y si él nos ha permitido admirar el lirismo nacional y sentimental de su segunda etapa, es porque retoma en ella la poussière d'azur de su imaginación y de su arte cautivante. El poeta modernista más representativo de Argentina, Leopoldo Lugones, a pesar de su gran talento, compromete la obra que se esperaba de él, según nuestro crítico, debido a sus imitaciones demasiado directas de Darío y de ciertos simbolistas europeos. Estoy de acuerdo, aunque de ningún modo he mencionado eso en la crónica que le dediqué. Pero este poeta muestra siempre una imaginación, un don de imágenes tan personales, y, en los momentos en que es él mismo, una voz tan poderosa, que comparada con la de Angel Estrada, otro modernista muy apreciado por nuestro crítico, se esfuma y desaparece.

En su segundo volumen, Rodhe estudia, siempre desde el mismo punto de vista, el teatro y los principales dramaturgos de su país. Comienza por una larga disertación sobre la génesis del teatro occidental, desde su origen en Grecia, con las danzas dionisíacas, y su reaparición en Europa en la Edad Media, con los Misterios, las Moralejas y las Farsas, hasta su

apogeo en la dramaturgia del siglo de Pericles, y su nuevo florecimiento en el teatro moderno autóctono, realmente original: el español y el inglés. Sin duda, las ideas que emite, son las de los críticos que han estudiado el problema, pero su trabajo de una síntesis muy atinada, no es menos interesante, sobre todo entre nosotros, donde estos estudios no están difundidos. Aunque más considerable que la de otros países hispanoamericanos, la literatura dramática de la República Argentina, no ha alcanzado aún, más que un desarrollo limitado. Y cosa curiosa, como la de la Grecia antigua, ha tenido su origen en el baile y el canto de los indígenas: el pericón y los canciones dialogadas de los payadores, han sido su fundamento. De allí han nacido ciertas representaciones del género pantomima, y luego los protagonistas gauchos. Uniendo tales elementos, hacia mediados del siglo pasado, un escritor, Martín Coronado, ha creado dos piezas: La piedra de escándalo y La chacra de don Lorenzo, que son los primeros dramas, verdaderamente autóctonas. Alrededor de la misma época, las tendencias de las diversas etapas del teatro europeo, habían encontrado también representantes en Argentina. Así, en el período pseudoclásico, hacia fines del siglo XVIII, Manuel de Labarden, llevaba a escena una tragedia: Siripo, que observa rigurosamente la regla de las "tres unidades" y el precepto de que el teatro debe ser "escuela de buenas costumbres," pero que afortunadamente versa sobre una tradición nacional de la conquista de Paraguay. En

la época romántica, José Mármol escribe dos obras: El poeta, El cruzado, Alberdi otras dos: La revolución de mayo, EL gigante Amapolas, las que siguiendo los preceptos dramáticos del momento, no respetan más que "la unidad de acción y de interés," y sirven para transponer la expresión de las ideas políticas o sociales del autor. Mas la corriente indígena, que ya había tenido sus comienzos, no estaba muerta, y había encontrado últimamente un cultivador poco común en Florencio Sánchez, uruguayo de origen, pero que radicado en Buenos Aires se ha inspirado en la vida argentina. Este escritor, poco cultivado, pero que tenía "el sentimiento trágico" de la vida, compuso varias piezas realmente autóctonas, como Barranca Abajo, La Gringa, y otras más o menos influidas por la ideología naturalista o ibseniana, como M'hijo el Dotor, Los derechos de la salud, pero todas impregnadas del sentimiento del alma argentina, echando así las bases verdaderamente humanas y artísticas del teatro nacional.

Rodhe nos promete tres tomos más de su obra, donde estudiará la evolución de las ideas estéticas en la novela, la elocución, la historia y la crítica en su país. En el ínterin, nos ha dado dos libros fragmentarios: Evocaciones y Nieves de antaño, donde ha reunido artículos de crítica literaria y divagaciones más o menos líricas sobre temas artísticos. En los primeros de estos trabajos, nos parece siempre interesante, pero en sus fragmentos poéticos, las fallas de su estilo son más visibles. A pesar de la pureza y de la riqueza

de su vocabulario, su escritura deja ver, en efecto, el empleo abusivo de términos rebuscados e imágenes de una alegoría caduca, como lira y musa, lo que parece impropio aplicado a poetas modernos, y sobre todo su tendencia al verbalismo elocuente, cosa superada en un crítico. Pero estas son fallas mínimas, las cuales podrá fácilmente corregir y que no disminuyen la importancia de su obra.

Memento. -- Varios otros autores han publicado libros interesantes de los cuales no he podido ocuparme debido a falta de espacio, o bien porque sus obras no encajaban en el marco de mis últimas crónicas. Miguel Luis Amunátegui, chileno, quien se ha distinguido en los estudios gramaticales o lexicográficos, nos ha entregado un libro de este último género: En la puerta de la iglesia, Imprenta Universitaria, Santiago, en el cual nos explica, con mucha penetración, numerosos vocablos en uso en su país, y que constituye, por consiguiente, una contribución importante al estudio de la lexicografía chilena. Alejandro Sux, argentino, quien se dedica a la poesía, a la novela, al mismo tiempo que al periodismo, ha publicado una colección de poemas: Todos los pecados, Ediciones Literarias, París, en la que hay fantasía, humor, ternura, y que marca un gran progreso sobre su primera colección. Guillermo Rojas Carrasco, chileno, se ha iniciado en la crítica de las letras de ayer con un estudio tan interesante por la materia como por la documentación y el

desarrollo: La novela picaresca en la literatura española, Imprenta Barcelona, Santiago. Es de esperar que siga trabajando en este género donde ha comenzado a mostrar tanta competencia. A. Torres Ríoseco nos ha dado un pequeño libro sobre Walt Whitman, García Monge, San José de Costa Rica, en el cual estudia al famoso poeta de los Estados Unidos con el mayor fervor, y nos habla, en el prefacio, de su admiración por la literatura de ese país donde se encuentra actualmente, y hasta por el Panamericanismo, con la admiración ingenua del aldeano que se viene a la ciudad y no vuelve a mirar a sus coterráneos poblanos más que con un cierto desdén. Es una lástima, ya que este joven escritor muestra talento y buen gusto. Alfar es el título de una bella revista de letras y de arte, muy bien ilustrada, que aparece en La Coruña (España). Dirigida por el poeta uruguayo J. Casal, reúne la colaboración de numerosos escritores jóvenes de América y de España. En los últimos números, notamos un bello poema del excelente escritor catalán Alfons Maseras, "Huerto vedado," y una página curiosa del poeta uruguayo M. Ballesteros, "El Sultán pasa revista." Se ha producido un cambio en la dirección de la revista argentina Nosotros. Uno de los directores, que había cumplido su tarea con mucho esmero durante tres años, Julio Noé, se ha retirado y ha sido reemplazado por Roberto Giusti, antiguo director y fundador de esta revista. El otro director, Alfredo Bianchi ha venido recientemente a Europa y ha pasado por París.

XXXIV*

Críticos de las letras actuales. -- Alberto Zum Felde: Crítica de la literatura uruguaya, M. García, Montevideo. -- Eduardo Colin: Verbo selecto, México Moderno, México. -- Julio Noé: Nuestra literatura, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires. -- Memento.

He creído poder decir con razón que la crítica, en Hispanoamérica, tiende a convertirse en lo que Ernest Hello le asignaba como supremo ideal: la conciencia del arte. Los **críticos de la letras actuales**, como los de las letras de ayer, trabajan en efecto, en su mayoría, seriamente, con conciencia de la altura de su rol. Pero como tratan obras y autores demasiado próximos para ser enfocados con toda claridad, se dejan, a veces, arrastrar por apreciaciones apasionadas, o bien insisten en el estudio de ciertos autores afortunados, sin considerar los más significativos.

Alberto Zum Felde, uruguayo, quien, en sus dos libros: Huanakouri y Proceso histórico del Uruguay, se ha dado a conocer como un lírico nacional y como un escritor de ideas; en una nueva obra, Crítica de la literatura uruguaya, se ha revelado como un crítico culto y sagaz, aunque, a veces, un tanto apasionado. Se opone a los métodos de la crítica

---

*15 de abril de 1925.

científica y, a menudo, despliega firmeza de razonamiento, riqueza de doctrina, certeza de juicio, aunque ocasionalmente, cediendo a su temperamento impulsivo, cae en generalizaciones prematuras y fallos injustos que menoscaban su labor, por lo general muy notable. Se ha propuesto trazar en su libro un cuadro "general y sistemático" de la literatura de su país, revisando los valores del momento de acuerdo a los antecedentes de la "crítica positiva." Divide la literatura del Uruguay en tres grandes épocas, la época romántica, la del ardor por la dialéctica sociológica, y la época moderna, cuyos puntos de condensación serían el salón literario, el Ateneo del Uruguay, el café literario, y nos habla de cada una extensamente, con tanta clarividencia como rigor. Pero esta división no es muy feliz, ya que en la pléyade del Ateneo no entran los dos únicos escritores del momento: Zorrilla de San Martín y Acevedo Díaz, y la apreciación de la época moderna no es justa. Tal como otros críticos que no han estudiado bien el tema, nuestro autor se obstina en ver en toda la producción del fin del siglo pasado una literatura de decadencia, y en afirmar que su influencia ha sido desastrosa para las letras hispano-americanas. Sin embargo, los principales representantes de esta literatura han buscado sobre todo la afirmación de la personalidad, es decir todo lo contrario de lo que preocupa a los escritores decadentes: la imitación, como lo ha explicado tan bien Remy de Gourmont, y ellos han suscitado en la letras de la América hispana el período

llamado modernista durante el cual han aparecido, al lado de ciertos escritores secundarios que se han perdido en las extravagancias, nuestros primeros poetas personales y artistas. Zum Felde mismo deja ver la influencia de esta época: su cultura cosmopolita, su estilo demasiado imaginativo, sembrado de neologismos inútiles, repiten las cualidades y los defectos de la modalidad modernista. Nuestro crítico dedica a continuación una serie de estudios a los escritores más conocidos de su país, tratando de elucidar su verdadera significación. Francisco Acuña de Figueroa, quien vivía a principios del siglo XIX y que compuso la letra de himno nacional del Uruguay, no es, a mi parecer, más que un versificador con "alma de notario, lisonjero y declamatorio," indigno del renombre que goza entre sus compatriotas . Juan Zorrilla de San Martín, autor del poema Tabaré, considerado como la única epopeya hispanoamericana, es un romántico con todas la limitaciones de su escuela: su poema, meritorio por el tema épico, peca en la creación del protagonista y, en general, en la "idealización del tema debido al olvido o al desdén por la verdad humana o histórica." Eduardo Acevedo Díaz, por el contrario, se destaca como un novelista nacional, lleno de vigor y de sentimiento autóctono, y sus dos principales obras: Ismael y Grito de gloria, son las dos novelas históricas más importantes de la literatura uruguaya. ¿Y José Enrique Rodó, único escritor del Uruguay cuyo renombre se ha extendido por todo el continente americano y ya comienza

a ganar a Europa? Para nuestro crítico es un escritor sin "originalidad ni profundidad ideológica," "un profesor académico, una mentalidad de biblioteca," cuya obra con "carácter de lecturas instructivas para la juventud" en la cual se mezcla una cierta "coquetería amanerada de señorona," desconoce la realidad, "carece de virtud pedagógica" y constituye un "factor de decadencia." Sin embargo, es un hecho que este escritor ha sido el primero, después de la época de pesimismo suscitada entre nosotros por la admiración de la civilización sajona, en afirmar de una manera magistral los altos valores de la cultura latina, y en encender la fe en los destinos de nuestra raza, y es igualmente un hecho que su obra ha sido un evangelio para toda una pléyade de jóvenes escritores tales como Francisco García Calderón, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, J. M. Chacón y Calvo, etc., quienes han regresado a las fuentes tradicionales y que se esfuerzan por conservar y reforzar en nuestros pueblos los caracteres propios, de raza y de cultura, que nuestros divulgadores de ayer, deslumbrados por la prosperidad sajona, no habían sabido sino desnaturalizar. Después de la muerte del gran escritor, dos o tres críticos habían atacado su obra luminosa. Pero ninguno había ido tan lejos como Zum Felde. ¿Es posible que sea un compatriota quien haya asumido el triste cargo de tratar de demoler la obra del más grande de nuestros prosadores modernos? Por cierto, Zum Felde consagra, en seguida, un estudio lleno de admiración a Carlos Reyles, ese

autor afortunado a quien todos los críticos de su país han prodigado tantos elogios. Pero me falta espacio para ocuparme de los capítulos que nuestro crítico dedica a otros escritores uruguayos: Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Javier de Viana, Horacio Quiroga, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, etc. Me bastará decir que él se muestra generalmente reflexivo, sagaz, justo. Así, su libro, rico de ideas y de sugerencias, contiene excelentes aproximaciones sobre escritores, obras o aspectos del arte de escribir, pero también apreciaciones injustas y concepciones literarias erróneas. El autor, que se ha propuesto revisar los valores de la literatura de su país, bien debería revisar ahora su propia obra. Merecería la pena hacerlo. Ya que de este modo, su Crítica de la literatura uruguaya llegaría a ser "la obra de discernimiento y de ordenamiento fundamental" que Zum Felde ha querido darnos. Me sentiría feliz si el inteligente crítico que hay en este escritor me escuchase.

Eduardo Colin, mexicano, es un poeta delicado que cultiva la crítica literaria de manera un tanto intermitente, pero, en general, con conocimiento, buen gusto, competencia, y con esa simpatía hacia los autores y las obras que es una de las características del buen crítico moderno. Le debemos una pequeña colección de retratos de escritores europeos: Jules Laforgue, Verhaeren, Claude Farrère, Miguel de Unamuno, Valle-Inclán, etc.; retratos precisos y fervientes, aunque demasiado breves y sin rasgos esenciales nuevos: Siete cabezas. Mas

últimamente ha publicado una recopilación de artículos sobre diferentes escritores hispanoamericanos, como Rubén Darío, Amado Nervo, Guillermo Valencia, Luis Urbina, González Martínez, Juana de Ibarbourou, etc., que es una excelente contribución al estudio de nuestras letras modernas: Verbo selecto. El crítico nos parece irreprochable en algunos de estos artículos, más limitado o menos feliz en otros. En la páginas que él dedica a uno de mis libros, La piedad sentimental, califica a esta obra que está inspirada en la realidad, y aun demasiado, de romántica, porque la heroína muere tísica, como si ya no hubiera en la vida mujeres que murieran así. Pero, en general, este libro es justo, de un valor eficaz.

Julio Noé, argentino, quien desde hace algún tiempo comenta la producción literaria de su país con tanto conocimiento como buen gusto, y que últimamente se ha hecho notar en su rol de director de la revista Nosotros, de Buenos Aires, ha reunido en un volumen, con el título de: Nuestra literatura, sus artículos de los últimos diez años. En las páginas liminares, nos dice con una modestia que se siente sincera, que esta obra es simplemente el "diario de un lector de libros argentinos." Empero su libro, donde trata los mejores escritores de la Argentina, antiguos y modernos, como Sarmiento, R. Obligado, J. A. García, Manuel Gálvez, M. Leguizamón, etc., es una obra de crítica tan sagaz como juiciosa, tan imparcial como bien inspirada. Su autor se ha

revelado como un crítico culto y clarividente, deseoso de ver la literatura ajustarse a las "líneas esenciales de nuestra tradición," convencido de que el rol de la crítica es servir de estímulo y no de freno a la producción. Es de desear que Noé continúe su bella tarea, que nos dé la obra metódica prometida sobre las letras argentinas actuales, y que también extienda su curiosidad por la literatura de otros países hispanoamericanos.

Memento. -- La Revista de Historia y Geografía de Santiago de Chile, órgano de la sociedad de este nombre, continúa su publicación en gruesos volúmenes trimestrales llenos de interés. En los cuatro últimos, vemos una serie de "Cuentos populares" chilenos extremadamente curiosos, recogidos por Ramón Laval, cuentos que este eminente folklorista nos dará pronto en un volumen. Notamos también un buen estudio de E. Latcham sobre las "Ciencias religiosas de los araucanos," y una versión del "Viaje de Hendrick Brouwez a Valdivia en 1643," por J. T. Medina. Con el título de Terra de sol aparece desde hace cerca de un año en Río de Janeiro una gran revista de letras y de arte ilustrada y muy bien presentada. Aunque escrita en portugués, publica artículos en español y reseña libros hispanoamericanos. Sus directores son dos escritores muy conocidos: Tasso da Silveira y Alvaro Pinto. Señalamos, en sus últimos números, un interesante artículo de estética de Tasso da Silveira: "Alegría criadora,"

y un ferviente retrato del poeta peruano "José S. Chocano" por D. Velasco Aragón. Es una publicación muy importante que podría llegar a ser el verdadero órgano de la letras de toda la América latina.

XXXV*

Algunos otros críticos. -- Roberto Giusti: Crítica y polémica, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires. -- Armando Donoso: Nuestros poetas (Antología chilena moderna), Nascimento, Santiago (Chile). -- Mariano Antonio Barrenechea: El escepticismo contemporáneo, Ediciones Argentina, Buenos Aires. -- Alejandro Castaneiras: El alma de Rusia, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires. -- Memento.

Aunque la crítica no tenga, por lo general, un gran desarrollo en las literaturas jóvenes, numerosos son los libros de este género publicados actualmente en las repúblicas de la América hispana. Luego de haber tratado a nuestros críticos de las letras de ayer y a los de las letras actuales, voy, pues, a hablar también de **algunos otros críticos**, que han publicado recientemente obras interesantes.

Roberto Giusti, argentino, a quien ya he presentado como un representante de la crítica inteligente y metódica a propósito de su libro Crítica y polémica, acaba de darnos, con el mismo título, una segunda serie de sus diversos trabajos, en los cuales se revela ora el crítico ora el polemista que hay en este escritor. En el intervalo, ha publicado dos pequeños volúmenes: Enrique Federico Amiel en su diario

---

*15 de julio de 1925.

íntimo, y Florencio Sánchez, que sobresalen por sus cualidades de exposición y de investigación. En su primera serie de Crítica y polémica, Giusti hacía únicamente crítica literaria. En la serie actual, se entrega principalmente a la "crítica de ideas, de sentimientos y de costumbres." Nos habla, por lo tanto, de algunos escritores de la Argentina o de Europa considerándolos particularmente desde el punto de vista sociológico o simplemente pragmático. De esta manera, estudia minuciosamente al novelista y divulgador argentino Roberto Payró para presentarnoslo sobre todo como un escritor de ideas avanzadas y fecundas. Al examinarlo en cuanto a novelista, se detiene en sus protagonistas, en los cuales cree ver el tipo de "hombre de presa," y se interroga sobre la preferencia del autor por tal tipo. Pero si hubiera enfocado el tema desde el punto de vista literario y estético, habría reconocido en estos protagonistas el tipo del aventurero, y habría comprendido la causa de la preferencia del autor en la riqueza de ademanes y de matices de este personaje, el cual, por esta razón, ha sido presentado por nuestros novelistas desde la lejana época de la novela picaresca. Sé bien que Payró, en una carta a Giusti, da otras explicaciones. ¿Pero, se dan siempre cuenta los escritores de sus verdaderas intenciones? El ejemplo de Cervantes nos dice que no. ¿El protagonista de El casamiento de Laucha (una de las más bellas obras de Payró), por ejemplo, no es un acabado héroe de la novela picaresca? Ciertamente Giusti se ocupa también, en su libro, de diversas

materias literarias. Responde a las críticas de que han sido objeto algunos de sus libros con la precisión y la energía de un polemista de primer orden, diserta sobre los valores de la literatura argentina, sobre el servicio de la "publicidad" literaria, sobre "el niño en la novela moderna," etc. con la competencia y la sagacidad de un crítico muy inteligente. Pero trata más extensamente la significación ideológica de la literatura. Consagra un estudio detallado al "aspecto social" de la obra de Anatole France, y otro no menos extenso a la actitud de Romain Rolland, "más allá de la refriega" durante la guerra. Socialista e internacionalista convencido, Giusti despliega, en esta ocasión, el mayor ardor para hablarnos de los problemas planteados en Europa por la guerra y para afirmar la excelencia del bolcheviquismo revolucionario. No obstante, este escritor argentino, tan cuidadoso de la política internacional, no se preocupa del terrible problema que pesa sobre la América hispana, codiciada por la plutocracia imperialista de los Estados Unidos, y que, con la ocupación de Santo Domingo, el embargo sobre Guatemala, la penetración astuta en Bolivia, ha tomado en estos últimos años proporciones más que alarmantes. En su libro, no hay ni una línea sobre las obras que han tratado estos acontecimientos: los volúmenes de Manuel Ugarte, Isidro Fabela, Max Henríquez Ureña y el notable opúsculo de José Ingenieros, del cual ya me he ocupado aquí. Es verdad que Giusti desea "el internacionalismo" y cree en el advenimiento de una "cultura

universal." ¿Mas sin embargo, no juzga él necesario que nuestros pueblos conserven su independencia y que nuestro espíritu escape a la avalancha angloamericana, al menos para que la cultura latina pueda integrar en buena medida esa civilización universal del porvenir? Hasta este momento Giusti no se había ocupado en sus estudios sino de la literatura de su país, con excepción de un artículo consagrado a José Enrique Rodó, quien por lo demás, es un autor del Río de la Plata. En su presente libro, hay un capítulo sobre el gran escritor español Benito Pérez Galdós y otro sobre el poeta brasileño Gonçalves Dias. Lamentablemente estos no son sino discursos ocasionales, literatura de circunstancia. No trata, en toda la obra, a ningún escritor de los otros países de la América hispana, y cuando hubiera podido hacer alusión a ciertas obras hispanoamericanas, deja pasar la oportunidad. Así, en su estudio sobre "el niño en la novela moderna," no menciona el libro del escritor chileno Eduardo Barrios: El niño que enloqueció de amor, que es una pequeña obra maestra. Nuestro crítico reprocha a sus compatriotas su falta de curiosidad intelectual. Le podríamos formular la misma queja a él por su poca curiosidad por los problemas y por la letras de la América hispana. Feliz estaría yo si, en un libro ulterior, me demostrara que me he equivocado. Crítica y polémica se lee, empero, con mucho interés. Es que Giusti, al mismo tiempo que un escritor culto, es un hombre íntegro, y lo que escribe se manifiesta vivo y sincero.

Armando Donoso, chileno, de quien ya he hablado, y que es, por su cultura y por su fervor, uno de los mejores críticos de la América hispana, nos ha dado una gran antología de los poetas de su país, con el título poco significativo de Nuestros poetas. Es una obra copiosa, muy documentada, pero desgraciadamente no siempre infalible. La selección de autores y de sus obras está generalmente bien lograda, los retratos y las notas críticas son generalmente felices. Pero entre los poetas escogidos, no se ve ni a Miguel Luis Rocuant, autor de tres colecciones de versos, ni a Ricardo Prieto Molina, lírico muy delicado, quienes pertenecen a la pléyade modernista. Es verdad que Prieto no ha publicado libros, pero otros poetas que tampoco han publicado figuran en la antología. Además hay varios errores en la bibliografía de los autores y en la sección "para consultar." Finalmente, en las páginas críticas, Donoso formula, a veces, juicios poco meditados. Considera a los viejos poetas nacionales sin emplear ese "criterio histórico" indispensable para juzgar a los autores antiguos, sobre todo entre nosotros, y trata de demoler al precursor de la poesía moderna, Pedro Antonio González, negándole todo mérito a lo que hay de más loable en su obra: la renovación del léxico, de la imagen y de la rima. Se diría que el crítico se ha hecho eco de los murmullos de los que se inician en las letras, siempre dispuestos a denigrar a los grandes poetas viejos. No obstante, esta antología es una obra que tiene significación e importancia. Ella nos ofrece un animado y

detallado cuadro de la poesía chilena moderna, al mismo tiempo que nos da a conocer la trayectoria de esta poesía durante los treinta últimos años. Encontramos toda una falange de poetas que hay que situar al lado de los mejores líricos de la América hispana. Entre los de más edad, Pedro Antonio González, Gustavo Valledor Sánchez, Dublé Urrutia, Pezoa Véliz, Magallanes Moure, Bórquez Solar; entre los jóvenes, Pedro Prado, Gabriela Mistral, González Bastías, Carlos Mondaca, Lagos Lisboa, y entre los que han comenzado recientemente, Préndez Saldías, Meza Fuentes, P. Neruda, María Monvel, S. Reyes, etc. No juzgamos, pues, al autor con rigor. Nada es más difícil que hacer una antología crítica. Por otra parte, Donoso nos ha prometido tomar nota de la observaciones que le sean hechas para darnos a continuación una nueva edición perfeccionada de su obra. Bello proyecto, digno del crítico diestro y ferviente que es Donoso.

Entre los críticos que se han dedicado al estudio de las letras extranjeras, Mariano Antonio Barrenechea y Alejandro Castiñeiras, ambos argentinos, deben ser señalados. Barrenechea quien se ha entregado desde hace mucho tiempo a estudiar a los pensadores europeos, y que nos ha dado, entre diversos trabajos de estética, un libro sobre el gran filósofo francés Jules de Gaultier: Un idealismo estético, ha publicado últimamente, con el título de: El escepticismo contemporáneo, una serie de estudios sobre diferentes pensadores o escritores europeos: Remy de Gourmont, Nietzsche, Max Stirner,

Dostoievski, seguidos de un ensayo sobre el "Escepticismo contemporáneo." Obra de análisis condensado y de discernimiento, llena de ideas y de fervor, totalmente interesante. Más joven, Castaneiras, quien ya nos ha dado un libro vigoroso sobre Máximo Gorki, examinado desde el punto de vista sociológico, nos ofrece hoy un extenso estudio sobre El alma de la Rusia, considerado sobre todo en la obra de sus escritores, particularmente la de Dostoievski. Trabajo sólido, metódico y sagaz, que clasifica a su autor como un excelente crítico de ideas.

Memento. -- R. Brenes Mesén: Las categorías literarias, García Monge, San José de Costa Rica. Estudio sobre diversos aspectos de la retórica y de la gramática, muy sutil y atrevido, que formará un capítulo de un libro futuro; cuando esta obra aparezca, hablaremos de ella en detalle.. -- Ernest Laclaud: Manuel Gálvez et le roman argentin, Revue de l'Amérique Latine, Paris. Conferencia leída por su autor en La Sorbona, muy rica en ideas y en apreciaciones sobre la literatura argentina; anuncia a un crítico excelente. -- N. Olivari y L. Stanchina: Manuel Gálvez, Agencia de Librería y Publicaciones, Buenos Aires. Estudio lleno de fervor de estos jóvenes críticos. -- Telmo Manacorda: Los poetas del salto, Pegaso, Montevideo. Pequeño estudio muy documentado y lleno de arrebato juvenil. -- León Fiel: La obra de Rafael Barrett, Ediciones Sol, Buenos Aires. -- Aníbal Ponce: Avellaneda,

Coni, Buenos Aires. -- Roberto Gache: Baile y filosofía, Agencia de Librería y Publicaciones, Buenos Aires. -- Un hebdomadario ilustrado, Par-Sur-Am, ha comenzado a salir a luz en París; se dedica a cultivar las relaciones entre Francia y la América latina. En el primer número, notamos un curioso artículo del director, Louis Forest, explicando el título de esta publicación, y bellos recuerdos de Buenos Aires, por Marguerite Moreno.

XXXVI*

La novela pura. -- Eduardo Barrios: El hermano asno, Nascimento, Santiago (Chile). -- Marcelle Auclair: La novela del amor doliente, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). -- Memento.

Se ha hablado últimamente de la crisis de la novela; hubiera sido mas exacto hablar de la transformación de este género literario. El espíritu positivista del siglo XIX ha contaminado la novela con la ciencia y la ha afeado con el prosaísmo, introduciendo los problemas sociales, el estudio de casos clínicos, la pintura de hechos insignificantes de la vida exterior, desviando así a este género de su finalidad artística. Pero a medida que este espíritu tan primario desaparecía, un nuevo movimiento comenzaba, tendiente a desbrozar a la novela de aquellos asuntos ajenos al arte, renunciando a hacer de ella un objeto de estudio, y restituyéndole también los elementos de vida esencial, de fantasía, de sueño que le son propios, llevando así esta forma hacia el origen de todo arte: la poesía. Grandes novelistas de hoy, como Selma Lagerlöf y Edouard Estaunié, al igual que jóvenes autores atrevidos, como algunos surrealistas, parecen animados por tales designios. Es una tendencia similar a la

---

*15 de octubre de 1925.

que guiaba a los poetas de fines del siglo pasado: al igual que estos luchaban entonces por realizar la poesía pura, los novelistas se esfuerzan hoy en día por hacer **la novela pura**.

Una corriente análoga se nota actualmente en la literatura hispano-americana, la cual, necesariamente, sigue el movimiento de las ideas mundiales. Eduardo Barrios, de quien ya he hablado, es uno de sus representantes más importantes. Es el novelista chileno de hoy que tiene el mayor éxito. Lo que no quiere decir, por cierto, que la novela comience con él en su país. De la literatura llamada modernista, que ha echado las bases a nuestra literatura realmente artística, han nacido igualmente los primeros verdaderos novelistas, como Luis Orrego Luco, quien se ha esforzado en crear la novela de nuestro gran mundo, y Federico Gana, quien ha llegado a escribir la novela de nuestros campos. Pero Barrios, que tiene el sentido del arte depurado y el cuidado por la perfección, nos ha dado una novela de su medio, que es, al mismo tiempo que una interpretación muy fiel de la vida y una obra de arte acabada. Luego de haber publicado una colección de cuentos: Del natural, y un drama: Mercaderes en el templo, en los cuales sus cualidades estaban aún en germen, ha dado a la luz una pequeña novela de un encanto singular: El niño que enloqueció de amor. Es una obrita llena de matices, en la cual la rareza del tema armoniza con la finura de la psicología y la simplicidad exquisita del estilo. Es verdad que presentaba la historia de

un niño precozmente enamorado bajo la forma poco verosímil de un diario íntimo, que termina con la locura súbita del pequeño protagonista, y que no llega a convencernos. Pero en ella se revelaba como un novelista puro, y más aún, como un novelista poeta enteramente notable: llega a exteriorizar el alma de los personajes y el alma de las cosas. Sin embargo, Barrios se ha dedicado, en seguida, al teatro. Ha compuesto diferentes piezas: Por el decoro, Lo que niega la vida, Vivir, que son simples dramas de la realidad, suscitados por diferencias de fortuna o de clases sociales, pero en las cuales la sutileza de la psicología, la anotación de las sensaciones vagas, ponen como un halo de sueño. Pero estas piezas tan matizadas no podían producir ese efecto dramático inducido por el conflicto de pasiones violentas, el cual decide hoy el triunfo en la escena. Abandonando, por lo tanto, este terreno tan limitado, Barrios nos ha entregado poco después una larga novela: Un perdido. Así como en El niño que enloqueció de amor había evocado recuerdos de infancia, aquí nos da el eco de las impresiones de su vida agitada, transcurrida en diferentes ciudades y en diferentes medios. Un perdido es sobre todo una novela de atmósfera. La existencia apacible de su ciudad natal, el ambiente febril de la región de los nitratos del Norte, la vida bulliciosa de la ciudad envuelven la acción en sus tumultos característicos. El personaje principal, un joven soñador y sin voluntad, es arrastrado por la fatalidad de las fuerzas exteriores que lo llevan de fracaso en fracaso hasta

convertirlo en un don nadie. Sin embargo, esta novela tan realista no se limita a ser una pintura impersonal del mundo. Encontramos en ella una psicología muy bien conducida, que por momentos nos da la impresión de la vida subconsciente, una visión aguda de las cosas, que a veces nos transmite el estremecimiento del mundo invisible. Por otra parte, el autor tiñe, aquí y allá, los aspectos de la existencia con el color de su mirada de poeta, como lo hacía Dostoievski; nos presenta, por ejemplo, la vida de las prostitutas, idealizada, o al menos suavizada por su propia delicadeza. Esta novela contiene, así, páginas sobre las cosas más comunes, impregnadas de poesía. Desgraciadamente, Barrios amontona demasiados hechos, acumula demasiadas escenas, que a veces, aun siendo reales, nada tienen que ver con la vida chilena, como el cuadro que pinta de un carnaval de niños. Además, cede a la tentación de hacer un poco de ese positivismo con razón tan depreciado hoy en día. El análisis de la abulia del protagonista revela demasiada lectura de tratados especializados, y las palabras de un militar a propósito del mal que a este personaje aqueja son demasiado eruditas para resultar verosímiles de su boca. No obstante, Un perdido, por la amplitud de su visión de la vida hispanoamericana y por la delicadeza de su psicología, es una de las mejores novelas que se hayan escrito en la América hispana. Luego Barrios ha publicado otra obra de este género, la cual lo muestra como el novelista puro que se había revelado en su primera novela: El

hermano asno. Como siempre, se inspira en las realidades de su medio ambiente, pero esta vez ha escogido uno de sus aspectos más característicos. Trata la vida en los conventos de religiosos, la que ha mantenido todo el color que le había dado el alma española ancestral. Un hombre infeliz, quien se hace monje franciscano para reencontrar la paz de su alma, nos confía sus impresiones de las jornadas monásticas, al igual que las emociones causadas por una nueva pasión que ha venido a turbar su recogimiento. Nos habla así del claustro venerable con su vieja iglesia y su humilde jardín, de los religiosos, simples pero en general espirituales, y especialmente de un singular hermano lego que pasa por santo, al mismo tiempo que nos cuenta su reencuentro con una chica, hermana de su desaparecida esposa, la que ha conservado un recuerdo ilusionado de él, y el desasosiego creciente que le suscita sus entrevistas con la encantadora jovencita. Nuestro inquieto monje guarda, empero, la continencia, gracias a la atmósfera religiosa del convento, y sobre todo por el ejemplo del santo hermano lego. Verdadero hijo espiritual de San Francisco, este religioso lleva una existencia de humildad y de mortificación que le vale la gracia de hacer verdaderos milagros. Está torturado, no obstante, por la carne pecadora, el "hermano asno" del Pobre de Assís, y luego también por la visión de un siniestro capuchino que le ordena pecar para abatir su secreto orgullo de creerse santo. No es, pues, nuestro religioso quien sucumbe a la temible tentación, sino el monje ejemplar. ¿Lo ha

hecho para seguir el consejo de la visión que cree celestial? ¿O simplemente se ha dejado vencer por el Hermano Asno? La figura del protagonista, en este drama silencioso, parecerá quizás un poco indecisa a causa de la debilidad de su fervor religioso, pero la del hermano santo es una estilización muy lograda de esos religiosos memorables (los Ciervo de Dios Berdey, los Fray Andresito) que han perfumado nuestros claustros con el olor de su santidad. Barrios se muestra aquí como un psicólogo muy fino y sobre todo intérprete penetrante de la vida de las cosas. Sobresale en expresar las sensaciones más vagas, particularmente aquéllas de color. Se impone igualmente como un escritor muy artista, que sabe emplear una lengua en la cual la pureza del castellano tradicional se concilia con el sabor particular del habla americana. El único reproche que se le podría hacer es el de no haber sacado partido suficiente de las sugestiones particulares del antiguo convento de San Francisco en Santiago, lleno de cosas preciosas: la famosa Virgen traída por el conquistador don Pedro de Valdivia,[1] los antiguos objetos del culto y sobre todo esas viejas pinturas llamadas "quiteñas," de un misticismo ingenuo y de una fantasía cautivante. ¿Ha temido repetir a Huysmans? Cuando se es uno mismo, no se puede temer nada. Muy recientemente, Barrios ha dado a la luz una colección de novelas cortas: Páginas de un pobre diablo,

[1]Don Pedro de Valdivia(1510-1569), fundó la ciudad de Santiago de Chile en 1541 y murió en la ardua lucha contra los araucanos.

recopilación un tanto desigual, en la cual, junto a algunas novelas de un gusto dudoso, hay una que es de sus mejores logradas: esa "Canción" de una sugestión tan profunda.

Marcelle Auclair, francesa, pero cuya infancia la ha pasado en Chile, y que se ha hecho conocer entre nosotros por una serie de poemas muy delicados en francés: Transparence, ha publicado últimamente un nuevo libro: La novela del amor doliente, que es una novela pura, llena de sentimiento, escrita en un estilo fino y en un español cuidadoso. Nos presenta el tipo, tan característico en nuestros países, de la mujer madura, con mucha penetración y delicadeza. No dudo que esta joven escritora, quien se encuentra actualmente en Francia y que prepara una traducción de Gómez de la Serna, nos dé, en la lengua de sus ancestros, obras que le valdrán pronto un bello lugar en la literatura de su país de origen.

Memento. -- Dos buenos libros hispanoamericanos han salido a luz últimamente en francés. Uno es La sombra del convento, de Manuel Gálvez (Albin Michel), novela de la vida argentina, llena de carácter, excelentemente traducida por Manoel Gahisto, quien emplea tanto fervor como deleite en la difusión de nuestras letras. La otra: La venganza del cóndor, de V. García Calderón (Editions Excelsior), colección de cuentos peruanos muy coloridos, muy bien traducidos igualmente por Max Daireaux, nacido en Argentina, y por Francis de Miomandre, quien escribe en español en la prensa hispano-

americana. F. Ortiz Echagüe, corresponsal de La Nación de Buenos Aires, ha hecho aparecer con el título de: Un enquête en Allemagne (Editions Excelsior), páginas muy sugestivas, que todos los franceses deberían leer. Eugenio Orrego Vicuña nos ha dado un volumen sobre El espíritu constitucional de la administración O'Higgins (Imprenta Cervantes, Santiago de Chile), muy bien documentado. Con el famoso título de Martín Fierro, una joven revista literaria muy interesante, aunque de un espíritu un tanto desarraigado, se ha fundado en Buenos Aires. Evar Méndez, poeta ya conocido, la dirige, y los mejores escritores nuevos de Argentina colaboran en ella. En los últimos números, notamos un buen artículo sobre el pintor Pedro Figari, por R. Güiraldes, y un fervoroso homenaje a R. Gómez de la Serna, por O. Girondo, A. Hidalgo, J. L. Borges,etc. El P.E.N. Club de México publica, de vez en cuando, hojas muy interesantes consagradas a escritores o eventos literarios. La última reproduce un extenso artículo de Romain Rolland, "Une Association internationale d'Ecrivains." Con el título de Juventud aparece en Asunción (Paraguay) una revista literaria de poco grosor, pero de buena presentación, que reúne la colaboración de los escritores del país. Sus directores son Manuel Barrios y A. Irala Ferreira. En el último número, señalamos un excelente artículo del joven poeta Heriberto Fernández sobre "La literatura paraguaya contemporánea," y un bello soneto del muy conocido poeta argentino Leopoldo Díaz. El periódico La Tribuna de Costa Rica

ha publicado un gran "Número Nacional" de numerosas páginas donde se encuentran datos de toda clase sobre este país y algunos fragmentos literarios, como un curioso artículo sobre "La iglesia más antigua de Costa Rica," por Eladio Praso. En la dirección de Revista de Revistas, la bella revista ilustrada de México, ha habido un cambio. J. Núñez y Domínguez, quien dirigía esta publicación con tanto buen gusto, ha dejado su puesto; ha sido reemplazado por Manuel Horta, conocido escritor mexicano. Esperamos que esta revista siga concediendo a la literatura el espacio importante que siempre le ha reservado.

XXXVII*

El problema de la América latina. -- Manuel Ugarte: El destino de un continente, Mundo Latino, Madrid; La patria grande, Editora Internacional, Madrid. -- Luis Machado y Ortega: La enmienda Platt, Imprenta del Siglo XX, La Habana.

Las inquietudes vitales de los pueblos de la América latina, que eran ayer de orden interior, son hoy, además, de carácter internacional. Si en el comienzo de su vida independiente, estos pueblos se afanaban por afirmar sus instituciones y por desarrollar sus posibilidades, actualmente se inquietan también por salvar su personalidad nacional y conservar su integridad territorial. La política imperialista de los Estados Unidos constituye para ellos, a este respecto, una amenaza formidable. Desde hace unos treinta años, fundándose en la doctrina Monroe, la gran potencia del Norte, como es sabido, interviene continuamente en los asuntos de los países latinoamericanos de una manera alarmante, imponiendo sus designios sin preocuparse de la soberanía de esos pueblos. Sin embargo, esa potencia no ha amparado siempre a la América latina contra las agresiones europeas. En 1833, dejó a Inglaterra ocupar las islas Malvinas, situadas en aguas argentinas; en 1864, toleró la implantación en México del

---

*15 de enero de 1926.

imperio de Maximiliano de Austria; en 1866, no impidió a España que bloqueara y bombardeara los puertos del Pacífico. Así, la doctrina Monroe no ha sido ayer una garantía para las repúblicas de la América latina, y parece ser hoy una fuerza vuelta en contra de sus intereses. Los gobiernos de estas repúblicas, cohibidos por compromisos con la potencia imperialista, o por consideraciones de discreción o de temor, por lo general, no han osado aún encarar abiertamente lo que constituye el **problema de la América latina** en su aspecto más importante. Pero los escritores representativos que aquí, como en todas partes, interpretan la conciencia nacional, han abordado la cuestión con un celo y una entereza que los honra. Hace unos veinticinco años, José Enrique Rodó lanzó, en su famoso opúsculo Ariel la primera palabra, denunciando el peligro y señalando, en la unión, el medio de conjurarlo. Pero el escritor argentino Manuel Ugarte ha sido quien ha hecho en este sentido la labor más intensa, más sostenida y, hay que decirlo, más abnegada. Casi renunciando a la carrera literaria en la cual se había iniciado brillantemente con colecciones de poemas, novelas, crónicas literarias, se ha dado, en el libro, en la prensa, en la tribuna, a una acción incesante, tan ferviente cuanto desinteresada. Después de publicar un volumen: El porvenir de la América latina, en el cual estudia el problema latino-americano en sus aspectos interior y exterior, y esbozando un programa de política internacional salvadora, emprendió una jira a través del continente con el

fin de propagar sus miras y de darse cuenta de las condiciones en que el problema se planteaba en cada república. En un libro del cual ya he hablado: Mi campaña hispanoamericana, nos ha dado algunos de los discursos o conferencias que con tal ocasión escribiera. Ahora nos refiere, en un nuevo volumen: El destino de un continente, las peripecias de aquella jira, a la vez que nos da sus observaciones y las reflexiones que éstas le han sugerido. La acogida que en todas partes encontró el generoso propagandista estuvo lejos de ser homogénea. En general, los círculos oficiales o simplemente políticos lo recibieron con reserva y a veces hostilmente. En algunas repúblicas del Norte, los presidentes, ligados a Estados Unidos por compromisos imprudentes, lo hostilizaron de mil maneras, llegando, a veces, hasta prohibirle hablar; en tanto que en los pueblos del Sur, los gobernantes absortos en querellas de frontera realmente pueriles, ya que lo que sobra allí es la tierra, no le prestaron mayor atención. En cambio, en todas partes, la mayoría de los escritores, los obreros, los estudiantes, la juventud, esto es la parte más viviente de la colectividad, lo acogieron, lo oyeron, lo aclamaron con singular entusiasmo. Las nuevas generaciones, libres de los prejuicios de las anteriores, saludaban en él al intérprete de sus inquietudes y de sus aspiraciones. Al llegar a su patria, la Argentina, Ugarte se apresuró, pues, a reunir a los elementos nuevos del país y fundó una agrupación destinada a crear una conciencia nacional continental, que sirviera de

lazo de unión y de dique al avance del imperialismo. Pero la guerra europea estalla, y las condiciones del tremendo problema se modifican, se agravan. Los Estados Unidos entran en la contienda y salen de ella más poderosos que nunca y, más que nunca, imperialistas. En tanto que luchaban en Europa por la causa del Derecho, ocupaban militarmente la República Dominicana, atacaban a México y mantenían en Nicaragua una especie de protectorado. La actitud o la situación de las repúblicas hispanoamericanas se modifica también. El gobierno de México osa repudiar las sugestiones de Washington y llega hasta a sostener un combate con las tropas angloamericanas. Cuba se agita contra la tutela cada vez más imperiosa de la gran potencia del Norte. Los estudiantes repudian una nota de unión de los estudiantes angloamericanos. Y un joven publicista, Luis Machado y Ortega, en un libro lleno de vigor: La Enmienda Platt, examina, por primera vez, el alcance de este famoso tratado impuesto por los Estados Unidos, y protesta la aplicación que el gobierno de ese país le da, traspasando lo convenido (el intervenir cuando el gobierno cubano lo solicite), y mezclándose continuamente en los asuntos interiores, bajo la amenaza de intervención. Por otra parte, el Ecuador se inquieta bajo la presión de los Estados Unidos que codician las islas Galápagos, Bolivia acepta un empréstito que da a Washington el control de las finanzas del país. Chile, que se distinguía en el continente por su estabilidad política, ve turbada su paz interior. El

movimiento demagógico provocado por el presidente Alessandri ha determinado una reacción encabezada por el ejército, y este país en que jamás imperara el militarismo, se ha visto sometido a la dictadura militar. Felizmente, el buen sentido ha acabado por triunfar, y los partidos, de común acuerdo, han llevado a la presidencia a un hombre político de capacidad o integridad reconocidas, don Emiliano Figueroa, quien sabrá restablecer el orden, rodeándose de los elementos sanos y preparados de la nación.

Sin embargo, las nuevas generaciones se dan en todas partes a la acción, en el designio de resolver el grave problema que pesa sobre el continente. En 1922, el escritor mexicano don José Vasconcelos, entonces Ministro de Instrucción Pública de su país, ha hecho un viaje a las diferentes repúblicas, encaminado a reforzar la solidaridad continental. Con esta ocasión el profesor argentino, José Ingenieros, cuya pérdida inesperada lamentamos hoy, pronuncia un discurso sensacional, en el cual denuncia la trampa del panamericanismo y propone la unión de los intelectuales hispanoamericanos. En Buenos Aires, y en otras capitales, se forman sociedades con el título Unión latino-americana; se publican revistas destinadas a servir el ideal continental. Y un escritor peruano lanza la idea de un Congreso de Intelectuales, con el fin "de organizar el pensamiento" de la América latina. Por desgracia, estas acciones, estas iniciativas abarcan en sus programas cuestiones internas,

reformas de orden social o religioso, que parecen aún prematuras en las jóvenes repúblicas y que, en todo caso, son hoy inoportunas. Porque el pueblo, en esos países, se encuentra, por lo general, en un estado de incultura (la parte que posee alguna instrucción permanece aún en la etapa racionalista determinista) y, en tal caso, la religión constituye una fuente de idealidad, de moralidad innegable, y porque ante al peligro común, conviene deponer la actitud partidista a fin de englobar a la colectividad, como lo han hecho siempre los países que han visto su integridad amenazada. En un nuevo libro que Manuel Ugarte acaba de publicar: La patria grande, el infatigable campeón de los intereses hispanoamericanos examina la política interior del continente con una sinceridad manifiesta. Denuncia las miras del partido socialista, al cual ha servido desde su primera juventud, por lo que ve en él de "internacionalismo disolvente," a la vez que ataca las nuevas tendencias comunistas y absolutistas, considerándolas como sugestiones del bolcheviquismo y del fascismo, que si en Rusia y en Italia se pueden explicar (el primero como réplica al zarismo despótico, el segundo como reacción a la demagogia desorganizadora), en los países latino-americanos no se explicarían por no responder a las necesidades inmediatas. Creo yo, como el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, que la América latina debe tender a un "ideal de justicia social" que ponga fin a la inicua "explotación del hombre por

el hombre," pero pienso también, como él, que para realizar ese ideal hay que esperar que "los tiempos estén maduros" (Repertorio Americano, 17 de agosto). Entre tanto, tratemos de salir finalmente del segundo período, por el cual atraviesa la cultura de los pueblos jóvenes: el período cosmopolita, y de entrar resueltamente en el período siguiente: el nacionalista. Y entreguémonos, desde luego, a buscar la solución de las cuestiones más apremiantes del problema continental. Con este objeto, en mi sentir, se impone el siguiente programa: I. Propender a la estabilidad de las instituciones políticas, al mantenimiento de la paz interior y exterior, tratando de evitar las revoluciones, las querellas con los pueblos hermanos, la dictadura, el militarismo, que no hacen más que debilitarnos y desprestigiarnos. ¿De qué sirve que una república establezca justas reformas sociales, si aún tiene presidentes militares y vive bajo la amenaza de guerras o de revoluciones que pueden trastornar de un golpe todo lo hecho? II. Tratar de restaurar una política internacional de concordia y unión en las relaciones con los pueblos hermanos, y de previsión, de tacto en los asuntos con las potencias imperialistas, no contrayendo empréstitos ni otorgando concesiones en el territorio que puedan un día dar lugar a intervenciones agresivas. Porque hay que recordar que, si los Estados Unidos han puesto la mano sobre algunas de las repúblicas del Norte, ha sido a causa de la imprevisión o la venalidad de sus gobernantes, quienes han contraído

compromisos o firmado tratados que significaban la hipoteca o la enajenación del país. III. Fomentar la instrucción pública sobre la base del culto a la verdadera tradición, del incremento de la cultura latina o más bien hispánica, y del desarrollo del sentimiento religioso en la amplia acepción de esta palabra. Porque solamente sobre esas bases llegará a afirmarse la personalidad nacional y podrá establecerse la moralidad individual, de la cual nuestros hombres públicos tienen tanta necesidad.

Si la América latina quiere conservar su independencia material y moral, deberá tratar, ante todo, de ser ella misma. Por esto el Panamericanismo, la unión con un país extranjero desde todo punto de vista y además imperialista, no puede ser sino perjudicial. Pero la doctrina Monroe no podrá ser reemplazada por la doctrina Drago: "América para la humanidad," ya que la humanidad que se acoja a nuestros países tendrá que nacionalizarse para formar parte de ellos; sin lo cual seguirá siendo extranjera, como ocurre, por lo demás, en todas partes. La única norma posible será, pues, la que sugiere la doctrina Monroe misma y que yo me permití formular, hace más de diez años en la prensa de París (L'Eclair, 13 de mayo de 1914): "L'Amérique Latine aux Américains Latins." El esfuerzo de esas repúblicas debe desde luego tender, pues, a afirmar, en todo orden de actividad, la personalidad continental, entrando así, de una vez, en el período nacionalista. En la literatura, un movimiento en este sentido

viene desarrollándose desde hace varios años. Es lo que se ha denominado Americanismo literario, y que yo he preferido nombrar "Mundonovismo" (el nombre es lo de menos). No obstante, algunos escritores, viejos y jóvenes, se obstinan, en este plano, en no salir del período cosmopolita, recogiendo en sus obras toda clase de sugestiones extranjeras. Así, Manuel Ugarte, tan nacionalista en su labor de divulgador, nos ha dado últimamente una obra literaria: El crimen de las máscaras, llena de espiritualidad, de fantasía, de ironía, de intenciones excelentes, pero en la cual se sirve, todavía, de los mitos caducos de la "Comedia Italiana" y del Teatro de la Feria (Pierrot, Polichinela, Arlequín, etc.), que sólo un escritor francés, como Henri Strentz, ha logrado últimamente reanimar. Todo esto no quiere decir, por cierto, que deberíamos desinteresarnos del movimiento literario europeo. Conviene, al contrario, seguir atentamente sus evoluciones, a fin de acordar nuestra labor, en lo que a la forma se refiere, a la sensibilidad colectiva de nuestra época. Pero inspirémonos en nuestra vida y en nuestra tradición, en nuestra naturaleza y en nuestro folklore, en todo lo que nos caracteriza. Pongamos en nuestras ánforas nuevas vino del terruño, construyamos nuestros castillos modernos con la madera de nuestros selvas intactas. Sólo así lograremos afirmar verdadera personalidad y conseguiremos que se nos tome en cuenta en el extranjero. No olvidemos que, si los Estados Unidos ocupan en el mundo el puesto que hoy tienen, ello se

debe, en gran parte, a que cuentan con un Walt Whitman y con toda una pléyade de escritores nuevos profundamente nacionalistas.

XXXVIII*

Un apóstol de la nacionalidad. -- José Vasconcelos: La raza cósmica, Agencia Mundial de Librería, París. -- Joaquín Edwards Bello: El nacionalismo continental, Sociedad General Española de Librería, Madrid. -- Sergio Piñero: El puñal de Orión, Proa, Buenos Aires.

Los pueblos de la América latina que perpetúan la sangre de los españoles y de los portugueses de antaño y la de aquellos de la misteriosa raza roja quizás heredera de los atlantes,[1] estos pueblos que, después de su independencia, han vivido, por lo general, en una continua inquietud política e intelectual, ya han visto aparecer a algunos grandes escritores quienes, aunque asimilando las influencias extranjeras, han llegado a establecer personalidades singulares: sabios educadores como Sarmiento, Andrés Bello, poetas de primer orden como Rubén Darío, Amado Nervo, pensadores eminentes como José Enrique Rodó. Actualmente tienen, en José Vasconcelos, mexicano, una especie de **Apóstol de la nacionalidad**, quien, como iluminado por clarividencias ancestrales, asume la misión de orientar a la nueva raza hacia

---

*1º de mayo de 1926.

[1] Atlantes, habitantes de la mítica Atlántida, de quienes se sospecha que, según la tradición, hayan dominado también en algunas regiones de América.

su verdadero destino. Este escritor múltiple muestra, en efecto, una intuición muy profunda del porvenir de la América latina, al mismo tiempo que una visión muy clara de sus errores y de sus posibilidades, de suerte que su voz ha conmovido a todo el continente y ha entusiasmado a la juventud que le reconoce como a un maestro. Venido a la vida literaria en el poco grato momento en que el positivismo asfixiaba por todos lados los anhelos espirituales y el Panamericanismo preconizado por los Estados Unidos falseaba dondequiera la misión de la raza, Vasconcelos vuelca su mirada hacia las filosofías más elevadas, más fecundas y se entrega a buscar normas propicias para la afirmación de la nacionalidad ibero-americana. Asqueado del materialismo dominante entonces en Europa, se interesa desde su temprana juventud por la literatura religiosa de la India y publica después algunos ensayos histórico-filosóficos en los cuales se despliega un idealismo raro en ese momento en nuestros países: Una teoría del ritmo, Monismo estético. En esta última obra intenta dar a la ley de los Tres Estados sociales, formulada por Comte, una significación nueva, mucho "más vasta." Estos tres Estados: el material o guerrero, el intelectual o político, el espiritual o estético, representan a sus ojos "un proceso que gradualmente nos libere del imperio de la necesidad y que, poco a poco, someta la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía." De modo que en el último estado no estaremos más regidos por la violencia, ni siquiera por la

razón simple, sino por el buen gusto, y que viviremos en "el goce fundado en el amor." Tal época verá así la fusión espontánea de las razas, desarrollándose en el mundo nuevo y fundamentalmente cosmopolita: la América latina.

Esta "fe en el porvenir del espíritu" ha llevado a Vasconcelos a estudiar a fondo el pensamiento religioso de la India y a darnos luego una tragedia impregnada de lo que hay de más avanzado en este pensamiento: Prometeo vencedor. Es una pieza simbólica que se desarrolla en un lejano porvenir, en el cual los hombres ya habrán manifestado todas sus posibilidades: Prometeo, quien se ha rebelado contra los Dioses para servirlos, los contempla, orgulloso, desde la cima de las cordilleras. El Diablo trata en vano de tentarlo, ya que el Mal, que necesita para actuar revestirse de las formas del Bien, no es más que una sombra. Entonces, entre los hombres, un profeta predica la abstención de la procreación, con el fin de poner término a la peregrinación terrestre y de poder vivir eternamente en el mundo del espíritu. Algunas mujeres protestan, pero la cordura se impone. Y la humanidad, que no se vuelve a multiplicar, se extingue dulcemente. Tal será el triunfo de Prometeo. Tesis discutible sin duda, pero que ha permitido a su autor trazar escenas de un idealismo y de una grandeza innegables. Poco tiempo después, Vasconcelos nos ha dado el resultado de sus estudios sobre el pensamiento de la India en un sólido volumen que es un trabajo notable de exposición y de crítica, al mismo tiempo que una obra de la

espiritualidad más fecunda: Estudios indostánicos. Habiéndome ya ocupado de ese libro, me limitaré a recordar que, en la última parte, el autor intenta reconciliar el budismo con el cristianismo, emitiendo la opinión de que Buda Maitreya, el profeta de la Bondad anunciado por Sakiamuni, ha sido el Cristo que ha conjurado la fatalidad del Karma por medio de la Gracia divina. Vasconcelos es un cristiano de corazón, como es un ibero-americanista convencido. Así, ha tomado parte en la revolución de México, que ha implantado el régimen socialista y ha impulsado la repartición de las tierras, y que ha inaugurado una política de firmeza vis-à-vis las exigencias de los Estados Unidos y de unión con los otros pueblos de la América latina. Como ministro de Instrucción Pública, ha puesto en ejecución un fecundo programa tendiente a educar al pueblo y a elevar el espíritu del indígena. Más adelante, nombrado embajador en las fiestas del centenario de la independencia del Brasil, ha recorrido las principales repúblicas del Sur, estrechando los lazos de solidaridad continental. Bajo el título de: La raza cósmica, acaba de publicar un libro en el cual nos da sus impresiones de esta jira, al mismo tiempo que las ideas que estas impresiones le han sugerido. En un ensayo preliminar, que da título al volumen, nos habla de la raza ibero-americana y de su porvenir, en su opinión, espléndido. Esta raza formada por los conquistadores ibéricos y por los hombres rojos autóctonos ha heredado, con la cultura ibero-latina, el papel de adversario

frente a la raza anglo-sajona, en el asunto secular de la dominación del mundo. Antiguamente, poseía todas las ventajas. Pero después que Napoleón cometiera el error de abandonar la Luisiana, los anglo-americanos, amos del Misisipí, han podido anexar a California y han constituido un gran pueblo homogéneo, exterminando a los indios. Por el contrario, los ibero-americanos al emanciparse han dispersado su fuerza, dividiéndose en numerosos estados y ha debilitado la unidad étnica al continuar mezclándose. Pero esta cuestión de raza, que parece desventajosa para nosotros, será precisamente la que nos dará el triunfo final. Es un hecho que los pueblos sin mezclas, como todas las castas, se vuelven tarde o temprano decadentes, y que los pueblos mezclados, como las antiguas potencias mediterráneas, se fortifican o terminan por dominar. El evolucionismo spenceriano no es más que una teoría forjada por una raza imperialista para justificar sus apetitos de explotación. La selección futura no se efectuará de manera violenta, sólo propia de las especies inferiores, preconizada por esta teoría, sino de acuerdo a la ley del buen gusto, de la fantasía, del amor, propia del tercer estado social previsto por nuestro autor. La América latina verá florecer tal estado, ya que posee la base del cosmopolitismo y dispone de territorios de una extensión y una riqueza sin igual. Tan pronto como la ciencia llegue a conjurar lo que hay de malsano en el clima tropical, el corazón de este continente, tan grande y tan rico, se convertirá en la Tierra Prometida a la

cual todos los hombres aspirarán. Y entonces nacerá una raza formada por lo mejor de todos los pueblos, que será la quinta raza, la raza total, la Raza cósmica. Vasconcelos reconoce que para progresar hacia ese ideal, nuestros pueblos deberán conservar su personalidad, siguiendo las normas de la latinidad y en particular de la cultura ibérica, pero no se ocupa mayormente de los medios eficaces indispensable para llegar a eso. Ahora bien, a mi parecer, lo más importante por el momento, es que la América latina afiance su personalidad continental, que sea finalmente ella misma, y lo más urgente es determinar y reforzar los factores que servirán a este fin. Estos factores, creo yo, son los siguientes: 1º La lengua. Es por esto que se deberá cuidar la pureza, la unidad del lenguaje, tanto como sea posible; además, los hispano-americanos deberán, en la escuela primaria, aprender el portugués, y los brasileños, el español. 2º La tradición. Es decir lo que la época pre-colombina, los siglos de colonización y la independencia nos han legado de grande y de característico. Ya que la tradición, para los pueblos, es la raíz desde la cual sólo puede desarrollarse el florecimiento propio. 3º La religión. El catolicismo que enlaza tan bien el cristianismo con la herencia greco-latina. Ya que esta religión es una fuente de espiritualidad de la cual nuestros pueblos, aún poco cultivados, necesitan si no desean caer en el materialismo amoral o en el protestantismo que, viniendo del Norte, contribuiría a desnacionalizarlos. 4º El arte, la

literatura, el pensamiento. Las actividades creadoras del espíritu por excelencia, que hay que desarrollar según las normas de la tradición, de las sugestiones de la tierra y del medio, ya que es solamente de esta manera que nosotros llegaremos a descubrir nuestro tesoro interior que debe caracterizarnos. El escritor chileno Joaquín Edwards Bello, en un libro muy interesante: El nacionalismo continental, aboga también por el afianzamiento de la personalidad ibero-americana, pero se muestra escéptico en lo que concierne a la homogeneidad de la raza. Según él, en la mayoría de nuestras repúblicas, habrá dos castas: una formada por blancos puros, la cual dominaría, otra mestiza, que permanecería en servidumbre. Pero él mismo recuerda que un presidente de Chile tenía "sangre plebeya" y, en un muy bello cuento, nos muestra a un bandido chileno del tipo español puro.

En la segunda parte de su libro, Vasconcelos nos entrega sus impresiones del Brasil, de la Argentina, del Uruguay, de Chile, con un fervor y una clarividencia que no se contradice más que en algunas páginas, y que a menudo dan a la frase un vuelo lírico o un acento profético. El Brasil, tan parecido a México por el clima y las maravillas naturales, le ha deslumbrado. Todo en este país, desde la belleza de la naturaleza, la riqueza de la tierra, el esplendor de las ciudades, hasta la cordialidad muy latina de la gente, la fina sensibilidad de los bailes populares, la suculencia de las bebidas y de las frutas autóctonas, todo le sugiere

apreciaciones entusiastas. ¿Quién ha sostenido, pues, que el hombre ya no puede encontrar nuevas voluptuosidades? En el Brasil, ha encontrado tanto que ni siquiera se puede imaginar. El progreso en todo orden del país, la corrección de su gobierno y el nuevo espíritu, del que da testimonio, de solidaridad continental, consolidan en él una impresión tan favorable. La Argentina le ha cautivado igualmente. Buenos Aires, enorme y magnífica, le parece la verdadera capital del mundo hispánico; las universidades, y en general, la enseñanza le llenan de admiración por su espíritu libre, sus planes modernizados, sus edificios espléndidos. Los hombres, y también las mujeres, le han encantado. Queriendo conocerlo todo, ha hecho el difícil viaje a la región tropical del país, el territorio de las Misiones, y se ha abismado con la contemplación de la selva virgen, y de las formidables cataratas del Iguazú, y ve, en esta región, la reserva natural más rica del mundo. El Uruguay, en cambio, no le ha dejado una impresión muy favorable. El gobierno del país le parece poco serio, la literatura desarraigada, y el espíritu general de la élite poco propicio para la solidaridad continental. No obstante, el Uruguay nos ha dado, en José Enrique Rodó, el primer paladín del hispano-americanismo, y hay escritores, hoy en día, como Montiel Ballesteros, que se deben contar entre los mundonovistas más decididos. Chile, finalmente, le desconcierta hasta hacerle cambiar de actitud. El ibero-americano ferviente cede el lugar aquí al socialista

revolucionario, y él que, en Brasil y en Argentina, se enternecía al escuchar el himno nacional o al contemplar los colores de la bandera, dice en este momento que los "emblemas" nacionales "casi no conmueven más" su corazón; critica duramente al régimen del país y engloba con igual desdén al militarismo y al ejército nacional. Sin embargo, Chile se ha distinguido siempre por la estabilidad y el orden de su gobierno, y su ejército se ha distinguido justo en estos últimos tiempos por su sumisión al poder civil, de suerte que José E. Rodó ha podido decir sin exagerar que, mientras las otras repúblicas vivían aún en continua revolución, este país era el ejemplo y la esperanza de la América hispana. Conociendo las ideas de Vasconcelos, comprendemos qué ha provocado en él tal actitud. Es el antiguo litigio de Chile con el Perú, el asunto de Tacna y Arica, que desde hace mucho tiempo perturba la fraternidad hispanoamericana. De ahí su aparente rigor hacia Chile, ya que en realidad él ama a este país tanto como a los otros pueblos de la América latina. ¿Pero no hubiera sido mejor que hablara más claramente, que se explicara en su libro? Habría disipado así un molesto malentendido y nos habría evitado la impresión poco agradable que se saca de las últimas páginas de este libro, admirable en tantos aspectos. Es lamentable que Vasconcelos no haya podido visitar el sur de Chile y, en general, las regiones australes. La América del Sur es un continente, y su parte fría como su zona tropical, tiene grandeza y riqueza.

Sergio Piñero, uno de los escritores jóvenes argentinos más interesantes, nos refiere en un libro tan curioso por el tema como por el estilo: El puñal de Orión, las peripecias de un viaje que acaba de hacer por las regiones antárticas: la tempestad sobre el océano desolado, la caza de la ballena y del elefante marino, las excursiones por las islas misteriosas, revelándonos todo un mundo maravilloso desconocido, dando luz a la grandiosidad y a la riqueza de sus regiones hoy explotadas únicamente por los extranjeros. Yo creo que Vasconcelos, que es un artista al mismo tiempo que un pensador, se habría sentido encantado en esta América latina insospechada de nieve y azur.

XXXIX*

Tres novelistas. -- Manuel Gálvez: El cántico espiritual, Agencia General de Librería, Buenos Aires. -- Pedro Prado: Un juez rural, Nascimento, Santiago (Chile). -- Edmundo Montagne: La perdida, Agencia General de Librería, Buenos Aires. -- Memento.

La novela que en este momento se privilegia tanto en Francia, es igualmente objeto de un gran entusiasmo en Hispanoamérica. Prosadores, y poetas también, publican continuamente novelas muy logradas, o por lo menos interesantes. Vamos a hablar, pues, de los libros recientes de **tres novelistas** que son de los mejores.

Manuel Gálvez, argentino, quien nos ha dado tan bellos cuadros de la vida de su país, ha publicado hace poco tiempo una novela de análisis psicológico, modalidad a la cual se ha dedicado últimamente y en la que estudia el problema artistico en estrecha relación con el amor: El cántico espiritual. Un muchacho de la clase rica de Buenos Aires se ha casado con una joven de condición modesta, hija de un artista italiano que le ha ayudado a descubrir su vocación de escultor. Impulsado por su suegro y también por su mujer, se inicia en el arte de modelar siguiendo el procedimiento académico impersonal. Pero

---

*15 de julio de 1926.

nuestro joven artista viene a París, ve las obras de Rodin, escucha la música de Debussy, lee la literatura en boga, y, comprendiendo la falsedad del ideal académico, se entrega a realizar una escultura impresionista, toda sensación, matiz, espiritualidad, que le parece ser el arte supremo. Naturalmente, los suyos se escandalizan y su mujer va perdiendo, poco a poco, el afecto que le tenía. Y nuestro joven se siente de repente solo. Pero la numerosa y rica colonia argentina esta allí. Conoce en ésta a una joven mujer tan alegre como inteligente, que le comprende de una vez y le estimula; ella está casada con un hombre grotesco y no tiene hijos. Encantado, él la busca y comienza a hacerle la corte. Pero él le profesa un amor puramente platónico, inmaterial; ella es su inspiradora, y amarla sensualmente sería matar su ideal. Solamente, a veces, su instinto de hombre joven le hace enardecerse, pero en seguida se contiene, y se contenta con besar a la bien amada en la frente. Finalmente, al saber que su mujer, a quien poco antes ha abandonado, le engaña, siente vacilar en su resolución. Y un día, en la intimidad del <u>atelier</u>, al sentir que la amada se descorazona, él trata de besarla en los labios. Pero de repente se levanta estremecido: <u>El cántico espiritual</u>, murmura él. Ha encontrado el título para un monumento alegórico en el cual figuran los grandes espíritus de la humanidad y que será su obra maestra. Como todas las novelas de Gálvez, este libro está compuesto sólidamente, bien desarrollado, escrito con riqueza y fluidez.

Pero el caso con el cual hace el relato no llega a convencernos. Esta pasión del joven artista, de un romanticismo tan agudo que le hace renunciar al amor completo en nombre de una incompatibilidad problemática, esa obstinación de la esposa quien, para ser fiel a sus ideas artísticas, mata su sentimiento y destruye su felicidad, esa actitud de la amante que, sin amar a su marido, ni teniendo ningún prejuicio religioso, se obstina, ella también, en no salir del platonismo: todo eso, sentimos, no puede ser verdadero. En cuanto a las ideas predicadas a lo largo de la narración, ellas nos convencen menos aún. ¿Este arte impresionista que se inspira en la literatura, en la música, y que desdeña la línea, no buscando más que el modelado expresivo, a veces caótico, es la cúspide en escultura? Los artistas actuales, que buscan sobre todo la construcción y la solidez, podrán responder. ¿Ese amor únicamente inmaterial, incompleto y por lo tanto enfermizo, enervante, es siempre indispensable al artista creador? Yo creo, por el contrario, que es en el goce del amor integral donde el artista puede desarrollar mejor sus fuerzas interiores, ya que, como se ha dicho, la sensualidad permanece como uno de los más grandes estímulos de la vida. El análisis psicológico que llena capítulos enteros, está conducido con destreza, sagacidad, minucia, pero solamente incluye el dominio de los sentimientos y de las ideas, tan bien explorado por Paul Bourget. Aunque el autor habla a veces del subconsciente, los fenómenos vagos del

yo profundo que tienen tanta influencia en nuestros estados de alma, no están explicados por su análisis. En lo tocante al ensueño, no ve más que ese éxtasis sentimental común que nos dora el espectáculo de las cosas y que nos hace ver la imagen de la amada en todas partes. En sus otras novelas, Gálvez no se había ocupado de los niños, lo que constituía una laguna en su obra. Esta vez, nos cuenta la infancia de su protagonista. Pero las limitaciones de su análisis psicológico se hacen aquí más ostensibles, los niños viven sobre todo en la imaginación y en el ensueño. ¿Su pequeño personaje que, desde el nacimiento de su hermana, no hace más que pensar que tendrá en lo adelante una compañera, es verdaderamente un niño? Sin duda, en sus primeras novelas Gálvez no estimulaba la psicología; pero alrededor de la intriga dejaba transcurrir la vida múltiple, captando la atmósfera y estilizando las costumbres de su país, lo que convertía a sus historias en muy características y muy curiosas. Pienso que Gálvez va por el camino errado. Es por esto que desearía que volviera a la forma de sus primeras novelas, la que le ha permitido crear obras que permanecerán, como La maestra normal y aquella Sombra del convento que ha sido tan bien traducida al francés por Manoel Gahisto.

Pedro Prado, chileno, que es poeta, en sus novelas ha siempre transpuesto la realidad. En un nuevo libro: Un juez rural, nos ofrece una novela que es simplemente una historia de la vida cotidiana de su país. Un arquitecto, que vive en

los alrededores de Santiago y que ha sido nombrado juez de paz de la comarca, se encuentra así de improviso en contacto con los más diferentes tipos del pueblo, y asiste a las escenas más variadas y más sabrosas, como esa querella entre una campesina y un inocente (el impagable don Beño) con quien ella se ha atrevido a hacer un negocio, empujada por su avaricia, o bien ese pleito por injurias en el cual dos grupos de mujeres disputan con tan igual ardor que es imposible diferenciar a las culpables. Pero nuestro juez, que se asemeja singularmente al autor (Prado es también arquitecto y habita en los alrededores de Santiago), vive su vida al mismo tiempo que juega un papel en los más curiosos y más sugestivos acontecimientos, como ese bello paseo al campo con un pintor amigo que le narra historias singulares; o bien ese viaje en coche, con su familia, en una noche obscura, que da al trayecto todas las apariencias de lo irreal. El pensador y el artista que hay en Prado colaboran en este libro, y mientras el primero nos manifiesta indirectamente sus concepciones ideológicas, hasta hacer una crítica muy personal de la justicia, el segundo nos presenta los tipos del país, nos pinta los paisajes del terruño, tan bien captados como artísticamente estilizados. El lenguaje de los personajes es aquí más cuidadoso que en sus libros anteriores, pero sigue siendo poco literario. ¿Hay algún cochero que diga: "cochinillos" en vez de emplear la palabra comúnmente usada en casi toda la América hispana y que los diccionarios ya han

incorporado?[1] Luego, a pesar de las escenas ridículas, esta novela nos transmite la impresión de tristeza, casi de fatalismo, muy diferente, a mi parecer, de la que pueda suscitar la vida de un pueblo joven. La ligera nota de amargura que se encuentra en algunos libros de Prado se convierte aquí en pesimismo obsesivo que hace pensar en el nihilismo sistemático del novelista español Pío Baroja. Las últimas páginas son de un realismo sombrío, tan abrumadoras que el efecto final de alucinación no logra reanimarlo. Es por un nuevo camino que nuestro autor se introduce, pero un camino que lleva al desierto. Me permitiría por tanto aconsejarle que abandone los barrios tristes de la gran ciudad donde, si ha encontrado a don Beño, también ha encontrado a don Pío, y que vuelva al pleno campo de su país, entre las cimas de la cordillera y los bosques de la costa; encontrará allí quizás a Dios y un sentido de la vida más optimista.

Edmundo Montagne, argentino, nos ha ofrecido últimamente una novela de la vida de su país: Una perdida. Como en sus mejores cuentos, se trata aquí la vida profunda y dolorosa, en la cual los sentimientos más delicados son combatidos y a veces vencidos por la fatalidad de los acontecimientos. Una joven de la clase media, impulsada por la vanidad de su propia madre, resbala poco a poco en el libertinaje. Digna y pura en el fondo, se esfuerza por levantarse. Pero pasa de los brazos

---

[1]Alusión a la voz 'chancho', de uso corriente en Hispanoamérica.

de un señorito de conducta sospechosa a los de un policía sensual y perverso. Además todo el mundo la trata con rigor; las jóvenes de la casa de costura donde trabaja la miran con desdén, su mismo amante la engaña y la brutaliza, pero exasperada por tanta desdicha, acaba por asesinarlo. La acción se desarrolla en el Buenos Aires de 1899, en el momento en que estalla la última revolución argentina. Así, el drama íntimo se mezcla con la tragedia política, dando a la obra un carácter nacional muy marcado. Hay en esta novela, como en muchos de los cuentos de Montagne, diversas figuras femeninas cautivantes, pero el personaje más curioso es sin duda ese policía sentimental y falso, vehemente y cruel. Este hombre blanco puro que esconde un fondo bárbaro es, en nuestros países, un tipo tan característico como el mestizo, con el cual se asemeja en este punto. Ya que lo que hay en la raza de primitivo no viene solamente del indio, sino también del conquistador, quien era en realidad un bárbaro distinguido. Lamentablemente, esta curiosa novela está llena de defectos, defectos de composición, de escritura, de lengua. Es una lástima. Ya que hay en este libro elementos excelentes. Si Montagne quisiera hacer una nueva edición más cuidadosa, nos daría una gran novela hispanoamericana.

Memento. -- La Plata, la ciudad universitaria de la Argentina, es hoy en día el centro de una actividad literaria muy interesante, que ha dado nacimiento a diversas

publicaciones excelentes. Con el título de Sagitario, ha comenzado a salir a luz una sobresaliente revista de letras que publica estudios de literatura y de ideas, debidos a los mejores escritores nuevos del país, y que dedica a los libros hispanoamericanos o extranjeros reseñas minuciosas y sagaces, firmadas por buenos críticos jóvenes, como López Palermo, Suárez Calimano, A. Marasso, etc. Está dirigida por Carlos Amaya, antiguo director de Valoraciones, Julio González, C. Sánchez Viamonte. Los cinco números que han aparecido son excelentes. Señalaremos un artículo totalmente notable, "Matemáticas de la personalidad," de A. Korn Villafañe, y otros no menos interesantes: "La contribución de la vieja generación," de Sánchez Viamonte, "La novela," de F. E. Cichero, "Lo nuevo absoluto," de Ibérico Rodríguez. Valoraciones, órgano del grupo de estudiantes de este nombre, del cual ya nos hemos ocupado, continúa pareciendo tan interesante como siempre. En los últimos números, notamos "El teatro del conformismo," de Homero Guglielmini, "Hacia el teatro nuevo," de Pedro Henríquez Ureña, "La deshumanización del arte," de J. Torres Bodet. Diógenes, periódico, cuyos redactores conservan el anonimato, es un órgano de definición de ideas y de idealismo fecundo. Sus pequeños artículos sin firma son muy juiciosos, salvo quizás cuando se trata de la tradición, que es, no obstante, la raíz de toda cultura autónoma. Nótese en los últimos números: "Oriente y occidente," "Arturo Capdevila," "Imperialismo ético." Todos

aquellos que se interesen por la cultura hispanoamericana deberían leer estas publicaciones. En Montevideo sale a luz desde hace poco una revista de literatura y de ideas muy interesante: La Cruz del Sur. Su director es Alberto Lasplaces, sus colaboradores los mejores escritores uruguayos jóvenes. Señalaremos, en el último número que hemos recibido, tres artículos consagrados a tres poetas franceses nacidos en Montevideo, Lautréamont, Laforgue, Jules Supervielle, y debidos respectivamente a A. Lasplaces, A. Guillot Muñoz, L. Ipuche. Nosotros, de Buenos Aires, ha dedicado un número especial a José Ingenieros con ocasión de su muerte. Es un sólido volumen en el cual R. J. Payró, A. Bunge, E. M. Barreda, Suárez Calimano, etc., hablan del hombre y estudian la obra bajo sus diversos aspectos. Se puede lamentar que la nota bibliográfica sea demasiado sumaria: no nos informa bien ni sobre el origen ni sobre el fin de Ingenieros. Martín Fierro, la bella revista argentina de vanguardia, ha comenzado su tercera "época" con un número muy curioso, donde notamos dos cartas de París, una de Marcelle Auclair, la otra de Serge Panine.

XL*

La literatura uruguaya. -- Montiel Ballesteros: La raza, Nuestra América, Buenos Aires. -- Vicente Salaverri: Deformarse es vivir, Cervantes, Barcelona. -- Memento.

El Uruguay, uno de los países más pequeños de la América hispana es, a pesar de esto, desde el punto de vista literario, uno de los más importantes. Desde la independencia, Montevideo ha sido un centro intelectual animado y la **literatura uruguaya** ha tenido escritores que hay que contar entre los primeros del continente. Ayer, era Acevedo Díaz, novelista vigoroso, autor de bellos relatos históricos; José Enrique Rodó, el eminente y conocido pensador; Delmira Agustini, poetisa excepcional. Hoy, es todo un grupo de escritores jóvenes y atrevidos, de los cuales tres poetas, Juana de Ibarbourou, Silva Valdés, L. Ipuche, y dos prosadores, Vicente Salaverri, Montiel Ballesteros, se han destacado particularmente.

Montiel Ballesteros comenzó a darse a conocer como poeta, con dos recopilaciones: Emoción, Savia, en las cuales daba testimonio de un verdadero don lírico. Nacido en lo más profundo de su país, conocía de cerca la vida rural tradicional. Poco después, publicó Cuentos uruguayos, libro en

---

*15 de octubre de 1926.

el cual, junto a algunas narraciones de la vida urbana, finas, pero librescas, se encontraban tres cuentos sobre la vida campesina, entre los cuales uno era más que una promesa: aquellos "Gurises" de una verdad, de un sentimiento y de una inventiva poco comunes. Nuestro escritor había encontrado su camino y muy pronto nos da, en Alma nuestra, una serie de cuentos del terruño en los cuales una visión perspicaz de la realidad se une a una psicología muy precisa. Son narraciones muy delicadas y muy animadas, pero de una sobriedad y de una concisión tales que nos privan de conocer muchos detalles curiosos de la vida local y que resultan, para el lector que no es uruguayo, un poco vagas. Algunas, como "El chingolo," "El chasque," "Peón de confianza," "La china gorda," interpretan la vida del país con todo su sabor, pero la mayoría, como 'Los toros finos," "La carreta," "La máquina," "Don González," etc., nos hablan de ese estado de transición creado entre nosotros por el conflicto entre las viejas costumbres y el espíritu moderno; y el autor, aunque amante de las cosas tradicionales, se pone de parte del progreso y rebaja las supersticiones ancestrales. Ahora bien, la verdadera fisonomía de un pueblo no puede estar netamente desligada de un estado de vida transitorio, y esta actitud de adoración del mito del progreso es precisamente lo que ha dañado el esfuerzo de la mayoría de nuestros escritores nacionales. Para interpretar bien el alma rústica, hay que considerarla en su propia ingenuidad. Y para producir el

efecto deseado, ¿no es necesario que el autor no intervenga? El curandero de uno de sus cuentos, que cree en la virtud de las hierbas y de las plegarias, tiene mucha razón cuando le dice al narrador: "Has leído libros y crees saberlo todo. Yo hablo de lo que he visto, yo cuento lo que me ha sucedido." ¿Han hecho los libros perder el vaticinio lírico a Ballesteros? No. Después, nos ha ofrecido un pequeño volumen que es una maravilla de poesía autóctona, y por consiguiente, de verdad, de sentimiento de su raza y de su tierra: Fábulas. Son breves narraciones en prosa, legendarias o simbólicas, de una fantasía, de un espíritu y de un sentido de la belleza hispanoamericana singulares. Algunas nos hablan de las leyendas de los pájaros, de las flores, de los árboles, de las cosas regionales, remontándose a su origen indígena o inca; así el "Churrinche," pájaro de color de sangre que tiene el corazón enardecido del último cacique; las "Tacuaras," esa cañas que en América se han petrificado para servir de lanzas a los montoneros; el Grillón, que toca la guitarra del gaucho para darle tiempo de besar a su amada; los Teruterus, antiguos guardias-nobles del jefe inca, condenados hoy a cuidar humildes cabañas; la Viudita, mujer del payador, metamorfoseada debido a su inconstancia en aquel pájaro "triste y dulce." Otras son pequeñas historias de animales, sazonadas con la sabiduría de los cuentos populares del terruño, tales como el "Tordo," "El águila y la víbora," "Los picaflores", en la cual vemos una muy curiosa fiesta de

pájaros, y esas "Historias" donde el zorro hace mil fechorías para convertirse finalmente en "diplomático, comerciante, ministro." Todas tan delicadas, tan significativas, tan características, que son verdaderos poemas en prosa de la naturaleza hispanoamericana. He leído en alguna parte que Ballesteros, interrogado sobre su libro, había respondido que no lo había hecho de folklore, mas esperaba que sus Fábulas lo fueran algún día. Bella respuesta del poeta. En efecto, él no repite fielmente las leyendas de su país, sino que se inspira en su alma llena de recuerdos, y se hace eco de los refranes, de las tradiciones y de los cuentos populares, como aquellos de Pedro Malas Artes (Pedro Urdemalas) que modifica con rasgos de su propia inventiva e impregna con su propia sensibilidad. Verdadera y única manera de utilizar el folklore en el arte. No se ha hablado mucho de este libro en América. No obstante, encierra más poesía que la mayoría de las colecciones de versos publicadas en estos últimos años. Pero al venir a residir a Italia, Ballesteros no ha resistido la tentación de sacar partido a sus impresiones de turista, y nos ha entregado un volumen de cuentos europeos: Los rostros pálidos. Relatos delicados, penetrantes, pero como era de esperar, tratan temas conocidos, que muchos autores de Europa ya han interpretado, y con cuánto arte. Ballesteros no podía, empero, olvidar su tierra, y he aquí que recientemente ha publicado una novela sobre la vida de su país, en la cual tanto el poeta como el hombre moderno preocupado por la sociología colaboran: La

raza. Es la historia de una humilde familia de provincia que mantiene aún el espíritu de las antiguas tradiciones. El padre es un típico gaucho viejo y diserto, pero activo y obstinado. Explotando un servicio de diligencias, se encuentra de pronto frente a un brasileño astuto que le hace competencia. La lucha comienza y se aviva muy pronto, durante una carrera organizada por el pueblo vecino. Nuestro gaucho llega a franquear con su coche la ribera donde crece un aluvión; su rival ve el suyo volcado por la corriente. Entonces, generosamente, el vencedor salva la vida al infortunado, pero éste rehúsa estrecharle la mano. Nuestro noble anciano tiene dos hijos. El mayor se le asemeja y sigue sus huellas; enamorado de la hija del brasileño, entra en discordia con su padre, pero pronto se reconcilia con él y se convierte en el sostén de la familia. El menor, muy diferente, ama los libros y se entusiasma por las ideas de redención social. Instalado en Montevideo, ingresa en el periodismo, lleva una vida de bohemio y pronto cae vencido por la hostilidad del medio y por las privaciones. La primera parte de esta novela está llena de veracidad y de encanto. La figura del viejo gaucho es tan animada como representativa; las historias que cuenta son muy entretenidas y características; las escenas tienen un colorido y, a veces, una ternura cautivantes. Pero la segunda parte es menos feliz. La figura del joven soñador parece un poco vaga y pronto se convierte en ese personaje libresco, especie de redentor incomprendido, ya muy conocido en nuestras letras. La amada,

esa jovencita de familia burguesa que bruscamente se escapa de su hogar, no está ni más definida ni es más verosímil. ¿Y qué decir de la ciudad de Montevideo, tan descolorida, tan poco característica? Pero aún se encuentran aquí sólidos bellos pasajes, como aquéllos en los cuales se pinta el medio provincial de la jovencita y la vida que lleva el diputado criollo en Montevideo. No obstante, en este libro se da clara muestra del verdadero defecto de nuestro autor: la incorrección de su escritura. Como casi todos los autores del Río de la Plata, Ballesteros escribe en una lengua defectuosa que es la hablada en su país, empleando sin razón algunas palabras, como ciertas formas del verbo haber; acumulando neologismos inútiles o barrocos y, naturalmente, usando innumerables términos regionales, y no solamente en el lenguaje de los personales. La raza, a pesar de todo, es una de las mejores novelas uruguayas. Ballesteros tiene el sentimiento de la vida de su país y tiene mucho talento. Cuando domine bien los medios indispensables, será entonces leído y admirado, no solamente por sus compatriotas, sino por los millones de personas que hablan español.

Otro uruguayo, Vicente Salaverri, ya ha publicado diversas novelas de las cuales me he ocupado aquí; nos ha dado últimamente un pequeño libro que incluye dos novelas cortas muy diferentes: Deformarse es vivir. La primera, cuyo relato da título al libro, nos habla de un joven escritor que, encontrándose en la miseria, abandona las letras, gana una

fortuna en empresas agrícolas, y se deleita en su vejez ayudando a los poetas pobres. El autor ha querido demostrarnos que, para vivir, es necesario, a veces, deformarse. ¿Pero si su personaje hubiera tenido una verdadera vocación, habría podido vivir feliz sin realizarse? Esta novela no tiene, pues, mayor importancia. Pero en la segunda, "El general," no hay ninguna idea que probar. Un caso extraído de la vida uruguaya, sacado, palpitante de la realidad. Este general es un gaucho rico que no viste uniforme y lleva una vida patriarcal en sus dominios. Abnegado, solícito, hace el bien a todos, habla a todo el mundo con una voz dulce y aflautada: "¡Pero, caramba, amigo...!" Sin embargo, este hombre es un guerrillero famoso, un dominador y, cuando se ha dado la ocasión, ha hecho escuchar su voz ronca que espanta. Su hija única es su adoración, pero ella un día se fuga con un joven criado. Pide su caballo con voz terrible y, durante dos semanas persigue a los fugitivos sin encontrarlos. Pero la hija regresa finalmente y su amante aguarda en los alrededores. El general acoge a la desdichada, quien da a luz a una niñita, vivo retrato, al decir del viejo criado, de la difunta esposa de su amo. Pero pronto el amante desaparece y la joven mujer muere misteriosamente. De regreso de los funerales, el general, que se pone a trabajar en su jardín, conversa con su criado: "¡Pero, caramba, amigo!, no se pueden azadonar las cebollas sin llorar." Luego, en voz más baja: "La pequeñita, fuiste vos quien la salvó, vos que le encontraste tanto parecido con la

difunta." Esta novela tan viva, tan representativa y que está tan bien escrita, muestra lo que Salaverri es capaz de hacer. No dudo de que cuando disponga de más tiempo para su trabajo literario, se convertirá en uno de los mejores novelistas de la lengua española.

Memento. -- Renovación, de Buenos Aires, periódico que fue fundado por José Ingenieros, continúa apareciendo, dirigido ahora por Alfredo Palacios, rector de la Universidad de La Plata, y por Gabriel Moreau, quien era uno de sus antiguos directores. Esto es muy favorable, ya que esta publicación es el órgano de la Unión Hispanoamericana. El último número es un conmovedor homenaje a la memoria de su fundador. Con el título de América ha comenzado a salir a luz en México una revista de arte y de ideas que trabaja por la causa del hispano-americanismo, pero también por la creación de una lengua mexicana, lo que sería contrario a la unidad del continente. Su director es el pintor y escritor mexicano que firma Dr. Atl. Nótese en el último número: "Las artes populares de México" con bellas ilustraciones. Universitario es una pequeña revista de literatura que aparece en París y que da información sobre el movimiento intelectual francés. Está dirigida por el escritor ecuatoriano César Pastor, quien logra sostenerla gracias a sus esfuerzos y entusiasmo. En el número de julio, notamos un artículo de Leonardo Pena, "Le Seuil éclairé d'une nouvelle Renaissance," y traducciones de

P. Valéry y de Jules Supervielle. Con el título de Colombo ha comenzado a salir a luz en Roma una revista ilustrada, órgano del Instituto del mismo nombre, destinada a estrechar las relaciones intelectuales y de todo orden entre Italia y España, Portugal y las repúblicas hispanoamericanas. Su director es el profesor Luigi Bacci. En el primer número, señalamos un "Mensaje" de Mussolini y un estudio sobre "El lirismo portugués antiguo" de Guido Vitalleti. Los Pensadores es una revista ilustrada de Buenos Aires, dirigida por Antonio Zamora. El número de junio está dedicado en su totalidad a combatir las ideas militaristas que se tratan de imponer en Argentina. La revista Rodó de Santiago (Chile), que había interrumpido su publicación, ha reaparecido, a cargo de Agustín Castelblanco, uno de sus antiguos directores, y de Humberto Mendoza. Nos alegra saberlo, ya que en ese país no existen muchas revistas literarias. Señalamos "Acerca del Ariel de J. E. Rodó," de Milton Rossel, y "América a punto de perder su independencia," de Fernández Pesquero. Plus Ultra es un periódico español, pero que entrega informaciones de todos los países hispanoamericanos, y que ha hecho su aparición en París. Su director, el periodista español Mariano de Alarcón, parece bien inspirado, pero me permito sugerirle no acercarse a los tiranos si quiere despertar simpatías. Señalamos, en el último número, un artículo editorial, "El mundo será nuestro," y "La morada del Cid" de Menéndez Pidal, reproducido de la Revista de las Españas.

XLI*

Un gran escritor. -- José Enrique Rodó: El camino de Paros, Cervantes, Barcelona.

Hacia fines del siglo pasado, la América hispana atravesaba por una profunda crisis moral. Las corrientes de ideas que llevaron a cabo la independencia habían conducido al desprecio por la tradición y a una especie de divorcio con el espíritu de la raza. El espectáculo de España, entonces en plena decadencia, y el ejemplo de Estados Unidos, día a día más vigoroso, hacían desconfiar de la pujanza del genio latino y buscar la orientación en la cultura anglo-sajona. Por otra parte, el positivismo triunfante había suscitado un utilitarismo que desconocía todo verdadero idealismo. En el dominio de la literatura solamente, la seducción ejercida por las letras francesas mantenía el culto por la belleza y el apego a la cultura latina. Hijo de un español y de una uruguaya, nutrido de una enorme cultura, José Enrique Rodó estaba dotado de las más altas cualidades de la raza, al mismo tiempo que conservaba el fervor de un idealismo apropiado al espíritu moderno. De esta manera, él ha sido **un gran escritor** representativo, revelador de rumbos propicios, anunciador del alto destino del Nuevo Mundo latino. Comenzó a darse a conocer

---

*15 de febrero de 1927.

en la Revista Nacional, que había él mismo fundado en compañía de los hermanos Martínez Vigil, con un ensayo: "El que vendrá," en el cual anunciaba al esperado genio que aportaría la palabra de fe y de ideal, iluminadora de la conciencia caótica del momento, ensayo donde, inconscientemente, se anunciaba a sí mismo. No obstante, un gran poeta hacía triunfar entonces el movimiento llamado modernismo, el cual debía renovar la poesía en lengua española: Rubén Darío. Al libro de este último, Prosas profanas, que acababa de salir a luz, Rodó consagró un análisis muy sagaz, muy rico en ideas, y de la forma más matizada y más nueva. Se declaraba igualmente modernista, pero no creía que el autor de Prosas profanas fuera el "poeta de América." La palabra de "el que vendrá" debía ser otra. Y he aquí que él mismo da a escuchar esta palabra fecunda en un opúsculo que se ha hecho famoso: Ariel. Dirigiéndose a la juventud bajo la forma de un discurso magistral, la exhorta a desarrollar plenamente la personalidad en un sentido elevado y humano, y, advirtiéndola del peligro del utilitarismo angloamericano que nos sitia, la incita a cultivar la "comprensión de lo bello" como norma segura para la práctica del bien, esta "estética de la conducta"; y para la conquista del verdadero porvenir hispanoamericano: la unidad y la afirmación de la personalidad del continente latino. Ariel, este símbolo de la razón y del sentimiento por encima de los bajos aguijones de la "irracionalidad," es el genio que deberá inspirarnos. En este libro, Rodó exalta el

espíritu griego al mismo tiempo que la virtud cristiana, y proclama la necesidad en la democracia de una jerarquía de selección natural. En su opúsculo Liberalismo y Jacobinismo, se levanta en contra de la falsa democracia fanática e intolerante, y se inclina ante la religión que considera la "más verdadera y la más elevada..." Habiendo comprendido que la necesidad más urgente de las sociedades jóvenes es la de tener hombres verdaderos, en su libro siguiente: Motivos de Proteo, Rodó se dirige especialmente a la conciencia individual. Habla de la educación como reguladora eficaz de la evolución incesante a la cual nuestro espíritu está sometido y, al disertar largamente sobre la vocación, a la que hay que buscar con firmeza, puesto que no está siempre manifiesta, a fin de realizarse debidamente, señalando al amor como el estímulo más profundo de la aptitud personal. El espíritu humano es similar al de Proteo, lleva en sí mismo la posibilidad de un desarrollo infinito. Rodó llama a esta obra un "libro abierto sobre una perspectiva infinita," y tal es efectivamente esta serie de meditaciones sobre el problema individual, que el autor ha ilustrado con numerosos ejemplos sacados de la historia y de la leyenda. El artista, en el cual este pensador se desdobla, se expresa a veces bajo forma alegórica, en parábolas de una gracia y de una sugestión incomparables. No obstante, Rodó debería sacar, de la historia de la América hispana, los ejemplos de heroísmo más adecuados para reforzar su obra de animador. En El mirador de Próspero,

nos ofrece, pues, al lado de numerosos trabajos de crítica de ideas y de letras, algunos estudios sobre ciertos hombres representativos del continente, estudios vastos, complejos, integrales, en los cuales las personalidades surgen palpitantes sobre el fondo del medio social o ideológico de la época. Nos presenta así la figura de "tempestuoso heroísmo" de Bolívar en el centro de la conflagración revolucionaria, las curiosas fisonomías del ecuatoriano Juan Montalvo y del argentino Juan María Gutiérrez en el ambiente de tiranía del Ecuador, o bien el ambiente de "floración espontánea" de la naciente literatura argentina. El autor se preocupa por exaltar las cualidades de la raza y en hacer apreciar las obras que se inspiran en el alma y en la tierra hispano-americana. En su ensayo sobre "La novela nueva," que completaba la publicación de "El que vendrá," había ya señalado las posibilidades abiertas a la novela autóctona. De modo que en el momento en que el movimiento modernista buscaba sus inspiraciones en el extranjero, Rodó señalaba el camino a nuestra verdadera literatura. Pero este pensador que había recomendado la acción no quería estar exento de ella. Envolviéndose en política, hizo escuchar a la Cámara uruguaya su palabra sabia y conciliadora y, como representante a las fiestas del Centenario de la Independencia de Chile, dedica a este país el elogio de su pasado de orden y de progreso y el primer mensaje de hispano-americanismo, por así decirlo, oficial. Pero los sabios no se mezclan impunemente en la feria

del Estado. Y muy pronto debió retirarse, desilusionado. En Motivos de Proteo, había indicado dos medios para renovarse: la soledad y los viajes. Luego de algún tiempo de retiro, se embarca para Europa como corresponsal de una revista de Buenos Aires. Atraviesa España, a la que le unen tantas afinidades, llega a Italia, que era, para su alma enamorada de la belleza, la patria ideal. Pero la muerte le sorprende en el momento culminante de su carrera literaria.

Sus últimos artículos y sus impresiones de viaje han salido a luz en volumen bajo el título de: El camino de Paros. A pesar de su brevedad y su heterogeneidad, este libro es de una gran importancia. Rodó confirma aquí la eficacia de los desplazamientos para el enriquecimiento del tesoro interior. Entre los pensamientos que le sugieren los países que recorre, reencuentra las dos ideas centrales de su espíritu: el amor por la Belleza y la fe en el porvenir de la América latina, magnificadas y completadas. Nos hace, pues, escuchar como nunca, la voz de "bronce y de mármol" de Grecia y del Renacimiento, al mismo tiempo que constata "el hecho" de "la unidad moral," de la América hispana, que será mañana "unidad política," y aconseja con este fin algo que aún no había aparecido: la conservación y la continuidad de la tradición. Inclinándose ante el pasado en el cual es necesario que nos reconozcamos, tiene para el catolicismo, que forma igualmente parte de nuestra tradición, palabras de profundo respeto, exaltando una vez más la "literatura que se inspira, sin

mezquinas limitaciones, en el amor por la tierra," y no cesa de recomendar todo lo que pueda servir a "la afirmación de una manera nacional." "La persuasión que es necesario retomar hasta convertirla en el sentido común de nuestros pueblos -- dice él--, no es ni lo que la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en la existencia de las naciones, como no lo pueden en el individuo, en ausencia de ese valor irreductible y soberano: ser alguien, tener un carácter personal." Sabias palabras que concluyen de una manera suprema su labor. La obra de Rodó ha sido así el mensaje escuchado por el mundo hispano-americano. Ella ha aportado, con el más ferviente soplo de fe, las más propicias ideas. En el orden filosófico y estético, la cultura del sentimiento de la belleza como base de la armonía individual y social; en el campo psicológico y ético, la persistencia en la educación como medio regulador del desarrollo incesante del espíritu; en el dominio político, la unión moral y material de la América hispana, la reconstrucción de la Magna Patria de Bolívar, como único medio de salvar la personalidad nacional y de escapar de la absorción anglo-americana; en el terreno de la letras, finalmente, la interpretación de las sugestiones de la raza y de la tierra, como la única norma para crear una literatura autónoma. No obstante, una parte de esta obra, escrita para los hispano-americanos, por virtud de su elevación y de su perfección formal, sobrepasa su intención y alcanza una universalidad que la hace apropiada a todos los

hombres; así lo ha reconocido el crítico anglo-americano Isaac Goldberg, haciendo votos para que Motivos de Proteo sea traducido al inglés.

Los libros de Rodó han sido acogidos por la juventud de todo el continente como un evangelio y, habiendo orientado a toda una generación, han sido objeto de los comentarios más entusiastas. Con ocasión de la muerte de este gran escritor, numerosos críticos han publicado estudios sobre su obra, de los cuales los más interesantes son un libro de V. Pérez Petit, que contiene una biografía completa, un ensayo de Max Henríquez Ureña, que es una síntesis muy lograda, un folleto de Gonzalo Zaldumbide, rico en ideas y apreciaciones sobre el mundo hispano-americano, y un artículo de Pedro Henríquez Ureña, que es, quizás, el juicio más justo que haya sido escrito sobre esta obra. Pero mientras que, durante la vida de Rodó, sus comentaristas no han hecho sino alabarlo, ahora algunos se han permitido criticarlo severamente. El escritor peruano V. García Calderón ha sido el primero, según creo, en emitir reservas sobre su labor, en un opúsculo que no he recibido. Pero habiendo dado la nacionalidad de este crítico, uno se puede preguntar si el hecho de que Rodó se haya declarado admirador de Chile no habrá influido inconscientemente su juicio. Gonzalo Zaldumbide, en su estudio elogioso por algunos lados, se detiene a precisar las influencias y las limitaciones del gran escritor. Niega la originalidad de su obra, la eficacia de Motivos de Proteo, y

critica su forma. Pero si Rodó, como por otra parte todos nuestros escritores de ayer, ha sufrido influencias, ha encontrado inspiraciones en Renán, Guyau, Taine, Bergson, Emerson, él ha sabido modificarlas según su propia concepción, y presentarlas en una forma muy personal. Al hablar de su concepto de aristocracia intelectual, Francis de Miomandre, en el bello estudio que le ha consagrado, reconoce que su punto de vista "constituye un progreso evidente sobre el de Renán, demasiado desdeñoso y sobre todo demasiado desesperanzado." ¿En cuánto a su limitaciones, como la falta de ironía, se puede exigir a los escritores ser completos? ¿Las insuficiencias mismas no sirven para delimitar su personalidad? Motivos de Proteo es precisamente el libro más importante de Rodó porque aquí, uniendo al principio bergsoniano de la evolución creadora, "el ideal de una norma de acción para la vida," es donde se muestra más original, como lo ha hecho notar Pedro Henríquez Ureña. ¿En lo que concierne a su forma, en la cual la lengua más pura se enriquece de ciertos neologismos necesarios, no es ella el mejor ejemplo de lo que debería ser hoy la escritura hispano-americana? Un escritor de España, Ramiro de Maeztu, ha censurado al autor de Ariel en una serie de artículos, no ya por lo que ha dicho, sino por lo que, según él, ha dejado de decir: la necesidad del desarrollo material y de la voluntad de poder. Pero considerando nuestros problemas desde un punto de vista intelectual, Rodó debía necesariamente concretarse a

las normas ideales, dejando a los economistas o a los políticos el cuidado de las cosas materiales, aunque sin olvidarlas entretanto: en su primer libro se ocupa del desarrollo exterior de la sociedad, y, en un artículo del Camino de Paros, dice que la grandeza material, "lejos de ser reprensible," "es una energía necesaria que completa las otra," y saluda al porvenir "en la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder." Pero es un compatriota de Rodó, Alberto Zum Felde, quien lo ha atacado más rudamente. En un libro del cual ya me he ocupado, no solamente le niega toda originalidad y todo valor, sino que va hasta a enunciar que su obra constituye un "factor de decadencia." Mas es un hecho que Rodó les ha enseñado el camino a todos nuestros mejores escritores actuales, y que sus ideas (al menos su proyecto de unidad continental y su aspiración a una literatura autóctona) son el evangelio del movimiento literario que triunfa hoy en día en el continente, el Mundonovismo, así es cómo me complace llamarlo. Por consiguiente, si estas críticas prueban algo, es la vigencia de la obra de José Enrique Rodó, puesto que, datando en su gran parte de muchos años, continúa suscitando comentarios apasionados. El período de silencio que sigue a la muerte de los grandes escritores no ha llegado todavía para Rodó y quizás nunca llegue: sus ideas centrales son el eje de la grandeza futura de la América hispana.

XLII*

La literatura de vanguardia. -- Ricardo Güiraldes: Don Segundo Sombra, Proa, Buenos Aires. -- J. M. González Mendoza: La luna en el agua, El Universal Ilustrado, México. -- González Vera: Vidas mínimas, Ediciones Cosmos, Santiago (Chile). -- Alberto Guillén: Corazón infante, La Novela Peruana, Lima. -- Salvador Novo: Ensayos, Imprenta de la Nación, México. -- Hernández Franco: El hombre que había perdido su eje, Agencia Mundial de Librería, París. -- Memento.

El movimiento que se desarrolla hoy en las letras no es una tendencia "surrealista" nacida por generación espontánea, y no ha comenzado después de la guerra, como lo afirman algunos críticos jóvenes. Es la prolongación de la gran corriente que apareció al comienzo del siglo XIX, tendiente a liberar el arte literario de las limitaciones retóricas, de la tiranía de los modelos y a otorgarle una libertad mayor, una sinceridad más profunda, una personalidad más marcada. Primero fue el romanticismo el cual, eclipsado durante algunos años por la reacción del realismo naturalista y del Parnaso, ha resurgido a continuación con el simbolismo. Luego de una nueva reacción, la del neo-clasicismo y de la tendencia

*15 de abril de 1927.

socializante, ha reaparecido nuevamente algunos años antes de la guerra, y constituye lo que hoy se ha llamado **literatura de vanguardia**. Los movimientos que han interrumpido tal corriente han sido, sin embargo, eficaces; el realismo naturalista ha destruido lo que había de falso en el romanticismo: la sensiblería y la declamación; y la reacción contra el simbolismo ha abolido lo que había en él de artificial: el refinamiento facticio y el relajamiento de la lengua. Pero la corriente evolutiva debía seguir su curso. Como todo movimiento en vías de formación, la nueva literatura aparecía a primera vista muy compleja, anárquica, contradictoria. Pero si se la considera con atención se llegan a determinar sus características. Estas son, como siempre, de dos clases: transcendentes y ocasionales. Las primeras me parecen ser las siguientes:

a) Primitivismo. Tendencia a abandonar la tradición del Renacimiento, del clasicismo, del academicismo, para retomar la tradición de la antigüedad primitiva, de la edad media, del arte popular. Es decir, el deseo de abandonar las normas bellas, pero estrechas, por otras menos perfectas, pero más fecundas. b) Psicología integral. Intención de traducir, al mismo tiempo que los sentimientos y las ideas, los fenómenos no menos importantes del inconsciente; quiero decir, la intención de interpretar simultáneamente el mundo visible y el mundo oculto. c) Fantasía. Amor por lo extraordinario, por la sorpresa, por lo raro, por los colores enteros. Lo que

significa el deseo de liberar la literatura de las disciplinas científicas del siglo XIX, para aproximarla a la poesía eterna. d) Humorismo o ironía. Voluntad de considerar la vida con desasimiento o bajo un ángulo tan agudo que nos la haga ver con una deformación sugestiva. Es decir la afirmación de que en presencia del misterio del mundo, que la ciencia no ha podido esclarecer, no nos queda más que reír o sonreír. e) Técnica de "el horror a la literatura," de la imagen inédita y de la rapidez. Resolución de desembarazarse de los oropeles, de abolir la repetición, de renunciar a todo desarrollo inútil. Quiero decir, la intención de dar al arte literario una mayor pureza y un mayor poder de sugestión. f) Internacionalismo o cosmopolitismo. Curiosidad por los pueblos o por las cosas que se encuentran más allá de nuestro horizonte. Que no es sino la afirmación de la fraternidad humana, de la simpatía del hombre por el hombre, por sobre las divisiones convencionales en razas y en patrias. Las características ocasionales son ya la exageración de las transcendentales, ya el resultado de las novedades del instante fugitivo. Estas son: el gusto por las cosas y por las actividades mecánicas, máquinas, títeres, cinematógrafo, automovilismo, aviación y otros deportes; la técnica de la forma geométrica a la manera cubista, del estilo artificialmente obscuro, de la substitución del esquema en la pintura; el deseo de convertir el arte en un simple juego de conceptos, de palabras o de tipografía; el esnobismo o la

adoración de la moda y el gusto por los temas del gran mundo y de los protagonistas millonarios; y finalmente, el exhibicionismo y el mercantilismo. El movimiento de reacción que debe fatalmente sobrevenir hará desaparecer estas características efímeras, pero las otras, algunas menos, reaparecerán, después de cierto tiempo, enriquecidas.

La literatura nueva ha tenido eco en Hispanoamérica, no solamente debido a la inclinación que tienen estos pueblos a seguir todo lo que es europeo, sino también gracias a la virtud transcendental de este movimiento que lo ha hecho penetrar un poco por dondequiera. Poetas y prosistas ensayan las nuevas modalidades con ardor, si no siempre con éxito. Ricardo Güiraldes, argentino, es uno de aquellos que lo hacen con el mayor talento y discreción. El ha sabido, en efecto, asimilar los procedimientos que se concilian con la literatura hispanoamericana y dejar de lado aquéllos que le son incompatibles. Así, ha descartado el cosmopolitismo, bueno para las naciones europeas que poseen una rica tradición literaria, pero que no puede convenir a los pueblos jóvenes, que no tienen todavía esta tradición y que poseen, en su vida nacional, una materia valiosa y aún casi virgen para el arte. El único cosmopolitismo permitido a los escritores hispano-americanos es aquél de la simpatía y del acercamiento al extranjero, el cual ha impulsado a uno de ellos a publicar sus

libros en español y en francés.[1] En sus dos primeras obras: El cencerro de cristal, Cuentos de muerte y sangre, Güiraldes nos ha dado una colección de poemas de una versificación libre y de un acento nuevo, pero animados del sentimiento de la tierra y de la raza, de los cuales algunos, como "El hombre que pasó," son notas muy logradas, al mismo tiempo que una serie de cuentos un poco esquemáticos, a veces humorísticos, pero que reflejan la vida y la tradición autóctona, entre los cuales hay algunos, como "Facundo," que son bocetos muy expresivos de la realidad local. Güiraldes se anunciaba a través de sus cuentos como un excelente futuro novelista. En su libro siguiente: Rosaura, nos ofrece una pequeña novela muy curiosa, tanto por el tema como por la psicología y por la escritura. Es la historia de una joven de un pueblo de la Pampa, que se enamora de un desconocido que ve pasar en el deslumbramiento del tren de lujo; historia en la cual hay un análisis muy delicado del alma ingenua, y un motivo de sueños singulares muy bien acertado. Solamente el final: el suicidio de la muchacha que se lanza bajo el tren muestra un romanticismo un tanto común. Como todos los hispanoamericanos cultos, a Güiraldes le gustan los viajes y ha visitado varios países. Su libro Xaimaca es el diario de un viajero sentimental que recorre, junto a una dama joven tan bella como

---

[1]Creemos que se alude a Vicente Huidobro quien, al igual que Contreras, publicaba en ambas lenguas. De ser así, ésta sería la única alusión al notable poeta chileno en la obra crítica de Contreras.

misteriosa, diversos países, pero que no le son verdaderamente extranjeros: la América del Sur y las Antillas. Es una serie de visiones del mar y de la tierra, muy curiosas, al mismo tiempo que una historia sentimental de una gran penetración psicológica, escritas en un estilo rápido y nuevo, donde el escorzo feliz y la imagen inédita refuerzan admirablemente la expresión. Desafortunadamente, el autor no muestra ese espíritu hispanoamericano que nos hace ver toda la América hispana como nuestra propia patria, y llena su escritura con palabras y con giros franceses, a tal punto que la última frase de su libro no se puede comprender si no se conoce la lengua francesa. Esta novela, única en nuestras letras, ha tenido cierta repercusión en Francia. Valery Larbaud le ha dedicado un artículo en la Revue Européenne, en la cual ha reproducido algunas páginas. ¿Va a convertirse Güiraldes en un literato cosmopolita, opulento y triste, algo así como un nuevo Barnabooth? Por el contrario. Desembarazándose de sus influencias francesas, he aquí que acaba de publicar una gran novela argentina, expresión de la vida nacional en sus tipos más característicos, los gauchos, y en su medio más pintoresco, la Pampa: Don Segundo Sombra. Don Segundo es el gaucho tradicional, diestro y silencioso, rudo y espiritual, que sabe tanto domar potros y arrear millares de cabezas de ganado, como contar historias e improvisar versos. El joven que narra efectúa en su compañía innumerables trayectos, conduciendo los tropeles a través de la inmensa llanura. Y con

ellos, asistimos a las manifestaciones más características de la vida autóctona: grandes rodeos, ferias pueblerinas, riñas de gallos, corridas de caballos, duelos a cuchillo. Gracias a ellos, conocemos las expresiones más curiosas del folklore nacional: cuentos o tradiciones, bailes antiguos, coplas, refranes, modismos. En la literatura francesa, las costumbres y el arte autóctono son hoy en día desestimados debido al abuso o al mal empleo que se ha hecho de ellos. No obstante, el folklore es psicología colectiva, y las costumbres son igualmente psicología y atmósfera locales. Y en los jóvenes pueblos hispanoamericanos, todo eso está aún vivo y no ha sido debidamente interpretado por el arte. El error corriente en el empleo de estos elementos consiste en subordinarlos a la psicología y al designio individual, como lo han hecho nuestros viejos escritores costumbristas. Güiraldes es demasiado artista para caer en tal error. Los personajes de esta novela tienen una vida intensa, un carácter bien definido. En el centro, la figura de Don Segundo se destaca dura, al mismo tiempo que bienhechora, como un viejo ombú[7] de la Pampa. Bajo su sombra, el joven narrador se revela vivo, aunque serio, lleno del vigor de la existencia primitiva y de los ímpetus de la juventud. Alrededor de ellos, innumerables personajes menores, pastores, criados, sirvientes, viejas curanderas, borrachos inveterados, se yerguen con una

---

[7] Ombú, árbol muy grande que crece en la inmensa llanura argentina.

animación evidente y con rasgos inconfundibles. Y además, los caballos que forman parte de los centauros gauchos, los tropeles, los toros salvajes, los cangrejos voraces que infestan algunos lugares, los pájaros, el viento, la tierra y el cielo mismo viven una vida impetuosa y espléndida. Y no es solamente el espectáculo del mundo visible el que se ofrece a nuestra curiosidad, son también, a veces, ciertas apreciaciones del mundo invisible. El narrador tiene un sueño singular que ve pronto realizado, y un pobre gaucho solitario se siente perseguido por los demonios, la noche misma en que muere lejos de él su hijo que creen embrujado. Así, pues, Don Segundo Sombra no es la novela común con una intriga única y bien conducida, tal como lo exigen los editores franceses; es la novela, con la amplitud de epopeya, de un mundo, de una región, de una época. Empero, debido a la idea que ha tenido el autor de hacer contar la historia a un personaje rústico, este bello libro está escrito en el español corrupto del campo argentino, sabroso sin duda, pero que no puede ser comprendido, como sería preciso, más que por los lectores del propio país. Es muy lamentable, ya que los argentinos no son más que una ínfima parte de los millones de personas que hablan español, y esta novela debería ser leída por todos.

Señalaré todavía, entre los jóvenes que siguen más o menos la nuevas tendencias, a J. M. González de Mendoza, mexicano, quien, en una breve novela: La luna en el agua, nos ha dado un pequeño cuadro de su país, tan admirable por su

carácter nacional como por la finura de la psicología y el frescor intacto de la imágenes; González Vera, chileno, quien ha publicado una recopilación de cuentos de una observación muy sagaz y de un estilo singularmente fino: Vidas mínimas; Alberto Guillén, peruano, que acaba de darnos una especie de idilio en el cual el humorismo se mezcla con el sentimiento de una manera esquemática muy delicada: Corazón infante; Salvador Novo, mexicano, y Hernández Franco de la República Dominicana, quienes, en sus recientes obras: Ensayos y El hombre que había perdido su eje, se demuestran como escritores sutiles, aunque contaminados por el esnobismo. Hablaré de ellos más extensamente con ocasión de sus nuevos libros.

Memento. -- Mariano Brull: Quelques Poèmes, Editions l'Equerre, Bruselas. Poemas muy finos (como ese delicioso "Polvo de estrella") de este joven poeta cubano, excelentemente traducidos por Francis de Miomandre y Paul Werns. -- Fausto, traducción en verso de Augusto Bunge, Rosso y Cía., Buenos Aires. Es, quizás, la mejor versión en lengua española del famoso poema de Goethe. -- Alejandro Sux: L'Assassin Sentimental, Agencia Mundial de Librería, París. Novela traducida del español por Adrienne Salers. Nos ocuparemos de la obra original que la Agencia Mundial de Librería ha publicado igualmente en sus bellas ediciones. Bajo el título de Teseo, salen a luz en Montevideo volúmenes de estética y de arte, colección periódica muy interesante. El

último, enteramente redactado por uno de sus directores, Eduardo Dieste, incluye estudios tan bien documentados como curiosos sobre la pintura y la escultura, sobre el arte y los artistas uruguayos. La revista Nuestra América, de Buenos Aires, ha comenzado a aparecer bajo la dirección de Enrique Stefanini, con su bello programa de ayer: aproximarse a los escritores del continente y servir la causa del hispano-americanismo. En sus últimos números notamos un artículo, "Solidaridad," de Montiel Ballesteros, "Cuentos blancos y negros," de Alberto Guillén, "La flauta-cóndor," de Carlos Quiroga. Esta empresa publica igualmente libros de buenos autores, muy bien presentados. Bajo el título de París-América, una publicación mensual ha comenzado a salir a luz en París en volúmenes que contienen novelas y artículos de los mejores autores hispanoamericanos, españoles y franceses. El primer volumen contiene cuentos de J. Vasconcelos, J. de Viana, A. Capdevila, Unamuno, E. d'Ors, J. A. Nau, y artículos de Max Daireaux, F. de Miomandre, E. Vuillermoz. Este constituye un muy bello libro. Atenea es una muy interesante revista de ciencias y de letras, publicada por la Universidad de Concepción (Chile). Dirigida por un grupo de profesores bajo la presidencia de Enrique Molina, rector de esta universidad, tiene como representante en Santiago al conocido novelista Eduardo Barrios. En los últimos números, podemos señalar: "Calíope o de la cultura de las letras," de E. Molina, "Aliste, el sepulturero," de González Vera, "La

leyenda de la joyas de la reina Isabel," de R. Donoso. En Jalapa (México), una revista de vanguardia de letras y de actualidades nacionales aparece bajo el título de Horizontes. Su director es C. Lizt Arzubide. Notamos, en sus últimos números, "El Popol-Vuh, biblia maya quiché," "La estética de la revolución," por L. Méndez. El Repertorio Americano, de San José de Costa Rica, continúa realizando su noble programa de difusión de la cultura hispanoamericana y del hispano-americanismo. En el último número, hemos señalado "Dos artículos" de Edwin Elmore, "Los pecados de América," de J. Zalamea y "Armando Chirveches," de A. Arguedas.

XLIII*

Obras de historia. -- Gonzalo Bulnes: Guerra del Pacífico (tercer y último volumen), Imprenta Universo, Valparaíso. -- Hugo D. Barbagelata: Para la historia de América, Agencia General de Librería, París. -- Alcides Arguedas: Historia de Bolivia, López Robert y Cía., Barcelona. -- Roberto Levillier: Nueva crónica de la conquista de Tucumán, Ediciones de "Nosotros," Buenos Aires. -- Memento.

La literatura propiamente dicha se desarrolla hoy en día con tanto vigor en Hispanoamérica que las colecciones de versos, las novelas, los libros de crítica son muy numerosos. En estas crónicas, dedicadas especialmente a esta literatura, falta el espacio, pues, para tratar sin demora los libros de otro género: de ideas, de ciencia, de historia, que aparecen en número igualmente creciente. Así, yo no había podido desde hacía mucho tiempo consagrar una crónica a las **obras de historia**, a pesar de que hay actualmente en la repúblicas hispanoamericanas numerosos escritores de este género, quienes publican a menudo libros dignos de toda consideración.

Gonzalo Bulnes, chileno, es uno de los historiadores más notables del continente. Concienzudo y metódico, tan cuidadoso de la documentación como de la justa estimación del pasado, ha

---

*1º de agosto de 1927.

hecho una obra larga y sólida, de un gran interés nacional. Primero ha publicado varias obras reveladoras y completas sobre diversos conflictos o guerras sud-americanas: Historia de la campaña del Perú en 1833, Historia de la expedición libertadora del Perú (dos volúmenes), Ultimas campañas de la independencia del Perú, Chile y la Argentina, un debate de 55 años. Luego nos ha dado una obra integral sobre el conflicto armado más importante de la América del Sur, cuyas consecuencias todavía se hacen sentir: la historia de la Guerra del Pacífico. En los dos primeros volúmenes, de los cuales ya me he ocupado, valiéndose de una abundante documentación y con el mayor discernimiento, trata el origen del conflicto que ha provocado esta guerra, de la verdadera causa de la ruptura de hostilidades y de las dos grandes etapas de la lucha. En el último volumen, nos habla con mucha precisión y claridad de la ocupación del Perú por las tropas chilenas y del tratado de paz. Esta ocupación fue larga y fastidiosa porque el vencedor se encontró frente a un pueblo desorganizado por la derrota, y sin saber con quién entenderse. El presidente del Perú, Piérola, se había retirado al interior del país y rehusaba tratar sobre las bases impuestas por el vencedor. Los notables del Perú constituyeron entonces un gobierno provisorio destinado a hacer la paz. Pero este gobierno pronto entra en relaciones con una institución de crédito europea que tenía intereses en el país, la cual le prometía fondos para pagar una indemnización en dinero, y se

dirige al gobierno de Estados Unidos, solicitando una intervención que debía convertirse en desastrosa para la América latina: algunos años más tarde, debía costarle a Cuba la independencia a la cual este país tenía derecho. El secretario de Estado de los Estados Unidos, J. Blaine, quien ha sido "uno de los hombre más discutidos de su tiempo," entra en el contubernio e intervine en el conflicto con una altivez y una rapacidad imperialista sorprendentes para ese momento. Pero algún tiempo después, Blaine fue reemplazado por F. Frelinghuysen, político que "seguía la tradición de G. Washington," quien denuncia estas maniobras y se propone no intervenir entre los dos pueblos soberanos más que de una manera amistosa. El enviado de Estados Unidos, W. Trescot, accede a la cesión a Chile de Tarapacá, cuya población era en un 80% chilena, y en cuanto a Tacna y a Arica, que este país quería "como garantía de la situación creada por la guerra," propone que su adquisición se haga por compra. El gobierno de Chile insinúa al de Bolivia que le cedería a su vez Tacna y Arica si se decidía a negociar separadamente. Pero el presidente de este último país rehúsa a separarse de su aliado, y el vice-presidente provisorio del Perú rechaza la propuesta del representante de los Estados Unidos. De este modo, la ocupación se prolongaba, y desde todas partes se dejaba escuchar que Chile no quería retirar sus fuerzas del Perú. Ahora bien, el presidente de Chile, por el contrario, deseaba hacer volver lo más pronto a su ejército, que había

tenido que rechazar las frecuentes agresiones de los diferentes caudillos y soportar las epidemias del país tropical. Felizmente, cuando la paz parecía lo menos realizable, el general peruano Iglesias, afligido por la situación de su país, lanza un manifiesto condenando la actitud de sus compatriotas y declarando que era necesario entenderse con el enemigo victorioso. Los caudillos estuvieron indignados con esta proposición. Pero las tropas de uno de ellos, de Cáceres, fueron derrotadas por el ejército chileno que tomó en seguida Arequipa, donde el vice-presidente provisorio se había atrincherado. Los representantes de Iglesias entraron entonces en negociaciones con los de Chile. Convinieron en ceder Tarapacá, y deseando, en lo que concernía a Tacna y a Arica, una solución menos perentoria que la venta, uno de ellos, Lavalle, propuso la ocupación de estos territorios por Chile durante diez años, al fin de los cuales un plebiscito decidiría si debían permanecer en su poder o bien restituirse al Perú, lo que el gobierno chileno aceptó. Tal fue el tratado de Ancón. El representante de Chile había pedido que la forma del plebiscito fuera fijada, pero el presidente de su país no lo había creído necesario. Grave error, sin duda. Ya que la nueva generación peruana que debía proceder al plebiscito podría no entender el espíritu de este tratado, sino su sentido literal, como ha sucedido. Bolivia, que aún no había querido negociar, se decidió finalmente a enviar a Santiago a sus delegados, quienes solicitaron la

cesión de Tacna y de Arica. Pero como estos territorios le habían sido ofrecidos para que negociara ante el Perú, el presidente de Chile rehusó cedérselos. Se convino entonces en una tregua indefinida que duró hasta 1904, año en que los dos países firmaron definitivamente la paz. Bulnes narra todas las complicadas peripecias de estas negociaciones apoyándose en una documentación tan abundante como incontestable. Demuestra las maniobras de la intervención de Blaine con los actos de su representante en el Perú, con las palabras de Trescot a su regreso a los Estados Unidos, y elucida el verdadero espíritu del tratado de Ancón a través de las cartas de Iglesias y de Lavalle y por las actas del uno y del otro. Luego da testimonio de una certeza de juicio, de una imparcialidad que le lleva a desaprobar algunos actos de sus compatriotas. Así, condena la conducta del jefe de la expedición a Junín, aprueba al general que le substituyó, censura la manera demasiado violenta con la que se reprimían las guerrillas y trata severamente a los empleados chilenos colocados en la administración del Perú, quienes veían con placer que se prolongara la ocupación. Bulnes ha rendido con este libro un verdadero servicio a los países que tomaron parte en la lucha y en general a Hispanoamérica.

> Cierro estas páginas --dice él al terminar--, con un voto que arranca de mi corazón de chileno y de americano. La familia se constituyó para que sus miembros se ayudaran entre sí, en las

> eventualidades de la vida. La América es una familia. Las naciones que la forman están unidas por la comunidad de destinos, de deberes y de responsabilidades en el presente y en el futuro. Que no lo olviden, poniendo de su parte unas y otras la magnanimidad que cicatriza las heridas, que alivia los dolores pasados, y abre para todas un porvenir de luz y de justicia.

No cabe duda que si los pueblos aún en litigio se inspiraran en las enseñanzas de esta Historia, llegarían a entenderse y a establecer definitivamente la unión de la América del Sur, tan necesaria actualmente. Bulnes es un hombre de ese Chile de ayer, del cual J. E. Rodó decía que era el ejemplo de la América del Sur. A pesar de su edad, de sus ocupaciones de político y de diplomático, él cultiva los estudios históricos como un apostolado. La última vez que lo he visto, me dijo que se proponía escribir una historia de Bolívar. Ya se ha escrito mucho sobe el gran héroe de la independencia, pero es seguro que un estudio de este historiador tan concienzudo y tan perspicaz sería el libro definitivo.

Hugo D. Barbagelata, uruguayo, se ha hecho notar como un historiador e investigador minucioso que, tal como lo ha dicho José E. Rodó, muestra "un entusiasmo apasionado por aquello que la historia encierra de majestuosa epifanía de un culto nacional, de grata comunión de un sentimiento colectivo."

Luego de haber publicado dos pequeños libros interesantes, Páginas sudamericanas y Bolívar y San Martín, nos ha dado una obra sobre el héroe nacional de su país, que es una contribución de gran importancia a la historia de la emancipación de Hispanoamérica: Artigas y la revolución americana. Contrariamente a lo que ha sucedido con otros héroes de la revolución, José Gervasio Artigas, aunque considerado por los uruguayos como el padre de la patria, no era conocido en el continente en su verdadera magnitud, debido a rumores malévolos esparcidos por sus enemigos. Barbagelata nos lo presenta en toda su grandeza, como jefe de las milicias de su país, como caudillo de la independencia, como hombre de estado clarividente, como ciudadano fuerte y digno en las guerras contra las invasiones inglesas, en la lucha contra España, contra Buenos Aires y contra Portugal, en sus famosas "Instrucciones del año XIII," y finalmente en su largo exilio en el Paraguay. Otros historiadores uruguayos habían escrito sobre Artigas, pero nadie le había consagrado un estudio como el de Barbagelata. Se puede por lo tanto decir que éste ha llegado a colocar al héroe nacional del Uruguay en el rango elevado que le cabía: al lado de los grandes capitanes de la independencia, Bolívar, San Martín , Sucre, O'Higgins. Ultimamente, Barbagelata ha publicado un volumen compuesto por algunos estudios históricos y una selección de sus crónicas sobre la guerra europea: Para la historia de América. Es un aporte importante de elementos históricos sud-americanos, al

mismo tiempo que un testimonio de adhesión a la causa de la latinidad, personificada por Francia. El autor afirma su culto por la historia de América y su amor por el tronco latino y el genio francés. Este historiador es un trabajador entusiasta en favor de la cultura hispanoamericana y del acercamiento entre Hispanoamérica y Francia. Además de dos estudios en francés, L'Influence des idées françaises dans la Révolution et dans l'évolution de l'Amérique espagnole y Napoléon et l'Amérique espagnole, ha publicado también una recopilación de Pages choisies de José Enrique Rodó (traducción de F. de Miomandre), precedida de un estudio sobre el gran escritor, al mismo tiempo que ha reunido las cartas (desgraciadamente no todas las más importantes) de Rubén Darío y de Rodó, y ha editado diversos libros selectos hispanoamericanos y brasileños. Hay mucho que esperar del fervor y de la actividad de este escritor.

Alcides Arguedas, boliviano, quien escribe (ya lo he mencionado) una Historia de Bolivia desde la independencia hasta nuestros días, ha publicado el segundo y el tercer volumen de su obra: Los caudillos letrados y La plebe en acción. Pero será en otra crónica donde podré hablar en detalle de esta historia tan extensa como importante. Por su lado, Roberto Levillier, argentino, publica una Nueva crónica de la conquista de Tucumán, de la cual acaba de sacar a luz el 4º volumen. Pero será también en otra ocasión que dedicaré a esta obra, llena de consideraciones y de documentos nuevos, el

comentario que merece.

Memento. -- Rafael Heliodoro Valle: El convento de Tepotzotlán, Museo Nacional, México. Historia y descripción de este convento famoso, maravilla del arte del México colonial, escritas por un autor que es erudito y poeta. -- Isaac Barrera: Quito colonial, Imprenta Nacional, Quito. Estudio muy curioso de las costumbres y de las letras del Ecuador durante el siglo XVIII y comienzos del XIX, que ofrece admirablemente bien la atmósfera y el espíritu del país y de la época. -- Ricardo Donoso: Don Benjamín Vicuña Mackenna, su vida, sus escritos y su tiempo, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). Notable estudio sobre este famoso escritor y su época, en el cual el autor se revela como un investigador y un crítico poco comunes. -- Cornelio Hispano: El libro de oro de Bolívar, Garnier, París. Episodios muy expresivos de la vida del libertador, que el autor a menudo ha tomado prestado de otros historiadores. -- Alberto Carvajal: Benalcázar y otros ensayos, Carvajal y Cía., Cali. Curioso trabajo sobre hombres y hechos famosos. -- Andrés Ponte: Bolívar y otros ensayos, Cosmos, Caracas. Recopilación llena de hechos interesantes sobre el libertador y su ascendencia. -- O. Méndez Pereira: Justo Arosemena, Imprenta Nacional, Panamá. Notable estudio sobre este ilustre hombre público e historiador colombiano. -- Manuel Domínguez: Eldorado, Rodríguez Giles, Buenos Aires. Curioso trabajo sobre la verdadera situación geográfica del

famoso país del oro. -- J. J. de Abreu y Lima: Resumen histórico de la última dictadura del Libertador Simón Bolívar, O Norte, Rio de Janeiro. -- J. M. Carbonell: Manuel Sanguily, El Siglo XX, La Habana. Volveremos a hablar de algunos de estos libros. -- Guillermo Viviani Contreras: Sociología chilena, Nascimento, Santiago (Chile). Estudio muy interesante sobre el estado social de Chile y sobre los medios para mejorarlo. -- C. Sánchez Viamonte: Del taller universitario, Derecho político, Ediciones de Sagitario. Dos libros llenos de ideas nuevas, muy interesantes. También volveremos a hablar de estas obras. -- La Campana de Palo es un periódico mensual de letras y de polémica, muy animado y muy simpático, que sale a luz en Buenos Aires. En uno de sus últimos números, encontramos una encuesta sobre el peor libro argentino de 1926. L. Lugones, R. Rojas, H. Quiroga, Martínez Zuviría, N. Coronado, A. Storni, A. Hidalgo, J. L. Borges respondieron que el peor libro era Zogoibi de Enrique Larreta. ¿Es posible?

XLIV*

Obras de crítica. -- Ricardo Sáenz Hayes: Blas Pascal y otros ensayos, J. Samet, Buenos Aires. -- Luisa Luisi: A través de libros y de autores, Nuestra América, Buenos Aires. -- E. Suárez Calimano: 21 ensayos, Nosotros, Buenos Aires. -- Félix Lizaso y J. A. Fernández de Castro: La poesía moderna en Cuba, Hernando, Madrid. -- Memento.

Autores ya conocidos y muchos jóvenes publican sin cesar **obras de crítica** interesantes. Dejaré para otra crónica a los primeros, de los cuales ya me he ocupado, y hablaré aquí de algunos jóvenes, no pudiendo ocuparme de todos a la vez.

Ricardo Sáenz Hayes, argentino, redactor de La Prensa de Buenos Aires, es un hombre culto, que ha escrito sobre las letras extranjeras de una manera sintética, pero con gran certeza y sagacidad. Los cortos ensayos que ha publicado en ese periódico son excelentes páginas de crítica informativa. De modo que cumple una valiosa tarea de difusión de la cultura en nuestros países. Ha podido constituir, así, recopilaciones muy interesantes; primero, De Stendhal a Gourmont, la cual no he recibido. En el presente, Blas Pascal y otros ensayos, donde nos habla de algunos maestros europeos, principalmente franceses. Al autor de las Provinciales le dedica un trabajo

---

*1º de noviembre de 1927.

de cierta extensión, en el cual estudia su espíritu a través de su vida y su obra, con tanta finura como magnitud. Los admiradores de Pascal se esfuerzan en despojarlo de su pirronismo y en negar la autenticidad del "Discurso sobre las pasiones del amor," mientras que sus detractores, como Condorcet,[1] lo consideraron como un desequilibrado. Sáenz Hayes lo presenta tal como fue: "amante y asceta, racionalista y místico," es decir "como la más asombrosa síntesis de humanidad." Con igual perspicacia estudia la personalidad doliente y atormentada de Chateaubriand. Su infancia solitaria y su juventud en medio del fuego de la Revolución modelaron, sin duda, el carácter desesperado de este escritor. Pero como conocía también el triunfo y la alegría, nuestro crítico piensa con razón que debía haber en su obra mucha actitud literaria.

Al tratar a Molière, Sáenz Hayes se pregunta si interpretaba íntegramente la sociedad de su época. Sin duda, pinta magistralmente a la nobleza. Pero cuando representa a algún tipo popular, como el mendigo en Don Juan, no parece tratarlo con esa simpatía que es la base de la comprensión. Joubert le inspira una gran admiración a nuestro crítico, y le dedica páginas fervientes, lo que es tanto más notable ya que este autor no es muy conocido en nuestros países. Sáenz Hayes se ocupa además de dos grandes autores ingleses. Al examinar

---

[1]Antoine de Condorcet (1743-1794), filósofo, matemático y político francés, que se envenenó durante el Terror para escapar al cadalso.

"el enigma shakespeareano," del cual la crítica de hoy se ha preocupado tanto, no cree que las hipótesis de A. Lefranc y C. Demblon sean aceptables, puesto que no es raro ver al autor disentir en su obra debido a ese "bovarysmo" mental tan frecuente. Pero frente a la autobiografía de Bacon, publicada por el Mercure de France, se ve forzado a dejar sin respuesta el interrogante a este enigma. A pesar de ser Bacon muy conocido en América, nuestro crítico estudia su actitud excepcional frente a la vida, juzgando que su rebelión heroica, sin duda, no puede dejar nunca de interesar. Mas Sáenz Hayes nos habla también de los grandes maestros españoles. Recuerda con una emoción contagiosa la rivalidad que dividía a Cervantes y a Lope de Vega, a causa de sus destinos tan diferentes, para mostrárnoslos finalmente reconciliados en el dolor. Comenta el extraño caso de Gracián, quien cuenta con tantos admiradores y, sin embargo, ha sufrido dos siglos de olvido, y nunca ha podido ser fielmente traducido, de modo que en el extranjero está aún por ser descubierto. Sáenz Hayes aparece en este libro como un artista tanto por su sensibilidad como por el estilo. Así, ha podido darnos también una obra de imaginación: El viaje de Anacarsis, novela de un argentino que hace un viaje por Europa y trae a París la vida frívola de sus compatriotas, pero que estudia y reflexiona al mismo tiempo. Libro agradable en el cual hay observaciones, y sobre todo ideas que manifiestan el espíritu crítico del autor.

Luisa Luisi, uruguaya, quien ya se había dado a conocer como poeta delicada, se ha revelado como crítica ferviente y sagaz en un sólido volumen de ensayos: A través de libros y de autores. Aunque nos previene en el prefacio que su crítica es totalmente impresionista y que no escribe más que para exaltar lo que admira, ella sabe rescatar la significación de los autores y, a veces, hacer una observación y hasta una crítica. Pero pone en su trabajo un entusiasmo tal, que su juicio se expresa en un estilo fogoso, todo fervor y espontaneidad. De este modo, estudia principalmente a los buenos escritores de su país. Dedica numerosas páginas, vibrantes de admiración, a la obra del novelista Carlos Reyles. Este vigoroso y fecundo escritor se ha entregado, empero, a probar en sus novelas sus ideas que no son las mejores, mostrándose inepto para interpretar la vida sin intervenir en ella, como lo hace todo buen novelista. Nuestra crítica hace mal en considerar la novela desde el punto de vista sociológico; percibe, no obstante, algo en este sentido y nos dice que es en su último libro donde Reyles se muestra más artista y menos ideólogo. Los capítulos que dedica a M. Ballesteros y a V. Salaverri son de un tono admirativo muy justificado. Ballesteros tiene el don de saber asir la vida y la belleza autóctonas. Pero pienso que es más diestro cuando se inspira en la tradición que cuando quiere interpretar el conflicto entre ésta y el progreso: el arte perdurable no puede florecer en un estado social transitorio. Salaverri se distingue por su facultad de

capturar la realidad viviente y por su forma escorzada a veces excesiva. Pero es en sus últimas obras donde ha manifestado toda la fuerza de su talento. No obstante, el mejor trabajo de este volumen es el dedicado a Delmira Agustini, poetisa pura que vivió en la exaltación y murió trágicamente. Nuestra crítica admira en ella su asombrosa intuición, que la hace a veces alcanzar las cimas del pensamiento, y sus imágenes ardientes y preciosas, que tienen algo de la pedrería viviente de Baudelaire. Sin duda, Delmira Agustini ha sido la primera poetisa excelente que ha tenido Hispanoamérica. Pero Luisa Luisi no olvida a los jóvenes poetas y nos habla igualmente de Juana de Ibarbourou, de F. Silva Valdés, de Sabat Ercasty, considerándolos como la personificación de la gracia, de lo pintoresco y de lo profundo en las letras nacionales. Yo no he recibido los libros de Silva Valdés, pero tengo los de Ercasty y los comentaré. Finalmente nuestra crítica consagra algunas páginas fervientes al admirable novelista chileno Eduardo Barrios y un estudio no menos entusiasta al noble poeta mexicano E. González Martínez. Pero, aquí, su idea errónea de considerar la poesía desde el punto de vista de las ideas la lleva a la extraña conclusión de creer que el poeta de la "Muerte del cisne" es superior a Rubén Darío. La literatura uruguaya ya tenía bellos líricos y novelistas. Desde ahora, tiene en Luisa Luisi a una excelente crítica.

E. Suárez Calimano, argentino, reseña libros en la revista Nosotros, y es un joven crítico de cualidades poco

comunes. Aunque muy culto, juzga siguiendo un simple criterio humano, y, a pesar de estar al corriente de las nuevas tendencias literarias, no se ajusta a la moda y desdeña las querellas del cenáculo. Sus trabajos tiene así una amplitud rara y un giro muy personal. En la recopilación que acaba de publicar: 21 ensayos, se ocupa de algunos escritores actuales de las principales repúblicas hispanoamericanas, como también de España. Entre los argentinos, nos habla de J. L. Borges, aprobando su acción innovadora, de A. Lagorio, poniendo en evidencia su talento vigoroso e inquieto, de F. López Merino, alabando su poesía simple y sincera. No conozco la obra de Borges, pero tengo un libro de Lagorio del cual me ocuparé, y estoy perfectamente de acuerdo con el crítico. Entre los chilenos, aprecia sobre todo a Eduardo Barrios y al prosista lírico Pedro Prado, quienes están precisamente entre los mejores escritores de ese país. Habla igualmente con gentileza de la poetisa María Monvel. Pero al tratar a Gabriela Mistral, irritado por el excesivo ruido que se ha hecho alrededor de su nombre, se descamina: Gabriela Mistral representa en nuestras letras un valor tan puro, tan neto, que no es posible negarla sin cometer una injusticia. Por el contrario, nuestro crítico habla de dos cubanos: Hernández Catá y Carlos Loveira, con una generosidad que le honra. Los estudios que dedica a los mexicanos González Martínez y Alfonso Reyes son justos, aunque a mi entender Reyes sea más personal en El plano oblicuo que en todos sus poemas. Lo que dice de tres uruguayos: Salaverri,

F. Manzzoni, Juana de Ibarbourou, está igualmente lleno de lucidez, a pesar de que, según mi parecer, lo censurable en las poetisas, no es la sensibilidad, sino el narcisismo, más común entre ellas que entre los hombres. De los tres españoles de los que escribe: Araquistain, Alfonso Dávila, A. Quesada, del segundo, continuador del maestro de los Episodios Nacionales,[7] escribe páginas reveladoras. Suárez Calimano muestra en sus trabajos una sagacidad y una independencia muy rara en un joven. Así, aprueba el plan innovador de Borges y reconoce la facultad renovadora del peruano A. Hidalgo, pero censura la arbitraria ortografía del primero y discute la originalidad de la estética del segundo. Muestra además un espíritu hispanoamericano que no es común entre los escritores argentinos. Se interesa igualmente por todos los buenos autores del continente. Y si cree que nuestras repúblicas constituyen hoy diversos grupos, uno formado por la Argentina, Chile y el Uruguay, el otro por el Perú, Bolivia, el Ecuador, etc. (división mucho más exacta que aquélla que pretende repartirlos en países del Atlántico y países del Pacífico), piensa que, en algunos años, ellas no formarán sino un solo gran pueblo. Críticos como él son los mejores factores de este acercamiento, y libros como el suyo son ya una expresión de esta unidad.

Julio Noé, a quien ya he presentado aquí como uno de los

---

[7]Referencia al novelista español Benito Pérez Galdós (1845-1920).

buenos críticos de la Argentina, nos ha dado una gran Antología de la poesía argentina (1900-1925). Es un cuadro tan vasto como importante donde figuran numerosos poetas, en general realmente interesantes. Entre los de más edad se distinguen, L. Lugones, A. Estrada, Díaz Romero, A. Ghiraldo; entre los jóvenes, E. Banchs, E. Montagne, R. A. Arrieta, B. Fernández Moreno, E. M. Barreda, A. Storni, E. Capdevila, y entre los que se han dado a conocer recientemente, E. Martínez Estrada, F. Bernárdez, O. Girondo, J. L. Borges, etc. Sin duda, habría merecido la pena comenzar la selección antes de 1900 e incluir a Leopoldo Díaz, que ha sido el primer modernista argentino, y también a Almafuerte, quien, en algunos aspectos, es moderno. Pero tal como está, esta antología es muy sugestiva y su compilador ha rendido con ella un gran servicio a las letras de su país. Por su lado, F. Lizaso y J. A. Fernández de Castro, cubanos, nos han dado una antología de su país: La poesía moderna en Cuba, que es en cierta medida la continuación de la excelente antología de Chacón y Calvo, que ya he mencionado aquí. No nos presentan un conjunto de poetas tan considerable como hace Noé, pero nos dan a conocer a algunas figuras sobresalientes del período modernista, como Julián del Casal, J. Martí, Juana Borrero, B. Byrne, y algunos recién llegados interesantes como A. Acosta, R. Boti, J. M. Poveda, M. Brull, etc. Tienen una larga introducción conjunta y retratos minuciosos, que hacen de esta antología un modelo en su género.

Memento. -- José Antuña: Litterae, Maison d'Editions franco-ibéroaméricains, Paris. Estudios llenos de fervor sobre algunos escritores hispanoamericanos y sobre ciertas cuestiones literarias o estéticas de las cuales esperamos hablar en detalle. -- Alberto Guillén: Deucalion (sin editor), Lima. En el prefacio, un literato peruano residente en París, para responder a las alusiones que nosotros habiamos hecho aquí a los errores de su trabajo sobre Rubén Darío (alusiones completamente literarias y en el tono que siempre empleamos), nos lanza sin respiro las palabras inmundas que el populacho siempre tiene en la boca; es una explosión venenosa que enloda este libro al punto de hacer su lectura imposible; este atrevido mancilla a su amigo. Me ocuparé de los otros libros de Guillén. Bajo el título de Ulises, acaba de ver la luz en México una revista de letras y de ideas muy interesante, dirigida por dos de los mejores escritores jóvenes: Salvador Novo y Xavier Villaurrutia. En los primeros números, notamos un estudio sobre "Antonio Caso," por L. Ramón, un curioso poema de C. Pellicer, sutiles prosas de Novo y de Villaurrutia. Amauta es una revista de cultura moderna, de reforma nacional y de hispano-americanismo, llena de interés, la cual aparece en Lima; está dirigida por Carlos Ariestegui. Desgraciadamente, su director, al igual que B. de la Parra del Riego, director de Guerrilla, otra interesante joven revista, y numerosos intelectuales, acaban de ser encarcelados por el gobierno que quiere forzarlos a callar. Como igualmente se ha

puesto poco antes en prisión en Cuba y en Bolivia a numerosos intelectuales; Nosotros, de Buenos Aires, dice que todo eso se debe a la presión ejercida por la diplomacia de Estados Unidos sobre los gobiernos de estos países. Protestamos aquí contra tales atentados a los derechos del pensamiento y de sus representantes más sinceros, los jóvenes.

XLV*

La cultura hispanoamericana. -- Artemio del Valle Arizpe: Doña Leonor de Cáceres y Acevedo, Tipografía Artística, Madrid. -- E. Abreu Gómez: Romances de reyes, Espasa-Calpe, Madrid. A. Ostria Gutiérrez: Rosario de leyendas, A. Puego, Madrid. -- Memento.

Contrariamente a lo que se cree, hay una **cultura hispano-americana** particular y tradicional. La civilización de España, floreciente en la época de la conquista, fue sin duda el factor principal, pero el saber de los pueblos aborígenes le otorga también importantes contribuciones y la influencia del medio le pone su impronta. Tres de estos pueblos: el Azteca, el Inca y el Chibcha, poseían una arquitectura monumental, nociones de astronomía y sobresalían en el trabajo del oro y de las piedras preciosas: eran realmente civilizados; mientras que otros, como el Arauco, el Guaraní y el Araucano, aunque practicaban con habilidad ciertas industrias, no eran más que salvajes. Ahora bien, como los conquistadores españoles, contrariamente a los colonizadores ingleses del Norte, cristianizaron a la población indígena y se mezclaron con ella, la cultura de España se esparció a través del continente con un vuelo y una rapidez extraordinarios. De suerte que, a

---

*1º de marzo de 1928.

comienzos del siglo XVII, es decir en el momento en el cual no existían en la América inglesa más que aldeas y escuelas elementales, en los principales países de las posesiones españolas se elevaban ciudades populosas donde se veían espléndidas catedrales y grandes universidades, y por doquier se desarrollaban las artes y las industrias, se cultivaban la letras y se estudiaban las costumbres y las lenguas de los indígenas. No obstante, esta eclosión no era solamente obra de los conquistadores; los indios sometidos y los criollos, producto de las dos razas, colaboraban también eficazmente. Las diversas formas de la cultura española, particularmente las artes, reflejaban por lo tanto algunos rasgos del alma aborigen, al mismo tiempo que sufrían las influencias del medio nuevo y magnífico. Así, la arquitectura barroca o churrigueresca, se enriquecía aún más con elementos extraños y, en México, se revestía de azulejos maravillosos; la escultura ascética se animaba de un realismo violento y a veces de una fantasía ingenua que se deleitaba en dar movimiento a las estatuas de los santos; la pintura del Renacimiento conservaba los toques de oro de los primitivos y mezclaba en la escenas hagiográficas la fauna y la flora locales, mientras que las artes menores, la orfebrería, el tejido, la joyería, pedían prestado motivos a las industrias indígenas, reproduciendo o creando ciertos objetos singulares, como el poncho o las vasijas para el mate. Las letras sufrieron naturalmente menos modificaciones, ya que las

literaturas indígenas, orales, no podían constituir verdaderos modelos. Sin embargo, el medio y las circunstancias impusieron en los escritores sus sugestiones especiales, y durante la conquista, algunos capitanes, ciertos religiosos, contaron o cantaron los extraños sucesos de los cuales eran actores o testigos. En la época de la colonización, la literatura reflejaba desde todas partes el gusto por el culteranismo dominante en España. Pero este entusiasmo por la preciosidad, ¿no correspondía a la fantasía indígena que se deleitaba en sobrecargar la arquitectura churrigueresca, ya tan complicada? Por otra parte, la poesía popular y las creencias tradicionales de España, que habían penetrado igualmente con los conquistadores, sufrieron el vigoroso contagio del espíritu indígena y la influencia del medio, y de esta mezcla nació todo un folklore tan curioso como característico. De manera que en el siglo XVIII, Hispanoamérica poseía una raza y una cultura que mostraba, en todos los países, características definidas y manifestaciones de una verdadera importancia. Era todo un mundo nuevo que, por su espíritu religioso, su régimen despótico y su desarrollo financiero, semejaba al de la Edad Media y del primer Renacimiento en los pueblos europeos.

Algunos escritores hispano-americanos modernos han buscado su inspiración en aquellas épocas lejanas y, durante el período romántico, han publicado novelas o poemas suscitados particularmente por la tradición indígena. Se puede

decir, empero, que este mundo tan curioso todavía no ha sido debidamente interpretado por la literatura. Artemio de Valle Arizpe, mexicano, ha estudiado el pasado de su país con tanta minucia como fervor, y nos ha dado, en una especie de antología histórica, un cuadro muy completo y muy sugestivo de la Ciudad de México, durante la conquista y la colonización: La muy noble y leal Ciudad de México. Pero Valle Arizpe, que es un escritor de imaginación, ha evocado también la vida curiosa de su país en estas épocas, en diversas novelas y cuentos. Así, en Ejemplo, nos cuenta la historia de un hidalgo licencioso e impío que, luego de haber dilapidado en orgías su opulento patrimonio, concibe el proyecto sacrílego de robar las joyas de los santos en las iglesias. Pero, tocado por la intervención milagrosa de la Virgen, entra en la vida religiosa y muere en olor de santidad; en cambio, en Vidas milagrosas, nos cuenta las más extrañas historias de esta época mística y temeraria, como el caso de un caballero libertino, a quien su propio padre muerto le viene a anunciar que va a morir próximamente; la anécdota de un indio artista que, deseando modelar un ídolo de su religión, hace la famosa Virgen de la Rosa; el castigo de un hidalgo blasfemo aplastado por un Cristo que le cae a golpes, o el sacrilegio de un buen hombre que, enamorado de una estatua de la virgen, se la roba y la mete en su cama. Estas son obras en las cuales domina el decorado y la atmósfera del pasado, pero cuyo tema es también interesante y a veces extraordinario; si la acción se

desarrolla lentamente, como para dar al ambiente el tiempo para hacerse preciso, el desenlace es siempre curioso y hasta trágico. La escritura ampulosa y pomposa, llena de giros y de vocablos arcaicos, imita el estilo de los antiguos escritores castellanos que, por su amplitud y su complicación, hace pensar en las bellas verjas de las iglesias españolas. Lamentablemente, Valle Arizpe muestra a menudo un romanticismo que daña la verosimilitud, y no concede a su complicada escritura el esmero indispensable; de este modo, pierde a veces el hilo de sus largas frases, deja escapar defectos de concordancia y emplea numerosos neologismos e imágenes suscitadas por esa transmutación de sensaciones que los viejos escritores no conocían y que es precisamente característica de los autores modernos. El último libro de Valle Arizpe: Doña Leonor de Cáceres y Acevedo, encierra dos novelas cortas dialogadas, a la manera del escritor español Ramón del Valle-Inclán. La primera, que da el título al volumen, es la historia de una dama licenciosa quien, al enamorarse de un desconocido, se deja llevar a la casa de él, y aunque sorprendida del frío glacial de su contacto, festeja su compañía y se acuesta con él, pero, al volver a la mañana siguiente en busca del collar y del abanico que ha olvidado, descubre que la casa, cuyos dueños han sido asesinados hace mucho tiempo, está deshabitada, cerrada desde hace muchos años; no obstante encuentra los objetos que buscaba en los aposentos arruinados. Entonces, la aterrada infeliz que se ha

enamorado de un personaje del otro mundo, enloquece. La segunda, es una larga conversación entre dos hidalgos a propósito de un letrado que, en otro tiempo, fue el infeliz amante de la gran poetisa Juana Inés de la Cruz y tío y tutor sin escrúpulos de uno de nuestros dos nobles; es por eso que este último acaba por lapidar su retrato, pero cae súbitamente herido, mientras el personaje retratado muestra la enorme llave que él sostiene chorreante de sangre. Doña Leonor es una pieza llena de carácter, de misterio y de un efecto dramático sobrecogedor. Pero la otra no es más que un pretexto para contar la misteriosa vida sentimental de la famosa poetisa mexicana; su romántico desenlace recuerda demasiado El retrato de Dorian Grey de Wilde para que pueda sorprendernos. Por otra parte, en estas obras dramáticas, los defectos de nuestro autor se hacen más visibles. Su estilo arcaico, siempre igual, da al habla de sus personajes un tono uniforme que no puede dar a conocer su psicología, y su idea de introducir en los viejos un lenguaje con palabras e imágenes modernas se hace chocante. Se concibe mal que mexicanos del siglo XVII hablen de "vitrales" o de "sombras azules." ¡Ah, si Valle Arizpe, que conoce tan bien el pasado de su país y que posee el raro don de la invención, pusiera más cuidado en la forma, la composición, la escritura, qué bellas obras podría darnos! ¿Pero lo haría? ¿O bien, como la mayoría de los autores, guardaría rencor al crítico que, reconociendo sus méritos, se permite darle un consejo?

E. Abreu Gómez, igualmente mexicano y amigo de Valle Arizpe, se inspira también en el pasado, pero en un pasado de fantasía y de carácter español. Así, nos ha dado tres pequeñas piezas, semi-farsas, semi-dramas, en las cuales el humor se une a la sabiduría y el mundo legendario se vuelve simbólico. En Viva el rey y humanidades, el tema parece un poco obscuro debido al lenguaje arcaizante y a la demasiada complicación de los personajes, pero en Romance de reyes, la acción es armoniosa y muy sugestiva. Abreu Gómez ha publicado también otras obras de diversos géneros, entre las cuales, Vida del venerable Gregorio López, por su forma muy escorzada, su trazado arcaico y sus colores simples, hace pensar en esos ingenuos cuadros primitivos, empero muy significativos. Se puede esperar mucho de este joven escritor tan bien encaminado. A. Ostria Gutiérrez, boliviano, prefiere inspirarse en las leyendas de Hispanoamérica y particularmente en las maravillas del imperio incaico. Su primer libro, Rosario de leyendas, es una serie de relatos legendarios muy curiosos, su mayoría acerca del mundo indígena, como la fundación del imperio por los Hijos del Sol, la terrible venganza de un jefe, el extraño descubrimiento del monte que "llora plata"; los otros, de las épocas de la conquista, de la colonización, de la independencia, como el milagro de la cruz que hizo humillarse a los leopardos, la tragedia del honor entre los españoles, el heroísmo de la mujer boliviana en la lucha por la libertad. De modo que este libro es algo así como

una pequeña epopeya del Virreinato del Perú. Por otra parte, estos relatos son, más que cuentos, poemas en prosa, compuestos por trazos esenciales y escritos con tanta corrección como pureza. Por su materia casi virgen, Rosario de leyendas es un libro lleno de novedad, mientras que por su forma fina y correcta, es una obra rara entre las producciones hispanoamericanas. Creo que ella podría resistir la prueba decisiva de la traducción. En su último libro, La casa de la abuela, Ostria Gutiérrez reúne una serie de impresiones de Madrid, en las cuales llega a capturar el alma de la antigua ciudad castellana y muestra el mismo conocimiento, la misma maestría de la lengua que en su primer libro. Sería, pues, deseable que este escritor tan culto y tan bien inspirado, que dirige hoy en día un periódico en La Paz, encuentre el tiempo para darnos las novelas indígenas que ha anunciado; así, serviría aún mejor la causa de su país, actualmente entregado a la voracidad de los yanquis.

Memento. -- La muerte de E. Gómez Carrillo es una gran pérdida para las letras hispanoamericanas. Novelista, crítico, cronista, se había distinguido principalmente como un excelente divulgador de las letras extranjeras, sobre todo las francesas, en el mundo hispánico. Así, entre sus numerosos libros, los mejores son, quizás, Literatura extranjera, Almas y cerebros, El Modernismo, etc. Gabriela Mistral: Desolación, Nascimento, Santiago (Chile). M. Vicenzi: Caracteres

americanos, Trojos, San José de Costa Rica. G. Alemán Bolaños: La juventud de Rubén Darío, Sánchez, Guatemala. J. Torres Bodet: Margarita de Niebla, Cultura, México. Enrique Molina: Dos filósofos contemporáneos, Nascimento, Santiago (Chile). Hablaremos próximamente de estos autores y de sus últimos libros. -- El libro del Consejo, Popol-Vuh, de los indios quichés, traducido de la versión francesa de G. Rayneaud, por M. A. Asturias y González de Mendoza, París-América, París. Hablaremos también de este libro. -- J. M. Chacón y Calvo: Manuel de la Cruz, Artes gráficas, Santander-Madrid. Interesante estudio sobre este escritor cubano de quien no hemos recibido sus obras. Orlando Ferrer: Bajo cero, Paris-América, París. Curiosa novela que se asemeja, por el título y por la materia, al libro coronado por la Academia Goncourt, pero que había sido publicado antes de él. -- Babel es una revista de bibliografía muy documentada, que sale a luz en Buenos Aires, dirigida por Samuel Glusberg. Un número dedicado a R. A. Arrieta encierra opiniones muy juiciosas sobre este poeta puro y delicados poemas de Martínez Estrada, inspirados por un libro del mismo. Bajo el título de Revista del Pueblo, aparece en Buenos Aires una publicación de ideas y de letras muy interesante, dirigida por Julio Fingerit. En los últimos números, señalamos "Los argumentos del mes" por Fingerit y excelentes crónicas bibliográficas de Juan Torrendell. 1927 es una nueva revista de vanguardia que sale a luz en La Habana bajo la dirección de un grupo de jóvenes: Ichaso, Mañach,

Marinello, Tallet. Debemos notar, en los últimos números, "Grandeza y servidumbre del adjetivo" por Mañach, "El problema internacional de Centro-América y Cuba," por F. de los Ríos. Es una publicación muy animada y curiosa.

XLVI*

La poesia nueva. -- Alberto Hidalgo: Simplismo, El Inca, Buenos Aires. -- Jaime Torres Bodet: Biombo, Herrero, México. -- Memento.

En una crónica consagrada a las letras de vanguardia, he dicho que sus características transcendentes me parecían ser: el primitivismo, la psicología integral, la fantasía, el humorismo o la ironía, la técnica del horror a la literatura, de la imagen inédita y de la rapidez, y el internacionalismo o cosmopolitismo. Son igualmente las características de **la poesía nueva**, pero aquí su importancia es diferente. De este modo, la fantasía prima sobre todas las otras. Ya que siendo una reacción contra el lirismo de comienzos del siglo, preocupado por la filosofía y hasta por la sociología, la poesía actual es el reino de la imaginación, del sueño, de lo extraño. Guillaume Apollinaire, que le daba como base la sorpresa, ha determinado su orientación, la cual es por otra parte, a mi parecer, la de todo el arte moderno. Hay todavía dos características de este género: el lirismo puro, es decir el intento de alejarse de la anécdota, del razonamiento, del concepto, para interpretar las intuiciones, las emociones, las sensaciones en toda su pureza; y, en cuanto a la técnica, la

---

*15 de mayo de 1928.

libertad sin otro límite que la armonía, es decir la tendencia a preferir en vez de las formas melódicas bastante estrechas (verso isócrono, rima), las formas armónicas más amplias, más matizadas (verso polifónico, libre o sin rima). Con lo cual la poesía nueva no hace más que seguir las dos normas primordiales del simbolismo. De modo que la afirmación hecha por ciertos autores jóvenes, según la cual esta poesía no tiene precedentes, es tan presuntuosa como vana. He dicho además que las letras de vanguardia, junto a sus características esenciales, presentan otras ocasionales, producto de la exageración o bien el resultado de las novedades del instante fugitivo, y que son: el gusto por las cosas o por las actividades mecánicas, máquinas, títeres, cinematógrafo, automovilismo, aviación y otros deportes; la técnica de la forma geométrica, a la manera cubista, del estilo artificialmente obscuro, de la substitución del esquema en la pintura; el intento de convertir el arte en un simple juego de imágenes, de palabras o de tipografía, el esnobismo o la adoración de la moda, el exhibicionismo, el mercantilismo. Todo esto existe igualmente en la poesía actual. Pero aún hay que añadir: el frenesí del humor o de la ironía que excluye toda ternura, como si el poeta fuera un hombre a quien se le hubiera extirpado el corazón; la exageración del juego lírico hasta convertirlo en una simple adición de metáforas ingeniosas, conceptuosas y, por eso mismo, contrario al verdadero lirismo, que es un vuelo casi

inconsciente; el libertinaje, en la técnica, que trae aparejado repudiar no solamente la rima, sino también el ritmo, es decir el verso, y escribir en simples líneas amorfas, las cuales, a falta de tener alas, no pueden sostenerse separadamente más que por un simple artificio tipográfico. ¿Que todo aquello sea el efecto de una nueva sensibilidad? En todo caso, de la sensibilidad del instante. Pero lo que cuenta en un movimiento literario son los nuevos pasos en la evolución de las formas o del espíritu, no las sugerencias del gusto o las preocupaciones de la época. ¿Qué hace datar tan visiblemente ciertas obras románticas, sino la sensibilidad de la época de la cual están impregnadas? De este modo, el inevitable movimiento de reacción sobrevino, y estas características ocasionales desaparecieron, y aquéllas en que esto ocurrió se remontarán tanto como lo hacen hoy los poemas románticos.

Los jóvenes poetas de Hispanoamérica se han hecho eco de las nuevas tendencias, con la diligencia y el entusiasmo que muestran los hombres de estos países, no solamente por todo lo que es europeo, sino también y sobre todo por lo que significa avance y novedad. Algunos han adaptado las nuevas formas con tacto, asimilando lo que ellas tienen de transcendente y permaneciendo fieles a las sugestiones de la raza, del medio, de la tierra. Otros, por el contrario, se han apoderado de ellas sin discreción, tomando sobre todo lo que tienen de ocasional y hasta de pueril, como la eliminación de la

puntuación y de las mayúsculas, y haciendo ostentación de una intransigencia que les conduce a negar los valores de las épocas anteriores. ¡Fuera de la verdadera literatura de vanguardia, irremisiblemente!

Alberto Hidalgo, peruano, es uno de los representantes más característicos y más notables de la poesía nueva. Comenzó con dos colecciones apegadas a la estética simbolista, pero en las cuales se veía ya el deseo de nuevas orientaciones: Panoplia lírica, Las voces de colores. En sus recopilaciones siguientes: Tu libro, Química del espíritu, ha ensayado las maneras nuevas con un ardor y un ingenio personal que han contribuido mucho a su difusión. Su último libro, Simplismo, encierra una serie de bellos poemas, o al menos curiosos, precedido de un largo prefacio sobre lo que él llama simplismo. ¿Manifiesto de una nueva escuela? No, nada más que el credo personal del poeta: él conoce la inanidad de todas las escuelas. Naturalmente, las ideas que enuncia son poco más o menos las de todos los teóricos de la poesía moderna, desde los simbolistas hasta los surrealistas, pasando por los futuristas. Pero pone tanta agilidad de espíritu, tanto ingenio, que su estudio resulta muy curioso y a veces sorprendente. Algunos de sus poemas son simples sucesiones de metáforas, de esas metáforas "a contrapelo," con las cuales Góngora se divertía con maestría en el siglo XVII; otros constituyen, además, símbolos transcendentes que transportan y hacen soñar. Todos son más o menos alados e imantados al

alma, ya que Hidalgo es un lírico sutil, que percibe las relaciones misteriosas y que tiene, contrariamente a lo que él cree, el sentido del ritmo: sus versos son verdaderamente versos y a veces se muestran perfectamente rimados. Hidalgo es también un prosista. Se ha revelado, en diversos libros, como un violento crítico panfletario, pero generalmente perspicaz. Acaba de darnos una recopilación de cuentos muy curiosa: Los sapos y otras personas. No son relatos obscuros y deshilvanados, de un lirismo rudo, de una psicología vana y de una sintaxis arbitraria, como aquellos que escriben hoy en día tantos jóvenes autores, sino cuentos suficientemente construidos, bien escritos, y a menudo ricos de observaciones. La mayoría narra hechos extraordinarios con ese humorismo moderno, a veces pseudo-científico, que se deleita en establecer las relaciones más inesperadas. Pero hay uno (el caso de un hombre con un ojo arrancado, que le vuelven a colocar pero al revés, de modo que puede ver hacia adentro), que es un trozo de una muy aguda y amarga clarividencia. Y hay dos más donde el autor se hace finalmente eco de las sugerencias de su raza y de su tierra (el cuadro de una noche de tormenta en la cual el abuelo indígena cabalga desesperado hacia su hijo moribundo, mientras los sapos, fascinados por las estrellas, se amontonan para escalar el cielo; y la historia de un joven indio en el que sus compatriotas ven un redentor, y que, habiéndose mancillado por el amor a una llama, es crucificado contra un árbol cubierto de hormigas

voraces), de tal manera saturados tales cuentos de sentimiento y de vida autóctona que se creerían capítulos de la propia biografía del autor. Yo pienso que Hidalgo ha adoptado una actitud de desarraigo de la cual se desliga en raras ocasiones, y solo debido a la popularidad que consigue hoy en día el americanismo o mundonovismo. Parecería deseable, pues, que los jóvenes escritores de vanguardia se apresuraran a llenar la literatura con emanaciones de motores, con rugido de máquinas, con vibración de cinematógrafos y de telegrafía sin hilos. Ya que entonces Hidalgo podría finalmente realizar todas las posibilidades de su talento. Entre sus cuentos, hay dos, "El hombre cubista" y "El plagiario," que son sátiras de esos jóvenes que se nutren de Apollinaire, de Picasso, de Gómez de la Serna, de Paul Morand, al punto que, si se les hiciera una autopsia, no se encontraría en ellos más que papel o pintura.

Jaime Torres Bodet, mexicano, publicó hace algunos años una colección, Canciones, a propósito de la cual yo dije que él había encontrado el buen camino. Luego hizo salir a luz cuatro libros, que no he recibido, pero que a juzgar por las piezas contenidas en un volumen antológico, Poesías, son tan delicados y armoniosos como frescos y espontáneos, tomando a veces el giro deliciosamente ingenuo de la canción popular tradicional. En Biombo, publicado hace poco tiempo, encontramos poemas igualmente delicados y espontáneos pero en los cuales la emoción autóctona o individual toma una forma

más sabia, adornada con imágenes más singulares. Vemos poemas de una cierta extensión, de una armonía sostenida y de una sugestión penetrante. Y vemos también pequeñas piezas, que han sido tomadas por haikus y que son trozos de cantares de un encanto singular. ¿Por qué entonces este título: Biombo? Es que el poeta identifica a veces a la amada con bellezas japonesas y emplea aquí y allí imágenes tomadas del esplendor oriental. Pero estas fantasías no desentonan, ya que hacen pensar en las cosas preciosas que "la nave de China" trajo otrora a México y con las cuales las bellas criollas se adornaban. Torres Bodet se establece en este libro como un poeta culto, fino, y que posee al mismo tiempo el sentido de la poesía popular, lo que da a veces a sus poemas el dorado de las cosas tradicionales. Este poeta también hace crítica y acaba de ofrecernos una pequeña novela: Margarita de Niebla. Es una historia bastante simple: el desasosiego de un joven en presencia de una bella desconocida y del amigo de ésta, trastorno que se resuelve pronto con un matrimonio y con el indispensable viaje de bodas. Pero el autor ha puesto en esta historia mucha observación, sutileza, espíritu, y la ha escrito en el estilo más nuevo, todo con tenues matices y con metáforas a veces artificiales, pero siempre curiosas. Lamentablemente, todos los personajes, hasta un jardinero que a penas aparece, son extranjeros o hijos de extranjeros; solamente el protagonista es mexicano, pero está de tal manera saturado de sus lecturas europeas que parece un extranjero

también. Luego, en ninguna de las escenas, ni siquiera en la que tiene por decorado el antiguo bosque de Chapultepec, se respira la atmósfera de México. ¿Hay que creer que Torres Bodet ya no siente más la vida de su país? En ese caso, yo no tuviera nada que decir, ya que no se puede pedir a un escritor que hable de lo que no siente. Pero yo desearía que él dejara su tierra y viniera a establecerse en Europa. Es un tratamiento que siempre tiene éxito en los escritores de talento, y Torres Bodet es uno de los jóvenes autores mejor dotados de su país y de toda Hispanoamérica. Hay otros poetas nuevos interesantes, como Pedro Leandro Ipuche, Oliverio Girondo, Pablo Neruda, López Palmero, Francisco Donoso, pero hablaré de ellos en otra crónica. Y hay todavía numerosos jóvenes que emplean las formas nuevas con ardor, pero que, perdidos en el esnobismo y en el desarraigo, no llegan a ser ellos mismos. ¡Se necesita terminar de una vez por todas con esa mentalidad colonial; está fuera del mundonovismo, que no es una escuela sino un movimiento del que no es posible escapar!

Memento. -- Con ocasión de su 20º aniversario, Nosotros de Buenos Aires ha publicado en un número extraordinario de 511 páginas, un cuadro muy completo de la vida intelectual durante el último cuarto de siglo. Incluye estudios o artículos sobre filosofía, poesía, novela, crítica, teatro, historia, lengua, artes plásticas, música, educación,

política, etc., que debemos a: A. Korn, J. Noé, R. Giusti, Melián Lafinur, A. Bianchi, J. Fernández, Costa Alvarez, A. Chiappori, G. Talamón, Blanco, Rivarola, J. González, Villalobos Domínguez, etc.; como también recuerdos respecto a la fundación de esta revista por Giusti y estudios sobre literatura hispanoamericana moderna por Suárez Calimano, acerca de la influencia de las letras italianas por F. Testena, y de política mundial por Orazábal Quintana. Pero se encuentran también unos apuntes respecto a la literatura de los Estados Unidos por Henríquez Ureña que en nada se justifican, ya que su influencia en Argentina es nula, y en un estudio sobre la política mundial no se dice casi nada de la terrible situación en la cual se encuentra hoy Hispanoamérica ante la creciente agresión del imperialismo de los Estados Unidos. Es una publicación particularmente interesante que honra a la dirección de Nosotros. -- Bajo el título de Litoral ha comenzado a salir a luz en Valparaíso (Chile) una revista de vanguardia muy simpática, órgano del grupo de este mismo nombre. En el primer número, notamos poemas de P. de Rocka, P. Délano y prosas de R. Hurtado y P. Celedón.

XLVII*

La Poesía. -- E. González Martínez: Las señales furtivas, Calleja, Madrid. -- J. Vicuña Cifuentes: La cosecha de otoño, Minerva, Santiago (Chile). -- Alfonso Reyes: Ifigenia cruel, Calleja, Madrid. -- R. Alberto Arrieta: Estío serrano, Babel, Buenos Aires. -- Jorge González: El poema de las tierras pobres, Imprenta Universo, Santiago (Chile). -- J. Núñez y Domínguez: El inútil dolor, Herrero, México. -- Regino Boti: La torre del silencio, El siglo XX, La Habana. -- Julio Casal: Arbol, Alfar, La Coruña (España). -- Los más bellos poemas de Edmundo Montagne, por el autor, Buenos Aires. -- Memento.

Hay tantos poetas en Hispanoamérica que debo dedicar nuevamente una crónica a la **poesía**. Pero antes de continuar hablando de los jóvenes, voy a tratar de algunos poetas muy conocidos, de los cuales ya me he ocupado.

E. González Martínez, mexicano, uno de los maestros de la poesía actual, nos ha dado últimamente una colección breve, pero muy significativa: Las señales furtivas. Son poemas con la nitidez de forma y el poder de sugestión característicos en él, pero quizás más ligeros, más etéreos, más musicales que sus piezas anteriores. Componen un muy bello conjunto que añade ciertos rasgos a la ya tan rica personalidad de González

---

*15 de agosto de 1928.

Martínez. Julio Vicuña Cifuentes, chileno, distinguido autor de estudios de folklore, también es poeta. Se ha iniciado con poemas publicados en revistas y por un pequeño drama en verso: Lautaro. Hace algún tiempo, publicó una recopilación con la que se dio a conocer como un lírico fino y correcto, de inspiración múltiple y de forma moderna, pero en la cual la libertad se une a la corrección: La cosecha de otoño. Son piezas ya imaginativas, ya realistas; algunas de un largo soplo, otras breves, de un lirismo sostenido y de una versificación a veces libre, pero siempre espontánea y correcta. Este libro, que ha sido acogido con justa admiración, ha ubicado a Cifuentes entre los mejores poetas de su país. Alfonso Reyes, mexicano, poeta al mismo tiempo que crítico, nos ha entregado últimamente un poema dramático: Ifigenia cruel. Sirviéndose del famoso tema griego, el autor se separa, no obstante, de la tradición: su Ifigenia no es más la virgen resignada y fiel, sino la mujer tenaz que, por medio de su rebelión, conjurará la maldición. No utiliza todos los procedimientos clásicos, pero conserva el corazón. Escribe en un lenguaje desnudo, lleno de significación, y su verso libre, apenas diferenciado de la prosa, da a su poema el aspecto de una versión del griego. Se encuentran pasajes de una real grandeza, y otros muy curiosos. No obstante, aunque el autor nos dice que no hace más que transponer cosas vividas, esta obra permanece como un trabajo intelectual realzado aquí y allá por arranques líricos; el comentario que añade al final

se lee con tanto placer como el poema mismo. Reyes ha publicado también una pequeña colección de poemas muy delicados: Pausa.

Rafael Alberto Arrieta es, a mi parecer, el más fino de los poetas argentinos; acaba de darnos una recopilación en la cual muestra sus cualidades de delicadeza y de densidad, pero donde se deja ver bajo un aspecto nuevo: Estío serrano. Primero, afina aquí nuevamente su cuidado con la pureza hasta alcanzar una concreción adamantina. Luego este poeta, que se había mantenido en un plano un tanto transpuesto y que no se acercaba al ambiente más que por esa melancolía tan propia de los países del Sur de América, nos da aquí sus impresiones de los campos argentinos, de la sierra de Córdoba. Impresiones líricas, emotivas, certeras, en las cuales se siente a veces un eco de Verlaine o más bien de Heine, pero que retienen todo el colorido de la tierra, el perfume de los bosques, la frescura de la luna austral. Y he aquí que Arrieta, quien siempre ha escrito en un lenguaje muy puro, emplea ahora palabras en su significado regional (como "vertiente" por "manantial"), con una intención algo exagerada de arte autóctono. Es un ensayo muy exitoso, que prueba que con los elementos más humildes de la realidad inmediata un poeta puede hacer poesía, del lirismo más fino y más sugestivo. Yo felicito calurosamente a Arrieta, ya que con este libro él se adhiere completamente al movimiento mundonovista el cual está en camino de crear el verdadero arte hispanoamericano. Este

poeta, es igualmente prosista y ha publicado además una serie de poemas en prosa muy finos, a veces humorísticos, entre los cuales se encuentra un cuento delicioso, un poco a la manera de Andersen: El encantamiento de las sombras. Jorge González, chileno, se ha revelado como un lírico muy delicado en un libro encantador, todo matices y música: Misas de primavera; últimamente nos ha dado una colección breve, pero muy bella: El poema de las tierras pobres. Este lírico, que vive en el campo, canta aquí la melancolía y la pobreza del terruño, o bien nos habla de sus horas en el hogar, de sus meditaciones en presencia de la naturaleza ruda en un tono grave y desolado, y en una forma severa con una pureza de rocío y con una vaguedad de bruma. Es un libro austero y fino, muy característico de este poeta que uno de sus amigos califica de "sacerdote rústico y divino." J. Núñez y Domínguez, mexicano, un poeta representativo de su país tropical, nos ha dado una nueva colección encantadora: El inútil dolor. Poeta nato, lleno de la alegría de vivir y del amor de su país, nos confía aquí su arrobamiento ante la mujer o ante la tierra mexicana en poemas prismáticos y armoniosos, de una versificación a veces libre, pero siempre mantenida con rimas perfectas. Es una recopilación muy característica cuyo encanto deriva (como lo dice en el prefacio J. J. Tablada) de la "concordancia armónica del poeta con su ambiente."

Regino Boti, cubano, se inició con una colección notable, Arabescos mentales; después ha publicado dos libros

reveladores de una evolución muy interesante. Primero, El mar y la montaña, en el cual este cultísimo poeta, dejando de lado toda retórica, nos da una serie de sensaciones de la naturaleza y de la vida cubanas, sensaciones agudas, muy modernas, de afinidades lejanas, de imágenes imprevistas y de versificación libre. La torre del silencio es una recopilación escrita anteriormente en la cual, permaneciendo fiel a las formas tradicionales, expresa sobre todo sus meditaciones en un lirismo de pensamiento vehemente y un poco desolado. En un corto prefacio, nos dice que todos aquellos que han escrito o rimado antes de él han colaborado en sus libros. Estas colecciones lo ubican, no obstante, entre los mejores poetas de su país. Boti es también un crítico excelente y acaba de publicar un folleto en el cual estudia La nueva poesía en Cuba con simpatía y sagacidad. Julio Casal, uruguayo, se ha revelado como poeta modernista, aunque enamorado de una pureza de expresión muy nueva, nos ha entregado a continuación, en Cincuenta y seis poemas, una recopilación fresca y armoniosa, completamente bella. En uno de estos poemas dice: "Se ha roto todo -- los cristales -- del ritmo. La moda -- lo exigía así..." Su último libro: Arbol, es una serie de elogios a los árboles, alabanzas que son simples impresiones, pero en las cuales el objeto envuelto en la emoción personal aparece a veces simbolizado. Lamentablemente, seducido por la moda, nuestro poeta rompe aquí los maravillosos "cristales" y, aquí y allá, a sus versos les falta vuelo lírico. Pero Casal es un

lírico fino y nos dará nuevas sorpresas. Este poeta dirige en La Coruña (España) una muy bella revista literaria, Alfar, que ha dejado de publicarse después que su director ha regresado a su país. Diré, finalmente, que con la publicación de Los más bellos poemas de Edmundo Montagne, este lírico nos ha dado una muy significativa selección de sus obras. Las cinco partes de las que se compone: "Frases rítmicas," "Versos de juventud," "Pordiosero de amor," "El bazar del iluso," "Las viejas canciones de Francia," "La guitarra del pueblo," extraídas de sus diferentes libros, nos muestran qué poeta sensible y variado, estrechamente unido a su tierra y a su raza, es Edmundo Montagne. Este volumen está precedido de un "soneto iconográfico," de Fernández Moreno y de una carta-prefacio de Leopoldo Durán.

Memento. -- Manuel Magallanes Moure: Sus mejores poemas, selección y prefacio de Pedro Prado, Nascimento, Santiago (Chile). Carlos Pezoa Véliz: Poesías y prosas completas, selección y estudio de Armando Donoso, Nascimento, Santiago (Chile). Dos excelentes libros que dan a conocer bien a estos dos poetas chilenos de los cuales nos hemos ocupado en detalle en estas crónicas. -- Edmundo Montagne, que había publicado, en El Hogar de Buenos Aires, un artículo sobre el Conde de Lautréamont, el cual hemos señalado, entrega en esta misma revista (30 de marzo) otro trabajo sobre el autor de los Cantos de Maldoror, donde hace alusión a dos artículos

aparecidos en el Mercure:

> Con la aparición de un libro de los hermanos Guillot Muñoz, uruguayos, quienes dan la reproducción autográfica del acta de nacimiento del Conde, el autor del presente artículo ha publicado en El Hogar (20 de noviembre de 1925) un estudio con hechos nuevos los cuales dan un relieve personal y vivo al personaje quien, en sus relaciones con los demás seres, se llamaba Isidore Ducasse.
>
> Aunque el artículo de El Hogar había sido comentado en ese momento, en el Mercure de France, por Francisco Contreras, lo que no dejaba de mantener viva la atención hacia este tema; ¡cuán abigarrado debía ser el mundo de las leyendas curiosas, fantásticas, grotescas, a las cuales daba lugar la incógnita de Ducasse, para que algunas de ellas hayan quedado todavía en pie, en contradicción con los datos que la investigación más digna de fe continúa aportando! Luego del artículo de Contreras (15 de julio de 1927), el Mercure de France acaba de insertar otro sobre el mismo tema interesante. Se encuentra en el número correspondiente a la primera quincena de enero de este año y está firmado por François Alicot. Los nuevos datos de Alicot son concluyentes. Gracias a ellos, nos hemos encontrado en presencia de Isidore Ducasse (Conde de Lautréamont) como ante una persona viva, con la cual podíamos

dialogar... Muchos en Uruguay han escrito últimamente con sobre la figura literaria del desconcertante Lautréamont. Además de los hermanos Guillot Muñoz, recordamos a Lasplaces, Ipuche y Filartigas. Estos últimos y los otros compatriotas del Conde encontrarán, pues, en el artículo de François Alicot motivos sensatos para proseguir sus estudios.

XLVIII*

Poetas jóvenes. -- C. Sabat Ercasty: Vida, Escuela Industrial, Montevideo. -- López Merino: Las tardes, Editorial Latina, Buenos Aires. -- Luisa Luisi: Poemas de la inmovilidad y Canciones al sol, Cervantes, Barcelona. -- A. Vásquez Cey: Aguas serenas, Marcantali, Buenos Aires. -- Pablo Neruda: Crepusculario, Santiago (Chile). -- E. Martínez Estrada: Motivos del cielo, Agencia General de Librería, Buenos Aires. -- C. Préndez Saldías: Luna nueva de enero, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). -- Miguel Camino: Nuevas chacayaleras, L. Merovich, Buenos Aires. -- P. Leandro Ipuche: Júbilo y miedo, Agencia General de Librería, Montevideo. -- Oliverio Girondo: Calcomanías, Calpe, Madrid. -- Alberto Guillén: Laureles, Imprenta Lucero, Lima. -- M. López Palmero: Los ojos nuevos, El Inca, Buenos Aires. -- Francisco Donoso: Poemas interiores, Agencia Mundial de Librería, París. -- E. González Rojo: Espacio, Mundo Latino, Madrid. -- Heriberto Hernández: Voces de ensueño, Bouret, París. -- A. Castelblanco: Excelsitud, Talleres Fiscales, Santiago (Chile). -- Memento.

He dedicado últimamente dos crónicas a poetas de diferentes repúblicas hispanoamericanas. En la primera, he

---

*15 de noviembre de 1928.

hablado de la poesía de vanguardia y de dos de sus mejores representantes; en la segunda, me he ocupado de ciertos poetas ya de renombre, examinando sus obras recientes. Voy a consagrar nuevamente esta crónica a los **poetas jóvenes**, de manera de dar una idea de conjunto de la producción lírica. Pero no podré tratar más que a algunos, y muy rápidamente; mencionaré a los otros en el memento. Con ocasión de sus próximos libros, me ocuparé de todos aquellos que se hicieron más o menos notar.

Entre los jóvenes que se iniciaron antes que las tendencias de vanguardia hubieran hecho irrupción en el continente, C. Sabat Ercasty, uruguayo, merece uno de los primeros lugares. Se ha revelado como un poeta de ese lirismo cósmico del cual los románticos han usado y abusado, pero en un tono firme y profundo que es muy de hoy en día. Sus tres colecciones: Poemas del hombre, Libro del mar, Vida, están compuestas por piezas de largo aliento y de un bello vuelo, en las cuales hay igualmente pasajes muy delicados. F. López Merino, argentino, ha establecido una personalidad de lírico puro, de una sinceridad transparente y de una forma espontánea, en dos recopilaciones cautivantes: Tono menor, Las tardes. Son poemas enteramente en matices, que reflejan las impresiones cotidianas, la vida provincial, los sueños humildes, como el agua cristalina de una fuente. La crítica de su país ha reconocido en este escritor, muerto prematuramente, a uno de los mejores líricos argentinos contemporáneos. Luisa

Luisi, uruguaya, que comenzó como poeta, pero que se hizo notar más adelante como crítica, ha publicado una colección breve, pero encantadora: Poemas de la inmovilidad y Canciones al sol. Es una poesía grave y un poco desencantada, pero llena de elevación y de estremecimiento de vida. Luego de una primera recopilación muy delicada: La doble angustia, A. Vásquez Cey, argentino, acaba de darnos otra, la cual retiene todo el colorido y toda el alma de su país en una versificación fina y correcta: Aguas serenas. Esas rosas blancas contra el muro rosa, motivo de uno de sus poemas, son buen símbolo de esta poesía apacible y fresca. Pablo Neruda, chileno, se ha revelado como un lírico vigoroso y sutil, lleno de la fuerza y del sentimiento de su tierra, en una colección muy notable: Crepusculario. Ha publicado a continuación otros libros en verso y en prosa, pero yo no los he recibido. Esto no me sorprende: Neruda pertenece al país donde he nacido, y en el cual, naturalmente, soy el menos estimado. E. Martínez Estrada, argentino, es un poeta que cree en la trinidad Arte, Ciencia y Filosofía. El mezcla, pues, en sus poemas las nociones científicas y las reminiscencias literarias, pero su don lírico llega a hacer de todo eso una poesía muy particular de pensamiento y de emoción, en una forma estricta y concisa. Nos ha entregado tres colecciones: Oro y piedra, Nefelíbar y Motivos del cielo, de las cuales la última es especialmente curiosa. ¿Qué nos dará a continuación? Carlos Préndez Saldías, chileno, se ha dado a conocer como poeta sentimental, avivado

por ese romanticismo que es tan propio de la juventud. Sus dos últimas colecciones: Amaneció nevando, Luna blanca de enero, son de una melancolía un poco ingenua, pero frescas y delicadas. Miguel Camino, argentino, quien nos había dado una colección inspirada por la vida de la cordillera, ha publicado otra de igual inspiración, llena de colorido y de sentimiento: Nuevas chacayaleras. Son poemas de ese lirismo indirecto al que pertenece la canción popular, los cuales interpretan la vida local con emoción y en una forma balbuciente un poco torpe, lo que les da más carácter. Versos, en suma, muy sentidos y de mucho sabor.

Volviendo a los poetas de vanguardia, señalaré ante todo a Pedro Leandro Ipuche, uruguayo, ya que él ha sabido adoptar los procedimientos nuevos conservando su sentimiento de la raza y de la tierra, es decir lo más profundo de su alma. Comenzó con una colección, Engarces, sujeta a las modalidades modernistas, pero donde se encuentran apuntes muy frescos de la naturaleza uruguaya. Su última recopilación: Júbilo y miedo, encierra poemas llenos del sentimiento autóctono y de la emoción individual en un verso rudo, a veces disonante, pero singularmente expresivo. Algunos son momentos de la vida local, más o menos transpuestos, de un carácter sorprendente; otros son meditaciones frente a la naturaleza, de un misticismo sombrío y alucinado. En todos se encuentra la emoción y el colorido característico. Es la poesía de una tierra nueva y desconocida, el arte de un lírico primitivo y

personal. Solamente la insistencia de este poeta por forjar neologismos innecesarios le aproxima a los modernistas quienes, como los simbolistas franceses, han abusado tanto de este ingenuo procedimiento. Es, no obstante, el verdadero poeta mundonovista, es decir el poeta del Nuevo Mundo y del mundo nuevo. Oliverio Girondo, argentino, se ha establecido como un lírico humorístico lleno de arrebato y de numen. En su colección Calcomanías, nos ha dado una serie de visiones de España curiosamente deformadas e ingenuamente animadas. Su forma, completamente libre, es a veces armoniosa, pero también en ocasiones lamentablemente arrítmica. Alberto Guillén, peruano, que es uno de los más notables jóvenes escritores de vanguardia, ha reunido en un pequeño libro, Laureles, algunos poemas de carácter bucólico y hasta de aquella inspiración nacional que encantaba a nuestros abuelos, pero todo eso convenientemente renovado; encontramos finura, y, en el "Canto a Bolívar," vigor. Este poeta ha publicado también dos libros en prosa muy curiosos: El libro de las parábolas y La imitación de Nuestro Señor Yo.

Entre los jóvenes que se han iniciado últimamente, M. López Palmero, argentino, se ha distinguido por la publicación de una colección completamente notable: Los ojos nuevos. Son poemas íntimos, emotivos, o bien grandes piezas simbólicas o autóctonas de una inspiración muy elevada y de una forma fina y espontánea. Un libro tal anuncia a un lírico de primer orden. Francisco Donoso, chileno, quien ya nos había dado una

pequeña colección de naturaleza mística, Mirra, acaba de ofrecernos otra del mismo carácter, en la cual continúa la estética modernista, pero mostrando una calidad que es muy de hoy día y muy rara entre los poetas de su país: la fantasía: Poemas interiores. Este poeta ha publicado además un volumen formado por una serie de conferencias relacionadas con la poesía, su evolución en América y sus nuevas modalidades: Al margen de la poesía. Sus ideas son generalmente justas, pero su documentación de segunda mano le induce a cometer errores. Entre los movimientos de la poesía hispanoamericana, él no menciona el mundonovismo o americanismo el cual inspira hoy en día a los mejores poetas, y, al hablar de las tendencias extranjeras, coloca al unanimismo entre los pequeños cenáculos de la posguerra. Sin embargo, este libro es interesante y revela a un crítico excelente. E. González Rojo, mexicano, a quien ya le debíamos una primera colección muy fina, nos ha dado un nuevo libro que es una serie de sensaciones de desplazamiento muy curiosas, muy frescas: Espacio. Diré para terminar que Heriberto Hernández, paraguayo, ha publicado dos pequeñas colecciones: Visiones de égloga, Voces de ensueño, sinceras y delicadas, y Agustín Castelblanco, chileno, un libro elevado y emotivo: Excelsitud.

Memento. -- Emilio Frugoni: Poemas montevideanos, M. García, Montevideo. Bellos versos de este ya renombrado poeta, pero de quien no conozco sus otras obras. A. Piato Escalier:

El alba de oro, Au Sans Pareil, París. Poemas muy armoniosos y muy sentidos. Rafael Estrada: Huellas, Barrasé, San José de Costa Rica. Poesías de un lirismo concentrado, muy sugestivo. Juan España: Mi tierra, El Cojo, Caracas. Versos autóctonos muy delicados. Sarah Bello: Diálogos de las luces perdidas, Barreiro, Montevideo. Poemas emotivos, finos, armoniosos. Armando Villar: Versos con sol y pájaros, El Inca, Buenos Aires. Versos de vanguardia animados y frescos. V. Moreno Mora: Al borde de mí mismo, Cuenca (Ecuador). Bellos poemas sentimentales y autóctonos. A. del Valle Riente: El triunfo del dolor, Nascimento, Santiago (Chile). Poemas simples y delicados. Demetrio Korsi: El viento en la montaña, Le Livre Libre, París. Versos armoniosos. Víctor Rendón: Ecos de amor y de querra, Le Livre Libre, París. Poemas íntimos, en honor de su patria o de Francia. M. Rosa González: Samaritana, Nascimento, Santiago (Chile). Fernando Nobel: El color de las horas, Agencia General de Librería, Montevideo. Francisco Jernia: Vuelo, Nosotros, Buenos Aires. M. Maples Arce: Poemas interdictos, Horizonte, Jalapa (México). José Pedroni: La gota de agua, Agencia General de Librería, Buenos Aires. R. Pérez Reinoso: La imitación de la luz, Castro, Lima. Juan Burghi: La senda familiar, "Buenos Aires", Buenos Aires. Hernán Jaramillo: Excelsior, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). Raquel Adler: La divina tortura, Tor, Buenos Aires. Arturo Moroni: Floraciones, Editorial Latina, Buenos Aires. José d'Estefano: El jardín solitario, P. García, Buenos Aires.

E. Van der Biest: El dardo en la herida, Zambrana, Málaga (España). Federico Mogador: Poesías, Los Nuevos, Montevideo. Eduardo Uribe: Atisbos, Editorial Argentina, Buenos Aires. Alvaro Junque: Versos de la calle, Los Nuevos, Buenos Aires. González Carbalho: Casa de oración, Crespilla, Buenos Aires. H. Zamosa Elizando: Aguja y ensueño (Prefacio de García Monge), Lines, San José de Costa Rica. F. Estrella Gutiérrez: La ofrenda, Agencia General de Librería, Buenos Aires. Hablaremos de estos poetas con ocasión de sus nuevos libros.

XLIX*

Enrique Larreta: Zogoibi (traducción de Francis Miomandre), Mercure de France, París. -- Memento.

Enrique Larreta, argentino, es conocido y muy estimado en Francia desde hace algún tiempo. Este escritor, que no habia publicado aún casi nada, se dio a conocer con una novela extraordinaria que Remy de Gourmont tradujo al francés en 1910: La gloria de don Ramiro. Es una evocación tan bella como fiel de la España en tiempos de Felipe II, y no solamente de la España cristiana de los hidalgos heroicos, los clérigos rígidos, las monjas santas y la Inquisición, sino también de la España mora de los nobles refinados, las doncellas hechiceras y las suntuosidades orientales. El protagonista, bastardo de noble dama castellana e ilustre morisco, es un tipo representativo de ese mundo a la vez sombrío y brillante, austero y voluptuoso. Influido por su doble atavismo nos aparece altivo e irresoluto, contradictorio, complejo y por eso mismo profundamente humano. En torno de él, se alzan numerosos personajes, algunos cristianos como su abuelo, prototipo del hidalgo castellano, su madre, gran dama infeliz y resignada, o ese noble letrado adorador de las bellas cosas del Renacimiento; otros, moros, como la deliciosa seductora de

---

*15 de enero de 1929.

nuestro héroe, verdadera odalisca oriental, el misterioso hidalgo, su padre, o esa sombría vieja nigromántica: todos llenos de carácter y de humanidad. El autor nos cuenta la vida atormentada de su héroe, en ese mundo tan curioso con un conocimiento profundizado de la época, al mismo tiempo que con un gusto seguro y un arte consumado.

Crea la atmósfera en sus detalles más mínimos y más característicos, escribe en un estilo nutrido de observación y de sensibilidad, y en una lengua que une admirablemente a las galas del castellano arcaico, las finezas de la escritura moderna. Es un poeta de la novela que sabe, por otra parte, encontrar los aspectos de la realidad que condensan el misterio e incitan al ensueño. Así, nos muestra en sus rincones más sombríos la mansión del protagonista, nos introduce a una casa morisca que es un paraíso musulmán o nos hace asistir al descubrimiento de un sepulcro sin nombre ni fecha, en el cual se halla una espuela verdosa y roída, "reliquia de la antigua honra cristiana." Este libro no es, pues, solamente una novela histórica, es también un puro poema del pasado. En España y América fue recibido con los más grandes elogios. Yo no sé si Rubén Darío se ocupó de él, pero recuerdo haberlo oído calificarlo de obra maestra. En Francia, la crítica fue unánime en alabarlo. Muy últimamente, también Marius-Ary Leblond lo llamaba igualmente una obra maestra.

Después de largos años de silencio, Enrique Larreta, ha publicado un nuevo libro, una novela moderna de su país:

Zogoibi, es una historia sentimental y dolorosa, que se desarrolla en la pampa, en la estancias de los grandes propietarios. Dos jóvenes, hijos de antiguas y ricas familias se aman tiernamente desde la infancia. Pero el mozo ha perdido la fe religiosa y las tías de la joven se oponen al matrimonio. Una bella extranjera, se establece entonces con su marido en la comarca, y nuestro protagonista se siente deslumbrado por su belleza. En vano el cura, un santo hombre andaluz lo reconviene, llegando a darle el nombre que sus súbditos pusieron al último rey de Granada: Zogoibi (el desgraciadillo). En vano su primo, hombre de mundo que ha dilapidado en Paris su dinero y su salud, le hace la revelación de su experiencia. Nuestro mozo se deja seducir y se enreda con la extranjera en una intriga amorosa que lleva a la desgracia y hace terminar su idilio de manera inesperada y trágica. Los dos jóvenes, que unen a una delicadeza de raza y a una educación esmerada las sugestiones bravías del medio primitivo, aparecen vivientes y bien caracterizados. Particularmente, la niña de alma tan tierna y tan altiva; su turbación al saberse engañada y su insomnio alucinado son de una psicología observada, muy sutil. El cura, cuerdo y bonachón, es sin duda personaje conocido en las novelas y el mundano cautivado por París, parece un poco literario; aunque este eclesiástico tiene aquí rasgos netos, muy personales, y ese libertino desarraigado no sea un tipo raro entre los argentinos. Pero las tres tías de la niña, esa solteronas de

carácter tan diferente y, sin embargo, las tres puntillosas hasta la puerilidad y religiosas hasta el fanatismo, son figuras de la raza, sumamente características y están pintadas con toques inconfundibles. Sin duda, la aventura del protagonista con la extranjera, que hace pensar en los amores descritos por Paul Bourget, y el desenlace del libro de tragicidad forzada, desentonan en esta novela que se desarrolla en el corazón del terruño argentino. Pero hay que reconocer que los acontecimientos están conducidos con tacto y que el proceso psicológico es lógico y bastante profundizado. Empero, lo que hay de excelente en este libro, es la atmósfera, la pintura de la naturaleza, de ciertas costumbres o tradiciones, y particularmente la escritura. Nos sentimos transportados a otro mundo, enorme y por ciertos lados primitivo. Vemos la pampa en su solitaria inmensidad y en su religiosa sugerencia. Y todo eso está descrito en un estilo límpido, radiante, realzado de imágenes personales y notaciones teñidas del color de la realidad. Ciertas pinturas, como la de la laguna llena de aves agoreras, y la de algunos crepúsculos espléndidos, son cuadros de un encanto peculiar inolvidables. En la edición en lengua española, esta novela tiene aún una cualidad rara: la lengua. Cualidad rara, sí, porque en la Argentina, donde el castellano está bastante corrompido, los novelistas se encuentran con una verdadera dificultad para expresarse. Larreta la ha salvado empleando en las descripciones la lengua pura y dejando en el lenguaje de

los personajes ciertos vocablos o modismos locales. Va aún hasta traducir fonéticamente la palabra de los rústicos, lo que, a mi ver, es una rigurosidad inútil. Mas cuando hace hablar a personas cultas, emplea el "tú" en lugar del "vos" que en la Argentina se usa incorrectamente y que en otros países hispanoamericanos, sólo lo emplea el pueblo. La traducción de Francis de Miomandre es bella y fiel, este escritor conoce admirablemente el español y pone en sus labores un cariño que le hace sortear las dificultades.

Empero Larreta, que nos ha dado una obra maestra, tiene enemigos literarios numerosos y encarnizados. Quizás a causa de su actitud de hombre afortunado, que prefiere rodearse, no de sus iguales en talento, sino de sus iguales en fortuna. El hecho es que al publicar La gloria de don Ramiro, mientras la crítica lo llenaba de elogios, un escritor de su país lanzó un folleto para negar a esa obra todo mérito, censurando el origen bastardo, hispano-morisco, del protagonista, y criticando el estilo con criterio de maestro de escuela; cuando, precisamente ese origen es un medio excelente para mostrarnos los dos rostros de la vieja España y la escritura constituye una de las principales cualidades de la obra. Luego, un escritor peruano atacó a nuestro autor en un panfleto innoble acusándolo de querer restablecer el estilo macizo y conceptuoso del siglo de oro español; siendo que al contrario, él ha renovado la antigua lengua dándole, sin quitarle la pureza, una rapidez, una flexibilidad y un

esplendor muy modernos. Se ha llegado a decir que Remy de Gourmont no hizo más que firmar la traducción francesa. Pero yo he visto en casa de Gourmont el manuscrito cubierto de la escritura inconfundible del maestro; sólo había algunas correcciones de otra mano, sin duda la del autor. Ese manuscrito está hoy en poder del editor Edouard Champion, quien me ha dicho que lo mostrará a los críticos que deseen verlo. La nueva novela de Larreta ha suscitado también críticas apasionadas. He señalado aquí una encuesta de una revista de Buenos Aires, en la cual numerosos escritores argentinos criticaban duramente Zogoibi. Se acusaba principalmente al autor de haber hecho una novela de gauchos falsificados. Pero él no ha querido hacer sino una historia de ricos propietarios de la pampa, y los raros gauchos que ha introducido no son más que personajes secundarios, sin importancia. Yo creo que Larreta ha escrito este libro para probar a sus detractores que él era también capaz de hacer una novela de su país y de su época. En La gloria de don Ramiro, nos habla algo de Lima en el sigo XVII. Si él cerrara los oídos a las sugestiones malévolas y escribiera la novela de esa ciudad durante la colonia y la de Buenos Aires en el siglo XVIII, podría darnos una trilogía romancesca tradicional del mundo hispanoamericano, que duraría tanto como este mundo. La gloria de don Ramiro, que nos presenta la España conquistadora, sería la primera parte.

Memento. -- Con el título de Archipiélago ha comenzado a salir a luz en Santiago de Cuba una revista literaria muy bien hecha y muy interesante. Su director es el excelente crítico Max Henríquez Ureña. Señalamos en ella un "Bosquejo histórico de la literatura cubana," de Henríquez Ureña, y un artículo sobre "Juan Montalvo" de Santiago Argüello. Contemporáneos es una revista de letras selecta y bien presentada, la cual ha comenzado a aparecer en México bajo la dirección de cuatro jóvenes escritores de valor: B. Castelum, J. Torres Bodet, Ortiz de Montellano, E. González Rojo. Mencionaremos "Independencia religiosa de los indígenas" por O. de Mendizával, "Máximas y mínimas de la costumbre," por Torres Bodet. Recibimos el primer número de La Vida Literaria, publicación dedicada a la actualidad de las letras, la cual sale a luz en Buenos Aires, dirigida por Enrique Espinosa. Encontramos en ella artículos de los mejores escritores argentinos y numerosa información literaria. El delicado escritor chileno Hernán Díaz Arrieta, quien firma con el seudónimo de Alone, ha publicado en La Nación de Santiago tres artículos sobre la obra de Marcel Proust, en los cuales hay ideas muy personales. He aquí un fragmento del último:

> La actitud de Proust no solamente parece femenina, sino hasta cierto punto maternal; sólo las mujeres, por efecto de la maternidad, dan muestras del sentimiento de piedad como nadie... Apenas puede, él se introduce en los salones aristocráticos, para ver, para saber, para

entrar en el secreto de las intrigas, para informarse de las noticias de la sociedad como lo hacen las damas, para examinar las vestimentas y las almas, para descubrir los vicios secretos y los matices de la vanidad mundana.

L*

Novelistas. -- Horacio Quiroga: El salvaje, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires. -- José Eustasio Rivera: La vorágine, Ediciones Cromos, Bogotá. -- Januario Espinosa: La señorita Cortés Monroy, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). -- Arturo Lagorio: El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito, Agencia General de Librería, Buenos Aires. -- Alberto Lasplaces: El hombre que tuvo una idea, La Cruz del Sur, Montevideo. -- Memento.

Los libros que recibo de las diferentes repúblicas hispanoamericanas son tan numerosos y cuento aquí con tan poco espacio que, naturalmente, estoy casi siempre atrasado en ocuparme aun de los mejores. Por lo regular, espero recibir diversos libros de un mismo autor para presentarlo de manera eficaz en una sola ocasión, y a la vez, aprovechar mejor el espacio; pero, a veces, sucede que no recibo lo que esperaba, e involuntariamente me retraso nuevamente.

Horacio Quiroga, uruguayo residente en Buenos Aires, publicó hace ya algún tiempo dos recopilaciones de cuentos, las cuales lo han situado entre los mejores autores de ese género en la América hispana: Cuentos de locura, de amor y de muerte y El salvaje. Este escritor se había iniciado como

---

*1º de mayo de 1929.

poeta, durante el período modernista, y, como todos los escritores de entonces, se había impregnado del espíritu de algunos maestros extranjeros, especialmente de Poe. Publica luego una colección de versos que no he recibido: Los arrecifes de coral. En sus libros de cuentos, cuya acción se desarrolla en Argentina, nos ofrece diversas historias de esa literatura pseudo-científica o patológica determinada por Poe, ayer tan de moda (recordemos a Villiers de l'Isle Adam), y hoy tan caduca. Pero en Cuentos de locura, de amor, y de muerte, encontramos también diversas narraciones tomadas de la vida de Buenos Aires o de la campiña argentina, como "Una estación de amor," "Los pescadores de vigas," llenas de una realidad bien interpretada y de una profunda psicología, a la vez que algunas historias de animales, como aquella de esos perros que ven a la Muerte, de un encanto penetrante.

En El salvaje, Quiroga nos da diferentes narraciones relacionadas con el territorio de Misiones, salvaje y misterioso, con su gran río de aguas tumultuosas y sus bosque de un verdor casi negro. Más que verdaderos cuentos, son cuadros de la naturaleza hostil y de la arriesgada existencia de los colonos, cuadros rudos, extraños, a veces siniestros, los cuales delatan la influencia de Kipling, pero que muestran también la fina observación, el arte de contar y el don lírico del autor. Sería de desear que Francis de Miomandre pudiera publicar la traducción de algunos cuentos de Quiroga, lo cuales, me lo ha dicho él mismo, le han sobrecogido,

entusiasmado. Espero recibir un nuevo libro de este autor para hablar con detalle de su obra. Será, pues, para otra ocasión.

José Eustasio Rivera, colombiano, también se ha iniciado como poeta con una colección en la cual seguía aún la estética modernista, pero donde celebraba la naturaleza y la vida de su país: Tierra de promisión. En estos poemas, se revelaba como un lírico brillante y como un artista impecable del verso. Pero últimamente, Rivera nos ha dado una novela de su país completamente extraordinaria, que ha impuesto su nombre, no solamente en su país, sino en todo el continente: La vorágine. Es la historia de una expedición a través de la selva y de los grandes ríos de Colombia, hacia el territorio tenebroso donde se practica la explotación del caucho y de los pobres seres humanos que se ocupan de tal labor. Un hombre joven de Bogotá, poeta y aventurero, se atreve a introducirse en esa región salvaje con algunos compañeros, con el fin de vengarse de un traficante que le ha llevado a su amigo. Soporta innumerables sufrimientos, admira espectáculos grandiosos, se siente, a veces, poseído por el demonio de la selva virgen, encuentra en la soledad a un viejo trabajador quien le cuenta los horrores de la explotación del "oro negro," y, alcanzando finalmente los centros de trabajo, se venga de su rival; y continúa su ruta, con su amada y con sus amigos, a través de la selva implacable que terminará por devorarlo. Sin duda, el carácter literario del protagonista da a la narración un cierto aire ficticio; la composición un poco torpe introduce una cierta

confusión y la escritura acribillada de neologismos no va de acuerdo con el tema. Mas las impresiones del narrador frente a la naturaleza hostil son de una fuerza y de una sugestión singulares; algunos personajes, como el viejo cauchero, aparecen palpitantes de vida; algunas escenas salvajes, en los centros de explotación del caucho, son de un realismo bárbaro aterrador; y las imágenes, abundantes, muestran a menudo un singular esplendor comparable con esa extraña mariposa azul que incita el delirio de los moribundos en la selva. Esta novela, que ha sido escrita antes de un libro del mismo tema publicado en francés, constituye, de esta manera, el más fantástico y el más real relato de aventuras. Por desgracia, Rivera acaba de morir casi súbitamente, víctima, al parecer, de los gérmenes contraídos en la expedición que efectuó realmente para poder componer su libro. Es una gran pérdida para las letras hispanoamericanas.

Januario Espinosa, chileno, se ha dado a conocer con una pequeña novela simple e ingenua, pero llena de frescor y de espontáneo encanto: Cecilia. Nos ha dado a continuación una larga novela de mérito menor: La vida humilde. Pero, he aquí, que acaba de publicar una nueva novela de una observación muy fina y un espíritu muy elevado: La señorita Cortés Monroy. El héroe es un sentimental y soñador. Niño triste y retraído, sólo pensaba en trepar la montaña que domina la ciudad. Y toda su vida se conducirá, se modelará, por este deseo de subir, por esta aspiración hacia lo absoluto. Sin recursos, entra

como empleado a al telégrafo de la ciudad y se apasiona por una empleada orgullosa y desdeñosa, quien no se digna escucharlo. El trabaja, sube de cargo rápidamente, pero su sueño es el amor. El amor es también la preocupación de todo ese mundillo, hasta del jefe del telégrafo, hombre práctico quien no cree en la pasión. Todos discurren y sutilizan sobre asuntos sentimentales en conversaciones continuas. Pero ocurre que nuestro joven, finalmente amado, se separa un poco escandalizado de su dura amiga quien se ha casado; mientras que el jefe, práctico y metódico, se deja atender por una nueva empleada traviesa y atrevida. La figura del protagonista, en esta historia simple y tierna, es todo pureza y delicadeza, y el carácter de la bella desdeñosa muy bien captado. Uno de los empleados, vividor y parlanchín, muestra también rasgos muy característicos, y al jefe del telégrafo no le falta personalidad. La vida íntima, afectiva y pasional, de las ciudades chilenas de provincia está, pues, muy bien definida en esta novela. Desgraciadamente, la vida nacional, tan particular, parece allí voluntariamente desatendida, y, por consiguiente, la atmósfera no está determinada.De manera que el lector extranjero no llegara a situar a los personajes, y, al ver esas escenas que pasan alrededor de una mesa cubierta de vasos, se imaginará estar leyendo una novela europea, desarrollándose en los espléndidos cafés de las capitales. La escritura, además, está algo descuidada, tanto desde el punto de vista del vocabulario, como de la sintaxis.

Hay que esperar de este autor, que es uno de los mejores novelistas de su país, otras bellas narraciones.

Arturo Lagorio, argentino, ha publicado una recopilación de cuentos escritos para su hijo pequeño: El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito. Relatos encantadores, en los cuales hay imaginación, fantasía, ternura, pero donde no se ve ni la vida ni la tradición de la tierra argentina. ¿Por qué Lagorio no se ha inspirado en nuestros cuentos populares tan característicos en los cuales las hadas se encarnan en viejecillas criollas sabias y gentiles y el diablo lleva poncho? Este escritor es también un crítico muy culto y sagaz. Durante varios años, ha redactado las crónicas de las letras hispanoamericanas en Nosotros de Buenos Aires, con una finura y una penetración notables. Me viene a la memoria que defendió allí a José E. Rodó de los ataques infundados de un crítico peruano. Volveré a hablar de Lagorio, de quien no me había ocupado por estar a la espera de otro libro suyo, el cual me hubiera permitido presentarlo de una manera más completa. Diré, finalmente, que Alberto Lasplaces, uruguayo, nos ha entregado una muy curiosa colección de cuentos: El hombre que tuvo una idea. Cuentos humorísticos, con una cierta crítica social, escritos por un muy fino observador y por un artista. Hablaré de ellos en detalle en otra ocasión.

Memento. -- Hugo Wast: El vengador, Ediciones Libertad, Buenos Aires. Nos ocuparemos en extenso de esta novela y de

los libros precedentes de este autor. Francisco Contreras: El pueblo maravilloso, Agencia Mundial de Librería, París. Versión en lengua española de La Ville Merveilleuse, publicada en París en 1924. Con el título de Síntesis sale a luz, en Buenos Aires, una excelente revista literaria la cual reúne la colaboración de los mejores escritores hispanoamericanos y de buenos autores extranjeros. Tiene por director a Martín Noel y por secretario general a M. Ramos Mejía. En el número de febrero hacemos notar: "Pequeña carta sobre los mitos," de Paul Valéry, "Las últimas obras teatrales de R. Strauss," de A. Salazar, y en el de marzo "Strapacre y Estracitta," de G. B. Angioletti, "Velázquez y su significación en la pintura," de E. de la Guardia. Es una publicación que hace honor a las letras argentinas. -- Columbia es una revista de literatura la cual ha comenzado a aparecer en Rio de Janeiro y que ofrece artículos de autores hispanoamericanos en español. Está dirigida por Cristovão de Camargo. En el primer número, encontramos un poema de R. Heliodoro Valle, "Jazmines del Cabo," y un artículo de J. Soiza Reilly, "La nueva emoción en la Historia argentina," y una leyenda guaraní de E. Morles, "Isaraki." Pero como no hemos recibo más esta publicación, no sabemos si ella continúa apareciendo. -- El Carcaj es un periódico literario, órgano del grupo de jóvenes "Tucumán," el cual sale a luz en la ciudad de este nombre (Argentina), periódico poco extenso, mas lleno de interés. Sus jóvenes redactores escriben sin firmar sobre los más diversos temas de

literatura y de cultura en general, con lucidez y elevación. En uno de los últimos número señalamos: "Revaloraciones: José Ingenieros," "Universidad y Humanismo."

LI*

La crítica. -- Roberto Giusti: Crítica y polémica, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires. -- Armando Donoso: La otra América, Calpe, Madrid. -- Memento.

He dicho aquí, en reiteradas ocasiones, que **la crítica** se cultiva hoy con dilección en las letras hispanoamericanas, lo que da gran satisfacción, ya que el desarrollo de este género no se puede producir sino cuando una literatura ha alcanzado una cierta madurez. ¿Pero existe el verdadero espíritu crítico en esta literatura, ese espíritu de acuidad y de independencia que permite tener vistas claras y expresarlas sin rodeos? Debido al carácter un tanto vehemente de los hispanoamericanos, la mayoría de los críticos no logra desembarazarse de sus sentimientos personales hacia los autores: amistad u hostilidad, simpatía o antipatía. Así, en sus países, el libelo o la acusación han estado siempre en favor, y el elogio está hoy en ellos de moda. La cantidad de artículos o de monografías que llevan esta palabra como título es para dejar estupefacto: "Elogio a Fulano," "Elogio a Zutano..." En algunos países, este impulso sentimental toma una amplitud nacionalista; en otros, por el contrario, es anti-nacionalista. En Argentina hay críticos que no escriben más

---

*15 de agosto de 1929.

que sobre autores nacionales, y en Chile, hay quienes se deleitan en pasar en silencio a los autores del país, sobre todo si estos últimos están en el extranjero. Por otra parte, las letras reportan pocos beneficios, y la mayoría de los críticos se inclina por una producción apresurada y sin método. Los libros que publican son generalmente recopilaciones de artículos y estos artículos no nos dan casi nunca las indicaciones bibliográficas y los datos indispensables, y menos aún las fuentes como notas al pie. Las monografías bien hechas son raras y los libros consagrados a un solo autor casi desconocidos. En fin, la fascinación que las literaturas extranjeras han ejercido siempre en estos países jóvenes pone hoy en dia a los críticos en una desorientación lamentable. Las corrientes de vanguardia, que han penetrado ruidosamente, han llevado a algunos a aprobarlas enteramente, creyendo que se trataba de una nueva era literaria llamada a imponerse, mientras que han empujado a otros a combatirlas sin restricción, al considerarlas como simples caprichos pasajeros. Ahora bien, dos tendencias existen en estas corrientes: el internacionalismo y la forma esquemática, las cuales no pueden ajustarse a una literatura joven que no posee aún novela, teatro, ensayo y ni siquiera poesía verdaderamente autónomas; pero se encuentran también otras tendencias, como la de la forma despojada de oropeles literarios y la de la psicología integral, del consciente y del inconsciente, que son perfectamente adaptables. Así pues,

el magnífico movimiento autóctono que desde hace una veintena de años está ocupado en crear las verdaderas letras hispano-americanas: el mundonovismo, se encuentra impedido en su desarrollo, y los jóvenes autores comienzan a ser alcanzados por ese bovarysmo intelectual que esterilizó a la generación modernista. Empero, la crítica no logra librar la fórmula propicia y única que, no obstante, podría concretarse en dos principios:

a) Crear con los elementos propios del alma, la tradición y el ambiente nacionales.

b) Extraer el elemento nuevo, indispensable a toda creación, del gusto personal, y no de los procedimientos de moda, siempre efímeros.

(Tal es el criterio que siempre me ha guiado en estas crónicas, y que continuará inspirándome). Todo esto no quiere decir que no haya en las Letras hispanoamericanas críticos sagaces y más o menos metódicos. Existen y voy a ocuparme precisamente de dos de ellos:

Roberto Giusti, fundador, en compañía de Alfredo Bianchi, de la revista Nosotros, de Buenos Aires, nos ha dado ya dos volúmenes de los trabajos que había publicado en esa revista, con el título de Crítica y polémica. Acaba de formar un tercero tan rico y tan interesante como los precedentes. Junto a un trabajo sobre el maestro de la Vie en fleur,[1] y de

---

[1] Se alude al escritor francés Anatole France (1844-1924), autor de La Vie en fleur (1922).

algunas páginas de polémica, encontramos en él especialmente diversos estudios consagrados a los novelistas argentinos en general, y a B. Lynch, R. Güiraldes y E. Larreta en particular, del mayor interés. Al hablar de su recopilación anterior, dije que Giusti sólo se interesaba por los autores del Río de la Plata y que yo estaría feliz si él me probara lo contrario en una próxima obra. Esto es lo que ha hecho en la presente. Se ocupa con admiración de un escritor colombiano, B. Sanín Cano, a quien saluda "como un maestro de la lengua de Montalvo, de Martí, de Rodó, cuya palabra podría servir de ejemplo y de consejo." Perfectamente. Aunque dedicado enteramente al periodismo, Sanín Cano es un escritor de primer orden y sus artículos verdaderos ensayos concernientes a la cultura y la política internacional de América latina. Sería de desear que él se decidiera finalmente a publicar estos artículos en recopilaciones que servirían, en realidad, de ejemplo, de consejo y también de orientación, sobre todo en lo que se relaciona con el terrible conflicto con el imperialismo de los Estados Unidos. Esperemos que en sus próximos libros Giusti continuará ocupándose con tanto discernimiento de otros buenos autores del continente latino-americano.

Armando Donoso, chileno,se ha dedicado a estudiar a los autores de su país y también de los otros países hispano-americanos en diversos libros de los cuales me he ocupado aquí. En un volumen reciente: <u>La otra América</u>, nos ofrece tres estudios minuciosos y profundizados sobre tres excelentes

escritores de su país: el novelista Eduardo Barrios, la poetisa Gabriela Mistral y el polígrafo de renombre mundial José Toribio Medina. ¿Pero qué significa ese título: La otra América? Hace algún tiempo, el novelista español Pío Baroja publicó un libro en el cual atacaba la América latina, calificándola, por lo que parecía (yo no he leído este libro), de continente imbécil, y a los escritores hispanoamericanos, de salvajes, de simios, qué sé yo. Donoso quiere probar a Baroja que existe otra América que no merece tales dicterios. Pero al hacerlo admite como realidad la fantasía del novelista español. Ahora bien, este último ataca furiosamente a algunos escritores, como Ricardo Rojas y José Ingenieros, a los cuales Donoso había dedicado anteriormente artículos llenos de elogios. Por otra parte, el libro de Baroja no puede ser tomado en serio. Este escritor, que es un novelista eminente, no es un espíritu crítico. Además es vasco y tiene todos los prejuicios de su raza. Los vascos, que se creen de una raza vecina a aquellas del Norte, le tienen horror a la raza latina y por eso sin duda no quieren a la América hispana. Me viene al recuerdo que una revista de Bilbao no quiso reproducir un muy bello artículo de Jean Royère porque hablaba elogiosamente de la latinidad. ¿Pero los vascos, no se dan ellos cuenta que al hablar de latinidad no se trata de raza, sino de cultura, y que ellos mismos son latinos desde este punto de vista? ¿No tiene ellos el concepto del derecho, las humanidades clásicas y el catolicismo de todos los pueblos llamados latinos? Y que

no se crea que yo desprecio a los vascos, ya que yo mismo lo soy por mi bisabuela paterna, doña Lucía Arteaga, casada con don Pedro Contreras de Astorga. Donoso presenta también, como representante de su otra América, al escritor Rafael Barrett, español residente en el Río de la Plata, y al escultor Tótila Albert,[7] hijo de alemanes y radicado en Alemania. Se ocupa también del crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña. Pero sólo nos nabla de su libro La versificación irregular en la poesía castellana, y para reprochar al autor por dedicarse a trabajos de erudición vana e inútil. Yo no he recibido el libro de Henríquez Ureña, pero, conociendo su talento y su labor, no puedo creer que este libro sea inútil y vano. E. Díaz Canedo, que conocía La versificación irregular, es del mismo parecer. Donoso nos ha dado también otro volumen de crítica en el cual se ocupa extensamente de dos grandes escritores extranjeros y de un eminente novelista español: Dostoiewski, Renán, Pérez Galdós. Son estudios minuciosos y fervientes, los cuales contribuirán eficazmente a la difusión de estos excelentes autores en Hispanoamérica.

Memento. -- Gonzalo París Lozano: Antonio Gómez Restrepo, Imprenta Siglo XX, La Habana. Interesante estudio sobre la obra de este excelente escritor colombiano. -- F. Monteverde y J. García Icazbalceta: Manuel Gutiérrez Nájera, Secretaría

---

[7]El conocido escultor chileno Tótila Albert había nacido en Santiago en 1892. Regresa a su patria a comienzos de la guerra (1939) donde permanece hasta su muerte en 1967.

de Instrucción Pública, México. Páginas interesantes acerca de este famoso poeta mexicano, en las cuales se encontrarán detalles inéditos de su vida. -- Con el título de Revista de Educación, ha comenzado a aparecer en Santiago (Chile) una revista de pedagogía, de letras y de arte particularmente interesante; es publicada por el Ministerio de Instrucción Pública y sus directores son Isaías Cabezón y Tomás Lagos. Junto a estudios pedagógicos, encontramos artículos muy interesantes sobre la arqueología, el folklore, o la vida nacional, como "Decoraciones de los tejidos criollos," de R. Renjifo; "Los Agriornis," de E. Gigoux; "Consideraciones a propósito del mueble nacional," de A. Zúñiga; "Arte indígena chileno," por R. Latcham; estos artículos están acompañados de numerosas ilustraciones. Es una revista que debiera ser leída por todos aquellos que se interesen por la cultura tradicional y actual de Chile.

LII*

Los críticos. -- Alfonso Reyes: Reloj de sol, Tipografía Artística, Madrid. -- Enrique Molina: Dos filósofos contemporáneos, Nascimento, Santiago (Chile). -- Pedro Henríquez Ureña: El supuesto andalucismo de América, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires. -- Max Henríquez Ureña: El intercambio de influencias literarias entre España y América, Cuba Contemporánea, La Habana. -- Isaac Barrera: Literatura ecuatoriana, Imprenta de la Universidad Central, Quito. -- A. Torres Rioseco: Precursores del modernismo, Calpe, Madrid. -- L. D. Cruz Ocampo: La intelectualización del arte, Nascimento, Santiago. -- Jorge Mañach: Goya, Ediciones 1928, La Habana. -- Guillermo Jiménez: Cuaderno de notas, Aguilar, México. -- E. Velázquez Bringas, R. Heliodoro Valle: Indice de escritores, Herrero, México.

He dicho en una crónica anterior que la fascinación ejercida por las literaturas extranjeras, perceptible en todos los tiempos en las letras hispanoamericanas, aportaba hoy en día a los **críticos** y a la generalidad de los escritores, una cierta desorientación. Autores extranjeros nuevos, lanzados en una ruidosa publicidad, son tomados allá por genios, y es corriente ver poner en el mismo rango, en las revistas, a los

---

*15 de octubre de 1929.

verdaderos maestros y a los escritores que aún están en los intentos. Luego, se comentan en detalle las obras de estos genios improvisados, mientras que se trata con desprecio o se pasa en silencio los libros de los mejores escritores hispano-americanos. En Chile, donde reina una suerte de antinacionalismo crítico, hay revistas que excluyen sistemáticamente a numerosos de sus corresponsales chilenos radicados en Europa.

Felizmente, hay críticos que saben distinguir el oro de la arena en las literaturas europeas. Alfonso Reyes, mexicano, espíritu muy sagaz que ha vivido numerosos años en España, se ocupa de los mejores escritores españoles de hoy y también de los buenos autores de su país. En su última recopilación de artículos: Reloj de sol, nos habla de Valle Inclán, de Azorín, de Ramón y Cajal, como igualmente de José Vasconcelos y de Mediz-Bolio. Son notas pocos extensas (cartas, recuerdos personales, anécdotas o simples documentos literarios), pero sustanciosas y finamente escritas. He dicho aquí que era una lástima que escritores del valor de Reyes despilfarraran su talento en artículos, en vez de condensarlo en obras orgánicas. En Reloj de sol, nos comunica su proyecto de una obra de ese género. Se trataría de una serie de ensayos en la cual "yo procuraría --dice Alfonso Reyes-- extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la

brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos." ¡Con qué placer yo me ocuparía de un libro revelador como ése!

Enrique Molina, chileno, es un crítico de ideas filosóficas y científicas, culto y ferviente. Le debemos una serie de libros notables, como Filosofía americana, Educación contemporánea, La cultura y la educación general, Las democracias americanas y sus deberes, Por las dos Américas, etc. En una de sus últimas obras, Dos filósofos contemporáneos, consagra dos extensos estudios a Guyau y a Bergson. Formado en los principios del positivismo y del evolucionismo spenceriano que dominan la enseñanza oficial en su país, Molina ha logrado, sin desprenderse totalmente de esos principios, abrir su espíritu a las nuevas ideas del idealismo transcendental. El ve en Guyau a un pensador humano y sentimental y reconoce en Bergson a un filósofo de genio y a un excelente escritor. Pero no admite el utilitarismo estético del primero, ni el intuicionismo como medio seguro de conocimiento del segundo. Trata a ambos con simpatía y, a veces, con admiración, reconociendo en la actitud de cada uno de ellos lo que encierra de eficaz para los valores espirituales. El último libro de Molina lleva el siguiente título: Por los valores espirituales. Es una simple recopilación de artículos o de discursos ocasionales, pero

todos tienden a exaltar las fuerzas espirituales que hacen a los hombres mejores y a la sociedad más justa. Dedicado a la enseñanza, Molina es hoy rector de la Universidad de Concepción. Es un maestro sabio y tolerante, y no hay duda que su obra ha producido excelentes resultados entre la juventud de su país, y que continúe produciéndolos.

Pedro Henríquez Ureña, de Santo Domingo, de quien ya he hablado, nos ha entregado dos folletos muy interesantes: El endecasílabo castellano y El supuesto andalucismo de América. El primero es un completo estudio del más conocido verso en español, en sus cuatro tipos. El segundo es una discusión muy curiosa sobre la idea, generalmente admitida, según la cual la lengua regional de Andalucía habría servido de base a la lengua de América. En realidad, la pronunciación está lejos de ser uniforme en las diferentes repúblicas y se encuentran casi por todas partes tantos provincialismos de Castilla como de Andalucía. Es que los andaluces no han sido, contrariamente a lo que se cree, los más numerosos entre los españoles de la conquista y sobre todo de la colonización de América. Max Henríquez Ureña, hermano del anterior, y de quien ya me he ocupado igualmente, ha publicado por su lado dos folletos no menos interesantes: El ocaso del dogmatismo literario y El intercambio de influencia entre España y América. En el segundo de estos trabajos se encuentran datos muy numerosos sobre el realismo moderno en España y sobre el modernismo en América. Hay igualmente una ingeniosa clasificación de los

diversos movimientos de las letras hispanoamericanas, disociados de las corrientes europeas contemporáneas. Sin embargo, hay que reconocer que el movimiento autóctono, que nuestro crítico señala hacia la mitad del siglo XIX, en el Río de la Plata, fue suscitado por la literatura costumbrista de Larra y de Mesonero Romanos y abarca, más o menos, todo el continente. Aquello no disminuye, empero, el interés de este estudio.

Isaac Barrera, ecuatoriano, que dirigía hace algunos años una bella revista, Letras, y que nos ha dado un buen libro de historia, acaba de publicar una obra acerca de las letras de su país: Literatura ecuatoriana. Es un cuadro abreviado, pero completo y fiel, el cual va desde los tiempos pre-colombinos hasta nuestros días, pasando por las épocas de la colonia, de la revolución y de la república. El Ecuador no ha producido tantos escritores como los otros países hispanoamericanos, pero posee algunos notables, como Olmedo. Montalvo, León Mera. Este trabajo bien hecho es tanto más interesante debido a que la verdadera historia de la literatura no ha sido aún escrita en la mayoría de los países hispanoamericanos. A. Torres Rioseco, chileno, nos ha dado, por su parte, un pequeño libro en el cual estudia cuatro de los mejores poetas modernos del continente: M. Gutiérrez Nájera, J. del Casal, J. Martí, J. A. Silva: Precursores del Modernismo. Son retratos rápidos que no contienen ni una biografía detallada, ni una exégesis completa. Podrían servir de base, sin embargo, para los

trabajos definitivos que reclama el tema y que el autor mismo podría escribir. Pero hay que advertir que estos poetas son los verdaderos iniciadores del movimiento moderno (no al grado de Rubén Darío, naturalmente). Y es necesario añadir a sus nombres, los de Díaz Mirón y de Gavidia. L. D. Cruz Ocampo, chileno, también ha consagrado un estudio al examen de un libro sensacional del español J. Ortega y Gasset: La intelectualización del arte. Ortega que es, como lo ha dicho J. Cassou, un espectador deslumbrante y deslumbrado de cultura europea, impresionado quizás por el cubismo y por los otros ismos nuevos, anunciaba en su libro, como un hecho consumado, la deshumanización del arte. Cruz Ocampo cree que no se trata de la deshumanización, sino de la intelectualización del arte a lo que asistimos. Sin duda, hoy en día hay escritores que, por el culto de lo artificial, en el tema, en la factura, en la imagen, parecen puros intelectuales. Pero hay también otros, y estos no son los menos interesantes, quienes, siguiendo la brecha de Bergson, buscan elementos en el inconsciente, en el sueño, en lo maravilloso. Cruz Ocampo se demuestra en este trabajo como un crítico diestro y vivaz.

Jorge Mañach, cubano, nos ha dado un estudio sobre Goya, escrito a propósito del centenario del gran pintor. Con razón, él piensa que Goya ha sido, en su época, la encarnación del antiguo genio español, ahogado entonces por el gobierno extranjero y por el desarraigo de la élite fiel al poder. Eso prueba algo que los jóvenes escritores de hoy olvidan y que

nuestro crítico no ha señalado: que los grandes creadores no marchan precisamente con su época, sino por encima de su época. Este trabajo es una bella pieza de crítica artística y un excelente ensayo de crítica histórica. Guillermo Jiménez, mexicano, se ha dado a conocer por una pequeña novela llena de frescor y de lirismo, Constanza, y por una recopilación de crónicas sobre la actualidad literaria europea las cuales, tanto por los datos que encierran como por la delicadeza de escritura, merecían ser reunidas en volumen: Cuaderno de notas. Jiménez se anuncia aquí como un escritor muy bien dotado. Finalmente, Esperanza Velázquez Bringas y R. Heliodoro Valle han publicado, con el título de Indice de escritores, una serie de notas sobre numerosos autores hispanoamericanos actuales, llenas de datos valiosos y que constituyen, de esta manera, una excelente obra de consulta. Este libro servirá igualmente para hacerse conocer, los unos a los otros, los autores de las diferentes repúblicas.

LIII*

Novelistas y cuentistas. -- Federico Gana: Cuentos completos, Nascimento, Santiago (Chile). -- J. J. Núñez y Domínguez: Cuentos mexicanos, Herrero, México. -- Alcides Greca: Viento norte, Inca, Buenos Aires. -- Memento.

Los escritores del siglo XIX, que han tenido tanta predilección por la novela, la han desviado, no obstante, de su finalidad y la han llenado de artificio. Exaltados por ideas políticas o sociales, han interpretado la vida bajo la influencia de sus prejuicios, entregándose a la novela de tesis, o al menos a la novela tendenciosa, mientras que, influidos por el ambiente de las ciudades, se ocupaban con preferencia del gran mundo, falseado por los refinamientos, o bien del proletariado, intoxicado por la lucha de clases. De manera que la novela se volcaba al estudio pseudo-científico de casos excepcionales o de conflictos sociales. En nuestra época, asistimos a un movimiento de reacción, encaminado a devolver a la novela su verdadero papel de intérprete desinteresado del hombre, y de ocuparse especialmente para eso de la población rural o de la clase media que, manteniendo la tradición nacional, conservan la integridad de su espíritu y de su carácter. André Thérive y sus amigos han estado, pues,

---

*15 de enero de 1930.

bien inspirados al exigir la novela pura, la novela por la novela, y los temas extraídos de la vida popular.

Igualmente están en favor de tales conceptos en la América hispana. Federico Gana, chileno, que ha muerto recientemente, se dedicó a interpretar la vida del hombre autóctono de su país, con un gran talento y un arte muy fino. Sólo publicó cuentos, pero en estas obritas, logró encerrar toda el alma austera y doliente de su raza, todo el paisaje melancólico y rudo de su tierra de valle y de montañas. Son simples bosquejos de la realidad, vivida y observada, en trazos esenciales y característicos y en una lengua sabrosa y pura, la cual no desluce nunca por el abuso de vocablos regionales. Ellos hacen pensar, por la emoción y la simplicidad de líneas, en algunas páginas de los novelistas rusos modernos, que nuestro autor conocía y admiraba. Algunos, como "En la montañas," "La señora," "La Maiga," son, según mi parecer, los cuentos más bellos que se hayan escrito en todo el continente.

Estos cuentos, que habían sido publicados en un volumen: Días de campo, han sido reeditados, aumentados en siete relatos nuevos, con el título de Cuentos completos. Cinco de ellos son, como los precedentes, impresiones personales de la vida campesina, llenos de sentimiento y de finura: un diálogo sentimental entre paisanos, capturado por el autor; la historia de su perro favorito; el caso de un viejo ebrio que concentra toda su ternura en su hijita; la historia de una

pobre cantante jorobada a quien su familia explota, y que muere abrazada a su arpa. Pero hay uno que es toda una novela comprimida de la clase media. Es el caso lamentable y sugestivo de un muchacho del gran mundo de la capital, quien ha bajado de posición y enfermado a causa de sus vicios, y ha encontrado refugio en casa de un pobre boticario quien concibe el sueño seductor de hacerlo casarse con una de sus hijas, sueño cuya realización fracasa, ya que el muchacho sucumbe la víspera de la ceremonia. Otro de los cuentos es una escena bíblica en la cual vemos a los evangelistas conversar con el divino Maestro en las márgenes del lago Tiberíades, escena tratada con tanto arte que la imaginación se hace en ella realidad. Mas Federico Gana ha dejado también otros cuentos que sería necesario buscar y reunir. Recuerdo que me leyó una historia enternecedora, que jamás he visto impresa, de una vieja criada a la que llevaban al hospicio. Ha dejado además una serie de poemas en prosa, los cuales son impresiones de la vida de un lirismo simple, pero muy denso, poemas que el intitulaba "Manchas de color," y que nos darían, si fueran publicados, la clave de su verdadero espíritu, ya que veríamos en ellos cuán gran poeta ha sido este excelente observador de la realidad.

Federico Gana fue el primer escritor de su país que trató la vida campesina con un sentimiento profundo y un arte auténtico. Su influencia ha sido tan grande que todos los novelistas chilenos de hoy le deben algo. Sin embargo, este

autor escogido ha muerto en la pobreza y el abandono. Desalentado sin duda por la poca atención que se presta a los escritores de imaginación en su país, se entregó a esa vida de bohemia, ayer de moda, buscando consuelo en el alcohol. Así perdió su fortuna, y se vio reducido a llevar una existencia lamentable, aunque sin perder su hidalguía de espíritu y su distinción de noble. Se ha dicho que su carácter de soñador había sido la causa de su desdicha. Pero la verdad es otra. En su cuento "Los pescadores," Federico Gana hace decir a Cristo al hablar a sus discípulos, quienes se quejaban de la incomprensión de sus conciudadanos: "¿No sabéis, pues, que nadie es profeta en su tierra?" El autor del prefacio de los Cuentos completos, T. García Martínez, nos confía que la últimas palabras del gran cuentista fueron: "Todo lo que me ha sucedido se debe a que he sido escritor..."

El poeta mexicano J. J. Núñez y Domínguez, de quien me he ocupado aquí varias veces a propósito de sus colecciones de poemas, nos ha dado un libro de relatos: Cuentos mexicanos. Son historias populares de amor y de muerte, en las cuales palpita el alma violenta y apasionada de su país y donde se ve, en todo su esplendor, la naturaleza tropical y, en todo su carácter pintoresco, la vida de México. Desde este punto de vista, hay dos que son particularmente interesantes: "Lolita la tamalera" en el cual contemplamos el panorama de la antigua capital del virreinato coronada con las magníficas torres de su catedral española, y "Sudor de sangre," donde asistimos a

una procesión que perpetúa los ingenuos esplendores de la época colonial. Es un bello libro, que completa muy felizmente la obra de este ferviente poeta del México autóctono y tradicional.

Alcides Greca, argentino, se ha revelado como un novelista bien dotado. Su novela, Viento norte, es la historia de un pueblo del Norte argentino, mitad indígena, en el cual los aborígenes, irritados por las injusticias y los malos tratos con que están oprimidos, se sublevan, atacan a la población blanca, son finalmente exterminados, y sus bosques arrasados por el fuego. Pero esta novela es también un cuadro de la política provincial, y vemos en ella mezclada la historia, a menudo ya explotada, de dos enamorados desazonados por la contrariedad de opiniones entre el pretendiente y el padre de la joven. No obstante, la presentación muy rica de la vida de provincia y de las costumbres indígenas, y la pintura muy brillante de la naturaleza tropical, envuelven la acción tendenciosa y crean una atmósfera llena de realidad y de colorido. Si Greca quisiera tomar una posición más desinteresada ante la vida y cuidar un poco más su español, no cabe duda que pudiera llegar a ser uno de los mejores novelistas de su país.

Memento. -- Continuando una excelente tradición, la revista Nosotros, de Buenos Aires, ha consagrado un número especial a Paul Groussac, el escritor franco-argentino

recientemente fallecido. Encontramos artículos sobre el hombre y su vida, de A. de Laferrere, Luis Berisso, E. M. Barreda, etc., sobre su obra en general, de E. Guiñazu, C. Correa Luna, etc., sobre el historiador, de J. N. Eizaguirre, L. Landra, sobre el escritor de C. Vega Belgrano, sobre el novelista de J. R. González, sobre el autor dramático de A. Arrizagu, sobre el crítico musical de J. Piñero, sobre el erudito de R. Giusti. Un número muy interesante. -- Bandera de Provincias es el órgano de la juventud literaria de Guadalajara (México), que sale a luz en esa ciudad. En el último número, hacemos notar un artículo de F. de P. León, "Antigüedad de los esmaltes de Urnapán" y otro de T. Gómez Haro, "Puebla y la literatura." -- Diógenes, periódico que publican en La Plata (Rep. Argentina) un grupo de jóvenes bien inspirados, y que había dejado de aparecer, ha consagrado un número al escritor anglo-americano Waldo Frank con ocasión de las conferencias que ha dado en Buenos Aires. Se encuentran buenos artículos sobre la obra de Frank y sobre la "conciencia" y la "realización del Nuevo Mundo." -- Renovación, el valeroso periódico de Buenos Aires, órgano de la Unión Latino Americana, consagra también, en su último número, un artículo a Waldo Frank. Leemos en él: "En su fe mística, él (Frank) pierde la noción de los problemas urgentes que se plantean en la realidad de nuestro mundo. Considera, por ejemplo, nuestras relaciones económicas con su país como una cuestión en la cual todos nosotros no tenemos culpa, pero no nos dice cómo

deberemos defendernos de la agresión que los banqueros de su patria hacen contra la soberanía y el porvenir económico de la naciones de la América latina." -- Mercurio Peruano, la bella revista de Lima, continúa saliendo a luz, siempre tan interesante. En el último número, señalaremos un buen artículo de V. A. Belaunde: "Acerca del último libro de Mariátegui," y un trabajo muy notable del profesor español C. Barcías Trelles: "La política de los Estados Unidos en el Mar Caribe."

LIV*

Novelistas. -- Mariano Azuela: Los de abajo, Imprenta Rosaster, México. -- A. Aguirre Morales: El pueblo del sol, Imprenta Torres Aguirre, Lima. -- Marta Brunet: Bestia dañina, Nascimento, Santiago (Chile). -- Memento.

Las novelas que salen a luz, en número considerable, en las repúblicas hispanoamericanas, son generalmente interpretaciones de la realidad ambiente en su aspecto social y aun político, y, excepcionalmente, expresiones individuales más o menos separadas del medio, es decir obras que se ajustan a la manera realista o materialista del siglo pasado, o bien novelas que siguen las fórmulas psicológicas francesas posteriores. Naturalmente, lo que abunda en ellas, es la pintura de la realidad más inmediata y la psicología corriente, solamente del estado consciente. A los personajes, generalmente de "dos dimensiones", les falta profundidad y en la atmósfera no se encuentran los elementos tradicionales que constituyen, no obstante, el carácter de la nacionalidad. Se diría que los autores, engañados por la literatura y por la proximidad, no ven lo que hay de más profundo en su espíritu y en su medio. De ahí que no se sirvan casi nunca del tesoro tradicional ni del arte popular, tan ricos y tan poco

---

*1º de mayo de 1930.

explotados en sus países.

Mariano Azuela, mexicano, nos ha dado una serie de novelas que interpretan la vida de su país en sus luchas sociales y políticas, durante el período que va desde los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz hasta el fin de la Revolución. Son relatos bien ejecutados de un pueblo en convulsión, agitado por pasiones primitivas, en ocasiones monstruosas; narraciones llenas de vigor y a veces de finura, pero demasiado sumarias, demasiado en boceto, lo que algunas veces las hace confusas, escritas en una lengua defectuosa y tan recargada de vocablos regionales que a menudo se hacen ininteligibles para todo lector que no sea mexicano. Así, entre los volúmenes que hemos recibido, en Mala yerba, asistimos a la lucha entre una familia de terratenientes, que son verdaderos criminales, y los campesinos que no son santos; en Las moscas, vemos la fuga precipitada, durante la revolución, de los militares, de los civiles y de una familia de empleados, quienes, en su angustia, buscan por lo tanto todos los medios de sacar el mejor partido posible de los acontecimientos. Fiel al método realista, el autor no interviene en la acción, pero revela su espíritu crítico en la acentuación de los tintes sombríos y en la selección de los nombres que da a veces a los personajes: el general Malacara, el general Cebollino. Su novela más conocida, y la última que me ha llegado, Los de abajo, cuenta las proezas de una banda revolucionaria compuesta por rústicos semi-aventureros, semi-

bandidos, quienes, para vengarse de una expoliación o para evitar la prisión, se baten contra las tropas del gobierno. Un estudiante de medicina, quien se une a ellos y que habla de la santa causa de los pobres, no se muestra en definitiva más idealista. Todos combaten por el hecho de combatir, matan por matar. De manera que cuando su partido triunfa, ellos continúan batiéndose, con excepción del estudiante que se fuga a los Estados Unidos, y mueren todos con el fusil en la mano. Estas aventuras bárbaras tiene no obstante el heroísmo que les da la temeridad inaudita de estos hombres primitivos, impulsados por instintos irreprimibles, y la majestuosidad del país montañoso, ya solitario, ya agitado por la multitud angustiada. Se encuentran hasta algunos episodios delicados, como el nacimiento del afecto en una pobre campesina enamorada del estudiante. A los muy animados personajes les falta, sin embargo, matices: el jefe es el bandido clásico, feroz y que, no obstante, sabe también enternecerse, y casi todos se muestran siempre tal como los hemos visto desde la primera vez. Además, los aspectos característicos del pueblo mexicano no aparecen en la narración, a tal punto que asistimos a una fiesta campesina y no vemos las danzas nacionales, que entramos en diversas ciudades y no notamos ningún vestigio de las bellas cosas de la época colonial, de las cuales el país está lleno. Esta novela, llena de vida, de pasión, de movimiento, de sorpresas, de aventuras, de bellos paisajes, se lee, empero, con un gran interés. Azuela ha tenido con este

libro un verdadero éxito. Viendo en él un "documento" para menospreciar a México, los periodistas de Estados Unidos se han apresurado a comentarlo en los grandes periódicos, con los más vivos elogios. Luego, esta novela ha sido reeditada en España, y hoy acaba de aparecer en francés (Ceux d'en bas, J. O. Fourrade. Esta traducción excelente pertenece a J. et J. Maurin; tiene un prefacio muy interesante de Valéry Larbaud). Su autor es considerado como el principal novelista de su país. Pero en México, donde los poetas son numerosos, casi no hay novelistas. Si este autor tan bien dotado se decidiera a interpretar de una manera menos exclusiva al hombre mexicano, y si quisiera emplear los elementos característicos de su país, él podría ser uno de los mejores novelistas, no solamente de México, sino de todo el mundo hispánico.

A. Aguirre Morales, peruano, que había publicado anteriormente algunas novelas incaicas, nos ha dado una gran novela sobre el antiguo imperio peruano: El pueblo del sol. Tomando el ejemplo de Flaubert, él ha empleado diez años en documentarse y en escribir su libro. Es un cuadro extenso y minucioso de la vida incaica en el apogeo de su esplendor y de su reinado. Trata las luchas formidables de los "hijos del sol" con los pueblos vecinos incorporados en su vasto imperio. El papel de Chinchas, quien vencido ofrece sus servicios al Inca, con el secreto plan de vengar a su pueblo. Pero, aunque logra a hacerse amar por una de las Vírgenes del Sol y batirse heroicamente en las huestes del Emperador, cuando pone en

ejecución el complot que había urdido, es vencido y perece con todos los suyos. Los Hijos del Sol tenían que triunfar. Como en Salambó,[1] que parece haber servido de modelo a nuestro autor, la pintura de las muchedumbres, la descripción de las ceremonias, y sobre todo los combates, sostienen la mayor parte de la obra, y son de una grandeza, de un esplendor y de una minucia admirables. Aunque los personajes parecen bastante característicos, la psicología no es la principal cualidad de este libro. Pero la atmósfera está presentada con tanta fidelidad y con tantos detalles típicos, que el lector se siente transportado al gran imperio precolombino donde reinaba una raza de señores, en el seno de una riqueza y de una molicie nunca vista, por sobre numerosos pueblos sometidos a una especie de comunismo admirablemente ordenado. No obstante, el autor ha desatendido, entre las costumbres, la magia, la cual desempeñaba un papel misterioso muy particular en este pueblo, y, entre la maravillas, ese vergel de árboles de oro y de plata los cuales, sobrepasando el mito del jardín de las Hespérides,[2] constituían una de las singularidades de este imperio casi fabuloso. Por otra parte, este libro de casi cuatrocientas páginas, está lleno de prolongaciones, de

---

[1]Novela histórica del escritor francés Gustave Flaubert (1821-1880) en la que se reconstituye concienzudamente la Cartago de Amílcar y de Hannón.

[2]Hespérides. En la mitología griega, las tres hermanas hijas de Atlas que poseían un jardín cuyos árboles producían manzanas de oro. Este jardín estaba al cuidado de un dragón de cien cabezas, que fue muerto por Hércules al realizar su undécimo trabajo.

repeticiones, de escenas inútiles; el estilo, aunque enérgico y pintoresco, está descuidado y la lengua no es suficientemente pura. Yo creo, sin embargo, que esta obra es de un escritor concienzudo y artista, que traducida al francés (naturalmente con supresiones) daría a su autor el éxito que se merece.

Marta Brunet, chilena, se ha distinguido como una novelista de la realidad rústica de su país, llena de cualidades de observación y de vida. No he recibido más que el último de sus libros, que es una novela bastante corta y bastante simple: Bestia dañina. Es la historia de un campesino viejo, viudo y padre de dos hijas, quien se enamora de una jovencita tan atrayente como artificiosa y que, engañado, estrangula a su rival. Pero, con este simple tema, la autora nos hace ver la vida campesina en todo su rigor y su colorido, y nos presenta personajes bien plantados, como el viejo enamorado y sobre todo su joven compañera: la bestia malhechora. Hablando de Marta Brunet, la poetisa Gabriela Mistral ha criticado su estilo y ha exaltado su tendencia a reivindicar los derechos de la mujer, lo cual se ve en una de sus novelas. Yo creo que esta autora escribe con energía y finura, aunque su lengua sea muy defectuosa, y me permito aconsejarle considerar la vida en calidad de artista, como en la Bestia dañina, y dejar las asuntos de ideas a los periodistas de su país, que son una legión.

Memento. -- E. Rodríguez Mendoza: Remansos del tiempo, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, Madrid. Recopilación que contiene una novela y diversos otros trabajos, de la cual nos ocuparemos pronto. -- Con el título de Bolívar, ha comenzado a salir a luz en Madrid un periódico americano muy animado y muy bien inspirado. Su redactor en jefe es el escritor peruano P. Abril de Vivero; su secretario de redacción, el poeta P. Pérez Domenech. En el primer número, hacemos notar: "Flora Tristán," de Angélica Palma; "¿Algunas repúblicas hispanoamericanas son soberanas o no?" de José Morales; "El monroísmo en el siglo XX," de Retig; "Panorama del teatro chileno," de Víctor Domingo Silva. -- Repertorio Americano, de San José de Costa Rica (1º de febrero), reproduce un artículo de Luis de Zulueta sobre el gran crítico español Gómez de Baquero, muerto recientemente. "El homenaje que declinó en vida (se lee allí), surge hoy en toda España. Homenaje de gratitud al maestro, de admiración al artista, ya que el gran escritor fue al mismo tiempo artista y maestro." -- Revista de La Habana es una gran publicación periódica que ha comenzado a salir a luz en La Habana y que parece continuar la excelente tradición de Cuba Contemporánea. Está dirigida por Gustavo Gutiérrez y, entre sus redactores, se encuentra E. Gay Calvo, quien hacía con tanta sagacidad la crítica de libros en esta última revista. En el segundo número, señalamos: "Bolívar," por G. Gutiérrez; "Los secretos de los ñáñigos," por J. Martín; "Rafael Testinger," por Gay Calvo, y

poemas de Max Jiménez.

LV*

La cuestión de las dos Américas. -- Carlos Quijano: Nicaragua, Agencia Mundial de Librería, París. -- Alejandro Alvarez: Consideraciones generales sobre la codificación del derecho internacional americano, Imprenta Nacional, Rio de Janeiro. -- Juan Terán: La salud de la América latina, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, Paris. -- Alfredo Colmo: Política cultural en los países hispanoamericanos, Nosotros, Buenos Aires. -- E. Roig de Leuchsenring: Nacionalismo e internacionalismo de Martí, El Siglo XX, La Habana. -- Pedro Henríquez Ureña: La Utopía de América, Estudiantina, La Plata. -- José Vasconcelos: Indología, Agencia Mundial de Librería, París. -- Alfredo Palacios: Mensaje a la juventud universitaria y obrera de los Estados Unidos, Imprenta Mercantil, Buenos Aires. -- Arturo Capdevila: América, Gleizer, Buenos Aires. -- Guillermo Viviani Contreras: Sociología chilena, Nascimento, Santiago (Chile).

La América hispana, cuya literatura ofrece ya un real interés y cuya prosperidad material comienza a pesar en el mundo, se ve, día a día, más coartada por la acción imperialista de los Estados Unidos, acción de infiltración económica y dominación de todo orden. Empleando el

---

*1º de agosto de 1930.

acostumbrado método de apoyar a los tiranos o a los revolucionarios que se prestan a sus planes, el gobierno de los Estados Unidos interviene en la política interna de algunas repúblicas, imponiéndoles empréstitos usureros, apropiándose de sus riquezas naturales, de pedazos de sus territorios y, cuando los acontecimientos lo permiten, les somete a su protectorado. Lo que ha sucedido en Nicaragua muestra claramente este método de conquista. Carlos Quijano, joven nicaragüense, nos lo expone en un libro: Nicaragua, con claridad y con documentos de apoyo. Como el presidente de este país, Santos Zelaya, no se prestaba a sus planes, el gobierno de los Estados Unidos secundó a los revolucionarios, quienes, con la ayuda de los infantes de marina norteamericanos, suplantaron a Zelaya, y, doblegándose a los deseos de Washington, contrajeron en Nueva York empréstito tras empréstito, con hipoteca de territorios y de ferrocarriles (empréstitos que, por combinaciones maquiavélicas de banqueros, permanecerán en la mayor parte en sus arcas), alquilaron al gobierno de los Estados Unidos dos islas y una bahía, por 99 años con la facultad de prórroga, le cedieron la zona que éste ambicionaba para construir un nuevo canal inter-oceánico al precio irrisorio de tres millones de dólares; y se sometieron de hecho a su protectorado. No obstante, el gran poder imperialista, gracias al prestigio que le da su enorme riqueza, continúa su penetración en el continente latino. Sin tener en cuenta sus actuaciones, los gobiernos de ciertas

repúblicas contraen empréstitos en Nueva York, otorgan a sociedades norteamericanas concesiones para la explotación de sus riquezas naturales, y todos permanecen fieles al panamericanismo, enviando delegados a esas Conferencias Panamericanas que se reúnen de vez en cuando y que sólo sirven a los fines del imperialismo invasor; en la Conferencia de Santiago de Chile, el delegado de la República Dominicana no logró hacer escuchar sus justas reclamaciones. Algunos escritores, bajo la dependencia de los gobiernos o engañados por ideas sistemáticas, respetan igualmente la doctrina panamericana y no se preocupan del avance del imperialismo. Alejandro Alvarez, delegado de Chile a la asambleas de juristas americanos que se proponen codificar el Derecho internacional, ha presentado una memoria: Consideraciones generales sobre la codificación del Derecho internacional americano, en la cual sostiene que esta obra debe realizarse sobre la base de la unión de la América latina con la América sajona, de "la confianza y la buena voluntad" de la una con la otra, ya que los pueblos tienden hoy en día a agruparse, y las Américas están unidas por la comunidad territorial continental, por "lazos de confianza y de fraternidad," y piensa que este nuevo Derecho debe dejar atrás el antiguo, adoptando algunas legislaciones particulares de América, como la doctrina de Monroe. Juan Terán, rector de la Universidad de Tucumán (Argentina) en un libro beneficioso desde diversos puntos de vista: La salud de la América latina, desaprueba el

nacionalismo continental que anima hoy en día a la juventud hispanoamericana, afirma que a la América latina le falta toda tradición y aconseja "la mayor hospitalidad, la mayor simpatía" para los Estados Unidos, negando sus intenciones imperialistas y explicando su "presencia" en las Antillas por las propias faltas de estos últimos países. Por su parte, Alfredo Colmo, también argentino, en un libro lleno de ideas fecundas en lo que concierne a los problemas internos: Política cultural en los países hispanoamericanos, no se preocupa mucho de la actitud amenazante de los Estados Unidos y cree igualmente que la intrusión de estos últimos en la repúblicas latinas se debe únicamente a los errores de estos pueblos. Pero las bases sobre las cuales Alvarez quisiera codificar el Derecho internacional están desprovistas de solidez. No es el hecho de pertenecer a un mismo continente lo que crea acercamientos fraternales entre los pueblos, como lo vemos en Europa y en Asia, sino la comunidad de origen, de cultura, de lengua o de tradición, y todo esto es diferente entre las dos Américas. ¿Y cómo partir con la "confianza" en los Estados Unidos cuando, desde 1846 en que se anexaron Texas, no han hecho más que proseguir su política de penetración económica y de dominación política en el continente latino? La codificación del Derecho internacional sobre esas bases no serviría, por lo tanto, más que para legalizar el avance imperialista del Norte. Si los pueblos que tienen intereses comunes deben unirse, estos son los de las

repúblicas latino-americanas que deberían aproximarse y codificar las leyes para sus relaciones recíprocas. Negar que la América latina tenga una tradición, es cerrar los ojos a la evidencia. Los aportes de las semi-civilizaciones aborígenes, de la cultura española y, en general, latina, han constituido una tradición caracterizada, en el orden social, por el espíritu democrático que condujo a los conquistadores a mezclarse con los aborígenes, en las artes por la combinación de lo español y lo autóctono, en las letras por la unión de la herencia antigua con la española y con la influencia francesa, en las costumbres, finalmente, por las cualidades y los defectos de la raza latina. Los Estados Unidos poseen igualmente una tradición, aunque menos antigua, no habiendo tenido el aporte aborigen, tradición formada en los prejuicios raciales del hombre del Norte, los cuales los han llevado a destruir a la población autóctona; por el racionalismo del protestantismo, el cual los ha apartado del arte; y por la actividad y la ambición del anglo-sajón, las cuales los han conducido a la riqueza y al imperialismo que les arrastra hoy. Todo eso hace de las dos Américas dos mundos distintos, aún más, opuestos, y que, por consiguiente, no podrán unirse de una manera equitativa. En cuanto a la idea de atribuir la penetración de los Estados Unidos a errores de los ciudadanos donde intervienen, ella no es del todo justa. ¿Cuál ha sido la falta de Cuba y de Puerto Rico, sino la de estar atados al poderío imperialista a pesar de la advertencia de José Martí,

como lo ha demostrado E. Roig de Leuchsenring en un folleto revelador: Nacionalismo e internacionalismo de Martí? En las otras repúblicas, los culpables han sido algunos políticos, pero no los pueblos oprimidos por aquellos aventureros corruptos por el dólar.

Felizmente, los escritores de las últimas generaciones, independientes y conscientes, comprenden todo eso y luchan contra el avance del imperialismo, a la vez que buscan los medios para salvar a sus países. Pedro Henríquez Ureña, de Santo Domingo, en un opúsculo breve pero denso: La Utopía de América, reconoce la tradición hispanoamericana, floreciente en México, pero viva en todas las repúblicas, y pone su esperanza en las fuerzas espirituales que deben conducir a la América hispana hacia el ideal de "justicia social" y de "verdadera libertad." José Vasconcelos, mexicano, en un libro singular, lleno de clarividencia: Indología, espera, sobre todo de la raza hispanoamericana mestiza, y por eso mismo, renovada, vigorosa, y de la cultura tradicional y moderna, que llevarán a cabo, en el porvenir, la fusión de todas las razas y la confraternidad de todos los pueblos. (Es una pena que Vasconcelos no sea el presidente de su país; él habría realizado las profecías formuladas por César Arroyo en un folleto muy curioso: México en 1935). Alfredo Palacios, argentino, en un Mensaje a la juventud universitaria y obrera de los Estados Unidos, denuncia los manejos del imperialismo norte-americano y aspira a la unión de los elementos sanos de

las dos Américas. Arturo Capdevila, igualmente argentino, en un libro lleno de vigor y de claridad: América, lanza el grito de alarma al continente latino: "¡Cuidado con los Estados Unidos!", califica la doctrina de Monroe de "arma de dominación," y busca la salvación en el patriotismo y en la política agraria de Rivadavia y de Henry George. Por su lado, G. Viviani Contreras, chileno, reconoce en su libro Sociología chilena, el peligro que viene del Norte y propone como medio de paz, en su país, la representación en las Cámaras de todas las clases sociales. No obstante, estos autores no acusan a los Estados Unidos, sino a su gobierno y a su plutocracia, y casi todos muestran desconfianza o desdén por Europa. Ahora bien, Iram Motherwell, en un artículo de la revista Forum (reproducido por la Revista de La Habana, Nº 2) declaró que el pueblo norte-americano era imperialista, y dijo que desde la escuela se debiera inculcar a los niños la noción de imperialismo. Además, la instituciones intelectuales de este pueblo colaboran directa o indirectamente con la acción dominadora del gobierno. Las universidades u otras instituciones destinadas a estrechar las relaciones con el mundo hispánico parecen, en realidad, no servir más que para seducir o para ablandar a los intelectuales hispanoamericanos encargándoles dar conferencias que no tienen transcendencia en el público norte-americano. De ahí viene, sin duda, la confianza de estos en la élite de los Estados Unidos y su desdén por Europa. Pero el caso más típico de esta acción

intelectual, consciente o inconsciente, son las conferencias que Waldo Frank ha dado recientemente en Buenos Aires. Luego de haber repetido, bajo una fórmula nueva, la lección de Rodó sobre la superioridad de los valores espirituales, este último no ha hecho más que predicar la unión intelectual de las dos Américas y su ruptura con Europa, es decir una especie de doctrina Monroe para las cosas del espíritu, como lo ha hecho notar R. Cahen Salaberri. Pero esta avalancha dominadora está aún más extendida. El americano del Norte aporta a las repúblicas del Sur su lengua, su religión, sus costumbres, de manera que en los países donde intervienen, el inglés se convierte en la lengua de la política y del comercio, el protestantismo se esparce, y por doquier los hábitos, la moda, el cine y la literatura de los Estados Unidos comienza a imponerse. Si las repúblicas latino-americanas no hacen un esfuerzo supremo, ellas no solamente perderán su poderío económico y su autonomía, sino también su lengua, su carácter, su personalidad. Entonces la América latina no existirá más, y merecerá que se le inscriba sobre su tumba el epitafio de Peer Gynt: "¡Aquí no yace nadie!"

Ante un peligro tan terrible, es evidente que lo que se impone en primer lugar, es abandonar todo acuerdo con el poder imperialista y estrechar la unión entre las repúblicas latinas. Sin duda, los gobiernos no podrán romper inmediatamente con la Unión Pan-americana, pero ellos pueden y deben renunciar a contraer empréstitos con los Estados

Unidos y a otorgar concesiones a las empresas norte-americanas, y tender a la unión de los pueblos hermanos. En 1913, Argentina, Brasil y Chile habían concluido un pacto que se encaminaba a tal unión: el A. B. C., pacto que tuvo influencia en la vida internacional y que tendía a crecer: mediaba eficazmente entre México y los Estados Unidos y a él pensaba asociarse Colombia. La guerra europea y la acción secreta de Washington sepultaron esta feliz iniciativa. El actual presidente de la Argentina, Hipólito Yrigoyen, que fue uno de sus promotores, ¿no podría hacerlo revivir concertando entrevistas anuales de cancilleres y llamando a este acuerdo a Colombia y Paraguay? Tenemos esperanza en este eminente hombre público. Los ciudadanos probos e independientes de todo el continente y las sociedades anti-imperialistas como la "Unión Latinoamericana," y el "Apra," deberían por su parte subordinar sus aspiraciones particulares al interés general del momento y empezar a concertar una acción política para poner en el poder, en las diferentes repúblicas, a los hombres sin distinción de partido dispuestos a oponerse a la invasión del imperialismo; es necesario que los dirigentes se convenzan que su principal deber es garantizar la soberanía económica y política, ya que el progreso lento y hasta la pobreza son preferibles a la esclavitud. En cuanto a los escritores, su actitud no debe ser otra que la de interpretar las grandes sugestiones de la raza y de la verdadera tradición, con el propósito de proscribir finalmente la mentalidad colonial, de

establecer la personalidad nacional y de conservar la lengua, lo que es de la mayor importancia: un pueblo que tiene una personalidad no puede ser absorbido, una lengua que posee una literatura no puede morir. La América latina deberá por consecuencia apartarse de los Estados Unidos mientras ellos prosigan su política imperialista, y acercarse a Europa, a la cual deben tanto y de la cual no tiene nada que temer. Por su lado, Europa, que actualmente se deja invadir por la influencia de la América del Norte, haría bien en ayudar con su solicitud y su simpatía a las aspiraciones del Nuevo Mundo latino. Hay que darse cuenta de que, si éste se salva, la verdadera cultura occidental y la paz de Europa y del mundo estarán igualmente salvadas.

LVI*

Rubén Darío. -- Max Henríquez Ureña: Rodó y Rubén Darío, Cuba Contemporánea, La Habana. -- G. Alemán Bolaños: La juventud de Rubén Darío, Sánchez y de Guise, Guatemala. -- Rubén Darío: Obras de juventud, Nascimento, Santiago (Chile). -- Francisco Huezo: Los últimos días de Rubén Darío, Renacimiento, Managua. -- Regino Boti: Hipsipilas, El árbol del rey David, Para Hipsipilas, Imp. El Siglo XX, La Habana; Hermas Viales, Imprenta La Voz del Pueblo, Guantánamo (Cuba). -- Rubén Darío: Obras completas, Ediciones del Mundo Latino, Renacimiento, Madrid, y de la Biblioteca Rubén Darío, Villarejo del Valle (España). -- Memento.

Después de la muerte de Rubén Darío, diversos críticos le han consagrado estudios de conjunto o parciales, estudios rápidos que encierran numerosas lagunas, pero que dan mucha luz sobre la obra y la vida del gran poeta hispanoamericano. Max Henríquez Ureña, el muy conocido crítico de la República Dominicana, nos ha entregado, en su libro Rodó y Rubén Darío, un estudio breve pero sustancioso, el primer trabajo metódico y más o menos fiel sobre el gran innovador y el movimiento que él puso en marcha en las letras de América y de España. Ciertamente, éste no es un estudio definitivo. En las páginas

---

*15 de octubre de 1930.

consagradas al Modernismo, a veces nuestro crítico se desencamina, y, en el comentario de la obra del maestro, dice algunas inexactitudes, al no conocer las diversas ediciones de sus libros. Igualmente en la biografía y la bibliografía, comete algunos errores, al decir, por ejemplo, que los escritores franceses ofrecieron a Rubén Darío un banquete y que su libro A. de Gilbert salió a luz en Santiago de Chile. Pero antes que nadie, él ha señalado a todos los iniciadores del modernismo, ha hablado con verdadero sabor de algunos de los libros de Darío, ha determinado las principales líneas de su vida y de su bibliografía. Aunque sucinto, su estudio es muy interesante.

G. Alemán Bolaños, nicaragüense, nos ha revelado la juventud del gran poeta, en un libro lleno de datos y de documentos: La juventud de Rubén Darío. Se trata del resultado de una encuesta que él ha conducido en la América Central y en la cual los antiguos amigos del poeta le han confiado los recuerdos que guardaban de su vida y de su labor. Tranquilino Chacón, quien era redactor en jefe de un periódico fundado por Darío en San Salvador, se distingue por el interés y la minucia de sus recuerdos. Mas el autor nos da también el fruto de sus investigaciones en la prensa de la América Central de esa época; y añade, a guisa de apéndice, prosas y poemas de Rubén Darío, en su mayoría desconocidos. Este libro tiene, pues, gran importancia debido a la luz que vierte sobre los años que nuestro poeta pasó en San Salvador, Guatemala y Costa

Rica (1899-1902), y de los cuales se sabía muy poco. Alemán Bolaños, que es también poeta, ha publicado últimamente una colección de poemas, de los cuales uno, muy vigoroso, está dedicado a Rubén Darío: Poemas fuertes y, además, una recopilación de artículos de los cuales algunos se relacionan con el maestro: Cartas concluyentes.

Por su lado, Armando Donoso, chileno, se ha ocupado de la adolescencia y de la primera juventud de nuestro poeta en un estudio, Rubén Darío en Chile, publicado primeramente en Nosotros de Buenos Aires, y puesto en seguida como introducción en una edición de las Obras de juventud de Rubén Darío, publicada por el mismo Donoso. Es un trabajo lleno de anécdotas y de toda clase de información, particularmente en lo que se refiere a los años que el gran poeta vivió en Chile. Desgraciadamente, Donoso no ha corregido, en la segunda versión, los errores que encierra la primera. Así, nos dice (p. 13), que el padre adoptivo de Darío era el general Máximo Jerez, y dos páginas más adelante, reconoce que éste era el coronel Félix Ramírez; afirma que en el momento de la publicación de Azul..., el Traité du Verbe de René Ghil "no había sido escrito" aún, y sin embargo Eduardo de la Barra habla de él en el prefacio de ese libro, y se obstina en asegurar que en Emelina, novela en colaboración con Eduardo Poirier, Darío no habría escrito más de "dos capítulos," sin tomar en consideración mi estudio sobre este libro ("Rubén Darío y su primera novela", estudio preliminar de la segunda

edición de Emelina, Agencia Mundial de Librería, 1927), en el cual he demostrado que, con excepción de los tres primeros capítulos, todo ha sido escrito por nuestro poeta, ya que hay por doquier frases e imágenes que revelan su estilo. No obstante, este estudio es de un gran interés, ya que nos revela todas las peripecias por las que Darío pasó en Chile, peripecias que no estaban aún bien dilucidadas.

Finalmente, Francisco Huezo, nicaragüense, nos ha relatado los últimos días del gran poeta, de su enfermedad, de su muerte y de sus funerales, en un libro muy curioso: Los últimos días de Rubén Darío. No es más que una recopilación de artículos escritos día a día, pero el autor nos expone con una fidelidad incontestable las conversaciones que tuvo con el maestro y las penosas escenas que ocasionaron su enfermedad, su tratamiento y su muerte. A veces, por razones fáciles de comprender, no se atreve a decir todo lo que piensa, pero para quien sabe leer entre líneas, este libro es extremadamente revelador. El gran poeta de la América hispana sufrió toda suerte de afrentas, incluso hasta después de su deceso.

Rubén Darío ha dejado numerosas páginas en verso y en prosa esparcidas en periódicos y en revistas de Hispanoamérica y de España. La mayoría de estos poemas han sido recogidos por Regino Boti en un volumen, Hipsipilas, y en dos folletos, Para Hipsipilas y Hermas Viales; por Teodoro Picado en dos fascículos, Rubén Darío en Costa Rica; por los editores de las Obras completas, edición del Mundo Latino, en dos tomos, Sol

del domingo, Lira póstuma; y por quienes han ordenado los mismos, editados por Renacimiento, en los tres primeros volúmenes, y en Baladas y canciones. Muchas de estas prosas han sido reunidas igualmente por Boti en El árbol del rey David, por Picado en los fascículos citados, por Alemán Bolanos en La juventud de Rubén Darío, por Samuel Glusberg en un librito: Páginas olvidadas, y por los editores de las Obras completas, publicadas por El Mundo Latino, Renacimiento, y la Biblioteca Rubén Darío, en diversos volúmenes. Desgraciadamente, sólo Picado ha procedido con un orden perfecto. Boti, quien ha puesto un gran fervor en su esfuerzo, discurre en sus prefacios con competencia respecto a los poemas, pero en lo que concierne a los poemas, no llega a dar más que dos fechas. En cuanto a quienes han reunido las Obras completas, han presentado sus hallazgos con poco orden, mezclando las obras de juventud con aquellas cuya fecha es más reciente, e incluyendo poemas y prosas que ya figuraban en los libros de nuestro poeta, y hasta un poema de su primera esposa, "La canción del invierno," descubierto por Alemán Bolaños. Además, en casi todas estas recopilaciones, hay muchas y graves erratas. Los más interesantes de los poemas recogidos, entre aquellos de su juventud, son tres piezas exhumadas por Boti: "Un soneto para bebé" en el cual nuestro autor reestablece el soneto en versos de ocho sílabas, "Del Trópico," impresión del natural de la vida centro-americana, "Claro de luna," el cual hubiera podido figurar en Prosas

profanas, otro encontrado por Alemán Bolaños, "Laeticia," que es una de las mejores creaciones de nuestro poeta, una serie de pequeñas piezas muy espirituales publicadas en las Obras completas, con el título de "Arranques," y, entre los poemas de la madurez, cinco piezas exhumadas por Boti: "Envío de Atalanta," llena de esa fantasía maravillosa tan característica de nuestro poeta, "En las constelaciones," meditación de un lirismo sideral, "Prosas profanas," delicadamente sensual y refinada, "Los cañones del Marne," soberbio homenaje a Francia durante la guerra, "Tríptico de Nicaragua," la más feliz expresión de la inspiración autóctona de nuestro autor, y una pieza insertada en las Obras completas, de un acento místico muy elevado en su simplicidad: "Salmo." En cuanto a las prosas recogidas, las más curiosas, entre aquellas de juventud, son dos cuentos descubiertos por Boti, los cuales valen tanto como los mejores de Azul...: "Palimpsesto" y "El cuento de las tres Reinas Magas," un artículo de gran fantasía encontrado por Picado, en el cual escuchamos la voz sorprendente de un monje español quien sería Emilio Castelar: "Un sermón," un "Cuento de Navidad," publicado en las Obras completas, y un prefacio para una recopilación de N. Tondreau, hecho de recuerdos personales, exhumado por Donoso; entre las prosas de la madurez, un artículo autobiográfico, "Mi domingo de ramos," y tres artículos auto-críticos, llenos de datos valiosos: "Historia de mis libros," insertados en las Obras completas.

Sin embargo, quedan aún muchas páginas de Rubén Darío por recoger, y algunas de verdadera importancia, particularmente en Argentina y en Chile. En cuanto al estudio integral de su obra, éste ha sido hecho finalmente por mí mismo. Admirador y amigo íntimo del gran poeta, me he preocupado desde su muerte por reunir los elementos para escribir una obra sobre su personalidad, y acabo de publicar este libro en el cual hay, además de una biografía detallada, un comentario minucioso de la obra y una completa bibliografía: Rubén Darío, su vida y su obra (Agencia Mundial de Librería, Barcelona). Es el homenaje debido al maestro admirado y al amigo incomparable.

Memento. -- J. Carlos Mariátegui, el muy conocido escritor peruano, ha muerto recientemente en Lima. Sociólogo y crítico literario, era director de la revista Amauta, y ha dejado una obra importante de la cual nos ocuparemos. La revista 1930 de La Habana y Folha académica de Rio de Janeiro le han consagrado números especiales. -- Gustavo Valledor, muy fino poeta chileno, ha muerto posteriormente en Santiago. Fue uno de los paladines del Modernismo en su país, y publicó una colección, Versos sencillos, y un largo poema, En la Colonia, muy delicados. La prensa literaria de Chile no ha consagrado ningún estudio a este poeta quien era, no obstante, un maestro entre ellos. -- Con el título de Monterrey, Alfonso Reyes ha comenzado a sacar a luz en Rio de Janeiro un periódico literario, muy curioso, que él redacta casi por entero. En los

dos primeros números, un artículo de Reyes, "Propósito," y otro de Pedro Henríquez Ureña, "Datos sobre el teatro en la América Latina," se hacen notar mayormente.

LVII*

Veinte años de estas crónicas. -- La escasa difusión de las letras hispanoamericanas en francia en 1911. -- La tarea que se imponía y lo que se ha hecho. -- Mi método crítico. -- Dificultades, inconvenientes y enojos. -- Resultados. -- El mérito pertenece al Mercure de France. -- Recuerdos de 1911.

Hace hoy veinte años que comencé a redactar estas crónicas. Fue en diciembre de 1910 cuando Remy de Gourmont, ha quien había enviado mi libro Los modernos, me escribió para ofrecerme esta sección del Mercure. Yo le pedí algunos días para contestarle. Pero Rubén Darío, que residía entonces en París, disipó mis vacilaciones con sus palabras de estímulo. La tarea era realmente difícil. Aunque esta sección existía desde 1903, había sido redactada de manera poco regular por Pedro Emilio Coll y luego por Eugenio Díaz Romero. Sólo muy raros espíritus, como Remy de Gourmont, sabían algo de la literatura moderna de la América española; los pocos hispanistas que entonces había no se ocupaban más que de las letras de ayer. Era necesario, pues, no limitarse al simple comentario de los libros nuevos, sino tratar además las diversas corrientes de las letras del continente, y presentar a los escritores. Comencé mi labor con una crónica consagrada al movimiento moderno, al modernismo, inspirado por el Parnaso

---

*15 de enero de 1931.

y el simbolismo franceses, y al nuevo movimiento que se iniciaba ya, encaminado a sacudir todas las influencias extranjeras y a inspirarse en el alma y la tierra hispanoamericanos. Luego he presentado, al hablar de sus libros, a los autores más notables y más característicos de las diferentes repúblicas: a los poetas como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Magallanes Moure, Francisco Icaza, Ramón J. Medina, Pezoa Véliz, E. Montagne, González Bastías, Enrique Banchs, Pedro Prado, Arturo Capdevila, Núñez y Domínguez, Rafael A. Arrieta, Juana de Ibarbourou, Fernández Moreno, Ernesto Guzmán, Bustamante Ballivián, Regino Boti, Carrasquilla Mallarino, Lagos Lisboa, Martínez Estrada, Emilio Oribe, J. Torres Bodet, Alberto Hidalgo, P. L. Ipuche, etc; a los novelistas como Carlos Reyles, L. Orrego Luco, Tulio Cestero, Federico Gana, Angel Estrada, M. González Celedón, A. Custodio Espejo, Alcides Arguedas, Leonardo Pena, Martín Aldao, García Monge, Labarca Huberston, Montiel Ballesteros, Eduardo Barrios, Vicente Salaverri, H. Díaz Arrieta, Horacio Quiroga, J. Edwards Bello, Mariano Azuela, Alberto Lasplaces, Eustasio Rivera, Aguirre Morales, Januario Espinosa, Ostría Gutiérrez, etc; a los críticos como F. García Godoy, Roberto Giusti, Pedro y Max Henríquez Ureña, Pérez y Curis, A. Donoso, Eduardo Colin, R. Sáenz Hayes, Zum Felde, Luisa Luisi, Suárez Calimano, etc; a los escritores de ideas, de historia o de folklore, como José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Pedro Emilio Coll, Carlos Baires, R. Brenes Mesén, Carlos de Velasco,

Gonzalo Bulnes, J. de la Riva Agüero, Cornelio Hispano, H. Barbagelata, Vicuña Cifuentes, Carmen Lira, Ramón Laval, etc. Ciertamente, esas siluetas eran rápidas y parciales. Pero posteriormente he consagrado crónicas completas o casi completas a algunos de aquellos escritores, como Darío, Lugones, Rodó, Ugarte, Barrios, Arguedas, Donoso, M. Ballesteros, y a varios otros como E. González Martínez, Manuel Gálvez, Enrique Larreta, José Vasconcelos, Chacón y Calvo, Alfonso Reyes, Ricardo Güiraldes, Valle Arizpe, etc. Era menester, también, tratar los diversos problemas que se planteaban en las letras hispanoamericanas, como el de la lengua algo corrompida en algunas repúblicas y el de la integridad territorial, lingüística y literaria, amenazada por la agresión del imperialismo de los Estados Unidos. Siempre que he tenido ocasión, me he ocupado pues de esos problemas dedicándoles, a veces, crónicas completas. Pero era necesario además hablar de los acontecimientos de la vida literaria y de la libre acción de los escritores, coartada a veces por gobiernos tiránicos. He aprovechado pues de los mementos, para señalar revistas nuevas, ciertas encuestas, el fallecimiento de algunos escritores, y durante la guerra, en pleno reinado de la censura, protesté contra el encarcelamiento del poeta dominicano Fabio Fiallo, detenido por las tropas de ocupación de los Estados Unidos. (Este país era entonces aliado de Francia).

Por otra parte, habiéndome alejado así del simple

comentario, he creído necesario hacer crítica. He examinado, pues, a los autores y sus obras, señalando sus cualidades y también sus defectos. Por cierto que me he dedicado sobre todo a la "crítica de la bellezas," no concediendo a la de los defectos más que algunas líneas, después de un "desafortunadamente" salvo excepciones, cuando he debido ocuparme de obras en las cuales los errores sobrepasaban en mucho los aciertos. Mi método es, sin duda, de juicio y clasificación, pero es sobre todo de sentimiento estético y de simpatía. Creo yo, como Albert Thibaudet, que la simpatía está en la base del buen gusto, y que sin buen gusto no hay crítica que valga. Si he pecado, pues, ha sido mucho más por benevolencia que por rigor. Ciertamente, como la mayoría de los críticos, me he apoyado en ciertos principios, en algunas ideas que creo indispensables hoy a los escritores hispano-americanos; la conveniencia de inspirarse en las sugestiones de la raza, de la tierra, del ambiente, a fin de crear una literatura autónoma, original, y la necesidad respetar la lengua y la tradición para conservar la unión y la personalidad continentales. Pero estos principios no me han llevado nunca a desestimar la belleza intrínseca. Así, he elegido la obra lírica de González Martínez o de Rafael Alberto Arrieta, aunque, en general, estos poetas no se hagan eco de las sugestiones de la raza y de la tierra, he exaltado la labor de Lugones o de Güiraldes, aunque estos escritores empleen una lengua voluntariamente poco pura y aun corrompida.

La belleza: tal es para mí el valor primordial.

Esta labor no ha sido sin dificultades, sin inconvenientes y aun sin enojos. Había que tratar de la producción literaria de todo un continente, en crónicas que aparecen de tiempo en tiempo y con espacio limitado. He tenido pues que hacer una selección estricta, relegando al memento o pasando en silencio libros que merecían algunas líneas de comentario. He debido además tardar bastante para hablar de cada autor, y, como me ha parecido conveniente agruparlos por género, este retardo ha aumentado a veces. Luego no he podido ocuparme en la misma proporción de los autores de todas las repúblicas, pues, en tanto que de la Argentina, el Uruguay, Chile, recibo muchos libros, de México, Cuba, Centro-América me llegan menos, y de Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, Santo Domingo y el Paraguay recibo muy pocos. Ello se debe sin duda al grado de producción de estos países, pero también a la negligencia de algunos autores o editores y a las pérdidas que ocasiona el correo. Por lo demás, el temperamento en general poco reflexivo de los escritores hispanoamericanos me ha causado perjuicios y muchos desagrados. Alcides Arguedas ha referido, en un artículo aparecido en La Ilustración de La Paz (10 de abril de 1921), que cuando yo me hice cargo de esta sección, algunos colegas hispanoamericanos residentes en París "juraron no enviar sus libro al Mercure" para que yo me hallase "aislado y sin acción." Luego, muchos autores, habituados a la crítica toda elogios de sus países, se han

sentido molestos por mi manera de señalar los defectos al mismo tiempo que las bellezas, y no me han enviado sus libros siguientes o se han encerrado en un silencio hostil; otros se han disgustado porque no hablaba de sus obras inmediatamente o no me ocupaba de algunos libros que no he recibido jamás, y un peruano me han injuriado en un panfleto porque me he permitido discutir sus juicios sobre Rubén Darío. De modo que esta tarea, que a un crítico "hábil" podría haber dado gran popularidad en América, ha sido para mí causa de bastantes enojos y me ha valido enemigos encarnizados. Poco importa.

Yo no sé si esta labor ha tenido algún resultado. Pero es un hecho que los escritores hispanoamericanos, tan poco conocidos en Francia en 1911, son hoy considerados por muchos críticos, y diversas publicaciones se ocupan de su producción. Es un hecho también que el nuevo movimiento de las letras hispanoamericanas encaminado a inspirarse en el alma nacional y en la tierra, está en pleno triunfo, y que algunos jóvenes a quienes he reprochado su actitud de desarraigados han adherido luego a ese movimiento. Por otra parte, yo he podido formar con mis crónicas dos libros que no han pasado inadvertidos. Con algunos artículos publicados durante la guerra, formé un pequeño libro que apareció en 1917 con el título de Les Ecrivains Hispanoaméricains et la Guerre européenne, y que hizo conocer en Francia la opinión, muy favorable a los Aliados, de los intelectuales de la América hispana. Después formé un volumen con una selección de mis

crónica escritas entre 1911 y 1919: Les Ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole. No era, por cierto, una obra bien compuesta, orgánica, y apareció con algunas negligencias, pues hallándome de viaje por la América del Sur, yo no pude corregir las pruebas. Algunos escritores hispano-americanos me reprocharon no haberme ocupado en él de ciertos autores, sin considerar que yo no podía hablar en el Mercure sino de aquellos que me habían enviado sus libros, y lo más curioso es que los más exigentes fueron precisamente algunos de los colegas que en 1911 se habían comprometido a no remitirme sus obras. Pero la crítica francesa comentó el libro muy favorablemente y Henri de Régnier encontró en sus páginas "une très riche matière." Posteriormente, he formado un nuevo libro sobre la base de mis últimas crónicas, y digo sobre la base porque mis crónicas no me han servido en general más que como elementos para hacer una serie de retratos, que he hecho preceder de una larga introducción sobre el "desarrollo de las letras hispanoamericanas" desde su origen hasta nuestros días. Este libro acaba de aparecer en la colección de "Essais critiques" de la N. R. C. con el título de l'Esprit de l'Amérique espagnole. No obstante, todo esto es debido al Mercure de France que desde 1890 tiene esta sección de letras hispanoamericanas, sección que ninguna otra publicación francesa, no consagrada a tal materia, ha creado y mantenido, y en la cual he hecho yo una labor que otro crítico hubiera podido hacer también. El Mercure de France es el que merece la

gratitud de la intelectualidad hispanoamericana y el homenaje de la élite francesa. Yo me complazco en expresar aquí a su director, Alfred Valette, mi más vivo agradecimiento por la conservación de esta sección y por la completa libertad que ha dado para servirla desde 1911, no habiéndome hecho jamás la menor observación.

¡1911! ¡Cuántos bellos recuerdos! Era la época en que el Mercure de France reunía, en sus páginas y en sus ediciones, la colaboración de toda la élite literaria. Por las tardes en el escritorio de Van Bever, se encontraban alrededor de Remy de Gourmont, muchos de los colaboradores, y los martes, en el salón de Madame Rachilde, se reunían grandes escritores como Henri de Régnier, Rosny Ainé, y, a veces, Francis Carco cantaba canciones. Era la época en que la rive qauche[1] constituía el centro de las letras jóvenes y puras, opuestas a la literatura del boulevard. Los martes por la noche, toda la juventud y muchos escritores mayores se reunían en la Closerie des Lilas[2] en torno de Paul Fort, y un día ofrecieron al Príncipe de los Poetas[3] ese banquete memorable en que un discurso de Jules Bois desencadenó la algazara de los jóvenes

---

[1]rive qauche, 'ribera izquierda' del río Sena en París. Sector donde se reunían artistas e intelectuales.

[2]En este famoso lugar se reunía el más importante cenáculo literario de la época. Vicente Huidobro fue, más adelante, un asiduo concurrente.

[3]Como "Príncipe de los poetas" se conocía al escritor francés Paul Fort en el cenáculo que se reunía en la "Closerie de Lilas."

nunca satisfechos. Bella época de entusiasmo y de arte puro y desinteresado. ¡Cuántas figuras de ese tiempo han desaparecido: Remy de Gourmont, Guillaume Apollinaire, Van Bever, René Ghil, Jean de Gourmont! El Mercure de France mantiene como siempre, su sección de "Letras hispano-americanas," y yo continúo mi humilde labor con la decisión del joven poeta ebrio de sueños que yo era en 1911.

LVIII*

Escritores de ideas. -- B. Sanín Cano: La civilización manual y otros ensayos, Babel, Buenos Aires. -- Francisco Donoso: Desde lejos, Imprenta de San José, Santiago (Chile). -- Memento.

Como en todas las literaturas jóvenes, los escritores de ideas de la América hispana han tomado prestadas sus inspiraciones de los grandes autores extranjeros. Desde los comienzos del siglo XIX, ellos han seguido a los escritores franceses y europeos en general, y actualmente, algunos empiezan a inspirarse en ciertos autores de los Estados Unidos. Una joven letrada argentina ha quedado tan maravillada con Waldo Frank que acaba de fundar una revista para propagar sus ideas, lo cual sólo lleva a desviar el pensamiento hispanoamericano de Europa y a conectarlo con los Estados Unidos.[1] No obstante, anteriormente ha habido escritores que han sabido pensar por sí mismos, y existen hoy numerosos ensayistas o críticos con puntos de vista propios y juicios personales. Estos últimos no son siempre los autores de moda que pertenecen a los ruidosos cenáculos de los cuales ha

---

*15 de mayo de 1931.

[1]Alusión a la revista Sur fundada por la escritora argentina Victoria Ocampo.

hablado Francis de Miomandre (L'Esprit français, marzo); son escritores discretos, a veces simples periodistas, que trabajan en aislamiento, alejados de las tertulias y de las farsas exhibicionistas.

Este es el caso de Baldomero Sanín Cano, colombiano. Este escritor es periodista, mas un periodista cuyos artículos son verdaderos ensayos que dan muestras de un espíritu muy culto y muy elevado. Enamorado de las letras como de las ciencias, se entregó primero a la crítica literaria; pero luego, conmovido por el "reino insolente de la desigualdad sobre una vasta extensión del planeta," como me escribió un día, y persuadido de que "la sola literatura no satisfacía más el espíritu sediento de análisis y de justicia," se dedicó igualmente a trabajos de género social y político, con el plan de aportar un poco de luz a los graves conflictos de los hombres y de las naciones. Venido a Europa como corresponsal de periódicos hispano-americanos, pasó catorce años en Londres, donde, bajo la inspiración del ilustre hispanista Fitzmaurice-Kelly, ha emprendido trabajos de filología, y donde también, en compañía de otro escritor colombiano, S. Pérez Triana, ha dirigido una muy interesante revista de literatura y de política internacional: Hispania. Se ha demostrado igualmente como un humanista y como un moralista ilustrado y erudito, cuya palabra ha ejercido la más feliz influencia en las nuevas generaciones del continente. Ahora bien, este eminente escritor, quien une a sus cualidades

intelectuales una modestia hoy en día rara, no había pensado en reunir sus trabajos en volúmenes. Sólo últimamente nos ha entregado dos recopilaciones aparecidas casi al mismo tiempo: La civilización manual y otros ensayos e Indagaciones e imágenes. Son ensayos sucintos, pero plenos de significación, en los cuales, a propósito de las actualidades más diversas, el autor nos habla de sus ideas respecto a la sociedad, a la política, a las letras. A veces trata asuntos de un largo alcance. Considerando el origen de la civilización, sostiene que la mano, tanto o más que el cerebro, ha permitido al hombre elevarse por encima de todos los seres vivientes. Desde que el hombre ha podido caminar sin la ayuda de las manos, ha descubierto el fuego, ha inventado las herramientas y ha emprendido la obra de la civilización. Si la mujer no ha colaborado mucho en esta obra, es porque ella ha tenido siempre sus manos ocupadas en los cuidados del niño y en la manutención del hogar. Pero el hombre, que ha inventado la máquina, corre el riesgo de verse vencido por su invención. El automóvil le quita la libertad de la mano, "origen de su superioridad." De modo que si todo el mundo tuviera un auto, como lo quisiera Ford, el hombre habría retrogradado a los tiempos del antropoide, quien necesitaba de sus extremidades superiores para caminar. Una prueba más, y excelente, según Duhamel, de las consecuencias desastrosas de la máquina rodante individual. Comentando el hecho del excedente de mujeres en la población inglesa, nuestro autor constata los

resultados poco tranquilizantes del movimiento feminista. La invasión de las actividades masculinas por las mujeres ya ha ocasionado falta de trabajo para los hombres, y podría conducir a la especie al régimen comunista basado en el matriarcado de las abejas; por su actividad y su malthusianismo, la mujer actual parece ya "la obrera del panal." Pero Sanín Cano se ocupa principalmente de los asuntos que se relacionan con la América hispana. Deplorando que se descuiden los estudios históricos hispano-americanos, destaca la significación que el descubrimiento de América ha tenido para todo el mundo. Este continente, grande como la luna, repleto de riquezas naturales y cuyo descubrimiento ha coincidido con "las conquistas del derecho individual," ha dado al viejo mundo la abundancia y el ejemplo de la lucha por la libertad. "En un siglo, de 1800 a 1900, la población de Europa ha pasado de 119 millones a 450, gracias a la existencia de un continente inverosímil." Y, recordando el reproche de falta de seriedad que se hace a los hispano-americanos, hace notar que la risa es particularidad del ser humano y la sonrisa la suprema expresión del hombre civilizado. De ahí, en efecto, "la concepción irónica y llena de bondad de la vida," el sentido del humor, esa floración del espíritu cristiano. Mas nuestro autor nos habla también de literatura, especialmente del teatro, y consagra páginas reveladoras a Angel Ganivet, Fitzmaurice-Kelly y William-Henry Hudson. Hispanista docto y ferviente, Fitzmaurice-Kelly sólo

ha escrito un libro, la Historia de la literatura española, pero un libro que es una obra magistral de investigación, de juicio y de capacidad. Aunque de manera sucinta, da cabida, por primera vez en una obra de este género, a las letras hispano-americanas. Esta Historia ha sido traducida al español por un compatriota de nuestro autor: Diego Mendoza. Habiendo nacido y pasado su primera juventud en Argentina, W-H. Hudson ha sido en Inglaterra el revelador de la vida y de la naturaleza de la América del Sur, en novelas y relatos de viaje llenos de colorido y de amor por el mundo hispano-americano. No obstante, este autor no es popular, y su biografía ni siquiera se ha establecido bien. Víctor Llona lo ha dado ha conocer en Francia a través de traducciones de sus más bellos libros: Le pays pourpre, Vertes demeures, Un flâneur en Patagonie, Le naturaliste à La Plata. De origen hispano-americano, Llona ha sabido dejar en sus traducciones todo el carácter del mundo que interpretan. Puedo decir que Le pays pourpre me ha dado una impresión más viva de la vida uruguaya que la mayoría de las novelas escritas por uruguayos.

En Indagaciones e imágenes, Sanín Cano nos departe principalmente de algunas cuestiones suscitadas por la guerra europea. Así nos habla de la disminución del valor del hombre en estos tiempos conflictivos, disminución que manifiestan la indiferencia del pueblo inglés ante la huelga de hambre del alcalde de Cork y su indignación frente a la condena a muerte de un perro por un juez de Londres, o bien diserta a propósito

del despertar del sentimiento religioso que impulsa a escritores como Bernard Shaw, Georges Brandes, Giovanni Papini a una interpretación un poco más personal de los Evangelios, pero que demuestra un vivo deseo de mesianismo. Nos habla igualmente de diversos escritores de lengua castellana o extranjeros: Fray Luis de León, Emilio Bobadilla, Marinetti, John Galsworthy y sobre todo Georges Brandes a quien consagra el estudio más completo y más profundo que haya sido hecho en español. Sanín Cano se muestra de esta manera como un espíritu muy flexible, muy comprensivo, muy amplio. Formado en las ideas científicas del siglo XIX y enemigo del clericalismo, habla, no obstante, con simpatía del despertar del espíritu religioso y confirma, a propósito de Brandes, que el fanatismo protestante es más intransigente que el fanatismo católico; en tanto que educado bajo las disciplinas clásicas y enamorado de los estudios serios, reprocha a Bobadilla su inaptitud para comprender las nuevas formas literarias y se muestra partidario decidido del sonreír y de la ironía características del alma latina. Realiza así esa mezcla de solidez y de finura, de fuerza y de gracia la cual está en las personalidades más eminentes de su raza. Sería, pues, deseable que este escritor, quien ha hecho también diversos trabajos literarios para servir de prefacio a algunas obras colombianas, recoja, en volumen, sus ensayos dispersos y los agrupe en lo posible por géneros. Podría darnos así varias recopilaciones de ensayos del más alto interés sobre asuntos

sociales o filosóficos, de crítica literaria y de política internacional americana.

Francisco Donoso, chileno, quien ha comenzado como poeta y como crítico fino y diestro, en libros de los cuales ya me he ocupado aquí, acaba de darnos una recopilación muy interesante de notas sobre un viaje por Europa. Sabe que no es posible escribir en detalle respecto a países que ya han sido descritos de manera magistral por autores eminentes. Se limita, pues, a darnos impresiones personales sobre lo que le emociona directamente: el arte y la religión (Donoso es sacerdote). Nos habla así de sus impresiones de Buenos Aires, de Asís, la ciudad de San Francisco, de la región alpina, de Lucerna, de Lourdes, de la antiguas iglesias de París. Pero nos habla también del escritor danés James Johannes Jöergensen, autor de una famosa Vida de San Francisco, a quien ha conocido, del pintor italiano Giuseppe Catani, del pintor español Ortiz Echagüe, y evoca una velada en la Casa de Balzac en honor del poeta Fernand Mazade, para la cual yo le había dado una tarjeta de invitación. Entre capítulos, intercala encantadores poemitas sobre Venecia, Lucerna, Avila. Así, su libro es muy variado y se lee con gran placer. Es el peregrinaje de un poeta por los Santos Lugares del Arte y de la Fe.

Memento. -- El Repertorio Americano, de San José de Costa Rica, ha distribuido, con uno de sus números recientes, una

hoja en la cual los intelectuales de Cuba protestan contra la agresión de la cual han sido víctimas los estudiantes y algunos escritores de La Habana, durante una manifestación pública en homenaje al gran escritor Enrique J. Varona, de parte de la policía, y por la cual ha resultado muerto un estudiante y encarcelado el notable crítico Juan Marinello. Nosotros protestamos igualmente contra estos procedimientos incalificables. -- Con el título de Letras, sale a luz en Santiago de Chile una muy interesante revista literaria dirigida por A. Cruchaga Santa María, Salvador Reyes, M. Hübner, H. del Solar. En los últimos números que hemos recibido, hacemos notar un artículo de Ortega y Gasset, "No ser hombre de Partido," y dos poemas de Pablo Neruda. -- Bibliografía mexicana es una publicación bibliográfica muy bien informada la cual ha comenzado a aparecer en México bajo la dirección de R. Heliodoro Valle. En los dos primeros números se encuentra una bibliografía de revistas mexicanas. -- Con el título de El Ateneo, una muy animada revista literaria acaba de ser fundada en Santiago (Chile), dirigida por el muy conocido poeta y crítico Samuel Lillo. En el primer número, hacemos notar un artículo del mayor interés de Acevedo Hernández: "La leyenda chilena como base de una literatura nacional." -- Nosotros, de Buenos Aires, ha reproducido un reportaje de Alfredo Bianchi de la revista Giovedì de Milán, reportaje en el cual este crítico notable ha dado una apreciación muy justa de la literatura actual. --

Contemporáneos de México publica una muy curiosa pieza dramática de su director actual, B. Ortiz de Montellano: "Teatro de títeres, el Sombrerón" (número de enero). La Revue de Littérature comparée, dirigida por F. Baldens-Perger y P. Hazard, ha consagrado su último fascículo (enero-marzo) a "L'Amerique latine et à ses rapports avec la littérature des autres nations." Se notan trabajos muy interesantes como "Foscolo et Gray au Nouveau Monde," de H. Hazard, "Le voyage en Europe du chanoine chilien Eysaguirre," de C. Lootin, "Sur la fortune de J. M. de Heredia en Espagne et dans l'Amérique latine," de Bedarida, etc. Fascículo para leer y guardar. -- Un crítico anónimo y un joven crítico que se ha hecho muy conocido por su parcialidad han dicho que mi pequeño libro sobre Valery Larbaud, publicado por Ediciones de la Nouvelle Revue Critique, no aportaba "nada nuevo," y que su autor no formulaba ningún juicio. Ahora bien, en este libro, no solamente hay un juicio sobre la obra de Larbaud en general, pero también sobre cada uno de sus libros, particularmente el diario de Barnabooth, en el cual la significación hispano-americana está destacada, y Enfantines, cuya importancia es señalada, cosa que, según Larbaud mismo, ningún crítico había hecho todavía; luego hay una biografía y una bibliografía las cuales aún no habían sido escritas. Pero el autor no pertenece a ningún cenáculo, es un antiguo mercurien, y además de esto, un meteco. ¡Que es eso mismo lo que permite que este meteco se dedique a dar a conocer a los buenos autores franceses, en la

América hispana, desde hace veinte años!

LIX*

Un poeta folklorista. -- J. Vicuña Cifuentes: Estudios de métrica española, He dicho, Nascimento, Santiago (Chile). -- Memento.

Los falsos valores literarios, en las letras contemporáneas, son frecuentes debido a la falta de perspectiva para juzgar a los autores vigorosos y eficaces. Pero en la literatura hispanoamericana estos falsos valores son muy numerosos. Los escritores que se ocupan de la política y gozan del favor oficial son considerados como maestros, aunque no hayan publicado sino alguna indigna monografía de historia o de sociología, mientras que los jóvenes escritores que siguen la última moda de París o de Madrid son mirados como imitadores, aunque ellos no nos hayan dado más que recopilaciones de artículos o de poemas impersonales. Por el contrario, excelentes escritores, que desdeñan la política y no se preocupan por el esnobismo literario, no suscitan la menor atención, y su palabra no tiene ninguna repercusión, aun cuando hayan publicado obras fundamentales.

Julio Vicuña Cifuentes, chileno, de quien me he ocupado aquí en más de una ocasión, pertenece a ese grupo de autores eminentes y, no obstante, sacrificados. Poeta, folklorista,

---

*1º de agosto de 1931.

crítico, Vicuña Cifuentes ha realizado una obra extensa y de una gran importancia. Se inició con poemas que daba a las revistas y con un drama en verso, Lautaro, en los cuales seguía las normas establecidas sin mostrar rasgos personales. Rubén Darío, quien acababa de visitar Chile, no había llegado a interesarle, y el primer libro famoso del gran innovador: Azul... no dejaba reflejos en su poesía. Muy de su raza y de su país, desconfiaba de la innovaciones de origen extranjero. No ha sido hasta muchos años más tarde que Vicuña Cifuentes nos ha dado una colección de poemas personales y en la cual, liberado de la vieja retórica, logra unir a la corrección una cierta novedad, colección que lo ha ubicado entre los mejores poetas de su país: La cosecha de otoño. Sin embargo, este escritor tan amante de su tradición no se ha entregado a los trabajos históricos entonces tan en boga en Chile. Pero cuando el profesor Rodolfo Lenz funda en Santiago la Sociedad del Folklore, él consagra toda su actividad a exhumar los tesoros del saber popular de su país.[1] Como fruto de su labor, nos ha dado primeramente un sólido volumen de una gran importancia: Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena. El Romancero español, ese conjunto de poemas, ásperos y rápidos, tan característicos de la raza, ha pasado a América con los conquistadores y los colonizadores del Nuevo Mundo, de suerte que se ha conservado por tradición oral en todos los

---

[1]Véase nota 1 de la crónica XXVIII del 15 de octubre de 1923.

países de Hispanoamérica. Vicuña Cifuentes ha recogido en Chile cerca de cien piezas arcaicas en diversas versiones más o menos puras, entre las cuales las más importantes son tres fragmentos que corresponden a Bernardo del Carpio, y sobre todo una versión de "La adúltera," la primera que se ha encontrado en español de este romance considerado injustamente hasta hoy como portugués. No ha encontrado en el pueblo ninguna pieza relacionada con el Cid, y no nos da más que tres, sacadas de un viejo manuscrito. Pero yo me acuerdo haber escuchado a una vieja dama de San Carlos recitar varias de estas piezas, y Vicuña me ha dicho que últimamente él ha podido descubrir algunas en la tradición oral. Naturalmente, no ha podido dar todas las versiones existentes de las piezas que ha recogido, y aquella de "Delgadina" que nos ofrece es, quizás, menos sabrosa que la que yo he traducido en mi novela La ville merveilleuse. Ahora bien, el Romancero ha suscitado en América numerosas imitaciones sobre temas locales, de poetas más o menos populares. Nuestro autor nos ofrece más de sesenta de estas piezas, entre las cuales hay que mencionar una, respecto a la fiesta tradicional de la Purificación, anónima y pintorescamente descriptiva, y el "Testamento de don Tomás Mandoes," obra de este ingenioso y humorista poeta campesino de fama. Además añade a cada grupo de versiones un comentario erudito y metódico el cual acrecienta considerablemente el valor de su libro. Esta obra es, sin duda, el trabajo más considerable que se haya realizado sobre

esta materia en Hispanoamérica, y nos prueba que Chile es el país de todo el continente que conserva el máximo de poesía hispánica tradicional. Pero Vicuña Cifuentes ha publicado a continuación otro libro tan importante como el anterior: Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena. En Chile, como en todos los pueblos hispanoamericanos, existen mitos y supersticiones muy numerosos los cuales han nacido de las tres civilizaciones o semi-civilizaciones: la de España, la de los araucanos y la de los chilenos. Es toda una mitología extremadamente curiosa y sugestiva. Se encuentra en ella, junto a mitos conocidos en Europa, otros que son originales como el del pihuchén, serpiente emplumada, similar a la extraña divinidad de los aztecas, o aquella del colocolo, bestezuela mágica que extermina a la familia cuando entra en una casa; y conjuntamente con las supersticiones conocidas por doquier, otras regionales, como la del "espanto", mal misterioso engendrado por la visión de "cosas del otro mundo" o bien aquellas de los tesoros custodiados por monstruos o brujos. Durante mi infancia, he escuchado, en los dominios de mis padres, muchos relatos de este género, y, en mi novela La Montagne Ensorcelée, me he hecho eco del mito del chonchón, pájaro brujo invisible, y del huallipén, monstruo enamorado que embruja a las jóvenes casadas, mientras que en mi próxima novela, La Vallée qui Rêve, hablo de la cuca, pájaro maléfico que anuncia desdichas, y del nirivilo, monstruo acuático que ataca a "los malos cristianos." Vicuña Cifuentes nos presenta

esta mitología en forma de relatos populares pintorescos y característicos. Su cosecha es muy considerable, pero subsisten algunas lagunas. Nada nos dice del culpeo, híbrido del zorro y del puma, al cual he evocado en La Montagne Ensorcelée, ni de la "zorra bruja", muy conocida en el departamento de Itata, ni de la "ciudad deleitosa", similar al País de Jauja, ni del "cuco",[2] análogo al Croquemitaine y esparcido en toda Hispanoamérica. Olvida también algunas supersticiones como aquella de la varita de virtud, tan curiosa, tan bella, la cual he animado en La Ville Merveilleuse, o como aquellas del pequén,[3] de las cuales he hablado en La Montagne Ensorcelée. Mas nuestro autor va a publicar pronto, en las ediciones de la "Compañía Iberoamericana de Publicaciones" de Madrid, una nueva edición de su libro en la cual todas estas lagunas serán cubiertas. Aunque Vicuña Cifuentes, si se le juzga por los términos del prefacio, parece no darse cuenta del valor de su obra, ésta es de la mayor importancia, ya que los mitos y las supersticiones son manifestaciones del espíritu religioso, de la facultad de lo maravilloso, de la gracia del ensueño, es decir de lo que hay de más profundo y de más elevado en el inconsciente del alma colectiva, y por consiguiente los testimonios más valiosos de la psicología de los pueblos. Continuando sus investigaciones respecto a la literatura popular, nuestro

---

[2] 'cuco', fantasma que asusta a los niños.

[3] 'pequén', especie de lechuza pequeña.

autor ha estudiado, en fin, la poesía popular y las narraciones tradicionales de su país en dos discursos académicos: "Discurso leído en la Academia chilena," "Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras." Ciertas formas de la poesía popular chilena han salido de la de España, pero otras son originarias de Chile o de Hispanoamérica. Así, la cueca, baile popular, el cogollo, estrofa final la cual sirve para dedicar la canción, la loga, derivada del romance español. Yo he dado muestras, acompañadas a veces de música, en La Montagne Ensorcelée. Nuestro autor atribuye a esta poesía las características de malicia e ironía, pero de hecho la nota sentimental y tierna abundan en ella igualmente, como lo ha probado Ramón Laval en los fragmentos que ha publicado y que yo mismo puedo testimoniar. El habla, empero, con mucha competencia. Trata igualmente las narraciones en prosa que ha clasificado en tradiciones, leyendas, cuentos, casos (relatos cortos con intención moral) y anécdotas. La materia de estas narraciones, salvo aquélla de los cuentos, es de origen nacional o local. Todas son muy abundantes con excepción de las tradiciones que la investigación histórica, muy activa en Chile, ha disipado o relegado al olvido. Vicuña Cifuentes desea que estos relatos, "forjados por la imaginación colectiva de la raza", sean recogidos y conservados, y hay palabras de justa ironía dirigidas a pequeños historiadores quienes han arruinado la belleza tradicional en nombre de "la verdad histórica sujeta

a constantes rectificaciones." Cree ahora en "la inmutable verdad simbólica de la tradición" y se da cuenta que el folklore reúne elementos marcadamente para el arte.

Pero este poeta es también profesor de literatura, y nos ha dado últimamente un trabajo respecto a la técnica de la versificación y una recopilación de discursos literarios: Estudios de métrica española, He dicho. Con mucho saber y claridad, estudia en el primero el mecanismo de los versos tradicionales y de algunos modernos, informándonos además sobre su origen y su historia. Nos revela así que el soneto alejandrino, considerado como moderno, había sido ya compuesto, aunque una sola vez, en el siglo XVIII, y nos enseña que fue José Zorrilla el primero en emplear en cuartetas el dodecasílabo llamado "de seguidilla." Pero no nos dice ni una sola palabra de las innovaciones métricas tan importantes introducidas por Rubén Darío: el soneto en versos de todas longitudes, a veces de dos metros juntos, el terceto monorrimo, la cuarteta en dodecasílabos de dos clases y sobre todo el alejandrino con dos cesuras y el verso libre. En su recopilación de discursos, en el cual ha recogido sus trabajos acerca de la poesía popular y las narraciones tradicionales, al lado de algunos de orden ocasional y sin importancia, encontramos otros que contienen ideas dignas de consideración. Así, por ejemplo, el discurso consagrado a la obra de Fuenzalida Grandon, el cual trata de historia social, de costumbres de antaño, tan poco cultivadas en Hispanoamérica.

¿Pero qué decir de las páginas en la cuales nuestro autor se esfuerza en probar que no existe literatura hispanoamericana, sino una sola literatura en lengua española? No es solamente la lengua lo que determina una literatura, sino también la tradición, el espíritu nacional, la tierra. ¿Vicuña Cifuentes no cree que con los tesoros exhumados por él de la tradición popular de su país ya se tiene una base para una literatura nacional? Es un hecho, además, que después de una cuarentena de años la América hispana posee una literatura que no puede ser confundida con la de España. Vicuña Cifuentes está actualmente en Europa donde se documenta para una historia de la cultura chilena. Yo creo, sin embargo, que él haría mejor en continuar sus estudios del folklore de su país, recogiendo las narraciones tradicionales en prosa, completando la colección de poesías populares que posee, o dilucidando ciertas cuestiones, como la alfarería de las monjas o la imaginería popular, las cuales aún no han sido estudiadas. Mejor que historiador y crítico, es poeta y esto hace de él un folklorista eminente.

Memento. -- El gran escritor mexicano José Vasconcelos acaba de fundar en París una revista de letras y de política hispanoamericanas de la cual es director, y C. Deambrosis Martins, administrador: La Antorcha. Está destinada, dice Vasconcelos en la "Palabras iniciales" del primer número, a "defender los intereses materiales y morales de las razas

hispánicas del Nuevo Mundo," a "concentrar, organizar el pensamiento ibero-americano." "Nosotros creemos en nuestra América, añade él, no solamente por lo que ella es, sino porque la otra ha traicionado el propósito universal humano. Y nuestra América, en presencia del descalabro yanqui, es la única esperanza de la humanidad." En el primer número, hacemos notar un artículo de Vasconcelos, "Los rotarios en el exterior," en el segundo un trabajo de Heramba Gupta: "Mahatma Gandhi y el movimiento de la India," en el último (junio), un comentario de las Scènes de la Vie Future de Duhamel, por Vasconcelos, y en los tres una sección, "El drama de América," en la cual los hechos políticos de los pueblos hispano-americanos son comentados de una manera completamente diferente de la que practican las agencias informativas de América del Norte. Es una revista de la mayor importancia la cual deberían leer todos aquellos que se interesen por el mundo hispanoamericano.

LX*

Críticos. -- Roberto Giusti: Crítica y polémica (cuarta serie), Nosotros, Buenos Aires. -- Alone (Hernán Díaz Arrieta): Portales íntimo, Imprenta Universitaria, Santiago (Chile). -- Memento.

Ya he señalado la poca seguridad en el sentido crítico que muestran a veces los escritores hispanoamericanos que se dedican a comentar la producción literaria. La mayoría parece no juzgar siguiendo un gusto sólido formado por una cultura literaria que incluya todas las épocas, sino siguiendo las inclinaciones, las preocupaciones o las recetas que favorecen el momento. Así, ellos deprecian a los grandes escritores de ayer de sus países y trabajan para demoler su obra. Es lo que han hecho con José Enrique Rodó, y es lo que hacen hoy con Rubén Darío. Presurosos en condenar lo que hay de ocasional en este gran poeta, y a esparcir los prejuicios actuales sobre algunos de sus aspectos, se obstinan en no considerar el completo desarrollo de su genio y el esplendor de los nuevos estudios que le han sido consagrados, y a desconocer lo que hay en él de personal, de grande, de imperecedero. Algunos se deleitan en oponer a Darío los iniciadores de menor importancia del movimiento moderno, y algunos compatriotas de

---

*15 de octubre de 1931.

estos últimos llegan hasta silenciar su personalidad, creyendo actuar de este modo como patriotas. Un mexicano, González Peña, ha publicado una historia de la literatura de su país en la cual el nombre del gran reformador de la poesía castellana no aparece. Ellos creen que una actitud de esta naturaleza es tan lícita como la de algunos críticos franceses vis-à-vis Anatole France, sin darse cuenta que France, quien no aportó gran cosa a la literatura de su país, y Rubén Darío, quien abrió una nueva era en la de lengua española, son dos figuras muy diferentes. Verlaine y Mallarmé son, en Francia, admirados y respetados. Ciertamente, no tengo en la mira a todos los críticos de la América hispana, y hoy voy a ocuparme de dos de ellos quienes se distinguen precisamente por su ponderación.

He hablado aquí muchas veces de Roberto Giusti quien dirige, conjuntamente con Alfredo Bianchi, la revista Nosotros de Buenos Aires, porque nos ofrece de vez en cuando sus estudios reunidos en volumen con el título de Crítica y polémica. En la cuarta serie, que acaba de salir a luz, siempre atento al desarrollo intelectual de su país, Giusti nos habla con su sagacidad y su discreción habituales de los ensayos de J. Ortega y Gasset respecto al porvenir de la Argentina y el carácter de sus ciudadanos, de la manera errónea y poco eficaz con la cual se enseña el español en su país y de la supuesta influencia de la cultura italiana en la literatura argentina. Mas este crítico, quien anteriormente sólo se ocupaba de los escritores de su país, nos habla hoy de

manera especial y con mucho ahínco de diversos autores extranjeros: de los españoles Ortega y Gasset, Julio Cejador, del hispanista francés Paul Groussac, del crítico portugués Fidelino de Figuereido. Y este escritor que mostraba desdén hacia la tradición de su tierra, entusiasmo por la ciencia del siglo XIX y poca preocupación por los problemas de la América latina, nos habla actualmente con delectación, en la descripción de un museo, de las bellas cosas antiguas de su país, y, en el curso de una evocación de sus "veinte años de vida literaria," deplora "el estancamiento de la inteligencia argentina" en "el mar muerto del positivismo" y recuerda la actitud firme de Nosotros frente al "imperialismo yanqui." Sin duda, él cree aún que los bellos restos del pasado en los cuales la tradición permanece viva son imágenes de la muerte, y no critica en Ortega y Gasset el defecto más grave de sus ensayos: hablar del porvenir de un país hispanoamericano sin siquiera hacer alusión a la política de los Estados Unidos que amenaza ese porvenir. Su libro no denota ninguna evolución muy feliz que me plazca señalar. El capítulo que dedica a sus veinte años de labor es particularmente interesante. Aún adolescentes, Bianchi y Giusti fundaron esta revista en 1907, sin otras fuerzas que su entusiasmo y con el concurso de algunos amigos. Desde el primer número, resolutamente, ellos supieron librarla de los cenáculos, de la tertulias y hacer de ella un órgano del pensamiento nacional, libre y acogedor. Así, casi todos los escritores argentinos, viejos y jóvenes,

han dado a esta revista su colaboración diligente, y aunque Giusti olvida decirlo, muchos escritores de otros países hispanoamericanos han colaborado o aún colaboran con igual entusiasmo. De modo que Nosotros es hoy en día, indiscutiblemente, la principal publicación literaria del continente. No obstante, sus directores han debido luchar sin tregua para poder sostenerla; durante dos años han debido suspender su publicación y aún hoy no logran hacerla vivir sino con grandes esfuerzos. Eso se debe, sin duda, a la costumbre que tienen los periódicos y revistas de Argentina de servir a sus lectores, entre las actualidades y los anuncios, numerosas trozos de literatura para hacerles tragar más fácilmente el resto. Pero ningún país culto puede prescindir de revistas consagradas exclusivamente a las letras, y así esperamos que Nosotros alcanzará finalmente la prosperidad material la cual asegurará su vida y le permitirá retribuir debidamente a sus colaboradores. En todo caso, Bianchi y Giusti merecerán siempre el reconocimiento de la élite argentina e hispanoamericana.

Hernán Díaz Arrieta, chileno, conocido por el seudónimo de Alone, se inició hace algunos quince años con una novela, La sombra inquieta, que es, por la finura de la psicología, por su feliz interpretación de la vida de Santiago, una de las más bellas obras que hayan sido escritas en Hispanoamérica. A continuación, Díaz Arrieta se ha dedicado a comentar en la prensa la producción literaria de su país con sagacidad e

imparcialidad, y raramente, con aquella precipitación que casi todos los escritores creadores, entregados a una tarea que no puede satisfacerlos, muestran por momentos. A pesar de haber rehusado hasta ahora reunir sus crónicas en volumen, acaba de darnos un libro compuesto de tres de ellas, consagradas a las cartas del estadista chileno Diego Portales y seguidas de algunas de estas cartas como de otras inéditas: Portales íntimo. En su correspondencia privada, Portales se muestra en toda la sinceridad de su poderosa humanidad. Nuestro crítico lo estudia con mucha delicadeza bajo el aspecto de su vida íntima, sin duda, el menos conocido y el más personal. Este eminente estadista quien, hacia el primer tercio del siglo pasado, organiza su país y establece el gobierno de orden el cual no sería turbado sino hasta sus últimos años, tenía el culto por la amistad, desdeñaba el poder y la publicidad y poseía una clarividencia extraordinaria. Fue siempre fiel a sus amigos, no deseando ser presidente de su país, y, cuando los Estados Unidos proclamaron la doctrina Monroe, entre las aprobaciones de todo el continente, comprendió que aquella obedecía a un "plan acordado" para "conquistar la América latina, no por las armas, sino por la influencia de todo tipo." Este hombre tan recto, no obstante, amaba apasionadamente a las mujeres y se deleitaba con las cosas bellas y alegres de su país. Tuvo varias amantes que le dieron hijos, aunque no demostró nunca el menor romanticismo en sus relaciones sentimentales. El llamaba a las mujeres "objetos"

que satisfacían su "única pasión." Y cuando se encontraba alejado del gobierno, en el campo, pedía a uno de sus amigos una guitarra "hecha en el país" y "dos mates de greda dorada y perfumada de los que hacen las monjas." Para los asuntos de dinero que son, en la vida moderna, como lo dice con razón nuestro crítico, "la piedra de toque del honor masculino," Portales se mostraba, por el contrario, de una gran severidad. Siempre liquidó dignamente sus asuntos desgraciados, se retiró sin fortuna del gobierno y vivió muchos años luchando honorablemente contra la pobreza. Sus enemigos han dicho que carecía de cultura. Pero en sus cartas él muestra un cierto conocimiento de los clásicos españoles y hay quienes lo presentan "como uno de los primeros escritores costumbristas" de su país. Por otra parte, este estadista tuvo una inspiración muy feliz que no se trata en las cartas que examinamos: aquélla de abatir el militarismo, causa de revoluciones en su país, y de someter fuertemente el ejército al poder civil. Daniel Riquelme ha dicho algo de eso en uno de sus artículos recogidos recientemente en un volumen: "La revolución de los sastres" (Daniel Riquelme: Cuentos de la guerra y otras páginas, Imprenta Universitaria, Santiago). Confiemos que el éxito obtenido por Portales íntimo despierte en Chile el gusto por la historia social, de costumbres y de la vida íntima de otrora, tan descuidada, y que comprometerá a Díaz Arrieta a darnos otros volúmenes de crítica, y sobre todo las obras de imaginación que es lícito esperar del

excelente autor de La sombra inquieta.

Memento. -- El gobierno de Chile y los escritores. -- El gobierno de Chile que acaba de ser derrocado, gobierno que mantenía en Europa numerosos militares, en cargos muy elevados, y que envió el año pasado un embajador a Francia que no sabía ni una palabra de francés, ha sido singularmente injusto con los escritores. Había establecido un impuesto que gravaba a los nacionales residentes en el extranjeros y del cual los escritores no estaban exentos. De manera que los escritores chilenos, que hacen con su obra la mejor propaganda nacional en Europa, están obligados a pagar al gobierno para servir a su país. Yo quería protestar aquí contra tal injusticia, pero un profesor chileno que vino entonces a Francia, me habló con tanto ardor de la buena voluntad del presidente que preferí dirigirme a éste. No recibí respuesta, y el impuesto en cuestión, lejos de ser abolido, ha sido aumentado considerablemente. Confiamos que el nuevo gobierno querrá hacer desaparecer este triste testimonio de la incultura de la dictadura militar. Si, no obstante, no cree oportuno abolir este impuesto, que por lo menos exceptúe a los escritores profesionales. Es una injusticia, que sólo un dictador iletrado ha podido concebir, hacer pagar por residir en el extranjero a los escritores que sirven a su país en Europa, sin que ello nada le cueste al tesoro nacional.

LXI*

La lengua de la América hispana. -- Arturo Capdevila: Babel y el castellano, Cobaut y Cía., Buenos Aires. -- Ricardo del Castillo: Nahuatlismos y barbarismos, Imprenta Nacional, México. -- Memento.

Varios colegas me han preguntado si el español que se habla en América es el mismo de España, y Remy de Gourmont se ha aventurado una vez a hablar del neo-español de la América del Sur. ¡Dios mío!, una lengua es un fenómeno tanto filológico como psicológico e histórico, y no puede en algunos años transformarse ni menos aún dar nacimiento a una lengua nueva. Aquélla de Hispanoamérica es ciertamente el castellano de España. Pero por diferentes motivos, como el hecho de que cuando pasa al Nuevo Mundo no había alcanzado aún su desarrollo total, o bien el de su lucha con las lenguas indígenas, o el de la cultura sumaria de la mayoría de los colonizadores, el español de América ha conservado ciertos aspectos arcaicos o defectuosos y se ha acrecentado con numerosos vocablos a veces inútiles. Sin embargo, en todas las jóvenes repúblicas, esta impurezas están limitadas al lenguaje del pueblo; las clases cultas hablan bien y la mayoría de los autores escriben correctamente. En Argentina solamente, la

---

*15 de enero de 1932.

gente bien educada y hasta algunos escritores emplean el lenguaje popular. Ahora bien, un argentino, Arturo Capdevila, ha publicado un libro que es precisamente una condena a la Babel popular y un ardiente alegato en favor de la lengua pura.

Este escritor se inició hace una quincena de años con una colección de poemas, Melpómene, de una pureza, de una sinceridad y de una seriedad las cuales que llevaron a mencionarlo aquí como a uno de los poetas jóvenes "más interesantes." Aunque el movimiento mundonovista ya se ha formalizado un poco en todas partes, en Argentina la mayoría de los escritores permanecen aún atascados en el positivismo, en el nacionalismo de patria chica y en el arte de imitación extranjera. El libro de Capdevila fue, pues, una voz nueva y propicia. Este ferviente escritor nos ha dado luego numerosas obras de diferentes géneros: ensayos (El libre albedrío, Córdoba del recuerdo, América, etc), obras históricas (Las vísperas de Caseros, Los hijos del sol),dramas (Sulamita, El amor de Schaharazada, etc), colecciones de versos (El poema del nenúfar, El tiempo que pasó, etc.). No he recibido todos estos libros. Pero he leído recientemente algunos y puedo decir que Capdevila se demuestra en ellos como un poeta y ensayista pleno de elevación y de clarividencia, consciente del "reino del espíritu" y de la excelencia de su raza, celoso de los destinos de su gran patria continental. Así, en Córdoba del recuerdo, celebra su ilustre ciudad natal llena de

vestigios de la época de la colonización, mientras que en su colección El tiempo que pasó, evoca sus recuerdos de infancia en aquel corazón de la tierra argentina. En América, eleva su voz para defender el porvenir de su raza amenazada por las maniobras del ogro del Norte y por la incuria de sus propios hijos. Al comprender que las reformas sociales deben comenzar por el hombre, aconseja a los ciudadanos tomar posesión de la vida con la conciencia de la responsabilidad y del deber, ya que la vida humana es una "deuda", y, al darse cuenta del engaño del panamericanismo, señala los crímenes del imperialismo yanqui e incita a los gobiernos hispanoamericanos a no contraer empréstitos con los Estados Unidos, ya que todo el mal viene del dólar. De modo que este libro es uno de los mensajes más nobles y más oportunos que el continente haya recibido en estos últimos años.

En Babel y el castellano, Capdevila se ocupa con tanta competencia como fervor del lazo más sólido que une a los pueblos hispanoamericanos, y que, sin embargo, algunos espíritus, enceguecidos por causas diversas, han intentado romper. Después de la guerra de la independencia, algunos estadistas, como los argentinos Sarmiento y Alberdi, enardecidos aún de rencor contra la metrópoli, hablaron de emancipar el pensamiento de las jóvenes repúblicas, apuntando hacia la creación de lenguas nacionales. Pero al mismo tiempo algunos humanistas, sobre todo Andrés Bello y Rufino Cuervo,

venezolanos,[1] comprendiendo que la lengua común era un tesoro, se entregaron a estudiarla con diligencia, reuniendo trabajos gramaticales o lexicográficos superiores a los que se habían hecho en España. El castellano es, en efecto, para el mundo hispanoamericano, una herencia valiosa la cual asegura la unidad destruida por la independencia, y las alteraciones que sufre no constituyen ciertamente una base suficiente para lenguas nuevas. Algunos argentinos, que han querido hacer efectiva la idea vaga de Sarmiento, han fracasado de modo lamentable. ¿Cuáles son estos defectos del castellano de América? El más visible es el empleo de pronombre vos que se usaba en España en la época de la conquista, pero que ha sido reemplazado por el latino tú al punto de no ser más empleado hoy en día. Este pronombre existe en la lengua popular de todos los países hispanoamericanos, con excepción de México y del Perú que, siendo los virreinatos más importantes, se apresuraron a adoptar la reforma española, al igual que en las Antillas. Pero en todas partes, las clases superiores igualmente han adoptado poco a poco el pronombre correcto. Solamente en Argentina ha prevalecido el vos, aunque si bien la élite de Buenos Aires y Córdoba lo proscribió hacia 1810, la tiranía de Rosas, que se apoyaba en la plebe, lo reestableció, y los descendientes de los inmigrantes extranjeros lo emplean hoy con cierta ostentación. Ahora bien,

---

[1]Dislate de Contreras, ya que Rufino José Cuervo (1844-1911) era colombiano.

como estos dos pronombres han coexistido un poco por doquier, el vos se emplea con las formas verbales espurias y con los enclíticos y posesivos del tú, es decir, de una manera ilógica y grotesca.

Capdevila se pronuncia contra este vicio tan feo e incita a sus compatriotas a proscribir este infeliz pronombre. Otro defecto del castellano de América es el reemplazo inconcebible del plural de vos y de tú: vosotros, por el plural de usted: ustedes, defecto que existe solamente en Andalucía, lo que permite creer que son los andaluces quienes lo han implantado en el continente, de manera que cuando se habla en plural a los inferiores, hasta a los animales, se dice ustedes. Otros defectos menores son la confusión, en la pronunciación, de la z con la s y de la ll con la y, defectos menores porque se les encuentra también en varias regiones de España. Pero también existen algunos errores en el léxico de los cuales Capdevila no se ocupa. Y no me refiero, naturalmente, a las numerosas palabras nuevas que denominan animales, plantas u objetos americanos, que han sido recogidas, en su mayoría, por el Diccionario de la Academia española. No hago alusión tampoco a los numerosos arcaísmos que se continúan empleando, porque estos términos, los cuales aparecen en los clásicos, dan variedad a la lengua y, para algunos, son necesarios; así, por ejemplo, romadizo, que en España se denomina por el vocablo genérico: catarro. Se trata de numerosas palabras que se emplean para denominar algunas cosas cotidianas y que cambian

de un país al otro; así el sombrero hongo, que en Chile se llama tongo y en Argentina galera, o el pimiento, que en las repúblicas del Sur se denomina ají, término aceptado en el Diccionario de la Academia, pero que en México se llama chile, vocablo que, siendo el nombre de un país, se presta a confusión. Se trata también de neologismos, de palabras y hasta de sintaxis, creados por los escritores modernos y que son, en su mayoría, tan feos como inútiles. Capdevila sostiene que en una lengua bien formada como el español, no es el pueblo quien debe legislar, sino la élite, y cree que la depuración de la lengua debe comenzar en la escuela. Evidentemente. Sería inútil, pues, que las Academias de las diversas repúblicas correspondientes de la Academia española, establecieran un programa de reformas y no llegaran a hacerlo poner en práctica en la enseñanza. Este programa sería el siguiente: a) Reemplazo del vos por el tú, y de las formas verbales espurias por las formas correctas. b) Adopción del vosotros y de sus formas verbales especiales. c) Reemplazo de los términos regionales para denominar las cosas cotidianas por los términos castellanos correspondientes. d) Exclusión de los neologismos inútiles. Además, estas Academias deberían elaborar, en colaboración, un diccionario hispanoamericano el cual encerraría los vocablos que denominan los animales, las plantas, las cosas regionales, los arcaísmos en uso, ciertas palabras que tienen su equivalente en castellano pero que son de empleo corriente en casi todas las repúblicas, y también

algunos neologismos formados por los escritores, especialmente por Rubén Darío, los cuales enriquecen el léxico. Un diccionario tal tendría una gran importancia, ya que fijaría los términos hispanoamericanos lícitos por ser necesarios y daría el significado exacto de estos términos que el Diccionario de la Academia española no menciona en su totalidad y que otros tratados lexicográficos definen de manera inexacta. Al examinar uno de esos libros, Suplemento de todos los diccionarios españoles, de Renato de Alba, el escritor mexicano Ricardo del Castillo ha demostrado, en su obra Nahuatlismos y barbarismos, que casi la totalidad de los vocablos mexicanos que contiene ese Suplemento son inexactos por la etimología y por el sentido que se les ha dado. Esta reforma, la cual podría ser realizada en algunos años, sería de la mayor importancia para la literatura, ya que ella depuraría la lengua y la haría comprensible hasta en su matices menores en todas las repúblicas. Actualmente, los novelistas y los dramaturgos se encuentran en presencia de un problema arduo si quieren conciliar, en sus obras, la verdad con la corrección y ser perfectamente comprendidos en todos los dominios de la lengua. El español es una lengua muy bella, muy rica y muy extendida. No se habla solamente en España y en Hispanoamérica, sino también en una parte del Norte de Africa, en las Filipinas, en Curaçao, en diversas regiones de la cuenca del Mediterráneo y en las Baleares, donde los descendientes de los judíos españoles, los sefardíes, lo han

conservado un poco degenerado pero vivo. Se estima en 90 millones el número de personas para quienes el castellano es la lengua. También, las naciones extranjeras estudian más y más el español, deseando aproximarse, con fines comerciales o literarios, a los pueblos que lo hablan. Pero existe una gran nación que ha hecho lo mismo con intenciones menos lícitas. Es el "lobo", dice Capdevila, que "aprende el balido del cordero para devorarlo más fácilmente. Y la estupidez del cordero que se complace con el manejo del lobo." ¡Y qué decir de los profesores hispanoamericanos que van donde está el lobo, ha enseñarle la lengua del cordero! Ahora bien, como la lengua constituye la base de la verdadera nacionalidad, el imperio espiritual español es muy vasto, y, como este imperio incluye todo un nuevo mundo, su porvenir es inconmensurable. Desgraciadamente, los hombres de este gran imperio desconocen su poderío, y se muestran incomprensivos y testarudos en sus relaciones mutuas. Los escritores españoles nunca le han hecho mucho caso a los autores hispanoamericanos, tratándolos siempre con un cierto desdén. Capdevila cuenta que un autor argentino envió a sus colegas españoles un libro lleno de fervor por la raza y que sólo encontró de parte de ellos una acogida muy fría. ¿Pero los escritores argentinos no reciben de la misma manera las obras de sus colegas de otras repúblicas? Sé que un autor chileno envió a Buenos Aires un libro acerca del mayor de los poetas hispanoamericanos y que no tuvo mejor suerte que la del que nos habla Capdevila. Esta

práctica absurda es un lamentable hecho generalizado, y eso explica por qué el vasto imperio español no ha podido aún realizar sus múltiples e inmensas posibilidades.

Arturo Capdevila ha publicado recientemente dos libros: La Apocalipsis de San Lenín y El divino marqués. El primero es una especie de poema en prosa inspirado por la revolución rusa; el segundo, un drama con lo maravilloso de los misterios antiguos, respecto al extraño caso del marqués de Sade, interpretado de una manera muy personal. Me gustaría ver a este autor tan bien dotado y tan bien inspirado construir sus obras de imaginación con los elementos de su tierra y de su raza y poner en sus ensayos un poco más de sentimiento religioso y de amor por la tradición del mundo hispanoamericano. Es solamente con la ayuda de estos elementos que la América hispana llegará a crear una literatura autónoma y una verdadera cultura nacional.

Memento. -- "Rubén Darío y la crítica." -- Con este título inocente, un joven crítico chileno que dicta clases de español en una universidad de los Estados Unidos publicó en Cultura Venezolana, de Caracas, un artículo que es un ataque gratuito contra mi libro Rubén Darío, su vida y su obra.[7] Este crítico me había enviado dos libritos: Walt Whitman, en cuyo prefacio ataca a todos los escritores hispanoamericanos enemigos del imperialismo yanqui, y Los precursores del

[7]Se alude al profesor chileno Arturo Torres Rioseco.

Modernismo, trabajo sin documentación ni juicio certero. He dicho de él aquí lo que habría dicho todo crítico imparcial. Nuestro autor se venga en su reciente artículo. Dice que la introducción de mi libro sobre Rubén Darío es inútil, aunque yo estudie en esas páginas el origen del movimiento modernista; me reprocha haber hablado de la doctrina Monroe y de la doctrina Drago en una obra de crítica literaria, olvidando que Darío fue también un poeta nacional, quien compuso poemas famosos que encierran referencias a estas doctrinas: "A Roosevelt," "Salutación al Aguila," "Oda a Mitre," "Canto a la Argentina," porque, no sin fundamento, yo expreso cierta desconfianza para con "esas universidades o asociaciones de los Estados Unidos destinadas a estrechar las relaciones intelectuales con el mundo hispánico" (p. 130). Afirma que yo sólo me he servido de la memorias de Darío y de algunos artículos para escribir la biografía del maestro, aunque yo cite continuamente sus cartas, diversos libros que le han sido consagrados y que yo evoque mis propios recuerdos. En cuanto a la técnica del gran poeta que he analizado minuciosamente, él dice que yo no he "estudiado el asunto"; afirma que el alejandrino con tres hemistiquios iguales había sido empleado por los antiguos poetas castellanos, dando como ejemplo este verso: "E si la cargo -- es más el fruto -- que tenemos" (es él quien pone las tiradas), cree que la u española rima con la u francesa, y porque yo digo que "Era un aire suave" es una pieza "con tema del siglo XVIII," me

responde que es "un poema clásico." El piensa que Primeras notas de Darío no es de 1885 sino de 1889, cuando yo conocí este libro, el cual me fue prestado por el maestro, y que sus poemas aún torpes, influidos por los románticos, y su solo título muestran que es muy anterior a Azul..., salido a luz en 1888. Finalmente insiste sobre pequeñas equivocaciones que son erratas evidentes. Hace alrededor de dos años, este crítico publicó en el Repertorio Americano algunas líneas con las cuales anunciaba que preparaba un libro sobre Rubén Darío, pero al no haber podido encontrar detalles acerca de la vida del poeta en Europa y en Argentina, solicitó a la personas informadas sobre estos puntos comunicarle lo que supieran. ¿Ha creído él necesario denigrar mi libro para aprovecharse de los detalles completos que doy, sin mencionarme o nombrándome sólo cuando está en desacuerdo conmigo? ¡Esta sería una buena manera de esconder su juego!

LXII*

Estudios sobre literatura nacional. -- C. González Peña: Historia de la literatura mexicana, Cultura, México. -- L. Alberto Sánchez: La literatura peruana, Imprenta Perú, Lima. -- Erwin K. Mapes: L'Influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío, H. Champion, París. -- Memento.

La mayoría de los pueblos hispanoamericanos no tiene aún una historia de su literatura completa, imparcial y metódica. Sin duda, en todas partes se han hecho estudios sobre las diferentes épocas de las letras y se han publicado trabajos críticos acerca de la evolución literaria. Pero casi todos estos trabajos, logrados bajo la influencia de prejuicios políticos o nacionalistas, muestran estrechez o parcialidad en los juicios, y al estar hechos con falta de método, contienen lagunas o imprecisiones lamentables. El resentimiento contra España, nacido durante la lucha por la Independencia, ha llevado a menospreciar las letras de la época colonial, y la funesta tendencia a la improvisación ha conducido a descuidar las fechas, elemento indispensable en todo trabajo de historia literaria. Solamente en estos últimos años han aparecido algunos libros más o menos completos y justos sobre esta importante materia.

---

*15 de abril de 1932.

Carlos González Peña, de México, recientemente nos ha dado en muchos aspectos una excelente Historia de la literatura mexicana. Con método y precisión, estudia las letras de su país desde los orígenes hasta nuestros días, considerando el desarrollo de la cultura, la marcha de los diversos géneros, la figura y la obra de escritores de todo orden. Y, cosa rara entre los críticos hispanoamericanos, se ocupa de la época colonial con atención y minucia, sin aquellos prejuicios anti-españoles y anti-religiosos que han hecho deslucir otras obras de este género. Como en todos los países hispanoamericanos, la cultura española ha sido implantada en México por los sacerdotes que siguieron a los conquistadores, y quienes, en su ardor por la evangelización de los indios, estudiaron sus lenguas y abrieron escuelas por doquier. Muchos de estos religiosos, como Fray Alonso de Molina, Fray Toribio de Benavente, más conocido por el nombre de Motolinía, escribieron gramáticas indígenas o crónicas tan útiles como interesantes. En la misma época, algunos capitanes, como Bernal Díaz del Castillo, Fernández de Oviedo, Suárez de Peralta compusieron narraciones o crónicas de la conquista de una gran importancia, y algunos poetas, como Bernardo de Balbuena, escribieron poemas en honor del próspero virreinato. De manera que, en la segunda mitad del siglo XVI, México era el centro de un movimiento literario considerable donde florecían sobre todo la filología y la historia. Durante el siglo siguiente, el gongorismo que contagiaba a España y

que, naturalmente, había pasado a América, sólo hasta un cierto punto pone trabas al desarrollo de las letras mexicanas. Mas un lírico excepcional se revela en ese momento, la monja Juana Inés de la Cruz, considerada como una de las más grandes poetisas de la lengua española. Durante el siglo XVIII, el movimiento neo-clásico español, secundado en México por los jesuitas, estimula el gusto por la poesía, a veces en latín, y despierta un gran entusiasmo por las ciencias, a tal punto que Humboldt, en su viaje por ese país, se asombra del desarrollo de esos estudios. La época de la independencia, la cual concentra la acción intelectual en la política, fue como en todas partes, un tiempo de estancamiento literario. Pero poco después, la fermentación del romanticismo suscita numerosos poetas y prosistas estimables, como Rodríguez Galván, Altamirano, Manuel Acuña y sobre todo Justo Sierra. El movimiento modernista, que tuvo por iniciador en México a Manuel Gutiérrez Nájera, cuenta entre sus representantes a algunos poetas de primer orden, como Amado Nervo, Luis Urbina, Enrique González Martínez. Actualmente existe en México toda una pléyade de delicados prosistas y poetas. Este estudio reflexivo y preciso nos hace ver que, durante la época colonial, la literatura mexicana alcanzó un desarrollo extraordinario, y que durante la república hasta 1880, esta literatura fue quizás inferior a la de ciertos países hispanoamericanos, pero que desde el comienzo del modernismo se distingue nuevamente en el continente. Su autor ha

alcanzado ampliamente su fin: constatar la existencia de una tradición literaria nacional que hay que conocer y amar. Pero su mismo fervor lo ha inducido a cometer un error en lo que concierne al modernismo. Aunque califica a Gutiérrez Nájera como simple precursor de este movimiento, no señala al verdadero jefe ni se ocupa de su influencia. Azorín ha dicho que no se podría escribir la historia de la poesía española sin hablar de Rubén Darío. González Peña no lo menciona. Ahora bien, Darío ha influido no solamente en la atmósfera intelectual de México, sino también en muchos de sus poetas como Nervo, Tablada, Rebolledo, González Martínez. Esta omisión arbitraria es una consecuencia lamentable de ese nacionalismo de pequeña patria que otro mexicano, J. Vasconcelos, mantiene con honor: hace deslucir a esta Historia que, sin ella, sería una obra acabada.

Luis Alberto Sánchez, del Perú, escribe actualmente una obra completa sobre La literatura peruana, de la cual nos ha entregado el primer volumen que es una especie de introducción. Al considerar la literatura en toda su amplitud, es decir como un hecho social el cual incluye todas las manifestaciones de la cultura expresadas por la palabra escrita o hablada, él estudia la génesis de la raza y los factores de la cultura, la influencia del medio físico y de la atmósfera espiritual y la contribución aportada por las letras extranjeras. La raza peruana se ha constituido principalmente por la mezcla del inca, del español y del negro importado para

el trabajo de las minas. Mas el país comprende dos zonas principales muy diferentes que han influido en el carácter de sus habitantes: la de la costa, estéril, llana y cálida, en la que se establecieron principalmente los españoles, y la de la montaña abrupta, fresca y llena de sorpresas, en la cual los aborígenes han permanecido como amos. Los españoles aportaron su lengua y su cultura. Pero los incas tenían una civilización y poseían una literatura que incluía la elocuencia, la poesía lírica y el teatro; literatura que se caracterizaba, en su aspecto oficial, por la prosopopeya épica, el sentimiento religioso o cosmogónico y la altivez imperialista; en su aspecto íntimo por la ternura, el panteísmo, el amor por los animales. Los poetas populares criollos han prolongado la poesía incaica a través de los yaravíes,[1] al amplificar y exagerar la nota melancólica. Mas los poetas cultos han acogido los modelos españoles, inspirándose principalmente en los principales autores de la península. Desde el siglo XVIII, han recibido igualmente la influencia francesa, siguiendo primero a los enciclopedistas y luego a los románticos. En cuanto a la influencias inglesa y alemana, se han limitado al derecho y a la ciencia. Sánchez nos habla de todo aquello con un amplio conocimiento del tema y con un método riguroso, fijando el plan de su obra y exponiendo las fuentes bibliográficas de la literatura de su país. No obstante, no se

---

[1] 'yaraví', cantar dulce y melancólico, generalmente amoroso, de los indígenas y criollos andinos.

libera de todos los viejos prejuicios contra España, y su designio de considerar más a los autores que los movimientos le extravía. Así, dice que Rubén Darío "puebla de cisnes" la obra de tres o cuatro poetas, olvidando la influencia decisiva del modernismo en la literatura de la América hispana. ¿Si él mismo hubiese escrito su obra antes de Rubén Darío, lo habría hecho en el estilo preciso, cursivo, vibrante que emplea? Sánchez es uno de los mejores críticos de su país. Con ocasión del segundo volumen de Literatura peruana, me ocuparé de este autor y de su obra con la extensión que merecen.

Algunos críticos hispanoamericanos parecen no darse cuenta que Rubén Darío ha sido el mayor poeta de la lengua española. Por el contrario, un joven crítico anglo-americano, Erwin K. Mapes, lo ha comprendido bien y ha consagrado al poeta un estudio muy curioso que no he recibido sino últimamente: L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío. Sin duda, sus miras son demasiado estrechas como para dar una idea completa de la labor del maestro, pero él la ha examinado de una manera amplia, estudiando la influencia francesa en la literatura española e hispanoamericana del siglo XIX, bosquejando la biografía de Darío y considerando los diversos movimientos de las letras de la América hispana. No estudia más que cuatro colecciones del gran poeta, pero lo hace con minucia y penetración. Naturalmente, las influencias que él nos enseña son aquellas que la mayoría de los críticos hispanoamericanos ya han establecido, pero descubre algunas

otras de menor importancia y todas las estudia ampliamente, dando numerosos ejemplos. Infelizmente, el ardor que pone en su proyecto le arrastra lejos, y ve la influencia francesa donde no existe, o más bien atribuye origen francés a ciertas formas raras de Rubén Daríc, las cuales no son sino la exhumación de viejos moldes españoles. Así, llega a decir que dos poemas de juventud de nuestro poeta: "Tú y yo" y "La cabeza de Rawi" son imitaciones de Hugo, aunque ellos hayan estado inspirados en el autor de Granada, José Zorrilla; y cree que, el soneto en octosílabos, el endecasílabo acentuado en la cuarta sílaba, la libertad de suprimir en la versificación los adverbios terminados en mente, las rimas interiores, Darío los ha encontrado en la poética francesa, cuando no ha hecho más que desenterrarlos de la poesía castellana de los siglos XV y XVI. Mapes, que se ha documentado minuciosamente, no ha llegado, empero, a darse cuenta del mecanismo de la métrica en lengua española, ignorando el muy importante papel del acento tónico que da un ritmo marcado al verso y hace perder o ganar una sílaba a algunas palabras colocadas al final del verso o del hemistiquio, de modo que no comprende cómo se puede cortar en tres partes iguales el alejandrino de catorce sílabas. Es lamentable, por otra parte, que nuestro autor, que muestra en general una gran serenidad de juicio, parece reprochar a Rubén Darío el haber interpretado el clamor de su raza ante la agresión extranjera, y que hable, como de sentimientos

injustificables, de "el odio y el recelo" de los hispano-americanos hacia los Estados Unidos. ¿Si él ama la cultura de la América hispana, cómo puede hacerse solidario del imperialismo de su país que tiende a avasallar a estos pueblos? ¿Cree él que es su deber aprobar la política de su gobierno? Yo puedo decir que estoy casi siempre en desacuerdo con la actitud internacional de mi país de origen. Mapes muestra, no obstante, un cariño evidente por las letras castellanas y una gran admiración por la obra de Rubén Darío. A pesar de sus defectos, su libro es un homenaje a la raza hispana y la mejor obra sobre Rubén Darío que haya aparecido en francés. Con el fin de dar a conocer apropiadamente al gran poeta en Francia, preparo en el presente un libro completo y minucioso acerca de su vida, su obra y su influencia. ¿Pero encontraré algún editor que quiera publicarlo? Diversos editores publican obras sobre artistas extranjeros, pero son pocos quienes aceptan libros acerca de escritores, que no sean vidas noveladas, sino estudios escrupulosos de su biografía y de su obra.

Memento. -- Alberto Zum Felde: Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura, Imprenta Nacional, Montevideo. Amplificación y rectificación hasta cierto punto, de otro libro del autor del cual ya me he ocupado. Procuraré volver sobre esta obra. -- Historiens Chiliens, Les Belles Lettres, París. Selección y prefacio de C. Pereyra, traducción

de G. Pillement. -- La Revue de l'Amérigue latine, que era mensual, sale ahora cada tres meses. Esta publicación ha llegado a ser muy importante e indispensable para todos aquellos que se interesen en el Nuevo Mundo latino. Contiene crónicas muy extensas sobre la literatura, la política y la economía de las repúblicas hispanoamericanas y del Brasil. En los últimos números, hacemos notar un artículo de Guillermo Jiménez acerca de "La danza en México" (diciembre) y las crónicas "La vida política" de René Richard y "La vida económica" de Typhis (enero-febrero-marzo). -- Se prepara un homenaje al gran escritor cubano Enrique José Varona, en ocasión del cincuentenario de su primer curso de filosofía, homenaje que consistirá en dos volúmenes de estudios en honor de este escritor o acerca de asuntos de interés hispano-americano. Los autores que deseen colaborar en esta obra tan bella como justa pueden enviar sus trabajos a J. M. Chacón y Calvo (Pardiñas 32, Madrid), miembro del comité que se ha constituido para esta ocasión.

LXIII*

Obras de historia y de arte tradicional. -- Gonzalo Bulnes: Nacimiento de las repúblicas americanas, Juan Roldán y Cía., Buenos Aires. -- Hernán Robleto: Sangre en el trópico, Cénit, Madrid. -- Guillermo Jiménez: La danza en México, (sin indicación tipográfica), México. -- Memento.

La historia, y en general todos los géneros apropiados a la expresión de la vida nacional, se practican hoy en día con predilección en la América hispana. Con ocasión del centenario de la independencia, la cual no se efectuó definitivamente sino hasta después de 1820, se publicaron numerosos libros consagrados a estudiar este memorable acontecimiento o a los héroes que lo realizaron. Por otra parte, a propósito de la pérdida, en algunas repúblicas, de esa autonomía que costó tantos sacrificios, se nos han entregado algunas obras, a veces bajo la forma de novela, destinadas a revelar las causas de esos desastres. Son los testimonios de la altura de miras de ayer o del relajamiento de hoy en el continente, testimonios de un gran valor sugestivo para la nacionalidad, la cual se debate actualmente entre dificultades de todo orden.

Gonzalo Bulnes, el eminente historiador chileno, a quien

---

*15 de julio de 1932.

debemos diversos libros de gran mérito respecto a la historia de su país, nos ha dado una obra en dos volúmenes acerca del comienzo de la revolución de la independencia: Nacimiento de las repúblicas americanas. Contrariamente a la generalidad de los historiadores que sólo han estudiado este gran movimiento en sus países respectivos, él lo ha considerado simultáneamente en todo el continente, y, por eso mismo, se ha servido menos de los fragmentarios trabajos publicados que de sus propias investigaciones en los documentos de la época. Eso hace que su trabajo sea una obra completa, acabada y llena de interés. El movimiento separatista nació en la América hispana por causas complejas de diferente orden. El absolutismo, el monopolio económico de la metrópoli y sobre todo la desigualdad que esta última establecía entre los españoles y los criollos, provocaron el descontento en el seno de las clase superior de las diferentes regiones. Las ideas de los enciclopedistas franceses, el ejemplo de la independencia de los Estados Unidos y de la revolución de Francia vinieron en seguida a estimular a las élites en sus aspiraciones a un régimen más libre y más equitativo. La actitud de Inglaterra, que combatía sin tregua el monopolio comercial español, a veces a través del medio bárbaro de la piratería, contribuyó a su vez a excitar las vagas esperanzas de los criollos. Sin duda, Inglaterra no actuaba así para servir la causa de la civilización ni para favorecer a los hispanoamericanos, sino para abatir a España, su rival en la lucha secular por la

dominación del mundo, y para suplantarla en el Nuevo Mundo, como lo prueba el proyecto de Pitt de apoderarse de la parte meridional del continente, y la efímera ocupación del Río de la Plata.[1] Mas las ruidosas declaraciones que hacía el gobierno inglés en favor de la libertad del comercio no podían dejar de ilusionar a los hispanoamericanos. El movimiento libertador tuvo algunos precursores ilustrados en el siglo XVIII, como Francisco Espejo, ecuatoriano, quien concibió un proyecto de emancipación; Antonio Nariño, colombiano; J. M. España, venezolano, y sobre todo Francisco de Miranda, quien recorrió Europa en busca de aliados para la causa de la América hispana y que, con la ayuda de Inglaterra, intentó una expedición libertadora a su país. No obstante, y a pesar de todo, el movimiento en favor de la independencia aún no habría tenido lugar si una ocasión extraordinaria no se hubiera presentado de repente. La América hispana no estaba madura para la vida autónoma y menos aún para el régimen republicano. Esta ocasión se presentó con la conquista de España por Napoleón, y la guerra a muerte que el pueblo español, dirigido por las juntas nacionales, declaró al invasor. Cuando estas graves noticias llegaron a América, los Cabildos o municipalidades de las diferentes capitales, compuestos en su mayoría por criollos, depusieron a los virreyes o capitanes

---

[1]Referencia al político inglés William Pitt (1759-1803), conocido también por haber anexado Irlanda a Inglaterra, declarado la guerra a Francia y dado status de legalidad a la ocupación de la India.

generales, les acusaron de complicidad con el emperador francés o con la princesa Carlota Joaquina de Portugal, pretendiente a la corona de España, por aquél entonces en el Brasil, y proclamaron que ellos salvaguardarían de este modo los derechos del soberano, Fernando VII. Esta primera insurrección fue sofocada cruelmente casi en todas partes. Pero en 1810, cuando la situación de la Metrópoli se hizo desesperada, los Cabildos reunidos en audiencia pública eligieron, siguiendo el ejemplo de España, juntas gobernantes, y decretaron algunas de la reformas deseadas, como la igualdad entre españoles y criollos y la libertad de comercio. Este vasto movimiento se realizó en todas partes sin violencia, salvo en México donde su promotor, el cura Hidalgo, comenzó la lucha contra los españoles a sangre y fuego. Empero, todo aquello no era más que el preludio de la revolución que debía tener por resultado la independencia de la América hispana. Bulnes evoca y estudia este gran movimiento a través del continente con erudición, minucia e imparcialidad notables, poniendo en evidencia la simultaneidad de la revuelta y sus concordancias en los diversos países. Así, su obra está llena de sugestiones fecundas. Nos enseña que los diferentes virreinatos, aunque separados entre ellos, tenían un solo espíritu formado por la comunidad de la raza y de la cultura, y nos hace ver que los precursores y los paladines de la independencia, guiados por este espíritu, aspiraban a la unión de las diversas regiones o por lo menos a su confederación.

Espejo imaginaba ya una patria continental; Miranda luchaba por toda la América hispana que él llamaba Colombia; Hidalgo recibió el título de capitán general de América. Esta obra constituye así un estímulo valioso para las jóvenes repúblicas que comienzan finalmente a buscar su salvación en la unión. Por sus libros anteriores, Bulnes merecía la gratitud de su país; por su última obra, merece el homenaje de toda la América hispana.

Las jóvenes repúblicas, que no estaban preparadas para la vida independiente, han malgastado el tiempo en querellas intestinas estériles y no han sabido mantener su libertad económica. Sirviéndose de la trampa del panamericanismo, los Estados Unidos se han adueñado de la riquezas naturales de la mayoría de ellas, y de hecho han sometido algunas a su protectorado. Hernán Robleto, nicaragüense, ha evocado la tragedia de la intervención yanqui en su desdichado país en una novela muy curiosa: Sangre en el trópico. Trata de la revolución levantada en contra del gobierno que ha entregado a los Estados Unidos la riqueza, la autonomía y el porvenir del país. Las tropas revolucionarias, provistas de armas por una expedición de jóvenes nicaragüenses venidos desde México en un velero, atacan a las fuerzas del gobierno, los vencen y ven sus filas crecer con soldados enemigos. Pero los marinos de los Estados Unidos, quienes ocupan diversos puntos, con el eterno pretexto de proteger las vidas y los intereses de sus compatriotas que nadie amenaza, ponen cortapisas a sus

movimientos y lanzan al mar una parte de sus municiones. El jefe de un pelotón de infantes de marina, Clifford Wilson, quien considera a los nicaragüenses como bestias salvajes, despoja a los campesinos de su ganado para hacer una parranda, y, al encontrar en el pueblo a una joven que ha quedado al cuidado de su abuela paralítica, la viola ignominiosamente. ¡Qué importa! Los revolucionarios se dirigen hacia la capital a través de la selva magnífica y terrible, llena de mosquitos voraces, de víboras, de fieras, atravesando pantanos donde los hombres se hunden hasta el pecho, pasando a nado grandes ríos, y, aunque diezmados y abrumados por la fiebre, ponen en peligro a la ciudad. Los infantes de marina yanquis los maltratan nuevamente de diversas maneras y el gobierno les opone un ejército tres veces más numeroso.

Mas una gran parte de los soldados enemigos se les une y las mujeres los ayudan. Entonces Washington envía a un emisario especial quien impone la paz, prometiendo elecciones libres, las cuales jamás tendrán lugar. Esta novela está compuesta en una forma muy moderna de cuadros sucesivos, en los cuales los grupos tienen más importancia que los individuos, donde el protagonista es toda una multitud: el ejército revolucionario, y está escrita en un estilo cursivo muy vivo y muy expresivo; la narración de la travesía de la selva es de una gran belleza. Lamentablemente, impelido por el espíritu partidista y también por el deseo de una reconciliación imposible, el autor cree tener que denigrar a

los católicos mientras elogia a los pastores metodistas, y nos hace ver, hacia el fin, al terrible Clifford transformado en sus sentimientos, corriendo en busca de la joven campesina que ha violado para desposarse con ella. Abrazar la religión del enemigo equivale a desnacionalizarse, y creer en la unión legal de Estados Unidos y Nicaragua es una ilusión fatal.

La América hispana mantiene, en su desdicha, la fuerza de una tradición muy rica: religión, lengua, cultura, arte popular, tradición que es necesario conservar y fortificar. Guillermo Jiménez, mexicano, quien ya nos había dado una pequeña novela lírica muy bella: Constanza, y una recopilación de impresiones muy vivas: Cuaderno de notas, acaba de publicar un estudio acerca de los bailes indígenas de su país: La danza en México. Estos bailes tradicionales son lentos, graves, casi dolientes, de acuerdo con el ritmo largo y monótono de los panderos y de las chirimías que los dirigen. Los indios los bailan en las corridas de toros u otros juegos y sobre todo en las fiestas de los santos patronos de las aldeas. A veces llevan máscaras y se visten con trajes extraños, ornados de plumas, de fragmentos de espejos y de cintas abigarradas. Todas estas danzas tienen, sin embargo, un cierto carácter religioso de adoración, de idolatría, de superstición. Son la expresión del "alma afligida, fanática, supersticiosa, de la raza." Ellas constituyen, por lo demás, un espectáculo de una gran pureza plástica y de un lujo decorativo raro. Los novelistas mexicanos no nos hablan de estas curiosas

expresiones del arte popular. Pero quizás algún día podremos verlas sobre un escenario de París. A la espera, agradecemos a Guillermo Jiménez su bello estudio, breve, pero sagaz y revelador.

Memento. -- Archivo del general Miranda, Ediciones Sud-América, Caracas. Esta obra de un gran interés histórico, la cual estaba perdida y se acaba de encontrar en Inglaterra, ha sido comprada por el gobierno de Venezuela y aparece bajo la dirección del historiador Vicente Dávila. Ya hemos recibido diez tomos de ella, los que contienen los viajes del precursor y numerosos documentos. Volveremos sobre esta importante obra. -- Toño Salazar: Caricaturas, prefacio de Van Dongen, Agence Technique de la Presse, Paris. Dibujos muy expresivos y de una rara estilización, los cuales tienen algo de aquellos que se ven en los viejos manuscritos aztecas y que han aparecido en su mayoría como ilustraciones a los "Visages à la Minute" publicados en el Intransigeant. Los más curiosos son quizás aquellos de Francis de Miomandre, Henri de Régnier, Léon-Paul Fargue, Picasso, Mac Orlan, Valery Larbaud. Salazar dice que estos dibujos "han nacido en las mesas de los cafés... o sobre manteles de restaurantes"; no obstante, ellos revelan a un artista de gusto y de talento personales, heredero de las virtudes artísticas de su raza.

LXIV*

¿La crisis mundial de la novela? -- Carlos Quiroga: Raza sufrida, L. J. Rosso, Buenos Aires. -- Víctor Montagne: Cuentos cuyanos, Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires. -- Memento.

La humorada de Bernard Grasset no ha sido sino la constatación de un hecho. Es evidente que desde hace algún tiempo se publican cada vez menos novelas. La idea que han tenido la mayoría de los editores de pedir novelas a los menores de treinta años, quienes no tienen la preparación exigida para este género de obras, y de preferir a los autores que explotan las fórmulas de moda, siempre efímeras, ha llevado al público a desinteresarse por la novela actual. Entonces se han publicado vidas noveladas de los personajes más diversos y en cantidades increíbles. Pero como el público se ha cansado pronto de estas obras bastardas en las cuales la exactitud biográfica se sacrifica a lo pintoresco y ha manifestado, a través de su fidelidad a los novelistas de ayer, su gusto por las buenas novelas, la mayoría de los editores se ha puesto a publicar, con una actividad endemoniada, traducciones de novelas extranjeras, mediocres en su inmensa mayoría, y para algunos abominables, presentándolas

---

*15 de octubre de 1932.

a veces en ediciones magníficas. En el ámbito de la lengua española, ha sucedido precisamente lo mismo. Luego que un ensayista madrileño publicara un estudio en el cual anunciaba la muerte de la novela, los editores han comenzado a desdeñar este género de obras de los autores nacionales, y se han dedicado a publicar traducciones de vidas noveladas y de novelas buenas, mediocres o malas indistintamente. Por otra parte, algunos críticos, que no son novelistas, han iniciado una campaña solapada e intermitente, pero visible y tenaz, contra la novela. Sus principales argumentos consisten en afirmar que los temas están agotados, y que los grandes autores de ayer han llevado este género a una perfección que no puede ser sobrepasada. Pero la novela, que es la interpretación del hombre en el mundo, cuenta con un material tan complejo como la psicología y tan vasto como la vida misma, de manera que sus temas son inagotables. Georges Polti ha demostrado en un libro muy curioso: L'Art d'Inventer les Personnages, que muchos de los tipos humanos no han sido aún tratados en literatura; se podría decir otro tanto de las aventuras, sobre todo de las aventuras psicológicas. Los novelistas modernos, quienes nos han dado tan bellas obras, se han inspirado, no obstante, más en los libros que en la vida, más en el arte refinado que en el arte popular, mucho más en las costumbres civilizadas que en el folklore, y muy raros son aquellos que, como Dostoievski, Selma Lagerlöf, Edouard Estaunié, han llegado a interpretar al hombre total, con su

vida consciente y su vida inconsciente. Los jóvenes autores que han querido hacerlo se han atascado en el método unilateral de Freud. El inconsciente es mucho más rico que como lo concibe el clínico vienés. Junto al instinto sexual, existen muchas otras actividades inconscientes, particularmente la visión de lo sobrenatural que ha creado las mitologías, y en general lo maravilloso, y que es tan evidente en los sueños y en los ensueños. El campo de los sueños, por lo demás, casi no ha sido explorado por los novelistas y aquellos que se han arriesgado a hacerlo, han descrito sus manifestaciones sin tomar en cuenta la mezcla de planos característica de este terreno, el cual ocupa casi la mitad de nuestra vida. Por otra parte, son poco numerosos los novelistas quienes, como la autora de Nils Holgersson,[1] a la vez que interpretan al hombre, traducen la vida oculta de los animales y de la naturaleza en general. Sin embargo, será solamente de esta manera que la novela podrá darnos una imagen completa del mundo y una impresión integral de la vida. En cuanto a la forma, en general los novelistas se han contentado con la composición clásica, convencional y unilateral, con un solo protagonista y una acción única. Empero, en la realidad, ninguna historia se presenta aislada, ya que cada hombre vive su propia aventura al mismo tiempo que asiste a la aventura de sus amigos o de sus conocidos. Por lo tanto es posible, y digno de alabanza, dar a la novela una forma más libre, más

---

[1]Véase crónica XXVI nota 1.

amplia, más compleja la cual nos permita presentar a numerosos personajes, a todo un pueblo o a toda una comarca, y en la cual el protagonista sea varias personas o un grupo humano, ofreciéndonos así la imagen de la vida múltiple e integral. Varios novelistas han tenido la idea precisa o al menos la intuición de todo eso y se esfuerzan por engrandecer y renovar la novela. Pero raramente ellos logran colocar sus libros. Los editores no quieren sino la forma tradicional o las fórmulas de moda: la psicología del inconsciente a la manera de Freud, la composición en diario íntimo o en memorias noveladas. Se diría que la mayoría de estos señores se han propuesto cargarse a la novela, como los directores de teatro ya lo han hecho con el drama. No hay crisis de la novela, solamente hay grandes dificultades para publicar novelas interesantes.

Carlos Quiroga, joven escritor argentino, se ha hecho notar por su proyecto deliberado o instintivo de dar a la novela más variedad, más amplitud, más profundidad. Contrariamente a la mayoría de los jóvenes de su país, quienes sólo conocen la capital, ha vivido en una región lejana y magnífica, la provincia de Catamarca, en estrecha comunión con el hombre autóctono y con la naturaleza intacta; y en vez de seguir a los autores extranjeros de moda, que enloquecen a los debutantes de Buenos Aires, se complace en la lectura de las grandes obras antiguas o modernas: la Biblia, la Divina comedia, Don Quijote, sin desdeñar por eso la buena literatura contemporánea. Sin duda comprende que el arte, aspirando a la

permanencia, no puede someterse a la moda, siempre pasajera. Se ha iniciado con una recopilación de relatos de la región de Catamarca, muy vivos y curiosos: La montaña bárbara y misteriosa. Cuadros de los aspectos más imponentes de la naturaleza, cuentos sacados de la leyenda indígena, de la vida criolla, interpretados con un lirismo poderoso, aunque a veces volcándose hacia la elocuencia, escritos en una lengua rica, enfocada (cosa rara en un libro argentino) hacia la corrección y la pureza. Obra espontánea y vigorosa, como un árbol de la sierra, aunque a veces dañada (en los relatos de Hamlet González y en el de la inglesita enamorada de un indio) por una filosofía pueril y por un romanticismo caduco. Pero Quiroga nos ha dado también una novela de la región de la cordillera, la cual tiene algo de la grandeza y de la elevación de esta región soberbia: Raza sufrida. Trata de un joven escritor quien, retirado en una aldea de la montaña por razones de salud, se enamora de la hija de su anfitrión quien lo acoge amablemente, pero lo esquiva. Otro hombre, cazador clandestino de chinchillas y bandido temible, le disputa el corazón de la joven. El joven escritor, que lo sospecha, se hace igualmente cazador y emprende viajes a través de la cordillera. Pero a su regreso, se entera de que la amada a huido con el bandido. La intriga es, pues, interesante, y los personajes tienen gran viveza. Mas, alrededor de esta historia, asistimos a la vida de la sierra y vemos personajes autóctonos muy curiosos, como esos pastores que viven sobre

las altas cimas sin otra compañía que sus ganados, ese viejecillo que se complace en adiestrar a sus perros, aquel centenario que aún se acuerda de las antiguas canciones y que acusa a los hechiceros de su desdicha: la raza sufrida. Vemos también la naturaleza severa y grandiosa de la región: el desierto de arena calcinado por el sol implacable, la cordillera eternamente cubierta de nieve, llena de cumbres y de abismos sobre los cuales se cierne a veces algún cóndor, las borrascas de nieve, el terrible "viento blanco" que deja petrificados a los viajeros sobre sus mulas, y las graciosas vicuñas en tropel. Y esta vida salvaje, este vasto cuadro están pintados en trazos finos y precisos, gracias al estilo imaginativo, a la lengua extremadamente rica, y están interpretados con una grandeza llena de significación, gracias a un lirismo divinatorio el cual, solamente en ciertos momentos, se pierde en consideraciones filosóficas un tanto literarias. Nuestro autor siente la vida primitiva y se hace eco, aquí y allí, de las expresiones tan características del folklore regional. Pero ha escogido como protagonista a un hombre de letras y ha dado a su obra la forma de memorias. Ahora bien, un escritor, con sus ideas refinadas, no puede dejar de parecer fuera de lugar en el seno de la naturaleza salvaje, y la narración, como relato de observación personal, es incapaz de revelar sin artificio el sentimiento profundo de los otros hombres. Esta dificultad se encuentra igualmente en otra bella novela hispanoamericana: <u>La vorágine</u>, de J.

Eustasio Rivera. Sin embargo, Raza sufrida es, en mi opinión, superior a Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes, no solamente porque esta novela está escrita en un español correcto y más o menos puro, sino también porque su interpretación del hombre y de la naturaleza parece más elevada, más espiritual, lo que se debe en parte a la sugestión de la cordillera, más grande que aquélla de la pampa. Quiroga nos habla con dilección, en esta novela, de los animales domésticos o salvajes. Su último libro, Los animalitos de Dios, está enteramente consagrado a esos misteriosos habitantes de la sierra. Los pájaros, los perros de caza, las vizcachas, los pumas y los cóndores sirven de motivos a nuestro autor para consideraciones generales, narraciones de caza, cuentos y hasta diálogos de animales. Hay allí muy finas observaciones, detalles poco conocidos, y un verdadero amor por los animales. Pero Quiroga, siendo un poeta, está preocupado por la ciencia, se ocupa primero de los detalles científicos que de la leyenda de los animales, y hace hablar a estos últimos prestándoles sentimientos y preocupaciones humanas, a semejanza de R. Kipling, ese falso genio. La historia científica de los animales ha sido estudiada con ardor, pero su historia folklórica (si se me permite este neologismo necesario) no ha sido aún escrita. Me parece que Quiroga podría hacerlo en lo que concierne a la fauna de su país.

Los novelistas argentinos se han ocupado casi

exclusivamente de la vida de la pampa. No obstante, antes de Quiroga, Víctor Montagne nos había dado una recopilación de novelas cortas, las cuales se desarrollaban en la cordillera, en la región de Mendoza: Cuentos cuyanos. Relatos de amor, de costumbres o de aventuras llenos de vida, y repletos de sugestiones de la naturaleza grandiosa que reflejan. Víctor Montagne se ha revelado en ellos como un buen cuentista autóctono.

Memento. -- Armand Godoy: Las letanías de la Virgen, Galo Sáez, Madrid; traducción y prefacio de E. Avilés Ramírez, quien ya había traducido una selección de poemas de este autor: Páginas escogidas. Alfonso Reyes: El testimonio de Juan Peña, Officinas Villas Boas, Rio de Janeiro; La saeta, ibidem. -- En Nosotros, de Buenos Aires (febrero), Manuel Antonio Valle dedica un artículo al excelente escritor costarricense Joaquín García Monge: "Cuando América (latina) esté americanizada y haya que inscribir en la lista de la historia --ha dicho Gabriela Mistral-- los nombres de aquellos que trabajaron por la causa (nacional), el nombre de García Monge será uno de los que encabezarán esa lista. Yo no sé si la Mistral tiene o no tiene razón. Lo que yo sé es que este hombre que vive arrinconado en San José ha hecho una labor digna de los elogios de todos los que creemos en América. Su Repertorio Americano recorre nuestros países semana a semana trayendo las palpitaciones del pensamiento que brota desde

México hasta la Argentina. Algunos, ridículos e incomprensivos, han tachado a García Monge de ser un simple tijereador. No comprenden que él no tiene por objeto el hacerse conocer a sí mismo, sino el de hacer que nos conozcamos unos a otros aunque yo viva en una punta del continente y usted en la otra. Precisamente es en eso en lo que García Monge se diferencia de otros publicistas literatos. Repertorio Americano es una antena colocada en la mitad de nuestra tierra iberoamericana. Esta antena recoge las vibraciones de nuestro mundo intelectual y, en vez de quedárselas, las expele por los cuatro puntos cardinales. ¡Qué labor más apostólica! García Monge no se considera una figura americana ni tiene pretensiones de serlo. García Monge quiere conseguir una sola cosa: estrecharnos en un abrazo espiritual." -- En su último número, Repertorio Americano publicó junto a numerosas protestas contra el encarcelamiento y la condena del escritor peruano Haya de la Torre, este telegrama de Enrique J. Varona: "Haya de la Torre es un hombre continental. Pertenece a América. A nombre de los intelectuales cubanos, me dirijo al Gobierno del Perú, exigiéndole su vida." Unimos nuestra voz a la del anciano maestro cubano.[2] -- Con el título de Sur, aparece en Buenos

---

[2]Víctor Raúl Haya de la Torre fue salvado de la pena de muerte gracias a los telegramas y cartas de protesta de importantes personalidades mundiales. Véase Eugenio Chang-Rodríguez "The Peruvian Aprista Party: A Historical Background" APRA and the Democratic Challenge in Peru. New York: Bildner Center, 1988.

Aires una revista de literatura de una muy bella presentación, dirigida por una mujer de letras, Victoria Ocampo. Sólo tiene como colaboradores a ciertos escritores argentinos y a algunos de las otras repúblicas hispanoamericanas, pero acoge la colaboración de numerosos autores de los Estados Unidos. Todos los números encierran artículos de anglo-americanos, pero ciertamente también vemos en ella buenos trabajos de hispano-americanos, como "Gabriela Mistral y José Martí," de Juan Marinello (octubre, noviembre y diciembre de 1931); "El arte narrativo y la magia," de J. L. Borges (enero, febrero y marzo). Volveremos a esta revista.

LXV*

El espíritu colonial y el desarrollo continental. -- J. Carlos Mariátegui: 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Amauta, Lima. -- S. Macchiavello Varas: Política económica nacional, Balcells y Cía., Santiago. -- Augusto Santelices: Esquema de una situación económico-social de Ibero-América, Talleres Fiscales, Santiago (Chile). -- Andrés Garafulic: Carnalavaca, Nascimento, Santiago.

Hay en América latina un cierto espíritu colonial que es, en definitiva, la causa de los males que afligen a ese mundo tan rico y tan bien dotado. ¿Pero en qué consiste ese espíritu? J. Carlos Mariátegui, peruano, quien le ha dado un nombre: colonialismo, piensa que consiste en la herencia española, en el espíritu medieval contrario a la Reforma, y en el sistema económico feudal que España ha aportado a América. Analiza esto en un volumen consagrado al estudio de los problemas de su país: 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. Pero el mundo hispanoamericano no está constituido por aborígenes, como Mariátegui parece creer, sino por criollos, de modo que la herencia española no es nada menos que la sangre de ese mundo y su verdadera cultura: la lengua, la religión, el arte que España les ha legado. Por

---

*15 de enero de 1933.

otra parte, la España del siglo XVI, aunque contraria a la Reforma, ya no era medieval. La aurora de la época moderna no es la Reforma, sino el Renacimiento, como atestigua el hecho que Francia, enemiga también de la Reforma, ha podido progresar y desarrollarse. Y España, que ha sembrado el Nuevo Mundo de ciudades siguiendo planes simétricos, matemáticamente establecidos, que ha construido allí catedrales y palacios, no góticos, sino barrocos, y que ha fundado universidades en las cuales se estudia el latín y las lenguas indígenas, estaba, por así decirlo, compenetrada del espíritu del Renacimiento. El régimen feudal de explotación del suelo y del sub-suelo, el cual se desarrolló durante la colonia, no fue obra de la Corona, la cual dictó leyes muy justas de protección al indígena, sino de los colonizadores, interesados, como toda la gente de su clase, en hacer negocios por todos los medios. Mariátegui compara con este régimen el sistema de los colonizadores ingleses, y cree que el éxito de estos últimos se debe al espíritu protestante. Pero los ingleses estaban impulsados por el carácter positivista y por las preocupaciones de su raza, y así, en vez de construir catedrales y de fundar universidades, se entregaron exclusivamente a labores prácticas, y en vez de aprovecharse tiránicamente de los indios, los exterminaron. El espíritu colonial que existe en América latina no se fundamenta, pues, en la herencia española, sino precisamente en la tendencia a mofarse de esta herencia, negando la raza y la tradición, y a

considerar con una admiración pueril todo lo que es extranjero y a adaptarlo precipitadamente sin preocuparse si es oportuno y adaptable. Así, este espíritu apareció inmediatamente después de la independencia. Las diferentes regiones del continente, sin escuchar a Bolívar, se separaron e implantaron el régimen democrático de Francia y de los Estados Unidos en sociedades de ningún modo preparadas para tales regímenes basados en la conciencia cívica y en la opinión pública. La ley escrita fue, por lo tanto, suplantada por la fuerza, y el militarismo, encarnado en los caudillos, se ha empeñado en una lucha sin fin por el poder, dando nacimiento a una serie interminable de revoluciones y dictaduras, las cuales han absorbido las energías nacionales, paralizando todo desarrollo y dañando el magnífico porvenir de este nuevo mundo. Sólo Chile ha logrado escapar a esta anarquía gracias a un hombre clarividente, Portales, quien supo constituir una oligarquía capaz de gobernar con energía y cordura. Pero después de la guerra del Pacífico, esta oligarquía, enriquecida con la explotación del nitrato, cayó en la corrupción más cínica. (Uno de sus últimos representantes, el presidente Sanfuentes, declaró a un senador que le pidió un consulado para un escritor residente en Francia, que él reservaba los puestos consulares para las personas de su familia). Entonces el militarismo hizo su aparición, y un audaz cabo, Carlos Ibáñez, instauró la dictadura en ese país que había sido un ejemplo en el continente. No obstante, este hombre comenzó por tomar

algunas medidas tan sagaces que muchas personas creyeron que, a pesar de todo, él no estaba mal inspirado. Pero en seguida causó a su país los peores males que un dictador pueda hacer. En un libro muy bien documentado, y en muchos puntos excelente: Política económica nacional, S. Macchiavello Varas expone las leyes beneficiosas promulgadas por Ibáñez, pero apenas menciona las medidas inicuas tomadas por éste, las cuales han llevado a Chile a la ruina.

Mariátegui cree que lo que él llama colonialismo: la herencia española, es también la causa del retraso y de la ineficacia de las universidades y, en general, de la enseñanza en la América hispana. Pero estas deficiencias son precisamente los efectos del verdadero espíritu colonial el cual reniega de la raza y de la tradición y se empeña en imitar servilmente a Europa y a los Estados Unidos. Las universidades han proscrito el latín de sus programas, han descuidado la enseñanza del español, al punto tal que en Chile ha sido promulgada oficialmente una ortografía reformada; han adoptado un criterio histórico hostil a España y en general a la raza y sólo han comenzado a estudiar la literatura nacional en estos últimos años. En cambio, han acogido todas las ideas y sistemas extranjeros, hasta los más hostiles o los más inoportunos para el mundo hispanoamericano, como el evolucionismo de Spencer, que considera al indio y al criollo como seres inferiores, o como el positivismo, el cual corta las alas a todo idealismo. De este modo los intelectuales:

políticos, periodistas, escritores, como avergonzados de su origen, se han dedicado a combatir las expresiones de la nacionalidad y a imponer las novedades extranjeras. Ayer, inflamados por el jacobinismo, atacaban la tradición y el sentimiento religioso de la raza. Hoy, deslumbrados por la revolución rusa, fomentan el odio de clases, y los más exaltados tienden a instaurar la dictadura del proletariado en pueblos en los cuales el absolutismo es una plaga y donde los proletarios no tienen instrucción. Mariátegui se declara, en su libro, "marxista convencido," y no tiene otra aspiración que ver imponerse en el Perú las ideas de Marx y de Lenin. Sin embargo, no se ocupa de los dictadores de su país quienes venden el patrimonio nacional al imperialismo yanqui, ni de la voracidad de estos últimos quienes se apropian de la libertad económica y de la soberanía de la nación. Felizmente algunos jóvenes autores comienzan a ver claro y a ocuparse menos de las ideologías extranjeras que de la triste realidad nacional. Augusto Santelices, chileno, nos ha dado un cuadro detallado y sagaz de la situación actual de la América latina vis-à-vis el mundo occidental y en particular los Estados Unidos: Esquema de una situación económico-social de Ibero-América. Sin duda, influido por el espíritu colonial preponderante o por su inexperiencia juvenil, él otorga demasiada importancia a las opiniones de algunos autores extranjeros a quienes cita abundantemente, y duda de las cualidades de la raza porque España no ha tenido feudalismo, haciéndose eco de una paradoja

de Ortega y Gasset quien, fiel a sus maestros alemanes absolutistas, juzga como un mal lo que siempre ha sido considerado como un gran bien. Mas examina con sinceridad y firmeza la deplorable actitud del continente ante la agresión del imperialismo de los Estados Unidos. Las repúblicas iberoamericanas muestran como nunca su espíritu colonial a propósito de un asunto tan apremiante, ya que, en vez de alarmarse y oponerse a la invasión, ellas permanecen inactivas, negando a veces el peligro evidente y hasta ayudando al imperialismo, como si no fueran pueblos soberanos. De este modo, ningún gobierno ha protestado contra la doctrina Monroe, la cual sólo favorece los intereses yanquis, y todos se han dejado llevar por la comedia del Panamericanismo y de la Conferencias panamericanas, las cuales sirven nada más que para legalizar las usurpaciones del imperialismo. Ningún gobierno ha protestado tampoco contra la toma de Puerto Rico, el protectorado impuesto a Cuba, la ocupación de Nicaragua y de Santo Domingo, y todos han reconocido la independencia falsa de Panamá, y, con la excepción de la Argentina, todos se obstinan en contraer préstamos con los Estados Unidos a cambio de concesiones o con la hipoteca de los bienes nacionales. El resultado es que los Estados Unidos están apropiándose de todas las riquezas naturales de estos países, sin ningún beneficio para la nación y con la ayuda de agentes y abogados nacionales, quienes sirven a las empresas extranjeras por un puñado de dólares. En Chile, el imperialismo se ha apoderado

de todas las minas de cobre que son las más ricas del mundo y sin que se haya establecido un impuesto a la exportación del mineral, a causa de los manejos secretos de los agentes chilenos de las compañías. El dictador Ibáñez no solamente no ha establecido este impuesto, sino que ha entregado a los yanquis la inmensa riqueza del nitrato constituyendo con ellos un trust, el famoso Cosach, por el cual el Estado no obliga a pagar más el antiguo impuesto de exportación que proveía la mayor parte de las recaudaciones presupuestarias, y les cede los enormes yacimientos de nitratos inexplotados pertenecientes a la nación. Y todo esto a cambio de un empréstito que este pobre hombre se ha apresurado a dilapidar, distribuyéndolo entre sus partidarios para fortalecer su popularidad. Así, la más terrible de las crisis económicas se ha desatado en este país, y dos hombres, los más incapaces porque son los más compenetrados del espíritu colonial, se han hecho amos del poder por algún tiempo: un militar quien quería implantar el régimen soviético y un periodista que daba conferencias para negar la existencia del imperialismo yanqui. Se diría que Chile expía de esta manera sus pecados contra el espíritu, ya que este país siempre ha adorado el vellocino de oro y siempre ha desdeñado la inteligencia creadora. No sólo no ha alentado a sus escritores, como lo hacen todas las otras repúblicas, sino ha dejado a los mejores (F. Bilbao, Vicuña Mackenna, Pedro A. González, Federico Gana) morir en exilio, en la ruina o la miseria. Bajo la forma de una novela:

Carnalavaca, Andrés Garafulic nos ha referido un episodio de los manejos del imperialismo para acaparar la riqueza cuprífera de Chile. Una compañía yanqui, la cual ha adquirido una mina a un precio vil, se propone comprar todas las explotaciones vecinas. Pero un ingeniero chileno rehúsa vender su empresa y presenta al gobierno el proyecto de construcción de un ferrocarril. Entonces el director de la compañía extranjera, secundado por su agente nacional quien es propietario de un importante periódico, trama una intriga ante el ministro de Obras Públicas. Desesperado, nuestro ingeniero se alía con un grupo político que logra derrocar el ministerio. Pero el nuevo ministro de Obras Públicas, seducido a su vez por la compañía extranjera, no firma el proyecto de su amigo, y el socio de este último termina igualmente por dejarse sobornar. ¡Ah bueno! Nuestro ingeniero, quien comprende la horrible desdicha de la pérdida de la libertad económica, abandona igualmente su parte y, casado con la hija de su socio, se va a Europa a derrochar la miserable suma que le ha entregado el yanqui prepotente. Esta novela es en realidad una crónica de la vida chilena y representa un atrevido grito de alarma lanzado por un hombre clarividente y bien inspirado.

¿Qué puede hacer entonces la América hispana en una situación tan deplorable? Mariátegui, quien estudia particularmente el problema de los indios en su país, cree que es indispensable abolir la gran propiedad (el latifundio) y

distribuir las tierras a los indígenas. Santelices piensa que se necesita aumentar la población fomentando la inmigración europea y establecer la unión económica de las repúblicas del Sur, suprimiendo las aduanas entre ellas. Varas cree que es necesario incrementar la producción de todo orden. Ellos tienen perfecta razón. Pero me parece que lo que importa en primer lugar es alejar el espíritu colonial y establecer la personalidad nacional, consolidando la conciencia de la raza y de la tradición, con el fin de conjurar el desorden y la inmoralidad interiores y detener el avance del imperialismo invasor, y, en vista de que todos los partidos políticos no han hecho gran cosa en este sentido (el conservadurismo de Nicaragua entrega el país a los Estados Unidos, el liberalismo de Colombia les otorga concesiones, el socialismo de México les favorece protegiendo la propaganda protestante), fundar para eso un nuevo partido a base de ibero-americanismo con los elementos jóvenes y sanos, el PARTIDO NACIONAL CONTINENTAL, el cual se extendería por todos los países y se consagraría a realizar un programa de este género: Educar a la juventud y al pueblo en el culto a la nacionalidad, trabajando por formar una conciencia cívica y una opinión pública, con el fin de llevar al poder a hombres honestos y clarividentes; b) Conservar o recuperar la libertad económica, nacionalizando las riquezas naturales que aún no han sido entregadas al extranjero y preparando la nacionalización de todas aquellas que ya han sido cedidas, renunciando a contratar empréstitos

con los Estados Unidos y admitiendo la ayuda del capital extranjero sólo cuando las empresas estén asentadas en el país; c) Aumentar la producción, aboliendo la gran propiedad agraria, protegiendo las industrias, gravando las importaciones; d) Acrecentar la población, incorporando al indio a la vida nacional, estimulando la inmigración europea; e) Efectuar la unión económica y preparar la unión política de todos los países. Esa sería la salvación y el triunfo del Nuevo Mundo latino.

BIBLIOGRAFIAS

OBRAS DE FRANCISCO CONTRERAS

POESIA

Esmaltines. Santiago de Chile: Tipo-Litografía Luis F. Rojas, 1897.

Raúl. Santiago de Chile: Librería e Imprenta del Progreso, 1902. Introducción, "El arte nuevo." iii-xii.

Toisón. París: Bouret, 1906.

Romances de hoy. París: Garnier, 1907.

La piedad sentimental. Prefacio de Rubén Darío. París: Garnier, 1911.

Luna de la patria y otros poemas. Santiago de Chile: Imprenta Victoria, 1913.

NARRACION

Almas y panoramas. Barcelona: F. Granada y Compañía, 1910.

Tierra de reliquias. Valencia: Prometeo, 1912.

Los países grises.. Valencia: Prometeo, 1916.

La varillita de virtud. Santiago de Chile: Minerva, 1919.

El pueblo maravilloso. París: Agencia Mundial de Librería, 1927.

La montagne ensorcelée. París: Charpentier, 1928.

Pedro Urdemales. El Viñador. Santiago de Chile: Cervantes, 1936.

El huallipén, y La aojada. Santiago de Chile: Sociedad de Escritores de Chile, 1945.

CRITICA

Los modernos. Paris: Ollendorf, 1909.

Les écrivains hispano-américains et la querre européenne. Paris: Bossard, 1917.

Pour l'élargissement de l'influence francaise dans l'Amérique duSud; le Chili et la France. París: Bossard, 1919.

Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole. París: La Renaissance du Livre, 1924.

Rubén Darío; su vida y su obra. Barcelona: Agencia Mundial de Librería, 1930.

Valéry Larbaud. París: La Nouvelle Revue Critique, 1930.

L'esprit de l'Amérique espagnole. París: La Nouvelle Revue Critique, 1931.

Louis Dumur, son oeuvre. París: La Nouvelle Revue Critique, 1933

ESTUDIOS CRITICOS SOBRE FRANCISCO CONTRERAS

Darío, Rubén. "Letras chilenas; Francisco Contreras." Todo al vuelo. Madrid: Renacimiento, 1912.

Díaz Arrieta, Hernán (Alone). "Francisco Contreras." Panorama dela literatura chilena durante el siglo XX. Santiago de Chile: n.p.,1931.

Donoso, Armando. "Francisco Contreras." Los nuevos. Valencia: n.p.,1912.

Larbaud, Valery. "Francisco Contreras." Atenea. XXIV. (1933): 24-26.

Mistral, Gabriela. "Gente nuestra: Francisco Contreras." Antártica 17 (1946): 69-71.

Onis, Federico de. "Francisco Contreras." España en América. Madrid (1955): 652-653.

Royère, Jean. "Francisco Contreras." Cultura venezolana. XI. (1921): 213-220.

Silva Castro, Raúl. "Francisco Contreras, crítico literario." Nosotros. LXXIX (1933): 273-283.

Torres Rioseco, Arturo. "Francisco Contreras y Vargas Vila." Repertorio Americano. XXVII. (Octubre 1933): 232, 239.

Undurraga, Antonio de. "Homenaje a Francisco Contreras." Antártica. 17 (1946): 65-68.

Ugarte, Manuel. Escritores iberoamericanos de 1900. México: Orbe, 1947.

Vaisse, Emilio. "Francisco Contreras." Estudios críticos de literatura chilena. Santiago de Chile: n.p., 1940.

Valmala, Antonio de. "Francisco Contreras." Los voceros del modernismo. Barcelona: n.p., 1908.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Anderson Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.

Carter, Boyd G. Las revistas literarias de Hispanoamérica: brevehistoria y contenido. México: De Andrea (Studium,24), 1959.

Chiampi, Irlemar. "Lo maravilloso y la historia en Alejo Carpentier y Pierre Mabille." Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana. Ed. Alejo Carpentier, Rodríguez Monegal y otros. Caracas: Monte Avila, 1984.

Earle, Peter G. y Robert G. Mead. Historia del ensayo hispano-americano. México: De Andrea, 1973.

Fein, John. Modernism in Chilean Literature. The Second Period. Durnham: Duke UP, 1965.

Florit, Eugenio, y José O. Jiménez, eds. La poesía hispanoamericana desde el modernismo. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1968.

Franco, Jean. La cultura moderna en América latina. México: Grijalbo, 1985.

Freedman, Ralph. La novela lírica. Barcelona: Barral, 1971. (Edición original: The Lyrical Novel / Studies in Hermann Hesse, André Gide and Virginia Woolf. Princeton: U of Princeton P, 1963).

Goic, Cedomil, ed. Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. 2. Del romanticismo al modernismo. Barcelona: Crítica, 1991.

---. Historia de la novela hispanoamericana. Valparaíso (Chile): Ediciones Universitarias, 1980.

González, Aníbal. La novela modernista hispanoamericana. Madrid: Gredos, 1987.

---. La crónica modernista hispanoamericana. Madrid: Porrúa Turanzas, 1983.

Gullón, Ricardo. Direcciones del modernismo. Madrid: Gredos, 1964.

Gutiérrez Girardot, Rafael. Modernismo. Barcelona: Montesinos,

1983.

Henríquez Ureña, Max. El retorno de los galeones y otros ensayos. México: Editorial Galaxia-De Andrea, 1963.

---. Breve historia del modernismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

Jiménez, José Olivio, ed. Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana. Nueva York: Eliseo Torres, 1975.

---. ed. El simbolismo. Madrid: Taurus, 1979.

---. Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana. Madrid: Hiperión, 1985.

---. "El ensayo y la crónica del modernismo." en L. Iñigo-Madrigal. ed. Historia de la literatura Hispanoamericana. II. Del Neoclasicismo al Modernismo. Madrid: Cátedra, 1987. 537-548.

---, y A. R. de la Campa, eds. Antología crítica de la prosa modernista hispanoamericana. Nueva York: Eliseo Torres, 1976.

Lazo, Raimundo. Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX. México: Porrúa, 1981.

Litvak, Lily. ed. El modernismo. Madrid: Taurus, 1981.

Mapes, Erwin K. La influencia francesa en la obra de Rubén Darío. Managua: Ediciones del Centenario, 1966.

Moliner, María. Diccionario de usos del español. Madrid: Gredos, 1986.

Molloy, Sylvia. La diffusion de la littérature hispano-américane en France au XXe siecle. Paris: Presses Universitaires de France, 1972.

Onís, Federico de. Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932). New York: Las Américas, 1961.

---. España en América. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955.

Paz, Octavio. Cuadrivio. México: Mortiz, 1969.

---. Los hijos del limo. Del romanticismo a las vanguardias.

Barcelona: Seix Barral, 1974.

Ribbans, Geoffrey W. "Las Primeras Crónicas Iberoamericanas del Mercure de France (1897-1902)" Revista Iberoamericana XLII (1976) 96-97.

Rodríguez Fernández, Mario. El modernismo en Chile y en Hispanoamérica. Santiago de Chile: Instituto de Literatura Chilena, 1967.

Schulman, Ivan A. Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva,Casal. México: El Colegio de México, 1968.

---, y Manuel Pedro González. Martí, Darío y el modernismo. Madrid: Gredos, 1969.

Silva Castro, Raúl. El modernismo y otros ensayos literarios. Santiago de Chile: Nascimento, 1965.

---, Panorama literario de Chile. Santiago de Chile: Universitaria, 1961.

Sucre, Guillermo. La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana. Caracas: Monte Avila, 1975.

Vilches, Roberto. "Las revistas literarias del siglo XIX." Revista Chilena de Historia y Geografía. 91 (1942): 324-335. 92 (1942): 117-159.

Yurkievich, Saúl. Celebración del modernismo. Barcelona: Tusquets, 1976.

INDICE ONOMASTICO

Abella, S. C. 243
Abreu Gómez, E. 582
Abreu y Lima, J. J. de 565
Abril de Vivero, P. 654
Acevedo, L. 358
Acevedo Díaz, Eduardo (padre) 474, 475, 527
Acevedo Díaz, Eduardo (hijo) 171, 178, 179
Acevedo Hernández, Antonio 690
Acosta, Agustín 573
Acuña, Manuel 722
Acuña de Figueroa, Francisco 475
Acuña, Carlos 313, 319
Adler, Raquel 609
Aguayo, A. 420
Aguirre Morales, Augusto 648, 651
Agustini, Delmira 438, 477, 527, 570
Ainé, Rosny 681
Alarcón, Mariano de 535
Alba, Renato de 715
Alberdi, Juan Bautista 470
Albert, Tótila 632
Aldao, Martín 198, 200, 201, 279, 675
Alemán Bolaños, G. 584, 666-668
Alessandri Palma, Arturo 17
Alfonso, José A. 159, 168
Alicot, François 602
Almafuerte (Véase Palacios, Pedro B.)
Alone (Véase Díaz Arrieta, Hernán)
Altamirano, Ignacio Manuel 722
Alvarado, L 371
Alvarez, Alejandro 656, 658, 659
Amaya, Carlos A. 433, 525
Ambrogi, A. 197
Ampère, Jean Jacques 58
Amunátegui, Francisco 322
Amunátegui, Miguel Luis 471
Amunátegui, Ximena 23
Andersen, H. C. 598
Anderson Imbert, Enrique 50, 83, 760
Andrade Coello, Alejandro 196, 197, 223, 280, 358
Andrade, Olegario 465
Angélico, Fra 136
Angioletti, G. B. 625
Antuña, José 574
Apollinaire, Guillaume 15, 103, 315, 451, 586, 591, 682
Aramburu, Julio 454

Arango, Fermín 13, 21
Araujo Jorge, A. G. 300, 321
Arciniegas, Ismael E. 197
Arévalo Martínez, Rafael 408
Arguedas, Alcides 20, 108, 109, 159, 162, 163, 198, 205, 372, 374, 375, 377, 398, 555, 556, 563, 675, 676, 678
Argüello, Santiago 617
Ariestegui, Carlos 574
Arnoux, Alexandre 459
Arrieta, Rafael Alberto 183, 194, 280, 282, 302, 304, 422, 429, 430, 573, 584, 595, 597, 675, 677
Arrizagu, A. 646
Arroyo, César 291, 292, 661
Arteaga Alemparte, Justo y Domingo 147
Ascasubi, Hilario 466
Asturias, M. A. 584
Attenberg, Peter 362
Auclair, Marcelle 495
Avellaneda (Véase Gómez de Avellaneda, Gertrudis)
Avilés Ramírez, E. 744
Azorín (José Martínez Ruiz) 278, 635, 723
Azuela, Mariano 109, 648-650, 675
Bacci, Luigi 535
Bacon, Francis 568
Baires, Carlos 84-86, 171, 173, 174, 675
Balboa, Silvestre de 457
Baldens-Perger, F. 691
Ballesteros, Montiel 227, 240, 241, 243, 302, 304, 379, 436, 472, 515, 527, 529, 530, 532, 554, 569, 675, 676
Ballore de 181
Balzac, Honoré de 323, 689
Banchs, Enrique 91, 118, 178, 183, 191, 192, 265, 280, 356, 573, 675
Banville, Théodore de 31, 326
Barbagelata, H. D. 561
Barbey d'Aurevilly, Jules 411
Barbusse, Henri 15
Barcías Trelles, C 647
Barine, Arvède 321
Barra, Eduardo de la 668
Barrault, Jean Louis 10
Barreda, Ernesto Mario 227, 232, 269, 302, 304, 446, 449, 450, 526, 573, 646
Barreda Lynch, J. 433, 434
Barrenechea 486
Barrenechea, 368
Barrera, Isaac 157, 225, 564, 638
Barrès, Maurice 46
Barrett, Rafael 487, 632
Barrios, Benjamín 291

Barrios, Eduardo 99-101, 198, 202, 203, 314, 320, 372, 373, 387, 389, 436, 484, 489-492, 494, 523, 554, 570, 571, 631, 675, 676
Barrios, Manuel 496
Barros, Bernardo G. 223, 224,
Barros Borgoño, Luis 17
Barros Grez, Daniel 251
Baudelaire, Charles 20, 34, 38, 43, 158, 194, 331, 341, 570
Bécquer, Gustavo Adolfo 341, 425
Bedarida 691
Bédier, Joseph 413
Belaunde, Víctor Andrés 356, 647
Bellini, G. 47
Bello, Andrés 64, 112, 169, 287, 433, 442, 449, 453, 454, 711,
Bello, Sarah 609
Bengoechea, A. de 349
Benítez, J. M. 444
Bérard, Carol 21, 349
Berceo, Gonzalo de 68, 115, 191, 416
Bergson, Henri 14, 543, 636, 639
Berisso, Emilio 30, 355
Berisso, Luis 646
Bernárdez, Francisco 452
Berruguete, Pedro 19
Bertheval, W. 21
Bianchi, Alfredo 95, 265, 339, 351, 355, 356, 381, 388, 472, 594, 629, 690, 703-705
Bilac, Olavo 301
Bilbao, Francisco 79, 112, 113, 362, 631, 753
Binning Monro 408
Blaine, J. 558
Blanco-Fombona, Rufino 68, 71, 219, 223
Blest Gana, Alberto 74, 142, 199, 251
Bobadilla, Emilio 688
Bocquet, León 8, 13, 20, 52
Boileau-Despreaux, Nicolas 465
Bois, Jules 681
Bolívar, Simón 81, 129, 213, 223, 262, 269, 284, 293, 295-297, 350, 401, 539, 541, 561, 562, 564, 565, 607, 654, 749
Bonafoux, Luis 173, 225
Borges, Jorge Luis 105, 496, 565, 571-573, 746
Borgia, César 297
Borja y Urrutia, V. 357
Bórquez Solar, Antonio 30, 38, 171, 175, 177, 302, 304, 486
Borrero, Juana 461, 462, 573
Boscán, Juan 277
Boti, Regino 227, 237, 358, 421, 573, 595, 598, 599, 666, 669, 670, 671, 675

Botticelli, Sandro 136
Bouhelier, Georges de 20
Bourget, Paul 219, 520, 614
Boza, Luis Roberto 141, 147
Brancusi, Constantin 11
Brandão, P. 300
Brandes, Georges 688
Braque, Georges 10
Brenes Mesén, Roberto 30, 149, 157, 321, 487, 675
Brieva Salvatierra, F. S. 408
Brull, Mariano 553, 573
Brunet, Marta 648, 653
Brunetière, Ferdinand 363
Bruno, Francisco 299
Buchet, Abbé 28
Bulnes, Gonzalo 92, 210, 215-217, 556, 560, 561, 676, 729, 732, 733
Bunge, C. O. 300
Bunge, Augusto 553
Burghi, Juan 609
Bustamante Ballivián, Enrique 227, 236, 675
Bustillos, J. 196
Byrne, Bonifacio 573
Byron (Lord) 244, 295, 296, 466
Cabello Navas, Francisco 299
Cabezón, Isaías 633
Cabral, Jorge 182
Cabrera Guerra, Marcial 169
Cabrera, P. 299
Cáceres, Andrés Avelino 559
Cahen Salaberri, R. 663
Calón 181
Camargo, Cristovão de 625
Camino, Miguel 444, 606
Campo, Estanislao del 466,
Campoamor, Ramón de 43, 320, 425
Campos, Rubén 218, 419,
Campos Aguirre 433
Capdevila, Arturo 183, 193, 525, 554, 573, 656, 662, 675, 709, 710, 711, 713, 714, 716, 717
Carafta, B. 453
Carbonell, Diego 223
Carbonell, J. M. 565
Carbonell, Francisco 282
Carco, Francis 681
Carducci, G. 47, 268, 466
Carlyle, Thomas 464
Carpentier, Alejo 51, 760
Carrasco: 370
Carrasquilla Mallarino, E. 173, 435-437, 675
Carrera Justiz, J. 167, 168
Carrere, E. 119

Carreras, Roberto de las 325
Carricarte, A. de 282
Carrière, E. 46, 54
Carvajal, Alberto 564
Casal, Julián del 37, 41, 66, 69, 114, 267, 327, 461, 468, 573, 638, 762
Casal, Julio 321, 422, 432, 433, 472, 595, 599
Caso, Antonio 338, 434, 574
Cassou, Jean 52, 109, 639
Castelar, Emilio 348, 671
Castelblanco, Agustín 421, 535, 608
Castellanos, Jesús 139, 169
Castelum, B. 617
Castillo, Ricardo del 715
Castiñeiras, Alejandro 369, 486
Catalá, M. A. 138
Catani, G. 689
Cavada, F. 418
Cavián Zavala, I. M. 158
Cejador, Julio 277, 319, 704
Celedón, P. 594
Cellini, B. 297
Cervantes, Miguel de 177, 225, 243, 326, 411, 456, 482, 568
Cervera, Manuel 138
Cestero, Tulio 70, 117, 149, 151, 675
Chacón y Calvo, José María 80, 96, 97, 420, 455, 457-459, 461, 462, 476, 573, 584, 676, 728
Chacón, Tranquilino 667
Champion, Edouard 616
Chang-Rodríguez, Eugenio 745
Chateaubriand, F. R., vizconde de 567
Chavero, Ernesto 196
Chénier, André 179, 294, 442
Chevalier, Maurice 9
Chiappori, A. 594
Chocano, José Santos 38, 68, 116, 118, 480
Cichero, F. E. 525
Clará, José 13
Claudel, Paul 10, 28
Colin, Eduardo 477
Coll, Pedro E. 35, 59-61, 63, 67, 210, 218, 674, 675
Colmo, Alfredo 656, 659
Comte, Auguste 509
Concha Castillo, F. 273, 281
Condorcet, A. C. 567
Contardo, Luis F. 447
Copeau, Jacques 10
Copete y Riqué, F. 389
Coronado, Martín 469
Coronado, N. 565
Correa Luna, C. 224, 646

Cortés, Hernán 153
Costa Alvarez, A. 594
Courbet, G. 421
Cravioto, Alfonso 196
Crespo Toral, Remigio 225
Croce, B. 368
Croiset, Alfred 408
Cruchaga Santa María, Angel 690
Cruz, Juana Inés de la (Sor) 581, 722
Cruz, Juana Inés de la 223
Cruz Varela, Juan 465
Cruz Ocampo, L. D. 634, 639
Cuervo Márquez 225
Cuervo, Rufino 711
Cugini, R. 454
Cúneo Vidal, R. 138
Cunninghame Graham, R. B. 225
D'Annunzio, G. 38, 47
D'Estefano, José 609
D'Ors, Eugenio 554
Daireaux, Max 495, 554
Dante Alighieri 371
Darío, Rubén 3, 4, 9, 12, 13, 12, 13, 12, 13, 19, 23, 30-32, 34, 35, 37, 45-48, 53-55, 63, 66-70, 72, 73, 80, 83, 93, 94, 106, 109, 115, 118, 119, 120, 121, 125, 139, 148, 171-173, 177, 182, 184, 198, 211, 218, 224, 225, 227-229, 231, 245, 259, 272, 278, 281, 287, 290, 300, 313, 317, 323, 324, 329, 331, 340, 341, 342, 345, 346, 348, 358, 359, 400, 407, 421, 423-425, 428, 433, 437, 448, 466-468, 478, 508, 537, 563, 570, 574, 584, 612, 639, 666, 667-670, 672, 674-676, 679, 694, 699, 702, 703, 715, 717-720, 723, 725-727, 757-759, 761, 762
Dauneau de Visé 27
Dávila Córdoba, C. 225
Dávila, Vicente 736
Dávila, Alfonso 572
Deambrosis Martins, C. 700
Debussy, Claude 10, 519
Délano, P. 594
Delavigne, Casimir 295
Delgado, Juan B. 311
Delgado, J. M. 301, 389
Delgado, Juan 448
Demblon, C. 568
Detaille 347
Díaz, Leopoldo 114, 496
Díaz Arrieta, Hernán (Alone) 198, 206, 208, 617, 702, 705, 707
Díaz del Castillo, Bernal 721

Díaz Mirón, Salvador 38, 66, 114, 639
Díaz Rodríguez, Manuel 47, 70, 117, 219, 300, 301, 426
Díaz Romero, Eugenio 59-61, 63, 67, 72, 182, 573, 674
Dickens, Charles 203, 323
Dieste, Eduardo 554
Díez Canedo, E. 19, 49, 292, 632
Díez de Medina, E. 197
Divoire, Fernand 20
Domínguez, Manuel 564
Dominici, P. C. 270
Donatello 136
Donoso, Armando 169, 280, 481, 485, 486, 600, 627, 630-632, 668
Donoso, Francisco 22, 180, 444, 593, 689
Donoso, Ricardo 555, 564
Dostoievski, F. 487, 632
Drago, L. M. 505, 718
Dublé Urrutia, Diego 23, 486
Dubus, Edouard 172
Ducasse, Isidore (Véase Lautréamont)
Dufresny 27
Duhamel, Georges 15, 16, 28, 685, 701
Dumas, A. 339
Dumur, Louis 15, 16, 21, 203, 758
Durán, Leopoldo 282, 600
Durón, R. 197
Eça de Queiroz 339, 420
Echeverría, Inés 173, 379
Edwards Bello, Joaquín 379, 381, 387, 508, 514, 675
Egas, J. M. 243
Eguren, José María 313
Einstein, Albert 14
Eizaguirre, J. N. 646
Elim, Miriam 443
Elmore, Edwin 555
Emerson, Ralph Waldo 543
Emin Arslan 243
Enciso, J. 419
Endara, J. C. 243
Enriqueta, María 137, 339
Ercilla, Alonso de 30, 79, 176
Erazo, Salvador L. 137
Errázuriz Urmeneta, Rafael 131, 135
Errázuriz, Isidoro 148
Espada Aguirre, J. 196
Espejo, Angel Custodio 149-151, 675
Espejo, Francisco 731, 733
Espínola, M. 389
Espinosa, Januario 223, 619, 622, 675
Espinosa, Enrique 617
Espinosa, Serafín 225
Espronceda, José de 466

Esquilo 274, 275, 408
Esquivel Pren, J. 444
Estaunié 489, 738
Estrada Gómez 421
Estrada Palma, Tomás 222, 322, 420
Estrada, Angel (hijo) 224, 245, 253, 254, 265, 468, 573, 675
Estrada, Genaro 353
Estrada, Rafael 609
Estrella Gutiérrez, Fermín 610
Eurípides 275, 408
Fabela, Isidro 399
Fabri, Marcello 379
Falconi Villagómez, A. 243
Fargue, León Paul 736
Fariña Núñez, E. 197, 224
Farrère, Claude 477
Fasquelle 23
Favory, André 11
Fein, John M. 1, 35, 38, 760
Fernández, Heriberto 496
Fernández, J. 594
Fernández, J. F. 182
Fernández de Castro, J. A. 566, 573
Fernández de Oviedo 721
Fernández Moreno, B. 315, 316, 573, 675
Fernández Moreno, César 269, 313, 600
Fernández Pesquero 535
Fernández y González 142
Fernández, A. 244
Ferreira, A. Irala 496
Ferrer, Orlando 584
Ferrero, G. 322
Fiallo, Fabio 349, 422, 425, 426, 676, 426
Fiel, León 487
Figari, Pedro 496
Figarola Caneda, D. 298
Figuereido, Fidelino 704
Figueroa, Emiliano 502
Filartigas 602
Fingerit, Julio 584
Finlay, Carlos 168
Finot, Emilio 196
Fitzmaurice-Kelly, Julia 225, 277, 684, 686
Flaubert, Gustave 294
Fogazzaro, Antonio 47
Folco Testena 355
Forest, Louis 488
Fort, Paul 10, 15, 20, 307, 411, 467, 681
Foujita, Léonard 11, 349
Fraga, E. 138
Francis-Boeuf, Jean 21

Frank, Waldo 646, 663, 683
Frelinghuysen, F. 558
Freud, Sigmund 739, 740
Frugoni, Emilio 608
Fusco Sansone, N. 453
Gabriel y Galán, J. M. 273
Gabriel, José 433
Gache, Roberto 488
Gahisto, Manoel 21, 52, 109, 495, 521
Gallego, J. N. 461
Gallien, P. 379
Galsworthy, John 688
Gálvez, Juan Ignacio 158
Gálvez, Manuel 80, 84, 92, 108, 109, 210, 220, 339, 379, 380, 381, 384, 386, 478, 487, 495, 518, 519, 521, 676
Gamboa, J. 308
Gana, Federico 245, 251, 252, 490, 641-644, 675, 753
Gandhi, M. 701
Ganduglia, S. 454
Ganivet, A. 686
Garafulic, Andrés 754
Garaz, Emma 421
García, J. A. 478
García, P. 609
García Cabral 358, 397
García Calderón, F. 80, 139, 434, 476, 542
García Calderón, V. 349, 434, 495
García Godoy, Federico 95, 259-263, 284, 389, 404, 675
García Godoy, J. 399
García Icazbalceta, J. 632
García Monge, Joaquín 346, 372, 377, 378, 410, 472, 487, 610, 675, 744, 745
García Velloso, E. 355
Garcilaso de la Vega (El Inca) 285
Garnier, J. F. 299
Garzón Roldán, A. 454
Gaultier, Jules 368, 486
Gautier, Théophile 31, 38, 48, 65, 113
Gavidia, Francisco 66, 114, 639
Gay Calvo 421, 654
Gehain, A. 196
Gener, P. 160, 270
Ghil, René 668
Ghiraldo, Alberto 224, 355, 573
Gide, André 28, 100, 760
Gigoux, E. 633
Giotto 136
Girondo, Oliverio 496, 573, 593, 603, 607
Giusti, Roberto 95, 98, 181, 242, 259, 264-269, 339, 349, 355, 472, 481-484, 594, 627, 629, 630, 646, 675, 702, 703-705

Gleizes, Albert 10
Glusberg, Samuel 348, 584, 670
Godoy, Armand 744
Goethe 352, 553
Goldberg, Isaac 542
Gómez, I. 158
Gómez Carrillo, Enrique 28, 38, 47, 68, 70, 94, 106, 117, 182, 259, 583
Gómez de Avellaneda, Gertrudis 298, 460
Gómez de Baquero, Eduardo (Andrenio) 52, 654
Gómez de la Serna, Ramón 495, 496, 591
Gómez de Orozco, F. 409
Gómez Haro, T. 646
Gómez Restrepo, A. 298, 299, 310, 632
Gómez Rojas, Domingo 358
Gonçalves Dias, Antonio 288, 484
Góngora, Luis de 48, 352, 442, 589
González, J. R. 646
González, Julio 525, 594
González, N. A. 138
González Bastías, Jorge 183, 189, 486, 675
González Blanco, A. 291
González Blanco, Edmundo 292
González Carbalho, José 610
González Castellu, P. 227, 242
González Castillo, José 355
González Celedón, M. 675
González de Mendoza, J. M. 545, 552, 584
González M., Rosa 609
González Martínez, Enrique 38, 45, 50, 282, 302, 304, 306-308, 311, 338, 380, 422, 426, 428, 452, 478, 570, 571, 595, 596, 676, 677, 722, 723
González Peña, Carlos 703, 721
González Rojo, E. 608
González Vera, José Santos 553
González, Pedro A. 116
Gorki, Máximo 29, 369, 487
Gourmont, Jean de 21
Gourmont, Remy de 4, 21, 28, 38, 46, 106, 109, 173, 354, 368, 431, 474, 486, 566, 611, 616, 674, 681, 682, 709
Gourmont, Suzanne de 21
Goya, Francisco de 9, 48, 634, 639
Gracián 45, 568
Grasset 737
Greca, Alcides 645
Grecia, P. de 301, 389
Grey, Edward (Sir) 354
Grillo, Max 269
Groussac, Paul 322, 339, 645
Groux, Henry de 173
Guardia, E. de la 625

Guérin, Maurice de 294
Guevara, T. 418
Guglielmini, Homero 453, 525
Guilbeaux, Henri 12
Guillén, Alberto 553, 554, 574
Guillot Muñoz, A. 526, 601, 602
Guiñazu, E. 646
Güiraldes, Ricardo 103, 108, 496, 545, 548-551, 630, 676, 677, 743
Gullón, Ricardo 50, 105, 760
Gupta, Heramba 701
Gusmão, A. de 322
Gutiérrez, Gustavo 654
Gutiérrez, José María 539
Gutiérrez, Juan María 213
Gutiérrez, Ricardo 214
Gutiérrez Girardot, Rafael 50, 51, 83, 761
Gutiérrez Nájera, Manuel 35, 64, 65, 113, 158, 230, 632, 638, 722, 723
Guyau, Marie Jean 543, 636
Guzmán Cruchaga, J. 444
Guzmán, Ernesto 227, 234, 235, 675
Hals, Frans 49
Hannon, Théodore 172
Harden, Maximilien 292
Hauptmann, G. 362
Haya de la Torre, Raúl 745
Hazard, P. 691
Hearn, Lafcadio 29
Hegel 459
Heine, H. 38, 425, 597
Hello, E. 455
Henríquex Ureña, Max 50, 95-96, 170, 227, 237, 323, 329, 399, 404, 421, 483, 543, 617, 634, 666, 675, 761
Henriquez Ureña, Pedro 67, 80, 139, 181, 197, 271, 273, 275, 223, 306, 468, 476, 503, 525, 542, 632, 637, 656, 661, 673, 675
Heredia, José María de (Cuba) 460, 691
Heredia, José María de (Francia) 46, 66, 114, 307, 327, 457
Hernández Catá, Alfonso 571
Hernández Franco, Tomás 553
Hernández, Heriberto 608
Hernández, Octavio 321
Heródoto 286
Herrera y Reissig, Julio 41, 182, 317, 332, 477
Herrera, Alfredo 357
Herrera, Ataliva 440
Herrero Dueloux, T. 433
Hidalgo, Alberto 369
3, 105, 138, 214, 360, 446, 450, 451, 466, 496, 565, 572, 579, 586, 589-591, 611, 612, 675, 732, 733

Hidalgo, Miguel 732
Hispano, Cornelio 269, 293, 294, 296, 564
Homero 408, 525
Hormechea, Tiberio 158
Horta, Manuel 497
Hostos, Eugenio María de 262
Hübner, M. 690
Hudson, William-Henry 686
Huerta, Victoriano 195
Huet, Gédéon 413
Huezo, Francisco 669
Hugo, Víctor 48, 295, 319, 326, 327, 331, 466, 726
Huidobro, Vicente 22, 23, 86, 103, 105, 549, 681
Humboldt, A. 722
Huneeus Gana, Jorge 147, 159
Hurtado, R. 594
Hurtado Baquedano 444
Huysmans, J. K. 46, 101, 134, 494
Ibáñez, Carlos 749
Ibarbourou, Juana 358, 435, 438-440, 443, 453, 477, 478, 527, 570, 572, 675
Ibarguren, Carlos 337
Ibsen, H. 9, 10, 38, 46, 172
Icaza, Francisco A. de 422, 424, 425, 675
Ichaso, Francisco 584
Iglesias Paz, César 355
Iglesias, Miguel 559
Ingenieros, José 399, 403, 406, 433, 483, 502, 526, 534, 626, 631
Ipiña 269
Ipuche, Pedro Leandro 321, 453, 526, 527, 593, 602, 603, 606, 675
Irala Ferreira, A. 496
Isaacs, Jorge 199
Isabel I 26
Jaimes Freyre, Ricardo 116, 196, 317, 348
James, William 272
Jammes, Francis 29, 241, 294, 467
Jaramillo, Hernán 609
Jerez, Máximo 668
Jernia, Francisco 609
Jiménez, Guillermo 634, 640, 728, 729, 735, 736
Jiménez, José Olivio v, 34, 46, 47, 50, 51, 105, 760, 761
Jiménez, Juan Ramón 31, 104, 173, 236, 429
Jiménez, Max 655
Jiménez, S. 409
Jiménez Herrera, M. 281
Jiménez Rueda, V. 421
Jöergensen, J. J. 689
Jotabeche (José Joaquín Vallejo) 148, 251
Joubert 567
Junque, Alvaro 610

Keats, John 429
Kipling, Rudyard 29, 170, 182, 620, 743
Kleist, H. 362
Knoche, Walter 181
Korn Villafañe, A. 525, 594
Korsi, Demetrio 609
Labarca Hubertson, Guillermo 75, 141, 144
Labarden, Manuel de 469
Laclaud, Ernest 487
Laferrere, A. de 646
Lafinur, Melián 181, 224, 594
Laforgue, Jules 333, 477, 526
Lagerlöf, Selma 301, 393, 489, 738
Lagorio, Arturo 571, 619, 624
Lagos Lisboa, J. 227, 239, 486, 675
Lagos, Tomás 633
Lamartine, A. de 296, 466
Lanau, Federico 453
Landeau, Maurice 21
Landra, I. 646
Lang, A. 408
Lanza, Alejandro F. 320
Larbaud, Valery 24, 109, 550, 651, 691, 736, 758, 759, 691
Larra, Mariano José de 638
Larreta, Enrique 565, 611, 612, 614-616, 630, 676
Lasplaces, Alberto 526, 602, 624
Lasso de la Verga, B. 292
Latcham, Ricardo 633
Lautréamont (Conde de) 172, 331, 526, 600-602
Lauxar 332
Laval, Ramón 181, 415, 479
Lavalle, Juan 560
Le Dantec, Felix 363, 364
Leblond, Marius-Ary 612
Leconte de Lisle, Charles 172, 466
Ledesma, Fernando 380
Lefebvre de Fontenay 27
Lefranc, A. 568
Léger, Fernand 10, 11
Leguizamón, M. 478
Lemaître, Claude 21
Lemaître, Jules 364
Lenin 12, 717, 751
Lenz, Rodolfo 82, 410-413, 694
León, F. de P. 646
León, Luis de (Fray) 442
León Sánchez, Manuel 195
Leopardi, G. 296
Lerdo de Tejada, T. 421
Levillier, Roberto 556, 563
Lillo Zapata, F. 280

Lillo, Samuel 690
Lind 195
Lippi, Filippo 136
Lira, Carmen 410, 418
Lizaso 573
Lizt Arzubide, C. 555
Llona, Víctor 687
Lloréns Torres, Luis 45
Loera y Chávez, A. 301, 338, 370, 301, 370
Lootin, C. 691
López, Luis C. 138
López Merino, F. 571, 603, 604
López Palmero, M. 525, 593, 607
López Penha, A. Z. 138
López Velarde, Ramón 45, 380
Lorédan, Jean 24
Lorraine 46
Louÿs, Pierre 29
Loveira, C. 322, 571
Lozano, Rafael 379, 451
Lugné-Poe 10
Lugones, Leopoldo 38, 45, 50, 63, 66, 68, 69, 74, 116, 118, 131, 132, 133, 178, 181, 225, 265, 267, 317, 330, 331, 332, 334-337, 360, 364, 468, 565, 573, 675, 676, 677
Luisi, Luisa 313, 320, 380, 566, 569, 570, 603, 605, 675
Luzán, Ignacio 465
Lynch, B. 630
Macchiavello Varas, S. 750
Machado, Antonio 38, 43, 55, 71
Machado y Ortega, Luis 498, 501
Mackenna, Alberto 312
Maeterlinck, Maurice 10, 28, 49
Maeztu, R. de 225, 543
Magallanes Moure, Manuel 22, 38, 242, 302, 308-310, 486, 600, 675
Malingre 27
Mallarmé, Stéphane 31, 43, 207, 326, 352, 703
Mañach, Jorge 584, 639
Manacorda, Telmo 301, 487
Mandin, Louis 10, 15, 20, 263
Mantecón, J. F. 270
Manzzoni, A. 572
Mapes, Erwin K. 725
Maples Arce, M. 609
Marasso Rocca, Arturo 313, 525
Mariátegui, Juan Carlos 647, 672, 747, 748, 750, 751, 754
Marinello, Juan 585, 690, 746
Marinetti, F. T. 12, 13, 262, 391, 688
Maristany, F. 379

Mármol, José 199, 465, 470
Márquez Sterling 298
Martí, José v, 35, 47, 66, 68, 69, 117, 322, 420, 461, 573, 630, 638, 656, 660, 661, 746, 762
Martín, J. 654
Martínez, Alfredo 311
Martínez Cuitiño, V. 355
Martínez Estrada, E. 444, 584, 603, 605
Martínez Paz 299
Martínez Vigil, D. 321, 325, 537
Martínez Zuviría, Gustavo (Véase Hugo Wast)
Mas y Pi, J. 197, 269
Maseras, A. 19, 282, 472
Massaguer, Conrado W. 444, 445
Mata, Andres 281, 300
Matta Vial, Enrique 356, 421
Matus Zapata, L. 181
Maupassant, Guy de 150
Mazade, Fernand 58, 689
Mazel, Henri 20
Medina, José Toribio 479, 631
Medina, Ramón J. 675
Mediz-Bolio, Antonio 635
Meléndez Valdés, Juan 466
Memling, Hans 49
Mena, R. 419
Mèndes, Catulle 35, 38
Méndez Bravo, A. 321
Méndez Pereira, O. 279, 311, 408, 564, 408, 564
Méndez, L. 555
Méndez, Evar 496
Mendilahassu, Juio Raúl 137
Mendizával, O. de 617
Mendoça, L. de 300
Mendoza, Diego 687
Mendoza, Humberto 535, 687
Menéndez y Pelayo, Marcelino 93, 95, 98, 171, 179, 180, 272, 277, 361, 460, 463
Menéndez Pidal, Ramón 535
Mera, León 638
Mercereau, Alexander 11
Mesonero Romanos, Ramón de 638
Meunier, C. 49
Meza Fuentes, Roberto 357, 421, 486
Michelet, Jules 362
Michelet, Victor-Emile 20
Miguel Angel Buonarroti 136
Miomandre, Francis de 52, 109, 380, 495, 543, 553, 554, 563, 611, 615, 620, 684, 736
Miranda, Francisco de 731
Miró, Ricardo 197, 301

Mistral, Gabriela 20, 52, 53, 397, 486, 571, 583, 631, 653, 744, 746, 759
Mistral, Frédéric 43, 118, 354
Mocho, Fray 282
Mogador, Federico 610
Molière 567
Molina, Enrique 554, 584, 634, 636, 637,
Molina, Juan Ramón 90, 183, 186, 389
Molina, Alonso de (Fray) 721
Molloy, Sylvia 1, 76, 77, 79, 81, 82, 84, 86, 109, 761
Mondaca, Carlos 242
Monroe, James 403, 406, 498, 499, 505, 658, 662, 663, 706, 718, 752
Montagne, Edmundo 23, 183, 190, 198, 208, 209, 265, 270, 302, 304, 379, 393-395, 518, 523, 524, 573, 595, 600, 675, 696-698, 737, 744, 757
Montalvo, Juan 64, 182, 213, 348, 539, 617, 630, 638
Montero Bustamante 197
Monteverde, E. 370
Monteverde, F. 632
Monvel, María 435, 443, 486, 571
Morales, José 654
Morand, Paul 591
Morand, René 52
Moréas, Jean 28, 172, 345
Moreau, Gabriel 433, 534
Moreno, Margarite 488
Moreno Mora, V. 609
Moreno, Guiral 358, 421
Morles, E. 625
Moroni, Arturo 609
Moscote, I. D. 226, 271, 278, 279
Mostajo, Francisco 30
Motherwell, Iram 662
Motolinía, Toribio de (Fray) 721
Mounet, Louis Richard 21
Müller, Otfried 354
Munizaga Ossandón, Julio 241
Musset, Alfred de 339
Mussolini, Benito 535
Nariño, Antonio 731
Narváez, Pánfilo de 153
Nau, J. A. 391
Negri, Ada 299
Neruda, Pablo 486, 593, 603, 605, 690
Nervo, Amado 38, 47, 68, 116, 173, 182, 196, 227, 229, 231, 282, 302, 304, 313, 314, 437, 478, 508, 675, 722, 723
Nieto Caballero, A. 269
Nietzsche, F. 29, 263, 297, 362, 368, 486
Nobel, Fernando 609

Noé, Julio 98, 280, 339, 472, 473, 478, 479, 572, 573, 594
Noel, Martín 625
Nordau, Max 37
Novalis 362
Novo, Salvador 553, 574
Núñez de Arce 169, 466
Núñez Vela, Blasco 285
Núñez y Domínguez, J. 281, 313, 314, 358, 422, 431, 497, 595, 598, 641, 644, 675
O'Leary, Daniel F. 223
Obligado, Carlos 443
Obligado, Rafael 466, 478
Ocampo, Victoria 746
Olivari, N. 487
Olmedo, José Joaquín 64, 113, 287, 638
Onís, Federico de 45, 50, 72, 759, 761
Orazábal Quintana 594
Oribe, Emilio 227, 240, 302, 304, 446, 450, 675
Orlan, Mac 736
Orrego Vicuña, Eugenio 496
Orrego Luco, Luis 70, 75, 117, 141, 143, 281, 490, 675
Ortega y Gasset, José 639
Ortelli, R. 453
Ortiz de Montellano, B. 617, 691
Ortiz Echagüe, F. 496, 689
Ortiz, F. 420
Ory, E. de 281
Ossa Borne, S. 290
Ostria Gutiérrez, A. 582
Otero, José 298
Ovando, Nicolás de 153
Oyuela, Calixto 273, 466
Palacios, Pedro B. (Almafuerte) 194, 573
Palacios, Alfredo 534, 656, 661
Palacios, Senén 148
Palma, C. 197
Palma, Angélica 654
Panine, Serge 526
Papini, Giovanni 28, 688
Pareja, Wenceslao 227, 238
París Lozano, Gonzalo 632
Parra, Alejanro 30
Parra del Riego, B. de la 574
Pascal, B. 566, 567
Pascarella, Luis 339
Pascoaes, T. de 379
Pascoli, Giovanni 268
Pastor, César 534
Payró, Roberto J. 482, 526
Pedroni, José 609
Pedroso, R. 292

Pellicer, Carlos 574
Pena, Leonardo (Ignacio Pérez Kallens) 22, 75, 141, 144, 145, 147, 534, 675
Pereyra, C. 727
Pérez, Enrique 270
Pérez, René 22, 55
Pérez de Oliva, Hernán 223, 272, 273
Pérez Domenech, P. 654
Pérez Galdós, Benito 484, 632
Pérez Kallens, Ignacio (Véase Leonardo Pena)
Pérez Petit, Víctor 80, 323-326, 328, 329, 542
Pérez Reinoso, R. 609
Pérez Rosales, Vicente 147, 356
Pérez Triana, Santiago 225, 684
Pérez y Curis 95, 96, 271, 275, 277, 278, 301, 675
Pericles 469
Perrier, Luis 225
Péru de la Croy, L. 262, 295
Peynado, Jacinto Bienvenido 404
Peza, Juan de D. 239
Pezoa Véliz, Carlos 38, 90, 118, 183, 187, 486, 600, 675
Pi, W. 301
Piato Escalier, A. 608
Picado 670
Picard, Gastón 21
Picasso, Pablo 10, 591, 736
Pichardo, Manuel S. 116, 138, 139, 173
Picon, Gaétan 28
Piérola, Nicolás de 557
Pillement, G. 728
Piñero, J. 517, 646
Pineyro, Enrique 139
Pinochet, Tancredo 223
Pinto, Alvaro 479
Pirandello, Luigi 10
Pitoëff, Georges 10
Pitoëff, Ludmila 10
Pizarro, Francisco 153
Planchart, Enrique 350, 371
Platt, O. H. 501
Poe, Edgard Allan 38, 172, 331, 620
Poirier, Eduardo 291, 311
Polti, Georges 20, 738
Pombo, Rafael 298, 318
Ponce de León, Juan 153
Ponce, Aníbal 487
Ponte, Andrés 564
Porras Troconis, D. 243
Portales, Diego 706
Porter, C. E. 140
Poveda, J. M. 573

Prado, Pedro 98, 99, 183, 192, 193, 242, 245, 256, 257, 379, 390-392, 397, 486, 518, 521-523, 571, 600, 675
Praso, Eladio 497
Prat, Arturo 216
Préndez Saldías, Carlos 280, 444
Prezzolini, G. 380
Prieto Molina, Ricardo 485
Proust, Marcel 617
Quesada, A. 572
Quevedo, Francisco de 48
Quijano, Carlos 656, 657
Quinet, Edgar 112, 113, 362
Quintana, Manuel José 67, 115, 461
Quiroga, Horacio 379, 477, 565, 619, 620, 675
Quiroga, Carlos 554, 737, 740, 741, 743
Rachilde 12, 13, 15, 16, 172, 434, 681
Rajna, Pío 299
Ramírez, Ignacio 301
Ramírez, Félix 668
Ramón y Cajal, Santiago 635
Ramón, L. 574
Ramos Mejía, M. 178, 625
Ramos Urdaneta, A. 225
Ramos, J. A. 421
Rangel, N. 419
Ranvier 347
Raynaud, Ernest 20
Rayneaud, G. 584
Rebolledo, Efrén 281
Reclus, Elisée 58
Regnier, Henri 28, 52, 736
Rembrandt 49
Renan, Ernest 218, 632
Renard, Jules 203
Rendón, Víctor 609
Renjifo, R. 633
Retig 654
Reyes, Alfonso 19, 20, 80, 339, 351, 353-355, 410, 419, 420, 424, 435, 442, 444, 445, 476, 486, 571, 595-597, 634, 635, 672, 673, 676, 744
Reyes, Salvador 690
Reyles, Carlos 245-248, 250, 305, 349, 476, 569, 675
Richard, René 728
Riche, Jean 27
Richepin 347
Ricou (Madame) 11
Rimbaud, Arthur 29
Ríos, A. de los 277
Ríos, F. de los 585
Riquelme, Daniel 707
Riva Agüero, José de la 241, 262, 283-285, 287, 676

Rivarola, Rodolfo 178, 594
Rivera, José Eustasio 108, 619, 621, 622, 675, 743
Robbia, Luca della 136
Robleto, Hernán 733
Rocka, Pablo de 594
Rocuant, Miguel Luis 38, 281, 446, 449, 485
Rodhe, Jorge Max 98, 463, 465, 467, 468, 470
Rodin, Auguste 46, 519
Rodó, José Enrique 35, 38, 69, 74, 79-81, 87, 92, 109, 117, 163, 170, 181, 182, 210-212, 224, 245, 246, 262, 269, 280, 282, 300, 306, 323, 325, 327, 329, 354, 399, 421, 445, 475, 484, 499, 508, 515, 516, 527, 535-544, 561, 563, 624, 630, 663, 666, 675, 676, 702
Rodríguez, Ibérico 525
Rodríguez Embil 131
Rodríguez Galván, Ignacio 722
Rodríguez Gamboa, Luis 148
Rodríguez Mendoza, E. 654
Roig de Leuchsenring, Emilio 420, 444, 656, 661
Rojas Carrasco, Guillermo 471
Rojas, R. 178, 270, 565, 631
Rolland, Romain 15, 483, 496
Roosevelt, Theodore 445
Rosas, Juan Manuel Ortiz de 465, 712
Rossel, Milton 535
Rossi, S. C. 389
Rousseau, J. J. 296
Rovira y Virgili 282
Royère, Jean 20, 52, 631, 759
Rubens 49
Rueda, Salvador 38, 73, 119
Ruzo, Daniel 357, 452
Saavedra Fajardo, Diego de 52
Sabat Ercasty, Carlos 570, 603, 604
Sacy, S. de 28
Sade, (Marqués de) 717
Sáenz Hayes, Ricardo 566-568, 675
Saint-Cyr, Charles de 20, 52
Salaverri, Vicente 379, 380, 389, 390, 395, 396, 527, 532, 534, 569, 571, 675, 379
Salazar, A. 625
Salazar, Toño 736
Salers, Adrienne 553
Samain, Albert 28, 231, 243, 307, 315, 429
Samurović-Pavlović, Liliana 1, 59, 60
San Martín, José de 123, 129, 562
Sánchez, F. 269
Sánchez, Florencio 470, 477, 482,
Sánchez, Luis Alberto 720, 723-725
Sánchez, Renato 291, 263, 321,
Sánchez Rojas 301

Sánchez Viamonte, C. 525, 565
Sanfuentes, Salvador 749
Sanguily, Manuel 139, 565
Sanín Cano, Baldomero 630, 684
Santelices, Augusto 747, 751, 755
Santiván, Fernando 149, 169
Santos, Gustavo 269
Sanvicente, B. 277
Sarabosa, R. 421
Sarmiento, D. F. 64, 112, 340, 478, 508, 711, 712
Sarto, Andrea del 136
Sassone, Felipe 138
Schulman, Ivan 50, 51, 762
Scott, Walter 142
Selva, Salomón de la 389
Serao, Matilde 47
Shakespeare, W. 344
Shaw, Bernard 445
Shelley, P. B. 466
Shelminski 24
Shneeberger, A. 20
Sierra, Justo 301, 722
Silva, Ignacio 141, 142,
Silva, José Asunción 37, 38, 68, 116, 287, 317, 437, 462, 467, 638
Silva, Víctor Domingo 654
Silva Castro, Raúl v, 31, 759, 762
Silva Cruz, Carlos 224
Silva Valdés, F. 321, 527, 570
Silva, M. A. 243
Silva, Goy de 281
Silveira, Tasso da 479
Smith, Q. 453
Sófocles 275
Soiza Reilly, J. 625
Solar, Hernán del 690
Sotela, Rogerio 321
Sourioux-Picard (Madame) 21
Spano, Carlos Guido 300, 466
Spencer, Herbert 218, 750
Stanchina, L. 487
Stefanini, Enrique 554
Stendhal 397
Stirner, Max 486
Storni, Alfonsina 313, 320, 339, 565
Strauss, R. 625
Strentz, Henri 506
Strindberg, A. 29
Suárez Calimano, E. 525, 526, 566, 570, 572, 594, 675
Suárez de Peralta, Juan 721
Suetonio, 369
Sully-Prudhomme, Armand 304

Supervielle, Jules 140, 526, 535
Sux, Alejandro 131, 137, 471, 553
Tablada 38, 47, 452, 598, 723
Tablada, José Juan 452
Tagliaferro, J. 300, 371
Taine, H. 464, 543
Talamón, G. 594
Talero, Eduardo 243
Tallet, José Zacarías 585
Tejeda, Luis José de 299
Téllez, Juan 54
Terán, Juan 656, 658
Teresa de Jesus, Santa (Teresa de Cepeda y Ahumada) 48, 321
Testena, F. 594
Thèrive, André 641
Thibaudet, Albert 10, 11, 677
Ticknor, George 277
Tieck, L. 362
Toledo, María de 153
Tolstoi, León 29
Tondreau, Narciso 671
Toro Gisbert, Miguel de 138
Torrendell, Juan 338, 584
Torres Bodet, Jaime 105, 338, 435, 443, 525, 584, 586, 591, 592, 593, 617, 675
Torres Rioseco, Arturo 50, 634, 638, 717, 759
Torres, G. de 379
Toussaint, Manuel 338, 428
Trescot, W. 558
Trotsky, L. 12
Turcios, Froilán 388, 433
Turguenev, Iván 38
Turpin, G. 379
Typhis 728
Tzara, Tristán 15
Ugarte, Manuel 20, 38, 73, 81, 117, 120, 125, 130, 139, 399, 403, 483, 498-500, 503, 506, 675, 676, 759
Ugarteche Tizón, P. 357
Uhurbach, Federico 139
Unamuno, Miguel de 51, 235, 453, 477, 554
Ungaretti, Giuseppe 12
Urbaneja, Ricardo 280
Urbina, 311, 452, 478
Ureta, Alberto 227, 241, 302, 304, 370
Uribe, Eduardo 610
Vaïsse, Emilio 224
Valdés, Gabriel de la Concepción (Plácido) 461
Valdés Cange 87, 159, 163, 166
Valencia, Guillermo 66, 299, 359, 478,
Valera, Juan 342
Valéry, Paul 28, 535, 625, 651, 758

Valette, Alfred 12, 16, 28, 29, 109, 681
Valle, Adrián del 445
Valle, Rafael Heliodoro 409, 564, 625, 690
Valle, Manuel Antonio 744
Valle Arizpe, Artemio 579
Valle-Inclán, Ramón del 49, 53, 99, 173, 445, 635
Valle Riente, A. del 609
Valledor, Gustavo 280, 486, 672
Vallejo, José Joaquín (Véase Jotabeche)
Vallenilla Sanz, E. 270
Valverde León 301
Van Bever 681-682
Van Bever de la Quintinie (Madame) 21
Van der Biest, E. 610
Van Dongen 736
Vargas Vila, José María 38, 70, 117, 759
Varona, Enrique José. 244, 690, 728, 745
Vasconcelos, José 22, 83, 84, 360, 365, 367, 368, 370, 403, 407, 408, 502, 508-511, 513, 514, 516, 517, 554, 635, 656, 661, 676, 700, 701, 723
Vásquez Cey, A. 321
Vedia, J. de 243
Vega, Lope de 568
Vega Belgrano, C. 646
Velasco, Carlos de 182, 210, 221, 222, 224, 322, 358, 420, 421, 675
Velasco Aragón, D. 480
Velázquez, Diego 625
Velázquez Bringas, Esperanza 640
Verhaeren, E. 49, 241, 307, 477
Verlaine, Paul 34, 40, 41, 43, 46, 54, 133, 172, 192, 230, 231, 236, 307, 326, 345, 359, 382, 448, 467, 597, 703
Vermeer, J. 445
Viana, J. de 477, 554
Vicuña Cifuentes, Julio 56, 82, 281, 283, 288-290, 338, 410, 414, 415, 458, 595, 596, 676, 693-698, 700
Vicuña Mackenna, Benjamín 753
Vielé-Griffin 307
Villaespesa, Francisco 49
Villalobos Domínguez 594
Villar, Armando 609
Villaurrutia, Xavier 574
Villiers de l'Isle Adam, Auguste 620
Vincenzi, M. 368, 583
Virgilio 68, 115
Vitalleti, Guido 535
Vives Solar, J. 418
Viviani Contreras, Guillermo 565, 656, 662
Viviani Palma, Domingo v, 7
Vuillermoz, E. 554

Wackenroder, W. H. 362
Wagner, Richard 10, 368
Washington, George 558
Wast, Hugo 379, 380, 565, 624
Wells, Herbert George 29
Werns, Paul 553
Whitman, Walt 331, 363, 364, 472, 507, 717
Wilde, Oscar 38, 69, 173, 353, 581
Wilson, T. W. 195, 445
Wundt, Wilhelm 413
Yamati, Georges 24
Yrigoyen, Hipólito 664
Zadkine, Ossip 11
Zalamea, J. 555
Zaldumbide, Gonzalo 323, 329, 542
Zamacois, Eduardo 301
Zambrana, Antonio 158
Zamora, Antonio 535
Zamosa Elizando, H. 610
Zañartu, Sady 444
Zapata Lillo, Francisco 280
Zelaya, José Santos 54, 657
Zenea, Juan Clemente 461
Zequeira y Arango, Manuel de 457
Zola, Emile 173, 326
Zorrilla, José 466, 699, 726
Zorrilla de San Martín, Juan 474, 475
Zulueta, Luis de 654
Zum Felde, Alberto 80, 98, 473, 475-477, 544, 675, 727
Zumbado, Marco 408
Zuñiga, A. 633
Zurbarán, Francisco de 48